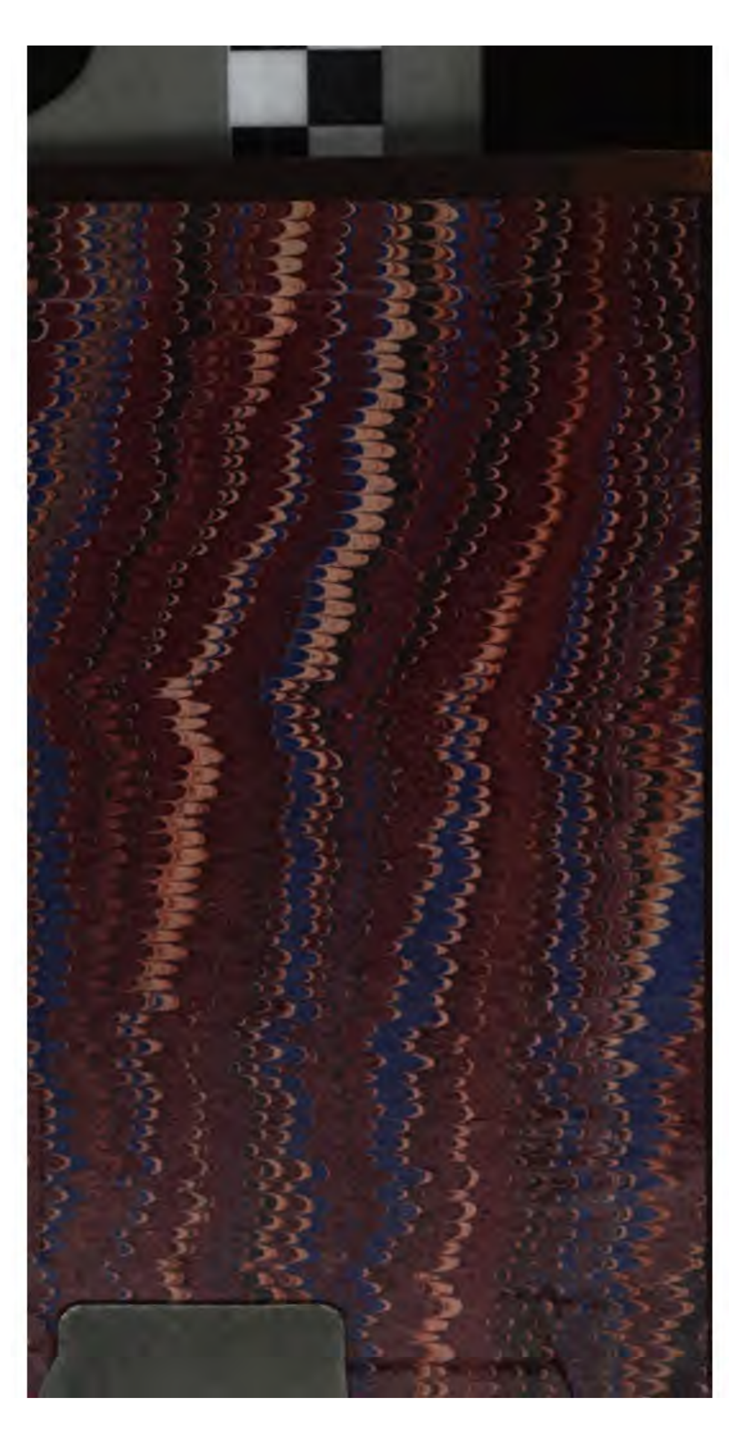
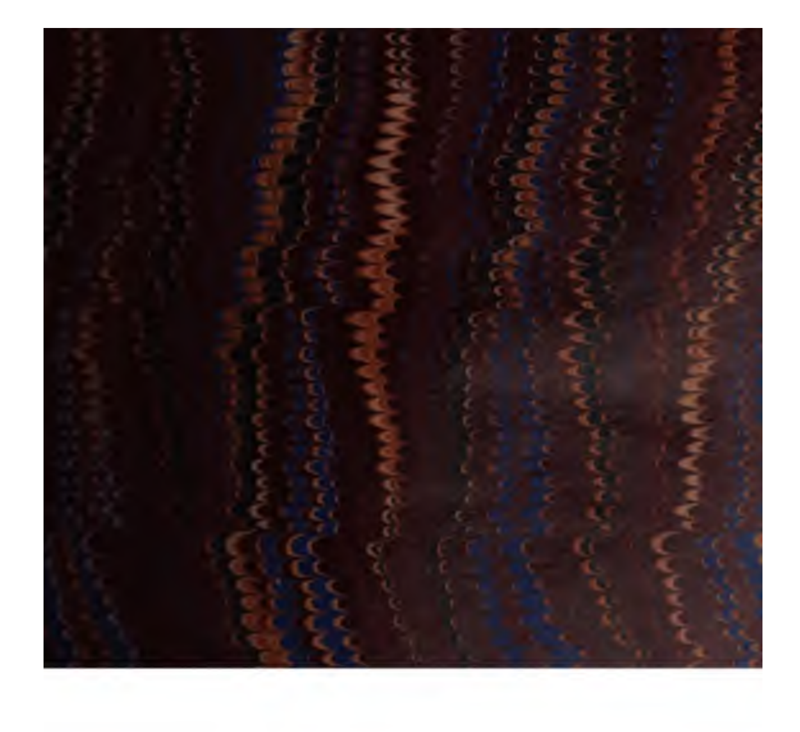
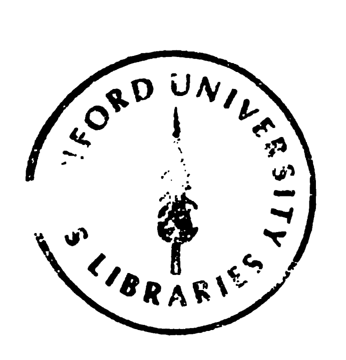
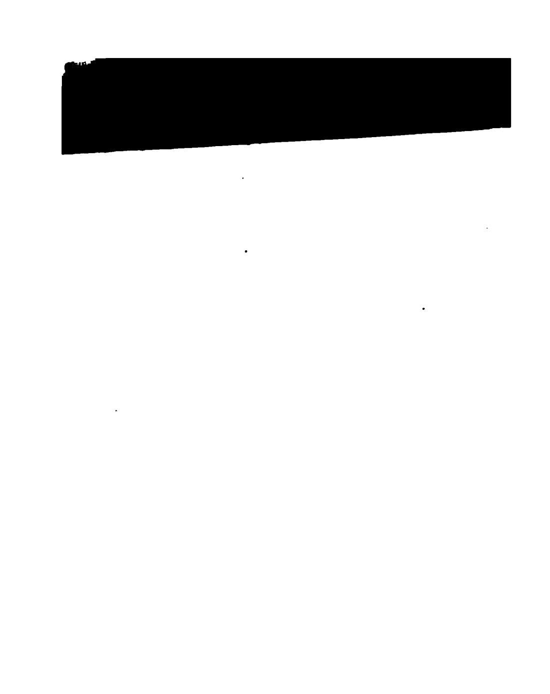





TALLER DE ENCUADERNACION
DE
CLEMENTE MERLINI
S. MARTIN Nº 8 B. BLANCA





[redacted]

[redacted]

HISTORIA

DEL

MOVIMIENTO REPUBLICANO

EN EUROPA.

[redacted]

HISTORIA

DEL

MOVIMIENTO REPUBLICANO

EN EUROPA

POR

EMILIO CASTELAR.

TOMO QUINTO.

ADMINISTRACION:
OFICINAS DE LA CASA EDITORIAL DE MANUEL RODRIGUEZ,
Plazuela del Biombo, número 2.

MADRID.—1874.

ESTABLECIMIENTOS TIPOGRÁFICOS DE MANUEL MINUESA,
Juanelo, 19, y Ronda de Embajadores.

CAPITULO LXXIX.

(*Continuacion.*)

LA REVOLUCION ESPAÑOLA.

La indignacion general penetró en las Cámaras. La gran batalla comenzó por el Senado. Pocas veces hemos visto el Senado español tan imponente; pocas veces hemos presenciado una ansiedad tan grande. El dolor se pintaba en todos los semblantes, reflejo fidelísimo del recuerdo que vagaba en todos los ánimos. La indignacion pública se sentia materialmente hervir. Era la primera vez que el gobierno se presentaba ante sus jueces. Con solo mirarlo, con solo contemplarlo se veia bien que entraba como reo, y que aguardaba

que allí se formulara la indignacion general. Y se formuló. El Sr. D. Fernando Calderon Collantes se encargó de formularla, y desempeñó su encargo con rectitud de intenciones y elevacion de ideas. No era su oratoria la oratoria de la pasion; no respondia acaso al sentimiento de horror apoderado de todos los ánimos; pero era la oratoria de la ley; acusaba como un fiscal consumado ante un juez inapelable, ante la conciencia pública; y acusaba friamente, pero de esta misma frialdad nacia su fuerza. Uniformidad en el tono, sencillez en el lenguaje, á veces frialdad excesiva, á veces amplificaciones larguísimas; pero en fondo y en forma una acusacion fiscal, vigorosa, razonada, y para el gobierno completamente implacable. Esto es tan cierto que, cuando comenzó su discurso, cuando pintó el espectáculo que ofrecia el Senado, cuando en estas circunstancias, apareciendo los senadores progresistas, habló de lo extraordinario del caso, de lo grave de los hechos, de la indignacion general, corria por el Senado, por aquel cuerpo frio, una especie de conmocion,

en la cual vibraba la idea de un anatema tremendo lanzado sobre la frente del gobierno.

¿Constituian los silbidos de los estudiantes una sublevacion? preguntaba el severo senador. De ningun modo. Eran una manifestacion más ó ménos conveniente, y no eran, no, una sublevacion armada. Pero dado caso que lo fueran, ¿no tenemos ley alguna que regule el momento en que debe comenzarse la lucha con el pueblo sublevado? La tenemos. Dispuso una pragmática de Cárlos III que, cuando hubiera lo que llamaba bullicio, ó motin, la tropa se encerrára en sus alojamientos, é intimaran el órden las autoridades ordinarias; dispuso la ley de Abril, ley de excepcion y dura, las mismas intimaciones; concluye el Código penal afirmándolas y prescribiéndolas en términos tales, que sólo podia desconocerlos la ignorancia ú olvidarlas la pasion de D. Luis Gonzalez Brabo.

Pero aquí los silbidos fueron contestados con balazos; los soldados se difundieron por todas partes llevando consigo la matanza y el horror. Ni en el dia Dos de Mayo se cometió

tal atentado. Ni en los anales de Polonia se recuerda una tan grande infamia. En calles excéntricas; lejos del radio donde se hallaban los primeros que habian asestado sus armas contra el gobierno, es decir, sus silbatos, fueron ciudadanos pacíficos, ciudadanos que ni siquiera habian cometido el acto inofensivo de silbar, fueron ¡iniquidad de iniquidades! asesinados. Iban por las calles á sus naturales ocupaciones, y se vieron sorprendidos por una soldadesca ébria que se gozaba en verter sangre. ¿No lo decian esas heridas de bayonetazos? ¿No lo decia el que los cadáveres de los sacrificados tuviesen señales de ensañamiento, algunos hasta tres y cuatro heridas? Y como en la noche del Dos de Mayo, como en las terribles noches de Polonia, en las calles de Madrid hubo charcos de sangre; en las calles de Madrid no se contentaban los agentes del gobierno con herir, prendian, llevaban á la cárcel á los mismos que habian herido.

Infeliz herido que se hubiera salvado, de ser atendido como merecia, murió en los ca-

labozos del hospital general. ¿Qué mucho? Los presos fueron puestos de rodillas y luego abofeteados.

El gobierno se retorcia en su banco.

No podian oirse sin rubor estas tremendas palabras que anunciaban el mayor grado de servidumbre en los pueblos y el grado mayor de arbitrariedad en el gobierno. Así es que el debate llegó á tomar en la Cámara alta toda la vivacidad y toda la pasion de los debates populares. Y era natural, y era lógico, y era inevitable que sucediese así. A medida que el poder cae en una tiranía mayor, se eleva la palabra humana á una más tribunicia elocuencia. La palabra será eternamente el verbo de la libertad, cuyo divino espíritu, difundido en los aires como un débil sonido, como un ténue aroma, vivifica las conciencias, fortalece los caractéres, mueve á las grandes empresas, excita al heroismo, y funde las cadenas en los brazos del esclavo y las coronas en las frentes de los reyes. Mas parece que la palabra, por la claridad de juicio, la fuerza de voluntad, el ánimo, el aliento

que exige en su ejercicio debia ser patrimonio de los jóvenes; y un viejo la ejercitaba elocuentemente en el Senado para defender la causa de la enseñanza libre, el Sr. D. Claudio Anton de Luzuriaga.

Al terminar sus dias el ilustre anciano, sustentaba las ideas capitales que sirven de base á la civilizacion moderna, la independencia del profesorado, la libertad de la ciencia, el respeto á los derechos del hombre, la libertad del pensamiento. No podia comprender, no comprendia sin duda el Sr. Luzuriaga que las ideas hubieran retrocedido hasta el punto de que ¡él! que habia luchado con el absolutismo antiguo, tuviera que enseñar los principios tutelares de las instituciones modernas, á los mismos que recogian sus beneficios, á los mismos que estaban obligados á ser los más solícitos en sostenerlos y ampararlos.

El Sr. Luzuriaga habló como presidente del Consejo de Instruccion pública, y bajo este aspecto, su palabra tenia una fuerza inmensa, una inmensa autoridad. Y dijo una idea que está en la conciencia de todos, un

[redacted]

sentimiento que está en el corazon de todos; dijo que se queria convertir el Consejo de Instruccion pública en cuerpo puramente político. Y desde el momento mismo en que se queria convertir el Consejo de Instruccion pública en cuerpo puramente político, el Sr. Luzuriaga estimaba que no era de su deber, que no era de su dignidad volver á él, porque volviendo á él, cuando es enemigo del gobierno, se quebrantaba completamente su carácter.

Debió contestarle el Sr. Alcalá Galiano, *como ministro* de Fomento; pero en aquellos dias acababa de pasar un horrible suceso. Amargado por los inmensos pesares que le habia traido la cuestion de enseñanza; llena de dudas su inteligencia, de espinas su corazon; abrumado con el peso de tantas desgracias como habian ocurrido y con el ódio de la juventud que habia estallado en ruidosas manifestaciones, su ya débil salud se alteró en términos que murió de apoplegía fulminante en pleno consejo de ministros, y al morir, llevóse consigo la elocuencia, quizá más fá-

[redacted]

cil, más sonora y más castiza que jamás se oyera en los Parlamentos de España. Su última frase fué tremenda acusacion á la dinastía: *Compulsus feci,* dijo, y expiró. Tenia, pues, que responder su reciente sucesor, el nuevo ministro Orovio, á quien no llamaba Dios por el camino de las letras y mucho ménos por el camino de la crítica. Así fué su discurso desdichadísimo.

Dijo que el Sr. Castelar habia sido separado provisionalmente. Esto nos recuerda aquel general que mandaba fusilar provisionalmente á sus prisioneros. Dijo que en España sólo deben ser catedráticos los progresistas, los moderados y los unionistas. Suponemos que sólo deberán obedecer al gobierno los progresistas, moderados y unionistas, suponemos que sólo pagarán contribuciones los progresistas, moderados y unionistas, porque esto de eximirnos de los derechos y no de los deberes, nos parece cruel. Antes para regentar una cátedra se exigia: 1.° veinte y cuatro años de edad. 2.° El grado de doctor. 3.° Conducta moral irreprensible. Desde aquel mo-

[redacted]

mento debia exigirse, además de todos estos requisitos, el de ser ó progresista, ó moderado, ó unionista. Y de esta suerte hubiera vuelto el siglo de oro, y la enseñanza prosperado tanto que nos envidiara Marruecos.

Despues del Sr. Orovio entró en el debate el Sr. D. Cirilo Alvarez. Bien puede asegurarse que su discurso fué una acusacion, en el fondo tan contundente, en la forma más acerba que la acusacion del Sr. Calderon Collantes. El orador, al ver las brutalidades de los agentes del Gobierno, el desenfreno de la soldadesca, las violencias contra los ciudadanos inermes; muchísimos apaleados, muchos heridos, algunos muertos, y toda la poblacion aterrada; al ver á los señores Gonzalez Brabo y Narvaez echándosela de matones, y enviando la guardia veterana á los cuatro puntos del horizonte para perseguir y acosar á la gente pacífica, así por las calles de la Montera como de Carretas, así por la calle de Alcalá y la Carrera de San Gerónimo como por la calle Mayor y la calle del Arenal; al ver todo esto decia que se trataba á los hom-

bres como fieras, y que en la noche del 10 de Abril, noche funesta, se habia hecho un ojeo, en el laberinto de las calles de Madrid.

No hay para qué decir cómo montó en cólera el Sr. Gonzalez Brabo. El ministro de la Gobernacion no discutia, peleaba, convirtiendo el Senado en un salon de esgrima oratoria. Su robusta voz, que tan sonoramente hubiera resonado á consagrarse á la defensa de la libertad, hervia como un volcan de pasion, pero como un volcan sobre el cual no flotaba ni una sola idea. Buscaba medios de defensa en todos los arsenales, y todos los arsenales se cerraban. Pedia para conmover todos los tonos de que es susceptible su voz de trueno, y le faltaban todos los tonos que iba buscando. Entonces se revolvia en su banco, extendia los brazos á todos lados, invocaba al partido moderado para que viniera en su auxilio; y se dejaba caer rendido de fatiga, magullado y deshecho, como una de esas víctimas de los guardias veteranos, que habia visto el pueblo de Madrid, pero magullado y deshecho á los golpes de su propia elocuencia.

[redacted]

El asunto pasó del Senado al Congreso, y en el Congreso llevó la voz el Sr. Posada Herrera primeramente. El Sr. Posada Herrera no está nunca en el banco de oposicion á la altura que alcanza en el banco ministerial. No es tan feliz en el ataque como en la defensa. Le falta ímpetu para acometer, como le sobra serenidad para resistir. Pero su discurso sobre aquel asunto tuvo períodos, partes, de verdadera, de extraordinaria elocuencia. Empezó por decir que condenaba á los revoltosos de la noche del 10. Y en realidad, como los revoltosos no se vieron en ninguna parte, no condenaba á nadie. Lo que sí se vió, lo que pudo ver todo el mundo, es que los silbidos de los niños, eran tratados como una rebelion abierta; lo que sí se vió, lo que pudo ver todo el mundo, es que personas inermes eran sacrificadas en medio de las calles. Tuviéronse en aquella noche triste, cuyo recuerdo difundirá siempre horror en los ánimos, ménos consideraciones al pueblo de Madrid de las que suelen las naciones extranjeras entre sí cuando se declaran guerra. Ni un bando,

na: el semblante, la voz, la accion, la apostura, el gesto; aquellas manos que se crispaban como si una corriente de electricidad las agitase, y que arrojaban esa misma electricidad sobre su auditorio; aquella voz tonante que llevaba en sí el eco de tantas tempestades. En aquel dia se excedió á sí mismo.

Cuando se levantó, comprendimos que iba á pronunciar un gran discurso; porque se revelaba en su mirar, en su acento, en su gesto, la pasion que encendia su alma, la grande indignacion que lo agitaba. Tenia la sublime enfermedad de su elocuencia calenturienta, y comenzaba rugiendo. La hiel que el dolor de sus entrañas habia segregado, teñia su rostro de un color lívido, que semejaba la iluminacion de un relámpago. Cada uno de sus adjetivos era como un cañonazo; cada uno de sus períodos una batalla; todo el discurso, todo aquel discurso de ardiente ira, una lluvia de fuego que caia sobre la cabeza del gobierno, teñida en sangre, y abrasaba como plomo derretido su conciencia.

No era el discurso del Sr. Rios Rosas la

[redacted]

acusacion fria, la acusacion legal, la acusacion razonada; era algo más alto que todo esto, algo más sublime; era el eco de la indignacion pública, era el acento de las pasiones que agitaban el ánimo del pueblo. Allí no se invocaba la ley, no se invocaba esta ú otra disposicion del Código, pues harto sabia el país que todo fué violado; invocábase algo más alto, algo que está sobre todas las leyes y todos los Códigos: el sentido moral, las eternas prescripciones de la conciencia. Así su discurso fué como las Filípicas de Demóstenes, como la Catilinaria de Ciceron; una imprecacion contínua, incesante, magnífica. No lo busqueis en el *Diario de Sesiones*, no lo busqueis allí, porque no encontrareis el estampido de aquel acento, el eco de aquella voz, los relámpagos de aquellos ojos, la serenidad de aquella apostura, la crispacion de aquellas manos, la melena que nos recuerda algo de la melena de Mirabeau; la agitacion y el movimiento, que algo nos recuerda á Danton; las chispas de electricidad que se escapan de sus palabras y que se unian á los ru-

mores varios del público; porque en el orador hay siempre dos agentes, él y su auditorio; y con todo esto, que en él está, que tambien está fuera de él, que está, sobre todo, en la atmósfera formada por su candente palabra, en todo esto vereis pasar hirviendo y tronando la tromba de portentosa elocuencia.

La historia consagrará un perpétuo elogio al orador que condensara la ira del pueblo, y agitándola como un rayo entre sus manos, cruzara el rostro de aquellos hombres, para que la tierra los arrojára de sí, y la voz de Dios los persiguiera como perseguia al fratricida Cain. Su discurso no se podrá analizar, porque el mérito no estaba ni en sus ideas, ni en sus proporciones, ni en su hilacion, ni en su série, ni en la armonía de sus períodos; su discurso estaba en todo lo que constituye la personalidad de este orador.

En el curso de esta peroracion hubo notabilísimo incidente. Como dijese que los que habian perpetrado los asesinatos del 10 eran unos miserables, los rumores de la mayoría ahogaban su voz. Miserables, repetia el señor

[redacted]

Rios Rosas. Y los rumores de la mayoría se aumentaban. Y el Sr. Rios Rosas esplicaba estas palabras, diciendo que los llamaba miserables porque habian sido instrumentos de un crímen, porque habian deshonrado el uniforme que vestian, manchándolo de sangre, y de sangre inocente. Aquí de la mayoría. Estos señores no sabian hablar, dejaban abandonado el ministerio en las grandes ocasiones, en las luchas, en la discusion; y luego manoteaban, gritaban como energúmenos; insultaban, amenazaban y armaban esas batallas que solo conducen á deshonrar un Congreso.

¡Magnífico espectáculo! Cuando la mayoría más gritaba, más ruido promovia, el Sr. Rios Rosas, de pié firme, erguida la frente, cruzados los brazos, paseaba su mirada sobre aquel oleaje sin conmoverse, como convencido de que todas aquellas tumultuosas pasiones eran espuma. Cuando le tocaba la hora de luchar ¡cómo luchaba! A la mayoría la acallaba con el gesto, con el ademan, con unas cuantas palabras. Al Sr. Sanz, que le interrumpia, lo arrojaba lejos de sí con un corto esfuerzo,

desarmándole. Al presidente le contestaba con arrogancia que si la mayoría reclamaba que se escribieran sus palabras, él pedia que se esculpieran. En medio de aquella tempestad, él sólo estaba firme, él sólo estaba sereno; él cogia las alusiones de unos, las reclamaciones de otros, los gritos de todos, convirtiéndolos en una especie de nube que se disipaba á su soplo, y que se desvanecia como niebla á sus plantas. En vano el general Narvaez reclamaba; Rios Rosas mantenia sus palabras. En vano protestaba el Sr. Gonzalez Brabo; las mantenia. En vano el mariscal Reina, el brigadier Santiago, protestaban tambien; mantenia sus palabras. Cuando un orador hablaba, se dirigia á su banco á escucharlo impasiblemente, y con dos ó tres palabras desbarataba sus argumentos. La protesta quedó escrita; las palabras del Sr. Rios Rosas se esculpieron por su mano vigorosa en todos los corazones.

No era posible que continuase el ministerio del general Narvaez. Desde el dia en que escribió la circular sobre enseñanza pública, y

por consiguiente, abrió aquella lucha, no con un hombre que nada vale, sino con el espíritu del siglo que es omnipotente; desde aquel dia fatal no tuvo hora de reposo. Las protestas de la conciencia libre, las manifestaciones de la *opinion*, el grito de la juventud en cuyo pecho palpita la esperanza del espíritu moderno; la indignacion de todos los ánimos que veian arrebatadas las últimas garantías de los pueblos libres derribaron el gobierno del general Narvaez. La Universidad perturbada, el Ayuntamiento disuelto, la Diputacion luchando; cátedras que habian pasado sin conmoverse por la reaccion y la revolucion cerradas y solitarias; el Parlamento en son de guerra; la prensa en son de universal protesta; los más grandes oradores del antiguo partido conservador fulminando tribunicios anatemas; Madrid consternado; los testimonios de los horribles atropellos de la noche del 10 creciendo en una progresion asombrosa; las fiestas más sencillas convertidas en temibles manifestaciones políticas; la Guardia veterana, que conservaba el órden público y era el arma de la auto-

ridad civil, completamente disuelta; la enseñanza casi suprimida; las autoridades académicas desacatadas; los claustros universitarios pasando entre bayonetas, y los ministros de la Corona entre silbidos; todo esto era una perturbacion moral y material inmensa, que no podia cesar sino con el sacrificio del ministerio Narvaez, provocador de todo con su soberbia y su torpeza.

Cuando subió al poder, decíase que siendo sus hombres tan importantes, formaban el cuerpo más homogéneo y más ilustre de cuantos podia dar de sí el partido moderado. Este hijo de la ancianidad del viejo bando moderado era un hijo robustísimo en sentir de los doctores de la sinagoga doctrinaria. En él estaba Narvaez, su fuerza; Llorente, su inteligencia; Alcalá Galiano, su palabra; Gonzalez Brabo, su pasion; Arrazola, su historia; Barzanallana, toda su ciencia económica. En él estaba el espíritu liberal que habia animado á la juventud de *El Contemporáneo*; y la experiencia de las inmensas desgracias que por las ridículas tentativas del Sr. Nocedal habian caido como

[redacted]

una especie de cruda calamidad sobre el partido moderado. Él iba á ser el regenerador del gran partido; él su salvacion definitiva. La vieja escuela doctrinaria se habia levantado del estercolero donde agonizaba, á recibir el calor de las nuevas ideas en su mente, y el soplo del nuevo espíritu en su rostro.

Pero desde Setiembre de 1864 á Junio de 1865, el ministerio Narvaez, que vino con propósitos liberales, solamente pudo agravar la situacion y no salvarla. El retraimiento continuó más amenazador, la revolucion más relampagueante, los ánimos encendidos en ira, las pasiones enconadas, el órden perturbado; señales ciertas de que una nueva idea pugnaba por convertirse, por cuajarse en nuevas instituciones; y no habia más remedio que abrirle paso, ó sucumbir á sus tempestuosas ráfagas. Narvaez no alcanzaba á comprender el cambio de los tiempos. Esgrimia su espada contra las ideas y daba con vanas sombras; porque las ideas que lo atormentaban, eran inaccesibles á la persecucion, y á la muerte. Así cayó del poder sin saber

por qué; fatigado de luchar con un enemigo omnipotente é invisible.

Habia contribuido y no poco, á la caida del ministerio Narvaez la pasion ardiente de la prensa. Un escritor muy leido acababa de trazar la figura de María Antonietta, para ofrecerla como ejemplo, y recuerdo siniestro á los ojos atónitos de la Reina. Dicen que Luis XVI leia con empeño en la Historia de Inglaterra por Hume, las páginas de la revolucion que decapitó á Cárlos I, y luego contemplaba el retrato de este desdichadísimo rey trazado por el célebre Vandik. Pues bien, la Reina Isabel á su vez leia y releia con horror el retrato de María Antonietta, de la pobre guillotinada. El escritor ahogó todo sentimentalismo; y se sobrepuso á todas las inspiraciones del corazon para mirar sereno, y cara á cara la figura de la pobre reina tal como se dibuja en el fondo de la historia. Quizá alguna vez habia apartado su atencion de la infeliz mártir destronada y muerta en Francia para convertirla á la poderosa reina viva y reinante en España. Doña Isabel II

[redacted]

se miraba y se veia en el espejo de aquella vida de María Antonietta. Y acordándose de su poder y de su autoridad se quejaba de que la prensa osase entrar irreverente en su palacio y disecar su persona, aunque fuera bajo la alegoría de una reina extranjera. Suscitáronse con ocasion de estos estudios ruidosas polémicas en la prensa diaria. Unos decian que la reina Maria Antonietta habia sido un verdadero angel, y que la Francia y la revolucion no tenian de ella ninguna justa queja; otros decian que la Reina Maria Antonietta *habia* conspirado con tenacidad, y traido por sus propias culpas el tremendo castigo sobre su cabeza.

Y ahora, aunque no aprobemos nunca, porque repugna á nuestro corazon y á nuestra conciencia la pena de muerte, debemos decir en voz muy alta, sin temor de herir supersticiones artiguas, que creemos, que proclamaremos que María Antonieta de Lorena era merecedora de un gran castigo, porque su empedernido espíritu absolutista y su soberbia hereditaria, derramaron sobre Francia y

sobre Europa un mar de lágrimas y sangre, en que se ahogaron tres generaciones.

Era mujer, era esposa, era madre, pero antes que mujer, antes que esposa, antes que madre, era reina. La educacion habia ahogado en su seno la voz de la naturaleza. Por conservar los timbres hereditarios sobre la frente de su raza: por adorar las supersticiones y los privilegios de una sociedad que se arruinaba: por sostener títulos, honores, pergaminos que las ideas habian borrado con su electricidad, la reina no quiso convertir á su esposo de rey absoluto en rey constitucional; ni supo hacer de aquellos príncipes, sobre los cuales ejercia tanto imperio por su belleza y por sus gracias, ni supo hacer de aquellos príncipes ciudadanos; y entregada al influjo de su educacion realista, á la idolatría de su autoridad y de su raza, que imaginaba cuasi divina, en aquella grandiosa revolucion, no vió la luz, sino el humo; en aquellos profetas del nuevo mundo social, no vió las ideas, sino las pasiones; en aquel movimiento no pudo comprender sino que se

llevaba á pedazos su corona, y con un ódio invencible en el alma, y una doblez repugnante en el carácter, concluyó por ser víctima de su obcecacion y de su orgullo.

Su familia no era ardientemente católica; y así habia fomentado la idea filosófica del siglo XVIII; habia herido á Roma en sus más queridos privilegios. Pero su familia era indudablemente la más realista entre todas las familias reinantes de Europa. Vinculando en sí el sacro romano imperio, si habia luchado con el Papa, habia luchado, no por interés del progreso ó por servir á la filosofía, habia luchado por llegar á una autoridad absoluta y autocrática que tuviese un doble imperio sobre los pueblos, y sobre el alma y la conciencia de los pueblos. Así, el sentimiento católico estaba helado en el corazon de la reina; y cuanto hizo á favor del clero y de sus prerogativas, lo hizo no por la fé que escusa, sino por la ambicion vulgar de conservar su corona. Mas si el sentimiento católico estaba muerto en su alma, el sentimiento monárquico estaba vivo, muy vivo, rayaba en delirio; y todos

los revolucionarios, desde el superficial Narbonna hasta el gigante Mirabeau; desde el complaciente Lafayette hasta el austero Robespierre; desde los filósofos que discutian en las Asambleas los derechos del hombre hasta las turbas que clamaban á las puertas de su palacio, todos le parecian extranjeros en un poder que á sus ojos era propiedad exclusiva de su familia, rebeldes contra un derecho que en su conciencia emanaba directamente de Dios.

Contra esta preocupacion ¿qué encontró en la córte de Francia? Nada. Cuanto encontró, servia para recrudecerla. Casóse con Luis de Borbon, que en los primeros años de su matrimonio ni siquiera estimaba su hermosura, y que no comprendió nunca su carácter. La falta de amor la precipitó en la ambicion. La vida aislada de la córte, los placeres del pequeño Trianon, la corrupcion natural de costumbres que habia allí donde reinaban el viejo sátirico Luis XV y la infame prostituta Mdme. Dubarri; algunas pasiones que nacieron involuntariamente en su alma casi abandona-

[redacted]

da y solitaria; el odio mismo de la aristocracia francesa, que la creia un instrumento de la política de la casa de Lorena, y que la llamaba por desprecio la austriaca; el célebre escándalo de su collar, que á tantas hablillas y consejas dió ocasion; su amistad hácia Monsieur y su enemistad hácia Orleans; su implacable orgullo y su furor realista le trajeron desde que su carroza entró en Versalles hasta que su carreta salió para el cadalso, una negra impopularidad; mujer desgraciada, extranjera para la revolucion, extranjera para Francia, extranjera en su mismo hogar.

Creyendo solo en la fuerza del prestigio real, en el númen de su familia, y en las cábalas de los palaciegos, formó en torno de sí una córte, con la cual creia gobernar un *pueblo*. Mujer de escaso talento, digan lo que quieran sus apologistas, no quiso estudiar nunca aquella advertencia sapientísima que le dirigia Neker: los reyes que tienen camarillas, están destinados ó á la suerte de Cárlos IX ó á la suerte de Cárlos I. Cuando vió los Estados generales reunidos, contribuyó en

gran parte al funesto desaire que recibió el Estado llano, para el cual solo se abrió una puerta de la cámara régia, mientras se abrieron las dos de par en par, ampliamente, para que entraran el clero y la nobleza. Cuando la revolucion comenzó, imaginóse siempre que bastaban á ahogarla los cañones de los reyes de Europa. No contaba con que los pueblos son más numerosos que los reyes. En aquellas oleadas de la pasion popular que escupian férvida espuma á su frente, decia, como Enriqueta de Francia, la mujer de Cárlos I, cuando atravesaba el canal de la Mancha, en medió de deshecha borrasca: una reina no se ahoga. Tenia mucha fé en la estrella de su raza, en el ejemplo de su madre. Y no comprendia que si su madre, cuyo talento era muy superior al suyo, habia salvado una guerra, la habia salvado con el favor del pueblo; y ella, cuyo carácter era odiado, cuya vida era calumniada, cuyo orgullo era maldecido, cuyo despego á la reforma la habia hecho blanco del rayo revolucionario, iba á luchar teniendo por único aliado un cle-

[redacted]

ro fanático que no la queria, una aristocracia que no la estimaba, y por enemigos, una revolucion y un pueblo. No era bastante la corona para salvarla. La historia dice que el mejor conductor de la electricidad que se conoce, es el metal; y mucho más el metal de una corona de derecho divino, y que descansa sobre una frente bajo la cual se oculta un cerebro ciego.

Pero la lucha de María Antonietta con la revolucion, no es la lucha franca, no es lucha abierta; por el contrario; es lucha artera, es lucha de doblez y de engaño; sonrie cuando acaricia el puñal; adula cuando prepara el golpe; hiere siempre á la revolucion por la espalda. Así cuando los representantes del pueblo arrojados de la Asamblea se congregan en el Juego de pelota, y se levantan altivos, frente á frente de la monarquía, María Antonietta congrega sus guardias en el teatro de Versalles, los embriaga, los fuerza á cantar los himnos realistas, á besar la escarapela blanca; á jurar sobre la cruz de la espada el esterminio de la revolucion y de los revolucionarios. Y cuando el pueblo vence, cuando

la obligan á salir de Versalles, de aquel mundo oficial, de entre aquellos cortesanos autómatas, que como dice un grande escritor, son tan frios como las estátuas de los jardines; cuando vuelve al seno de París, saluda al pueblo que aborrece, sonrie á los hombres cuya muerte ha jurado para el dia de la victoria. Ya en París, y en el seno de aquella poblacion, su único empeño es ganar á Metz, acusar ante Europa á los revolucionarios de rebeldes, á la Asamblea de facciosa, á la Francia entera de un club gigante contra la paz del mundo. Con áspero estilo decia á su hermano en una carta: «*El mal francés*, si no se ataja pronto, se estenderá por toda Europa.» Y estamos seguros que, fresca aun la tinta con que habia escrito aquella injuria, se levantaba sonriendo para recibir una comision de la Asamblea, y le contestaba su frase favorita: «Yo he cumplido fielmente el encargo que de mi madre María Teresa recibí al separarme en Viena; soy francesa de todo corazon.»

Por Octubre, cuando salió de Versalles,

[redacted]

todavía pudo salvarse; todavía pudo llegar á la reconcilicion con algunos de los principales jefes de la revolucion. Pero les tenia profunda malquerencia. A Lafayette lo despreciaba; á Mirabeau lo aborrecia. Su alma estaba encendida en una ira volcánica, en una ira en la cual hubiera encendido á Europa. Todo pasaba en proyecto por su pensamiento; la guerra religiosa, la guerra civil, la guerra extranjera, el esterminio de Francia, todo ménos la necesidad de la reforma, ménos la justicia de la revolucion. Aunque no estimaba gran cosa á los hermanos del rey, aunque el núcleo de la emigracion realista era el núcleo de sus antiguos enemigos, aunque se desesperaba contra el emperador porque no habia llevado la coalicion europea sobre Francia, se entregaba á su direccion, porque de los plebeyos y de los revolucionarios no queria la paz, no queria la salvacion; para que ellos no pudieran tampoco en su dia aguardar olvido ni perdon.

Lo cierto es, que llevaba en sus manos los hilos todos de una inmensa conjuracion, para

[redacted]

arrojar sobre Francia el peso de toda Europa, y conseguir su desaparicion como pueblo. Así aconsejaba al rey que sancionase los decretos de la Asamblea con una mano, y con la otra escribiera su protesta contra esos decretos, y los enviase para su custodia á los reyes de España. El rey llevaba tan lejos su hipocresía, que consultaba con el obispo de Clermont y con el Papa si le absolverian de los juramentos prestados, de las palabras empeñadas, de las promesas hechas que jamás habian salido de su corazon, sino de sus labios. Mientras tanto Brateuill, amigo y emisario de la reina; Fersen, caballero sueco, de la reina tambien cortesano; Lamarke, otro de sus íntimos amigos, iban de Metz á Bruselas, de Bruselas á Viena, levantando conjuraciones contra la Francia empeñada en la obra inmensa de construir una nueva sociedad. El asilo y el trono que de Franca habia recibido, los pagaba concitándole sañudamente los enemigos de toda Europa. Inglaterra, Austria, España, Turquía, Rusia, todas las potencias se levantaban para aplastar al pue-

[redacted]

blo cuyo crímen era tener aliento para escribir la idea del derecho en las tablas de sus leyes, y entregar esa idea luminosa á la conciencia de la humanidad.

La coalicion europea le aconsejó que se entendiera con Mirabeau. Cuando se decidió á entenderse con él, ya era tarde. Un dia del mes de Mayo subia á caballo el grande orador la cuesta que conduce á uno de los últimos jardines de Saint Cloud. Las áuras de la primavera, henchidas de aromas y de gorgeos de los ruiseñores, y de frescos vapores de los estanques y de las cascadas, acariciaban el rostro del grande orador, henchian su cansado pulmon, y renovaban la sangre de su corazon y las esperanzas de su alma. La reina esperaba en un kiosko al hombre extraordinario á cuyo acento mil veces habia sentido vacilar su trono. Mirabeau le pidió que fuese fiel aliada de la libertad, y él seria fiel aliado de la monarquía. La reina prometió lo que no queria cumplir. De aquella entrevista salió muerto el grande orador. La idea que llevaba en su mente, y que habia despertado

una nueva sociedad, desapareció herida por el oro de la córte. Á los pocos dias fué á buscar en el pecho su corazon de tribuno, y sintió que él mismo lo habia aplastado en Saint-Cloud, bajo su rodilla de cortesano. Entonces dejó caer su cabeza agotada sobre su despedazado pecho, y murió. Lo ahogó el contacto de la córte. La idea fija de María Antonietta era la fuga para volver con los ejércitos europeos y restaurar el absolutismo.

En su delirio reaccionario no sabia donde acogerse, y se acogió al clero. Al fin, la princesa Isabel, hermana del rey, que alimentaba con su soplo las pasiones del clero, tenia fé, tenia fanatismo. Pero la reina sostenia al clero, porque imaginaba que era una misma la suerte de la monarquía y la suerte de la Iglesia. La religion en manos de esta mujer era meramente *instrumentum regni*. Pocos dias despues de acordada la constitucion civil del clero, comulgaba ceremoniosamente recibiendo la hostia de manos de un clérigo que no habia jurado fidelidad á la revolucion. Para ella el veto era una necesidad de la monarquía

[redacted]

y su ejercicio debia reducirse á impedir toda reforma progresiva, como por ejemplo la venta de los bienes del clero. Tenia tambien su imprenta, y su imprenta católica donde cuatro religiosos sin religion usaban el estilo de Voltaire contra las revoluciones, confundiendo la fina ironía con las repugnantes bufonadas. Para mayor escarnio, su periódico se llamaba el Acta de los apóstoles. Y al mismo tiempo aconsejaba al rey que hablara contra los jacobinos el lenguaje de los jacobinos. Y se mostraba alegre al pueblo de París mientras preparaba su fuga al ejército del extranjero. Y escribia al emperador su hermano, que no se fiara de Calonne, y al conde de Artois, su cuñado, que Calonne era un grande hombre. Y por fin, arrastraba al rey á sublevarse contra la voluntad de la nacion; se iba disfrazando á su esposo de lacayo, y volvia entre las bayonetas y las maldiciones del pueblo. Un dia se nombró el ministerio girondino. Grave error en el rey nombrar ministros republicanos; grave falta en los republicanos aceptar el nombramiento de un rey. Pero desde el ins-

tante en que entró el ministerio republicano la reina se redujo á conspirar contra el ministerio republicano. Incitó á Lafayette y á Dumouriez contra Rolland. Vió con secreto placer la oposicion de los jacobinos. Y cuando llegó la hora oportuna, despidió al ministerio impidiendo que el rey firmara un decreto contra los clérigos facciosos. La confusion horrible que habia en su mente, la confusion de los intereses religiosos con los intereses de la monarquía perdió á la reina.

Si el 20 de Junio vió al pueblo entrar en las Tullerías y desacatar su autoridad é injuriar su nombre; si entre cadáveres, manchándose de sangre, el 10 de Agosto, se refugió en la Asamblea que odiaba; si cayó en dura prision donde trascurriesen los dias más siniestros y más amargos de su vida; si le arrancaron de los brazos á su esposo; si oyó el redoble fatal que acompañaba á éste al patíbulo; si tuvo largas horas de hambre, larguísimas noches de frio, meses de miseria; si la apartaron de sus hijos; si remendó con sus manos, acostumbradas á sostener el cetro, las

[redacted]

rasgadas vestiduras; si en el tribunal revolucionario la injuriaron de una manera horrible; si salió al cadalso á los treinta y ocho años de edad, cuando todavía la hermosura se reflejaba en aquel serenísimo rostro; si al subir, pisó al verdugo y tuvo que pedirle perdon; si rodó su cabeza al filo del hacha, su cabeza que nunca se habia querido humillar ante el pueblo; execrando todo cuanto haya en eso de execrable; maldiciendo lo que haya de inhumano, bajemos la frente ante la justicia de la historia, que muchas veces no concebimos, porque no la miramos en su conjunto; bajemos la frente ante esa justicia en que se guarda siempre una gran leccion de la Providencia para los poderes ciegos y soberbios.

El sentir de los periódicos republicanos respecto á María Antonietta era contrastado por el disentir de los periódicos moderados que la presentaban como un modelo de esposas, de madres, de hijas, de reinas. Decian á una que si hubiera tenido su carácter el rey mártir, ni la revolucion se enseñoreara de Francia, ni las personas reales sintieran so-

bre su cuello la segur de la guillotina. Pero en estas discusiones apasionadas la Reina Isabel menospreciaba el lado literario, el lado histórico, y descubria que se estudiaba, aludiendo á ella, la vida de una Reina guillotinada, y que la revolucion, no solamente se atrevia á su trono, sino tambien á su persona. El ministerio Narvaez no habia podido reprimir estos ardides de la publicidad, y la Reina pensaba que, desautorizado y perdido, tenia todos los inconvenientes del general O'Donnell sin ninguna de sus ventajas. Mas para probar que su voluntad dominaba todas las voluntades, que sus deseos tomaban aspecto y vigor de mandamientos imperiosos, olvidó todas las cuestiones que habian herido al ministerio, su conjuracion contra la enseñanza, sus heridas á la Universidad, sus atentados á la independencia profesional, su noche triste del diez de Abril, su menosprecio á las prescripciones legales, su batida en las calles de Madrid, los asesinatos consumados y las heridas abiertas por su guardia pretoriana, todos los escándalos; y se fijó solamente en

[redacted]

una cuestion palaciega, en el nombramiento para altísimo cargo de su córte, recaido en el Marqués de Ezpeleta, que formaba en las filas de la union liberal, y que pasó de su palacio nobiliario al palacio real para despedir indirectamente á Narvaez y á sus ministros.

El pensamiento de cambiar la situacion era ineficaz, dadas las circunstancias. Pero la dinastía de Borbon llevaba en España el mismo torcido camino que la dinastía de Borbon habia llevado en Francia. Las analogías eran sorprendentes. Una revolucion de 1830 se preparaba. El general O'Donnell no era más que el ministro Martignac, aquel ministro que dió un poco de respiro á la opinion, de suelta á la prensa, de esperanza á la libertad para caer en seguida y abrir paso al ministerio Polignac, destinado á destruir la monarquía histórica. Para que nada faltase á este paralelo, tambien aquí habia en el Duque de Montpensier un príncipe de la casa de Orleans, rico y comerciante como todos los suyos, conspirador y ambicioso como todos los suyos, enemigo de la primera rama y amigo del

propio engrandecimiento como todos los suyos, que ingresó en la familia real con el sino de destronarla, como su padre y su abuelo habian destronado á la familia de Francia, y no paró ni un minuto hasta cumplir entre nosotros el ministerio histórico, que parece como vinculado en su nombre y en su sangre.

La historia es, considerada bajo su aspecto más vulgar, la experiencia de la humanidad. Interrogándola, podríamos llamar á este siglo, el siglo de la renovacion de los poderes públicos. Dentro de las antiguas formas de gobierno, cupo la agitacion religiosa del siglo décimo-sesto, la agitacion filosófica del siglo décimo-sétimo, y aun la agitacion regalista del siglo décimo-octavo; pero así que todas estas grandes agitaciones se condensaron en una que las contiene á todas, en la agitacion democrática, las antiguas formas de gobierno fueron estrechas y mezquinas para contener el océano de la nueva vida. Entonces nació el régimen constitucional. La revolucion se encontró cara á cara con los antiguos pode-

[redacted]

res, y luchó con ellos fuertemente. Do quier hubo una poderosa influencia en pugna con el sistema constitucional, fué vencida; do quier hubo un poder opuesto á la revolucion, una dinastía enemiga del progreso, sucumbió ese poder, cayó esa dinastía. Mirad, mirad, Nápoles, Toscana, Grecia, Inglaterra, Francia, miradlas, y vereis que ninguna de estas naciones ha consentido las dinastías enemigas de sus libertades, las dinastías que han avivado el espíritu reaccionario, esa negra sombra que hiela y oscurece á la moderna Europa. Es preciso, es indispensable, que los pueblos recuerden las escenas históricas en que se ve de un lado las dinastías, de otro las naciones. La historia es algo más que una mera narracion, es una viva enseñanza moral, es la conciencia del espíritu humano que se eleva sobre todos los poderes, y los juzga con inflexible justicia. La historia no calla nunca. Si el mundo se entrega á Domiciano, la historia se entrega á Tácito. Por esto ningun poder, ninguna fuerza ha podido jamás ahogar la voz severa de la historia, que es el

espíritu humano, reconociéndose y juzgándose.

El grave mal de los Borbones en su segunda restauracion, fué no saber cosa alguna del espíritu de su siglo. Habian visto una revolucion triunfante, una República colosal y agitada por el delirio del nuevo espíritu, la dictadura del génio sobre Europa atónita, y no alcanzaron que todos estos hechos, eran solamente la roja lava del volcan de ideas que entrañaba Europa; y si vieron las ideas, imaginaron que se podian apagar con agua bendita. Así Cárlos X, el representante de la reaccion teocrática asentada en el trono, se rodeaba, además de sus ministros constitucionales, de una córte absolutista, que hacia sospechosa su política, y odioso su nombre. El arzobispo de Reims, el de París, dirigidos por el Nuncio de S. S, verdadero oráculo de la córte, capitaneaban á todos los aristócratas, á todos los absolutistas, que maldecian del régimen constitucional, y acariciaban la idea de una reaccion insensata. El pueblo que veia esto, aquel pueblo en cuyos labios va-

[redacted]

gaba la Marsellesa, que aterrára con sus viriles acordes á cien reyes, creia su rey instrumento de la córte romana, y su sistema constitucional, á tanta costa rescatado de la antigua tiranía, nido de los jesuitas.

Y estas creencias eran harto fundadas, si se atiende á los hechos de la córte. Habia pedido, y aun propuesto, una ley que castigaba con pena de muerte el sacrilegio, ley atentatoria á la tolerancia religiosa establecida en Francia, ley de esas que empiezan á mover las revoluciones. Durante su discusion, los partidarios del rey en las Cámaras, los que con él privaban, bendijeron el cadalso, santificaron el verdugo. Y como la reaccion no se detiene un punto, pidió y obtuvo indemnizaciones cuantiosísimas para pagar á los emigrados que habian vuelto sus armas contra Francia; pidió y obtuvo la restauracion de los conventos que habian caido á los golpes de las nuevas ideas. Estas victorias, y el silencio del pueblo que es paciente, porque es eterno, indujeron á la córte á nuevos alardes reaccionarios, á nuevos intentos de

oprimir entre sus manos la conciencia, y detener la corriente de las ideas, mofándose á un tiempo de la libertad que late en el seno del siglo, y de la Providencia que encamina hácia la libertad toda la historia.

En su ceguera, Cárlos X prescindió de las ideas modernas, convocó la nobleza, fingió haber encontrado la sacra ampolla donde se guardaba el óleo de los reyes de derecho divino, y arrojó su corona constitucional á los piés de un arzobispo. Consecuente con esto, su córte parecia, como la córte de Cárlos II, la reunion de todos los frailes batalladores, de todos los obispos intrigantes de Francia. Pasaba el tiempo, no en meditar las reformas propias de este siglo, sino en celebrar procesiones, donde iban los volterianos y los excépticos del ministerio y de la cámara, con velas en apariencia encendidas á los santos, y en realidad encendidas á su propio poder. Así el rumor público murmuraba de aquella reaccion que creia capaz de resucitar la política de Cárlos IX, y evocar las matanzas de Bartolomé. Mr. de Montlosier denuncia-

ba, en interés de la religion y de la monarquía, estas conjuraciones teocráticas, á Francia indignada. «El partido sacerdotal, decia, »es un partido invasor y ambicioso que, »arrastrándose en las sombras, bajo las ins»piraciones de los jesuitas, congregacion ilegal »y anónima, penetra en la política, se atrae á »los magistrados, subordina á su poder los »ministros, distribuye todos los favores, ven»de á Roma las libertades tradicionales de la »Iglesia galicana, prepara, en fin, por medio »de sus sectarios, en todas las zonas del po»der público la servidumbre de la monar»quía, para conquistar al yugo de una com»pañía desconocida é intolerante, un pueblo, »no religioso, sino degradado en las más »viles supersticiones.»

Este partido no se contentaba con dirigir la política, queria tambien dirigir las ciencias, queria tambien borrar la filosofía de tres siglos, queria tambien volver las Universidades á la Edad Media. A este fin entregaba el pensamiento, al nacer en la conciencia, al brotar en la pluma, entregaba el pensamiento

á la censura que lo prostituia primero y despues lo aniquilaba. Esta reaccion en la esfera intelectual es la más odiosa á los pueblos modernos, porque es la más insensata. Cuando desde el siglo XII Europa viene con la voz de Abelardo, de Bacon, de Vives, de Hutten, de Descartes, protestando contra la servidumbre intelectual; restaurarla en pleno siglo XIX, en esta edad de la realizacion práctica y tangible de todas las ideas; restaurarla para acallar la conciencia, el pensamiento, es un delirio como el delirio de Calígula, que intentaba acallar con su voz la eterna voz del mar.

Aquella dinastía teocrática quiso poner por límite á la razon humana sus propias preocupaciones, y creyó haber conseguido un triunfo cuando los catedráticos, estigmatizados como Michaud y Villmaine por los jesuitas, descendieron de sus cátedras, sin comprender que dejaban escrita la indeleble protesta de la razon libre contra la infame tiranía, protesta que se grabó en la conciencia y en la memoria del pueblo, más podero-

[redacted]

sa que todos los poderes, más fuerte que todos los gobiernos.

Y no habia esperanza para Francia, porque el heredero de la corona, aun inocente de las faltas de sus predecesores, ya era educado para repetirlas. Mr. de la Reviere y el obispo de Estrasburgo, maestros del príncipe heredero, revelaban bien claramente el doble aspecto militar y teocrático de la ciencia dinástica. Los enemigos de las libertades públicas, los que excomulgaban la prensa, los que tenian la tribuna por una barricada permanente, los adoradores del derecho divino, los militares cortesanos y los cortesanos mitrados, llenos de ódio á la libertad, iban á sembrar en el tierno corazon que debia ser prenda del progreso de la vida, los principios odiosos de una civilizacion muerta, las ideas de un régimen destruido, declarando guerra á lo porvenir en nombre del mismo príncipe á quien la Providencia parecia elegir para que lo dirigiera y lo iluminara. Error lamentable en verdad de aquella dinastía que maltrataba al pueblo, robándole con tales

maestros, la última prenda de reconciliacion posible, la esperanza de encontrar un príncipe liberal en el heredero del trono. «En tales manos, dice Mr. de Lamartine, en el capítulo segundo del tomo octavo de su Historia de la Restauracion, en tales manos, parecia el heredero del trono como una prenda entregada por la monarquía al sacerdocio.» Y en verdad que en el siglo presente, aun se concibe por algun tiempo, efecto de la descomposicion de una sociedad gastada, aun se concibe la dictadura personal de un rey; pero lo que no se concibe es la dictadura de una corporacion, de un sacerdocio, que radicando en la conciencia, pretende ser eterna porque se apodera del espíritu.

Esta política de la dinastía francesa le captaba la enemistad de los poderes públicos, verdaderamente liberales del mundo. Todos los pueblos libres se apartaban de ella con horror. De grado ó fuerza tuvo que reconocer en 1828 la emancipacion de Santo Domingo. Así Canning, que aborrecia á la sazon á los Borbones de Francia, como Gladstone más

[redacted]

tarde á los Borbones de Nápoles, pudo decir desde la tribuna inglesa: les entrego el viejo peso del absolutismo que los matará. Y las primeras costosas glorias de Africa, no bastaron á contrastar la inmensa popularidad de la dinastía. Esta impopularidad tenia causas muy conocidas; el pueblo no perdonaba á la dinastía el que hubiera desarmado la Milicia Nacional de París, el que creyera esta institucion incompatible con su existencia.

Así, cuando la córte salia de gala, el pueblo de París iba con curiosidad á presenciar el espectáculo, y le anunciaba sus resentimientos con su amenazador silencio. Hasta un dia en que la duquesa de Angulema, respetable por sus desgracias, fué al teatro de *la Opera*, no recordamos ahora si en París ó en Burdeos, el pueblo, segun cuenta Luis Blanc en su historia de los diez años, el pueblo, so pretexto de silbar á los actores, silbó á la más ilustre y más augusta de las princesas que personificaban la dinastía de los Borbones en Francia.

El rey echó de ver tarde, muy tarde, su

impopularidad. En vano trató de remediarla; en vano proscribió los jesuitas; en vano redujo el número de los seminarios; en vano dió la libertad á la prensa. Esta concesion tardía volvióse en su daño: esta libertad ya concedida á última hora por el ministerio Martignac, le mordió la frente, le arrancó la corona. La libertad de la prensa saltó sobre los ministros, y fué á herir el corazon de los reyes. Francia creia que el orígen de sus males no estaba ni en Villel, ni en Martignac; creia que el orígen estaba más alto, en una dinastía soberbia, para la cual no guardaba enseñanza la historia, fuerza el tiempo, derecho el pueblo, poder las revoluciones. La imprenta, libre por algun tiempo bajo Martignac, expresó esta queja. Entonces se encontró Cárlos X con una apariencia de legalidad en su favor; se encontró con que la imprenta se levantaba sobre su corona; con que la imprenta limaba los fundamentos de su trono; con que la imprenta desconocia su inviolabilidad; con que la imprenta le retaba á singular combate; con que la imprenta olvidaba

los ministros responsables para herir su autoridad sagrada; y con las ordenanzas de Julio creyó aniquilar la imprenta, cuando en realidad tan solo aniquilaba su corona.

Herida así la institucion principal de los tiempos modernos, por el ministerio de Polignac, sobreescitados los ánimos por las contínuas imprudencias de la córte, llena la medida de los agravios, divorciada completamente la dinastía del espíritu popular, la revolucion estalló, armóse el pueblo, luchó en las calles con las tropas reales, triunfó, y fué á sitiar á sus reyes, que de nuevo anduvieron errantes por los campos, y de nuevo abandonaron el suelo de la pátria y la sombra del trono. Al lado mismo de la antigua dinastía nació la nueva rama desprendida del tronco principal, que más tarde consumió tambien el fuego de las revoluciones; rama que se volvia contra el árbol; parientes que conspiraban contra sus parientes; sangre que se sublevaba contra su propia sangre. El rey depuso al ministro reaccionario Polignac. No bastó; subieron las olas revolucionarias. El rey revocó las ordenanzas contra la imprenta.

No bastó. El rey nombró su ministro á Casimiro Perier. No bastó. El rey nombró lugar-teniente del reino al duque de Orleans. No bastó. El rey abdicó en su nieto. No bastó. Las olas de la revolucion pasaron sobre la cabeza de la dinastía. Triste, abatido, rodeado de su familia, de la duquesa de Berri que aun soñaba con ser la tutora de un grande imperio, de la duquesa de Angulema, la hija de Luis XVI, que habia visto tres veces en la desgracia su dinastía, y que llorosa juraba no haber aconsejado la reaccion que de nuevo la heria; seguido solo de algunos guardias reales, tipo de la antigua fidelidad monárquica; oyendo el rebato de la revolucion y las maldiciones del pueblo, Cárlos X, se embarcó en Cherburgo; y al poner los piés en la nave que le conducia al destierro, levantó los ojos al cielo sombrío, y exclamó: triste suerte, en verdad, la suerte de mi raza!

Cuántas y cuán estrechas relaciones entre la dinastía de Borbon en Francia y la dinastía de Borbon en España. Allí, como aquí, el espíritu de retroceso; allí, como aquí, el culto

á la teocracia; allí, como aquí, el ódio á la libertad; allí, como aquí, la confabulacion siniestra contra toda reforma; allí, como aquí, la complicidad con las reacciones europeas; allí, como aquí, el llamamiento á la revolucion. Parecia que, al heredar la corona, habian heredado tambien la desgracia de toda su raza. Diríase que el destino antiguo los llevaba de la mano, como llevaba al infeliz Edipo de infortunio en infortunio, de puerta en puerta, desde el trono á la mendicidad. Todos ellos han sido heridos por la revolucion, y todos ellos se habian empeñado en luchar con la revolucion. Todos ellos habian caido derribados en el polvo, y se levantaban audaces á continuar de nuevo su batalla sin tregua, como un loco mal curado que vuelve siempre á su anterior manía. Y en España era más enconada y más ciega la supersticion de la familia borbónica. Aquí no tenia ni explicacion ni escusa. El Borbon último que en el trono quedaba era el Borbon español. Todas sus gentes habian seguido igual camino, impulsadas por los mismos errores. Todas

sus gentes se habian precipitado en el hondo abismo por luchar con la libertad en lucha tenaz, cuyo éxito era de antemano sabido. Así la prensa liberal hacia desfilar ante los ojos de la Reina las figuras de todos los reyes destronados en la era moderna, y las causas de su destronamiento. Parecia que leyendo aquella historia de lo pasado se adivinaba la historia de lo porvenir. Parecia que las fases políticas se suceden en la sociedad, como las estaciones en el planeta. Parecia que el destronamiento de la reina Isabel estaba decretado por un espíritu superior á la arbitraria voluntad de los indivíduos, por el espíritu de este nuéstro siglo.

Y si no ¿por qué ostentaba los mismos antecedentes y caia en los mismos errores que su familia de Francia? Un dia se celebraba en el Congreso español solemne sesion, en que el gran pensador Donoso Cortés pronunciaba su último discurso. Con voz entera, con acento profético, elevándose á las cimas de lo ideal, descubriendo desde allí los tiempos y la historia, anunció que el destino de

[redacted]

la casa de Borbon era fomentar la revolucion y morir á manos de la revolucion. Y volviéndose á los ministros, añadió: ministros de Isabel II, libertad á vuestra Reina y á mi Reina del anatema que pesa sobre su raza.

Y en efecto, la casa de Borbon dió en el *Edicto* de Nantes carta de naturaleza á la tolerancia nacional; dió en la paz de Westphalia carta de naturaleza á la tolerancia internacional; dió en la Enciclopedia espíritu y pensamiento á la revolucion; dió con la guerra á los jesuitas el golpe de muerte á la antigua autoridad. Y cuando la revolucion que habia sostenido y alentado, se volvió contra sus tronos, la casa de Borbon se vistió el sayal de penitente, y ella, que habia sido en la persona de Enrique IV protestante, y en la persona del Regente, de Luis XV, de Cárlos III, sin quererlo, y sin saberlo, revolucionaria, enciclopedista, fué en la persona de sus últimos vástagos, los más débiles y los más oscuros, neo-católica, reaccionaria, jesuítica, cortesana del Papá.

Las advertencias no le faltaron. La histo-

ria de los reyes destronados pasó á sus ojos sin ninguna interrupcion en nuéstra prensa. Y en cada una de esas catástrofes notábase una secreta y misteriosa analogía con la catástrofe que entre nosotros venia á más andar sobre la frente de la dinastía. Estas grandes trajedias se abrieron en la Historia con la desgracia de la casa de Estuardo.

Cuando Cárlos I subió al trono, la revolucion existia ya en potencia para usar de una fórmula escolástica, su imágen habia cruzado seguramente más de una vez por el alma del pueblo y debia ser acariciada constantemente por los atrevidos y los patriotas.

¡Cuán lejos estaba, sin embargo, á su exaltacion de ser una realidad temible! Al morir Jacobo I, no desaparecia más que una persona: pero el pueblo bueno y humano, como todo pueblo de la tierra, podia creer que espiraba con él la tiranía. Y lo creyó. Todavía ignoraba que aquella perseverancia fanática en despojarle de todo derecho, no debia proceder tanto de la condicion personal de un príncipe, como del génio familiar de una di-

nastía; ni habia reflexionado sin duda, que el suplicio de aquella hermosa María, víctima de las intrigas jesuitas, habia hecho tradicionalmente incompatibles á los Estuardos con todo pueblo liberal y protestante. Por otra parte, Cárlos I debia seducirle por su juventud y su afabilidad, y hasta los antiguos infortunios de la familia real, debian contribuir á que se mirase con respetuosa simpatía al último vástago de ella por un pueblo que nó habia dejado de ser en alto grado caballeresco. Pero Cárlos I que naciera príncipe constitucional y jurára serlo, no aspiraba sino á morir rey absoluto. La memoria de su ascendiente María Estuardo, sacrificada á la seguridad del protestantismo, le convertia en oculto enemigo de la reforma, de la reforma que en Inglaterra era á la sazon la libertad; tentábale el ejemplo de Francia, donde á su misma vista estirpaba Richelieu con el hierro y el fuego, las últimas reliquias de la libertad; y los jesuitas, la supersticion y la ruina á la vez de su familia, los jesuitas vencidos y expulsados con el aplauso del país, se habian

vengado de su suerte, uniendo al rey con Enriqueta de Borbon, princesa ignorante y fanática, que se creia ajada en su fé y en su dignidad, si los representantes del pueblo reclamaban contra sus gastos y sus devociones, y creia contribuir á su salvacion y á la de sus hijos, si precipitaba al rey con sugestiones tan tenaces como temerarias contra los hombres y las ideas de la libertad.

Si Cárlos I hubiera sido más valeroso ó más inteligente, la libertad habria perecido desde el primer instante. Pero no encontrando en su alma recursos bastantes para ejecutar los funestos designios que Enriqueta diariamente le sugeria, entregóse á un favorito todavía más débil é inepto que él. Strafford, no habia aparecido todavía, y el ministro fué entretanto Buckingham. En vano reclamaban los Parlamentos contra su administracion inmoral y violenta: en vano le señalaba la opinion como dilapidador imbécil y cruel. Los Parlamentos eran disueltos; la opinion, tenaz, sistemáticamente contrariada; y un puñal hubo de venir á reclamar en forma deplora-

ble la responsabilidad que el rey obcecado se empeñaba en sustraer á la justicia ordinaria. La arbitrariedad no murió tampoco con él. Antes bien, la desaparicion de Buckingham permitió el acceso de Strafford; y el rey, que mientras se apoyaba en el primero solo se había atrevido á falsear un sistema que no tenia el valor de destruir, no bien sintió sobre él la inspiracion de esta alma corrompida y temeraria, se atrevió ya á todo.

El tercer Parlamento acababa de desaparecer. Si Strafford hubiese poseido la habilidad política que otros ministros de la tiranía han tenido posteriormente para fabricar un Parlamento de donde la opcsicion hubiese de alejarse por una necesidad de decoro, lo habria intentado. Cárlos I, era bastante débil y bastante pérfido para complacerse en la desaparicion de la libertad sin necesidad de comprometerse en los riesgos de una reaccion. Pero Strafford tenia más audacia que astucia, y en la imposibilidad de comprender su política, prescindió de él. Once años atravesó Inglaterra huérfana de toda garan-

tía. El rey, emancipado al fin de la oposicion parlamentaria, se entregó á todo linaje de excesos. Las garantías individuales fueron violadas; los impuestos exigidos sin que el Parlamento los hubiese autorizado; la ley marcial sustituyó á las franquicias otorgadas, á la Carta magna. Mientras los favoritos se enriquecian, miéntras saqueaba Strafford la Irlanda, mientras se entregaba la córte al lujo y la disipacion, el arzobispo Land establecia el reinado de la teocracia.

Pero Inglaterra se habia apasionado de la libertad, y la merecia. Un dia agobiado el rey por dificultades económicas, vencido por la resistencia implacable que los patriotas, todos los buenos ingleses oponian á la exaccion de impuestos no votados por el Parlamento, se decidió á recurrir de nuevo á su consejo y á su voto. Pero el Parlamento no estaba ya de humor de ceñirse á la votacion de los impuestos. No en vano habian pasado once años. Dotado de una inteligencia política bien superior á las de otras Asambleas que en situacion parecida no supieron decidir y acabar

con sus adversarios, el *largo Parlamento* quiso probar cuál era el grado de sinceridad, cuál la verdadera resolucion del rey. En vez de conceder nuevos subsidios, acusó, procesó y castigó duramente á los ministros, y exigió la sancion de un *bill de derechos*. Bien pronto se demostró que al recurrir con aparente arrepentimiento á las instituciones de la libertad en un dia de conflicto, el rey solo trataba de esplotarlas, incurriendo en un nuevo perjurio. Para entrar en el camino de las concesiones, era tarde. Una concesion falsa é intempestiva ha sido siempre mil veces más funesta que una resistencia obstinada.

. . . .

Algun tiempo despues, Cárlos I moria en un cadalso.

Monótona es en verdad la historia humana. Parece que un solo personaje la llena siempre y que sus leyes se cumplen con la misma rígida fatalidad de la naturaleza. Perdia á los primeros Estuardos de Inglaterra, lo mismo que perdia á los últimos Borbones de Espa-

ña: el completo desconocimiento de su pueblo y de su tiempo. Perdia á los Estuardos el poner la fé católica sobre el protestantismo, en que se animaba el espíritu de aquella edad; y perdia á los Borbones el poner sobre toda institucion y toda libertad el influjo teocrático, opuesto al pensamiento de nuestras generaciones. La reina Enriqueta de Francia, educada en la supersticion, movia á su esposo á que combatiese con el espíritu del siglo; y el mismo funesto influjo ejercian sobre la reina Isabel deudos tan próximos como el rey y el infante D. Sebastian. Un confesor petrificado en los altares cegaba la conciencia de Cárlos I, y otro confesor, ajeno á todo el movimiento de su tiempo, á todo el curso de las ideas, piadoso si se quiere, pero inepto, cegaba la conciencia de Doña Isabel II. El desgraciado rey de Inglaterra, y la desgraciada reina de España, quisieron detenerse en la pendiente, y con sus concesiones tardías solamente lograron avivar el impulso de la enemiga revolucion y la celeridad de la propia caida. El rey Cárlos recordaba su ilustre

antecesora, la reina María, presa en Inglaterra, reducida á devorar toda suerte de insultos, enterrada viva en sombrío castillo, sacada de allí, cuando el trono inglés le pertenecia, para subir al cadalso, y doblar la rodilla y la cerviz ante el verdugo que hizo rodar de un hachazo impío sobre las tablas su cabeza. É Isabel II recordaba de contínuo su ilustre pariente el infeliz Luis XVI, arrancado por fuerza de Versalles, conducido entre apiñadas muchedumbres á París, encerrado en las Tullerías para ceñirle sobre la régia corona el gorro frigio, obligado á vergonzosa fuga, preso por la vigilancia de sus vasallos, conducido entre nubes de polvo é inprecaciones de cólera desde la frontera á la capital, llevando á su lado en aquella larga calle de amargura sus mayores enemigos; desacatado en su palacio por las muchedumbres que todos los dias lo profanaban; perseguido, acosado por las balas de la revolucion armada en la noche del 10 de Agosto, al punto de tener que refugiarse en la Asamblea y oir á sus verdugos y someterse á ellos y resignarse á

la prision del Temple, y salir para presenciar su juicio; y desde la Asamblea á la capilla, y desde la capilla al cadalso, y desde el cadalso al cielo, devorar todas las amarguras en la tragedia más terrible y más cruenta que han visto los siglos. Si la reina Isabel mostrara el fondo de su pensamiento, veríase que tenia de los liberales de Europa la misma idea que Cárlos I de los parlamentarios de Inglaterra. Y estas ideas no se curan jamás; como que están perfectamente connaturalizadas con el espíritu y el carácter y el pensamiento y la vida de un rey, que suele ser tan extraño á su siglo como el fósil encerrado por millares de siglos en los terrenos antiquísimos, es ajeno y extraño á la vida presente. Igual ceguera perdió á la reina Isabel II y al rey Cárlos I. Pero lo que prueba cuán poco aprenden los reyes en el infortunio, es la historia de Cárlos II y Jacobo II de Estuardo.

Cárlos II y Jacobo II, eran hijos del infortunado Cárlos I, y sin embargo, olvidaron en el trono lo que pudieron aprender en la orfandad y en el destierro, los más severos

[redacted]

mentores de la vida humana. El trágico recuerdo de su padre decapitado se amortiguó ó se extinguió al arrullo de las lisonjas cortesanas.

Jóvenes aun, casi niños; ambos habian pasado desde los régios esplendores al destierro, á la penuria, á los peligros. Ambos pudieron aprender, á precio de una amarga experiencia, cuánta bajeza, cuánta perfidia, cuánta ingratitud se ocultan entre las falaces sonrisas palaciegas. Ambos, por el contrario, hallaron en las cabañas más humildes la verdadera nobleza del alma. ¿Quién podia esperar que, educados en tal escuela, no llegaran á ser buenos monarcas, cuando no carecian de cierto talento ni de cualidades apreciables? Y sin embargo, ¿cómo vivieron? ¿cómo reinaron? ¿cómo murieron? Cárlos II, frívolo y excéptico, incapaz de abnegacion y de energía, indiferente al honor y á la vergüenza, vivió entregado á la disipacion, y murió en brazos de las cortesanas.

Y Jacobo II, fanático, supersticioso, insconstante en sus afectos, irresoluto en sus

determinaciones, cruel hasta la ferocidad, ni supo seguir en el interior una política conciliadora, ni en el exterior una política vigorosa; y de restriccion en restriccion, y de resistencia en resistencia, se hizo odioso á su pueblo, fué el juguete de la Francia, exasperó á los whigs, perdió las simpatías de los thorys, decapitó al duque de Monmouth, ensangrentó y deshonró su victoria de Sedgemoor con horribles ejecuciones militares, persiguió cruelmente á los disidentes protestantes, disolvió el Parlamento de Escocia, se sujetó á los jesuitas, se dejó dominar por las camarillas palaciegas, exigió tributos no votados por las Cámaras, atentó á la independencia de las Universidades, y de torpeza en torpeza, y de locura en locura, un dia oyó con espanto llegar á Lóndres el rumor de las olas revolucionarias que venian de Holanda.

Aquel rumor le dió miedo. Comprendió su aislamiento, y buscó auxilio para sostener su corona manchada de sangre, y su cetro mojado en agua bendita. Pidió auxilio al

pueblo, y el pueblo permaneció indiferente y mudo. Pidió auxilio á la aristocracia, y la aristocracia le recordó la muerte del duque de Monmouth. Pidió auxilio á las ilustraciones del país, y las Universidades le recordaron sus persecuciones, sus privilegios hollados, su independencia escarnecida. Volvió los ojos á la clase media, y la clase media se encogió de hombros. Volvió los ojos al ejército, á aquel ejército, único poder que no habia lastimado, y el ejército manifestó su descontento. El dia de la expiacion se acercaba. La obra de sus desaciertos iba á desplomarse. Llegado el momento del peligro, quiso en un solo dia borrar las manchas de su vida entera. Quiso reconciliarse con sus súbditos, prometió concesiones.... ¡Era ya tarde! Guillermo de Orange habia desembarcado en Torbay, cundia la agitacion por todo el reino, y la desercion en todo el ejército. Hasta un indivíduo de su familia, el príncipe Jorge, le abandonaba, presintiendo la proximidad de la catástrofe. Jacobo estaba solo, solo con su fiel Milicia irlandesa, especie de

guardia pretoriana, que habia mandado venir apresuradamente desde que pudo dudar de la fidelidad del ejército.

El triunfo de la insurreccion fué casi instantáneo. Todo el país se levantaba en masa. Las tropas que habian permanecido fieles se retiraban á Salisbury. Guillermo avanzaba rápidamente hácia Lóndres. Ya no quedaba ninguna esperanza. Era preciso huir. Jacobo arregló con el mayor sigilo los preparativos para su huida. Al propio tiempo convocaba á los lores que le eran adictos: les exhortaba á cumplir su deber (él que nunca habia cumplido el suyo!); les confesaba que habia juzgado necesario enviar fuera del país á su esposa é hijos, pero asegurándoles que él permanecia en su puesto. ¡Farsa innoble! ¡Caida ignominiosa! En los mismos instantes en que arengaba á los lores con palabras indignas de un hombre y de un rey, tomaba la resolucion de partirse al amanecer. ¡Así terminó la dinastía de los Estuardos! ¡Tal fué la caida de Jacobo II!

La revolucion inglesa de 1688 difiere nota-

[redacted]

blemente de las revoluciones que en diversas épocas se han verificado en el continente. Aquí han sido ménos durables y más incompletas, porque para edificar ha sido menester destruir; y en estas alternativas de destruccion y de creacion, los poderes reaccionarios han prevalecido.. En Inglaterra, por el contrario, los acontecimientos de 1688 cierran el período de las revoluciones. Ellos no constituyen en su fondo sino una revolucion conservadora. El pueblo inglés no derribó la dinastía de los Estuardos para realizar en sí una trasformacion radical, ó para conquistar un principio nuevo, ó un nuevo derecho. Todo esto ya lo tenia adquirido desde los tiempos de la gran Carta.

La revolucion de. 1688 fué extrictamente defensiva, y buscó su fuerza en la legitimidad y en la tradicion. No fué por lo tanto necesaria una nueva Constitucion. Bastó modificar la existente asimilándola á las necesidades de los nuevos tiempos. La mala administracion de los Estuardos, y los desórdenes que habia ocasionado, probaron la urgencia de des-

pojar á las leyes fundamentales de todo concepto ambíguo, y borrar del espíritu de gobernantes y gobernados la falsa y perniciosa nocion de que la prerogativa real era algo más alta que aquellas leyes fundamentales. Corregido esto, que se consiguió sin hondas perturbaciones, todo entró en su cauce natural. Y hé aquí, por qué la revolucion de 1688, sin ser tan violenta como otras, ha dado resultados tan positivos, y dejado huellas tan profundas.

Indudablemente en pueblo tan apasionado de la legalidad como el pueblo inglés nó hubiera revolucion si la familia real no la provocára, como en pueblo tan monárquico cual la nacion española no reinará nunca la República si la monarquía no llega á morir de interior descomposicion. La casa de Estuardo, los últimos representantes de la casa de Estuardo, en todo se parecen á la casa de Borbon, á los últimos representantes de la casa de Borbon. Cuando sus pueblos los rechazaban debia quedarles el refugio último del corazon y de la conciencia, el santuario de la familia.

[redacted]

Y sin embargo, la familia tambien se vuelve contra ellos, como si en los palacios no pudiera oirse la voz de la sangre, la voz de la naturaleza. El primer sublevado contra Jacobo II es su yerno, Guillermo de Orange. La hija misma que debia piedad filial, esa piedad tan frecuente en las calumniadas muchedumbres, la mujer de Guillermo, va á la iglesia y pide de rodillas á Dios en el templo que bendiga las naves y los ejércitos enviados contra Jacobo, contra el rey su padre. En este dolor consuélase el último de los Estuardos llamando al corazon de su hija menor, ó sea de la princesa Ana, casada con el príncipe Jorge de Dinamarca. Y el príncipe corre á afiliarse bajo las banderas rebeldes, y le sigue la princesa diciendo que, puesta en la dura alternativa de optar entre su padre y su marido, las leyes de Dios y las leyes de la naturaleza le mandan seguir á su marido. Y Jacobo II no encuentra arrimo, no encuentra consuelo, ni siquiera en el corazon de sus hijas. Los reyes que se creen jefes de la sociedad no son ni jefes de su familia.[1]

Y lo mismo que á Jacobo II de Inglaterra sucede á Isabel II de España. Tambien la reina Isabel tiene parientes, y tambien halla en sus parientes la empedernida crueldad que el rey Jacobo. Su hermana, aquella niña angelical, que compartia en la cuna la gloria y la popularidad de Doña Isabel II; que recibia hospitalidad en Sevilla y estaba allí rodeada de una córte tan brillante como la córte de Madrid; que ve á sus hijos honrados con todos los títulos y todas las distinciones de los hijos de reyes, acaricia á los enemigos de la dinastía, atiza la cólera universal, ampara en sus palacios la oposicion, reparte dádivas entre los conjurados y contribuye á la ruina del trono, en cuyas gradas naciera y á cuya sombra se albergára como á la sombra del propio hogar.

Y aun hay otra analogía. Tiene un hijo Isabel II como tiene Jacobo II un hijo, príncipe de Gales éste, aquel príncipe de Astúrias, herederos cada cual respectivamente de un trono. Y la general murmuracion se ceba en la legitimidad de estos hijos. Y esas murmu-

raciones sirven de pábulo en Inglaterra á las hábiles maniobras de Guillermo de Orange y en España á las desdichadas maniobras del duque de Montpensier.

Y aun hay más analogías. La familia real inglesa huye desde su capital á las orillas del mar como la familia real española. En noche oscura la Reina de Inglaterra disfrazada de dama italiana, seguida de algunos servidores, con su hijo en brazos, su hijo que llora cual si presintiera la irreparable pérdida de sus derechos, mojada hasta los huesos por la copiosa lluvia que cae, perdida y extraviada por las fangosas riberas del Támesis, en peligro de ser conocida de los transeuntes, pasando el rio en barca descubierta, errante algun tiempo á causa de no encontrar el coche que estaba preparado, huye de su palacio y de su trono para morir en el destierro. Y Jacobo, incierto entre su temor y su deber; rey católico de un pueblo protestante; padre infeliz de hijas desnaturalizadas, como las que pintó el gran trájico inglés en su epopeya dramática del rey Lear; dudando entre conservar la co-

rona y perder el alma ó perder la corona y salvar el alma; rodeado por todas partes de traidores como todos los poderes en sus postrimerías; va á las costas y vuelve á su palacio; torna á irse y quiere tornar á volver; pero al cabo, azotado por los vientos, y combatido por las olas, deja su palacio, y va á Francia á encerrarse en San German, donde estuviera antes toda su familia para fundar allí una nueva dinastía de desterrados, que conmoverán con sus pretensiones á Europa; que pasarán como sombras y apariciones sobre el trono de Inglaterra; y que no podrán salir jamás de su duro infortunio, como no pueden salir los condenados del infierno católico.

Hay analogías entre la fuga del último Estuardo y la fuga del último Borbon. La noticia de la insurreccion cae á los piés de la Reina Isabel como un rayo. Se halla á orillas del sublime Océano, tan tormentoso como la revolucion. A un cortesano que le pregunta si cree posible el triunfo de la insurreccion, le responde enseñándole sus salones desiertos. A un diputado vizcaino le pregunta si podrá

[redacted]

contar con la fidelidad de las provincias vascas, con la fidelidad de aquellas provincias que habian combatido siete años su trono. Apercíbese á partir para Madrid, y cuando ya humea y silba la locomotora y ya se mueve el tren, recibe contra-órdenes y va á encerrarse en su palacio sin contar siquiera con la fidelidad de la guarnicion de San Sebastian. Por fin, rodeada de algunos alabarderos, seguida de su esposo y de sus hijos, custodiada de las tropas que guardan la frontera y tocan los acordes de la marcha real, huye de su pátria, entra en Francia, recibe los homenajes de un monarca que le da asilo, y va á refugiarse en el palacio del fundador de su dinastía, en el palacio de Enrique IV, devorando como otros tantos reyes las amarguras del destronamiento y del destierro.

Podia creerse que los Estuardos se habian perdido por su fé, y por su fé los Borbones. Y si recorreis la larga legion de reyes destronados observareis que nada les salva. Dicen muchos que Estuardos y Borbones se perdieron por timidez y se hubieran

salvado apelando á la crueldad. Los reyes crueles tambien se desploman. Y si no, mirad la dinastía de Nápoles, miradla y comprendereis que igual resultado dará la fuerza y la debilidad.

La denuncia de un enemigo bastaba allí, en los tiempos de Fernando y Carolina, para que á un hombre se le encarcelara; bastaban las presunciones para que se le condenara. El martirio ha inmortalizado los nombres de tantas víctimas ilustres, juntamente con el del juez instructor, Vicente Speciale, que insultaba á los reos y á sus parientes, arrancaba por ardid las confesiones, y hasta alteraba las piezas del procedimiento. Viéronse allí altos ejemplos de heroismo, de ese heroismo que solo puede infundir el sacro fuego de la libertad.

Pascual Baffa, gran erudito, rehusó el ópio, creyendo que el suicidio no es lícito, ni aun en los casos extremos. ¡Estaba ya condenado, y el inícuo Speciale aseguraba á su esposa que solo seria castigado con el destierro! Velasco, por el contrario, le respondia fiera-

[redacted]

mente cuando le amenazaba con llevarle al suplicio: *Tú, no*, y se arrojaba por el balcon. Preguntado Cirillo, qué era bajo el reinado de Fernando, le contestaba: *¡Médico!*—¿Y en la República?—*Representante del pueblo.*—¿Y ahora?—*Ahora yo soy un héroe comparado contigo.* Y rehusó pedir perdon al rey y á Nelson, á quienes habia curado. Vitaliani continuó tocando la guitarra al oir su sentencia y dijo al verdugo al subir al cadalso: *Te recomiendo á mis compañeros: son hombres, y tú tambien: algun dia podrás ser desgraciado.*

Trescientas personas distinguidas perecieron sobre el cadalso; nobles, literatos, militares, dos obispos, dos bellísimas jóvenes de veinte y de diez y seis años, entre ellas la San Felice. Otros muchos fueron sepultados en los fosos de la Favignana. Con penas menores fueron castigados infinidad de republicanos. Dióse órden para que cesaran los toques de agonía por los ajusticiados, porque se repetian con demasiada frecuencia. Se pagaba al verdugo por dias, no por cabezas. Comisionados especiales recorrian las provin-

cias para descubrir los *enemigos del altar y del trono*, y dos de aquellos agentes bastaban para quitar la libertad, la fortuna y la vida. Perecieron en el suplicio Nicolás Florentino, sábio matemático y jurisconsulto, y Eleonora Pimentel, poetisa apreciada de Metastasio y famosa por sus discursos republicanos. Hasta Dominico Cimarosa fué llevado á un calabozo por haber escrito un himno republicano, y puesto en libertad más tarde por los rusos, le dejaron marchar á Venecia, donde murió triste y olvidado. ¡Tal es la historia de todas las reacciones: odio, crueldad, venganza, frenesí, demencia, rios de lágrimas y torrentes de sangre!

Todos estos horrores pasaban en 1799, y siete años más tarde, en 1806, se verificaba la segunda caida de Fernando. Los destinos de Italia se decidian en Alemania, en la batalla de Austerlitz, despues de la cual la córte napolitana se encontró abandonada de los ingleses por consejo, de los rusos por convenio. Entonces declaró Napoleon que el reinado de los Borbones habia concluido. Napoleon

[redacted]

deseaba tener un rey en Italia. Al aproximarse los franceses, Fernando huyó á Palermo dejando una regencia con órden de no entregar las fortalezas bajo ninguna condicion. Así recomendaba el heroismo ¡huyendo! Carolina se quedó, determinada á no ceder sino á la violencia. Reunió los bandos realistas, llamó á las armas á Fra Diávolo, á Nunciante, á Sciarra, tan temibles á los amigos como á los enemigos; pero las provincias no respondieron á su ardor. Armó á los *lazzaroni*, pero los *lazzaroni* excitaron tales desórdenes, que los ciudadanos intentaron defender por sí mismos la ciudad; y cuando tuvieron las armas en la mano, llamaron á los franceses como libertadores. Segunda caida de Fernando.

Fernando no volvió á sentarse en el trono de Nápoles hasta 1815, en que fué llevado por la gran reaccion europea que sobrevino despues de la batalla de Waterlóo. ¿Qué aprendió en la adversidad? Nada, nada, como Fernando VII de España, como Luis XVIII de Francia. A los reyes absolutos no les sirven

las adversidades de enseñanza. Su caida estrepitosa debió enseñarles que separados de los pueblos serian arrastrados por la primera tempestad. Tan imprevisores como ingratos, imagináronse que sus súbditos estaban harto recompensados con el olvido. En vez de hacer prudentes concesiones á sus pueblos, se esforzaron en comprimir sus justas aspiraciones. El absolutismo les pareció una conquista, y no quisieron renunciar á ella despues de las restauraciones. El espíritu de familia, de cuerpo, de ciudad, de pátria, ese espíritu que constituye la fuerza y la vida de la sociedad, quedó extinguido bajo la simétrica geometría de una administracion central, de una centralizacion absurda. Y desde el momento en que los gobiernos quisieron concentrar en sí mismos toda la vida, debieron ser los responsables de todo. Extinguido el espíritu de sacrificio, suprimido el deber ó el móvil de la actividad individual, los hombres no fueron ya sino cifras, y para dirigirlos contóse solo con ...ilio de la fuerza. ¡Efímero auxilio! Solo ... pues, que escoger entre una sumision

ciega y desesperados arranques de independencia.

La historia recordará siempre con horror aquella córte, el rey imbécil á quien llamaban sus vasallos el rey pollino, huyendo de la noble profesion de la guerra y encerrándose en los corrales y departiendo con los séres más abyectos; la impura reina Carolina, verdadera Pasifae, dada á todas las abominaciones; el cardenal Rufo, verdugo con capelo; Emma que de las calles de Lóndres, donde vendia su amor pasó á los estudios de los pintores donde vendia su belleza, y de los estudios de los pintores á la embajada de Inglaterra, comprada tambien para mujer legítima por un viejo aristócrata; y de su lecho conyugal á los brazos de Nelson y á la privanza de la reina; hermosísima mujer como el angel caido, y como el angel caido perversa, siniestra, que ofrecia á la amistad con la reina y á su propia ambicion en holocausto los mártires de la libertad, ahorcados en las calles de Nápoles, arrojados al hondo mar en aquella orgía de sangre.

Y á pesar de tanta infamia, de tanta crueldad, de ese feroz despotismo, de esas ciegas venganzas; de las deportaciones, de los asesinatos; del absolutismo trasmitido como un vínculo á todos los príncipes de la familia, y de la resistencia opuesta como un muro de bronce á todos los humanos progresos; la marea del pensamiento nuevo ha subido al trono de los Borbones, y se lo ha tragado para siempre: que no sirve la fuerza, no, á eludir las leyes ineludibles del humano progreso.

Pero sirve la astucia. ¿Quereis ver el rey astuto por excelencia? Es Luis XVIII, el burlon, el excéptico, el volterariano.

Luis XVIII no se habia ruborizado de obtener su trono del beneplácito de los extranjeros. Era el año de 1814. La revolucion odiaba á los Borbones: el ejército los tenia en poco. El pueblo les habia olvidado. Solo una escasa fraccion, compuesta principalmente de los antiguos emigrados, libertinos y traidores que habian renunciado en ley de honor y de verdadera caballería á la nacionalidad francesa, desde que osaron deshonrarla en las conju-

raciones y las orgías de Coblentz; sólo los aristócratas eran sus amigos. Sólo ellos, fuera de aquella escuela perversa, ya por entonces propagada por De Maistre y De Bonald, que habia fijado sus ojos en el ideal de Gregorio VII y en la temeridad de Bonifacio VIII, y dirigido sus propósitos á la restauracion inexorable del antiguo régimen, instrumento que debia ser de una teocracia insaciable. Y Luis XVIII no hubiera podido asaltar con semejantes auxiliares la direccion política de un país que Voltaire limpiara definitivamente de supersticiones clericales, despues que Montesquieu la libertó de preocupaciones políticas. Luis XVIII no hubiera podido sorprender á Francia con su imperio, si la desdeñosa indiferencia de Alejandro de Rusia, la oculta complicidad del Austria, la gestion interesada de Inglaterra, la presion de las potencias de segundo órden, y ante todo la postracion moral y material de Francia, no le hubiesen allanado el camino.

Luis de Borbon, por lo demás, no era capaz de crear un trono, no ya á la cabeza de

[redacted]

una [illegible] desprestigiada, pero ni aun al frente de una mayoría inteligente y resuelta. Enrique IV, su ascendiente, habia ganado á Paris [illegible] misa. En cuanto á él jamas [illegible] de la revolucion sino para [illegible] monarquía. Parecia prudente, [illegible] astuto y no era mas que [illegible] primer príncipe de la sangre. [illegible] entre el trono, [illegible] para todo [illegible] cuyos agravios [illegible] á él, á los [illegible] momentos del conflicto [illegible] cuando se encontraron [illegible] malevolencia [illegible] favor del trono, cuya [illegible] ó del pueblo, [illegible] ó porque la pobreza [illegible] no le permitia presentar la siniestra trascendencia de aquel conflicto que no habia de terminar sino en una expiacion sangrienta de la dinastía en un sacrificio heróico del pueblo: en el plicio de Luis XVI y en la guerra europea.

[redacted]

Luis XVIII era todavía en 1814 el mismo que cuando en 1790 huyó de Francia, dejando el trono de sus mayores comprometido y el pueblo exacerbado. Si los ultramontanos y los aristócratas habian confiado en su ódio á la libertad, no carecian de razon. Sólo él se habia atrevido á dudar de la virtud del derecho y de la sabiduría política de las Córtes españolas, al proclamar el principio de la soberanía nacional frente á las pretensiones de Napoleon Bonaparte, que creia poseer á España porque poseia á su rey. Sólo él se hubiera atrevido á dudar que el brillo de la libertad fuese en Francia absolutamente necesario para desvanecer el brillo todavía tan deslumbrador del imperio. Pero consecuente con su naturaleza, dominado ya por los instintos propios de una dinastía en decadencia, que la oscuridad reclamaba ya con imperio, Luis XVIII era más capaz de pervertir y falsear las instituciones liberales que de aniquilarlas. La revolucion le era odiosa, pero la reaccion proclamada por los jesuitas y los aristócratas le espantaba. Accedió al fin á

que los poderes públicos obedeciesen á una Constitucion, pero no la consintió sino otorgada. Toleró que los representantes del país interviniesen en la formacion de las leyes, pero no sin reservar á la corona la facultad de publicar las ordenanzas que fuesen necesarias á la salud del Estado. Hubo todavía segunda Cámara; pero su nombre clásico, y un si es no es republicano de Senado, fué sustituido por el feudal de Cámara de los Pares. Hubo tambien *libertad* de imprenta, pero subordinada á la facultad del poder de *prevenir y reprimir* los abusos, y la misma facultad parlamentaria de examinar y votar los impuestos, tradicional en la Constitucion europea, no llegó hasta el extremo de privar al rey de decretar los créditos extraordinarios.

Figuraos ahora cuál debió ser la obra de aquel rey armado por una Constitucion retrógrada de poderes tan extraordinarios, rodeado de nobles que habian perdido á manos de la revolucion su jurisdiccion, sus rentas y sus privilegios, seguido de clérigos que le hablaban de la cólera de Dios, porque no

[redacted]

podian obtener el favor y la sumision del pueblo, y animado en cuanto á él de una prevencion tan profunda contra el régimen constitucional. Sus asechanzas á la libertad no tuvieron más límite que el miedo. Si la revolucion lejana ya, y al parecer definitivamente vencida, no le hubiera, á pesar de todo, intimidado, si las potencias europeas, y ante todo la astuta Inglaterra que le hubieran favorecido, no le hubieran moderado, la libertad habria perecido. Aun así no hubo uno solo de los principios de 1789 que no amenazara, ni interés liberal que respetase, ni garantía constitucional que no infringiese ó anulase. La Francia épica del imperio y de la república, quedó bien pronto reducida á una reproduccion absurda y vergonzosa de la Francia de los últimos Valois y de los penúltimos Borbones. Napoleon la ahuyentó por un momento con un rasgo de audacia suprema al desembarcar en Cannes. En aquel instante Luis XVIII, es decir, el rey invariable de las catástrofes, en aquel instante, Luis XVIII arrojó sus emigrados, sus clérigos, sus prero-

gativas, hasta sus amigos y sus preocupaciones al ejército que seguia á Napoleon, al pueblo que se decidia por el emperador. La degradacion fué inútil. Luis XVIII salió desterrado, abrumado hasta por el sarcasmo y la indignacion de Chateaubriand, el último poeta de la legitimidad.

Cuentan las crónicas que cierto dia estaba Chateaubriand departiendo con Luis XVIII. Los Borbones debian mucho al gran poeta de la legitimidad. Evaluaban su folleto contra Bonaparte en el precio y en la fuerza de un ejército de cien mil hombres. Estas deudas de gratitud no obstaron á que lo trataran indignamente, sacrificándolo á su rival Villele, y despidiéndole del ministerio de Negocios extranjeros como quien despide á un lacayo. Pero el rey Luis XVIII, cuyo talento más abierto á las ideas modernas, gustaba de comunicarse con todos los hombres extraordinarios, trataba de política un dia con Chateaubriand. Y en el curso de la conversacion le preguntó: «¿Qué creeis de la monarquía?» —«Perdóneme V. M. que le hable con toda

franqueza. La creo perdida.»—«Y yo tambien, añadió Luis XVIII.»

Y efectivamente, aunque en la persona de este rey se restauró la monarquía, murió en la persona de su inmediato heredero Cárlos X, supersticioso, fanático, pagado de su autoridad legítima como un monarca del siglo décimosexto; implacable en perseguir á los representantes del espíritu moderno, inaccesible á todo progreso, especie de bajo relieve perteneciente á una sociedad antigua y perdido en el naufragio de la sociedad moderna; capaz de imaginarse haber detenido el tiempo con resucitar las ceremonias de la antigua monarquía en Reims, donde se coronó entre nubes de incienso, armonías del órgano, cánticos sagrados, legiones de nobles y de obispos, para caer al sacudimiento de la revolucion, y atravesar las mismas aguas, amargas como las lágrimas, verdi-negras como las atrabilis, que dos siglos antes habian atravesado los Estuardos, precipitándose desde el trono al destierro por los mismos errores y las mismas culpas.

Visto que la monarquía, rígida, austera, no fué bastante á salvar los reyes, los penates de las antiguas sociedades, empeñáronse los monárquicos en una falsificacion, que adulterase á un tiempo el principio de libertad y el principio de autoridad. Y para esta falsificacion jamás se hubiera encontrado un hombre de los antecedentes y de los caractéres de Luis Felipe. Hijo de reyes por su cuna y perteneciente al pueblo por sus desgracias; indivíduo de aquella familia de Orleans que al cabo habia de servir á la monarquía aunque fuese por ambicion, y servido al pueblo, aunque fuese por interés; bastante hipócrita para estar bien con la Iglesia y bastante excéptico para estar bien con la filosofía; regicida y víctima de los regicidas; amigo y enemigo de la revolucion; demócrata capaz de poner toda clase de límites á la democracia y monárquico capaz de adulterar con todo género de adulteraciones la monarquía; representante de aquellas clases medias nacidas de la revolucion que eran sensatas por carácter y duchas en las cábalas políticas, pero

egoistas y corrompidas, Luis Felipe representaba con títulos excepcionales el eclecticismo universal y por ende la duda y la incertidumbre que al cabo se convierte en corrupcion.

Habia combatido heróicamente por la libertad y la gloria de Francia en la batalla de Jemmappes, habia llevado además de su pericia militar, su esclarecido nombre y su discretísimo consejo á nuestros diputados de Cádiz, los enemigos del imperio y de la servidumbre francesa, más formidables de que haya noticia: no habia desdeñado participar de los oscuros conflictos de la emigracion dedicándose como ella al profesorado ú á las ocupaciones mecánicas; y sin embargo, indudablemente reservaba con misteriosa inquietud en el fondo de su alma la palabra de Danton, del sagaz y heróico Danton, que dándole una palmada en el hombro, le habia predicho en el campo de Jemmappes el trono de Francia.

Luis Felipe era además un personaje esclarecido. Víctor Hugo, la profecía y la cóle-

[redacted]

ra de la revolucion, no ha tenido inconveniente en referir en una obra para siempre célebre, las virtudes domésticas, la fidelidad conyugal, la piedad filial, la prevision, ó mejor aun, la ceguedad personal y los humanitarios sentimientos del rey Luis Felipe. Nosotros podemos añadir que, á diferencia de otros reyes ménos experimentados en la política y en la vida, el inteligente Luis Felipe no habia estimado jamás el militarismo y la teocracia. Del primero, apenas si se habia acordado para consumar la conquista y sumision de la Argelia. En cuanto á la teocracia, ¿quién no recuerda, siquiera sea por las rientes reminiscencias de la juventud, que Luis Felipe no le permitiera jamás traspasar el dintel de las universidades, y sostuviera con ella la heróica lucha que no debia terminar hasta que la restauracion bonapartista, en su época de inexperiencia y de debilidad, sacrificase á las conveniencias jesuíticas hasta su significado esencialmente democrático y revolucionario?

Pero Luis Felipe incurrió en la suprema

[redacted]

inconveniencia de entregarse absolutamente al partido conservador, ó para hablar con más exactitud, en crear y dirigir á su antojo un partido llamado conservador. Ningun militar habia, por ventura, al frente; ni siquiera Bougeaud, el ilustre vencedor de los marroquíes en Isly. Su verdadero jefe era Guizot, del cual dice el cáustico Cormenin, que le habia visto tierna y honradamente abrumado bajo inmensas desventuras domésticas; de quien positivamente se sabe que cualesquiera que fueran los medios corruptores que para la intriga política empleó, jamás fué sospechoso de haber intervenido ó haberse aprovechado de ágios, negocios y robos; hombre eminente en suma, hombre honrado tambien en su vida privada, á quien solo faltó algo más de flexibilidad, de inteligencia y de modestia política para haber servido poderosa, si más modestamente, á la monarquía, á la cual arruinó al fin con su fogosidad y su obstinacion tenacísima en sostener el retroceso.

Guizot y sus amigos los moderados eran en efecto mil veces más funestos que los más

astutos enemigos. Su política podia llamarse la inercia sistematizada. Cuando movida por tiránicos abusos, exigíales la oposicion que reformára el artículo 291 del Código penal, ó sea aquella disposicion que prohibia la reunion espontánea de más de 20 personas, Guizot contestaba, que no era á la sazon cuando la libertad peligraba, que su intencion no era cohibir las reuniones legítimas por numerosas que fuesen, pero que entretanto, ley del país era la disposicion impugnada, y mientras una modificacion legislativa no viniese, todo el mundo debia someterse á las leyes existentes. «Toda vez, añadia al concluir el desventurado, toda vez que el poder está provisto de un arma legal, no solo no debe desprenderse de ella, sino que debe servirse á toda costa.» Algun tiempo despues, ni aun las reuniones puramente religiosas de la Iglesia reformada de Francia, eran toleradas.

Cuando estimulados por su orígen, por su protesta contra las ordenanzas sobre la imprenta promulgadas por Cárlos X, los revolucionarios de Julio, es decir, los autores y

mantenedores de la dinastía, reclamaban la aplicacion prometida á mayor abundamiento pòr una ley del juicio por jurados á la prensa, Mr. Guizot contestaba con su habitual imparcialidad: «la enmienda que proponeis, tiende á cambiar la legislacion de la prensa, y á abolir todo lo que se ha hecho sobre esta materia desde 1819; pero no creo que esta modificacion pueda intentarse inmediamente, y sin maduras deliberaciones.» En fin, cuando la oposicion monárquica y dinástica, en el colmo de la exasperacion, pedia rendida, angustiosamente, que la reforma electoral y parlamentaria se verificase para que nuevas clases, una parte del pueblo, la mitad de Francia siquiera, se creyese solidaria de aquel régimen, en cuyos destinos podria de entonces en adelante intervenir; cuando la oposicion deciamos reclamó la reforma electoral, el eterno, el indispensable, el ciego Guizot contestaba aun con inocente sangre fria: «Hay quienes creen que la reforma electoral es un objeto hácia el cual debemos dirigirnos inmediamente..... nosotros creemos que, hasta

que sobrevengan tiempos todavía muy remotos, el interés del país, lejos de exigir esa reforma, la rechaza.»

Aquella resistencia injustificada, arbitraria, servil, sistemática; aquel régimen frívolo y cruel que creia haber dado la libertad porque habia respetado un mecanismo; aquella situacion que con haber consentido la existencia de dos Cámaras ficticias y un cuerpo electoral oligárquico y corrompido, se creia dispensada de toda culpa, aquella resistencia debia morir.

Si Luis Felipe pudo sostenerse aún diez años más, merced á la debilidad é ineptitud del partido progresista, al optimismo é inocencia de los jefes reconocidos del partido republicano, Thiers, el orador y el hombre más inteligente del primero, habia tenido más de una debilidad con la córte, habia transigido alguna vez con el gobierno personal del rey, y tal vez no habia pensado en la necesidad de depurar el régimen constitucional y humillará la córte, sino como en una tentativa capaz de satisfacer su vanidad. Los hom-

[redacted]

bres más ilustres del partido republicano, oidos en las Cámaras hasta poco antes de la revolucion de 1848 con indudable y merecido respeto, habian llegado á contagiarse con la inercia oficial, y poco antes, muy poco antes aún de los sangrientos dias de Febrero, en el célebre banquete de Chateau-Rouge se atenian á la forma electoral y parlamentaria y confiaban ¡cándidos! en que su envidiable reputacion parlamentaria y su justísimo crédito en el país, bastarian á ganar Francia para su república.

Solo cuando unos cuantos hombres, republicanos en el fondo de su alma, oscurísimos por lo demás en su inmensa mayoría, á quienes por entonces se calificaba de inteligencias rígidas, pero cultas y poco flexibles en lo general, libres de toda vacilacion, poco versados en el conocimiento de los hombres, impacientes, irritados, llenos de desprecio hácia los términos medios, dominados por una idea fija, movidos por una pasion viva, profunda y generosa; solo cuando estos hombres, despreciables al parecer, pusieron su ódio y su

alma sobre aquella dinastía ingrata y perjura, y se atravesaron entre la córte humillada y el pueblo exasperado en la primera hora de una revolucion, solo entonces cayó la dinastía de Orleans.

Pero entonces cayó instantánea, completa, ignominiosamente. ¡Como Cárlos X! refiere el legitimista D'Arlincourt, que exclamaba en su hora postrera Luis Felipe aterrado. Como Cárlos X y como Cárlos I, como Luis XVI y como Francisco II, como todo rey que ha mentido á su pueblo un amor que no sentia á la libertad, admiracion de que en realidad no participaba, Luis Felipe, poseido á su vez del vértigo ignominioso que arrebata á todo rey vencido y moribundo, llamó á Molé cuando Guizot fué imposible; á Thiers, despues de Molé; á Odilon Barrot despues de Molé y Thiers; á la abdicacion en favor de su nieto y la regencia despues de Odilon Barrot, de Thiers y de Molé. ¡Pobre hombre! Diez y ocho años hacia que hostilizaba á la libertad. Pero la libertad ultrajada encontró á su vez sus vengadores.

Era la hora, y la libertad ultrajada devoraba un rey más.

La historia recordará siempre el trágico drama de este dia, en que el rey único de la revolucion, el rey prometido por algunos girondinos, y profetizado por el génio de Danton se desvanecia y disipaba como la sombra de un pesado sueño; recordará las oposiciones, vacilantes entre renunciar á sus derechos ó recurrir á la violencia; la guardia nacional, tan devota de los Orleanes, convocada á una manifestacion anti-dinástica y decidida á este *gran* desacato; los estudiantes, que con los milicianos empiezan y concluyen la revolucion madre de aquella monarquía, jurando en el Panteon nuevas protestas y yendo á llevar*las* en son de guerra hasta las puertas de las Cámaras; el ejército, no muy seguro, y mandado antes que por generales de combate por generales de salon; el ministerio, no muy sólido, disolviéndose en la crísis suprema que no habia acertado ni á calmar, ni á prevenir, ni á resolver; las sociedades secretas, que alarman y no trabajan, que engendran los

proyectos más colosales y paren las empresas más ridículas en busca de la policía por los cajones y en requerimiento de armas por las tiendas; muerta la princesa Adelaida, el aliento varonil de la familia; ausente el duque de Aumale en su gobierno de Africa; semi-desterrado el de Joinville; atemorizadísimo y perturbado el de Montpensier; Molé traido á las Tullerías, corriendo en pos de un compañero que compartiese el poder; turbas congregadas misteriosamente, con banderas rojas á su frente, buscando fuerzas que se unan á la revolucion; Thiers llamado á última hora, y por lo mismo sospechoso al pueblo sin dejar de ser odiado por el rey; entre el Palacio Real y el histórico Carroussel que avecina al patio de las Tullerias una batalla sangrienta y una victoria del pueblo; entre Odilon Barrot, último ministro de la monarquía nombrado en la hora suprema del estertor, y Luis Felipe, último rey de los Borbones, irresoluto en las supremas crísis, la misma lucha, como si el uno fuera dueño de la autoridad y de la libertad el otro; por último, á la vista

[redacted]

del pueblo que se arma, avanza, triunfa, y del ejército que se desarma, recula, cede, la abdicacion del rey, su fuga en humilde fiacre, la presencia en la Cámara de la duquesa de Orleans que lleva entre sus brazos al representante último de la monarquía doctrinaria y dirige una última mirada á los bancos donde hervia la más alta elocuencia y que deberian brillar como el Vesubio en erupcion iluminado por la última reverberacion de la tarde; hasta que las turbas entraron sublevadas en aquel palacio de las leyes y se llevaron como una inundacion en sus remolinos el último rey constitucional posible, el término último de transaccion entre las tradiciones antiguas y las modernas democracias.

Luis Felipe habia sido un modelo de virtudes privadas; mas no le sirvieron sus virtudes. Otros reyes habia á quienes destronaban sus vicios al mismo tiempo que á Luis Felipe. El año 1848 fué un año funesto para los poderes tiránicos que en Europa habian resistido por tanto tiempo á la influencia libe-

ral. Entre los que fueron heridos por aquella revolucion memorable, se encuentra Luis I de Baviera. Esta nacion ha pretendido siempre en Alemania contrastar la influencia de Prusia, representando el espíritu de la Edad Media, el poder teocrático. Para esto Baviera concentraba todas sus fuerzas en su rey, y su rey seguia los consejos de los jesuitas. El gobierno personal de un hombre, la camarilla jesuítica, una especie de Cámaras ó Estados feudales, obispos influyentes, prévia censura, prensa por consiguiente muda; hé aquí todo cuanto podia ofrecer Baviera á los ojos del mundo; conjunto de males que tarde ó temprano habia de dar su natural resultado, sus consecuencias indeclinables, las que están en la lógica fatal de los hechos, la revolucion.

El rey Luis personificaba todos los males de Baviera. Dado al amor y á las artes, pasaba su tiempo retratando mujeres hermosas, componiendo poemas elegiacos, fundando y dotando conventos de frailes y de monjas. Así iba la política bávara, cuando una pasion del rey vino á influir gravemente en la suerte de la

[redacted]

nacion. ¡Cuán triste es la vida de estos pueblos, que regidos por un rey absoluto, y no por grandes instituciones, libran su destino al buen ó mal humor de un hígado exacerbado, á la buena ó mala digestion de un estómago harto, á los caprichos, á las debilidades, á la veleidad de un señor absoluto! Luis ejercia un imperio incontrastable sobre Baviera, y y Lola Montes un incontrastable imperio sobre Luis. Esta mujer era una mediana bailarina, pero una verdadera beldad, á cuyos piés depuso el rey su cetro y su pueblo. Pidió á su régio amante que la declarara bávara de nacimiento, y la declaró; que la nombrara condesa de Landsfel, y la nombró; que la donara grandes tierras, y se las donó; que *la cediera* dos mil siervos, y la cedió dos mil campesinos, como quien cede un hato de ganado. El país, al verse herido por aquella influencia anormal, indigna, gobernado por una mujer que bailaba sobre sus espaldas, se decidió á protestar solemnemente contra tantos desvaríos, y á no ser víctima por más tiempo de las insensateces del rey.

En el mes de Marzo de 1847 estalló la cólera popular. Los estudiantes de la Universidad, secundados por los trabajadores, se dieron á protestar públicamente contra los escándalos de la córte. Para contener á los estudiantes, desplegó el gobierno una fuerza inmensa. Pero el dia 10 de Febrero de 1848 la manifestacion estudiantil tomó un aspecto formidable. Las calles de Munich fueron triste teatro de escenas terribles. Apareció Lola Montes desafiando con grande audacia el tumulto, y perseguida por la multitud, disparó sus pistolas atrevidamente, hasta caer desarmada y sin fuerzas. El rey corrió disfrazado al socorro de su querida. Una piedra le hirió. Apaciguóse el tumulto, pero no sin que hubiera gran número de víctimas por el choque inevitable entre un destacamento de tropas y el pueblo inerme. El dia 11 el movimiento habia cesado, pero las calles de Munich estaban encharcadas de sangre.

El rey tuvo que sacrificar sus amores en aras de sus deberes. La municipalidad publicó un bando en que se notificaba terminan-

[redacted]

temente al pueblo que la querida del rey abandonaba, merced á repetidas instancias del Consejo de ministros, el suelo de Baviera. Pero la cólera del pueblo no se apaciguó; exacerbada por la sangre inocente que en la noche del 10 de Febrero se habia vertido. El 2 de Marzo de 1848 comienza una verdadera, una terrible revolucion. Caen á pedradas los reverberos, se levantan como por milagro las barricadas. Afortunadamente para el rey, á instancias mismas de las clases medias, se apacigua el tumulto. Pero entonces los que procuraron la paz, en cambio piden la libertad. «El único medio de combatir, dicen, la revolucion popular, es aceptar las ideas populares.» El rey promete reunir una Asamblea; pero la retarda cuanto le es posible. En vano la prensa y las corporaciones populares piden que la Asamblea se reuna. El rey se resiste. Entonces el pueblo se arma y se levanta airado contra el rey y contra el gobierno. De un lado está la tropa, de otro lado el pueblo. La lucha va á comenzar y será terrible. Correrá la sangre por las calles de Mu-

nich á torrentes, si no cede el rey. Por fin, el rey cede y se humilla. Se señala el dia de la reunion de la Asamblea, y desde aquel momento se dá por rebajado, por vencido ante el pueblo. El rey vuelve á repetir en una proclama la frase célebre de «marchemos todos y yo el primero por la senda constitucional.» Entonces comienzan esos dias de reconciliacion que intentan casi siempre los generosos pueblos con los poderes reaccionarios. La prensa recobra su voz, y hiere los aires con sus clamores de libertad. Los comicios se reunen y los ciudadanos expresan por la libertad sus votos. La milicia nacional se arma y ofrece su vida por la libertad. La política encerrada antes en los estrechos límites de un palacio, se esparce por las asociaciones, por las asambleas, por los cuerpos deliberantes, para agitar, para vivificar á Alemania. Todo promete una época de paz, de tranquilidad, porque la libertad lleva siempre en su seno tan preciosos frutos.

Pero de pronto se descubre una conspiracion palaciega contra la libertad á tanta costa

alcanzada. Se cree que la favorita del rey se encuentra en los alrededores de Munich, acariciando la idea de tomar una sangrienta venganza. La reaccion se engendra en el tálamo real. El pueblo arde en indignacion al verse de tal suerte engañado y con tan malas artes combatido. Viene en seguida una sublevacion popular. El ministerio de policía es invadido; el palacio real amenazado. El gobierno se ve forzado á dar una satisfaccion al pueblo, mandando que do quier sea habida la favorita del rey, sea presa y entregada á los tribunales. Sin embargo, la revolucion no se apaciguaba. Pueblo, clase media, estudiantes iban por calles y plazas pidiendo á grandes voces que la reaccion fuera vencida y castigada. Luis, en realidad estaba vencido y castigado. Su conciencia tenia la sombra del remordimiento y su corazon la úlcera del dolor. La corona que él habia querido sostener íntegra y absoluta como la recibiera de sus abuelos, le quemaba las sienes. No tenia ánimos para luchar por más tiempo. Como entregó su favorita, entregó su autoridad á la cólera popular. El 20 de

Marzo de 1848, entre el fragor revolucionario, Luis abdicó su corona.

Antes de la revolucion de 1848, la Alemania se encontraba postrada bajo la influencia despótica del imperio austriaco. A las repetidas quejas de los pueblos, contestaban los gobiernos con negativas constantes. En vano la Alemania anhelaba romper sus cadenas. Oprimida, aspiraba á la libertad. Dividida en múltiples fracciones, aspiraba á la unidad. Su espíritu innovador, su alma soñadora, necesitaban la vida de la libertad, el movimiento del progreso. Pero los pueblos no podian realizar estos deseos legítimos en las leyes que los oprimian. Encerrados en un doble círculo por sus soberanos y por la Dieta germánica, no podian traspasarlo, y se agotaban en inútiles esfuerzos.

Austria oprimia á Alemania y aniquilaba á Italia. Sus soldados estaban en Milan, en Verona, en Venecia, en Ferrara, y vigilaban á Módena, á Parma, á Bolonia. Sus emisarios desparramados en todas las ciudades capitales, obraban en las tinieblas, allí donde el

[redacted]

sol no iluminaba sus armas. Todas las vias pacíficas que conducen á las reformas estaban obstruidas. Multiplicábanse los abusos, llevados hasta el último límite del escándalo. ¿Qué recurso queda á los pueblos que tienen á su frente esos poderes insensatos? No les queda otro medio de salud que las sociedades secretas, las conjuraciones, las rebeliones. Y como por oprimido que esté un pueblo nunca le faltan hombres enérgicos y patriotas, el fuego sagrado circula y se reanima incesantemente. Y por grande que sea el vigor de los opresores, nunca sobrepuja á la perseverancia de los oprimidos. Diezmados, estrechan sus filas, caidos, se levantan; dispersos vuelven á reunirse, y continúan con mayor teson la obra empezada. No ha nacido aun el verdugo de las ideas, el asesino de los pueblos. Cuando las vallas que detienen el progreso humano son insuperables, no se puede marchar hácia adelante sino rompiéndolas. ¿A quién toca la responsabilidad de la lucha y de la sangre derramada? ¿A los poderes inflexibles ó á los pueblos escarnecidos?

[redacted]

La proclamacion de la República en Francia, fué la señal de la insurreccion en Italia, de la rebelion dentro del mismo imperio. Quince dias despues de los acontecimientos de Febrero, toda Italia estaba hecha un volcan. Era el 18 de Marzo, y aparecia en las esquinas de Milan el programa de las concesiones hechas por el emperador: la abolicion de la censura, la promesa de una ley de imprenta, y la resolucion de convocar los Estados de los reinos alemanes y eslavos, así como las Asambleas centrales del reino lombardo-véneto. Pero las concesiones que llegan tarde, en vez de contentar, no hacen sino aumentar el descontento, enardecer los ánimos, apresurar la explosion. Los edictos imperiales fueron rasgados, y los milaneses se lanzaron al combate con la voluntad que se impone, con la energía que domina, con la fé que triunfa.

Derrotados los austriacos despues de cinco dias de sangrienta lucha, fueron echados de Milan, y expulsados de casi toda la Italia. El movimiento de Milan se propagó rápidamen-

te. Los ducados de Parma y de Plasencia verificaban su revolucion el 20 de Marzo. En Parma, el duque Cárlos de Borbon abdicaba en una regencia compuesta de cinco patriotas. Se insurreccionaba Sicilia. Triunfaba la revolucion de Nápoles. En Venecia, el ilustre Manin proclamaba la república.

Pero una revolucion más inesperada, más sorprendente que todas las que habian sucedido en Europa desde 1789, debia admirar á Europa. El imperio más absoluto, el imperio que representaba en Alemania las ideas de lo pasado, y que se habia declarado campeon del principio de derecho divino, el Austria iba tambien á ser arrastrada en este movimiento convulsivo del progreso, que quebrantaba los tronos, enaltecia los pueblos y cambiaba las bases de la soberanía.

El Austria, para mantener su poder y su despotismo, se vió en la necesidad de adoptar, desde los tratados de 1815, una política de equilibrio y de contrapeso. En Europa contrabalanceaba la influencia de Inglaterra y de Francia con la de Rusia, de la cual acababa

[redacted]

de obtener la absorcion de la república de Cracovia, último despojo de la infortunada Polonia. En la Confederacion germánica, oponia á la Prusia alternativamente, los reinos de Baviera, Hannover, Sajonia, Wurtemberg. En sus estados, mantenia bajo un yugo de hierro, sin unirlos, á Hungría, Croacia, Bohemia, Gallitzia, Venecia, y el Milanesado, sirviéndose de las legiones sacadas de unas comarcas para dominar las otras. Bien podia decirse que aquel inmenso imperio era como la ergástula de los pueblos esclavos.

Esta situacion por lo mismo tenia mucho de vacilante. En lo exterior, sus alianzas eran poco sólidas; en Alemania, sus amistades falsas. Sus mismas provincias, sin ninguna cohesion entre sí, debian separarse al menor choque y desgarrarse el imperio por todas partes. Devoraban la Hacienda numerosos ejércitos, necesarios para la opresion. Nacionalidades dispersas que aspiraban á reconstituir su independencia, pueblos oprimidos, un tesoro exhausto; tales fueron las consecuencias fatales de un sistema seguido con

insensata perseverancia por un gobierno cuyo inspirador y jefe real era el príncipe Meternich.

Bohemia y Hungría vieron en la revolucion francesa la ocasion propicia de reclamar su independencia, sus derechos, sus libertades. En Praga, las esquinas aparecieron cubiertas de proclamas, circularon grupos en las calles, se multiplicaron las reuniones, y los más impacientes se prepararon á la lucha. El 10 de Marzo se anunció una gran reunion. La autoridad la prohibió, pero la autoridad no pudo ya hacerse obedecer. Acordóse que diputaciones de todas las clases partieran para Viena á exponer al emperador la urgencia de la situacion y las reclamaciones de Bohemia.

En Hungría, la aplicacion de la lengua magyar á la legislacion, al gobierno, á la administracion, habian reanimado las antipatías tradicionales que este pueblo valeroso ha demostrado siempre contra la dominacion austriaca. Aun aceptando la misma dinastía y aun reconociendo el mismo monarca, Hungría ha aspirado constantemente á una sepa-

racion completa. Las proposiciones y medidas emanadas del gobierno austriaco son recibidas allí con desconfianza y acatadas con repugnancia. A un sistema permanente de compresion, ella responde con un deseo constante de emancipacion. Los contrastes se ven en todas partes, por todos los motivos y en todas las circunstancias. Kossuth y Batthyani, jefes del partido liberal húngaro, comprendieron que para regenerar la Hungría era preciso pedir al gobierno de Viena reformas sociales y financieras, y garantías nacionales y políticas, y declararon que si no se accedia á sus ruegos apelarian á la fuerza.

La agitacion crecia por momentos en todo el imperio. Las noticias que llegaban á Viena de Bohemia, de Hungría, de todas partes, electrizaban los corazones. Un ardor inusitado se apoderó de la juventud. El 12 de Marzo los estudiantes, los aspirantes al profesorado, y los discípulos de la Escuela politécnica, se reunieron en una sala de la Universidad y redactaron una peticion reformista. En vano el gobierno adoptó las medidas militares más

enérgicas. La fermentacion crecia. En las calles, en las plazas, los grupos se multiplicaban, los oradores arengaban, sin temor á los numerosos destacamentos de tropas y á los cañones colocados en las principales avenidas de la ciudad. Los gritos de *¡libertad de imprenta! ¡una Constitucion!* se mezclaban con el grito insurreccional de *¡abajo Metternich!* El tumulto se desbordó, las tiendas se cerraron, los soldados fueron silbados. Poco despues sonaron las descargas y cayeron las primeras víctimas. La revolucion empezaba.

Llegó la noche, y el combate duraba todavía. Precipitóse la multitud sobre el arsenal en busca de armas. A pesar de la resistencia de los soldados, el arsenal fué asaltado, las armas tomadas y distribuidas. En los arrabales la batalla era más desordenada, si no más furiosa que en la ciudad. Y desde lo alto de su palacio, Fernando I, rodeado de los archiduques y de los ministros, pudo ver estenderse, sobre las caballerizas imperiales, el incendio y la muerte. Y cuentan que lágrimas ardientes escaldaron la megilla de aquel

[redacted]

... La monar-
... en el corazon.
... revolucionario se
... de mi-
... inquietud.
... al
... concesio-
... darse ór-
... la capi-
... asegura-
... que la re-
... pare-
... inver-
...
...
... y pue-
...
... la execracion
... dinastía.
... no le
... no se lo
... perma-
... el poder ... conciliacion
... Huyó,

[redacted]

se escondió, y pudo refugiarse en Inglaterra. Así, el campeon más decidido del despotismo se salvaba en una tierra de libertad.

¿Cómo terminó el reinado de Fernando? Terminó como acaban los soberanos que, sin amar la libertad, ceden en el momento del peligro, para venderla en ocasion oportuna. Aceptó ó afectó aceptar las consecuencias de la revolucion. Dió una Constitucion al imperio. Satisfizo las reclamaciones de Hungría y Bohemia. Pero despues, como Fernando II de Nápoles, y como Fernando VII de España, conspiró contra la Constitucion que le habia sido arrancada, retiró sus concesiones á Bohemia y Hungría, volvió á llamar al príncipe Metternich, el ministro odiado, y cuando hubo restaurado el régimen antiguo, abdicó en Francisco José. ¡Fortuna grande para Fernando I, que su abdicacion fuera posible!

Pero el gérmen de la revolucion quedaba intacto en la tierra de Austria.

La tempestad revolucionaria llegó, como al imperio de Austria, al reino de Prusia. Federico Guillermo IV, aunque educado en el pro-

testantismo y en la ciencia, tenia de la revolucion la misma idea que el emperador educado en el catolicismo y en aquella monarquía semi-española, ungida por el óleo del derecho divino y sustentada sobre la férrea base de la fuerza.

En el acto de su coronacion habló como rey absoluto, diciendo que solo de Dios recibia la corona, pero los prusianos se mantuvieron algun tiempo en la ilusion de que su rey era liberal, y esperaron. Corria el año 1840. La Asamblea de Notables, reunida en Koenisberg para felicitar á Federico Guillermo, se atrevió á pedirle una representacion nacional. El rey dió algunas esperanzas, pero bien pronto se arrepintió de ello, declarando terminantemente que no queria hacer ninguna concesion liberal á favor del pueblo, y aun restringió las garantías provinciales que habia concedido su padre. El partido liberal prusiano, ya robusto entonces, se irrita: Koenisberg y Breslau, protestan contra la decepcion del rey. La prensa periódica se constituye en eco fiel de la indignacion pública, y

clama tambien contra Federico Guillermo. La conducta del rey, el espíritu reaccionario que lo anima, levanta asimismo una valiente protesta desde los bancos de las aulas universitarias, cuya juventud entusiasta anhela ver realizada en la esfera práctica el moderno derecho que le inculcaban sus grandes maestros. El rey, se pone en frente de la opinion del país y lucha con ella. Prohibe toda clase de manifestaciones públicas, y persigue á la prensa periódica con un encarnizamiento sin igual. Temiendo más que á nadie á la revolucion moral que se agitaba en las Universidades, llama á Schelling para que inocule el virus de la reaccion en la enseñanza pública, y el criterio de la ciencia oficial oponga al derecho humano que nace del espíritu, el derecho divino que nace de la historia; y á la filosofía inspirada en el racionalismo hegeliano las estériles preocupaciones del misticismo romántico. La Universidad de Berlin se ve invadida por una turba de catedráticos reaccionarios. Stahl, orador de la escuela histórica, reeemplaza

violentamente en la cátedra á Eduardo Gans, discípulo de Hegel.

Este trastorno de la universidad de Berlin arrastra á los estudiantes á una violenta protesta, á una verdadera insurreccion que sólo cede ante la fuerza de las armas. El rey se entrega al delirio de la reaccion más insensata. Rodeado de todos los elementos reaccionarios del reino, doctores y sabios, que sólo hablan de theodicea en el lenguaje de los escolásticos; poetas y artistas cuyo tenebroso númen sólo se inspira en las tinieblas de la Edad Media, allí encerrado en su palacio de Berlin, que para lisonjear su fantasía reaccionaria habia convertido en un edificio informe, medio fortaleza, medio abadía, pasaba su vida, fijo el pensamiento en los tiempos del sacro imperio, resucitando las pavorosas creencias y supersticiones de aquella época, sus castillos feudales, sus monasterios, sus poderes despóticos y aquella humanidad ignorante, y como ignorante esclava. Aislado de todo movimiento, sordo á todas las exigen-

emanadas de su despótica voluntad,

[redacted]

Federico Guillermo llega á olvidarse de que vive en este siglo; místico, se hace fanático; apasionado de la ciencia y literatura de la escuela histórica, su afecto á los símbolos de lo pasado, acabó en una monarquía peligrosa. Estravagante, acosado siempre por el demonio de la reaccion, llegó hasta carecer de sentido comun: en su delirio, pasaba de lo sublime á lo ridículo: estaba loco.

En 1847 continuaba viva la lucha entre el rey y el pueblo, cuando se reunieron los Estados. Ya en la primera sesion, declaró Federico Guillermo que ningun poder de la tierra le haria dar una Constitucion escrita en el papel. El partido liberal indignóse al oir esa orgullosa declaracion, y amenazó al rey con destituirle. Federico Guillermo hizo entonces alguna concesion, aunque de poca importancia. El partido liberal pidió más. El rey se resistió, y en esta lucha sorprendióle la revolucion de Febrero de 1848. El grito de *¡viva la República!* que lanzaba el pueblo de París y resonaba en toda la Europa monárquica; el espectáculo de Luis Felipe, em-

Cherbourg...

...arios y Luis XI

...enferma...

...s de la...

revolucio...

...las tropas

...a la

...

...

...

[redacted]

como magas y hadas que pudieran resucitar una sociedad como la imaginada en sus ensueños; protestante y restaurador de la catedral de Colonia; descendiente de Federico II, y acariciando la intolerancia en las mismas Universidades donde prendió la llama del pensamiento libre; llamado por el ministerio de su raza á fundar la unidad alemana, y cortesano del Austria; su exaltacion religiosa y monárquica no fué bastante á preservar la monarquía de los asaltos de la revolucion moderna ni su menosprecio á la democracia fué bastante á conjurar la tempestad que llevó las ideas revolucionarias al pié de su lecho y de su trono despedazados en aquel diluvio. Así cuando vió que el sentido revolucionario habia pasado á ser el sentido general de su tiempo volvióse loco, y en la locura expiró, acariciando el ideal apagado de una sociedad ya muerta, y sin presentir que su corona lavada con sangre, limpia del barro escupido por la revolucion, iba á coronar inmediatamente una idea revolucionaria, la idea de la unidad alemana.

Y la revolucion de 1848 pasó de Alemania á Italia, á la tierra de los volcanes.

Las simpatías de todos los italianos se concentraban en el Piamonte, porque en el Piamonte habia de nacer la idea de la unidad de Italia con condiciones de vida. Bien pronto, esta aspiracion de todos los ánimos penetró en la Toscana, regida á la sazon por un duque; que así rendia pleito-homenaje al emperador de Austria, en circunstancias normales, como huia de su pátria avergonzado, cuando la mano de la revolucion llamaba á sus puertas.

Esta parte del territorio italiano que habia salvado incólume del influjo de la Edad Media la cultura romana, la Toscana, antigua cuna de la civilizacion del Lacio, fué una de las primeras provincias que dieron el grito de adhesion al movimiento nacional, iniciado por el Piamonte. La prensa habia ya tomado la iniciativa en esta revolucion antidinástica, que hostilizando al Austria, venia á significar claramente los deseos de [illegible]tar de su trono al gran duque Leo-

[redacted]

poldo II; pero este duque que lo esperaba todo de la proteccion que el emperador Francisco José le habia dispensado en otras ocasiones, empezaba á inquietarse y á no considerar ya efímero el triunfo de la revolucion en sus estados.

En medio de todo, tranquilizábale la idea de que el Austria contaba con bastantes bayonetas, de cuya fuerza esperaba su salvacion en caso de que los acontecimientos le obligasen á abandonar á Toscana. ¡Siempre el despotismo confiando en la fuerza ciega!

En tanto, el pueblo toscano manifestaba en la primavera de 1859 sus deseos de declarar la guerra al Austria y ayudar al Piamonte en la heróica empresa de constituir una pátria comun, los partidos se unian en unas mismas aspiraciones, que tendian en último resultado á derribar de su trono á Leopoldo II, y hasta el ejército, fraternizando con el paisanaje, daba muestras inequívocas de que no hostilizaria al pueblo por defender á un monarca instrumento de sus cor-

[illegible] de Viena, [illegible] de la reac-
cion europea.

Un dia amaneció la ciudad de Florencia en-
galanada: en todas las casas se enarboló el
[illegible] tricolor, emblema de la libertad: en
[illegible] los florentinos que
[illegible] recorriendo a la Ita-
lia [illegible] primero de
[illegible] su satisfaccion
[illegible] la causa de
[illegible] declaracion
de guerra [illegible] se habia [illegible] decidido
[illegible]. El
gran duque [illegible] saber
[illegible] siempre
[illegible] de Viena. Las circunstancias apre-
miaban, y era necesario tomar una resolu-
cion pronta. En tal estado, [illegible] al ejér-
cito; pero sólo encontró en la fuerza armada
una enérgica negativa a descargar sus armas
contra los que aspiraban a la unidad de

[illegible]ces Leopoldo II creyó que no debia
[illegible]. La política de conce-

[redacted]

siones le habia producido en otros tiempos maravillosos resultados y habia conjurado las tempestades revolucionarias que sobre su corona se condensaban. Fija su mente en esta idea, llamó al caballero Corsini para que le expusiera los deseos del pueblo y del ejército; pero era tarde. Los toscanos exigian nada ménos que una abdicacion, fiando poco en la buena fé de Leopoldo II; que no siempre se burla la credulidad de los pueblos con la confesion esplícita de lamentables equivocaciones.

Las exigencias del pueblo toscano hicieron desaparecer las últimas sombras de esperanzas que en el ánimo del gran duque se anidaban. Este príncipe reaccionario que se mostraba liberal cuando los vientos soplaban favorables para la libertad y que oprimia á su pueblo, apoyado en el Austria, cuando veia lejos de su frente los rayos de la revolucion; este príncipe, que segun la frase de un repúblico italiano, habia convertido el sistema municipal de Toscana en una *machina per far denari é non altro*, salió de

[illegible] de la indiferencia de
sus [illegible] los re-
yes que [illegible] de los
tiempos [illegible] obstáculo
[illegible] y del
progreso.

La [illegible] sobre to-
da [illegible] pro-
[illegible] consecuencias. El ejem-
[illegible] de Toscana no tardó
[illegible] ducados,
y Francisco [illegible] de Módena, que de
las [illegible] pasado á ma-
nejar [illegible] y ciego,
para [illegible] más que
deberes [illegible] hacia el sobe-
rano, aquel que [illegible] á los liberales á
retirarse [illegible] al teatro,
ni á los lugares de reunion pública, y á que
no hablasen con personas determinadas;
aquel que negaba el ejercicio de la abogacía
á un ciudadano, fundándose en que habia
[illegible]chos abogados, y que se oponia á que
[illegible] ciudadado fuese pintor porque temia que

[redacted]

no fuese pintor perfecto; el reyezuelo que se juzgaba espejo de reyes, y que en su ridículo orgullo consideraba como menores á todos sus súbditos, Francisco V, decíamos, y la duquesa de Parma, que á cada nueva revolucion habia opuesto mayor lujo de despotismo, viéronse tambien obligados á abandonar sus territorios y á esconder su vergüenza y su ineptitud bajo las banderas de los ejércitos austriacos.

Así murieron para siempre estos remedos de monarquía. Oprimieron á sus pueblos cuando los pueblos no podian resistir, y quisieron conceder libertades cuando los pueblos no podian ni debian esperar. Hé aquí la historia y el fin desastroso de todos los poderes reaccionarios.

Los reyes, pues, se iban de todos los tronos, heridos por las revoluciones. Pio IX que habia inaugurado aquella época crítica con sus palabras de libertad, lanzadas desde el asiento altísimo donde radica la autoridad por excelencia, tuvo que huir, oculta la tiara bajo tricornio de cochero, desde el palacio de las

[redacted]

oraciones místicas y de las artes plásticas al seno oscurísimo del destierro. El rey Francisco II, heredero de una monarquía absoluta; incierto entre continuar la política de su padre, ó abrir las válbulas de la libertad; temiendo tanto resistir como ceder; engañado por su educacion, engañado por sus antiguos y sus modernos servidores; sin comprender hasta donde llegaba el verdadero alcance de las ideas revolucionarias, y la verdadera pujanza de las fuerzas populares, quiere sostener el trono de Nápoles, y cae al pié de la fortaleza de Gaeta; que un pobre hijo del pueblo, Garibaldi, ha recibido de los cielos el don extraño de vencer y destronar á los semidioses, á los hijos de los reyes. Y despues de todas estas trajedias monárquicas; cuando parecia que los demás tronos alcanzaban algun reposo, alguna estabilidad, cae de súbito un rey, puesto por la mano artera de la diplomacia europea sobre la tierra madre de la República clásica; el rey Othon de Grecia, que linfático y frio como un hombre del Norte, macedonio y beocio por su cultura, de

[redacted]

aquellos que tanto odiaron y zahirieron los antiguos griegos, aunque aleman por su cuna; monje más que rey, fué á reinar sobre el suelo de las inspiraciones, sobre el santuario de la democracia, sobre el pueblo del heroismo y tuvo que volverse herido, como tantos otros del rayo de la revolucion.

Y cuando se cumplian estas leyes misteriosas, cuando se desplomaban estos tronos altísimos, cuando ofrecia Europa en todas partes la enseñanza de que no tuvieran hogar seguro los reyes en la misma tierra donde habian tenido trono respetado, si no ellos, sus padres, queria la reina Isabel resistir con ceguera, marcar con su corona la espalda de las nuevas generaciones, robarnos la luz y el aire de las ideas, ponernos fuera de la Europa moderna, reducirnos á párias. Y hay en la historia moderna como en la historia antigua, una perfecta solidaridad entre los pueblos. Su espíritu es comun, comunes sus aspiraciones, comunes sus ideas. En esta crísis no podia quedar solitario el trono de un Borbon como árbol de otros tiempos y de otras

zonas. Era necesario que cayese. La reina Isabel habia visto en los sucesos del 10 de Abril, una conjuncion de la inteligencia con la fuerza amenazando su trono. Y para conjurar el peligro que columbraba sin comprenderlo, solamente se le ocurrió nombrar un ministerio presidido por el general O'Donnell. ¿Mas era esto bastante? ¿Calmaba la opinion exacerbada en aquella época de combate? ¿Ponia un dique á las indómitas y tenaces aspiraciones de aquella generacion verdaderamente sobreescitada y verdaderamente revolucionaria?

¿Era posible olvidar lo que el general O'Donnell significaba? Cuando la nacion habia sacudido las dominaciones moderadas; cuando estaba entregada á la elaboracion de sus nuevas leyes; cuando comenzaba una época de mayor libertad, el general O'Donnell interrumpió aquel trabajo con la voz de sus cañones. Desde entonces fué posible la anatematizada Constitucion del 45; la influencia neo-católica; la negra amenaza á la enseñanza pública; [illegible]inado de camarillas insolentes; la cen-

[redacted]

tralizacion administrativa que asfixiaba toda vida, y aquel sistema en el cual se perdia toda idea de libertad. Esta fué la primer obra del general O'Donnell. Despues, la reaccion que él empezó, y que el general Narvaez afirmó, fué á recibir de su segundo ministerio la sancion del tiempo. El general O'Donnell sostuvo la reforma del general Narvaez, la Cámára hereditaria, la facultad en la corona de modificar los reglamentos, la dictadura nocedalina sobre la imprenta, que era á un tiempo mismo negacion de la ley fundamental del Estado, é injuria escupida por un neo-católico á la conciencia y á la dignidad moral de nuestra patria.

La verdad es, que el estado de la opinion pública, el crecimiento de las ideas, el entusiasmo de las nuevas generaciones cada dia más apegadas á la libertad, hacian imposible, ya completamente imposible todo ministerio conservador. Nos encontrábamos en situacion muy semejante á la situacion de 1835. Como entonces, aparecia que las concesiones bajaban de la córte. Como entonces, una idea más

[redacted]

alta, más ambiciosa que estas concesiones, embargaba el ánimo del país. Como entonces, parecian mezquinas las concesiones hechas á la prensa y al cuerpo electoral; artificiales y sin vida los Cuerpos colegisladores; esclavos los comicios; nulas y tardías las reformas; reaccionario el gobierno delante del espíritu altivo del país. Entonces teníamos el Estatuto que los moderados consideraban como una grande norma de política, y que la nacion consideraba como una estrecha cárcel. Y por fin, vino un dia, y la nacion se burló de aquellas concesiones inútiles, de aquellas reformas estrechas, de aquella libertad que parecia un don cuando debe ser un derecho, y entre el polvo del combate, proclamó la Constitucion democrática de 1812, y convocó unas Córtes Constituyentes.

¿Era posible á la sazon un ministerio conservador? ¿Era posible lo que no fué posible en 1836? No, mil veces no. El partido conservador ensayó todos los medios de transaccion entre la autoridad y la libertad, y todos le salieron vanos, todos fallidos; y no

[redacted]

teniendo ya más medios que ensayar estaba perdido. Aquel era su último dia, era su última hora. Su destino se asemejaba al destino del general Narvaez; su horóscopo podia leerse en la historia del gobierno que habia sucumbido. No tuvo nunca el partido moderado un ministerio tan fuerte y tan poderoso como el ministerio del general Narvaez. Pocas, muy pocas veces abrigára un ministerio propósitos más firmes de ser liberal. Encontró unas Córtes desacreditadas y las disolvió; encontró una prensa entregada á los consejos de guerra y la emancipó. Pero ¡ah! que habia dos elementos con los cuales no podia luchar; no podia luchar con el espíritu neo-católico que reinaba en las altas regiones, y el espíritu revolucionario que reinaba en el corazon del pueblo. Hé ahí los dos insuperables obstáculos. Si el general O'Donnell hubiera podido vencerlos, durára mucho tiempo.

Pero ¿tenia autoridad para vencer el espíritu neo-católico? No. El neo-catolicismo lo inficionó con su venenoso aliento, lo tuvo

como magnetizado; le hizo quemar los libros racionalistas y desenterrar los cadáveres liberales; le inspiró la crueldad de Loja y la fundacion de los presidios de Fernando Póo; le incitó á negar el dogma de la soberanía nacional, y despues, para que todo el país lo viera su esclavo, le forzó á llevar pálidos cirios en procesiones que recordaban los tiempos de Cárlos II, y prometian el renacimiento de escenas como las célebres de la beata Clara. ¡Conjunto de hechos que daban aspecto repugnante á la union liberal, por lo mismo que no podia excusarlos ni siquiera el fanatismo por una creencia!

Acaso ¿este ciego espíritu neo-católico iba á ceder entonces? Se engañaba, completamente se engañaba el gobierno cuando tal creia.

Ese espíritu neo-católico es cobarde, es artero; se para en apariencias, pero en realidad camina siempre; se calla por un momento, pero así que encuentra ocasion, hiere y mata á sus enemigos.

Y así como no podia vencer el espíritu

neo-católico arriba, no podia vencer el altivo espíritu revolucionario abajo. ¿Para qué queria el concurso legal de los partidos liberales? El general O'Donnell los habia perseguido, los habia aniquilado. Los partidos liberales sabian que sobre ellos pesaba un anatema eterno; los partidos liberales no podian renunciar á su único ideal, á su única esperanza. ¿Cómo habia de ser para ellos una satisfaccion el gobierno del general O'Donnell? Ellos pedian más; tenian derecho á más que á esas tardías concesiones. Ellos querian la libertad de asociacion, la libertad de enseñanza, la estension del sufragio, la descentralizacion administrativa, la muerte de esa permanente influencia neo-católica que nos degradaba; en fin, algo que un ministerio conservador no podia conceder sin suicidarse. No pudiendo el gobierno O'Donnell reprimir el espíritu neo-católico arriba, ni el espíritu revolucionario abajo, estaba destinado á caer herido, incapacitado; dejando tal vez en pos de sí un reguero de sangre, porque toda transaccion era ya tardía, porque en

aquel momento eran imposibles los gobiernos conservadores: que sólo tenia vida la libertad.

Apenas nació el ministerio del general O'Donnell, cuando estuvo ya en crísis. Los que le creian eterno veian cuánto tiempo duraba su eternidad; los que le creian fuerte veian cuánta intensidad alcanzaba su fuerza. El ministerio encontraba esos obstáculos ya tradicionales; pasaba por esas crísis ya permanentes, porque habia tenido, siquier con el fin de desarmar á los partidos liberales, la tendencia á reconocer el reino de Italia. Este propósito en el estado presente no era una concesion; era una necesidad. O España habia de ser la China de Europa, ó España habia de reconocer el reino de Italia, aunque lo haya maldecido la excomunion del Papa, y lo haya consagrado el sufragio universal, y lo haya servido la espada de Garibaldi. Nuestro nombre, nuestros intereses mercantiles y políticos, nuestro sistema constitucional, nuestra raza de noble prosapia latina, nuestra posicion geográfica que nos arroja en bra-

[redacted]

zos de las penínsulas mediterráneas, todo cuanto somos, todo cuanto valemos, estaba pidiendo á grito herido el reconocimiento de Italia.

Hacia seis años á la sazon que se consumára la revolucion italiana. El pueblo esclavo arrojó en el Norte la dominacion de los austriacos, arrojó en el Mediodia la tiranía de los Bombas, arrojó en el centro el imperio de la teocracia. Sólo quedaron Roma y Venecia como los dos últimos eslabones de la cadena que pesa sobre Italia, el Prometeo de las naciones. La revolucion elevó el sufragio universal á norma del derecho europeo. Era la aparicion de Italia, un cambio en la política, una luz en la historia, una nueva vida en la sociedad. La fé de Mazzini, la prudencia de Ricasoli, el inmenso talento político de Cavour, el heroismo de Garibaldi, la poesía y la elocuencia de Montenelli y de Guerazzi serán siempre, no solamente la gloria de Italia, sino tambien nuestra propia gloria. A esta revolucion grandiosa por el génio, por la poesía, por el heroismo, por la prudencia se de-

bió que Italia dejara de ser una mera expresion geográfica para convertirse en un pueblo. El mundo entero se asombró, y aplaudió. El mundo entero reconoció á Italia.

El mundo entero no; aquí estaba España que no la habia reconocido. En vano la opinion se irritó contra este aislamiento del pueblo español; en vano clamó porque fuéramos una nacion europea; el reino de Italia no era reconocido. Sucedíase un ministerio á otro ministerio; una situacion á otra situacion, y el reino de Italia no era reconocido. Númen fatal separaba á dos naciones nacidas para ser hermanas, y más cuando animaba á Italia la libertad. Pero, por fin, segun promesas solemnes, el reconocimiento del reino de Italia se iba á realizar. En el momento mismo en que esto se anunciára, la prensa neo-católica se subleva. Oyese por todas partes y en todas direcciones un clamoreo infinito que llena los aires. Periódico neo-católico hubo que dijo que si el reino de Italia era reconocido, se creeria desligado de todo juramento y dispuesto á negar la obediencia al gobierno. A

[redacted]

este paso, por aquella teoría antigua del tiranicidio, teoría tan jesuítica, seria necesario que algun Jacobo Clemente de nuevo cuño afilase su puñal y lo clavára en el primero que quisiera reconocer el reino de Italia. Y en efecto, *La Regeneracion*, el más vivaz é impresionable de los periódicos neo-católicos, dijo al saber la noticia del reconocimiento del reino de Italia: mañana cae el gabinete. *El Gobierno*, periódico inspirado por el Nuncio, dijo que no se realizaria el reconocimiento del reino de Italia. Y en efecto, al dar este primer paso, el ministerio se encontró con un primer obstáculo.

Se aseguraba que el Nuncio habia pedido sus pasaportes. Es decir, que el embajador de una nacion extranjera, de un monarca extranjero, se mezclaba en nuestra política, y queria á su antojo regirla. Un Nuncio no se atreviera á hacer tal cosa en los tiempos más oprobiosos de la Edad Media. Pedro el Grande de Aragon lo hubiera hecho perseguir por sus almogavares; Pedro el Cruel de Castilla lo hubiera hecho ahorcar por sus verdugos;

[redacted]

San Fernando lo hubiera desterrado. ¿Quién era el Nuncio para mezclarse en nuestra vida interior, en nuestras instituciones, en nuestras leyes, en los actos del gobierno? El gobierno español es de los españoles, y no tiene que dar cuenta de sus actos á ningun monarca extranjero, ni á ningun embajador extranjero. Se hablaba del arzobispo de Búrgos, que influia; se hablaba del arzobispo de Toledo; y hasta se decia que el Nuncio amenazaba con irse acompañado de todos los obispos. ¿Cederia el gobierno del general O'Donnell ante esta conjuracion teocrática? ¿Se doblegará á los obstáculos tradicionales? preguntaba todo el mundo. *La Política*, periódico ministerial de grande y verdadera significacion, decia lo siguiente:

«Hoy se ha echado á volar la especie de que »el Nuncio de Su Santidad podria pedir sus »pasaportes á consecuencia de la actitud del »nuevo gabinete respecto de Italia, y en la »cuestion de desamortizacion, añadiéndose »que para ello se agitan ciertos elementos »teocráticos...»

[redacted]

«Se nos asegura que todos estos rumores »son completamente gratuitos, y así lo cree»mos.»

«Sin embargo, ya que de esto se habla, de»bemos consignar nuestra opinion de que »el actual gabinete no se arredraria ante obs»táculos de la naturaleza indicada, y que »antes que someterse ó detenerse ante las »tendencias que está llamado á combatir, sa»bria trocar el ejercicio del poder por el »aplauso de la opinion pública.»

«¡Adelante!»

En efecto, inmediatamente la reaccion echó sus primeros emisarios al Congreso. El señor Mendez Alvaro fué el encargado de representarla. Su Señoría estaba asustado, no sabia lo que le pasaba. ¡El reconocimiento del reino de Italia! El Sr. Mendez Alvaro, médico ilustre que acababa de perder el glorioso destino concedido por el Gobierno en el matadero, se asustaba de que Italia fuera reconocida; de que se aflojáran los lazos que ataban á la prensa; de que se proclamára el libre exámen; de que los catedráticos pudieran en-

señar desde sus cátedras aquellos principios que les dictase su conciencia.

El Sr. Posada Herrera, en un discurso de mucha significacion política, dijo: 1.° que el gobierno estaba dispuesto á sostener el reconocimiento del reino de Italia; 2.° que deseaba aflojar las ligaduras de la ley de imprenta; 3.° que no podia, que no debia oponerse á que los catedráticos ejercieran libremente el derecho de exámen. D. Cándido Nocedal miraba con aviesos ojos al Sr. Posada Herrera, como deseando que se perdiera por aquellos espacios de la libertad de conciencia, y del libre exámen, para ver si le era posible sacrificarlo. Bueno fué, correcto el discurso del Sr. Posada Herrera, é intencionado; sobre todo, cuando dijo que el Sr. Mendez Alvaro profesaba una ciencia cuyas bases cardinales eran completamente opuestas al dogma católico, y cuando añadió que estaba resuelto á retirarse si encontraba el menor obstáculo.

¡Obstáculos inmensos, insuperables, habia de encontrar, á la verdad, el mismo Sr. Posada Herrera, con ser moderado antiguo; obstáculos

habia de encontrar si el partido neo-católico se empeñaba en no ser su cortesano, ó el señor Posada Herrera se empeñaba en prescindir del neo-catolicismo! La reaccion, la reaccion, era poderosa. Lo hemos dicho y no nos cansaremos de repetirlo: la reaccion parecia, á la sazon adormecida; pero iba á despertarse. ¿Y la union liberal tendria fuerza? ¡Oh! No, no tenia fuerza. Para vencer la reaccion se necesitaba espíritu liberal, y no lo tiene la union; se necesitaba autoridad, y la union no la tiene; se necesitaba una historia más limpia, y la union la tiene manchada de sangre liberal. La reaccion cederia mientras tuviese miedo. Y á su vez, la union, por no perder las dulzuras del mando, cederia ante la reaccion. Y una y otra quedarian igualmente debilitadas y moririan de una misma muerte. Era imposible que la union liberal pudiera vencer el espíritu reaccionario, imposible. Se necesitaba otro Hércules más poderoso.

Entró, pues, el ministerio en el poder, con un programa que parecia inverosímil, y una actividad que parecia imposible. Sus prime-

ras veinticuatro horas fueron de agitacion febril y contínua, de impaciencia por decir palabras liberales y por restañar las heridas que habia abierto la anterior situacion. Pero pasaban estos primeros instantes, y el pensamiento del gobierno caia en el silencio, y su voluntad en la atonía. Nos preguntábamos despues de muchos dias por qué no habia reconocido aun el reino de Italia; ni dado aun la circular sobre desamortizacion; ni desbaratado aun la camarilla omnipotente que tenia en sus manos la suerte de las libertades pátrias, de estas libertades adquiridas con tantos esfuerzos y regadas con tanta sangre. Pasaban dias y más dias, y no sabiamos que el representante de España fuese á Florencia á decir que España existe entre los pueblos libres; ni que el ministro de Hacienda escribiera á los obispos para mandarles que entregáran los inventarios de los bienes vendibles, de cuyos rendimientos necesitaba con urgencia nuestro Tesoro; ni que el ministro de Gracia
sticia hubiera dado las órdenes oportu-
para que la célebre trota-conventos, que

presidia lâs maquinaciones reaccionarias, pasase de Aranjuez, lugar profano, á Roma, donde tiene su asiento el jefe del catolicismo, y donde las almas místicas recorriendo desde las catacumbas á la cúpula de San Pedro, la escala de las persecuciones y de las victorias cristianas, que por un extremo toca en los abismos de la tierra y por otro en los abismos del cielo, pueden adorar á Dios más á placer que en las cámaras de los palacios, ó en los conciliábulos de los facciosos.

Los liberales preguntaban en los primeros dias de Julio de 1865. ¿Por qué, por qué no habia hecho aun todo esto? ¿Por qué ni siquiera se habia puesto mano despues de tantos dias, en la acusacion de aquellos ministros que empezaron por violar con sus disposiciones sobre enseñanza, los derechos del pensamiento, y concluyeron por violar con sus dragonadas del 10 de Abril, los derechos de la vida humana? Y siempre encontraban en todas las conciencias y en todos los lábios la misma tenaz respuesta, esta respuesta que habia pasado á ser una clave para explicar

[illegible]sterios de nuestra polític[illegible]
[illegible]merosos, incontrastables [illegible]
[illegible] como otros tantos [illegible]
[illegible] procelosos mares de [illegible]

[illegible]culos tradicionales [illegible]
[illegible] familia real [illegible]
[illegible] palabra demostrar[illegible]
[illegible] pensamiento.
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible] España
[illegible]
[illegible]
[illegible] que
[illegible] de
[illegible] de
[illegible]ban
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]

tad, y son la causa permanente de todos nuestros males. El país que antes lo adivinaba, entonces ya lo sabia. Durante solemne sesion lo dijo en el Senado un anciano á quien algunas vacilaciones de sus últimos años no habian podido robar el respeto universal. Otros dias, con una tenacidad que será su gloria, el primero entre nuestros oradores parlamentarios los denunció al país con aquella elocuencia prodigiosa, con aquella sátira culta, con aquellos recuerdos históricos, con aquellas reticencias incomparables que hacian de sus discursos la esencia, el vapor de una agitacion moral llevada hasta los últimos pueblos de la Península. El mal tuvo su manifestacion, y el dolor del pueblo su quejido. No existia un corazon liberal que no entendiera por qué se malograban nuestras esperanzas, ni supiera en qué supremo esfuerzo residia el supremo remedio.

Y esto era de tal manera cierto, que antes podia creerse la frase de «obstáculos tradicionales» un arma de combate, un recurso de oposicion, una palabra usada por los que

estábamos mal hallados en la cárcel estrecha en que nos consumiamos por tantos años. Pero ¿quién dudaria ya de que á la palabra respondiese la idea; de que bajo la frase se ocultase un grave, un trascendental concepto? ¿Quién lo dudaria cuando, no en la oposicion, no en este desierto desde el cual suelen descubrirse engañosos espejismos, sino en el poder, en la cumbre del poder, se veian los obstáculos neo-católicos, como una cordillera de negras preocupaciones opuesta á toda reforma? No éramos nosotros ya los que deciamos esto; era *El Diario Español*, el periódico semi-oficial del ministerio, el periódico que podia entregarse á una gran confianza, y que sin embargo, creia á la union liberal, á ese partido tan mezquino, tan cortesano, condenado en el ánimo de las camarillas á proscripcion en esta vida, y al infierno en la otra, por no sabemos qué reflejos de liberalismo, tomados tal vez contra su voluntad en el comercio forzoso con los partidos populares, sobre cuya cabeza gravitaba un anatema inapelable.

El Diario Español proclamaba que habia obstáculos para la libertad; que el neo-catolicismo oponia resistencias casi insuperables á toda reforma; que existian camarillas conjuradas en daño de todo intento noble, y que era necesario apercibirse á una lucha tremenda, á una lucha tal vez decisiva y suprema. ¡Ah! ¿Con que los estadistas de la madera de los conservadores, capaces de disolver unas Córtes Constituyentes y de ametrallar un pueblo, érais sospechosos, estábais excomulgados? ¿Y en último resultado, qué habiais propuesto? Medidas conservadoras, puramente conservadoras. Que la enseñanza pública volviera á las condiciones de la ley-Moyano, cuando la enseñanza pública necesitaba libertad; que el censo se bajase á doscientos reales, cuando el sufragio universal llamaba á nuestras puertas; que la ley-Cánovas, modificacion de la ley-Nocedal, se observára para regir nuestro pensamiento, cuando el pensamiento libre no cabe ni siquiera en la inmensidad de los espacios: que fuéramos el último de los pueblos en acer-

carnos al trono de Italia, despues de Rusia, despues de Roma misma, cuando ya hervia en el ánimo de las naciones latinas la idea de una confederacion de pueblos, que destrozase á todos los tiranos y fundára las bases de los Estados-Unidos de la Europa libre.

Pues si los mantenedores de la reforma-Narvaez, los de la ley-Nocedal, los de Loja, los de Badajoz, eran sospechosos al protervo neo-catolicismo, que ha difundido el veneno en las conciencias, la corrupcion en los corazones, y ha postrado nuestras fuerzas y ha hecho entecos nuestros entendimientos; si estos eran sospechosos, ¿qué seriamos nosotros, defensores genuinos de la libertad? Nosotros en la austeridad de nuestras creencias, en la rigidez de nuestra fé; nosotros, descendientes de esa genealogía de proscriptos y de mártires que han regado con su sangre el camino de la libertad; nosotros, que creemos antes que todo y sobre todo en el derecho que cada hombre trae consigo al nacer, derecho sobre su pensamiento, sobre su conciencia, sobre toda su personalidad; nos-

otros, que como fórmula política consagramos la soberanía de las naciones en armonía con las libertades sagradas del indivíduo; nosotros que hemos admirado y bendecido á Italia; que hemos llamado santo al ideal de los Estados-Unidos; que hemos creido siempre en la inviolabilidad de la conciencia humana, nosotros éramos los párias, cuya sombra maldecian, como si fuera la sombra de la muerte, esas viejas y leprosas influencias, comidas por el cáncer del neo-catolicismo, y en las cuales no cabe ni un soplo siquiera del espíritu vital de nuestro siglo.

Pues bien, no las engañeis, gritábamos todos á los gobernantes. Atrevéos á decirles una vez siquiera, que los pueblos no se detienen hoy ante ningun obstáculo. Ayer camínábamos atados y á cortos pasos. Pero hoy que hasta la materia inerte ha recibido del vapor y de la electricidad un espíritu, hoy caminamos en locomotora hácia el ideal del progreso. Cuando es necesario, no pudiendo detenernos, salvar un obstáculo, abrimos de par en par, como Hércules, la montaña que

[redacted]

nos detiene, y salvamos todos los obstáculos, porque nos anima la libertad, cuyo reinado no vacila, y cuyos enemigos serán siempre vencidos, porque la libertad es la ley fundamental de todas las sociedades, la reina inmortal de todos los pueblos.

¿Y qué pueden querer los obstáculos tradicionales? preguntaban sus amigos. ¿Qué pueden querer la familia de Borbon y su córte sino conservar el régimen constitucional por el que han vivido y han reinado?

«¿Sabeis lo que quieren esos obstáculos? contestábamos nosotros, pues quieren aislarnos de toda la política europea; quieren que la nacion que escribió el Código de 1812 sea un cuerpo muerto en medio de las naciones europeas. Quieren ¡oh juventud! tú que traes la idea de libertad en la mente, y la esperanza de la renovacion de la vida en el pecho, quieren que no pienses, que en vez de ser tu espíritu el ave del cielo, cuyas alas se bañan en la luz, sea el ave nocturna que habita en los panteones y los sepulcros. Quieren levan-
el convento que tus padres han derriba-

do, la amortizacion que tus padres han deshecho, la prévia censura que tus padres han roto, la inquisicion que han apagado tus padres; quieren reedificar la inmunda cárcel del absolutismo en que pasamos una agonía de tres siglos.»

La verdad es que inmediatamente que se presentaba una reforma, que se anunciaba el más leve cambio en sentido liberal, los obstáculos tradicionales se levantaban como un inmenso oleaje. Todo lo contrariaban, absolutamente todo. El más pequeño paso hácia el ideal del siglo, les parecia una amenaza de muerte; la más leve concesion, un caso de guerra. Se podia matar la cátedra, proponer la prévia censura, denunciar á todos los periódicos, conjurarse contra todas las libertades, sin que hubiera el menor obstáculo. Pero no se podia anunciar el reconocimiento del reino de Italia, ni la desamortizacion, ni la caida de las camarillas, sin que se levantase universal clamoreo en esos centros de donde salió la intervencion extranjera en 1823, y la guerra civil en 1833.

[redacted]

Comprendiendo un hombre de tan esclarecido talento, y de ingenio tan agudo y penetrante como el Sr. Posada Herrera que no podia seguir el gobierno á merced de la ceguera palaciega, pronunció el 3 de Julio de 1865 un discurso en defensa de la política del gobierno que era todo un cambio de ideas en sentido progresivo.

Al fin de tantos años de habernos oido llamar facciosos, ilegales, rebeldes, perturbadores de la sociedad, causa eficiente de la indisplina social, de la sublevacion de los ánimos, veiamos que nuestros mayores enemigos, los hombres que nos quisieran proscribir de la sociedad, se rendian de hinojos ante nuestros principios. Ya sabíamos que no era conviccion; ya sabíamos que no era sentimiento de libertad; ya sabíamos que no era para ellos la evidencia irresistible de la justicia; no; pero la libertad, esta idea madre de todas las ideas; esta ley fundamental, sobre descansan todas las instituciones; el de nuestro partido, el dogma capita- nuestra doctrina, habia llegado á

[redacted]

tener tal fuerza, que sus mismos enemigos la reconocian y la aclamaban.

Nos llamábais facciosos cuando decíamos que era imposible, puramente imposible reprimir la imprenta, y viníste is á confesar que en esta grande actividad de hoy, no es posible, no, reprimirla. Nos llamábais facciosos cuando decíamos que necesitábamos gobiernos de opinion, gobiernos que fueran la fórmula de las grandes aspiraciones sociales, y despues lo oimos tambien del Sr. Posada Herrera. Nos llamábais facciosos cuando asegurábamos que la libertad es la idea á que *todas* las naciones aspiran, el aire y la luz que todos los pueblos buscan, el principio vital de esta sociedad, y llegásteis á pedir con nosotros la libertad..:.. ¡Oh! Era tarde, muy tarde.

¡Qué conversion la del Sr. Posada Herrera! ¡Con qué facilidad pasó de sus antiguas ideas á las ideas nuevas! Hacia poco tiempo sustentaba desde ese mismo banco azul que la soberanía nacional era un dogma condenable, y sustentaba despues que el gobierno debe

nacer de los comicios, de la soberanía nacional. Hacia poco tiempo sustentaba que no podia renunciar el gobierno á la direccion de las elecciones, y despues que el gobierno debia permanecer neutral. Hacia poco tiempo sustentaba que no se le daba ningun pedazo de pan al pueblo con darle un derecho, y despues que para traer más suma de actividades á la sociedad, para lograr que mayor número de ciudadanos se interese en la gestion de los negocios públicos, para hacer que la nacion y no los partidos estén representados en las Córtes se necesitaba con urgente necesidad que se concediera á mayor número de ciudadanos el derecho del sufragio. Pues si el Congreso habia de nacer de la sociedad, si se necesitaba una gran suma de actividades, si el sufragio debia ampliarse ¿por qué no admitir ya entonces el dogma del sufragio universal?

Imaginaos cómo se pondria el neo-catolicismo oyendo un discurso de esa suerte, y levantaria su intérprete más genui-s elocuente, el Sr. Aparici y Guijarro.

Detengámonos un momento á contemplar este orador extraordinario y á oir su admirable discurso.

El Sr. Aparici era Thamo. ¿No recuerdan nuestros lectores quién era Thamo? Pues bien, era un piloto. Plutarco nos refiere con su arte de narrador incomparable, la extraña manía de Thamo, la alucinacion de aquel navegante. Por todas partes oia extrañas voces, ni más ni ménos que oye el Sr. Aparici las voces de las brujas de la Edad Media, y las oye como oráculos. Un dia iba Thamo hácia Grecia y cuando dejaba las costas de Sicilia á su espalda, oia la voz que turbaba siempre su corazon y su mente. Aquella voz salia de los escollos y de las olas en una época de crísis suprema para el espíritu humano, á fines del siglo primero. Aquella voz decia: el gran Pan, el dios Pan ha muerto. Aquella voz interrumpió un festin, heló la sangre en las venas de Thamo, y debió volverle monomaniaco. El Sr. Aparici es el Thamo de nuestro tiempo. Para él todo se muere, todo se acaba. Cuando le oiamos, mirábamos al

[illegible] miráramos al cie-
lo, y [illegible]; miráramos al sol, y
[illegible]; miráramos á nuestro al-
rededor, y veremos árboles que sienten el
placer de vivir; miráramos á nuestra frente,
y veremos mujeres hermosas que son ó
que están destinadas á ser madres, y no po-
demos dejar de compadecer el milenarismo
del Sr. Aparisi, que cree oir la trompeta del
juicio, la voz del Anticristo, el desquicia-
miento del planeta, cuando lo único que
se desquicia y se muere es alguno que otro
idolillo que ni siquiera merece el tiempo
por el Sr. Aparisi en incensarlo. Se mue-
re la prévia censura, se muere el gobierno
teocrático, se mueren los últimos restos del
absolutismo. ¿Y eso es el mundo? ¡Bah! Nos
recuerda el Sr. Aparisi á aquellos animali-
llos de que nos habla en su Historia Natural
Aristóteles, que creen que se acaba el Uni-
verso cuando se evapora la gota de agua en
[illegible] han vivido. No se acaba el mundo;
[illegible] acaba es la gota de agua del señor
[illegible] *el neo*-catolicismo.

[redacted]

¡Qué discurso el discurso de 4 de Julio de 1865! Pocas veces hemos oido ninguno tan extravagante, y al mismo tiempo tan elocuente y tan grandioso. El Sr. Aparici aspiraba á tener uncion, y sólo tocaba en la ironía. Cuando se esforzaba en hacernos llorar por la muerte de sus ídolos, nos obligaba á reir. Pero cuando sin esfuerzo usaba la sátira, nos admiraba. Verdaderamente esto es propio de todos los corazones donde la fé se hiela. En vano procurará soplar en las cenizas, avivarlas, encenderlas, se ha muerto la fé. Y no resucita, no resucitará á conjuros de mágia ni á golpes de frase. La fé habia muerto en el alma del Sr. Aparici. Nos lo demostraba lo hinchada que era la frase cuando el Sr. Aparici declamaba sus principios, lo natural y lo corriente, y lo admirable que era cuando el Sr. Aparici se reia de todo. En aquella sesion llegó á reirse con gracia volteriana é irreverente del general O'Donnell y del cirio que empuñaba con su mano acostumbrada al sable, en las procesiones de San Pascual. ¿Podia haber hecho más un volteriano?

Seis partes tuvo el discurso del Sr. Aparici. Faltóle una para ser unas siete palabras. En cambio le sobró la entonacion y lo afectado del sentimiento. Con ser tan bella la frase, parecía no un orador, parecia lo que el pueblo aragonés llama un cuaresmero. ¡Qué sermon tan largo! Se habia propuesto llenar dos horas, y las llenó. Se burló de sus enemigos, injurió á los partidos liberales, y vió de nuevo la revolucion amenazante.

El Sr. Aparici dice: puesto que el mundo se va, entreguémosle á los frailes. ¿Con que han de venir los cuervos antes que el mundo sea cadáver? De las mañas frailescas tenemos ya un ejemplo en la historia, ese grande receptáculo de todos los dolores humanos. Cuando debia llegar el año 1000, los frailes predicaban que se iba á concluir el mundo. ¿Cómo habia de vivir despues de cumplidos mil años de la venida de Cristo? Entonces comenzaba el siglo futuro, es decir, la otra vida. No hay para qué decir cómo se recibiria en la barbárie y en la credulidad del siglo X aquella profecía. Los caballeros abandonaron

sus caballos y tiraron sus lanzas. Los frailes recogian unos y otras. Los grandes señores, para salvarse, llevaban sus tesoros á las iglesias, y los frailes los guardaban. Los propietarios abandonaban sus propiedades y las recogian los frailes. Si quereis aspirar algunos vapores de este terror, registrad los cronicones de la Edad Media. Si quereis verlo materialmente, contemplad aquellas esculturas bizantinas que parecen temblar todavía sobre sus repisas. Mientras todos se aterraban, los frailes se reian. Ellos engordaron en aquel abandono universal; ellos se apoderaron de los bienes, de las riquezas que los crédulos habian dejado, y muy gordos, y muy ahitos esperaron el fin del mundo. Pues mientras el Sr. Aparici anuncia el fin del mundo, sus amigos comen. De seguro que la mayoría de los correligionarios tonsurados del Sr. Aparici, digieren mejor un jamon, por ejemplo, que un discurso del primero de sus abogados. El materialismo ha sido el vínculo de esa clase. Ya lo dijo un gran fraile que tuvimos en el siglo XVII, ya dijo que su gente nunca á Dios

[redacted]

llamaba bueno sino despues de comer. Ya dijo un general de la órden de San Francisco: «Mi voto de pobreza me ha valido tener muchos millones, mi voto de humildad me ha valido mandar sobre millones de hombres, y..... no quiero decir lo que me ha valido mi voto de castidad.» Y de toda esta prosa, el Sr. Aparici amasa un discurso en que no hay idea clara. Algunas veces, despues que ha combatido la libertad religiosa, la libertad de enseñanza, la libertad de imprenta, grita: viva la libertad. Es decir, viva la esclavitud para todos, y la libertad para el Sr. Aparici. ¡Oh política grande!

Lo cierto es que ni el marqués de Villena, metido dentro de su redoma, ignoraria el mundo como lo ignoraba el Sr. Aparici. Empezó á tratar la cuestion de Italia, y recordó que Víctor Manuel era tio, ó sobrino, ó no sabemos qué, de ese pobre rey Bomba, del último Borbon de Nápoles. ¿Pues qué, los reinos son hoy patrimonios de los monarcas? ¿Pues qué, por muy apretados que fueran los lazos de la sangre, tiene esto algo que ver

con la suerte de los pueblos? ¿Que Víctor Manuel heria á un su primo en la guerra? Pues los católicos rancios hacian más; si tenian algun pariente libre-pensador, ó judaizante, lo entregaban á la Inquisicion. Hasta hace poco se guardaba en Valladolid el recuerdo, con grande veneracion, de la mujer de un protestante que denunció su propio marido al Santo Oficio. El fanatismo es el endurecimiento del corazon, el silencio de la conciencia.

En este discurso hubo una frase bellísima, la frase en que anunció el próximo destronamiento de Isabel II, recordando aquellas célebres palabras del inmortal poeta inglés: ¡adios, mujer de Jork, reina de los tristes destinos! Pero las elegías del Sr. Aparici, si poetizaban una sociedad muerta, no servian, no, para resucitarla.

Ménos podian aun servir las habilidades del Sr. Nocedal que se mostraba furioso en la tribuna, por haber reconocido el gobierno la existencia legal del reino de Italia.

No hay que dudarlo. El Sr. Nocedal habia concitado á los obispos contra el reconoci-

[redacted]

miento del reino de Italia, y los obispos españoles iban á oir y á obedecer al Sr. Nocédal. Hace mucho tiempo que preside el episcopado español, que es cabeza suya, este respetabilísimo láico. Notadlo, la vóluntad propia de los obispos está anulada y su pensamiento dormido. Alguna que otra vez salen de su letargo para asistir al coro, para administrar el sacramento de la Confirmacion, ó para publicar las cartas apostólicas. Pero habla el Sr. Nocedal, dá la voz de alerta al episcopado, y el episcopado, como si una sola mano le moviera, se levanta y habla. Hace muchos dias que la enseñanza se ha secularizado, que la Universidad enseña filosofía sin curarse de la Suma, derecho natural sin curarse del derecho divino, y nunca se habia levantado contra este dominio eminente de la ciencia, contra esta facultad suya, ninguna voz en el episcopado español, á quien debemos suponer celoso en el cumplimiento de sus deberes. Pero se reunen cuatro láicos presididos por el Sr. Nocedal en la redaccion del *Padre Cobos* ó de *El Pensamiento;* es-

criben algunas gracias ó algunos artículos contra la enseñanza pública, acusan sin pruebas, declaman sin fundamento; y el episcopado oye y sigue la voz que lo concita contra la cátedra, y los artículos de fondo de los diarios neo-católicos se convierten por arte mágica en pastorales de los obispos españoles.

¡Qué diferencia de los tiempos heróicos, de los tiempos puros del cristianismo! Entonces esos ancianos que hoy llamamos obispos, elegidos por el sufragio universal de los fieles, señalados con las sublimes distinciones del martirio, en vez de mover guerra predicaban paz, en vez de adular á los tiranos maldecian á Neron, ó detenian á Atila; y apartados completamente de los palacios, descendian á las ergástulas de los esclavos ó á las cabañas de los pobres, á llevar con los principios evangélicos que regeneraban el alma, el soplo de la caridad y del amor cristiano.

Pero en España, salvas raras excepciones, los obispos se van convirtiendo en los agentes políticos de un partido y en los colabora-

dores de sus periódicos. A la voz de un partido y de los periódicos de ese partido, anatematizan toda la prensa liberal desde el púlpito; á la voz de un partido y de los periódicos de ese partido, se conjuran contra las cátedras donde se profesa la filosofía moderna; á la voz de un partido y de los periódicos de ese partido, publican las Encíclicas del Papa, esas negaciones de nuestros derechos constitucionales, esas amenazas lanzadas sobre las prerogativas de todas las coronas de Europa y sobre los fundamentos de todas las nacionalidades; esas pálidas evocaciones de la política de Gregorio VII y de Inocencio III, que como un fuego fátuo se extiende sobre los sepulcros de Roma; política absolutista, teocrática, que se cree á sí misma la luz bajada del cielo sobre el mundo, cuando es tan solo el fósforo que produce la descomposicion del cadáver de la Edad Media.

Imaginaos cómo se alarmarian gentes así, al ver reconocido el reino de Italia por la córte de España, que creian tener eternamente sometida y sierva. Todo el mundo pensaba lo

[redacted]

mismo, que el problema de Italia era el problema revolucionario por excelencia.

A decir verdad, ó el reconocimiento del reino de Italia no significaba nada, ó significaba que se reconocia como caducado el poder temporal de los Papas, los cuales así podian ejercer la autoridad espiritual desde el Vaticano, como desde la última cabaña del mundo. Él reconocimiento significaba que así como habia perdido su poder sobre las Marcas, sobre la Umbria, sobre Bolonia, podia perderlo sobre Roma. El reconocimiento significaba que no se creia incompatible la existencia del poder espiritual de los Papas con la caida de su trono temporal. La verdad es que la cuestion grave encerrada en las entrañas del reconocimiento de Italia, era la cuestion del poder temporal de los Papas. Se acabó aquel cosmopolitismo de la Roma de la Edad Media, por cuya fuerza y por cuya virtud entraban todas las naciones en Italia para esclavizarla. La nacionalidad italiana es; toda nacionalidad necesita una capital, y la capitalidad de Italia corresponde de derecho á Roma. O

no ha de existir Italia, ó la existencia de Italia implica forzosamente el reconocimiento de la capitalidad en Roma. Verdaderamente el poder temporal de los Papas, si bien nacido en el siglo VIII, se afirmó cuando se afirmaron todos los poderes monárquicos, en la gran crísis que media entre fines del siglo XV y principios del siglo XVI. Maquiavelo dijo que los dos grandes papas-reyes habian sido Alejandro VI y Julio II. El Papa que siempre habia sido como jefe de los güelfos, el aliado de las ciudades italianas contra los emperadores, fué en el siglo XVI el aliado de los reyes absolutos contra las libertades populares. Cuando perecia la libertad no supieron escribir á su favor una protesta. Y ahora que los reyes absolutos han muerto, y la libertad, inmortal por naturaleza, se ha levantado, los Papas protestan á favor del absolutismo. Y en efecto, la clave que sostiene todos los restos de las instituciones políticas fundadas en el siglo XVI, y destruidas en el siglo XIX, era el poder temporal de los Papas. Su destruccion tenia la fuerza de necesidad inevitable para

la consagracion del nuevo derecho europeo.

Y los revolucionarios, encarándose con la union liberal, decíanle las siguientes palabras sobre este pavoroso problema:

«La cuestion de la unidad de Italia implica tambien la cuestion de la libertad de la Iglesia. Y si los ministros de la union liberal, en vez de ser agradecidos servidores de las camarillas que aquí dispensan á su antojo el poder, fueran de la madera de los grandes revolucionarios, ahora se les ofrecia magnífica ocasion para resolver el problema de las relaciones entre la Iglesia y el Estado, y resolverlo exclusivamente á favor de la Iglesia. Puesto que el reino de Italia viene á cambiar radicalmente las relaciones entre los Estados europeos y la Iglesia, hora es de dar su libertad completa, plena, á la Iglesia. Así os evitareis dos graves males; primero, el castigar á los obispos, y segundo, el consentir que los medios puestos en sus manos por el Estado se vuelvan contra el Estado. ¿Puede hoy consentir el gobierno que la Iglesia se convierta en

una fortaleza contra su poder, y el clero en una milicia rebelde? No. Tendrá que atajar esa sublevacion con mano fuerte. Pues corte el nudo gordiano. Quite á los obispos su presupuesto, incáutese de sus bienes, y luego déjeles publicar en paz las encíclicas del Papa, y en paz escribir pastorales contra el gobierno. Pero si con los privilegios de hoy, con la exclusiva fuerza que hoy tienen, convierten el púlpito en barricada, el confesionario en lugar de conjuraciones, disciplinan el clero como un ejército para una guerra santa, siembran la alarma en los fieles, comienzan por protestas religiosas, y concluyen por luchas civiles, el gobierno dará una prueba de imperdonable debilidad si cae á los piés de los obispos. No lo dudeis; detrás de las palabras de Nocedal están las protestas de los obispos, detrás de las protestas de los obispos el fanatismo de los facciosos. Ministros de la union liberal, ¿sereis tan cortesanos que vayais á deshonraros hasta el punto de entregar la política del país á una confabulá-
episcopal?»

Las consecuencias de la actitud del Sr. Nocedal á la cabeza dol Episcopado español, se palparon bien pronto. Los obispos más prudentes por su carácter, más ilustrados por su ciencia, más sensatos por su conducta, ciegos de cólera y heridos en el corazon empezaron á vibrar los rayos de su palabra sobre la Reina que habia nombrado el ministerio, sobre las Córtes que lo habian consentido. A oirlos, comenzaba para España, para la nacion católica por excelencia una era de desolacion y de tristeza. Todas las admirables imágenes que los profetas emplearan contra los reyes y á favor de los pueblos, empleábanlas ellos contra los pueblos y á favor de los reyes. Y bajo un aparente viso religioso encerrábase ardientísima, implacable cólera política. El que entre todos se distinguió por sus violencias fué el obispo de Tarazona.

Con un talanto airado, con una audacia digna de cualquier trabucaire, el bueno del ministro de Dios llovia hiel y vinagre sobre la cabeza del ministerio por el horrendo delito de haber reconocido el reino de Italia.

[illegible] nuestros lectores [illegible] es Italia
[illegible] obispo de Tarazona [illegible] Italia es
[illegible] lugar [illegible] perias
[illegible]

[redacted]

pirámides de los Faraones, y en los Alpes, esas pirámides de Dios; el del Puente de Arcole, el que entró en Venecia para dispersar una aristocracia militar, y en Roma para dispersar una aristocracia teocrática, ese héroe, que se queria envolver en el sudario de Carlo-Magno, mientras el rayo de la revolucion fulguraba sobre su frente, ese héroe, es un espejismo de la inteligencia, una mentira de la historia.

Esta es la verdad histórica que enseñan los neo-católicos; esta es la historia que enseñan los jesuitas; esta es la historia que saben los obispos, y que imbuirán allá en sus seminarios á los futuros clérigos. ¡Oh! Cuando leemos las protestas y las pastorales de los obispos; cuando vemos que no tienen ni teología ni sintáxis, no podemos dejar de lamentarnos de la triste suerte de la Iglesia española, de esta Iglesia que ha engendrado á Osio. Una Iglesia esclava; una Iglesia protegida por el Estado; una Iglesia estancada, ha de dar al fin y al cabo obispos como el obispo de Tarazona, y espectáculos políticos

[illegible] que daba Es-paña en aquellos tiempos. Cuanto más va-len el [illegible] de las inteligencias, el choque de los espíritus, las grandes batallas inte-lectuales, que empeñan los varios sistemas descomponiendo en sus gradaciones todo el espíritu, como descompone la luz el arco iris!

¡Oh libertad, libertad sagrada, nuestro nú-men, nuestra inspiracion, nuestra vida, sin ti no puede haber [illegible] moral; sin ti no puede haber arte [illegible]; sin ti no puede haber ciencia, pero sobre todo, y mas que todo, sin ti no puede haber religion. Amamos todas las libertades, por todas ellas juntas hemos peleado con [illegible], con neo-católicos, con moderados, con [illegible], con pro-gresistas, con [illegible], con comunistas, con todo el que ha desconocido ó limitado al-guna, [illegible] lo decimos sin jactancia y sin exageracion, en medio de este siglo posi-tivista, que tanto culto presta á la banca, [illegible], á la Bolsa, nos sentimos con fuer-[illegible] pelear y morir por la primera

[redacted]

entre todas las libertades, por la libertad de la Iglesia.

¡Cuánto tiempo malgastan nuestros gobiernos en estas luchas de la mitad del Estado con la otra mitad; del Estado civil con el Estado religioso! Si hubieran de cumplirse las leyes, si hubiera de aplicarse el Código, los obispos de Tarazona y de Búrgos debian de haber sido extrañados de estos reinos. Felipe II y Cárlos III lo hubieran hecho. Comprendemos, comprendemos que en el estado de los espíritus, en el adelanto de las ideas, era repugnante extrañar á un hombre por sus ideas políticas, siquiera fuesen tan desordenadas y nocivas como las ideas políticas del señor obispo de Tarazona. Dejadles en buen hora predicar, dejadlos escribir, dejadlos asociarse, dejadlos usar contra la libertad de todas las armas que dá la libertad; pero quitadles el presupuesto, pero quitadles el carácter oficial, pero quitadles el dominio exclusivo sobre las conciencias, pero quitadles todos esos privilegios, los cuales vienen á ser otros tantos motivos de perturbacion, de lucha en

[redacted]

los Estados; otras tantas causas de decaimiento moral é intelectual; otros tantos gérmenes de anarquía.

Pero no, no podian hacer esto gobiernos cortesanos, gobiernos cuyo único orígen estaba en las mercedes de la corona. Ni siquiera podia combatir el ministerio O'Donnell á la camarilla. La monja seguia haciendo milagros á favor de la reaccion. El padre Claret continuaba dirigiendo la conciencia de la córte. Ese mismo padre Puente, el más fino de todos los obispos, perseveraba en imbuir al heredero de la corona las ideas de los antiguos tiempos, el derecho divino, el culto á la teocracia, todos los principios que la humanidad se ha dejado heridos y abandonados á sus espaldas. Y ni siquiera tenian ánimos los ministros cortesanos para abrir las páginas de la historia y mostrar la muda elocuencia de sus lecciones. Los Borbones de Francia entregaron la educacion del heredero del trono á un obispo jesuita. Una generacion entera se sintió herida en la libertad de su espíritu, derechos de su conciencia. Esto, y la

ley del sacrilegio fueron las causas principales de la revolucion que hirió á los Borbones de Francia. Por fin, vino el dia de la gran liquidacion, y una familia que habia reinado siglos, abandonó el trono y abandonó la patria. Un historiador realista dice las siguientes palabras, describiendo el embarque y la fuga de la dinastía: «Dolorido silencio reinaba sobre las costas de Francia; muchos gemidos, pero ningun insulto los siguió á través de las olas. El navío llevó á los Borbones á Escocia, donde les preparaba Inglaterra un hospedaje solitario en *Holi-Rood;* palacio abandonado de María Estuardo, lleno de tragedias, de tristezas y de lecciones para las dinastías destronadas por haber querido imponer á sus pueblos, en nombre de la piedad política, el yugo de Roma, y haber atentado á la libertad del espíritu humano en su asilo más inviolable, en la conciencia de las naciones.»

La debilidad del ministerio O'Donnell para combatir la reaccion teocrática, se veia bien claro en una nota que por entonces, por Ju-

lio de 1865, trazaba el ministro de Estado explicando el reconocimiento de Italia.

Sí, porque no se concibe que para reconocer el reino de Italia, para dar un paso puramente político, para tomar una medida política puramente, se consulte la voluntad y el parecer de un monarca estranjero, del Papa. Nunca, en ningun tiempo han procedido así, ni siquiera los reyes absolutos. Cuando se han encontrado frente á frente de la curia romana y han tenido necesidad de combatir con ella, han combatido con la perseverancia que distinguia á nuestros padres, y con aquella tenacidad que es propia de gobiernos fuertes. Leed la nota del Sr. Bermudez de Castro, y vereis cuantas escusas, cuantas esplicaciones, cuantas palabras encaminadas á dar tan solo satisfacciones al Papa y pedirle previamente su absolucion por el reconocimiento de un hecho que es claro como la luz del dia, que es fatal como la caida de los graves; por el reconocimiento del reino de Italia. Cuestiones de mayor gravedad, de más trascendencia

[illegible] á nuestros antepasados con la San-

[redacted]

la Seda, [illegible] y to-
das se resolvieron con un valor [illegible]
ra [illegible] los ingenios y [illegible]
[illegible]
[illegible]

Pedro II de Aragon [illegible]
los [illegible]
el Papa [illegible]
los [illegible] II [illegible]
[illegible]
[illegible]
Aragon [illegible]
[illegible]

[illegible]

lio de 1865, trazaba el ministro de Estado explicando el reconocimiento de Italia.

Sí, porque no se concibe que para reconocer el reino de Italia, para dar un paso puramente político, para tomar una medida política puramente, se consulte la voluntad y el parecer de un monarca estranjero, del Papa. Nunca, en ningun tiempo han procedido así, ni siquiera los reyes absolutos. Cuando se han encontrado frente á frente de la curia romana y han tenido necesidad de combatir con ella, han combatido con la perseverancia que distinguia á nuestros padres, y con aquella tenacidad que es propia de gobiernos fuertes. Leed la nota del Sr. Bermudez de Castro, y vereis cuantas escusas, cuantas esplicaciones, cuantas palabras encaminadas á dar tan solo satisfacciones al Papa y pedirle préviamente su absolucion por el reconocimiento de un hecho que es claro como la luz del dia, que es fatal como la caida de los graves; por el reconocimiento del reino de Italia. Cuestiones de mayor gravedad, de más trascendencia tuvieron nuestros antepasados con la San-

ta Sede, en tiempos de fé muy viva; y todas se resolvieron con un valor de que ahora carecen completamente los ligeros y volterianos ministros de un régimen constitucional.

Pedro II de Aragon luchó con el Papa en los campos franceses, y murió en guerra con el Papa por no reconocer las violaciones de ley cometidas en Provenza. Pedro III de Aragon, no consultó ciertamente con el Papa su expedicion á Sicilia. Un siglo entero estuvo Aragon excomulgado. Doña María de Molina, reina animosísima, desafió las iras del Papa, que se ponia de parte de aquellos oligarcas empeñados en amortizar á favor de la aristocracia castellana una regencia, seguro y salvacion de la democracia. No queremos citar ni á Cárlos V, ni á Felipe II, ni á Felipe V, ni á Cárlos III, ni al mismo Cárlos IV, ménos temerosos en siglos de más fé, ménos temerosos del Papa que nuestros ministros constitucionales.

La verdad es que el Sr. Bermudez de Castro debia estar persuadido de que el poder

[redacted]

temporal, lejos de ser una garantía de la independencia del Pontífice ha sido siempre un obstáculo. Mil veces ha cedido el Papa en cuestiones de disciplina, de gobierno eclesiástico; mil veces por no perder esos malditos estados que ya entonces eran como un monton de polvo. Cuando los reyes han querido humillar á los Papas, los han herido en sus intereses y dominios temporales. Luis XIV quiere alcanzar de Alejandro VII el Ducado de Castro para un Farnesio. El Papa se resiste oponiendo el juramento prestado en su consagracion de no ceder una pulgada de sus dominios. Luis XIV pone mano sobre Avignon, y el Papa cede. Luis XV en ocasion análoga se apodera de algunos dominios del Papa y no los cede sino con humillantes condiciones para el Papa. Cuando los Borbones de Francia, de España, de Nápoles y de Parma, pidieron de comun acuerdo á Clemente XIII la abolicion de los jesuitas, el Papa se negó. ¿Qué hicieron? Se apoderaron del territorio de los Papas. Clemente XIII resistió heróicamente; despojado de sus bienes temporales,

no cedió en una cuestion que era de su exclusiva competencia. El sucesor cedió en lo dogmático por alzarse con lo temporal. Por consiguiente, ese poder temporal ha sido una eterna debilidad para el Papa. ¿Por qué, pues, un gobierno católico, y un gobierno convencido de esta gran verdad, de que el poder temporal era débil, daba tantas y tantas esplicaciones al Papa, y dudaba tanto, y tanto vacilaba en reconocer la verdad evidente por sí misma de que el poder temporal habia muerto?

Ahora bien: ¿qué podria hacer el gobierno español á favor del poder temporal del Papa? Nada. Y cuando estaba convencido de la inutilidad de sus esfuerzos ¿iba á empeñarse en salir del concierto europeo por sostener una ruina? Hora era ya de que España dejase de ser el cenobita de las naciones. Hora era ya de que dejara de ser un astro errante y muerto, fuera de la gran mecánica europea, fuera de la gravitacion de todas las naciones. Para esto no habia más que un remedio cierto: seguir una política completamente opues-

ta á la política seguida hasta entonces; la gran política, la que reconoce el nuevo derecho, la que se aparta de las dinastías reaccionarias, la que vuelve las espaldas á los escombros de la Edad Media, la que proclama el sufragio universal, la política que se levanta como un luminoso faro sobre los escollos de lo presente y lleva su luz al seno de lo porvenir.

Eramos nosotros, los españoles, nosotros los que tantos sacrificios hemos hecho por la nobilísima causa de la libertad, éramos esclavos de Roma. En vano pelearon Viriato y Numancia contra el yugo de la ciudad eterna, caimos bajo el peso de sus armas, crueles mandatarias del destino. Pero al fin, caimos bajo aquella grande Roma, que habia esclavizado á todo el mundo, y que en cambio le dió con la idea de la unidad un solo espíritu. Aquella Roma era grande. Sus feciales llevaban las fórmulas de un poder incontrastable; sus pretores las leyes de un derecho sapientísimo; sus soldados, las fuerzas de un heroismo invencible. Fué necesario que vinie- los bárbaros, y que se pasara por aquel

diluvio del siglo V, para llegar á romper la unidad inmensa de Roma. De los fragmentos que diseminó al estrellarse contra el suelo aquella corona del mundo, nacieron las nacionalidades modernas. Quince siglos de luchas, quince siglos de trabajos infinitos nos costó el fundar nuestras nacionalidades; el establecerlas sobre sus bases, el darles sus leyes, quince siglos en que el espíritu humano sudó sangre sobre la tierra.

Pues bien, al cabo de estos quince siglos éramos esclavos de Roma; pero no de aquella grande Roma que tenia el génio guerrero de Escipion y de César; no de aquella Roma que llevaba en su frente el resplandor del heroismo, sino de la Roma teocrática, de la Roma que no podia gobernarse á sí misma, y que necesitaba una guardia extranjera para obtener el respeto del mismo pueblo degradado que se arrastra sobre sus tristes ruinas.

Parecia que el ejemplo de la incapacidad de la teocracia para gobernar, era demasiado vivo en lo presente para que nadie se acordase de tal manera de gobierno. Parecia que

[redacted]

el recuerdo de la España del Guadalete, arrastrada allí por una teocracia imbécil; y el recuerdo de la España de Cárlos II, vendida al extranjero por otra teocracia artera, debian bastar para que nadie se acordase de resucitar una España que desapareció bajo los surcos de la revolucion.

Pero no, la España teocrática subsistia, la España teocrática se levantaba aun como una sombra escapada de un sepulcro. Buscad con la mente una cuestion que pueda ser más grave y trascendental que la cuestion de las relaciones de un país con otro país. Puede decirse que un pueblo no se pertenece á sí mismo; que un pueblo no tiene personalidad propia ni independencia, si no puede contraer aquellas amistades á que le inclinan sus necesidades políticas, su razon ó su conveniencia. Quizá esto es el sello augusto de la independencia nacional, el remate y la cúspide de toda la obra de un pueblo, de toda su historia, de toda su vida. Ser en sí, vivir por sí; tener relaciones con otros países, contraer aquellas alianzas que completan la vida nacio-

[redacted]

nal, son, á no dudarlo, las primeras entre todas las prerogativas de los pueblos.

Pero ¿qué eran en España estas prerogativas? Cinco años estuvimos clamando por el reconocimiento del reino de Italia, y no pudimos conseguirlo. En vano recordábamos que su gobierno es constitucional como nuestro gobierno; que su causa es la causa misma que nosotros sostuvimos en 1808; que nos importaba el nacimiento de una gran potencia capaz de auxiliarnos á contrastar el poder inmenso de Francia; que por nuestro comercio, por nuestra posicion mediterránea, por nuestra historia, no podiamos aislarnos, no debiamos aislarnos de este grande movimiento europeo que cada dia anula más las monarquías de derecho divino y exalta más el derecho de los pueblos.

No habia posibilidad de que ejerciéramos este gran derecho de formar alianzas con Italia. ¿Por qué? Porque á ello se oponian los intereses de un monarca extranjero que en la revolucion italiana habia perdido parte de su territorio, á causa de regir ese territorio con

los principios del régimen absoluto, con esos principios que verdaderamente asfixian el espíritu y la conciencia de los pueblos.

Ese monarca extranjero tiene organizado en España un verdadero ejército político, el cual se mueve á una voz que le dé el Nuncio. Y á toda medida liberal, á toda reforma progresiva oponen siempre una ciega, una tenaz resistencia. Se trata del reconocimiento del reino de Italia, y esos ejércitos se levantan en son de guerra. Se trata de desamortizar para que el país coseche los frutos que reporta siempre un gran movimiento en la riqueza pública; esos ejércitos se sublevan. Se trata de dar libertad al pensamiento, independencia al espíritu; esos ejércitos pugnan por reducirnos al estado de la última entre las naciones del mundo; al estado de un pueblo eternamente niño, eternamente imbécil, que no puede disponer de la primera y más sagrada entre todas las propiedades del mundo, que no puede disponer de su espíritu y de su conciencia.

Así poco á poco, la córte de la reina Isabel

se imaginaba llevarnos á la teocracia y en realidad nos llevó como de la mano á la revolucion.

La oposicion neo-católica arreciaba fuertemente en el Congreso dirigida por el Sr. Nocedal. Uno de sus tenientes, el Sr. Fernandez Espino, pronunció contra el reconocimiento de Italia un discurso lleno de erudicion verdaderamente indigesta.

¿Qué tenia que ver Cartago, la Roma antigua, la historia de Amadeo ó de Filiberto de Saboya para el reconocimiento del reino de Italia? ¿Qué tendrian que ver todas esas disertaciones sin objeto, y toda esa erudicion averiada para un hecho sencillo, natural, á saber: el reconocimiento de un nuevo pueblo que se levanta sobre la base de un nuevo derecho? Y ese reconocimiento no podia retardarse por más tiempo. Hubiéramos sido un pueblo aparte, un pueblo muerto, un pueblo cuando ménos sin voz en los consejos europeos si no reconocemos el hecho capital de estos tiempos; el nacimiento de Italia: ¿Ofenderia esto la teoría del derecho divino? Que

[redacted]

lo ofendiese. ¿Heria esto el poder temporal del Papa? Que lo hiriese. ¿Acababa esto con las últimas esperanzas de los Borbones de Nápoles? Que acabase. ¿Consagraba esto el sufragio universal, ese ejercicio de la soberanía de las naciones? Pues no habia más remedio que resignarse, porque todo lo que el reino de Italia hiere, herido está por la razon, herido está por Dios. Nosotros que teníamos un sistema constitucional, sistema en su esencia revolucionario, nosotros no podiamos renunciar sin suicidarnos á la revolucion. Despues de todo, si hay causa santa, causa que despierte en el ánimo algo del religioso respeto que inspiran los nombres de Salamina, de Platea, de Zaragoza, es el nombre sagrado de Italia independiente, y el nombre de Garibaldi, jefe de la revolucion italiana. ¿En virtud de qué se iban á oponer al reconocimiento del reino de Italia? ¿En virtud de las preocupaciones de la faccion carlista? Fueron vencidas en los campos de Vergara, y vencidas para siempre. ¡Ah! no, en virtud tambien de las pretensiones de D. Cándido Nocedal,

este espejo ustorio del catolicismo en España.

El Sr. Nocedal declamó largamente con su natural facilidad contra el reconocimiento del reino de Italia. Segun el Sr. Nocedal, el reino de Italia es una cosa inverosímil é imposible, porque no ha sido nunca. Entonces el cristianismo hubiera sido inverosímil é imposible antes del siglo primero, porque no habia sido nunca. España una hubiera sido imposible en el siglo décimo-sexto, porque no habia sido posible por espacio de ocho siglos. Además, decia el Sr. Nocedal, la idea de la unidad de Italia es nueva. ¡Nueva! Cuando se dicen tales cosas; cuando se olvida al Dante y á Petrarca; cuando se desconoce el movimiento de veinte siglos, no hay discusion posible.

¡Qué castigo tan tremendo sufrió! El señor conde de San Luis, el mismo señor conde de San Luis que era la impopularidad mayor del partido moderado despues de la impopularidad de Narvaez y de Gonzalez Brabo; el señor conde de San Luis se vió aplaudido porque heria al Sr. Nocedal. Bien es verdad que

éste le dijo que en cinco años el señor conde de San Luis habia estado olvidado de sí mismo. Era de ver la lucha entre dos moderados. Se repetia la fábula de los dos perros que se comieron y se devoraron mútuamente.

El Sr. Nocedal, habilísimo táctico parlamentario, se dirigió á los indivíduos de la antigua mayoría, echándoles en cara que, habiendo primero sostenido la política semi-autoritaria de Narvaez, sostenian entonces la política semi-revolucionaria de O'Donnell.

Despues de esta acre censura comenzaron los indivíduos de la antigua mayoría, aludidos por el Sr. Nocedal, á decir por qué habian votado, ó por qué no habian votado, dando un espectáculo que inspiraba materialmente asco al estómago. ¿Qué justificacion quedaba á la antigua mayoría? ¿A qué justificacion era dado aspirar? Despues de haber votado con el ministerio Narvaez, despues de haber rechazado la reforma electoral, despues de haber tenido empeñada una batalla con los vicalvaristas, iban á votar uno tras otro,

conversos de un dia, todo lo que habian combatido. Los Ochoas, los Coronas, los amigos más íntimos del anterior ministerio, los que le precipitaran por el despeñadero, á cuyo término se encontraba el abismo de impopularidad que se lo ha tragado; esos mismos eran cortesanos de su heredero. ¿Qué decir despues de esto? El partido moderado habia muerto. Ocho meses habia estado en el poder, y cada dia habia tenido un tropiezo, y cada dia habia tenido una angustia. La conciencia sublevada, la opinion herida; todas las fuerzas vivas del país, sublevadas contra aquel ministerio, decian bien claramente que su política era entonces imposible. Una nueva idea se verifica en una nueva organizacion. Los partidos conservadores habian muerto. La libertad, la libertad bajaba cada dia más sobre este país. Los antiguos ídolos se caian. La libertad brillaba.

A pesar de los refuerzos recibidos de la mayoría de Narvaez, el gobierno temblaba ante palacio. Dos pretensiones tenia que eran verdaderamente audaces, dadas las preocu-

paciones de la Reina. Era la una que se apartase de la direccion religiosa del Príncipe heredero al padre Puente, que habia protestado con energía contra el reconocimiento del reino de Italia, y era la otra que se nombrase para ministro en la córte de Víctor Manuel de Saboya al Sr. D. Augusto Ulloa. Las dos pretensiones ocasionaron dos crísis muy profundas, en las cuales amenazaban airados al palacio todos los periódicos adictos al ministerio. Por fin el dia 16 de Julio de 1865 pudieron cantar los ministeriales victoria completa, victoria absoluta. El arzobispo de Búrgos fué duramente exonerado. El Sr. Ulloa fué aprobado. Hé aquí todas sus victorias; hé aquí todos los resultados de su política. Pero ¿cesó por esto el obstáculo tradicional que aquí tenia toda solucion liberal? No, mil veces no. Continuaba vivo, muy vivo, por nuestro mal; y apercibido, muy apercibido á aniquilarnos.

¿Se podia dudar? Para el sencillo hecho de preparar el reconocimiento del reino de Italia, se habian visto en armas todos los ele-

mentos teocráticos del país, y excitaciones facciosas para que el absolutismo fuera restaurado por la teocracia, y para la teocracia. Centenares de funcionarios públicos, entre los cuales habia uno colocado en elevadísima gerarquía, protestaban airada y demagógicamente contra los propósitos del gobierno, alentados por misteriosos poderes, que ninguna Constitucion ha definido, y sólo las revoluciones han sabido tratar dignamente. Y un estado de cosas semejante, no se remediaba con una sesion del Consejo de ministros ni con una medida aislada, sabe Dios á costa de cuántas concesiones obtenida. No se trataba de vencer en una diferencia momentánea con un arzobispo, sino de resolver definitivamente el antagonismo que existia entre la libertad y la reaccion, de iniciar una política que no terminase sino en la humillacion perpétua y en la extincion de todo elemento reaccionario.

Así los demócratas explicaban de la manera siguiente su actitud respecto al general O'Donnell, actitud que merece detenido estu-

[illegible] sobre [illegible] y [illegible] dimos paz a la [illegible] para que [illegible] los obs- [illegible] los [illegible] veces nos [illegible] veces ob- [illegible] que jamás hemos [illegible] por impaciencia en nues- tra vida política, ni sacrificado un átomo de [illegible] de la popularidad.»

[illegible] los obispos sublevados,

las camarillas amenazadas, los neo-católicos en armas, la ley electoral presentada, el reconocimiento de Italia prometido, la prensa amnistiada, la libertad de pensamiento defendida desde el banco ministerial; los periódicos del gobierno á nuestro lado en la guerra incansable á los obstáculos tradicionales; la responsabilidad criminal de las matanzas del 10 de Abril exigida; todos estos hechos, cuya importancia no desconocemos, todos han sido la justificacion de nuestra conducta, la causa de nuestra reconocida benevolencia. Creiamos nosotros, creiamos con creencia profundísima, que todos estos hechos, que todas estas reformas, que todas estas aspiraciones políticas respondian á un pensamiento que en la oposicion nos habia juntado, que habia movido nuestras plumas cuando conminábamos á los eternos enemigos de la enseñanza libre; que nos inspiraba al unir nuestros nombres al pié de una elocuentísima protesta contra las brutalidades del 10 de Abril; creiamos que la política del gabinete O'Donnell se reduciria á satis-

[redacted]

facer esta primera necesidad de nuestra patria, el aniquilamiento de la reaccion cortesana y teocrática, obstáculo eterno á todas las libertades.»

«Nos hemos engañado: con todo cuanto el general O'Donnell ha hecho, con todo cuanto el general O'Donnell ha intentado, se ha propuesto popularizar á nuestros eternos enemigos; y nosotros, los demócratas, que no podemos consentir este nuevo engaño, nosotros, que no podemos consentir esta nueva metamórfosis de la estúpida reaccion encerrada en el fondo de nuestra política, nosotros nos levantamos de nuevo para decir á los amigos de la libertad, que creen siempre en lo sincero y honrado de nuestros consejos: guerra, guerra al general O'Donnell.»

«Seamos justos. Nos encontramos con un enemigo más poderoso, más inteligente, pero más temible que nuestros últimos enemigos. No es aquí el presidente del Consejo aquel Sila decrépito que sólo creia en la virtud de los esbirros y en el poder de las balas, y re-

[redacted]

cordaba de contínuo como un mérito sus ferocidades de 1848; no es el ministro de la Gobernacion aquel tribuno ébrio de pasiones que á un arranque de ira sacrificaba una conveniencia de Estado, no; aquí el presidente del Consejo es un general habilísimo, que por dominarnos ha reprimido sus instintos realistas; y el ministro de la Gobernacion un más hábil sofista todavía, que sabiendo cuánto nos entusiasma el himno de Riego, á nosotros los cándidos liberales, que al oirlo, olvidamos, llenos de efusion generosa, quienes eran los verdugos de Riego, sabiendo esto, lo canta todos los dias en todos tonos; nos encontramos con dos enemigos que apelarán al engaño y á la corrupcion, hasta que uno y otro logren desarmarnos de nuestra reconcentrada ira, y uncirnos mansamente al carro de sus ídolos, cuyas ruedas han caminado siempre sobre los cráneos de los liberales. Mirad su hábil táctica. No se trata ya de perseguirnos; se trata de deslumbrarnos para despues perdernos. Porque á decir verdad ¿qué concesion verdadera, qué concesion importante se

[redacted]

[illegible] Aguirre de [illegible] reforma
[illegible] se guarda siempre
[illegible] administrativa [illegible]
[illegible] que no significa [illegible]
[illegible] que no [illegible]
[illegible]

del Dos de Mayo. ¿Y qué hemos conseguido? NADA.»

«Pedimos que por fin se diera libertad á la imprenta, que se la dejara llegar hasta el fondo de todas las grandes cuestiones, porque la imprenta es la sonda con que los gobiernos modernos conocen los escollos ocultos en las entrañas de la sociedad; que si algo se reprimia se reprimiera solamente la injuria, entregando al pensamiento para espaciarse todos sus dominios, es decir, lo infinito. ¿Y qué hemos conseguido? En el corto tiempo que el ministerio lleva de vida más de diez denuncias fulminadas sobre la prensa independiente.»

«Pedimos que la teocracia fuera humillada, que se le enseñara, merced á un sistema de libertad de pensamiento seguido con perseverancia, su incurable impotencia; ¿y qué se ha hecho? Con las denuncias de los periódicos, darle una satisfaccion. Con la permanencia de Sor Patrocinio en el convento de San Pascual, probar su omnipotencia, que se extiende hasta burlarse de la córte de Roma.»

[redacted]

«Con la retirada de la carta del Sr. Alonso Martinez, pidiendo la desamortizacion, ceder; con la carta del Sr. Posada Herrera, dando satisfacciones al obispo de Tarazona, caer á sus piés. En este infierno en que hemos caido para aquellas libertades que ofendan al sacerdocio, para la libertad del pensamiento no hay redencion.»

«Pedimos como complemento de toda la política que se debia inaugurar, pedimos que los ministros que en las últimas subastas malbarataron la riqueza nacional, que entraron á mano armada en el templo de la ciencia, como Alarico en Roma; que conculcaron todas las leyes divinas y humanas con aquella terrible matanza de la noche del 10, matanza cuyo recuerdo no se borrará nunca de la memoria, aunque se haya borrado la sangre de la tierra; pedimos que fueran acusados, y vemos que las mismas autoridades oficiales, dependientes del nuevo ministerio, repican las campanas y se disparan cohetes para recibir en sus viajes á los hombres sobre los cuales pesa la tremenda responsabilidad de tantos y

tan enormes errores, de tantas y tan terribles iniquidades.»

«Y toda esta política ¿qué viene á significar? Viene á significar que el fondo de la situacion continúa siendo el mismo; que reinan los misterios en ciertas regiones superiores; que el bastion donde la teocracia se refugia está en pié, poblado de todas las aves nocturnas; que no ha cesado un punto la conjuracion tremenda contra la libertad, esa conjuracion que toma todas las formas, que se ciñe todos los ropajes, y queda siendo lo que fué en 1814, y en 1823, y en 1839, y en 1843, y en 1856, la enemiga jurada de nuestra libertad, que allá en el fondo de su conciencia ha jurado aniquilarnos.»

«Hé aquí, pues, la causa permanente de nuestra oposicion. Subsiste la causa; ha de subsistir por necesidad el efecto. Estamos en abierta y franca oposicion. Con las condiciones fundamentales que tiene el gobierno O'Donnell, nosotros no podemos transigir. Poned en esas condiciones un gobierno de Espartero, y no transigiremos. Poned en esas

condiciones un gobierno de Olózaga, y no transigiremos: Poned en esas condiciones, ¿qué os diremos? un gobierno compuesto de los más reputados demócratas, donde entraran Orense, Rivero, Martos, Becerra; pues tampoco transigiríamos, y con nuestra lealtad acostumbrada les diríamos que iban á estrellarse en el eterno obstáculo de la libertad y que no queríamos estrellarnos con ellos. Los ministerios son el fenómeno de la situacion; nosotros combatimos la sustancia, permitidnos estos términos escolásticos. Esta restauracion del general O'Donnell se parece á la restauracion última de Napoleon. *Si licet in parvis exemplis grandibus uti.* Desde Somosaguas á palacio, como si dijéramos, desde la isla de Elba á las Tullerías, el general ha gritado: libertad. Mientras los neo-católicos le amenazan, el general O'Donnell grita: libertad. Pero así que los haya vencido pensará lo que pensaba Napoleon cuando triunfaba en Ligny la víspera de Waterlóo: reprimir á los periodistas y amordazar á los jacobinos. General O'Donnell: no

[redacted]

os queda más que caer ó deshonraros. Si habeis de caer, ¿para qué hemos de caer nosotros con vos? Si habeis de deshonraros con vuestras complacencias serviles, deshonraos solo. Nosotros tenemos un númen que no falta, la libertad; y una causa que no sucumbe, la democracia.»

No todos los demócratas pensaban así. Muchos de ellos creian que el gobierno del general O'Donnell, si no merecia el apoyo directo de una aprobacion completa, merecia el apoyo indirecto de un completo abandono de la abstencion electoral. A la cabeza de los que así pensaban, encontrábase á la sazon el Sr. Rivero fuertemente sostenido y secundado por el Sr. Figueras. Pero los Sres. Orense y Castelar pensaban de distinta suerte. El partido democrático era incompatible con la antigua dinastía; entre su poder y nuestro credo el antagonismo se enconaba á medida que se veia más clara nuestra tendencia republicana. El Sr. Castelar era el más apasionado quizá por la República de todos nuestros hombres políticos. En su concepto el espíritu demo-

[redacted]

crático no podia desarrollarse sino en la forma republicana, como no puede desarrollarse el espíritu humano sino en el humano cuerpo. El Sr. Rivero al revés. Soñaba con llevar la sávia democrática al viejo y carcomido tronco de la monarquía histórica. Su empeño mayor consistia en hacer del partido democrático un partido legal; opinion sustentada con elevacion de pensamiento y fuerza de voluntad. A la abstencion jamás hubiera ido á no haberle llevado la violencia del gobierno. Mas se impacientaba por salir de la abstencion, y creia justificada la lucha legal por la política del gabinete O'Donnell. En efecto, la prévia censura habia caido, y la prensa gozaba de una libertad relativa, aunque fuertemente contrastada por los procesos contínuos y las multas abrumadoras. El reino de Italia, á pesar de tantas dificultades, acababa de ser reconocido. El derecho de reunion para todos los ciudadanos, fueran ó no electores, acababa de ser proclamado. El censo aristocrático de cuatrocientos reales acababa de ser reducido á doscientos, á la mitad. Una rígida ley penal

[redacted]

castigaba los crímenes electorales. Nuestro retraimiento, decia el Sr. Rivero, se originó en las trabas puestas al derecho electoral y al derecho de reunion: es así que estas trabas se han roto, luego debe cesar el retraimiento.

Pero la juventud republicana había logrado dar al retraimiento otro sentido; confundirlo con la revolucion, encaminar la revolucion al destronamiento de la dinastía, para deducir luego por lógica real é incontrastable del destronamiento de la dinastía su antiguo ideal, su adorada República. Si el retraimiento cesaba, si los partidos liberales volvian á la legalidad, si dentro de la legalidad alcanzaban el poder, y á consecuencia de esto se reanudaba la antigua inteligencia entre la dinastía y el partido progresista, representante de la clase media liberal, ¿cuándo vendria el anhelado momento de proclamar la República? Así el Sr. Castelar defendió con ardor, asociándose al Sr. Orense en esta campaña política, que era imposible salir del retraimiento, aun despues de las concesiones del gobierno.

Para nosotros, decian estos dos repúblicos,

...a es tan clara, que no consiente ... La política más en armonía con nues- ...s derechos y con nuestros intereses; la ...ítica más digna, es la más enérgica, la que ...os aparte para siempre de aquellos que han proscrito sistemáticamente al partido liberal del poder, y que han heredado el espíritu reaccionario, eterno obstáculo desde 1814 á nuestra libertad como ciudadanos, y eterna mancha de nuestra honra como españoles. Con solo considerar que ese espíritu reaccionario, encarnado en personas é instituciones que no hay para qué nombrar, subsiste, y subsiste con la idea y la voluntad puestas en nuestro aniquilamiento, se viene á conocer que debe subsistir en toda su integridad, con toda su energía, la política del retraimiento. Salir de ella, es dar fuerza á los que nos vendieron en 1833; á los que nos engañaron en 1854; á los que en 1856 dieron el golpe de Estado, y al levantarse con la dictadura impelieron los partidos liberales á la revolucion.

...a causa generadora de todas las de- ...era bastante, solo considerar cuán-

[redacted]

tos resultados ha producido el retraimiento, bastaria para insistir y perseverar en él. Hemos visto en dos años de retraimiento hundidos cuatro ministerios, muertos dos Congresos, desorganizado el corrompido cuerpo electoral, disuelto el partido moderado, revelados á los ojos del país los obstáculos tradicionales á la libertad, unido en un mismo pensamiento y en una misma conducta al partido liberal, desarmados nuestros enemigos, que recurren á los mismos medios usados despues de una revolucion triunfante, á las falsas concesiones, á los traidores halagos, para desarmarnos. Compárense estos maravillosos resultados con la esterilidad desoladora de los cinco años de oposicion parlamentaria en que las virtudes más firmes, las palabras más elocuentes, los propósitos más enérgicos se estrellaban contra la empedernida reaccion, que respondia á un discurso elocuentísimo con un nuevo amaño, y á una votacion compacta y numerosa con un triunfo en que pretendia contrastar con la fuerza de la ley, siquier fuese ficticia, el vigor y la ener-

vencida y desarma-
que nuestros ene-

mente, la causa
que llamamos
país. sin
administra-
poder central los
opinion pública.
con alcaldes
con ayun-
provin-
voluntad
libertad
salir
una se-

guiente la omnipotencia del gobierno, entrega maquiavélicamente las operaciones todas precursoras de la eleccion, á funcionarios amovibles á voluntad del gobierno, fieles servidores de su política, ciegos instrumentos de sus amaños. Así no es posible luchar. El cuerpo electoral está corrompido y esclavizado. Por corrompido sirve al que paga, por esclavizado obedece al que manda. Aumentar los electores sin destruir las condiciones políticas y administrativas con que el sufragio se ejerce, no es más que aumentar el número de los esclavos.

El partido liberal ha llegado á una grán madurez, á un gran desarrollo. La fuerza de los hechos; el crecimiento de una generacion educada en la libertad y para la libertad; los progresos de las ideas; el estado del mundo entero; las victorias conseguidas en Europa, y América; el espíritu del siglo, y la opinion pública, le llaman al poder; no para repartir riquezas y honores, como en mal hora hacen nuestros contrarios, sino para realizar todas aquellas reformas que, como el sufragio uni-

versal, la abolicion de las quintas, y las matrículas de mar, y los estancos, y los consumos, han de emancipar y enriquecèr al pueblo. No debemos contentarnos ya con oposiciones parlamentarias eternas, con discursos que, ora enérgicos, pasan como una tempestad, ora vistosos, como un fuego de artificio; con una propaganda ya extendida, ya concretada, ya definida, sino con la accion, con la accion enérgica y constante para lograr que el pueblo vea nuestras promesas convertidas en hechos, y nuestras ideas realizadas en poderosas instituciones. ¿Qué vamos á conseguir para esto con salir del retraimiento? Exasperar la sed de reformas que tiene el pueblo sin apagarla, y fortalecer las instituciones que nos esclavizan y nos anulan. Los ministerios todos, desde el de Miraflores hasta Arrazola, desde Arrazola hasta Narvaez, han ido buscando en el partido liberal quien desempeñe en el Congreso el ministerio de la oposicion, quien se preste á decir á Europa que en España hay todavía sistema constitucional. Pero ninguno ha podido encontrar este

auxilio para la solitaria situacion que se derrumba, absolutamente ninguno, y todos cayeron á los golpes de nuestro desden y nuestro silencio. ¿Encontrará el general O'Donnell quien le preste auxilio? Entonces el aire vital entrará en la máquina pneumática donde ahora se asfixia. Entonces vivirá ocho años más; ¡él! que solo se apoya en la ruina de nuestras leyes, y que tiene las manos manchadas con nuestra sangre; ¡él! que en su último mes de poder solo ha acertado á oprimir á la imprenta, porque la imprenta no puede consentir, no quiere consentir que dé nuevamente el beso de Judas á la libertad.

Las elecciones, ó no son nada, ó son para los partidos que miran la política gravemente, el medio único de conseguir el poder. Pues aun ganadas las elecciones encontrariamós los siguientes obstáculos: 1.° la eterna oposicion de ciertos obstáculos que no hay para qué nombrar; 2.° el Senado, donde los partidos liberales apenas tienen alguna que otra individualidad aislada é impotente; el Senado cuya mayoría está en manos de O'Donnell;

3.º el veto de que dispone con toda confianza, segun nos dicen los periódicos ministeriales, el general O'Donnell; 4.º la facultad de disolver que el general O'Donnell usará á su arbitrio, porque de antiguo se sabe que para disolver Córtes que le sean contrarias, el general O'Donnell usa, si lo cree conveniente, hasta de los cañones. Salir del retraimiento cuando manda el que nos vendió en 1854, el que nos cañoneó en 1856, el que sostuvo durante cinco años la reforma de Narvaez y la ley de Nocedal, el que dirigió las más escandalosas elecciones de todas cuantas recuerda nuestro régimen constitucional, el que ya en las Córtes llamó á unos héroes de barricadas, y á otros facciosos, el que pidió siempre la exclusion legal de la democracia, el que solo apela á la libertad como un recurso supremo para vivificar á los enemigos de la libertad; salir ahora del retraimiento, equivale á demostrar que somos los liberales torpes, mil veces engañados y mil veces ilusos, los liberales, de quienes tendrán derecho á mofarse por incapaces y complacientes, cuantos co-

nozcan en Europa los últimos dias de nuestra malhadada historia. No parece sino que el general O'Donnell se ha propuesto resolver el siguiente problema: averiguar cuántas veces sea posible engañar y vender impunemente á los liberales de España. A los demócratas no los ha de engañar, no ha de vender á los demócratas.

El general O'Donnell, rodeado de sus amigos, servido por complacientes camarillas, secundado por ese hábil ministro de la Gobernacion, experto jugador de maniobras electorales, no puede inspirar confianza alguna, no inspirará confianza alguna al partido liberal, para que abandone la altiva y enérgica actitud del retraimiento, á cuyo término está el triunfo definitivo de la libertad. Salir del retraimiento; seria tanto como dar perdurable vida al general O'Donnell; luego salir del retraimiento, seria tanto como resellarse. Intentar salir del retraimiento, seria tanto como intentar dar perdurable vida al general O'Donnell; luego intentar salir del retraimiento, seria tanto como intentar rese-

llarse. Una reflexion muy sencilla basta para probarlo. Si el partido progresista persistiera en el retraimiento, ¿qué demócrata seria osado á proponer que abandonara el retraimiento el partido democrático? Ninguno. Pues nosotros creemos más, lo decimos; despues de haberlo discutido mucho, despues de haberlo pensado mucho, se lo aconsejamos al partido democrático, dejando la resolucion á su decision suprema; nosotros creemos que, como el partido democrático es un partido independiente de todos los demás partidos, con propia doctrina, con organizacion propia, con vida propia, debe perseverar en el retraimiento aunque salga del retraimiento, que no lo creemos, que no lo esperamos, vista la enérgica actitud de sus más autorizados órganos, aunque salga del retraimiento el partido progresista; porque no debemos subordinarnos á nada ni á nadie, sino consultar á nuestra conciencia y nuestros permanentes intereses. Se acabó el tiempo de las farsas. O hay gobierno representativo-verdad, abajo, en la córte, en el ministerio, en la Cá-

mara, en los comicios, en todas partes, ó los partidos liberales no abandonarán el retraimiento. Supongamos que se hubiera cerrado con la última reforma la puerta electoral, ¿pero y las demás puertas por donde entran todos nuestros enemigos? Están abiertas de par en par al favor y á la intriga. Están herméticamente cerradas para nosotros. Imbéciles seremos si entramos por la falsa brecha donde el enemigo nos llama para destruirnos hoy ante el país, para deshonrarnos mañana ante la historia.

No hay individualidad por grande que sea, por poderosa que parezca; no hay individualidad alguna superior á todo el partido democrático, porque el partido democrático que profesa un ciego amor á su autonomía se gobierna á sí mismo. Nosotros, soldados de sus gloriosas filas, nosotros no mandamos, aconsejamos y nos someteremos como deben someterse todos á lo que el partido democrático, solemnemente reunido y convocado, resuelva, porque nuestro partido no consiente las autocracias. Pero, sin tratar de imponer nues-

tra opinion, detengámonos ante reflexiones muy sencillas: el partido liberal se ha perdido siempre por confiar en sus enemigos. La desconfianza lo salva. Seamos, pues, desconfiados, y no oigamos el primer reclamo. El poder del general O'Donnell, como el poder del general Narvaez, se halla en manos del partido liberal.

A ellos les interesa que salgamos del retraimiento; pues nos interesa á nosotros perseverar en el retraimiento. Son nuestros eternos irreconciliables enemigos. Union, pues, demócratas, union en estos supremos instantes, union de ideas y de conducta para vencer al más temible, porque es el más taimado de todos nuestros enemigos. Tengamos aquella fé en la idea, aquella energía de carácter, aquella fuerza de voluntad, aquel olvido de pequeñas rencillas y de agravios personales; aquella decision que cuadra á los partidos en cuyas manos está la suerte del pueblo, y en cuya mente el secreto del porvenir. Nosotros somos aquel partido desinteresado que no aspira al propio poder ni al propio medro, y

que solo quiere la libertad para todos y el gobierno del pueblo por el pueblo. La democracia es el poder moral y el poder intelectual de nuestros tiempos. Si nosotros conservamos la unidad de ideas, la energía de carácter, la fuerza de accion que necesita el retraimiento, nosotros lograremos que la democracia, esta idea por la cual han peleado tantos héroes y han muerto tantos mártires; la democracia, esta grande idea que penetró en nuestro suelo con la guerra de la Independencia, en que el pueblo se gobernó á sí mismo, y en nuestras leyes con el Código inmortal de 1812, la democracia sea tambien el poder político de nuestra patria.

A esto decian los amigos de la lucha electoral que los partidos se suicidaban; que se morian tristemente en la oscuridad; que abandonaban el aire vital y la luz; que rompian entre sus propias manos el instrumento mayor de propaganda; que la gerarquía natural se trastornaba tomando la audacia el lugar reservado al poder de la palabra y á la virtud del mérito; que en las conjuraciones

toda nocion de gobierno perdia fuerza y toda esperanza demagógica cobraba aliento; que si renunciábamos á la tribuna, por qué no renunciábamos tambien á la prensa, y que los fundadores del Parlamento no debian en manera alguna renunciar á lo que constituia su grandeza y su gloria, á las luchas de las ideas, donde les aguardaba siempre una verdadera victoria. Su empeño fué tan grande, que promovieron una grande excision dentro de nuestro partido, llamaron á los disidentes á reuniones tan públicas y solemnes como la reunion de Zaragoza, celebrada en los últimos dias de Julio de 1865; pero no lograron contrastar la opinion de los señores Orense y Castelar, ni conseguir su abandono de la política de retraimiento.

Bien es verdad que la córte daba á toda desesperacion verdadero incentivo con su política teocracia y su incurable temperamento absolutista. Mientras los partidos liberales discutian el retraimiento, en el cual se jugaba la suerte de aquella demente dinastía, los
...os no se daban punto de reposo en

tratar la manera mejor de libertarse de la célebre monja protegida del rey, dotada con pingües tierras y soberbios conventos, oráculo al mismo tiempo de la Reina, que á ojos cerrados creia en sus virtudes y en sus milagros. Así los mantenedores del retraimiento ofrecian aquel espectáculo á sus correligionarios disidentes para moverles á derrocar el poder protervo que en vez de presidir un pueblo viril y libre, creia presidir un pueblo hechizado é impotente. Un consejo de ministros reunido extraordinariamente en la Granja para tratar de los misterios de un convento. ¡Ocho hombres que han llegado á los más altos puestos del Estado entretenidos en discurrir sobre la suerte de una monja, y temblando al ver que con la suerte de esa monja está la propia suya ligada! Imaginaos un Consejo de ministros en Inglaterra, uno de esos consejos donde se trata la cuestion de las alianzas con Alemania ó con Francia; uno de esos consejos de ministros de Italia donde se trata de Roma y de Venecia; uno de esos consejos de ministros de los Estados-Unidos

donde se trata de la abolicion de la esclavitud; imagináoslos, comparadlos con aquellos consejos de ministros de España donde se trataba del Padre Claret, de Sor Patrocinio, del Nuncio; y luego decid si no os avergonzais de vivir en país en que de tal suerte se asfixia la conciencia.

Pero ¡ah! que no es el pueblo español; no es la cara pátria, no es todo lo que hay aquí de santo, de eterno, responsable de tamaño rebajamiento; eran nuestros dominadores y sus cómplices: nuestros dominadores que todavía tenian esclavizada la conciencia: nuestros dominadores que temblaban delante del predominio del clero; nuestros dominadores, cuya política parecia el último retoño de la política de Cárlos II.

¡Una monja! Se concibe que allá en los tiempos de histérico misticismo que pasaron, una monja tuviese grande influencia. La tenia en tiempo de Felipe III una abadesa ó priora ó lo que fuera del convento de las Descalzas reales. Pero en este siglo en que el vapor gime y el telégrafo vibra; en este siglo del libre

exámen; en este siglo de las revoluciones, la aparicion de una monja en la política, es cómo la aparicion de uno de aquellos espectros que nuestros fanatizados abuelos creian ver vagando por las almenas de los castillos feudales, á la luz de los fuegos fátuos, cuyo fosfórico resplandor cruzaba sobre los campos de desolacion que por todas partes abrian las contínuas guerras.

Y esta monja ha hecho milagros, ha profetizado, Sibila de la reaccion, el triunfo de D. Cárlos, ha visto estamparse en sus manos y en sus piés y en su costado, por misteriosa manera, unas llagas semejantes á las que en siglos de fé adquirió por el magnetismo de la contemplacion y del éxtasis arrobado en su amor á Cristo, el fundador de aquellos monges plebeyos, que sin más armas que sus alforjas, y sin más patrimonio que su limosna, fundaron un Estado dentro de los Estados de Europa.

Pero ¡ay! que si entonces, cuando se creia, era sublime esta piadosa leyenda, hoy, á la luz de la razon, el reproducirla en un con-

vento del Caballero de Gracia ó de Aranjuez, nos parece tan sacrílego como si se celebraran sobre el altar severo de Cristo el culto de Adonis ó los misterios de Eléusis. Las leyendas populares son la mitología de todos los tiempos. Cuando nacen de la fé, son respetables. Pero cuando ocultan una maniobra de partido, una intriga cortesana, una influencia ministerial, una cábala de esas que trastornan la política de los pueblos, todavía son más que sacrílegas; no tenemos, no las hay, en nuestra lengua palabras bastante duras, bastante acerbas para calificar todas estas ridiculeces.

¿Conque el general O'Donnell, preguntaba todo el mundo, está reunido con siete hombres que deben suponerse graves, tratando de la suerte de Sor Patrocinio? Y sin embargo, Sor Patrocinio pesará más en la balanza de nuestra política que esos ocho hombres y que toda la union liberal. Y pesará, y debe pesar. Pues qué, ¿no debió por mucho tiempo

mujer el general O'Donnell todo su po-

¿No la declararon sus fiscales sagrada,

inviolable, como si fuera la persona misma del monarca, recogiéndonos, cuando habia recogida, cada vez que tratábamos de Sor Patrocinio? ¿No se llegó á prohibir el hablar del convento de San Pascual? ¿No se secuestró un escrito por decir que los escrúpulos que el general O'Donnell tenia para el reconocimiento del reino de Italia eran escrúpulos de monja? Si la consultásteis como un oráculo, si la seguísteis como una bandera, si la proclamásteis sagrada como un dogma, y ahora os incomoda, culpáos á vosotros mismos, que con vuestras restauraciones de 1856 facilitásteis el predominio de todos estos escándalos, que solo pueden curarse por un supremo esfuerzo. El país lo hará. Pero hoy se rie de vosotros. ¡Serviles!

El ministerio se preparaba á reunir unas nuevas Córtes por dos razones fundamentales: primera, por no estar á merced de la mayoría narvaizta; segunda, por sacar á los partidos liberales de su amenazador retraimiento. Pero nadie se forjaba ilusiones; nadie veia el término de nuestros males en la re-

union de un Congreso. Nuevas elecciones acusaban reunion de los antiguos partidos gobernantes; y los antiguos partidos gobernantes se habian perdido ellos por sí además de haber completamente perdido á la córte.

Los resortes del poder estaban aquí completamente gastados, porque las camarillas, ni se conocian á sí mismas, ni se enmendaban de sus faltas. La soledad que reinó en los últimos Congresos habia de reinar tambien en el Congreso que á la sazon se preparaba. Unos cuantos amigos particulares se repartian los trabajos, trataban en familia las cuestiones, se agitaban en lo vacío y luego iban á caer desplomados á los piés de la reaccion, de esa caprichosa, señora de nuestra pátria.

Por consiguiente, para unas Córtes de tal linaje, para unas Córtes como las que debian congregarse, buenas eran las que habia. ¿A qué agitar al país con una eleccion nueva, si el país estaba penetrado de que en el fondo de las urnas sólo se encontraba una sentencia definitiva, inapelable, la sentencia que lo con-[illegible]ba á la desesperacion? Los comicios, las

urnas, la tribuna, los parlamentos, todo lo que los liberales habíamos amasado con sangre de nuestras venas, y habíamos traido para que sirviera de firme pedestal á la idea de nuestro siglo, se habia destrozado bajo la mano de la reaccion impía que nos degrada. Si necesitaba conservar la apariencia de todas estas instituciones para vivir algun tiempo más, negábanse los liberales á ser cómplices de semejante farsa, ni cooperadores de tan arteros propósitos.

Horribles eran nuestros males, verdaderamente incurables; triste ver tantas y tan profundas desgracias; el influjo de una teocracia ignorante y fanática, las intrigas de unas camarillas ciegas, las complacencias serviles de unos ministros cortesanos; nuestro nombre injuriado en labios del emperador, nuestra dignidad ultrajada en la fria entrevista de Biarritz, el reconocimiento de Italia adulterado, las aspiraciones de una intervencion en Roma resucitadas; la política variando de hombres y no variando de esencia; la administracion de justicia levantándose contra la

prensa y la libre emision del pensamiento; el favor reinando sobre el ejército, víctima de cuatro familias de generales ambiciosos; el ministerio de la Gobernacion, apercibiéndose á falsear las elecciones y á corromper los comicios; la Hacienda en el suelo, rota á los golpes de una série de despilfarros increibles y de otra série de errores deshonrosos; el crédito nulo; la industria arruinándose; el comercio en completa paralisis; el hambre hiriendo á los trabajadores de Cataluña y de Andalucía; los productos materiales más necesarios á la vida, como la sal de la tierra, estancada; estancadas tambien las inteligencias en la preocupacion y el fanatismo; la moral pública perdiéndose en podredumbre universal; valles enteros de las montañas que Dios alzó para escudo de la nacionalidad suspirando por otra pátria; el cólera en la atmósfera, la desesperacion universal en todos los ánimos; terribles señales que nos moverian á creer en la disolucion de España, si no estuviéramos ciertos de que aparecen siempre cuando hay necesidad de pasar á un estado

más perfecto, y de aplicar un cauterio enérgico á los grandes vicios sociales, si no estuviéramos ciertos de que la descomposicion de las viejas instituciones precede al nacimiento de las nuevas y progresivas, como la descomposicion de las semillas al nacimiento de las plantas.

Decíase á la sazon que la Reina acariciaba las ambiciones de Prim, la fidelidad de Pavía, y que buscaba medios de salvarse, ora lanzándose resueltamente en brazos del partido moderado y de una política reciente, ora lanzándose en brazos del partido progresista y de una política revolucionaria. Pero no habia, no, salvacion posible.

¿Quién sucederia á la union liberal? Los propósitos de la Reina estaban en lo cierto. No habia más que dos soluciones posibles para el poder supremo en aquellos instantes: ó el llamamiento de un ministerio moderado, ó el llamamiento de un ministerio progresista. Pues bien: cualquiera de estas dos soluciones traia las mismas consecuencias que la continuacion del régimen

vigente; traian, por fatalidad invencible, la revolucion. Los moderados, en sus horas de suprema angustia, se olvidaban de Narvaez y se acogian á Pavía, á la manera de aquellos romanos de los últimos dias del imperio, que se olvidaban de sus patricios é iban á buscar generales ó emperadores entre los bárbaros. Sabido es, para que el general Pavía no se ofenda de la comparacion, que bárbaro y extranjero son casi sinónimos en el antiguo lenguaje clásico. Y extranjero al partido moderado era el general de los Puritanos, que pensaba gravemente en resucitar la Constitucion de 1837; inverosímil utopia, porque á la monarquía, institucion de suyo conservadora, no se la encuentra nunca para dar un golpe de Estado contra su propia autoridad. Obligarla á promulgar una Constitucion favorable al pueblo, era tanto como pedirla el suicidio, y las antiguas instituciones, como todas las grandes personalidades que representan una colectividad, no se suicidan; no conocen la sperацion de Bruto y de Caton.

emás, quisiéralo ó no, el general Pavía

representaba la reaccion, el restablecimiento del partido moderado, la política sangrienta del 10 de Abril, por una fatalidad de nuestro estado histórico que condenaba á todos los partidos conservadores á ser reaccionarios, y que condenaba á todos los partidos reaccionarios á ser revolucionarios. La revolucion, sí, la revolucion vendria tal vez súbitamente con el partido moderado, ó tal vez pausadamente, porque no podíamos calcular las resistencias sociales; pero venia por una necesidad ineludible: que las leyes de la sociedad son tan necesarias como las leyes del universo.

Pues imaginemos que no se nombra el ministerio del partido moderado; imaginemos, por un esfuerzo de esa fantasía humana capaz de poblar de jardines los desiertos, y de llegar al sol en un minuto, imaginemos que llamaban al poder al partido progresista. Hubiera sido un verdadero milagro, porque no lo llamaron cuando el partido liberal acababa de triunfar en la guerra de la Independencia, y de escribir la Constitucion de Cádiz; no lo

[redacted]

llamaron cuando el partido liberal emprendia la guerra civil, y se sacrificaba en los campos de batalla; no lo llamaron cuando el partido liberal acababa la guerra civil, y sellaba la paz en Vergara; no lo llamaron cuando el partido liberal arrancó lá regencia á Espartero, y declaró mayor de edad á la reina; solamente lo llamaban los Borbones, solamente lo invocaban los Borbones, como dice la historia de 1820, de 1836, de 1840, de 1854, cuando se oscurecen los horizontes, cuando se encrespan los mares, cuando lo impone la revolucion con su imperio. Pero imaginemos que lo llaman. ¿Hubiera ido? Nosotros creemos que, dados sus compromisos, dadas sus solemnes palabras, la desesperacion que poseia al partido progresista, la certeza que tenia de encontrar mil obstáculos, de consumirse desbaratando conjuraciones tenebrosas amañadas para impedirle el gobierno, dados todos estos antecedentes, no podia ir á ocupar un poder al cual solamente le habian llamado en los dias de las grandes desventuras, ó en las horas de los grandes peligros.

Supongamos que hubiera ido. Con él, á pesar suyo, la Milicia Nacional armada, las juntas revolucionarias, los antiguos ayuntamientos, la Asamblea que el cañon dispersó, las leyes que borró la pólvora, la revolucion, esta impalpable electricidad de la cual estaba cargada, henchida nuestra atmósfera.

Sí, la revolucion estaba en los aires. La union liberal no la evitaba, el partido moderado la provocaba, el partido progresista la traia. Sucede en ciertas épocas con las revoluciones lo que sucede con la luz que tiñe todos los objetos; ó lo que sucede, si la anterior expresion no es muy propia, con la peste que modifica el aire, y da su propio carácter á todas las enfermedades. ¿Quién la ha hecho? ¿quién la ha traido? No se sabe. ¿Podríais averiguar de qué pantano ó de qué ola ha salido el vapor que forma la nube, ó de qué laboratorio la chispa que centellea en el rayo? No se sabe todavía quién ha hecho las revoluciones; si la erudicion de Montesquieu, la crítica de Bayle, la risa de Voltaire, el sentimiento de Rousseau, la elocuencia de Mirabeau,

la accion de Danton, las peticiones de los Estados generales; ó el despotismo de Luis XIV, la inmoralidad de Luis XV, la debilidad de Luis XVI, el orgullo de María Antonieta, las provocaciones de los tiranos de Europa, la ceguedad del clero; no se sabe todavía, porque no conocemos la historia contemporánea, y se necesitan diez y nueve siglos para vislumbrar que César era la democracia y Pompeyo el privilegio; pero lo que sí se sabe, lo que sí se alcanza, es que en los momentos decisivos y solemnes, las ideas todas, las fuerzas todas, los errores lo mismo que las verdades, los vicios lo mismo que las virtudes, se condensan en la revolucion. Los mismos que un dia nos mandaban eran nuestros cómplices del dia anterior, ciegos instrumentos de un espíritu más elevado que su conciencia y más fuerte que su voluntad.

Por aquellos dias, por Octubre de 1865, acababa de consumarse en España, en este país donde los ciudadanos se iban pareciendo en desgraciados á los hijos de Polonia, Zaragoza sufrió un 10 de Abril. La soldadesca

se lanzó á la matanza; el humo de la pólvora oscureció los aires; las enrojecidas balas, atravesaron el pecho de inofensivos transeuntes; el terror reinó en todas partes; y mientras yacian desiertas las ensangrentadas calles, se poblaban hasta rebosar los calabozos. Todo atentado contra una poblacion es bárbaro; pero cuando esta poblacion se llama Zaragoza, el augusto templo de nuestra independencia, á la barbárie va unida la profanacion. El general O'Donnell, que subió al poder á consecuencia de la indignacion enjendrada en los ánimos por los asesinatos del 10 de Abril, indignacion que consumió á su antecesor, caia en los mismos excesos, y se manchaba con la misma mancha de sangre.

La verdad es que se experimentaba un malestar profundísimo en España, regida por leyes contrarias á su espíritu y á sus necesidades. En Madrid, donde la vida intelectual está muy desarrollada por la existencia de tantos centros científicos, donde la idea y la palabra ejercen constante imperio, se conmovió profundamente el pueblo al ver heri-

dos los derechos de la ciencia; y fué diezmado. Un pueblo como Zaragoza, donde sin obstar al culto á las grandes ideas, y sobre todo, á los grandes sentimientos, aparecen en primer término, por la feracidad de su rico suelo, y las ocupaciones habituales de sus hijos, las necesidades agrícolas, se conmovia profundamente al ver su agricultura esterilizada por la mano asoladora del fisco, y ese pueblo era tambien diezmado. Allí, como aquí, se provocó á una multitud que no provocaba; allí, como aquí, la autoridad, se cegó hasta desconocer el precio de la vida humana; allí, como aquí, se disparó al aire, á la ventana, donde se vislumbraba una luz, á la esquina donde se dibujaba un bulto, al hogar donde la familia ansiosa esperaba la vuelta del ausente; y si aquí, antes del atentado, se faltó á los preceptos del Código, allí, despues del atentado, se cayó en manos de un general bárbaro, que rompia la Constitucion, suspendia todas las garantías y todos los derechos, sustituia con su ordenanza el código, violaba el hogar, en- laba al ciudadano, y sobre todas las le-

yes rotas y todos los tribunales despedazados por la herradura de su caballo de guerra, colocaba su vengativa dictadura.

Nosotros, que profesamos un culto religioso á la justicia; nosotros nos levantamos á defender á Zaragoza como defendimos á Madrid; á execrar á O'Donnell como execramos á Narvaez; á pedir el castigo de Zapatero, como pedimos el castigo de Gutierrez de la Vega; y á repetirle á la situacion unionista las palabras dichas á la situacion moderada: que los gobiernos odiosos para la opinion é infamados por sus actos, no pueden vivir al calor de la libertad, y tienen que optar entre la dictadura ó la muerte.

¡Qué fatalidad pesaba sobre todos los gobiernos? ¡Cómo no daban un paso sin encontrar una grande explosion del espíritu público? ¿Cómo no podian moderar estas explosiones del espíritu público sin deshonrarse ni ensangrentarse? Era porque la revolucion moral, la grande trasformacion de las ideas, estaba consumada; y las leyes, las instituciones conservaban su antigua rigidez, su tradicio-

nal intolerancia, su divorcio sacrílego con el espíritu del siglo. Y sobre todo, donde más se conocia este triste estado de nuestra sociedad, era en las leyes económicas, verdadera ruina de la nacion. Nada de uniforme, nada de racional, nada de científico en este nuestro malhadado régimen económico, un cáos. Viviamos bajo todos los errores del antiguo régimen. Lo más odioso al pueblo era la contribucion de consumos, ese tributo feudal, más pesado para el pobre que para el rico, progresivo en sentido de que se aumenta para una familia á medida que se aumenta el hambre, resto de la Edad Media, que á su vez lo heredó de la insaciable rapacidad romana.

¿Cuándo habeis visto que una socieda lleve sobre sus hombros todo este peso, si que se caiga y se aplaste? Las causas genera les de las revoluciones son las ideas; de la r volucion primera de la sociedad moderna cristianismo; de la revolucion última, la f sofía. Pero las causas ocasionales, son errores y los males económicos. Cuando

bárbaros vinieron á quemar la Roma antigua, vinieron llamados, invocados por las mismas poblaciones romanas que no podian sufrir las infinitas contribuciones, el cánon frumentario, la contribución directa que se llevaba la quinta parte de la renta, el diezmo sobre todas las especies, impuestos sobre las minas cuando no se las quedaba el emperador para explotarlas en su provecho; impuesto sobre las canteras de mármol; impuesto sobre los ganados; impuesto sobre el salazon; vectigalia, ó renta de aduanas; portuaria, ó impuesto sobre los barcos; consumos; el 25 por 100 sobre la manumision; el 20 sobre los testamentos; contribucion de cloacas y de columnas urinarias; patentes caras para la industria; patentes carísimas para el comercio; contribucion de célibes y de viudos; capitaciones, en fin, una red de impuestos que exigian una nube de exactores, alcabaleros, publicanos, cuya invasion temian más las colonias y los municipios, que las invasiones de los godos y de los hunnos. Y lo mismo sucedió en la revolucion que abre las puertas de la so-

ciedad moderna, en la revolucion francesa. El diezmo, el feudo, la amortizacion, la tasa, el mayorazgo, las vinculaciones, la córvea, el *jusjurandum*, todos estos errores económicos, todos, enjendraron la revolucion francesa, unieron en un esfuerzo comun al pensador que buscaba la libertad de su idea, al orador que buscaba la libertad de su palabra, con el propietario que buscaba la desvinculacion de su tierra, con el trabajador que buscaba la emancipacion de su trabajo. El mal económico trajo los Estados generales, y los Estados generales trajeron la revolucion.

Los autores más importantes condenan la contribucion de consumos en general, el impuesto sobre el vino en particular. Los consumos, decia Turgot, gravan por necesidad los artículos de alimentacion que son indispensables para el pobre. La contribucion de puertas, exclamaba Leon Faucher, es la causa primera de las miserias que afligen á las ciudades, porque encarece los comestibles y los combustibles, y hace la vida difícil. Say de- [illegible] consumos son opuestos á los

principios de las Constituciones modernas, las cuales quieren que cada ciudadano subvenga á las cargas públicas en proporcion de sus haberes. Montesquieu se quejaba de que, merced á los impuestos, los gobiernos han hecho tan malo y tan caro el vino, que no parece sino que se han propuesto seguir al divino Koran, que prohibe esa medida. Napoleon, la víspera del tremendo dia en que iba á sepultarse en Santa Helena, cuando desesperado contemplaba á sus espaldas el imperio en ruinas, Francia deshonrada por la intervencion, y delante de sí el destierro, en aquellas últimas horas de Rochefort, que eran para él como el juicio final de su vida ante su conciencia, decia, contemplando el mapa de Francia: «¡Ah! no Waterlóo, no, el impuesto sobre el vino me ha perdido.»

¿Imaginais, por ventura, que unas mismas causas no han de dar siempre unos mismos efectos? Envenenais al pueblo, y no quereis que se retuerza al dolor del veneno. Le quitais el pan de la boca, y ni siquiera le dejais que bostece de hambre. Gravais la uva con

Despues de estos sucesos vino terrible calamidad. El cólera se desencadenó sobre Madrid en la primera quincena de Octubre. Mucho tiempo ha pasado de aquella calamidad y todavía no podemos apartar el pensamiento del admirable espectáculo que Madrid ofrecia en tan supremas circunstancias. Esta poblacion tan anatematizada, esta poblacion, residencia de los libre-pensadores excomulgados, de los periodistas llamados canalla por los obispos, de los liberales perseguidos siempre con el anatema, esta poblacion que habian querido presentar como una nueva Babilonia, olvidada de la virtud y de Dios, presentaba uno de los espectáculos más solemnes y más consoladores del mundo; el espectáculo de la caridad, del amor á la humanidad, de todas esas virtudes que dejan una eterna estela en la tierra, un eterno resplandor en la historia, como que son la luz del alma.

Madrid debia estar satisfecho de sí mismo. Expontáneamente, sin ningun género de excitacion, movido por una mano oscura é igno-

rada, se levantaban todos los sanos á socorrer y consolar á todos los enfermos. ¡Qué grande adelanto en las costumbres públicas! ¡Qué inmensa cantidad de virtud, de bien, de amor á la humanidad, representaban aquellas asociaciones ignoradas, aquellos donativos secretos, aquellos sacrificios oscuros donde solo resplandecia el amor al bien por ser bien, y solo se aspiraba á la satisfaccion de la propia conciencia! La caridad habia corrido más que la epidemia, y la caridad le atajaba el paso, y le arrancaba sus presas.

Las democracias tienen por inspiracion permanente el amor á la humanidad. Impórtales poco, muy poco que les llame un amigo ó un enemigo; importáles poco asociarse con los que no piensan como ellos piensan; lo necesario, lo indispensable es hacer bien, mucho bien, sin mirar en compañía de quién se hace, ni mucho ménos la persona á quien se consagra. Lo necesario, lo importante, lo indispensable es hacer bien.

No imitemos, decian los periódicos liberales, el ejemplo de los que se apartan del con-

[redacted]

peor de las poblaciones infestadas. Esos, por grandes que quieran aparecer, se habrán colocado fuera de la sociedad, fuera de la humanidad, y estarán mas aislados en su soberbio egoismo que el pobre colérico en su jergon. Lo que si pedimos a toda España es que imite el ejemplo de Madrid.

No se olvide para comprender el sentido de estas palabras, que la Reina y la familia real se encontraban a la sazon en la Granja, y el pueblo de Madrid abandonado a sí mismo. Inmediatamente el partido liberal se reunió, y puso todo su empeño en conjurar aquella calamidad.

Madrid se encontró sorprendido por la muerte de tan terrible manera, que no parecia sino que pueden morir tambien súbitamente los pueblos. En aquellas horas de suprema angustia, cuando solo se oia el quejido del enfermo y el estertor del moribundo mezclado con el lloro de los que perdian prendas amadas, se reunieron unos pocos ciudadanos oscuramente, y juraron socorrer todas las ne-

idar de todos los enfermos, sin

oir más inspiracion que los latidos de sus corazones, y sin esperar más premio que la satisfaccion de sus conciencias.

Aquella misma noche se repartieron los barrios de Madrid, invocaron la caridad pública para que prestase sus socorros, y á la miseria para que pidiera sus consuelos; subieron á las buhardillas, bajaron á los sótanos donde agonizaban innumerables infelices; y seguidos de legiones de médicos, con sobradas medicinas, y, sobre todo y antes que todo, con la inspiracion de su ardiente caridad que despertaba el ánimo abatido, conjuraron el mal y salvaron á Madrid del cólera, á Madrid que supo que no estaba abandonado, que no estaba solo, y que contra la muerte que llovía de las plomizas nubes se levantaba el ejército de la caridad, capaz de hacer los milagros que están reservados á todas las grandes virtudes, á todos los sublimes sacrificios.

No contaban con ningun auxilio oficial; no lo necesitaban tampoco; su fé les bastaba, y la libertad de asociacion valia por todos los gobiernos. Madrid los comprendió con esa

lucidez que tienen las almas de los pueblos. Madrid les dió dinero, médicos, medicinas, sábanas, almohadas, camas, enfermeros, cuanto necesitaban, más de lo que necesitaban, sin saber y sin preguntar sus nombres, convencido de que aquellos que tuvieron tan honrada idea no podian dejar de ser honrados en su cumplimiento. Madrid se salvó á sí mismo.

Mientras procedia de esta suerte el partido liberal, mientras sus hombres más ilustres, ocultándose como si fueran á cometer un crímen, bajaban á los sótanos y subian á las buhardillas, para disputar á la muerte sus víctimas; la reina Isabel, encerrada en su palacio de la Granja, en el corazon de Guadarrama, en aquella purísima atmósfera, entre el melodioso rumor de las fuentes y las oxigenadas emanaciones de la selva, conservaba egoistamente su vida y se apartaba del contacto de la peste. Imposible decir cómo esta conducta la perdió en la conciencia pública. 'lera vino á destrozarla moralmente. El de Madrid la maldijo. La prensa libe-

ral aprovechó aquella nueva desgracia para arrancarle de las sienes los últimos fragmentos de su corona real.

Mientras el cólera decrecia, la opinion comenzaba á fijarse en las causas y consecuencias de la negligencia con que el gobierno habia visto aproximarse el desarrollo de la enfermedad, en la inferioridad moral que habia mostrado en presencia de este gran infortunio, y del remedio que á todo esto pudiera oponerse. No se trata solamente de los cobardes y traidores que en una hora de desgracia han abandonado al pueblo, sin creer por eso renunciar á todo derecho á su respeto ó á su fortuna. El mal es todavía más extenso y más grave. La administracion entera se hizo cómplice de esta gran culpa. Y era ya notorio que, mientras la enfermedad se cebaba silenciosamente en el pueblo, y solo podia llegar al oido de las personas caritativas algun rumor confuso y siniestro, la administracion dejó morir en medio de la orfandad, y la miseria á innumerables ciudadanos, sin que se creyese obligada, ella que tan rápidamente

se decide en otras ocasiones, á abandonarlos al puñal de los sicarios, ó á las exacciones de los publicanos; sin que se creyese obligada á hacer un desembolso, á tomar una precaucion, ó á prodigar un consuelo. Nadie ignora ya que si la impunidad con que en un dia verdaderamente fúnebre vimos todos al cólera recorrer las calles de la villa, no nos hubiese mostrado el peligro y nuestro desamparo. que si las personas caritativas no se hubiesen constituido, tal vez á despecho del gobierno, en asociacion y servicio público, habriamos presenciado el repugnante espectáculo de que en la capital de una de las naciones más cultas y poderosas de Europa hubiese acaecido una gran calamidad pública, sin que el gobierno mostrase más interés por sus progresos que por sus remedios.

¿Qué habria sido de Madrid sin el gran principio de asociacion?

Lo que un ciudadano generoso no podia hacer, bien pronto se hizo recurriendo á la generosidad de otros ciudadanos. Y mientras dministracion se persuadia, á su pesar.

de que el pueblo moria bajo sus plantas, mientras se osaba negar por medio de sus publicaciones la existencia de una calamidad, no más que por sentirse impotentes para vencerla, los ciudadanos asociados á despecho de una ley bárbara, corrian de casa en casa, buscaban el mal allí mismo donde el mal podia creerse inviolable, lo buscaban, lo atajaban y lo vencian. Ahora, reservemos para la ley moral á las personas que, faltando á los deberes más solemnes, hayan abandonado un pueblo cuya custodia habian aceptado en dias mejores para él, cuando la custodia no podia traer más que goces y prerogativas; pero entregamos al juicio del país, á esa administracion débil y opresora á la vez, que le arranca por una consideracion de órden público y seguridad social sus derechos, para dejarle indefenso ante los peligros.

A fines de Octubre el cólera descendió. Aunque la poblacion de Madrid estaba como asombrada, la salud pública mejoraba. Ya no se veian contínuamente las camillas cruzando en todas direcciones las calles; ya no se veia

el óleo yendo en pos de los moribundos. Madrid respiraba un poco. Es verdad que la poblacion habia mostrado una vez más su ardiente caridad, y por lo mismo habia tenido el valor que inspiran todas las grandes virtudes. En una poblacion infestada brotó la caridad con tal ardor que ahogó la epidemia. En una poblacion aterrada el valor hizo maravillas. Madrid se ha salvado á sí mismo. Madrid es una poblacion que presentará siempre á los venideros como un título de gloria aquellos últimos dias de angustia en que su fé sobrepujó á su desgracia.

¡Qué abismos de miserias, de dolores, de desesperacion! En una buhardilla infestada donde apenas se podia respirar, donde apenas habia aire vital, una pobre mujer agonizando del cólera al lado de su jóven hija, que se moria tambien de miseria! En un pequeño cuarto la miseria pudorosa, la miseria que no mendiga, contaba cinco enfermas, de las cuales algunas acababan de morir, formando tal atmósfera de peste que los pulmones no podian r[illegible]rla. Un pobre padre estaba tendido so-

bre unos cuantos montones de andrajos que llamaba cama, y retenia en sus brazos frios y desmayados á su hijo muerto. Cinco niños demacrados, enfermos, lloraban en torno de aquella sepultura en que estaban enterrados un muerto y un moribundo. Se necesitaria la pluma de Víctor Hugo, ese Dante del infierno de nuestras miserias sociales para pintar el cólera reinando sobre el hambre.

Pero al lado de estas terribles llagas ¡cuánta caridad! Los vecinos, en vez de huir, socorriendo, alentando á los enfermos, sosteniendo en la última agonía á los moribundos, enterrando á los muertos. Esos escritores que tantas veces os habrán hecho reir con sus gracias ú os habrán encantado con las delicadezas de su estilo, olvidados de sí mismos, atendiendo á todo, curando á todos con la serenidad del alma que no teme á la muerte. Los jovenes estudiantes de medicina ensayando su ciencia y su caridad en los enfermos. De alguno sabemos que no pudiendo lograr que un enfermo ya frio, ya rígido, entrara en reaccion, se acostó en el apestado lecho para

darle el calor de su propia vida. El nombre de *Los Amigos de los pobres* ocupará una gloriosísima página en la futura historia.

Nada más lejos de nuestro ánimo que esplotar en pró de los hombres de ningun partido político la caridad que abrasó en sus llamas á Madrid. Nos pareceria una cruel irreverencia á una santa virtud, á la virtud que es la manifestacion más espléndida de Dios sobre la tierra. Pero sí nos permitiremos invocar dos ideas que han hecho la felicidad de los pueblos más grandes de la tierra: libertad y asociacion. La libertad, sí, la libertad con su prodigiosa fecundidad dió á luz esos ejércitos de la caridad, que iban donde el mal se encontraba para luchar con él y vencerlo. La asociacion, esa fuerza centuplicada de la libertad, hizo todo lo demás, hizo todo cuanto admiró á Madrid. El indivíduo aislado nada consigue. Por todas partes encuentra obstáculos; pero reunidos muchos, obran tambien muchos milagros. El uno pone su inteligencia, el otro su dinero, el otro su popularidad; y de estas fuerzas inmensas re-

sulta la asociacion que es una personalidad inacabable, la cual todo lo aclara con su pensamiento, á todas partes llega con sus cien brazos y todo lo vence con su voluntad invencible. La victoria no es de ningun partido político; esto es cierto. Pero la victoria es de estas dos ideas que solamente posee en toda su integridad la democracia de la idea de libertad y de la idea de asociacion.

Y el pueblo comparaba lo que habia hecho en su bien la libertad, abandonada á sus fuerzas con lo que habia hecho la monarquía, dispensadora de todas las gracias, y poseedora de todo el presupuesto. Mientras la libertad descendia en forma luminosa de la Santa Caridad á socorrer al enfermo, á sostener al moribundo, á cerrar los ojos al muerto; la corte respiraba el aire purísimo de los jardines, encastillada en su implacable egoismo.

Por fin el ministerio asumió para sí la responsabilidad de la conducta que siguiera la córte respecto á esta poblacion de Madrid, con la cual tan excepcionales deberes tenia doña Isabel II por los inmensos sacrificios

[redacted]

que hiciera á favor de su trono durante la tremenda época de la guerra civil.

Dijera lo que quisiera el ministerio O'Donnell, salió en su periódico semi-oficial, en *La Correspondencia*, una manifestacion que declaraba que los ministros habian dejado á la inspiracion de la conciencia de la Reina y á su voluntad el presentarse ó no en medio de la aflictiva calamidad. No hubo ni un solo diario ministerial que contradijera esta declaracion terminante. Veíase que todos convenian en que el ministerio habia dejado al corazon de los reyes el impulso de su conducta, y á su conciencia el premio ó el castigo moral que creyeran podia merecer esta conducta.

Mas de pronto los periódicos cortesanos se levantan en tropel y vociferan contra la declaracion de *La Correspondencia*, poniéndola al nivel de aquella última hora de la caida del ministerio O'Donnell, tantas veces anatematizada. Unos dicen que la Reina es de naturaleza superior á los demás mortales. Otros, que en el estado actual de la poblacion,

traer á la Reina de la Granja á Madrid es traerla á una muerte segura, y que la muerte de la Reina seria poco ménos que la muerte de toda esta sociedad. Otros indican que el ministerio O'Donnell quiere traer á la Reina acaso para procurarse una regencia. Y en vez de sostener como cumplia á su dignidad, su actitud, el ministerio se asusta, retrocede, rasga su antigua declaracion, y dice en la *Gaceta* que él y solo él es responsable de la conducta de los reyes. El ministerio debió aconsejar á la Reina que viniera á Madrid. En los tiempos que corren las dinastías no viven solamente de sus derechos tradicionales; viven al par del prestigio con que la opinion pública las rodea. Y era un deber estrechísimo de los ministros, un deber imprescindible, procurar por todos los medios á las dinastías, popularidad, consideracion, sobre todo en estos tiempos en que el reinar es tan difícil. ¿Y le parecia al ministerio O'Donnell buen proceder para los intereses mismos de las dinastías, el aislarlas allá, en una soledad fresca, sana y apartada, cuando la muerte

reina en la poblacion donde la dinastía tiene su habitual residencia? Los ministros deben procurar que los reyes aparezcan siempre como los primeros ciudadanos de su reino.

¿Y á qué medio apeló el general O'Donnell para remediar la torpeza de su consejo, el evidente mal de su determinacion? Al medio de decir á la Reina que entregue un millon. ¿Y qué? Cuando se trataba de una combinacion política cualquiera, el general O'Donnell creia haberlo arreglado todo con repartir pródigamente algunos nombramientos, algunos miles de reales entre los jefes de varias enemigas fracciones. Cuando se trataba de concluir una guerra como la guerra de Africa, el general O'Donnell lo resolvia todo ajustando una paz en que se trataba de la indemnizacion de unos cuantos millones. Y en aquel amargo trance, en aquella gran calamidad, el general O'Donnell creeria aplacar á la opinion resentida, al pueblo que buscaba consuelos, auxilios, valor moral, asistencia moral, arrojándole para que callase un millon.

¿Y en qué momentos aconsejaba esto el go-

bierno? Cuando el pueblo de Madrid se habia procurado á sí mismo recursos; cuando *Los Amigos de los pobres* acababan de cerrar la mano con que recibian los donativos; cuando las juntas de sanidad de los distritos municipales entregaban en la Caja de Depósitos el dinero recaudado, porque les sobraba para conjurar la epidemia; cuando llevábamos más de un mes de limosnas, de auxilios, sin que se hubiera agotado ni por un solo momento la inagotable caridad del público.

La sociedad de los *Amigos de los pobres*, el dia mismo que la reina Isabel mandó su malhadado millon, treinta dias despues de comenzada la gran obra de caridad expontánea, se despedia en estas palabras:

«Ahora ya podemos separarnos; y nos separamos, sí, nos separamos con el pensamiento puesto en reunirnos tal vez otro dia permanentemente para acudir á esa epidemia contínua que se llama miseria. Pero en el dia de hoy, despues de conjurada la calamidad que tanto nos ha afligido, debemos separarnos, debemos disolver esta sociedad. Casi

[redacted]

todos nuestros recursos los hemos agotado ya. Los que nos restan, los emplearemos en auxiliar á los convalecientes y proteger y amparar á los huérfanos. En la próxima semana publicaremos la cuenta minuciosamente de las cantidades que hemos invertido en nuestra obra, y de los auxilios que hemos prestado á los pobres y á los enfermos. Nos despedimos hoy, nos despedimos del pueblo de Madrid, para cuyo valor, para cuya caridad no encontramos términos de encarecimiento; nos despedimos en la seguridad de que registrará estos dias de batalla con la muerte entre los mas gloriosos de su historia. Ningun móvil interesado nos impulsó, ningun premio queremos, ninguna gloria esperamos. Dios, que ha visto hasta el fondo de nuestra conciencia, nos ha juzgado, y habrá recibido ya en su seno, y habrá premiado con la inmortalidad á aquellos de nuestros hermanos que han muerto en la batalla. Para ellos pedimos un recuerdo en la memoria de los que han socorrido; para ellos una lágrima de los pobres por quienes se han sacrificado.

Nosotros que nos hemos salvado, juramos á nuestros hermanos que siempre, en todas ocasiones, cuando se presenten dias tan terribles como los dias pasados, acudiremos en su auxilio, porque cada hombre se debe á la humanidad, y por la virtud de la abnegacion y de la caridad se acerca y casi se confunde con Dios.»

Esto publicaba el 8 de Noviembre toda la prensa liberal, y en aquel mismo dia se recibe la noticia de que Víctor Manuel habia ido á Nápoles á socorrer á los coléricos. Esta noticia fué comentada por la prensa liberal y democrática en los siguientes términos, que eran otras tantas heridas abiertas en el corazon de la dinastía.

«Al fin es un rey que debe su corona al sufragio universal, es el representante de la soberanía popular. Esto le habrá mostrado que un rey de su clase no puede vivir en el aislamiento, que no puede encerrarse en su córte, que necesita vivir del pueblo y para el pueblo. Así es que Víctor Manuel en estas circunstancias, cuando ha visto su pueblo afli-

[illegible]

una de las mayores calamidades que puede de pasar un pueblo. Víctor Manuel ha ido á Nápoles á desafiar la muerte. Si estando el cólera en Nápoles, Víctor Manuel se hubiera quedado en Florencia, de seguro hubiera perdido una batalla.

El hombre que se levanta sobre los demas hombres, cuando se coloca al frente de la sociedad, cuando tiene muchos privilegios, debe tener muchos, muchísimos deberes. Los aragoneses decian que los reyes debian tener en las batallas solamente el botin que se ganaran con sus propias fuerzas. Hoy el único botin de los reyes son los votos de los pueblos. Los que tienen esos votos, reinan; y los que no, luchan y caen. El cólera es una gran batalla con la muerte, y Víctor Manuel, al ir á Nápoles infestado, al entrar en los hospitales, al llevar socorros á los enfermos, ánimo á los que sobreviven, Víctor Manuel ha ganado una gran batalla. Si se hubiera [illegible] dado en alguna quinta de Florencia, [illegible] lugar apartado, muy sano y muy

fresco, de seguro Víctor Manuel perderia hoy la estimacion de Italia, y mañana la corona.»

«Así es que Víctor Manuel ha ido á Nápoles infestado; Víctor Manuel ha entrado en los hospitales llenos de coléricos; Víctor Manuel ha elevado el ánimo de sus conciudadanos, ha hecho lo que debe hacer un rey que no se cree superior á las demás gentes, y que sabe que en el siglo XIX los poderes se fundan en la soberanía popular, y los reyes viven de la opinion de los pueblos. Italia hubiera abandonado á Víctor Manuel, si Víctor Manuel abandona á Italia en estos momentos tristes y extraordinarios. Esta es hoy la ley de los pueblos; este es el carácter moral de nuestra época.»

Resueltamente el cólera habia sido exterminador de la dinastía. Bajo estos auspicios, los partidos liberales debian decidir en grandes reuniones públicas si salian ó no del retraimiento. La primera de estas reuniones fué la reunion del partido progresista.

Saludábamos sin reserva al partido progresista, le saludábamos de todo corazon por su

enérgica resolucion del retraimiento, y por su admirable protesta contra todo lo existente. Ninguna adhesion debia agradecer el partido progresista como la nuestra, porque ninguna tan ardiente, ninguna tan desinteresada, ninguna mas honrada. Nuestras relaciones con el partido progresista fueron claras. Separacion completa de dogma y de doctrina; separacion completa de organizacion, porque nosotros éramos un partido radical que no admite la herencia para el poder, ni la limitacion para la libertad, y el partido progresista era un partido ecléctico; pero alianza firme, incontrastable contra todos los obstáculos tradicionales, contra los que rompieran el sistema constitucional con sus traiciones, contra los verdugos de Riego y de Zurbano.

Recordemos la sesion de aquella popular asamblea. Inauguróla el Sr. Olózaga, y puede decirse que su pensamiento fué el pensamiento capital de la reunion. Pocos hombres demostraban la profunda modificacion que habia sufrido el partido progresista, muy pocos en verdad como el Sr. Olózaga. Por su

temperamento, por su educacion, por sus ideas, el Sr. Olózaga era uno de los repúblicos más conservadores del partido progresista. El veto, la unidad religiosa, las dos Cámaras fueron siempre ideas políticas, profesadas, si se quiere, hasta con supersticion por el Sr. Olózaga. A esto unia ciertos hábitos diplomáticos que le obligaban á hablar casi siempre en las reuniones del pueblo como si hablara en los consejos de la monarquía. ¡Cómo él, tan reservado por hábito y por temperamento, tan fiel guardador de todas las conveniencias sociales, se mostró tan severo en la forma como siempre, pero más enérgico que nunca, y sobre todo claro hasta mostrar el fondo de la idea que se encerraba en la mente del partido progresista? Esta claridad en la idea, esta franqueza y esta resolucion en la forma fueron los grandes servicios prestados en aquella ocasión al país por el Sr. Olózaga. Nosotros, que algunas veces nos habíamos quejado de su ambigüedad; nosotros, sin reserva, sin limitacion alguna, aplaudimos á todo aplaudir, con toda nuestra conciencia,

el valor moral y enérgico que mostró el ilustre orador. Ahí estaba la salvacion de la libertad; ahí la suerte del país; ahí la redencion de todos nosotros, ahí. Pues qué, ¿habian de burlarse eternamente de nuestra mansedumbre? ¿Habian de contar eternamente con nuestra complicidad? ¿No significan nada 50 años de transacciones, 50 años de complacencias, 50 años, permítasenos la frase, de imbéciles esperanzas? Si nosotros una vez más transigiéramos, si una vez más bajáramos la cerviz ante los obstáculos tradicionales, mereceríamos el ódio del país, la burla de Europa, la maldicion de nuestros padres. La voz del Sr. Olózaga tan severa, su palabra tan estóica, su entonacion tan amenazadora, su frase tan gráfica, escribieron sobre la frente del partido progresista la señal gloriosa de su emancipacion. Al aplaudir aquellas severas palabras, aquellas manifestaciones del señor Olózaga, el partido progresista se manumitió del error de sus progenitores. Nosotros que nunca fuéramos esclavos, nosotros abrazábamos al liberto.

En vano el Sr. Madoz, en vano el Sr. Prim quisieron adulterar las palabras del Sr. Olózaga, en vano. El Sr. Prim usó de una condicional; dijo que si encontraba obstáculos, los superaria. Si no los habia encontrado el Sr. Prim, si no los habia visto, el Sr. Prim estaba destinado á tropezar mil veces. Los obstáculos tradicionales, los inmensos obstáculos estaban vivos, y el partido progresista tenia que reñir con ellos ó sucumbir. El general Prim, decia un publicista revolucionario, ¿sólo conoce los obstáculos tradicionales condicionalmente? Mire la legion de los mártires de la libertad, y si no siente su sangre caer gota á gota sobre el corazon, ¿qué hemos de decirle nosotros?

Cuando el partido progresista estaba en el poder, no fuimos nunca sus cortesanos, sino sus censores. Jamás aceptamos ninguna de sus mercedes en los tiempos de su prosperidad. Cuando cayó, le mostramos que habia caido por no seguir nuestros consejos, por sus complacencias serviles con los poderes reaccionarios, y su empeño en no desasirse

de la dinastía. Mas tarde nos consagramos á separar nuestro dogma de su dogma, nuestras ideas de sus ideas, nuestra organizacion de su organizacion, por lo cual sostuvimos con el partido progresista alguna reñida contienda. Realizado este trabajo, habiamos convenido en una alianza para derrocar de consuno los obstáculos tradicionales. A esa alianza fuimos fidelísimos, y como dió el partido progresista una prueba más de que ni cejaba, ni vacilaba; una prenda más de que no se convertia en uno de tantos partidos cortesanos, mereció y obtuvo nuestros desinteresados aplausos. En vano algunos progresistas, como Madoz, y como Prim, quisieron descifrar las frases contra los obstáculos tradicionales; el partido progresista en su totalidad, el partido progresista, como animado por la electricidad revolucionaria, mantuvo la protesta revolucionaria, y se adhirió á la severa, á la enérgica declaracion del Sr. Olózaga, que era el verdadero pensamiento de todo
tido liberal. No queda duda. Desde el
to en que se levantaba á hablar un

progresista dinástico, desde el momento en que se protestaba á favor de la legalidad, el partido entero protestaba; pero desde el momento en que asomaba una idea enérgicamente revolucionaria, el partido progresista la aclamaba como la revelacion de su espíritu. El partido progresista deshizo con sus demostraciones todas las cábalas, se sobrepuso al pensamiento de sus prohombres, y demostró que no transigiria nunca con los eternos enemigos de la revolucion.

¡Qué solicitud tan grande la de los periódicos vicalvaristas por el partido progresista! Lo querian tanto, que deseaban verlo luchando en el Congreso; lo querian tanto, que se sustituian á su personalidad, y declaraban en voz alta no ser progresistas los mismos concurrentes á la sesion del partido. La verdad es, que cuando el partido progresista tenia algun arranque revolucionario, los conservadores se irritaban en contra suya, lo llenaban de denuestos, y calumniaban á todos sus hombres. Querian un partido progresista manso, humilde, dispuesto á servirle de com-

[redacted]

parsa, á ser cuando más, como aquel esclavo antiguo cuya voz anunciaba á los vencedores, cuando iban bajo los arcos triunfales de Roma, la muerte. Este era todo el destino que reservaban al partido liberal.

¿Y os parece que debia ser esta la suerte del partido que realizara la revolucion en España, y que extendiera toda la legalidad vigente? Los que escribieron la Constitucion de 1812; los que desamortizaron la propiedad; los que destruyeron la Inquisicion y la censura; los que libertaron á esta nacion esclavizada y enferma de la terrible plaga de las órdenes monásticas; los que abrieron las puertas de los comicios, y cerraron los tiempos de la monarquía absoluta, ¿debian por ventura, estar siempre, permanecer siempre esclavos, siempre fuera de la vida política, no por su voluntad, sino por la marca de proscripcion que habian puesto en su frente poderes obcecados y tiránicos?

El retraimiento indignaba á los vicalvaristas; el retraimiento, que era la necesidad suprema de nuestra política. ¿Quién sino ellos

lo habia creado? Pusieron ministerios, presupuestos, administracion, todos los resortes imaginables á servicio de su interés político, de sus escandalosas elecciones, y contra los candidatos liberales. Pues bien, uno á uno arrojaron todos los diputados liberales de las urnas, y cuando los encontraron á todos fuera, resolvieron en contra suya, porque necesitaron para sus planes y para sus conjuraciones contra la libertad, para sus asaltos al presupuesto, una oposicion complaciente.

¡Y ahora decian que el partido progresista se iba á perder! ¿Cómo se perderia? ¿Por qué se perderia? Nunca habia ganado nada por las elecciones. Ni una sola vez le concedieron el poder porque hubiera triunfado en las urnas. Recordad que un dia fué disuelto un Parlamento solo por ser liberal. Recordad que un dia otro Parlamento fué disuelto solamente porque habia preferido el nombre, por cierto bien reaccionario, de Martinez de la Rosa, al nombre francamente absolutista del Sr. Tejada. Recordad que cuando no bastaban los medios ordinarios para disolver las Córtes,

[redacted]

se soltaban contra ellas algunos batallones y caian los cascos de las granadas sobre la mesa misma de los presidentes.

Si no hubiera más medio para el triunfo del partido liberal que las elecciones, podiamos decir como el Dante á los condenados en el infierno: dejad toda esperanza. Sí, dejadla, porque la centralizacion no lo consiente, dejadla, porque la corrupcion política no lo consiente; y aunque hubiérais atravesado la corrupcion electoral y el muro de bronce de la centralizacion, os encontraríais con el Senado; y aunque lográrais vivificar todas aquellas momias y llevároslas en pos de vuestros pasos, habíais de encontraros por último con el veto.

¿Os parece que era posible luchar así? Si la cuestion se ha planteado en el terreno en que la planteó el Sr. Olózaga, se ha planteado más por espíritu conservador que por espíritu revolucionario.

El espíritu revolucionario de la Europa moderna ciertamente no se detiene en repulgos dinásticos ó anti-dinásticos. Tiene una

idea bien fija y bien clara. Los que suelen cuando las grandes liquidaciones se acercan, cuando las grandes catástrofes sobrevienen, los que suelen plantear las cuestiones en el terreno en que la ha planteado el Sr. Olózaga, son siempre los conservadores. Los Estuardos concitaron contra sí á hombres como Russell; los Borbones de Francia á hombres como Thiers; los bávaros de Grecia á hombres como Canaris; los tiruanelos de Italia á hombres como Ricasoli. Mazzini no se preocupa de una cuestion dinástica; pero se preocupa Olózaga. Sí, el más conservador de los progresistas, el más constitucional se habia convertido en revolucionario. Así lo quiso la incurable ceguera de la Reina.

La segunda reunion que por los primeros dias de Noviembre se celebró fué la reunion del partido democrático.

A las doce de la mañana los alrededores de la plaza del Rey, las cercanías del teatro del Circo se veian llenas de gentes que aguardaban con ansiedad la hora de la sesion. Habia algunos mal intencionados que divulgaban

voces siniestras. Decíase que se preparaban luchas entre los demócratas, desórdenes; porque el partido democrático estaba dividido; porque sus fracciones no podian encontrarse sin batallar, y no podian batallar sin aniquilarse. ¡Error completo! Todos los demócratas se encontraron en un punto, acudieron todos á la cita, y el órden fué admirable, y la union y la fraternidad más sinceras reinaron en aquella popular asamblea, donde no habia más que un solo espíritu del cual participaban millares de ciudadanos.

Abrió la sesion el venerable anciano don José María Orense. Sus canas que infunden tan religioso respeto; sus servicios que despiertan recuerdos tan sagrados; la entereza de su carácter; la noble independencia de sus sentimientos; aquella sencillez y aquella franqueza que hacen del Sr. Orense una de las glorias más queridas de la democracia española, todo este conjunto de cualidades que el Sr. Orense posee como pocos hombres, le dieron por su misma virtud la presidencia de aquella popular asamblea. Así que se sentó,

pronunció un discurso cuyo efecto fué inmenso; un discurso que presidió toda la reunion, que le dió como un solo cuerpo y una sola alma, y que fué escrupulosamente obedecido en once horas de trabajos políticos, que bien pueden llamarse once años de enseñanzas admirables para el país. Empezó el Sr. Orense tratando de lo que podíamos llamar la policía de la reunion; hizo las advertencias necesarias para la mejor conservacion del órden; pidió que le señalaran los alborotadores para estigmatizarlos ante la opinion pública. Desde este momento, todo obstáculo quedaba vencido, la victoria estaba conquistada. ¿Y cómo no, cuando aquel anciano, con la fé ardiente de un jóven, parecia reunir sobre sus canas los recuerdos más gloriosos de nuestra historia, y en su palabra nuestras más caras esperanzas? Orense parecia un ciudadano de los Estados-Unidos. Así hubiera hablado Washington, así hubiera procedido Lincoln. No venís, decia el Sr. Orense, no venís aquí en pos de honores ni de riquezas. La democracia no puede dar nada de eso; la democra-

cia es un partido formado por la opinion y para la opinion. Mientras manden sus enemigos ningun puesto oficial puede desempeñar un demócrata; el dia que manden sus amigos las reformas serán tales y tantas que no quedarán esos altos destinos que repartir y con los cuales se suele explotar al pueblo. Mirad los Estados-Unidos, decia el Sr. Orense, creíase que iban á perecer en el dia de un conflicto, y se han salvado, y han asombrado al mundo; y aquellos generales orlados de victorias que no tienen rival, se han vuelto á la vida privada á gozar en paz de las victorias de su pátria. Plantemos el árbol, y ya que no podamos nosotros gozar de su sombra, que gocen nuestros hijos. Es imposible describir el efecto de este discurso. La reunion lo siguió admirablemente, despues de haberlo aplaudido con un gran entusiasmo.

Desde este momento quedó constituida la mesa. El Sr. Orense fué nombrado por aclamacion unánime presidente. Los señores Becerra y García, director de *La Discusion*, fueron propuestos, por el Sr. Orense, y aclama-

dos por la reunion vicepresidentes. Los señores Blanc, Gomez Marin, Fernandez Cuevas, Rios y Portilla, Salmeron, Capilla, Cámara, Merino, fueron nombrados secretarios. El Sr. Nougués, al ver el espíritu de serena imparcialidad que reinaba en la presidencia, retiró con verdadera y plausible cordura una proposicion relativa á la manera de votar la mesa interina. Hubo algunos momentos de confusion propios de toda Asamblea, naturales en aquellas circunstancias, que se repiten donde quiera que se reunen los hombres, pero que se apaciguaron con la incontrastable fuerza moral del señor presidente y con el admirable espíritu que la reunion tenia. Es un pueblo maduro para la libertad el pueblo español. Es un partido de gobierno el partido democrático. Esta exclamacion se oia salir de todos los lábios.

A la una y media comenzó la votacion; á las ocho se concluia. Siete horas sin ninguna interrupcion habian estado pasando centenares de demócratas por delante de aquella mesa á depositar sus sufragios. Aquella nu-

[redacted]

merosísima falange de defensores de la libertad parecia iluminada por el resplandor de una sola idea, por el reflejo de un solo espíritu. Era de ver aquella numerosísima procesion, ordenada, silenciosa, anhelante de indicar con su adhesion á los nombres de los demócratas sus votos por el triunfo de todas las libertades. Ningun interés bastardo los movia, ninguna pasion mezquina les guiaba; parecian por su actitud los antiguos romanos: Cuando un sacerdote, el Sr. Medina, se presentó á votar, resonó con larga resonancia una grande salva de aplausos. Lo mismo sucedió, cuando, concluida la votacion, el señor Orense depositó el último voto en la urna. ¡Qué admirable práctica del sufragio universal! ¡Qué grandes ciudadanos los reunidos en aquella asamblea!

Hacia pocos dias que llamaba el gobierno á eleccion de diputados provinciales, y hubo distrito de Madrid donde no se reunieron veinte votantes. Esto probaba la indiferencia que habia en el país por la política oficial. El mismo dia y á la misma hora, se reunia el

partido moderado en casa del duque de Veraguas. Ocho dias estuvieron sus periódicos llamando á campana herida á los moderados. Y estos hombres que se han repartido los destinos del país por espacio de treinta años, apenas llegaron á reunir sesenta personas y estas sesenta personas ni siquiera llegaron á entenderse.

El Sr. Presidente pidió, despues de concluida la votacion del comité, un voto de confianza para la mesa, á fin de poder verificar el escrutinio al dia siguiente. La reunion lo acordó por unanimidad. Un aplauso ruidoso, atronador, coronó el término de la votacion. Entonces comenzaron los discursos por demanda universal del público. No hay para qué decir que si la primera parte de la reunion habia sido silenciosa, la segunda fué ruidosísima, fué una verdadera explosion de entusiasmo popular, pero sin que pasase nunca de los límites de lo conveniente. Comenzó á hablar el Sr. Rivera, que á pesar de sus cortos años, pronunció un discurso intencionado en su fondo, agradable en su forma, lleno de

merosísima falange de defensores de la libertad parecia iluminada por el resplandor de una sola idea, por el reflejo de un solo espíritu. Era de ver aquella numerosísima procesion, ordenada, silenciosa, anhelante de indicar con su adhesion á los nombres de los demócratas sus votos por el triunfo de todas las libertades. Ningun interés bastardo los movia, ninguna pasion mezquina les guiaba; parecian por su actitud los antiguos romanos: Cuando un sacerdote, el Sr. Medina, se presentó á votar, resonó con larga resonancia una grande salva de aplausos. Lo mismo sucedió, cuando, concluida la votacion, el señor Orense depositó el último voto en la urna. ¡Qué admirable práctica del sufragio universal! ¡Qué grandes ciudadanos los reunidos en aquella asamblea!

Hacia pocos dias que llamaba el gobierno á eleccion de diputados provinciales, y hubo distrito de Madrid donde no se reunieron veinte votantes. Esto probaba la indiferencia que habia en el país por la política oficial. El mismo dia y á la misma hora, se reunia el

partido moderado en casa del duque de Veraguas. Ocho dias estuvieron sus periódicos llamando á campana herida á los moderados. Y estos hombres que se han repartido los destinos del país por espacio de treinta años, apenas llegaron á reunir sesenta personas y estas sesenta personas ni siquiera llegaron á entenderse.

El Sr. Presidente pidió, despues de concluida la votacion del comité, un voto de confianza para la mesa, á fin de poder verificar el escrutinio al dia siguiente. La reunion lo acordó por unanimidad. Un aplauso ruidoso, atronador, coronó el término de la votacion. Entonces comenzaron los discursos por demanda universal del público. No hay para qué decir que si la primera parte de la reunion habia sido silenciosa, la segunda fué ruidosísima, fué una verdadera explosion de entusiasmo popular, pero sin que pasase nunca de los límites de lo conveniente. Comenzó á hablar el Sr. Rivera, que á pesar de sus cortos años, pronunció un discurso intencionado en su fondo, agradable en su forma, lleno de

[redacted]

fera, la única en que se puede respirar, la atmósfera de la libertad.

Lo primero que debia impresionar al orador era el aspecto maravilloso de aquella reunion, y en efecto, hizo de ella una entusiasta apología. Despues, movido por un gran sentimiento patriótico, declaró que el país donde más esperanzas podia vincular la causa de la libertad era nuestra España. Francia se contenta con la gloria militar; sus hijos gustan de arrastrar sus cadenas por el mundo, y bajo la maldita influencia cesarista no aciertan á ser lo primero que constituye la dignidad humana, á ser libres. Alemania, absorta en sus meditaciones científicas, no trabaja por la libertad práctica. Italia sólo se cura de ser nacion. De suerte que puede decirse que la esperanza de la libertad europea está hoy en España. ¿Y qué mayor prueba? Una democracia vigorosísima, fuertemente unida, con una sola idea por bandera, se reune á votar los que han de representarla. Cuando tan numerosa y compacta acude á la cita, no dejará de acudir á otra cita más importante. El partido

democrático sabe lo que quiere y lo que no quiere. Trabajemos por llegar á lo que queremos y por destruir lo que no queramos. Un grande aplauso siguió al elocuente discurso del Sr. Martos.

El Sr. Castelar, que siguiera al Sr. Martos, habló de los agravios que la libertad recibiera de la dinastía y usó esta frase que levantó una tempestad de entusiasmo y que le valió un ruidoso proceso. «Ya sabeis que cuando vienen las grandes calamidades, cuando la muerte se cierne sobre vuestras cabezas, la libertad no se aparta de vuestro lado escondiéndose en espléndidos jardines; la libertad desciende á la cabecera donde gime la agonía, lucha, triunfa porque la libertad no teme ni el destronamiento ni la muerte, á pesar de ser una reina que no tiene ni armas ni presupuestos.»

Habló luego el Sr. Pí y Margall, y en un discurso de grande severidad en la forma, muy conciso y muy templado, pidió la libertad de pensar, y dijo que debian reducirse á pocos los principios capitales de los partidos. Para el partido democrático pedia la libertad

merosísima falange de defensores de la libertad parecia iluminada por el resplandor de una sola idea, por el reflejo de un solo espíritu. Era de ver aquella numerosísima procesion, ordenada, silenciosa, anhelante de indicar con su adhesion á los nombres de los demócratas sus votos por el triunfo de todas las libertades. Ningun interés bastardo los movia, ninguna pasion mezquina les guiaba; parecian por su actitud los antiguos romanos. Cuando un sacerdote, el Sr. Medina, se presentó á votar, resonó con larga resonancia una grande salva de aplausos. Lo mismo sucedió, cuando, concluida la votacion, el señor Orense depositó el último voto en la urna. ¡Qué admirable práctica del sufragio universal! ¡Qué grandes ciudadanos los reunidos en aquella asamblea!

Hacia pocos dias que llamaba el gobierno á eleccion de diputados provinciales, y hubo distrito de Madrid donde no se reunieron veinte votantes. Esto probaba la indiferencia que habia en el país por la política oficial. El mismo dia y á la misma hora, se reunia el

partido moderado en casa del duque de Veraguas. Ocho dias estuvieron sus periódicos llamando á campana herida á los moderados. Y estos hombres que se han repartido los destinos del país por espacio de treinta años, apenas llegaron á reunir sesenta personas y estas sesenta personas ni siquiera llegaron á entenderse.

El Sr. Presidente pidió, despues de concluida la votacion del comité, un voto de confianza para la mesa, á fin de poder verificar el escrutinio al dia siguiente. La reunion lo acordó por unanimidad. Un aplauso ruidoso, atronador, coronó el término de la votacion. Entonces comenzaron los discursos por demanda universal del público. No hay para qué decir que si la primera parte de la reunion habia sido silenciosa, la segunda fué ruidosísima, fué una verdadera explosion de entusiasmo popular, pero sin que pasase nunca de los límites de lo conveniente. Comenzó á hablar el Sr. Rivera, que á pesar de sus cortos años, pronunció un discurso intencionado en su fondo, agradable en su forma, lleno de

ardiente amor á la democracia. Al Sr. Rivera siguió el Sr. D. Tristan Medina, que en una peroracion muy calorosamente aplaudida encareció las excelencias del Evangelio y de la democracia. Al Sr. Medina siguió el señor don Cristino Martos.

Detengámonos un momento para tratar de este esclarecido orador. Dedicado al foro del cual es un grande ornamento, parecia que las fórmulas legales debian haber apagado en su ánimo el fervor que necesita la elocuencia política. Sin embargo, el señor D. Cristino Martos es hoy uno de los primeros oradores políticos de nuestra patria. Solamente en un país tan desgraciado como la España doctrinaria; solamente en un país tan corrompido por la perniciosa influencia electoral, se concibe que no hubiera entonces pisado aún la tribuna del Parlamento este insigne orador parlamentario. Sí, porque no se necesita haber estado en el Parlamento para mostrar las cualidades parlamentarias de primer órden que ha demostrado siempre el Sr. Martos. Intencion profunda, pensamiento

vivo, argumentar lógico, severidad de formas, sobriedad de lenguaje, correccion inimitable de frase; todas estas cualidades que nadie podrá negarle sino cegado por el ódio ó por la envidia, hacen del Sr. Martos uno de los primeros oradores, no solamente de la democracia sino de toda España. Desde 1854 en que se dió á conocer, no se ha abatido ni un momento el vuelo de la elocuencia del señor Martos, realzada por prendas de carácter que serán siempre orgullo de su partido, y especialmente de nosotros, sus leales amigos. Al poner aquella tarde el pensamiento en el señor Orense y en el Sr. Martos; al ver que contábamos en nuestras filas uno de los ancianos y uno de los jóvenes más esclarecidos de nuestra patria; al oir la elocuencia del primero realzada por los años y por una larga historia, y la elocuencia del segundo robusta y firme como la esperanza de la juventud, no podíamos ménos de congratularnos observando que por un decreto de la Providencia todo lo que hay de vivo, de glorioso, de enérgico, de grande en el país buscaba su atmós-

fera, la única en que se puede respirar, la atmósfera de la libertad.

Lo primero que debia impresionar al orador era el aspecto maravilloso de aquella reunion, y en efecto, hizo de ella una entusiasta apología. Despues, movido por un gran sentimiento patriótico, declaró que el país donde más esperanzas podia vincular la causa de la libertad era nuestra España. Francia se contenta con la gloria militar; sus hijos gustan de arrastrar sus cadenas por el mundo, y bajo la maldita influencia cesarista no aciertan á ser lo primero que constituye la dignidad humana, á ser libres. Alemania, absorta en sus meditaciones científicas, no trabaja por la libertad práctica. Italià sólo se cura de ser nacion. De suerte que puede decirse que la esperanza de la libertad europea está hoy en España. ¿Y qué mayor prueba? Una democracia vigorosísima, fuertemente unida, con una sola idea por bandera, se reune á votar los que han de representarla. Cuando tan numerosa y compacta acude á la cita, no dejará de acudir á otra cita más importante. El partido

democrático sabe lo que quiere y lo que no quiere. Trabajemos por llegar á lo que queremos y por destruir lo que no queramos. Un grande aplauso siguió al elocuente discurso del Sr. Martos.

El Sr. Castelar, que siguiera al Sr. Martos, habló de los agravios que la libertad recibiera de la dinastía y usó esta frase que levantó una tempestad de entusiasmo y que le valió un ruidoso proceso. «Ya sabeis que cuando vienen las grandes calamidades, cuando la muerte se cierne sobre vuestras cabezas, la libertad no se aparta de vuestro lado escondiéndose en espléndidos jardines; la libertad desciende á la cabecera donde gime la agonía, lucha, triunfa porque la libertad no teme ni el destronamiento ni la muerte, á pesar de ser una reina que no tiene ni armas ni presupuestos.»

Habló luego el Sr. Pí y Margall, y en un discurso de grande severidad en la forma, muy conciso y muy templado, pidió la libertad de pensar, y dijo que debian reducirse á pocos los principios capitales de los partidos. Para el partido democrático pedia la libertad

de pensar, la libertad de asociacion, y el sufragio universal. En cuanto á las relaciones con el partido progresista aconsejaba que no hubiera confusion, pues si un dia prestó este partido grandes servicios á la libertad, habia tenido despues debilidades mil que comprometieron tan sagrada causa.

Despues del discurso del Sr. Pí y Margall, puede decirse que nó hubo más que algunos arranques de entusiasmo dichos en breves palabras por oradores que fueron muy aplaudidos. El director de *El Protector del Artista* dijo varias frases salidas expontáneamente de su corazon; el Sr. Blanc aclamó las reformas democráticas; el Sr. Lafuente recordó los gravísimos deberes que en excepcionales circunstancias ha de cumplir el partido democrático; el Sr. Simon habló de las diversas manifestaciones de nuestro partido; el señor Soler, de la democracia zaragozana, á grandes y valientes rasgos; y todos fueron calorosamente aplaudidos por el fervoroso entusiasmo de la reunion.

democracia madrileña dió de sí elocuen-

tísima muestra. Pocas veces, nunca acaso, se ha dado en España un tán maravilloso espectáculo. Cuanto aconsejamos á nuestros correligionarios, lo siguieron con admirable uniformidad. Les aconsejábamos órden, y el órden más rígido reinó. Les aconsejábamos libertad, y la libertad más amplia hubo. Les aconsejábamos que apelasen al sufragio universal, y al sufragio universal han apelado. Les aconsejábamos que dejasen libérrimo el uso de la palabra, y libérrimo permaneció durante toda esta admirable sesion.

¡Qué nos faltaba? Eramos el partido más inteligente de España, porque reuniamos todas las ideas emanadas de la ciencia moderna. Eramos el partido más jóven, porque hemos venido á renovar la vida. Eramos el partido más popular, porque oleadas de entusiastas muchedumbres se han acercado á depositar su voto en nuestras urnas. Eramos el partido más disciplinado, porque ninguno hubiera conservado durante dos dias el órden que en dos reuniones consecutivas conservó el partido democrático español.

[redacted]

Despues de estos hechos, nada tenemos que añadir.

Basta que digamos que Madrid entero se admiró de la actitud del partido democrático; que por todas partes solo se oyeron muestras de entusiasmo; que nuestros enemigos, esperanzados con que diésemos un grande escándalo, se desconcertaron, y que la democracia madrileña, con este alarde de su fuerza y de su union, mostraba al mundo llevar en su mente la idea de la revolucion y en sus manos la misteriosa llave del porvenir.

Un suceso vino á mostrar que éramos esclavos hasta del alma: la prohibicion del *Juan Lorenzo*, drama célebre del ilustre poeta García Gutierrez.

La señal primera de nuestra desgracia, de esta inmensa desgracia, que sobre todos nosotros pesaba y que tras tantos años de lucha aun no habíamos podido remediar, éra la servidumbre de nuestra razon. A manera de los indios, poníamos bajo las ruedas del carro donde iban los dioses del Estado, no ya

nuestra cervíz, sino algo más íntimo y más sublime, nuestro pensamiento, nuestra conciencia. No éramos una nacion civilizada, no merecíamos el título de ciudadanos de Europa, en tanto que no pudiéramos pensar con libertad entera de conciencia, y escribir con entera libertad de palabra. La filosofía, el arte, la ciencia política, todo lo que la historia es el ornamento de la humanidad, se desarrollaron allá en Grecia con desusado vigor, porque en Grecia se rompió la teocracia del Oriente que esclavizaba el espíritu; y pudieron el sentimiento, la fantasía y la razon del indivíduo oponerse, y aun sobreponerse á las creencias del Estado. Solo así, en aquella explendida tierra, Fidias idealizaba en sus estátuas la forma humana, y se escribian las primeras páginas de la historia por la mano de Herodoto; y se espaciaban los arrebatos del lirismo en los cánticos de Píndaro; y se convertia en grandes tragedias el poema de Homero al calor de la inspiracion de Esquilo, y la palabra humana llegaba á su más alto poder en los lábios de Demóstenes, y la filoso-

[illegible] de [illegible] milagros del [illegible] de la libertad, [illegible] democracia.

[illegible] regla [illegible] en sí [illegible] soberana; [illegible] pen- [illegible] es la [illegible] ni la [illegible] consiguien- te, [illegible] aparien- cia, [illegible] orga- nismo [illegible] sangre, como un astro sin propia lumbre. M[illegible] a nosotros, los esclavos intelectuales de Europa, los ne- gros del mundo de la conciencia y del espíri- tu. En vano buscareis en la elaboracion inte- lectual de nuestros últimos siglos, ni crítica histórica como la que ha descifrado los orí- genes de Roma y los orígenes del cristianis- mo; ni filosofía como la que ha enlazado en [illegible]rie de admirables progresiones cientí- [illegible] mundo de la naturaleza con el mundo

del espíritu; ni ciencia como la que ha descompuesto el agua y el aire y ha dado á la vida y á la combustion nuevos elementos con sus gases; ni industria como la que ha hecho del vapor una fuerza para borrar las fronteras de los continentes y de los mares, lanzando unos pueblos en brazos de otros pueblos, ó como la que ha escrito la palabra humana en las chispas del rayo. ¿Qué habíamos de tener si no teníamos libertad? Todavía la censura está expiando las palabras que á manera de sentencias oraculares se escapan de los lábios de un filósofo. Todavía un sacerdote se ve perseguido como un criminal por haber propuesto, inspirándose en el Evangelio, la libertad de la Iglesia. ¡Qué espectáculo más triste ofrece al mundo!

Parecia que la libertad de nuestro espíritu debia refugiarse como en el siglo XVII allá en las misteriosas regiones del arte. De antiguo el arte ha tenido más libertad en España que la ciencia. Cervantes pudo en la conversacion de Sancho con el morisco, al tornar de la ínsula Barataria, envidiar la libertad de

[redacted]

conciencia de Alemania; Tirso pudo burlarse en sus dramas de los frailes que nunca á Dios llamaban bueno hasta despues de comer; Calderon pudo romper la feroz ortodoxia inquisitorial en los admirables arranques de desesperacion y de duda de *La vida es sueño*; Moratin pudo bajo el absolutismo criticar á la manera de Moliere la mogigatería espirante á los dardos de la mordaz filosofía del pasado siglo; y Quintana pudo inspirarse con ardor republicano en el pensamiento de su tiempo, y animar el espíritu de nuestras revoluciones desde las alturas del arte, con una nueva vida.

Pero en los dias de la dominacion borbónica lo habíamos dispuesto de otra suerte, y la censura acababa de prohibir un drama porque rompia las condiciones de nuestro arte, y tocaba los problemas sociales. ¡Qué pudibunda censura! Ahogaba primero el drama de un jóven; despues el drama de un maestro. Entonces protestamos, y protestaremos cien veces en nombre de un derecho, que es acaso el único derecho divino sobre la

tierra, en nombre de la libertad de la inspiracion y de la conciencia, en nombre de todo lo más sagrado, de todo lo que está más cerca de Dios en el universo.

¿Quién no sabe de memoria algunos de aquellos viriles versos, alguno de aquellos sublimes pensamientos que el arte romántico arrojaba en el seno de España durante la guerra civil? Puede decirse que nunca el arte ha tenido entre nosotros mayor trascendencia social. El más moderado y el más pulcro de nuestros poetas escribía la *Viuda de Padilla;* el más académico, *Doña María de Molina;* el más incorrecto, pero más intencionado, *Cárlos II;* el más grande, *Don Álvaro;* el más fácil, *El Pelo de la Dehesa;* el más limado, *Doña Mencía ó la Boda en la Inquisicion;* el más popular, *El Trovador y el Paje;* el más amargo, *Macías;* y el más apasionado, *El Estudiante de Salamanca y El Diablo Mundo.* Todas cuantas ideas pasaban por la conciencia iban á enrojecerse en aquellas imaginaciones que iluminaban por lo mismo que eran un incendio. El renacimiento de nuestros

municipios y nuestras Córtes; la aparicion de la libertad, en cuyas aras se sacrificaba todo un pueblo; la ruina de la Inquisicion y de las órdenes monásticas; la apoteosis del pensamiento emancipado; la guerra á todos los dogmas filosóficos y sociales que nos habian envilecido; la rehabilitacion del pueblo en el romance y en la escena, al par de la rehabilitacion en los campos de batalla; las dudas que asaltan á los espíritus cuando por vez primera, al sentirse libres, miran lo infinito, y les parece vacío; todas las grandes aspiraciones revolucionarias flotaban en la poesía, como flotaba antes de ser el universo en la mente creadora del Eterno.

De este coro de grandes batalladores, unos murieron, otros callaron, otros cayeron en la fosa del Senado ó de la Academia; todos suspendieron su trabajo desde que pasó el primer vértigo revolucionario, como si quisieran dejar á la razon y á la elocuencia el término de la obra comenzada por la imaginacion y la poesía. Uno, por excepcion, permaneció fiel á su destino. Era éste el hijo del pueblo, el

oscuro soldado, el poeta del *Trovador*, que si escribia, escribia para ennegrecer la memoria de los tiranos como en *El Duelo á Muerte;* para revelar la caida de los imperios como en la *Venganza Catalana;* ó para arrojar á la faz de la Academia los cantares del eterno poeta, del pueblo, esos cantares más bellos que el cielo de Andalucía, por lo mismo que son el claro reflejo de la conciencia popular.

Pues bien: este poeta, que ha escrito libremente siempre; este poeta, único resto vivo de aquellos gloriosos, no podia escribir. En España era más desgraciado García Gutierrez que Víctor Hugo en Francia, porque Víctor Hugo estaba desterrado del suelo de su país, pero hâbia escrito en su conciencia *Los Miserables*, mientras á García Gutierrez se le desterraba de la conciencia de su pátria. Estábamos tan acostumbrados á las arbitrariedades de los fiscales, de los censores, de tantos y tantos verdugos como tenia el pensamiento, que no solíamos dolernos de estas grandes iniquidades, ni las advertíamos ni las

[illegible] esos censores [illegible] antes de nacer. [illegible] que se conden- [illegible]

[illegible] García Gu- [illegible] tad y en es- [illegible] *ms.* Él no ha [illegible] nto de la reina [illegible] nando VII; el [illegible] San Luis [illegible] [illegible]

cuando oprimidos y vejados llegan al último extremo de la desesperacion, y ha sentido brotar de su pluma la sangre hirviente que brota de nuestras heridas, impórtele poco el silencio forzado impuesto por una censura bárbara, pues el pueblo guardará en la memoria sus versos admirables, y la posteridad le premiará con el más alto de los dones, con la inmortalidad para su obra y para su nombre: que tal es el destino de los poetas de la libertad; un siglo enfermo les llama sus enemigos, y un siglo redimido sus profetas.

La revolucion, la revolucion llamaba á todas las puertas; la revolucion entraba en el seno de todos los partidos. Hacia más de 11 años que unos cuantos oradores la estaban predicando, que unos cuantes periódicos la arrojaban en la atmósfera del país. La calumnia, la persecucion, el cadalso no habian podido detener la revolucion, y entonces se habia apoderado hasta de la mente de sus enemigos, y relampaguea fatalmente hasta en los periódicos más reaccionarios. Las ideas son para las conciencias como la atmósfera para

los cuerpos. En las ideas generales de su tiempo han de vivir, como han de vivir los cuerpos en la atmósfera de su planeta. Y las ideas generales de esta sociedad en que vivimos son las ideas revolucionarias.

Ese mismo partido absolutista, que todos los dias llora la muerte de las antiguas instituciones, cuando ve perseguida su conciencia, hollado su hogar, desconocido su derecho, amenazado su pensamiento, reclama la libertad, y sin quererlo y sin saberlo, proclama la revolucion, y sirve indeliberadamente á los intereses revolucionarios.

El partido moderado impulsó en el último año con la accion y con la reaccion los intereses revolucionarios. Durante tres meses se gozó bajo su mando de una libertad de imprenta como no se ha conocido igual en España. El país aprovechó aquellos tres meses para conocer misterios que ignoraba. Merced á esta iniciacion revolucionaria, el país conoció el orígen de todos sus males, la causa primera de la raquitis intelectual y moral que padecia. Despues, cuando se planteó la cues-

tion de enseñanza, cuando se empeñó una lucha cuerpo á cuerpo entre un catedrático y un gobierno, cuando se sellaron las exposiciones neo-católicas contra la enseñanza con sangre de las víctimas del 10 de Abril, supo el país que la reaccion teocrática era impotente, que sólo la revolucion era todo-poderosa.

Vino la union liberal, ese detritus de todos los viejos partidos; vino con su excepticismo, con su criterio utilitario, con su apego á los intereses de un dia. Pero comprendió que solamente la revolucion era fuerte. Y restableció las condiciones de la enseñanza, y reconoció la obra revolucionaria por excelencia, el reino de Italia, y rebajó el censo, y proclamó la libertad de la ciencia, y empeñó una lucha á muerte con la teocracia. Y sin embargo, el país que podia más, que aspiraba á más, que no deseaba olvidar á los traidores, que adivinaba que el partido entonces dominante era solo un sofisma revolucionario, le abandonó á su suerte, le dejó en el mismo aislamiento y en el mismo ódio que á Narvaez.

Y mientras tanto la idea revolucionaria crecia y se apoderaba del viejo partido progresista. Y este mismo, vacilante entre sus recuerdos del 37 y del 38, preparaba un símbolo [illegible] liberal, un símbolo donde [illegible] grandes aspiraciones [illegible] que hasta entonces no [illegible] en su seno. Y al mismo tiempo con su [illegible] á favor del retraimiento, probaba que era revolucionario en idea y revolucionario en conducta.

La suerte de la revolucion está toda entera en manos de la democracia. Ella solamente sabe de dónde la revolucion se origina, á dónde vá, y por qué camina. Ella solamente ha sabido escribir el decálogo de sus derechos. Ella solamente ha formulado el ideal de justicia. La idea democrática ha extendido la libertad á todas las esferas de la vida; y la ha proclamado como la solucion de todos los problemas sociales. Ella es toda la revolucion, su alma y su cuerpo, su idea y su [illegible]ismo, su ideal y su práctica; el cen[illegible] de este gran siglo.

El marqués de Valdegamas en los últimos dias de su vida comprendia con sublime tristeza este poder de la revolucion. ¡El! que deseaba restaurar lo antiguo, que ponia su palabra á servicio de los viejos ídolos y de los viejos altares, decia entristecido: «Hoy todos los caminos conducen á la perdicion. Unos se pierden por ceder, otros se pierden por resistir.» Justo, á la perdicion de los privilegios. Cediendo ó resistiendo, la reaccion estaba perdida.

El general O'Donnell recogia los frutos de su política. A los seis meses de su poder se encontraba en una situacion, por lo desesperada y triste, bien análoga á la situacion del ministerio Narvaez. La opinion, la opinion liberal, que tan anheloso buscára con la rebaja del censo, con el reconocimiento de Italia, con los procesos incoados pero no seguidos contra los obispos, con todos los alardes de una política falsamente liberal, esta opinion, ya madura, ya viril, le abandonó completamente, porque no se contenta con falsos halagos, ni con engañosas apariencias. Mientras

habian templado y se habian escondido, rehacian su poder, tramaban sus intrigas, y fiaban á un confesor ó á un médico sus planes de ambicion y de ... guerra de siervos, guerra de ...

El ... de ... una vez mas la ... experimen- ... partido ... no ... el cual se ...

dentro de los viejos obstáculos que ha encontrado siempre la libertad en su camino. Era necesario que entendiera que encerrar una máquina de vapor dentro de una galera de la Edad Media, hecha solo para remeros esclavos, es una insensatez. Era necesario que no vacilara, y que llegara á alcanzar y á entender cuánta constancia, cuánta fé se necesitaba para perseverar en la política de retraimiento, abrazada con un fin más alto y más saludable para el país que conseguir un ministerio, porque el país pedia hondas y trascendentales reformas. El manifiesto progresista nos revelaba que el partido comprendia su ministerio. ¡Oh! ¡Cuánta sangre se hubiera evitado, cuántas catástrofes, si nuestros padres de la Constituyente no pretendieran conciliar lo inconciliable! Cuán otra seria hoy la suerte del país, qué libre la conciencia, qué amplio el sufragio, qué fuerte el jurado, qué nula esa influencia teocrática y pretoriana, si nuestros padres hubieran tenido el año 20 el hercúleo valor que se necesitaba para limpiar la tierra de mónstruos.

Los partidos liberales españoles habian renunciado á la ley como Caton y Bruto renunciaron despues de Farsalia y de Filipos á Roma. Pero los grandes republicanos de la antigüedad creian que todo moria, que todo se acababa con ellos; y nosotros, más justos, nosotros, más creyentes, aguardamos, seguros de que los tiranos pasan, los sofistas pasan, los traidores pasan, y la libertad permanece en el centro del espíritu como el sol en el centro de nuestro sistema planetario, como Dios en el centro del Universo.

El Sr. Posada Herrera se hallaba admirado de que los liberales, tan crédulos no hubiéramos tragado el anzuelo. Una rectificacion de listas bastó para que los tragaran allá por el año 59. ¿Cómo no habia bastado despues? Se consumó una reforma electoral, y los liberales permanecieron en su retraimiento. ¿Creian que no sabiamos su táctica? ¿Creian que no sabiamos de antiguo que importan poco las concesiones, porque los poderes caducos se reservan la facultad omnímoda de alterarlas á su arbitrio? Esta ha sido siempre su con-

ducta. Han concedido una y otra cosa, han dejado caer de su mano una y otra reforma, y luego se han reservado aplicándolas, manejándolas, adulterarlas, corromperlas, destruirlas.

El país acababa de mostrar una vez más que no consentia engaños, que no distinguia entre Narvaez y O'Donnell, entre la política moderada y la política vicalvarista; que todos los ministerios le eran igualmente odiosos, igualmente repugnantes, porque hace mucho tiempo que solo representaban y solo significaban la ruina de la libertad. En el último ministerio de union liberal se habian unido la astucia y la fuerza; la primera para vencer á los fuertes, la segunda para amedrentar á los débiles. Posada representaba la astucia política, el maquiavelismo, los medios delicados, finos, para atraer y engañar á los liberales con aquella habilidad, ya proverbial é histórica, con que los engañó en 1859. O'Donnell representaba la infantería, la caballería, la artillería; en una palabra, la fuerza. Parecia imposible que un gobierno con todos estos

medios, con todos estos recursos, no lograra engañar á un país que tan susceptible parecia, por generoso, de ser engañado.

Y no, no lo engañó. Subia O'Donnell despues de las matanzas del 10 de Abril, despues de aquellas estúpidas amenazas á la cátedra, despues de aquella sañuda persecucion contra la prensa, despues de los sangrientos alardes de Narvaez, y de las botaratadas, pues no merecen otro nombre, de Gonzalez Brabo. Subia con una protesta contra la ruina de la prensa y de la cátedra, con una promesa formal y solemne de resolver todas las cuestiones por el criterio de la libertad. Reconocia á Italia, en cuyo reconocimiento habia como escondido un abismo. Rebajaba el censo. Gritaba á grito herido, libertad. ¿Quién no habia de creerles?

En algunos momentos, dijeron personas autorizadísimas en los partidos liberales, que solamente quedaba un recurso contra gobierno tan poderoso: acudir á las urnas, vencerlo en la contienda parlamentaria, destruir sus leyes con la palanca de nuestras leyes. Momento

hubo de duda en los ánimos, de vacilacion en los caractéres; momentos supremos en que puede decirse que hizo crísis la fiebre revolucionaria que agitaba al país. El general O'Donnell parecia haber logrado su intento: la tribuna se poblaba nuevamente con sus grandes oradores, las leyes recobraban su imperio, las batallas se reñian en el Parlamento, resucitaba la confianza perdida, y á la luz del dia se intentaban y se concluian mil arreglos que pudieran decorosamente sacar de sus apuros á aquel gobierno que habia despilfarrado en cuarteles, en buques inservibles, y en fortificaciones inútiles, en artes de guerra, los productos de la desamortizacion que debieron emplearse en las artes de la paz.

Ya se veia al Sr. Posada Herrera levantarse, extender sus largos brazos, pasear la escuálida figura delante del banco azul, sonreirse, y comenzar aquella série de agudos argumentos, tan sarcásticamente dichos; especie de acrobatismo intelectual en que es muy ducho, y en que da saltos mortales, y baila en la cuerda floja, y sostiene el balancin, y

divierte y hasta marea, y cree resolver un problema con un sofisma, y engañar al país como deslumbra á su adversario. Y mientras tanto se pasaban cinco años más, cinco años de comicios, de elecciones, de juntas preparatorias, de actas, de votos, de discursos, de sesiones, de asambleas ruidosas, y el país se dormia confiando que en el fondo de las urnas se encontrará su felicidad.

¡Cuánto se nos decia por sostener el retraimiento! ¡Qué de argumentos se dirigian, que muchas veces se clavaban en mitad de nuestro corazon desgarrado! Tratais, se nos decia, de destruir el régimen representativo. Tratais de empobrecer al país que se muere de hambre en su aislamiento. Despreciais la propaganda que ha sido la gloria de la democracia, su gloria en la prensa, su gloria en el Congreso, su gloria en el Ateneo, su gloria en todas partes. Cerrais las puertas á esos jóvenes oradores que están pugnando por abrirlas, por entrar vencedores dentro del Parlamento, por alcanzar esa fama de la palabra que tanto embriaga y á que aspiran hoy

en vano, despedazados los restos últimos de la tribuna. Estais en actitud revolucionaria, y la revolucion no viene. Y nosotros, oyendo estos argumentos, pesándolos, haciendo esfuerzos supremos por el triunfo de nuestra opinion, veíamos el retraimiento condensarse, estenderse y arrebatar á la union liberal todo el aire en que creia respirar la vida.

El retraimiento triunfó completa, absolutamente. Quizá nunca fué tan radical, tan estendido, tan profundamente meditado, tan revolucionario. *El Progreso Constitucional* declara, que aunque vayan progresistas al Congreso, no tendrá representacion allí el partido progresista. Un periódico aferrado á la idea de que el retraimiento debia cesar, dijo en momento de sincera desesperacion: EL PAIS NO NOS HA OIDO: EL PAIS SE RETRAE.

No son estas ú otras fracciones las que se retraian; era el país, el país entero. Solo iban á votar los electores artificiales, los electores autómatas que habia fabricado el Sr. Posada Herrera; los pobres empleados que el minis-

terio azota con el látigo de una cesantía. Y es porque el país es el partido liberal, y el gobierno estaba fuera del país, estaba en manos de los reaccionarios. El país es la clase propietaria que no quiere tantas contribuciones, y la clase trabajadora que no quiere tantos y tantos gravámenes, tanta y tanta amárga servidumbre. El país es la jóven generacion que anhela para su conciencia libertad; para su idea voz. El país es la inteligencia, la riqueza, el crédito, el trabajo, el comercio, la agricultura, la industria, la tierra, que no pueden vivir, que no quieren vivir con la censura, con los fiscales de imprenta, con los jueces amovibles, con los gobiernos militares, con los conventos reedificados, con las camarillas omnipotentes, con tanto clérigo faccioso, con esas contribuciones odiosas, con el consumo que arranca el pan á la boca del pobre, con el arancel que nos acosa, con el estanco que mata la riqueza, con este sistema medio teocrático, medio feudal que es la consagracion del error, el triunfo de la barbárie.

El país, con su admirable instinto, ha

comprendido el bien, y con su voluntad invencible lo ha realizado. El retraimiento acababa de triunfar en toda la línea. «Quejaos, decia un orador, vosotros, los que habeis traido al país á este trance de muerte. Quejaos, los que nos habeis proscrito. Quejaos, los que nos habeis llamado ilegales. Quejaos, los cubileteros de oficio, los grandes amañadores de elecciones; quejaos, si quereis. Gritad cuanto querais, al ver vuestra obra de perdicion. Nosotros creemos haber cumplido un deber de conciencia. Por vez primera, vuestra vida ó vuestra muerte política estaba en nuestras manos. Pues bien, con salir del retraimiento os vivificábamos. Con permanecer en el retraimiento os matábamos. Hemos preferido vuestra muerte..... Manes de Sixto Cámara, de Ruiz Pons, de Moreno Ruiz; mártires de 1856, estais vengados.»

El nuevo Congreso salvaria á la Reina. Imposible, completamente imposible.

Nunca el retraimiento fué más unánime; nunca más amenazador. Allá salieron diputados en Carmona dos representantes indisci-

plinados del partido progresista. Fuera de esto, la union liberal abandonada á su soledad, envuelta en el silencio de la muerte, sostuvo una gran batalla con los muertos, con los neo-católicos. El triste Tejado, el lastimero Aparisi, el hábil Nocedal, el jesuítico Orti y Lara, Clarós el estrambótico, el autor del Canónigo, y algunos ilustres vizcainos, cuyos nombres jamás se caerian de nuestros lábios si los supiésemos pronunciar, fueron á escribir en el Congreso su protesta contra el reconocimiento del reino de Italia. Así que columbraban á D. José Posada Herrera, creian que era el canuto donde se encierra el diablo.

«Ahí los teneis; están muertos, decia un periódico, porque la idea que representan es una idea muerta; están muertos porque el espíritu ha huido de su seno; están muertos porque todas las instituciones en que se cobijan son instituciones caducas, están de todo punto corrompidas, disueltas; y sin embargo, señores de la union liberal, os asustan, ponen miedo en vuestro corazon y en vuestra conciencia.»

«¿Por qué es eso? ¿Qué significa eso? Os lo han dicho ellos mismos que al presentarse por cuatro ó cinco ó más provincias han mostrado una vez más cuánto desconfiaban de su victoria; os lo han dicho ellos mismos. No valen nada por sí, no representan nada por sí, no importan nada por sí, ellos, no significaban nada por sí, ellos lo han dicho. Son muertos que entierran á sus muertos, y ya sabeis, como decia la balada alemana, cuán de prisa se van los muertos.»

«Pues bien, ¿cómo es que os asustais? ¡Ah! No os asustan por lo que son en sí, os asustan por las influencias que tienen á su espalda, por los poderes que los protejen, por las corporaciones que los sustentan, por la gran nube de oscuros privilegios que rodea sus frentes maldecidas.»

«Si la union liberal siente mordido su seno ¡ay! no culpe á nadie, cúlpese á sí misma que ha abrigado la serpiente. Si la union liberal conoce la inmensa influencia que anormal é inconstitucionalmente, tienen esos benditos señores, poco temibles en una controversia

porque hablan un lenguaje que no comprende el mundo moderno, vea quien le ha dado esa influencia sino los que nunca tuvieron valor para desarraigar la intolerancia religiosa. Si la union liberal tiembla delante de ellos, más, pero mucho más debiera temblar delante de su propia conciencia.»

«¿Quién tuvo cinco años el poder y sostuvo la prévia censura, y mató con grande ahinco toda aspiracion liberal, todo conato de reformar las creencias escolásticas y tradicionales? ¿Quién desenterró los muertos y enterró los libros? ¿Quién reveló al mundo la inmensa influencia de Sor Patrocinio? ¿Quién se colgó del cuello el relicario, empuñó el cirio, dobló su cabeza para besar el anillo de los obispos? ¿Quién declaró legal toda influencia neo-católica, esa influencia que se va, y facciosa la influencia de la grande idea del porvenir? Esos grandes crímenes de esa civilizacion, crímenes han sido de los unionistas.»

«Que sean castigados ahora por los neo-católicos; que lo sean. Hay Providencia.»

Habian triunfado los vicalvaristas en el resto de la nacion. ¿Y quién votaba á los vicalvaristas? La inmensa falange de empleados que segun la nueva ley electoral, tenian derecho de nombrar á los que deben arreglar los negocios del presupuesto.

Entre el Sr. Posada Herrera y el presupuesto decidieron el éxito de las elecciones. Allí donde el presupuesto y el Sr. Posada Herrera obraron de consuno, dieron la victoria á los vicalvaristas: allí donde solo obró el presupuesto, triunfaron los neos y los moderados. Todo aquí se resuelve en cuestiones de presupuestos. No es el país quien elige sus representantes, quien los elige es el presupuesto.

Examinad el resultado numérico de las elecciones: compulsad el número de votantes con el número de electores inscritos en las listas. Nueve décimas partes de electores se quedaron sin votar. Así el nuevo Congreso resultó elegido por una décima parte de electores. Decid despues de esto que aquellos Congresos eran la verdadera expresion

de la voluntad del país. Decid despues de esto que los diputados representaban la voluntad nacional.

Esta extraña situacion política se explicaba por un hecho muy natural, por el retraimiento. Esto es tan cierto, que en los dias mismos de las elecciones se explicaba así un periódico de la democracia.

«El retraimiento ha sido el amargo fruto de 30 años de escándalos y de tiranías. Si el comercio se resiente, si la industria se paraliza, si el gobierno carece de fuerzas, las leyes de autoridad, los congresos de prestigio, el sistema constitucional de equilibrio, las luchas parlamentarias de solemnidad, los intereses todos de escudo, los ciudadanos todos de representacion en los asuntos públicos, los partidos todos de aquella actitud legal, que es la paz y la gloria de los países libres; cúlpese, no á los liberales, que han estado luchando y reluchando 30 años con el destino, seguros siempre de ser vencidos; cúlpese á la reaccion criminal y ciega, que nos ha proscrito, que nos ha perseguido y atormen-

tado, que ha hecho de la administracion una máquina de guerra contra nosotros; que ha considerado el voto contrario á sus intereses como una rebelion, y los electores liberales como conjurados; que ha castigado á unos por el ejercicio de sus derechos, que ha corrompido á otros, que ha apenado á todos, concluyendo por conseguir que el derecho electoral sea en nuestra España, como el derecho curial era en los últimos dias del Imperio romano entre aquellos municipios degradados, una calamidad horrible que aborrecen los ciudadanos y los pueblos por su esterilidad completa para el bien.»

En esto los meses frios venian y el cólera se ahuyentaba. La Reina debia volver á Madrid, y los periódicos de oposicion y los comités discutian largamente el medio de manifestarle públicamente el hondísimo disgusto del pueblo. Advertido el gobierno, se apercibió á rechazar por la fuerza y á disolver por las armas toda manifestacion. Los partidos liberales, seguros de su victoria y deseosos de no comprometerla en aventuras inútiles ni ma-

lograrla por tentativas prematuras, prohibieron toda clase de manifestaciones. Para que la Reina pasase desde la estacion del Norte á Palacio, fué necesario aglomerar allí fuerzas de infantería, caballería y artillería. La Reina, contra su costumbre, y más en estacion tan fria, en Diciembre llegó muy temprano, sin ver en el tránsito ningun rostro que la sonriese, ninguna mano que la saludase, ningun obsequio ni felicitacion fuera de los frios obsequios y felicitaciones oficiales. Aquel mismo dia *La Democracia* puso á la cabeza de su número estas palabras de Mirabeau: «El silencio de los pueblos es una gran leccion para los reyes.» ¿Y qué sucedió? Dejemos hablar al mismo periódico, que daba cuenta así de sus desventuras.

«*La Democracia* de ayer ha sido denunciada. Hemos visto venir al señor juez de imprenta á nuestras oficinas, poner la mano sobre nuestros ejemplares, llevárselos, y apenas nos atrevíamos á creerlo. El conde Mirabeau, el fundador del sistema constitucional en Francia, y por consiguiente en el continente

europeo, el que arriesgó su vida y su honra por salvar á la rama primera de la dinastía de los Borbones, ha sido ayer denunciado en las columnas de *La Democracia*. Ahora pueden los señores jueces obedecer fielmente la circular del Sr. Corzo, del implacable fiscal supremo español, y darse á recoger en una espuerta los huesos de Mirabeau y lanzarlos allá en el Saladero, en la nueva inquisicion, en el templo que habeis levantado á la libertad del pensamiento.»

«¡Denunciar á Mirabeau! Al denunciarlo habeis denunciado todo un siglo, toda una revolucion. Era aquel hombre el espíritu nuevo que tronaba en palabras sagradas, en palabras inacabables, cuando la revolucion hacia estallar el viejo mundo feudal. Era aquel hombre la condensacion de las quejas de 15 siglos. Por eso su palabra tenia la grandeza de la justicia, el horror tremendo del castigo. Él mismo no sabia todo lo que se ocultaba en su cerebro, todo lo que hervia en sus pulmones de cíclope. Mirabeau es algo más que una persona, es la personificacion

de las revoluciones modernas con sus desórdenes, con sus violencias, pero con su luz inmaculada que tiñe toda la tierra.»

«Nuestro juez de imprenta se ha sentado sobre su sepulcro para pedirle cuenta de sus palabras. ¡Sus palabras! Buscadlas en las ruinas amontonadas por la revolucion, en las frias cenizas de la inquisicion apagada, en las ruedas del tormento rotas, en la Bastilla pulverizada, en el derecho divino, esa usurpacion de la Providencia, arrancado á la frente de los reyes. ¡Sus palabras! Han formado la atmósfera que respiramos, el aire de que vivimos, la luz que hay diseminada en esta sociedad, y es tan seguro que allá el señor juez de imprenta, en el interior de su conciencia, que no conocemos, en el secreto de su voluntad, que no escudriñamos, se rie de su propio ministerio, y conoce la ineficacia de sus secuestros.»

«El Oriente perseguia á los demonios, la Edad Media á las brujas, ahora perseguís á las ideas. ¿Podríais contener la risa si os presentaran algun reo ante los tribunales dicien-

do que estaba embrujado? Y sin embargo, aún subsisten leyes relativas á las brujerías y al mal de ojo. Pues bien: los venideros no creerán, cuando las ideas tengan todo el espacio infinito de la conciencia que Dios les ha concedido como á los astros el cielo, los venideros no creerán que las ideas hayan sido perseguidas en un siglo llamado de libertad y de progreso. Esto no puede subsistir mucho tiempo. Cada editor, cada escritor que cae en la cárcel es un golpe más dado en la honda huesa de los poderes tiránicos.»

«Pero no es solamente un crímen repetir palabras de Mirabeau; es un crímen hablar del cólera, un crímen recordar nuestras angustias, un crímen alabar la caridad del pueblo de Madrid, un crímen enaltecer la sociedad de *Los Amigos de los Pobres*, un crímen recordar por qué milagro de caridad se salvó el vecindario, un crímen poner una flor sobre el ataud de Ancares y de Zavala.»

«¿De qué hablaremos? *La Correspondencia* noticia el regreso de la Reina. Dice que algu-

nos obreros la victorearon en la puerta de la Casa de Campo. Conste que dice algunos. Añade que la mayor parte de los balcones se hallaban ornados. Conste que no dice todos. No habla nada de aquel entusiasmo que tan pintorescamente trazaban cuando el viaje de la reina á las Provincias Vascongadas, donde hasta los perros ladraban de frenético delirio. Conste que nada dice *La Correspondencia* de entusiasmo en Madrid. Nosotros, nosotros podemos asegurar que sólo oimos el doblar de las campanas, el redoblar de los tambores, el vibrar de los clarines, el rodar de los cañones, grande estruendo; nada más. Esta noche hace un gran frio. Madrid está á oscuras.»

La prensa moderada llegó á un exceso de susceptibilidad increible. Ante todo le pareció odioso que los demócratas hablásemos de la elocuencia del silencio. Como uno de los periódicos más leidos hubiera publicado en el mismo dia, un artículo bien inteligente por cierto, encareciendo la magnanimidad de la P[illegible] decidirse á regresar á Madrid, tam-

bien fué acusado de malévolo y sedicioso. ¿Pero qué más? Al ministerio mismo se le acusó de antidinástico y enemigo de las instituciones fundamentales por haberse permitido recordar «en una forma nueva y desusada,» ó sea por medio de una real órden á los generales moderados, la conveniencia de asistir á la ceremonia oficial, cuando como decia *El Pabellon Nacional*, siempre acostumbran los moderados, sin necesidad de tales recuerdos, rendir su respetuoso homenaje á la Reina.

Detengámonos un momento. No se trataba ya del partido democrático, siempre odioso por haber mostrado el audaz propósito de trasformar la naturaleza de todas nuestras instituciones: ni siquiera del partido progresista cuyas populares tradiciones que no habian sido perdonadas, sino del partido conservador mismo, de la más valerosa ya que no podamos decir tambien, de la más liberal de las fracciones del partido conservador. Que el vicalvarismo no ha mostrado constantemente un exceso de fervor monárquico, es

indudable: pero que ha prestado al trono y la dinastía, poco más ó ménos los mismos servicios que el partido moderado les haya prestado, es tambien exactísimo. Alguna vez, en 1854 por ejemplo, pudieron advertir los monárquicos sinceros cuán preciosa podia ser y fué de hecho su cooperacion. En 1856 no es aventurado conjeturar que al vicalvarismo debió el trono su redencion. ¿No se ha dicho además, sin que se contestase satisfactoriamente, que en 1865 como en 1858 los enemigos del órden público y de las instituciones, hubiesen llevado á cabo sus planes sin la inesperada presencia del general O'Donnell en los negocios públicos? Y sin embargo se acusaba en estos momentos vivamente al general y sus amigos de deslealtad; se le acusaba vivamente de varias tentativas peligrosas para la seguridad de las instituciones fundamentales, se le censuraba porque *habia retenido* á la Reina tanto tiempo fuera de Madrid, se le señalaba á la cólera de los in[illegible]ales hasta por haber aconsejado á la [illegible]e regresase á Madrid en un dia más

ó ménos próximo, en una hora más ó ménos solemne. Nadie suponia que semejantes acusaciones fuesen sinceras. No eran nada ó significaban mucho. No se vierten insinuaciones malévolas sobre la lealtad política del jefe de un gabinete monárquico, sino cuando los indicios de que falta á ella son tan graves que rayan en los límites de la evidencia.

Pero la verdad es, que el general O'Donnell á quien ante todo libraba de toda sospecha en este punto la tradicion monárquica que conservara durante la guerra civil, y de la cual no se apartaba en el fondo ni en los momentos en que más necesitado se veia del auxilio de las pasiones revolucionarias; el general O'Donnell no dió nunca pretexto para estos ataques. Si ha obrado á veces con cierta ligereza al tratarse de ciertos objetos, si ha recurrido en alguna á la fuerza para imponer su voluntad, no han obrado á su vez de una manera mucho más respetuosa los moderados sus enemigos, y por otra parte, hay que tolerar algo á una naturaleza más altanera que delicada; si adiestrado por un ejemplo

tan pernicioso como constante, ha vacilado poco en los medios, ante la seguridad de obtener un fin ardientemente anhelado. Pero el general O'Donnell ha reconocido á Italia se dirá. ¡Ah, es verdad! El general O'Donnell ha reconocido la obra de la revolucion italiana: el general O'Donnell no ha sido tan inepto, que creyese que podia conservarse la mitad del tiempo que el general Narvaez vivió sin modificar el *aspecto* del régimen actual, y ha ensayado una reparacion á la Universidad y ha detenido por algunos dias la persecucion á la imprenta y ha trasformado la ley electoral y ha solicitado una relacion cortés con Italia. ¡Desdichado! ¿Ignoraba por ventura que aquí no sólo estaba privada de favor la libertad, sino que por hipócritas que fueran hasta los homenajes á la libertad se hallaban proscriptos?

El principal objeto de la vuelta de la Reina fué asistir á una ceromonia oficial, á la apertura de las Córtes. Abriéronse las Córtes; otras Córtes nuevas abandonadas por el par-
beral en masa. No es posible concebir,

no es posible, por consiguiente, explicar el frio intensísimo á que habian llegado estas ceremonias oficiales. Se tocaban las campanas de las iglesias circunvecinas, se disparaban los cañones, se ponian unas cuantas colgaduras á las ventanas, se enarenaban las calles, salian coches de concha cubiertos de oro riquísimo, tirados por caballos que ostentaban lujosos plumajes en sus briosas cabezas; la córte desplegaba todo su lujo, los bordados cruzaban el pecho y las espaldas de los caballeros, las perlas y los diamantes parecian como llovidos sobre la frente de las señoras: todo cuanto podia mostrar explendor, se ostentaba allí; pero lo único que no parecia, lo único que no se sentia era el corazon del pueblo, que da calor á todos estos actos de la vida pública.

¡Qué diferencia de otros tiempos y de otras Córtes! Cuando se abrian, no ya aquellas Córtes del año diez, que llevaban en su seno la regeneracion de la pátria, sino los mismos Estamentos del año treinta y cuatro, la esperanza rebosaba en todos los corazones, el en-

tusiasmo salia de todos los pechos, llenando los aires con atronadores gritos. Nosotros, hemos visto tambien abrirse unas Córtes, en torno de las cuales se agrupaba todo el pueblo; nosotros hemos visto abrirse las Córtes Constituyentes de 1854. ¡Qué ansiedad tan grande en el país! ¡Qué deseo tan intenso de leer en el espíritu de los diputados y escudriñar sus intenciones! ¡Con qué afan seguian los pueblos á aquellos hombres, casi todos nuevos, que iban á abrir profundos surcos en esta tierra sedienta de libertad!

¡Todo háse cambiado, todo! Abrian unas Córtes en medio de la mayor indiferencia. Algunos curiosos acudian á las tribunas á ver el brillante espectáculo que ofrecia una córte de gala. Algunos diputados adictos al ministerio vociferaban, sin calor ninguno vivas, que se estrellaban en las paredes, vivas sin resonancia, vivas sin ecos. Despues de esto, muere todo, se acaba todo, y quedan unas Asambleas donde las artes de la intriga suceden á las antiguas artes de la palabra y la gran táctica parlamentaria; y el hielo

de la indiferencia cae sobre el corazon del país.

Repitióse, pues, la escena de todos los dias, la escena de siempre. Mucho bordado, mucha perla, mucho diamante; los ecos de las músicas, el estampido de los cañones, el redoblar de los tambores, el repicar de las campanas, todo, ménos los latidos del corazon del pueblo. Creimos notar que, no obstante las seguridades de la prensa oficial, la salud de la Reina estaba profundamente alterada. En algunos párrafos la emocion de su voz era tal, que velaba materialmente los conceptos. La apertura estuvo, pues, más fria aún que la atmósfera cargada de nieve.

En cuanto al discurso, ¿qué diríamos del discurso? Hacia pocos dias que al otro lado del mar se abria tambien un Congreso. Allí no habia bordados, ni entorchados, ni bandas, ni cruces, ni placas. Eran los que celebraban aquella ceremonia unos hombres sencillos, que creen que no hay en el mundo título superior al título de ciudadano. El oscuro hijo de un artesano, de un sastre, elevado

[redacted]

á la presidencia, al gobierno de aquella grandiosa nacion, leia un largo discurso. ¡Cuántos de problemas, cuán difíciles! El gobierno de nuevos Estados reconquistados al regazo de la patria; la suerte de cuatro millones hombres arrebatados á la esclavitud; el destino reservado á un ejército formidable, cuyas victorias son las más honrosas para el género humano; el cambio de la administracion militar por la administracion civil; el pago de una deuda crecidísima; un conflicto con Inglaterra por la cuestion de los beligerantes, otro conflicto con Francia por la cuestion de Méjico, y en medio de todo esto, ¡qué seguridad en lo presente, qué confianza en lo porvenir, qué sencillez de medios, qué admirable economía de recursos, qué grandeza de fines! Comparad el discurso que el presidente de los Estados-Unidos acababa de leer, con el discurso que los ministros responsables habian puesto en los lábios de la reina de España: comparadle, y á vuestra conciencia dejamos el juicio que de la comparacion re-

te.

El párrafo más importante del discurso era el relativo á Italia. ¿Se decia que el ministerio iba á mostrarse orgulloso de su obra; que iba á encarecerla altamente? Nada de eso. Dos palabras dichas de corrido, precipitadamente. Y al lado de esta concision, un largo párrafo en que se encarecia lo mucho que el gobierno estaba dispuesto á hacer por la Santa Sede, por el Padre comun de los fieles, por el poder temporal del Papa, todos los tópicos de los neo-católicos. Puede decirse que la union liberal arrojó el discurso de la corona á los piés de los obispos. Y, sin embargo, los obispos brillaban por su ausencia. Solamente se veia en aquel sitio al reverendísimo patriarca de las Indias, aquel que atribuyó al Espíritu Santo unos versos de Horacio. *La Regeneracion* habia triunfado sobre los obispos. De todos modos, unas Córtes más; pero de esas Córtes alejado, completamente alejado el país. Mucho ceremonial; debajo nada.

Por los últimos dias de Diciembre hubo en Madrid otra manifestacion política por extremo grave y significativa, de una gran tras-

cendencia, pues demostraba la inmensa impopularidad á que habia llegado la córte.

Si hay aspiracion noble, aspiracion generosa; si hay idea que pueda tocar en lo más íntimo de nuestro corazon como españoles; si hay trabajo digno de una generacion afortunada, es la union de España y Portugal. Estas dos naciones que habian sido una sola bajo el yugo romano, y bajo la dominacion visigoda, se separaron en aquel grande fraccionamiento que trajo naturalmente á España como á toda la Europa occidental la irrupcion del feudalismo. Sancho el Mayor de Navarra, respiró esta idea feudal allende el Pirineo, y la trajo al corazon de Castilla. Sus hijos, sus descendientes, olvidaron la idea germánica de la electividad de los reyes, y consideraron los reinos diversos como patrimonios particulares suyos, como una heredad, y los dividieron entre sus hijos. De aquí provino el error de aquel rey que no queremos nombrar, el error de dividir España y Portugal entre sus hijas. Portugal tuvo un gran fundador, uno de aquellos reyes feuda-

les, cuyo arreo eran las armas, cuyo descanso era pelear. Varias alternativas ha tenido la division de España y Portugal. Pero se hubieran las dos naciones enlazado poderosamente, si la casa de Austria no hubiera tenido aquella feroz política que fué la causa de todos nuestros males. Portugal conservó á la dominacion española, el hòrror que Bélgica, el horror que Holanda. Los pueblos hermanos quedaron separados para siempre por el cetro de hierro de la casa de Austria, más temible que la guadaña de la muerte.

Y si se examina la historia se verá que, unidos ó separados, siempre ha sido uno el espíritu de España y Portugal; uno su carácter, una su vida. Sangre celta y sangre ibera discurre por las venas de sus primitivos pobladores. Lusitano era sin duda el primer héroe que representa ante Roma el principio de nuestra nacionalidad. Los dos pueblos caimos en un dia al pié de la Ciudad Eterna. Los dos recibimos con cortas diferencias los mismos elementos germánicos. Los dos fuimos redimidos casi por unas mismas manos.

El jóven Alfonso V murió mártir de su fé al pié de los muros de Viseo. En Calatañazor soldados portugueses habia, en aquella batalla que quebrantó al gran coloso, el califato de Occidente. En el Salado, en la batalla que cerró al africano las puertas de España, habia tambien soldados portugueses. Y en el siglo décimo quinto, si nosotros descubrimos el camino del Nuevo Mundo, ellos descubren el camino del antiguo; si nosotros revelamos la tierra de lo porvenir, ellos revelan la tierra de lo pasado; y unos y otros, audaces navegantes, poblamos el Océano de leyendas, de maravillas, de milagros.

Y el trabajo social es el mismo. Cuando el feudalismo es vencido en España, es vencido en Portugal. La monarquía llega en los dos paises á un mismo tiempo; el feudalismo á su período de exaltacion en las dos grandes personificaciones del terror monárquico, en el siglo XIV. A un tiempo cayó en una y otra tierra el poderío de la nobleza. A un tiempo [illegible] ó la monarquía absoluta. A un [illegible] ó en el gobierno la filosofía del

pasado siglo; allí con Pombal, aquí con Aranda. Nos unió la guerra de la Independencia, en que defendimos una misma causa. Nos unió la guerra civil, pues á un tiempo entramos en las condiciones del régimen constitucional. ¿Quién será capaz de desconocer que España y Portugal deben ser una sola nacion?

Si es verdad que tiene una historia gloriosa, tambien la tiene Navarra que venció á Cárlo Magno; tambien la tiene Galicia que venció á los normandos; tambien la tienen las provincias Vascongadas que constituyeron una república; tambien Aragon que fué el modelo de la política de la Edad Media; tambien Cataluña y Valencia que dominaron el Mediterráneo; tambien Andalucía que civilizó al mundo con las escuelas de Córdoba y Sevilla, y envió al Atlántico los compañeros de Colon, los descubridores del Nuevo Mundo. No hay una provincia desde Asturias á Extremadura que no tenga una gran gloria que ofrecer, y á veces una nacionalidad que recordar. Casualmente los caractéres de nacion

que Portugal tiene, lo habilitan más para la union con España, una union á semejanza de la que existe entre los Estados-Unidos, basada en la descentralizacion política, en la descentralizacion económica, en la descentralizacion administrativa. Esta union es indispensable hoy que las dos naciones latinas constituyen dos grandes y poderosos grupos. Los medios de la union no hay para qué decirlos; sobradamente los saben por una larga esperiencia los pueblos modernos.

Casualmente Portugal daba entonces gloriosos ejemplos á la Península toda, de su adhesion á las ideas del siglo presente; esa adhesion que lo constituyen hoy en la Bélgica del Mediodía. La Constitucion se observaba por su rey con una fidelidad digna del finado Leopoldo. Sus Cámaras eran elegidas sin que se proscribiese sistemáticamente ningun partido. Sus obispos no se sublevaban cuando se trata de reconocer el reino de Italia. La prensa era completamente libre. Allí no habia escritores en la cárcel. El jurado ejercia en la 'stracion de justicia su admirable mi-

nisterio. El sufragio confinaba casi con el voto universal. La asociacion era permitida. La tolerancia religiosa completa. Discutiase el registro civil y el matrimonio civil, que arrancaban á la teocracia la tutela de la familia. Los aranceles eran muy bajos. Portugal era un pueblo libre. Su rey, lejos de tener escrúpulos indignos del siglo XIX, se ha enlazado con la hija de Víctor Manuel y habia entrado en la familia de Saboya, en el momento mismo en que el látigo de la excomunion caia sobre esa familia por el enorme crímen de haber salvado á Italia en Palestro y San Martino.

¿Se extrañará ahora el recibimiento que el pueblo de Madrid, en los dias últimos de Diciembre, dispensara al rey portugués? Por muy demócratas que sean los pueblos, y Madrid lo es mucho, no dejan nunca de estimar á reyes adictos al pacto constitucional, como lo son indudablemente los monarcas lusitanos. Verian con mayor satisfaccion á esos hombres, que como Lincoln, ó como Juarez, sostienen el pabellon de la democracia en el

Nuevo Mundo. Pero en el estado presente de Europa, en esta conspiracion tramada por el cesarismo de un lado y el neo-catolicismo de otro, para llevarnos á la dictadura ó á la teocracia, son todavía de apreciar aquellos reyes que no se dejan dominar por camarillas frailunas, y que viven dentro de la atmósfera de su siglo. Uno de estos es el rey de Portugal.

Madrid le dispensó la acogida más benévola, acogida que no dispensa este pueblo á todos los reyes. Lo mismo en el anden de la estacion que en la plaza de palacio; lo mismo en la plaza de palacio que en la Cuesta de la Vega; lo mismo en la Cuesta de la Vega que en el puente de Segovia, los vivas que se dieran no eran muestras de adhesion á una persona, á un monarca; eran vivas á las instituciones liberales tan en armonía con el espíritu del siglo, con el carácter de este gran pueblo de Madrid, que cada dia siente más la necesidad de entrar en el concierto de las naciones europeas por esas reformas que son la primera, la más sagrada de las emanci-

paciones posibles, la emancipacion del espíritu.

El sentido liberal del pueblo de Madrid no podia dejar en esta ocasion de dar una muestra de sus sentimientos de adhesion á la causa liberal. Esta y no otra es la significacion del grandioso espectáculo ofrecido por Madrid en la primera visita del rey de Portugal. Podia resumirse en esta fórmula: Todo por la libertad; nada con los enemigos de la libertad.

Y es de notar que el rey de España iba junto al rey de Portugal y veia las manifestaciones de ódio á su raza, mezcladas, confundidas con las manifestaciones de entusiasmo á la raza reinante en Portugal. Bien es verdad que el espíritu neo-católico llegaba á los últimos extremos de exaltacion y de fanatismo. Protegido por el episcopado y por la córte, publicábanse unas letanías lauretanas cuyo objeto era dar algun donativo al Papa envuelto en apotegmas religiosos, y en máximas católicas.

Tristes síntomas en verdad ofrecian las

[redacted]

antiguas creencias, las antiguas ideas. Al repasar los diarios neo-católicos, despues de leidas las letanías lauretanas, á la verdad nos quedábamos entristecidos, consternados. Para ciertas almas, para ciertos temperamentos que creen posible la vida en una sociedad sin ideal, en una sociedad sin aspiraciones á lo infinito, en una sociedad sin creencias, las letanías lauretanas, ó no significan nada, ó son asunto de pura risa, asunto de chistes más ó ménos fundados, de ironia más ó ménos fina, asunto de burla. Nosotros, sin dejar de compadecer tanta decadencia moral, tan profunda ignorancia; sin dejar de sonreirnos al cúmulo de insignes ridiculeces que contenian esas listas sacrílegas, sí, sacrílegas porque profanaban el sentimiento religioso; sin dejar de compadecer lo que es digno de compasion, ni de reir lo que es digno de risa; nosotros, allá en el fondo de nuestros sentimientos, en el *substratum*, digámoslo así, de nuestras ideas, lo que encontrábamos ¡ay! era una pena profunda al ver las creencias habian apoderado de los que tienen

exclusivamente á su cargo dirigir el espíritu religioso de un país tan grande como España.

La opinion estaba verdaderamente escandalizada. Ya no es la fé aquel aroma purísimo que llenaba de virtudes toda el alma. Ya no es la musa que inspiró á Calderon, que trazó las vírgenes de Rafael y de Murillo, que filigranó las agujas de la catedral de Búrgos, y levantó en los aires la asombrosa cúpula de San Pedro, para comunicar los sepulcros de las generaciones paganas con el cielo de los cristianos. La fé de nuestros neo-católicos, de los que escriben esas letanías patrocinadas por los obispos, impresas en los periódicos, recomendadas por las sacristías, esa fé es una odiosa bacante tomada del vino de todas las malas pasiones. En primer lugar, ¿qué fé es esa, que fé es esa que anda á campana herida publicándose en los periódicos? Esa fé se pareceria á una doncella que para mostrar su rubor saliese desnuda por la calle. «No sepa la mano izquierda el bien que haga la mano derecha.» «No os parezcais á

los escribas y fariseos que oran en el templo á gritos.» Así hablaba Cristo. La fé al uso es un mercado, la fé que los periódicos neo-católicos escriben á clarin herido y á tambor batiente, es una blasfemia.

El salir á luz tan descaradamente ya es un mal. ¡Pero si al ménos fuese pura! Mas vedla y horrorizaos. Cierta devota en versos que son una ofensa al sentido comun, y otra ofensa al sentido moral, llama á los revolucionarios hidras, y pide al cielo su exterminio. De suerte que esta Judit neo-católica seria capaz, por salvar la redaccion de cualquier periódico absolutista, de llevar un churí en la liga, y acometer con él despiadadamente á esas hidras, cuyo exterminio pide al eterno amor, á la bondad eterna. Otro llama hipócritas embusteros á los liberales de Italia, palabras envueltas en una nube de incienso, y dichas entre un par de casillas del rosario glorioso, ó del trisagio que Isaías oyó cantar én el cielo. Otra, en celebracion de la fiesta de María, in- [illegible] sacerdotes como Medina y como [illegible] añana creyera que debia matar-

los, en verdad los mataria despiadado *ad majorem Dei gloriam*. Uno le pide á la Vírgen, en latin horrible, que aplaste la cabeza de sus enemigos. De suerte que éste, no atreviéndose á coger una maza y hacer de los sesos de los liberales una tortilla, se lo encomienda á la Vírgen María, como si la Vírgen fuera algun capitan de asesinos. Un fraile pide, á la madre de Jesús, que aplaste la obra iniciada en el Calvario, la civilizacion moderna. Un catedrático del Seminario de Tuy, entre erupto y erupto, ha lanzado esta oracion salvaje, especie de bocanada de bílis y sangre sobre la Vírgen María durante todo el tiempo de las elecciones: *contere caput malignantium et Pio obsidiatium, sicut contrivisti caput serpentis.*

Pero continuemos. Un señor de Oviedo, para dirigir una oracion aceptable á la Vírgen, diserta largamente sobre la union liberal. Otro, de Bronchales, lanza sobre los reyes el siguiente párrafo, que si lo hubiéramos escrito nosotros anochecemos en el Saladero: *Santissime Pater, Dominus à dextris tuis*,

[redacted]

confregit in die iræ suæ reges. Otro llama al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo á esta obra de misericordia: «aplasta la impía francmasonería, que intenta insensata destruir nuestra santa religion.» Otro: «Confunde al dragon infernal y á sus secuaces.» Estos somos nosotros. Otro dice lo siguiente: *Non transibit per eam pollutus.* Otro le llama á Cristo capitan y le pide seis plazas de soldado para su hijo. ¡Capitan! ¡Qué profanaciones! Otro ruega á la Vírgen que salgan diputados reaccionarios de las urnas. La pluma se nos cae de las manos al ver profanado así lo más puro, lo más íntimo, lo más esencial que hay en nuestro sér, el sentimiento religioso. Esto es horrible, esto es verdaderamente escandaloso.

Pero no creais que llegan aquí las atrocidades. Hay más: hay un escándalo digno de la *Llave de Oro;* hay una proposicion, que es una blasfemia escupida á Dios. Léase esta proposicion tal como ha salido en un periódico que blasona de católico entre los católicos, y si nuestros lectores tienen la desgracia de

comprender todo su sentido, se horrorizarán como nos hemos horrorizado nosotros.

«Vírgen Santísima: así como toda la Beatí»sima Trinidad estuvo pendiente (á nuestro »débil modo de entender, pues nada sucede »en tiempo que no esté determinado desde la »eternidad) de vuestra resolucion para que »en vuestro castísimo seno se verificase la »Encarnacion del Divino Verbo; del mismo »modo lo estuvo de aquella excelentísima »union de vuestros Santísimos padres Joaquin »y Ana, de la cual fuísteis concebida.»

¿Puede darse una blasfemia mayor? El Criador pendiente de la criatura. El que hizo los cielos y la tierra sujeto á un sér inferior á él, muy inferior á él. La Vírgen María, elevada poco ménos que á la categoría de Dios, ¿qué? á la categoría de un sér superior á Dios. Una criatura elevada á ser una persona más de la Trinidad. Dios, aquel Dios cuyo nombre no se atreverian á pronunciar nuestros padres de Israel, por miedo de que les quemase los lábios, subordinado al matrimonio de Joaquin y Ana. ¿Puede darse una herejía mayor?

[redacted]

[illegible] actual como nos [illegible] por ambas partes. La idea [illegible] Dios-espíritu se ha [illegible] completamente en la enseñanza. Durante la Edad Media, [illegible] solo templo [illegible] la vida. Y ahora, [illegible] la idea del [illegible] sino que se [illegible] sacrílegamente á María sobre Dios. De ahí esos libros devotos, que son [illegible] esos sermones, que se olvidan de las eternas leyes de la moral; esas invocaciones, á veces ridículas; el [illegible] sustituido por una especie de paganismo que recuerda las fiestas de Venus y de Adonis; y el clero puesto al servicio de una escuela política como Sila [illegible] cuando se arruinaba el Capitolio, ponia los dioses romanos al servicio del Senado espirante.

Y mientras se toleraban estas [illegible] de supersticion neo-católica, en la carcel yacian editores, redactores de periódicos libe- [illegible] imas de sañudas persecuciones ó [illegible] venganzas.

Un periódico, esta obra enciclopédica, donde todas las ideas encuentran espacio, todos los hechos anales, todas las artes ecos, todos los problemas desarrollo, todos los dolores desahogo, todas las aspiraciones fórmulas, todas las grandes batallas aliento; un periódico, este libro inmenso que todos leen y que todos escriben; que descompone como el iris los matices de la luz y lleva en su seno como la nube los relámpagos de la tempestad; que es acaso, como la Agera en Atenas, como el Foro en Roma, el sitio donde se congregan todos los tribunados, donde cantan todos los amores por las ideas, y donde rugen todos los ódios; instrumento que no tuvo ninguna antigua revolucion, misionero de que no dispuso ninguno de los reformadores que han, con su idea ó con su palabra, volcado un mundo y engendrado otro; el periódico es hoy, en este inmenso caos donde tantos nuevos elementos sociales se agitan, la obra más penosa, la que más sudores cuesta, la que más vida consume, la que ménos satisfacciones procura; pero al mismo tiem-

[redacted]

po la que tiene más trascendental influencia sobre la vida y sobre las costumbres; y por esto, sin duda, es el blanco de las iras de los gobiernos reaccionarios; la víctima que demandan en su furor y en su despecho, para vivir una hora más todas las tiranías espirantes.

Escasa defensa en verdad. ¡Para sostener un trono ahogar un periódico! Desde el fondo de sus cárceles anunciaban los perseguidos humildes á los perseguidores omnipotentes la hora suprema de su ruina.

No de otra manera el pobre solitario que la Roma imperial perseguia, aseguraba desde el lecho de cenizas ó desde la rueda del tormento la apocalíptica caida de Roma; y el libre pensador que la Inquisicion ó la monarquía entregaban á las llamas, presentia que de sus huesos calcinados íbanse á levantar chispas de electricidad y de luz bastantes á encender en fé las conciencias, y á consumir las protervias del despotismo.

Este don de la fé y de la esperanza sola-

mente se acrisola en la desgracia, y á veces Dios lo concede sólo á los ignorantes y á los humildes. Pero á este don se debe el doble milagro que intentan todas las revoluciones: la caida de los privilegios y su sustitucion por los derechos. Como la corteza del globo, no es más que la petrificacion de aglomeraciones infinitas de despreciables átomos, la corteza de la sociedad, acaso no es más que la condensacion de la sangre de generaciones innumerables de oscuros mártires. Los apóstoles que el orgulloso romano antiguo no entendia; los oscuros frailes que el alto clero de la Roma católica no se dignaba oir; los puritanos despreciados por la soberbia de la aristocracia inglesa; el estado llano á quien la monarquía absoluta no queria alojar en los antiguos palacios por miedo de que con su sombra los manchase, y que iba á un desmantelado juego de pelota á prestar sus juramentos; estos séres despreciados y despreciables, en el criterio de la reaccion y del privilegio, han creado con sus ideas, con su sudor y con su sangre el mundo del derecho,

ese mundo donde el alma se dilata, y brilla eternamente la justicia. En todas las revoluciones se repite el ejemplo de Holanda; el mendigo triunfa del déspota.

Las ideas democráticas se hallan esparcidas por todas las conciencias, y se condensan, y al condensarse forman un nuevo sistema social. Sucede con las ideas lo que supone la cosmogonía que sucede con los astros. Una gran porcion de sustancia cósmica disuelta, disgregada, precede á su formacion. A los ojos vulgares, esa sustancia cósmica disuelta en los cometas, es una espada de fuego que amenaza al mundo, y á los ojos escudriñadores y penetrantes, esa sustancia cósmica es el anuncio del nacimiento de un nuevo mundo, de un nuevo planeta. Pues bien, las ideas, los sentimientos, las aspiraciones democráticas han compuesto un nuevo estado social, cuya fórmula se halla en todas las conciencias, y cuya realidad debe pronto, muy pronto hallarse en el espacio. No habia un dolor que quejára, desde el dolor que siente la ıcia esclava, hasta el dolor que siente

la tierra estéril; y cada una de estas quejas llamaba un remedio, y cada uno de estos remedios era una reforma, y en cada una de estas reformas se contenia toda la democracia. Los pueblos saben hoy que no pueden volver al absolutismo, pero saben tambien que no pueden permanecer en el doctrinarismo falso y corruptor. Así como antes de 1789 las quejas de los clubs, de las sociedades secretas, de las juntas generales de elecciones, de los comicios, llegaron á formar toda la revolucion, y á dar en tierra con el sistema absoluto y el sistema feudal, así entonces en España, todo el mundo, pedia las reformas que constituyen el símbolo del partido democrático. Era necesario, era indispensable, pues, fundar una nueva sociedad sobre estos nuevos sentimientos, porque en todos tiempos, cuando el sentimiento y la idea han ido por un lado y las leyes y el gobierno por otro, en abierta y reñida oposicion, se han engendrado más tarde ó más pronto, pero necesaria, indefectiblemente, las crisis terribles y sangrientas.

No hay que dudarlo. La trasformacion del sentido político se realizaba en nuestro tiempo, á nuestra vista, de la misma manera que se realizaron todas las trasformaciones precedentes. Así como en los realistas de 1823 se encontraban inconscientes los soldados de 1836, en las huestes que hasta entonces se habian sacrificado por esta ó por la otra Constitucion histórica, se encontraban las huestes que desde entonces en adelante se santificarian por la Constitucion natural de los pueblos, es decir, por la democracia. Todo aumento, así de la vida moral, como de la vida material; todas las asociaciones, así científicas, como industriales; todos los descubrimientos, desde la máquina que aprisiona el rayo y le obliga á escribir la palabra humana, hasta la máquina que mueve la aguja de coser; todos los movimientos políticos, en un sentido ó en otro, desde el afortunadísimo de Nápoles, hasta el infortunado de Aspromonte; toda reforma, desde las políticas que Gladstone prometia á la aristocrática Inglaterra, hasta las sociales que Johnson afirmaba

en Virginia; toda manifestacion del arte verdadero, desde las notas que se escapaban al piano bajo los trémulos y cansados dedos de Rossini, hasta los Comuneros y Puritanos que trazaban la mano jóven y febril de Gisbert, todo este aumento de vida, de ideas, de aspiraciones inquietas y sublimes, todo es revolucion, todo es democracia, porque todo viene á aumentar el magnetismo de los sentimientos de libertad y de igualdad que se encierran en nuestro glorioso siglo.

Cada treinta años cambian los sentimientos y las ideas aun entre aquellas naciones más apegadas á su tradicion y á sus costumbres. No hay en la Europa continental ningun país tan tradicionalista como España. Pues bien; en 1605 éramos esclavos de la Inquisicion y de los frailes, y en 1719 luchábamos á porfía con Roma: desde las visiones histéricas del Ente dilucidado, especie de delirio nacido de la fiebre devota, íbamos á dar en el regalismo atrevidísimo de Macanaz que casi anulaba el poder de Roma, y en la crítica de Feyjóo que entraba en el santuario

y arrojaba las reliquias antiguas á la calle. En 1753 España siente necesidad de paz con Roma, necesidad de paz con el mundo entero, firma su Concordato, establece su neutralidad; y en 1767 espulsa los jesuitas y abre aquella larga contienda con la Santa Sede que acaba por anular á los de Loyola, el ejército organizado y permanente del Papa: sacude la paz poco más tarde, y rompe la neutralidad, y se empeña en larga lucha con Inglaterra por favorecer dos ideas, que vienen á ser como la negacion de toda la historia precedente, la independencia y la República en América. En 1795, por ejemplo, somos el pueblo de María Luisa y de Godoy, el pueblo de los manolos, de los chisperos, de las duquesas dadas al toreo, de las intrigas cortesanas, de las conspiraciones del Escorial, de las serviles complacencias, del murmurar sigiloso, del consentir eterno, el pueblo que solo podia inspirar á Goya sus admirables cartones y á D. Ramon de la Cruz sus admirables sainetes, dos grandes caricaturas; y somos el pueblo de la epopeya, el

pueblo en que cada ciudadano es un hombre de Plutarco, cada familia una legion de mártires, cada legislador un profeta del siglo, cada ley un golpe de muerte á la monarquía absoluta, á la suprema Inquisicion, al invasor convento; y la luz que sale de Cádiz, y el fuego que sale de Zaragoza y de Gerona, iluminan é incendian al mundo, y entre las ruinas amontonadas por quince siglos de tiranías sin número, reaniman y levantan á Italia y Grecia, las dos Sibilas de la historia.

Hoy los demócratas tenemos ya nuestro ideal hecho nacion; nuestra utopia hecha verdad. Cuando mirábamos antes á los Estados-Unidos, cuando contemplabámos su bandera con sus estrellas, las negras sombras que entre esas estrellas habia, contrastaban la fuerza de nuestra creencia, y desanimaban el impulso de nuestra voluntad. Hoy el ideal se ha purificado completamente; hoy se han redimido los Estados-Unidos sobre las ruinas de Richmond, la proterva Babilonia de donde han salido tres millones de esclavos conver-

[redacted]

tidos en hombres. La democracia moderna tiene ya su ideal realizado. ¿Qué revolucion antigua podrá compararse á esta revolucion que sabe fijamente á dónde se dirige? Todos los grandes movimientos del espíritu humano han tenido un ideal confuso, á veces oscurísimo. El ideal de Tácito era la Germania cubierta de sombras; el ideal de Gregorio VII el imperio antiguo aplastado bajo seis siglos de catástrofes y ruinas; el ideal de Leon X, la Grecia muerta, enterrada con su corona de Acantho en los campos de Queronea, doblemente talados por Mahomet y Bayaceto; el ideal de Maquiavelo, los engaños, las perfidias, las llagas morales y materiales de Tiberio; el ideal de Campanella, el sacro augusto universal imperio en provecho del César, que Gregorio VII no habia podido resucitar en provecho del Papa; el ideal de Rousseau, un mundo artificioso que él llamaba de la naturaleza, y que en realidad, estaba tan lejos de la naturaleza como de la sociedad; todos los apocalipsis sociales han sido igualmente fantásticos, sombras en el horizonte, sueños en

la conciencia, que, sin embargo han atraido y han aguijoneado, mejorándolo, al hombre, á ese eterno viajero del progreso. Siempre le ha sucedido á la humanidad lo que á una de sus grandes personificaciones, lo que á Colon, que buscando Asia, se encontró América; que buscando el oro de los imperios enterrados, encontró el oro nativo de los pueblos vírgenes; que buscando el mundo de lo pasado, se encontró el mundo de lo porvenir.

Pero nosotros no; ¡ah! nosotros tenemos nuestro ideal realizado en los Estados-Unidos, en una nacion que es hoy la maestra de las naciones. Mientras la vieja Europa, que apenas puede sostener el peso de sus ejércitos espirituales y materiales, con sus Iglesias privilegiadas, con sus césares, con sus gobiernos que parecen omnipotentes, con sus aristocracias petrificadas, con sus Congresos, que ni siquiera representan la voluntad de unos cuantos afortunados, con sus altas Cámaras oligárquicas, con sus naciones destrozadas, como Polonia y como Venecia; ¡ah! se encorva y envejece bajo el doble peso de una

inmensa deuda sobre su tesoro, y de una inmensa decadencia sobre su espíritu; la jóven América, en el espacio que se estiende desde los mares de Terranova al golfo mejicano, y desde las fronteras del Atlántico hasta las fronteras del Pacífico; en aquellos bosques, antes inesplorables, en aquellos rios antes infranqueables, ha planteado la democracia, ha concedido la libertad absoluta al pensamiento, inviolabilidad á la conciencia, universalidad al sufragio, asociacion al trabajo, el municipio al gobierno de los pueblos, el Congreso al gobierno de los Estados; el jurado como base de la organizacion judicial; la igualdad de los ciudadanos como base de la organizacion social; la amovilidad y la responsabilidad del poder como base de la organizacion política; por toda contribucion la aduana, por toda censura la opinion pública, por todo límite á cada derecho, el derecho de los demás hombres; y á la luz de estos principios, que despiden el calor de la verdadera [illegible] se han juntado los representantes de [illegible]s razas, las ideas de todas las sectas,

los esfuerzos más titánicos del trabajo humano y en pocos años aquellos Estados han centuplicado su poblacion, extendido ciudades riquísimas sobre el desierto, y ciudades flotantes sobre los rios; creado instituciones mercantiles que valen por una nacion, y escuelas rurales que valen por una universidad; y cuando se les creia apegados á la materia, incapaces del heroismo; con su Sherman y su Grant, han eclipsado los generales de la República francesa; con su Lincoln han burlado todos los cálculos de la política; con sus ejércitos de millones de hombres que dejaban en pos de sí abandonados sus heridos, sabian que los iban á recoger los ejércitos de la fraternidad y de la caridad, y á albergar porque hospitales ambulantes más grandiosos que los palacios de nuestros reyes, con sus ejércitos han mostrado su abnegacion; y con redimir tres millones de esclavos han conseguido que así como el polo inmóvil de la vida religiosa moderna es el calvario de Cristo, el polo inmóvil de la vida social sea eternamente el capitolio de Washington.

[redacted]

La verdad es, que todo el mundo sabia ya lo que deseaba la democracia; todo el mundo sabia que deseaba la democracia el sufragio universal, la libertad completa de la prensa, el *Habeas Corpus* para la seguridad individual, la inviolabilidad del espíritu y del hogar, derecho de reunion, derecho de trabajar libremente, derecho de comerciar libremente, credito libre, enseñanza libre, unidad de legislacion, abolicion de la pena de muerte, Jurado, Iglesia independiente, Universidad independiente, Municipio independiente, Provincia independiente en todas las atribuciones que le son propias, legislacion liberal, muy liberal en las colonias, abolicion completa de la esclavitud, desamortizacion, desestanco de la sal y del tabaco, supresion de los consumos y del papel sellado, rebaja de los aranceles, con lo cual se aumentarian los rendimientos fiscales y se podrian disminuir las contribuciones como en los Estados-Unidos y en Suiza; abolicion de las quintas y matrículas de mar, desamortizacion de minas, las salinas, venta de todos los edificios que no

hubiera menester el Estado, difusion de la enseñanza primaría, hasta lograr que todos los españoles sepan leer, y que la instruccion deje de ser una de las atenciones del Estado para convertirse en la más alta y más lata de las funciones sociales: todas las manifestaciones de la libertad, la consagracion completa del derecho.

Definir la idea, concretarla, era lo primero. Las ideas se definen, se concretan por medio de la contradiccion. A cada sacudimiento, á cada batalla que con las sectas afines tuvo por cuestion de principios el partido demo-crático, se aclaraban más y más sús ideas, pudiendo decirse entonces que habia cesado la hora de la controversia y que habia sonado la hora de la accion. En su polémica con el partido progresista, mostró en una época de indudable gloria, que la democracia no podia admitir ninguna limitacion del derecho, que no podia consentir ninguna ley que atentase á la integérrima autonomía de la personalidad humana. En su lucha con las sectas que desconocen los derechos individuales, la de-

mocracia mostró que sostiene para todo, lo mismo para la política que para la economía, lo mismo para los problemas que afectan al espíritu que para los problemas que afectan al estado social, sus dos ideas fundamentales de libertad y de igualdad. Definido, concretado, puesto en artículos explícitos y clarísimos, esplicado amplísimamente, impreso el dogma radical en todos los corazones y en todas las conciencias, era ya la época de pensar en el triunfo real de la idea, la época de pensar en su aplicacion práctica, directa, á esta sociedad. Para tal fin, no bastaba con la idea; era precisa la accion. Y para obrar, los partidos necesitan contarse, los partidos necesitan organizarse. Y se trabajó mucho, muchísimo por la organizacion.

Es verdad que ha habido grandes inconvenientes, verdad que hemos tocado algunas dificultades. Pero no puede aún asegurarse si han sido estas mismas dificultades abultadas por nuestros enemigos, signos de vitalidad ó de decadencia. En la cosmogonia social sucede lo mismo que en la cosmogonía fisi-

ca. Ciertas manchas blanquecinas del cielo que están muy lejos, son para nuestros ojos un vapor, una nebulosa, algo etéreo que confina casi con la nada, y son para el telescopio del astrónomo un hormiguero de soles. Ciertas luchas en la sociedad, por dolorosas que á primera vista sean, purifican y encierran gérmenes maravillosos de futuras y poderosas organizaciones. Lo cierto es que habíamos resuelto un problema. Lo cierto es que la reunion del cinco de Noviembre, con su innumerable público, con sus numerosos votantes, con su órden y concierto, con sus discursos, cuyos comentarios todavía se escribian en la prensa, todavía se perifraseaban en las públicas conversaciones despues de dos meses; la reunion del cinco de Noviembre habia mostrado que el partido democrático era un todo perfectamente armónico, el cual resolvia sus contradicciones y sus luchas interiores en una sola idea. Ya no podia decirse de la democracia aquello que se dice de los globos aereostáticos, se ha encontrado el secreto de elevarlos, pero no se ha encon-

trado la máquina para dirigirlos. El partido democrático tenia su idea que lo elevaba sobre todos los partidos, su programa; tenia ya su mecanismo que lo impulsaba resueltamente á sus fines, la organizacion.

El partido democrático tenia ideal, tenia organizacion. Su espíritu se encarnaba en rigoroso cuerpo robustamente organizado. Por todas partes se veia brotar la llama de la nueva idea. Por todas partes se veian surgir los legionarios del humano progreso. España ardia toda entera en el espíritu nuevo. El único enemigo formidable que contrastaba nuestras esperanzas y hacia vacilar la luz de nuestro ideal era el formidable imperio de Napoleon Bonaparte.

Parece imposible, pero el pueblo locuaz por excelencia, el pueblo-orador de la historia moderna, el pueblo sensible como las mujeres, y atrevido como los héroes, el pueblo de los discursos y de las canciones, el pueblo francés callaba. En su silencio, en su inaccion, parecia no sentir ninguna idea, y no obedecer á ninguno de los impulsos de la

civilizacion moderna. Mientras ese pueblo inglés en el cual sostiene una rivalidad que se estiende desde Azoncourt hasta Waterlóo, afirma cada dia más sus libertades, y anda más cada dia hácia el sufragio universal; mientras esa Italia que antes parecia el país de los muertos, engendra las Asambleas de las discusiones audaces y los ejércitos de la gloriosa independencia; mientras esos Estados anglo-americanos tantas veces motejados de no tener ni una gota de sangre para vivificar las ideas emancipan á sus negros; mientras la España de los frailes y de los inquisidores abraza la causa de los revolucionarios y de los filósofos; mientras la Rusia bárbara convierte sus siervos en hombres; y la Suecia feudal abre su constitucion á los principios de 1789, Francia se dormia al parecer bien hallada en su tranquila, si ignominiosa, tutela.

¿Será posible que el pueblo francés no entienda de la libertad nada más que la anarquía, ni de la autoridad nada más que el despotismo? ¿Será posible que el pueblo francés

haya incendiado al mundo con su revolucion para caer luego en una paz perdurable y deshonrosa? Lo cierto es, lo indudable es, que la historia no recuerda una decadencia tan grande aunque recorra los fastos de todos los imperios, ni la elegía podrá llorar nunca bastante un mal tan profundo aunque tuviera todas las lágrimas y todos los lamentos de Job y de Jeremías. Si no hay decadencia semejante á la de Constantinopla, que del seno de la civilizacion griega y romana, cae bajo la mano del sultan y la cimitarra de los turcos, resta averiguar si hubiera sido posible que sucediese esto en una Constantinopla conmovida por tres grandes revoluciones democráticas, habitada por los primeros guerreros y por los primeros escritores de Europa, señora de una tribuna cuyos ecos trasformarán la conciencia del mundo, convertida en el centro de la civilizacion, en el cenáculo de la libertad.

La Francia que se gloría de haber destrozado el feudalismo y la monarquía absoluta; de haber estendido por el mundo los princi-

pios de la igualdad civil; de haber triunfado en cien campos de batalla con solo entonar la Marsellesa; de haber hecho de su idea un incendio donde se han consumido todos los errores, y de su revolucion un contagio donde se han acabado todos los tiranos; la Francia era, despues de Rusia sin duda, el pueblo más brutalmente esclavo. No habia resorte de dignidad moral, no habia inspiracion de la conciencia libre, no habia movimiento del espíritu, no habia idea alguna de las que mantienen el carácter y fortalecen la vida que hubiera podido resistir á la continua y letal influencia de la política cesarista. Un ejército innumerable, una administracion bien semejante al ejército, una policía que estaba en todas partes como los espías y los esbirros del imperio romano, el hábito de la servidumbre militar habian convertido á Francia, que en 1789 y en 1793 era un pueblo de Gracos, en un pueblo de esclavos. ¡Cuán cierto es que el bien mayor de la vida, el resorte principal de todas las grandes acciones, la inspiracion más pura de todas las ideas será eternamente la libertad!

[redacted]

[illegible] por donde [illegible] desarrollo. Al-[illegible] historia suponen el ce-[illegible] en la raza latina. [illegible] adolecen [illegible] ninguna de esas [illegible] De raza latina es Italia [illegible] que se [illegible] libertad á [illegible] es Portu-[illegible] de raza latina [illegible] la as-[illegible] extraño á [illegible] no logró [illegible] disemina-[illegible] de la [illegible] de este siglo no logró [illegible] fortuna y de la [illegible] que aparecen á nuestros ojos fas-cinados entre el humo de los combates y el relampaguear de las revoluciones con todos los pr[illegible] de las nuevas [illegible] y de los rios.

[illegible]

inteligencias privilegiadas de Italia como la única esperanza de domar aquella eterna peró fecunda anarquía de las ciudades italianas durante la Edad Media. Lo acarició Santo Tomás, lo elevó á los ojos del mundo para animar el poder de los Papas; lo ensalzó Dante, lo creyó dueño de la tierra, heredero del imperio de los asirios, de los medas, de los griegos, de los romanos, protagonista en la cambiante escena de la vida moderna, centro de la historia, vínculo que recibió en la Europa cristiana Carlo-Magno de manos de Constatino, Othon I de manos de Carlo-Magno por medio de una série inacabable de sucesores; ornó este ideal con los reflejos de su génio, lo fortificó con la hiel de su cólera, lo invocó en aquellas sentencias que han quedado grabadas en la mente de Italia como un eterno dolor, cual si su pluma estuviera enrojecida en el fuego mismo del infierno; hizo todos estos prodigios de génio tan sólo para arrancar el poder de los papas romanos con el poder de los Césares alemanes; y cuando Maquiavelo volvió á invocar una monarquía tan

[redacted]

uniforme, tan implacable, tan vengativa, tan inmoral como la de Tiberio, y creyó encontrar su ciencia en la política de Fernando V, y su realidad en la persona de César Bórgia; cuando Maquiavelo desenterró el podrido cadáver del cesarismo en los campos de la antigua Roma, lo desenterró para castigar á la Italia del siglo XVI: sus infamias; sus córtes babilónicas donde reinaban todos los vicios; sus reinos improvisados y destruidos no como obra de hombres sino como juegos de niños; sus repúblicas dictatoriales y sus monarquías plebeyas; sus tribunos cortesanos y sus palaciegos oradores; sus frailes adorando las Venus desenterradas de la antigüedad y sus creencias enterradas en sus orgías sin término; su heroismo inútil y sus ostentosos sacrificios; sus coros de artistas conquistando lo infinito y sus legiones de guerreros cayendo á los piés de extrañas gentes; para castigar á Italia, la primera de las naciones por su génio celeste y por su posicion en la tierra y la última por la infamia de sus hijos; nacion necesitada entonces de que la desperta-

ran con terror infinito en la rueda de todas las tiranías y en la merecida prueba de todas las desgracias.

El ideal del cesarismo ha sido constantemente en Italia un sueño vago, un sueño bien extraño en verdad, á la civilizacion latina de los tiempos modernos. ¿Cómo ha reaparecido, sin embargo, despues de las revoluciones y ha reaparecido en Francia? Culpa en parte de la fatalidad; culpa de la misma revolucion. Europa coaligada contra la primera revolucion, pudo crear el cesarismo militar de Napoleon el Grande. Pero en 1848 ¿quién creó ese cesarismo astuto, burocrático, incierto, sin norte seguro, sin idea fija; especie de dictadura ignara y voluntariosa, que despierta á Italia y deja degollar á Polonia; que arranca á la casa de Austria la corona de hierro en Lombardía y le dá la corona de Itúrbide en Méjico? Francia nada tenia que temer de Europa en 1848. Los tiranos todos habian sentido vacilar sus tronos al grito de «Viva la República» que lanzaba París, la capital del género humano. Ya habia cambiado comple-

[redacted]

tamente el destino de la revolucion. En vez de temer Francia la invasion de Europa, temia Europa la invasion de Francia. Pesth, Viena, Berlin, Roma, se habian levantado como una nueva legion de ciudades aqueas, sublime anfictionado de la democracia, que pudo sucumbir por culpa de todos en su primera eflorescencia; pero que revivirá mañana en los Estados-Unidos de la Europa del porvenir.

El cesarismo reapareció por culpa de las clases medias francesas, que fueron traidoras á la democracia; por culpa de los republicanos que creyeron cortar la organizacion monárquica, cortándole la cabeza, cual si el cuerpo social fuese como el cuerpo humano, el cuerpo social que necesita especiales instituciones para cada forma de gobierno; por culpa del pueblo, principalmente, que nunca llegó á entender la austera virtud de la libertad.

Y de esta desconfianza en la libertad, ¿quién tuvo la culpa, quién sino la utopia so-
c... Habia por espacio de más de treinta
...ado la esterilidad de la primera

revolucion, el menosprecio de las formas políticas, la guerra de las clases cuando todas debian confundirse y mezclarse en el derecho, la economía de la amortizacion de la tasa y del privilegio en vez de la economía moderna, la virtud de las facultades del Estado en vez de la virtud de la libertad, una especie de paraiso sensual, grosero, semejante al de Mahoma en lugar de la severa sencillez de la democracia, el imperio económico, el pontificado industrial, el convento del trabajador; y cuando la revolucion buscaba un pueblo hambriento de justicia, capaz de derramar su sangre por el derecho, encontró un pueblo egoista sediento de goces, capaz de seguir al primer César que le diese pan y circenses, que acallara el ruido de la libertad, y le hartara el estómago. Pecaron gravemente. Pero nosotros al ver á Francia, la esclarecida madre de la revolucion, aún esclava podíamos decir como los judíos siervos á orillas de extranjero rio: *Patres nostri peccaverunt et non sunt, et nos equitates eorum portavimus.*

El partido liberal español veia en Luis Na-

poleon obstáculos insuperables, si no á los proyectos revolucionarios, á las soluciones revolucionarias. Una parte, quizá la menor en número, pero la mayor indudablemente en importancia á causa de la virtud de su idea, una parte del liberalismo soñaba con la república. Y sabia que la política de Bonaparte era contraria radicalmente, contraria á expansion tan grande y extrema del sentimiento liberal. Así, ora por los obstáculos que la censura oponia á la libre expresion del pensamiento, ora por habilidad y por táctica, el partido republicano callaba su idea y reducia sus aspiraciones á un puro destronamiento de la dinastía. Con esto adivinaba en su instinto que el problema republicano, la necesidad de entregar la nacion á sí misma, venia lógica, necesariamente, brotando antes del seno de los hechos que de las combinaciones de los partidos. Un hombre de mérito extraordinario y de convicciones arraigadas, el Sr. Olózaga, pensaba en sustituir la dinas-
España en el caso de que cayera al
revolucionario, con la dinastía de

Portugal. Pero no se ocultaba al partido republicano cuán difícil era esta sustitucion, y en el caso de realizarse, cuán frágil. Halagaba, pues, con empeño este ideal del hombre de Estado, y se gozaba en la idea de que una vez destronada la antigua familia real, su única sustitucion posible era la nueva república democrática. En esto, dos asuntos embargaban por completo la opinion pública. Era uno el recibimiento hecho al rey de Portugal, y era otro la conjuracion del general Prim. Todo el mundo sabia que el general Prim llevaba urdida con grande sagacidad una conjuracion militar. Este general, que se confundiera con la union liberal durante mucho tiempo, destacábase de la union liberal despues de la guerra de Africa, en que habia recogido tantos y tan brillantes laureles. Esta actitud suya, y el crédito que gozaba en palacio, decidieron á O'Donnell á enviarle como general en jefe á la expedicion mejicana, con lo cual se libraba de un competidor temible en la córte y de un revolucionario en el ejército, y quizá en las calles. Ya en Méjico, sus

[redacted]

arranques á favor de la república y en contra de la intervencion, le unieron estrechamente al partido liberal y le separaron de los unionistas y de su jefe. La política seguida por Prim en América disgustó á todos los conservadores de España. Conociendo el general, de suyo muy astuto, que nada podia esperar del partido conservador, se afilió resueltamente en el partido liberal. De pronto su conducta se redujo á sostener en los suyos la esperanza de que el poder iria legalmente á sus manos por la libre voluntad de la Reina. Pero convencido de que esto era una ilusion, y nada más que una ilusion, dióse á conspirar. El ministerio Mon-Cánovas, que descubrió una de sus conspiraciones, malograda en el cuartel llamado de la Montaña, lo desterró á Oviedo. Levantóle su destierro el general Narvaez, y desde entonces no cesó un punto en su conjuracion. A consecuencia de los sucesos del 10 de Abril, apareció en la tribuna un momento en son de amenaza y de desafío á la tiranía del general Narvaez. Caido Narvaez, O'Donnell creia tener en sus manos

el ejército y poder desafiar así las maniobras del general Prim. Cuál no seria su asombro cuando de los destacamentos de caballería apostados en las cercanías de Madrid sacó Prim un número considerable de soldados, que se apartaban hasta de sus jefes para seguir las banderas de la revolucion. Todo el mundo sabia que con aquellas fuerzas el general Prim no triunfaba; pero todo el mundo comprendia que aquella sublevacion acababa con el prestigio militar del general O'Donnell. El que habia dirigido el ejército, el que lo habia organizado, el que habia sido su jefe, se encontraba con una sublevacion militar que le heria en mitad del corazon. Los supersticiosos se daban á pensar en la coincidencia del levantamiento de Prim, verificado en los primeros dias de Enero, con el paso por Madrid del rey de Portugal, verificado en los últimos dias de Diciembre. Pero nada tenia que ver un acontecimiento con otro acontecimiento. En la manifestacion al rey de Portugal no hubo tanto una muestra de entusiasmo á este monarca como una

muestra de repulsion á los monarcas españoles.

Luego se supuso al Sr. Castelar que se asociara á una manifestacion en la cual entraba como una parte principal la adhesion á un monarca. El Sr. Castelar se defendió en los términos siguientes:

«Cuando vemos hundida la patria, pobre el Tesoro, decadentes la literatura y el arte, dormido el pensamiento, débiles todos los gobiernos, mal seguras nuestras libertades; el comercio en completa parálisis, en ruina la industria, en vigor aun la intolerancia, como si estuviéramos en los tiempos de la Inquisicion; nuestro pueblo, el pueblo de las gloriosas guerras y de los descubrimientos increibles anulado ante Europa, sin voz en los congresos de sus gobiernos, sin peso en la balanza de sus destinos ¡ay! no podemos ménos de comparar y medir en nuestra mente desde el fondo de este abismo, lo que somos aislados y mutilados y lo que seriamos si lle-
s á unir la península, reintegrándonos
ra nacionalidad, con el Pirineo y los

dos mares por frontera, y el espíritu moderno, el espíritu de libertad, por inspiracion y por guia.»

«Nosotros maldeciremos siempre el absolutismo, no tanto por haber ahogado nuestras antiguas libertades, más vigorosas que las libertades inglesas; no tanto por haber corrompido nuestro carácter, más templado para la democracia que el carácter flamenco y el carácter suizo, como por haber esparcido estérilmente los huesos de nuestros padres en las orillas del Danubio, del Sena, del Rhin, en las costas del Mediterráneo y del Atlántico, del mar Pacífico y del mar del Norte, en los Alpes y en los Andes, sin haber reconcentrado tanta fuerza en nuestro suelo y dádonos al ménos á cambio de la esclavitud abyecta en que caimos, la unidad y la grandeza de la patria. El absolutismo está tocado de una completa esterilidad. Vanagloriándose de su unidad, despues de sacrificar á este principio todos los principios, á este ideal todas las ideas, concluye por desmembrar los pueblos sobre los cuales domina. No hay tres despo-

[redacted]

tismos tan fuertes, tan gigantescos, como el despotismo de los Césares sobre Italia, el despotismo de los emperadores sobre Alemania, el despotismo de los Austrias sobre España. Ninguno de estos tres poderes alcanzó la unidad. Tras los Césares los bárbaros; tras los emperadores los pueblos y los príncipes protestantes; tras el absolutismo austriaco, la pérdida de Gibraltar y la desmembracion de Portugal; propio castigo de esos gobiernos que imaginan en su orgullo frisar con el cielo, y como la estátua de la escritura, vacilan y caen faltos de la ancha base de la justicia.»

«Los reyes absolutos españoles sin embargo, comprendieron la necesidad de la union. Los matrimonios concertados por Doña Isabel la Católica lo están diciendo á voces. El enlace del César, de Cárlos V, de aquel jóven heredero del mayor imperio conocido en el mundo con la humilde princesa de Portugal, dice cuán arraigada estaba la idea de la unidad ibérica en la mente de los reyes, y el pósito de realizarla en su voluntad. Pero o el absolutismo es la injusticia, el mal,

la soberbia arriba, la servidumbre y el envilecimiento abajo, no podia dar ningun fruto que no fuese venenoso. Los tiempos que vivimos unidos con Portugal bajo el pesado cetro de los Austrias, son el mayor obstáculo para que podamos hoy vivir unidos bajo el blando cetro de la libertad. Murió enterrado en los arenales del Africa, con sus mejores huestes, D. Sebastian, última sombra de la andante caballería de la Edad Media; héroe en el momento en que el heroismo iba á morir; poeta práctico cuando el análisis sustituia á las antiguas intuiciones, á la inspiracion antigua que habian guiado al hombre por la tierra en tiempos de más fé; rey que deseando ensanchar dominios estrechos á su inquieta ambicion, sin oir la voz de sus consejeros que le instaban para conservar lo heredado, se lanzó á una cruzada, con las creencias religiosas y los levantados propósitos de un Godofredo de Bouillon, al cual se parecia si no en la fortuna en la exaltacion de la fantasía, en la limpieza de las costumbres, en el olvido de todo placer, en el anhelo de toda

gloria, y al lanzarse en tan poéticas empresas, enterró consigo en su propio abrasado sepulcro abierto por el simoun y la guerra en las arenas del desierto el reino de sus padres, cuya historia era una leyenda de maravillas, y á cuyos piés dormian como tributarios los mares que bañan la cuna misma del sol ganada por sus incomparables héroes, por sus audaces navegantes.»

«Con la nacionalidad portuguesa moria en un triste hospital aquel gran poeta que al escribir las Luisiadas, habia escrito al propio tiempo, no el poema de la guerra como Homero, no el poema de la teología como el Dante, sino el poema del trabajo, el poema, por consiguiente, del porvenir. Todos estos recuerdos debian unirse en la mente exaltada, en la fantasía oriental de los portugueses para obligarles á llorar la caida de la pátria y á recordar siempre con envidia los tiempos de su independencia. A su libertad sucedieron las hábiles intrigas del diplomático Mora, las sangrientas batallas del duque de Alba, el potismo asolador de Felipe II, la imbeci-

lidad de sus sucesores entregados á torpes favoritos, la Inquisicion por toda luz, los monasterios por toda vida, los vireyes delegados de un despotismo bárbaro por todo gobierno, la incomunicacion con los pueblos protestantes por todo comercio, la muerte moral y material por todo porvenir. ¿Qué habian de hacer? Lo que hicieron los castellanos con Padilla, los aragoneses con Lanuza, los italianos con Masaniello, los holandeses con Guillermo de Orange, los valencianos con Juan Lorenzo, los andaluces con sus caudillos de las Alpujarras, los catalanes con sus héroes de la guerra que tan admirablemente escribió Melo: protestar contra aquel bárbaro despotismo que á un tiempo oprimia y deshonraba á los pueblos. La protesta escrita con sangre se ha trasmitido de generacion en generacion como un legado sacratísimo de libertad, de independencia, como un testimonio irrefragable de odio á todas las tiranías. Mientras signifique esto, nosotros no podemos ménos de acatarla. ¿Pues no hemos convertido en un altar el cadalso de Padilla?»

«Pero las enemigas sañudas entre los pueblos deben cesar y cesarán, porque los reunen los derechos de una misma libertad, la vida de una misma nacion, los intereses de una misma causa, los espacios de un mismo cielo y de una misma tierra. ¿Qué somos hoy separados? Nada. Bélgica que es un puñado de tierra, vale más, importa más, significa más que nosotros. ¿Y qué seríamos mañana unidos? La primera de las naciones de Occidente, tan grande como Francia por su territorio, tan comercial como Inglaterra por sus costas, tan bella como Italia por la hermosura de sus expléndidas regiones y la inspiracion de sus artes. No se trata de una conquista, no se trata de abdicar siquiera la autonomía propia de ambos pueblos. En los grandes principios de libertad que hoy dominan la vida política; en la descentralizacion administrativa que hoy exige la ciencia de gobernar á los pueblos, la unidad puede existir sin confusion, y nuestra vida nacional crecer sin necesidad de sacrificios ni de abdicaciones. La gran nacionalidad

de Occidente con sus municipios populares, con sus provincias independientemente administradas, con sus puertos francos al comercio por la libertad, con su Estado reducido á dar seguridad á los ciudadanos y á cumplir y realizar todos los derechos, con un solo ejército y una sola marina y una representacion sola en el extranjero, uniendo á esta grande confederacion las posesiones que tiene en todos los mares limpias del militarismo y de la esclavitud, ofreceria el más bello de los espectáculos que jamás pudo ofrecer el siglo décimo-nono, y seria la mayor y más segura de todas las garantías para la paz de todos los pueblos, para la prosperidad de toda la tierra. Si esto es un sueño, es un sueño por el cual daríamos toda nuestra vida.»

«Nótase no ya en Europa, sino en todo el mundo, un gran movimiento hácia la unidad, un movimiento incontrastable. Los Estados-Unidos, por no romper el lazo federal que los unia, han hecho el mayor y más prodigioso de todos los esfuerzos que guarda su historia. Las hazañas de los tiempos épicos se han re-

[illegible] de Richmond, y las [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] por la [illegible] [illegible] la pá- [illegible] [illegible] Méjico, [illegible] Los már- tires de [illegible] en su expedi- [illegible] otro [illegible] Plata por el [illegible] En Europa ese [illegible] mayor todavía, [illegible] Desde las [illegible] que tuvie- [illegible] Ipsilante, y por principal cantor á Byron, hasta las subleva- ciones que han concluido por recabar las islas Jónicas, todos los hechos de la Grecia moder- na se explican por el grande sentimiento de la unidad de la pátria. Allá en las vertientes del Norte de los Alpes, lo mismo sienten los [illegible]os republicanos, que los ilirios escla- [illegible]a cual en la porcion geográfica y en

la nacionalidad que le ha tocado en suerte, menosprecia las diferencias de historia, de religion, de costumbres, para fundir en una sola raza todas las familias afines, como si tuvieran un solo espíritu. Desde la guerra de los treinta años hasta la guerra que ahora comienza, los alemanes de corazon levantado siempre han combatido por la unidad de la pátria. Muerta, enterrada está Polonia; los caballos de los desiertos tártaros han nivelado y juntado la tierra de su sepulcro sobre el cual no nace ni la yerba; y cada diez años no parece sino que los huesos de sus héroes se reaniman al soplo de una resurreccion providencial para recordar al mundo que aun hay allí el espíritu de una grande nacionalidad, que descuartizada y repartida entre los déspotas aún existe allí la unidad de Polonia. De Italia no hablemos. La fé perseverante de Mazzini, el talento político de Cavour, la heróica espada de Garibaldi, han hecho de ese pueblo dividido entre varios régulos feudales y bárbaros una de las naciones más libres, más poderosas de Europa. Las fronteras se

[illegible] veces se acaban, el [illegible] por la telegrafía y el va- [illegible] pueblos con otros, y en [illegible] del espíritu moderno [illegible] las unidades in- [illegible] de las nacionalidades para [illegible] que se ha de llamar en [illegible] libre de los Es- [illegible] de Europa.

[illegible] y portu- [illegible] queremos nos- [illegible] europea? ¿Nos [illegible] que como la [illegible] toda nuestra histo- ria? [illegible] en la vida, en que no [illegible] con todo el espíritu europeo. La [illegible] se oia en Alemania, re- suena en Sevilla, en Cadiz, y la llevan las olas de nuestros mares hasta las riberas de la ignorada América. La cadena eléctrica que une los pueblos y les lleva el sacudimiento de esa chispa que se llama idea, no se ha roto [illegible]stro siglo. Seguimos á Europa en to- [illegible]s trasformaciones, ó preparamos las

trasformaciones europeas. Cuando Alarico entra por los Alpes, Ataulfo por el Pirineo: cuando San Gregorio desposa á los lombardos con la Iglesia y San Bonifacio á los germanos, San Leandro en España á los godos; cuando el espíritu católico y romano se estiende en Bretaña merced á San Fructuoso, en Besanzon merced á San Claudio, en Inglaterra merced á San Teodoro, se estiende en España merced á San Isidoro y Julian; cuando el grande imperio Carlovingio se funda bajo la unidad católica en Francia, bajo la unidad mahometana se funda en España el califato de Córdoba; cuando el terror religioso se estiende por toda Europa con la aproximacion del año mil nuestros padres ven pasar la sombra del diablo en Almanzor, que descompone desde las piedras del sepulcro de Santa Eulalia, hasta las del sepulcro de Santiago; cuando el feudalismo se establece con los barones normandos, Sancho el Mayor trae la idea de la patrimonialidad de los reinos al centro de la Península; cuando la unidad monárquica comienza á fundarse en Fran-

cia con San Luis, en España comienza también á establecerse con San Fernando y Jaime I, como el terror monárquico se estiende á un tiempo en el siglo décimo-cuarto con Pedro IV y Pedro el Cruel, como más tarde se funda la diplomacia monárquica por Fernando el Católico y Luis XI; y en los grandes tiempos de los descubrimientos y del trabajo, en ese período sublime que cierra la Edad Media y abre la Edad moderna, cuando la brújula señalaba una ruta en el vago oleaje del mar; y la imprenta alzaba la inmortalidad sobre el devorador abismo del tiempo; y el lente escudriñaba los espacios y leia los secretos de los astros; y la pólvora hacia saltar en mil pedazos los castillos feudales; y el arte salia del seno de los conventos como el ave del huevo y se elevaba á lo infinito tendiendo por la inmensidad sus alas libres; y la ciencia mataba la autoridad del antiguo maestro, la tradicion de la escolástica; y renacia la Grecia resplandeciente aún de juventud y de hermosura con su lira en la mano y su corona de acanto en las sienes; y Venecia

hollaba con sus áureas naves el Mediterráneo: Portugal penetraba con Vasco de Gama en el Oriente, en los rios sagrados que habian mecido la cuna de los dioses; y Colon, en su nave, solitario, entre dos abismos que parecian amenazarle con la nada, sublevada su tripulacion, al descubrir en aquella última noche de su esperanza la luz vacilante que le anunciaba la tierra, descubria en realidad el ara gigantesca ornada de guirnaldas sin fin, saludada por coros de aves sin número, exuberante de vida y de poesía.

Cuando estábamos en estas discusiones vino la nueva de que el general Prim se habia sublevado, poniéndose al frente de varios tercios de caballería que flojamente perseguidos se internaron en Portugal. El Gobierno dió las órdenes siguientes que á la letra copiamos.

«Ministerio de la guerra.—*Real órden.*—Hace tiempo que el gobierno de S. M. tiene noticias ciertas de que se conspira para alterar el órden público, esperando quebrantar la lealtad del ejército. El gobierno obrará,

[redacted]

[illegible] época tranquila, encerrándose dentro del círculo legal, y fundándose en la sensatez del pueblo español, que siente la necesidad de la paz para salvar sus intereses interiores y exteriores. Pero habiéndose sublevado en el cuartel de Aranjuez los regimientos de caballería de Borbon y Calatrava, abandonando sus [illegible] y [illegible] por un comandante, es llegado el caso de adoptar las medidas extraordinarias que [illegible] dentro de las leyes á fin de evitar que [illegible] con aquel suceso [illegible] los enemigos del orden para causar mayores y más importantes perturbaciones. Fundándose en estas consideraciones, cree el Consejo de ministros que sería conveniente que V. E., en uso de sus facultades, declare en estado de sitio á Madrid y su distrito. Por ese medio se volverá la tranquilidad al ánimo de los hombres honrados, y será más fácil impedir la [illegible] de cualquier proyecto revolucio[illegible]norando la efusion de sangre y [illegible]acias que son consecuencia del

uso de la fuerza. Resuelto el gobierno á emplearla hasta donde sea necesario para mantener el respeto á las leyes, espera que V. E., revestido con estas facultades extraordinarias y legales, proceda con toda energía y sin contemplacion á tomar cuantas disposiciones juzgue convenientes para reprimir á los enemigos de la Constitucion del Estado.

Lo que comunico á V. E., para su conocimiento, encargándole se ponga de acuerdo con las autoridades civiles de las provincias de este distrito, á quienes se comunican por el ministerio de la Gobernacion las órdenes oportunas. Dios guarde á V. E. muchos años. Madrid 3 de Enero de 1866.—O'Donnell.—Señor capitan general de Castilla la Nueva.»

«GOBIERNO DE LA PROVINCIA DE MADRID.

Don José de Osorio y Silva, duque de Sesto, gobernador de la provincia de Madrid.

Noticioso hace tiempo el gobierno de S. M. de los trabajos que se hacian para alterar el órden público, ha permanecido encerrado dentro del círculo legal, confiando á la vez

[redacted]

que en la vigilancia de los funcionarios encargados de ejercerla, en la sensatez del pueblo español que siente la necesidad de la paz, pero habiéndose sublevado en Aranjuez los regimientos de caballería de Bailén y Calatrava, capitaneados por un comandante, es llegado el caso de adoptar las medidas extraordinarias que caben dentro de las leyes a fin de evitar que aprovechándose los enemigos [illegible] puedan causar mayores perturbaciones. En su consecuencia, y cumpliendo lo dispuesto por el gobierno de S. M. en Real órden de esta fecha he resignado el mando en la autoridad superior militar del distrito la cual desde este momento queda encargada de la conservacion del órden público.

Lo que se anuncia al público para su debido conocimiento. Madrid 3 de Enero de 1866. — Duque de Sesto.»

«CAPITANÍA GENERAL DE CASTILLA LA NUEVA.

— [illegible] idoro de Hoyos, marqués de Zorno- [illegible] general del distrito de Castilla la [illegible], etc.

Habiéndose sublevado los regimientos de caballería de Bailén y Calatrava en la villa de Aranjuez, y visto igualmente que el excelentísimo señor gobernador civil de esta provincia ha resignado su autoridad en la mia, en uso de las facultades que en tales casos me competen, y en cumplimiento de las órdenes del Gobierno,

Ordeno y mando lo siguiente:

Artículo 1.° Declaro en estado de sitio las provincias que comprende el territorio del distrito militar de mi mando.

Art. 2.° Serán sometidos al Consejo de guerra ordinario, que se reunirá en la forma que dispone la ley 8.ª, título 17, libro 12 de la Novísima Recopilacion, los reos de los delitos de rebelion y sedicion, sus cómplices y auxiliadores, y penados con las penas señaladas por las leyes.

Art. 3.° En lo que se refiere al orden público, todas las autoridades civiles obedecerán mis órdenes y las de los gobernadores militares de las provincias respectivas.

Art. 4.° En lo que toca á los negocios co-

munes y delitos no comprendidos en este bando, las autoridades civiles y los tribunales continuarán en el ejercicio de sus funciones.

Consumada la rebelion criminal, estoy resuelto á sofocarla y castigar á sus autores con el saludable rigor de la ley, cuyo cumplimiento forma el lema del gobierno de su majestad, y es indispensable para la salvacien de la patria.

Dado en Madrid á 3 de Enero de 1866.—Isidoro de Hoyos.—*(Gaceta del jueves 4 de Enero de* 1866.*)*»

A consecuencia de esto la prensa tuvo que interrumpir sus trabajos desde el dia 3 de Enero, en que el general Prim salió en armas de Madrid, hasta mediados de Marzo, en que los periódicos, y especialmente el periódico democrático, inauguraban sus tareas de la siguiente manera:

«Reanudamos hoy nuestras rudas tareas, y las reanudamos con la fé de siempre, con esa fé que es la única luz de nuestra inteligencia, el único consuelo que nos queda en nuestras

grandes adversidades. Y al reanudar nuestras tareas, la primer palabra que á la pluma se escapa es la palabra que está en todos los lábios, la palabra que está en todas las conciencias, la palabra revolucion. No se crea que hablamos de las alteraciones más ó ménos hondas del órden público; no se crea que hablamos de motines, de sediciones, no; hablamos de esa fuerza misteriosa, no definida todavía, bien semejante al movimiento del oleaje en el mar, del viento en la atmósfera, de la sávia en el campo, á la renovacion toda en la naturaleza; fuerza de tal intensidad y de tal carácter, que al siglo presente se le llama el siglo de las revoluciones. Todos los que deseen renovar esta sociedad, dar á su conciencia una nueva idea, á sus leyes un nuevo derecho, á su gobierno una nueva forma, á su economía una nueva fuerza, todos son revolucionarios. Mas se necesita para ejercer este ministerio con aquel explendor y aquella gloria que lo han ejercido los grandes tribunos, los grandes reformadores, á veces maldecidos é inmolados por su tiempo,

[illegible] sacrificios y bendiciones por [illegible] revolu- [illegible] con propósitos [illegible] sacerdote para [illegible] se profesa una [illegible] para sentir y [illegible] la justicia [illegible] guerra sin [illegible] egoístas, [illegible] gobiernos [illegible] [illegible]dose [illegible] to- [illegible] [illegible]ada [illegible] reforma- [illegible] redimi- [illegible] [illegible]lse.»

[illegible] revolucionario [illegible] de un pueblo, [illegible] se necesita [illegible] grande y [illegible] esa idea con una fé muy profunda. El [illegible] mire principalmente á su propia perso- [illegible] el que reduzca todo su sér al hori- [illegible]sible de sus ambiciones, y no lo di-

late al infinito de toda la historia, jamás logrará curar ni una siquiera, ni la más leve de las enfermedades sociales. Y lo que decimos de los indivíduos, decimos de los partidos, esos indivíduos superiores, que tienen una organizacion tan real y una vida tan verdadera, como la organizacion, como la vida misma del hombre. Necesitan los partidos que han de ser revolucionarios para remover el suelo que pisan, para trasformar la sociedad en que viven, tener un ideal muy luminoso, y adorar ese ideal con una fé muy pura. Los partidos que crean posible intentar una revolucion, el sacrificio de un pueblo, el abandono de leyes antiguas, de antiguas costumbres, á las cuales se adhiere siempre la vida, valiéndose solo del aguijon de mezquinas ambiciones, no alcanzarán nunca, absolutamente nunca, una verdadera revolucion, es decir, una reforma radical y profunda. A medida que más electricidad se derrama sobre el sentimiento de los pueblos; á medida que se derraman más ideas sobre sus conciencias, se eleva su razon, se fortifica su carácter; y

[redacted]

por lo mismo, se mueven y se sacrifican solo por grandes, por trascendentales reformas que abracen toda la vida. Con agitar estérilmente solo se consigue perturbar la vida. Los desórdenes sin motivo, son accidentes pasajeros que postran a los pueblos; las revoluciones son las grandes, pero saludables crisis que les dan la robustez del cuerpo y del espíritu."

La fuerza primera de un cambio, de una trasformacion social, es una idea, rodeada de grandes intereses. Fué necesario para derribar la sociedad antigua que se elaborara por cinco siglos la metafísica, capaz de corroer todos los privilegios religiosos. Fué necesario para destruir la sociedad de la Edad Media el nacimiento de la reforma que inició la teocracia, y el descubrimiento de la pólvora que destruyó los castillos feudales. Fué necesario para derribar la sociedad fundada en el derecho divino, pasar sobre ella el rasero de la revolucion. Holanda realizó su revolucion en el siglo XVI, para conquistar la libertad religiosa; Inglaterra en el siglo XVII,

para sustituir una dinastía absoluta con una dinastía parlamentaria; Francia en el siglo XVIII, para destruir el feudalismo, como América para escribir en la conciencia del mundo con caractéres indelebles el ideal de la democracia. Solo por grandes ideas se renuevan las épocas, y solo por grandes impulsos se mueven los pueblos.»

«Por estas razones puede asegurarse que solamente hay una bandera que lleve hoy entre sus pliegues el viento de la revolucion por el mundo. Esa bandera no tiene colores indecisos, medias tintas, no; lleva en sus pliegues franca, resueltamente, la salud de los pueblos enfermos, la esperanza de los esclavos, la luz del espíritu nuevo, el ideal de la verdadera política. Esa bandera está solo en las manos que tienen hoy la llave del porvenir, en las manos del partido jóven y robusto que trabaja por la renovacion social.»

«Y de esta verdad se deducen dos grandes enseñanzas, una para los gobiernos, otra para los revolucionarios. ¿Quieren los gobiernos evitar los motines estériles? Pues abran paso

á las ideas revolucionarias, dejemos derramar su aliento vital en todos los espíritus. ¿Quieren los partidos liberales abrir un surco muy hondo en la tierra, y plantear reformas muy trascendentales? Pues apréstense cada dia más á los principios únicos que pueden traer la salvacion social, á los principios del derecho nuevo, á los principios profundamente reformadores.»

«Pedirle á un pueblo que se sacrifique por una idea incierta, por un propósito inseguro, agitando á sus ojos una bandera incolora, es pedirle un imposible. Los grandes esfuerzos solo se emplean para las grandes reformas. Por eso el partido democrático debe procurar hoy con más fuerza, con más fé que nunca, unirse íntimamente dentro de sí; y recabar con dignidad y entereza la inauguracion de todas las reformas, como dueño que es de la fórmula única posible en todo progreso. Nada de someter, no ya su dogma que es la elaboracion de tres siglos de grandes trabajos inte-

...es; su dogma que es la doctrina social, ... y más comprensiva de cuantas se

conocen, no ya su dogma, pero ni siquiera su conducta, su accion, á ningun otro partido, y mucho ménos á fracciones que puedan querer más bien la agitacion de un dia para fines limitados y parciales, que la reforma profunda, radical, para el fin supremo de nuestra completa regeneracion.»

«Nosotros queremos la union de todos los liberales cuando se siente una gran necesidad de reforma, cuando el malestar social es profundo, cuando son muchos los desheredados de todo derecho, justo es que muchos concurran á la obra comun de la libertad. Sin embargo, aunque vengan de distintos puntos, en un fin todos han de estar conformes. Cuando ménos, haya conformidad en algo, no sea que despues de tantos trabajos, despues del largo martirologio con que hemos llenado nuestra historia, los trabajos sean estériles, y lo que es más cruel, infecunda la sangre de los martirios. Pues qué, ¿no basta con la historia? La confianza de los liberales, su ciego candor, han traido más que la fuerza de nuestros enemigos, la reaccion del 23, la

reaccion del 43, la reaccion del 56; las tres reacciones más tristes y más capitales de nuestra historia, de las que proviene nuestra raquítis intelectual y nuestras miserias morales. En 1820, sobre nuestros hombros se levantó La Bisbal; en 1843, sobre nuestros hombros se levantó Narvaez; en 1856, sobre nuestros hombros se levantó O'Donnell. No conocimos que en las coaliciones maquiavélicas sucumben siempre los mejores. Nada, pues, de coaliciones inciertas. Para pactarlas de nuevo, porque altos deberes de patriotismo lo aconsejen, seguridad en los propósitos, seguridad en los fines, no sea que tengamos que llamar enemigos el dia de la victoria á los mismos que en el dia de la adversidad hemos llamado hermanos.»

«No reconvenimos á nadie, no acriminamos á nadie. Donde quiera que haya un esfuerzo por la libertad, allí está nuestro impulso. Donde quiera que sucumbe algun trabajo empleado á favor de la libertad, allí sucumbimos nosotros. Repetimos aquel célebre dicho de un guerrillero español «General, quie-

ro ser de los muertos.» Pero conste que hay dos cosas que los partidos no deben sacrificar nunca en aras de nada ni de nadie: su dignidad y su idea. Sobre todo, antes de procurarnos estas ó las otras alianzas, pensemos con madurez en realizar nuestra propia union; trabajemos con extraordinario celo por juntarnos todos en una misma organizacion, ya que estamos juntos en un mismo pensamiento. Antes de enemistarnos unos con otros, de maldecirnos unos á otros, de perdernos en esa metafísica de personalidades que puede ser causa de nuestra ruina, pensemos en reivindicar con una energía sin ejemplo la accion política para la democracia, como es hoy para la democracia la idea capital de nuestro siglo. Los que tienen una idea, lo tienen todo. Maquiavelo, entre los resplandores del Renacimiento italiano, envidiaba la sencillez de la pobre Helvecia. Dejemos á otros partidos sus ambiciones, y busquemos los demócratas la libertad por la union de todos nuestros esfuerzos. Hemos logrado que todo el país sepa lo que le importa, y esté

apercibido á conseguir lo que le interesa. Hemos logrado tener un símbolo como no lo tiene ningun otro partido, el manifiesto del 15 de Marzo. Pensemos en seguir una política enérgica, la única política salvadora, aquella bajo cuyos auspicios inauguramos nuestra publicacion hace más de dos años: LA UNION DE LA DEMOCRACIA ESPAÑOLA.»

Pero el general O'Donnell en su ceguera, para contrastar la grande agitacion revolucionaria, solo pensó en un monstruoso proyecto de dictadura.

«Estamos verdaderamente escandalizados, decia un escritor de oposicion, como á estas horas se escandalizará todo el país. No podemos comprender lo que pasa; creemos soñar. Si estamos despiertos, si es verdad, bajo la mano de O'Donnell se consuma para siempre la ruina de la patria. El ministerio, este ministerio, el más fatal, económicamente considerado, de cuantos han regido nuestro país; el ministerio O'Donnell, que ha tenido la triste desventura de ver en su tiempo los valores públicos más bajos que en el desastroso

tiempo de la guerra civil; el ministerio O'Donnell que ha ido mendigando de puerta en puerta como un pordiosero, una limosna; el ministerio O'Donnell, que ha sido engañado torpemente por unos cuantos caballeros ingleses, que han aparecido y desaparecido por escotillon; este ministerio incapaz, impotente, desastroso, pide para sí, para sus torpes manos acostumbradas á desconcertar nuestra Hacienda, nada ménos que una dictadura económica monstruosa, un voto de confianza omnímodo para arreglar aquellas cuestiones que sólo pueden arreglarse en discusion pública, á la faz del mundo, con la intervencion completa del país, porque se trata de su fortuna y de su honra.»

«No se concibe una demencia semejante; no se concibe una ceguera tan insensata; no se concibe ese delirio de amor propio, de egoteismo desenfrenado. El gobierno pide autorizacion para cobrar los presupuestos, como si se hubieran discutido; autorizacion para rebajar los sueldos á los empleados, con tal que no sean los temibles militares; autorizacion para

subir y bajar los gastos públicos á su antojo; autorizacion para barrenar todas las leyes, para suprimir todo cuanto le venga en mientes, para atropellar todos los derechos; autorizacion para arreglar la cuestion de cupones, esa cuestion cuya moralidad solo podria conocerse en la piedra de toque de la discusion pública; autorizacion para subir la fuerza pública al número que le parezca; autorizacion para emitir una cantidad tal de papel que los treses españoles no se querian ni para envolver especias en una tienda de ultramarinos. Esto es lo que pide el ministerio del general O'Donnell, y estos son los sacrificios inmensos que se van á imponer á nuestro malaventurado país.»

«¿Para qué queremos el régimen constitucional? Una de sus mayores ventajas, aquella por la cual tantos sacrificios han hecho los pueblos, es la pública discusion de todo, pero muy especialmente de los asuntos económicos. Al ménos por ese medio los pueblos saben cómo se usa de su fortuna. Pero estos
uradores del régimen constitucional han

comenzado por tender un velo espesísimo sobre la discusion de la fortuna pública; han impuesto silencio á la tribuna en aquellos asuntos en que es más necesaria, en que es indispensable su voz.»

«Dos artículos únicamente tiene la ley, y en esos dos artículos varios párrafos. Por el primer párrafo el gobierno vuelve al sistema bravo-murillista, al sistema de pedir autorizacion para cobrar los impuestos, y despedir luego á las Córtes. De esta manera la discusion de los presupuestos se imposibilita cada dia más. De esta suerte el régimen constitucional expira. Con autorizaciones de este género mataron nuestros monarcas absolutos las antiguas Córtes.»

«El Gobierno pide autorizacion para descontar su sueldo á los empleados públicos. Pero nótese una particularidad; sí, una particularidad que indica bien la ruindad y el miedo del gobierno. A las clases civiles se les descuenta; pero á las clases militares, no. Con esto se manifiestan bien claramente dos cosas: primera, que siendo la mayor parte del

presupuesto la parte militar, las economías serán nulas; y segunda, que estamos en los tiempos de los pretorianos, esos tiempos que preceden á la decadencia de las naciones, á la muerte de los imperios.»

«El Gobierno pide, además, que se le conceda autorizacion para variar los servicios establecidos por leyes especiales. Pues bien, si esto no es atacar todas las leyes, variarlas á antojo del gobierno, francamente, no sabemos lo que es. El gobierno pide modestamente que el poder legislativo abdique en sus manos todas las facultades, todos los derechos, todo aquello que verdaderamente constituye su vida. Esto equivale á pedir al poder legislativo el suicidio.»

«El gobierno pide que le autoricen para arreglar la cuestion de los cupones. Muchas veces hemos dicho que esta cuestion no podria arreglarse sino por un gobierno en que confiara vivamente el país. Muchas veces hemos añadido que esta cuestion no podria arreglarse sino á la luz del dia, con un exámen muy prolijo, con una muy larga controversia, des-

pues que todos los derechos se hubieran medido, despues que todo se hubiera pesado, despues que la dignidad del país hubiera quedado en el lugar que de derecho le corresponde. Y una cuestion de esta clase, una cuestion que sólo podria ventilarse bien en una amplísima contienda parlamentaria, y resolverse por una ley que tuviera todos los caractéres de tal, bien concebida, bien examinada; una cuestion así se quiere arreglar dictatorialmente, por las inspiraciones de un ministro á quien tantas veces han burlado los ingleses.»

«Y por último, el ministerio pide que le autoricen nada ménos que para subir el ejército; es decir, para aumentar los gastos, para aumentar el déficit, para enconar más y más las heridas del país, para concluir de esterilizar nuestra agricultura, para matar nuestra industria, para subir el presupuesto doscientos millones más; en fin, para seguir desgobernándonos y oprimiéndonos.»

«Y despues, una nueva emision de títulos como corona de todo este edificio. Pues si nuevamente se emiten títulos, ¿á dónde va-

mos á parar? Cuando los emitió el Sr. Castro, la union liberal clamó contra aquella inmensa ruina. Y ahora que la Bolsa está desierta, que la cotizacion oficial está bajo cero, que el país se arruina en una de las más espantosas crísis por donde ha pasado desde los primeros dias de su historia, ahora se van á emitir nuevos títulos, para que lleguen á tal depreciacion en el mercado, que no tengan valor algùno, y se hunda la fortuna nacional y vayamos á la bancarrota.»

«Vosotros los que os soleis mostrar indiferentes á la política; vosotros los que decís que nada quereis saber de los asuntos públicos, ved si os interesan ó no; ved hasta qué punto está en ellos comprometida vuestra suerte, vuestra propiedad, vuestro trabajo, vuestros ahorros, la paz de vuestras familias, el pedazo de pan que repartís entre vuestros hijos. Mirad, comprended ahora cómo la falta de celo en defender la libertad os puede llevar hasta el extremo de quedaros en la desgracia, de caer en la más completa ruina. Un g[illegible] imprevisor, un gobierno ciego, uno

de esos gobiernos que se creen fuertes porque son arbitrarios, pueden apoderarse de una dictadura que merme vuestra fortuna, sin más títulos que su ceguera y su torpeza.»

«En cuanto al partido liberal, á todo el partido liberal, ¡ay de él si no sabe tomar una enérgica resolucion para atajar los males presentes, una de esas resoluciones que son la honra de toda una historia! Es necesario evitar la dictadura de la torpeza y de la ignorancia. Es necesario que el país comprenda que solamente de él depende su salvacion ó su ruina.»

«La opinion está indignada, decia el periódico más democrático de la oposinion, el Parlamento alarmado, la Bolsa henchida de gente que acude presurosa á deshacerse de valores que nada valen; Madrid bajo la opresion de una tristeza inmensa; la prensa perseguida y amordazada para que no exhale los terribles ayes de su indignacion; la tribuna sitiada por las obsesiones de un gobierno ciego; España amenazada de una de esas grandes catástrofes á cuyo término se encuentra la ruina de

muchas fortunas, la desgracia de muchas generaciones: tristes frutos de la torpeza y de la ceguera de un gobierno, cuyo único carácter es la impotencia, cuya única inspiracion es el miedo, y cuyo término va á ser una ominosa dictadura, que derramará sobre nosotros incalculable copia de males, si no sabemos conjurarla con una grande energía, con una decision suprema, de esas que inspiran sublimes arranques á los pueblos.»

«El gobierno O'Donnell ha tenido el valor necesario para presentarse en la tribuna y pedir una dictadura. ¿Para qué la pide? Para cobrar todos los impuestos, para perturbar todos los servicios, para arreglar todas las deudas, para aumentar la renta perpétua á su antojo, para subir el cupo del ejército, en una palabra, para sustituir á la ley su omnímoda voluntad, y al criterio de los Cuerpos Colegisladores su absoluto criterio. Sesenta años de revoluciones contínuas, siete de terrible guerra civil, los sacrificios que están escritos en la historia con los nombres sagrados de tantos mártires, y en el espacio con

los ensangrentados montones de tantas ruinas, han servido para que en plena paz, cuando ningun peligro corre nuestra independencia, ningun riesgo nuestra imperiosa neutralidad, se exija la dictadura, no ya para medidas transitorias de esas que aconseja la urgencia del momento, sino para arreglos permanentes con acreedores, largo tiempo desatendidos ó desdeñados; arreglos de muchos millones, de muchas incidencias, de muchas combinaciones, que deben resolverse y armonizarse entre los choques de ideas de una asamblea deliberante, y no con el falible criterio de un ministro que se ha divinizado á sí mismo, y ha exigido de los Cuerpos Colegisladores el suicidio de una abdicacion vergonzosa.»

«¿Y con qué títulos pide el gobierno esta dictadura? En nombre de la Caja de Depósitos arruinada, del Banco Español en quiebra, de la Bolsa en mortal crísis, del Banco Nacional convertido en un cuadro disolvente, del Erario exhausto, del papel de la deuda rasgado, de los cupones de Enero no satis-

[illegible] de los servicios pú-
blicos [illegible], de los [illegible] de
nuestros arsenales [illegible], de los infe-
lices que [illegible] por los mares en defensa de
nuestra [illegible] en busca
del [illegible] de hambre, de todas las
[illegible], de la bancarrota
[illegible] de las bolsas extranjeras cerra-
das á nuestros [illegible], de la per-
[illegible] de la ruina irremedia-
ble de la patria.»

«¿Y á un [illegible] á un gobierno de esta [illegible], vamos á concederle una dictadura, y una dictadura de esa magnitud? Las dictaduras nacen de las grandes crisis, y se conceden á los grandes servicios. Los romanos mismos, que son los creadores de esta palabra y de esta magistratura, que á los tiempos de la ciudad de Alba atribuian su orígen, no la concedieron sino á grandes y extraordinarios repúblicos, y no la toleraron sino por breves y supremos instantes. Cuando la dictura fué perpétua, Roma sucumbió, falta [illegible]erdadero espíritu de la vida, que es la

libertad. *Dictadura ad tempus sümebatur*, decia tristemente Tácito, recordando los grandes tiempos de la República bajo la innoble servidumbre del Imperio. Este tiempo era á lo más de seis meses. Pero siempre la dictadura nacia de circunstancias extraordinarias, cuando los celtas ó los cartagineses amenazaban á la Ciudad Eterna. Siempre se obtenia en virtud de grandes esperanzas ó de preclaros servicios. Se concibe que pida César la dictadura despues de haber domado á los galos; que la arranque Napoleon á la fatigada República francesa cuando esgrimia la espada de Marengo y de Arcole, la espada que habia escrito el nombre de Francia sobre la tumba de los Faraones de Egipto; que los Estados-Unidos la hubieran entregado al misterioso Lincoln, al trabajador oscuro que habiendo vivido la vida errante de los bosques, con su hacha de leñador por todo recurso; nacido en una cabaña de Kentuky; criado desde la edad de ocho años en las balsas arrastradas por las corrientes del Ohio, como el Moisés de una nueva raza; marinero

[redacted]

más tarde de las barcas que cruzaban el Missisipí, despues de haberse abierto paso con toda su familia, héroe sublime de la epopeya del trabajo, entre selvas inexploradas desde la Indiana hasta el condado de Spencer, por un milagro divino se levanta á ser el redentor de tres millones de esclavos, y el jefe del primer pueblo de la tierra; se concibe que en momentos supremos y á hombres milagrosos y extraordinarios, se les entregue la dictadura; pero pedirla como la pide O'Donnell, despues de una derrota vergonzosa, despues de haber sido el escarnio de las naciones extranjeras, en nombre de una série de contratiempos y de desventuras increibles que provocarian á risa si no se tratase de la honra y de la fortuna de la pátria, es la demencia del orgullo en el gobierno, ridículo dictador, ó es el extremo de la abyeccion y de la miseria en nosotros, indignos españoles.»

«La dictadura nace de lo extraordinario, se funda en la necesidad, se justifica por el in-
'e todos, se engrandece por la victoria,
lca por la salud del pueblo, crece

[redacted]

con los peligros, como en aquellos momentos sublimes é inolvidables en que la Convencion la tomó, la recogió del suelo, cuando los extranjeros amenazaban todas las fronteras de Francia; cuando la Vendée la descuartizaba con la insurreccion parricida; cuando la córte conspiraba en su seno contra todos los derechos adquiridos por la revolucion; cuando no podia salvarse sino por un arranque de génio en un momento de delirio y desesperacion.»

«Pero vosotros, pigmeos, ¿qué pedís? Pedís la arbitrariedad, pedís el despotismo ciego; pedís que no se examinen los presupuestos, que no se discutan los arreglos de nuestras deudas, que se reconozcan los cupones á vuestro gusto sin el zumbido incómodo de una controversía pública, que se pueda emitir papel de la deuda en estos momentos en que el mercado está desierto, y la cotizacion desciende hasta cero, y el papel no sirve para nada, en fin, que os sea lícito en la oscuridad concluir la completa ruina de la Hacienda.»

[redacted]

«¡Qué espectáculo! ¿A quién acudiremos? Los hombres de la union liberal deben haber perdido toda idea de justicia, todo sentimiento de dignidad. Cuando el año pasado se emitia el empréstito Sabater, clamaban horrorizados, y ahora emiten un empréstito más ruinoso. Cuando los moderados intentaban reconocer los cupones, decia el ministro de Estado de hoy que antes que firmar tal reconocimiento se cortaria la mano, y se reconocen los cupones, y al ménos, de rábia y de vergüenza debiera haber perdido, no ya las manos, la cabeza. Y vosotros, periodistas de los artículos revolucionarios, de las protestas contra gobiernos en verdad no tan arbitrarios como el vuestro, ¿dónde, dónde estais? Aun recordamos que cuando se trató del arreglo de la deuda en tiempo de Bravo Murillo, un ministro, el Sr. Negrete, indivíduo de la union liberal hoy, dió un «No» en oposicion abierta con todos sus compañeros de gabinete; porque á sus oidos llegaban rumores de que trataba de arreglarse aquella deuda sin
usion necesaria. Y ahora dirá «Sí» en

el Senado al arreglo dictatorial de los cupones ingleses. Si hubiéramos de juzgar del estado de la sociedad por las manchas que le salen á la faz, podiamos decir que en España estaba gangrenado hasta la médula de nuestros huesos.»

«El régimen constitucional puede renunciar á todo, ménos á la discusion de los servicios públicos. Esta es la base y la cúspide del Parlamento. Aun en aquellos tiempos más desastrosos de la política más absolutista, las Córtes conservaban este derecho. Y ahora se pide que las Córtes dejen de conocer en los asuntos más graves de la gestion de la Hacienda, en el arreglo de la deuda que ha de imponer un gravámen permanente á los ciudadanos, en el aumento del ejército que puede extraer la más preciosa sangre de las agotadas venas de nuestro pobre pueblo.»

«El régimen constitucional, en su acepcion más restringida, puede definirse de esta sencilla manera: la intervencion de los contribuyentes en la designacion del ejército y del

[redacted]

impuesto. Pues bien, ambas facultades le quita el general O'Donnell á su antojo, y como quiera que es militar por temperamento, militar por profesion, militar en el gobierno, militar en el Senado, siempre militar, se aprovechará de la primera coyuntura para poner en pié de guerra al pais, y agostar la flor de la juventud en el ejército. Y el contribuyente verá por el arreglo de las deudas, por la emision de los títulos, menguado su patrimonio; y las familias verán por el aumento del ejército diezmados sus indivíduos, sin que puedan ni siquiera quejarse, porque las Córtes se hallarán cerradas, y la prensa muda bajo el pesado yugo de la nueva ley. La dictadura, la bárbara dictadura, la última razon de los gobiernos tiránicos, se estenderá sobre el país desolado, sobre el pueblo hambriento.»

«El sistema de la union liberal ha sido la corrupcion; el sistema de la union liberal ha sido siempre anteponer á todo los intereses materiales. Fundó un partido sin ideas, sin espíritu, sin sistema; un partido que sólo se unió, que

sólo pudo unirse por el frágil lazo del presupuesto. Derramó por codicia en Santo Domingo la sangre española, para que resultáran despues esas sirtes de guerras americanas donde malgastamos nuestras fuerzas. Malbarató la fugaz gloria adquirida en Africa y el providencial destino que allí podíamos desempeñar, por unos cuantos ochavos marroquíes. Alistó en sus banderas, á pelotones, desde pacatos y tímidos neo-católicos como Mena y Zorrilla, hasta demagógicos tribunos como Escosura. Y ahora para proseguir en su perverso sistema de anteponer los intereses materiales á la honra moral de España, va á arreglar la deuda extranjera en el silencio.»

«¿Y se le consentirá? ¿Y será posible que no se levante un clamor tan fuerte, tan vivo, como aquel que se levantó contra el funesto empréstito de Barzanallana? Este sistema económico es más desastroso, es más contrario á los intereses del país, lleva envueltos en sí mayores gravámenes para el contribuyente, ruina mayor para el Tesoro. Despiértese la opinion, despiértese, que medios legales tie-

[redacted]

[illegible] somos un [illegible] el sue- [illegible] de un ser- [illegible]. La dic- [illegible] ser con- [illegible]

[illegible] que habla- [illegible] había in- [illegible] el mundo. [illegible] que [illegible] este país [illegible] todos los [illegible] [illegible]. Los [illegible] por auto- [illegible] en sus- [illegible] el go- [illegible] los ser- [illegible] hacia una rebaja a los empleados [illegible]s; pero se exceptuaba el clero [illegible]as dos castas privilegiadas que

consumian la mitad del presupuesto. Los cupones se reconocian dictatorialmente, es decir, el sudor del pueblo se malgastaba, se malbarataba en una negociacion, sin que el pueblo pudiera intervenir en asunto tan grave, como si no hubiera salido todavía de la tutela del absolutismo. Se establecia sin razon alguna que la abonase, la dictadura más extraña, más inverosímil que recuerda la historia.

Así la alarma del país era inmensa. Los periódicos de provincia excedian en coraje á los periódicos de Madrid. Todos á una, como por igual resorte movidos, se levantaban á protestar contra la dictadura; todos sentian el rostro encendido por la saliva que acababa de escupirnos el general O'Donnell.

«El asombro, decia el progresista Navarro, el estupor de España ante los descabellados planes del gabinete es inmenso. En un país cuya industria muere, cuya agricultura agoniza; en una nacion víctima de las ruinosas medidas rentísticas de ministros doctrinarios y empíricos; en este desgraciado pueblo que

ve muerto su crédito, quiere un gobierno escarnecido autorizacion para aumentar de nuevo la deuda que nos ahoga, y para aumentarla nada ménos que en la enorme cifra de CUATRO MIL MILLONES.»

«La situacion es grave, é inútiles, exclamaba el *Guadalquivir de Córdoba*, los paliativos: cuando la enfermedad progresa es necesario hacer uso de medicinas radicales, de remedios heróicos.»

Y más abajo añadia:

«La descarada reaccion ha lanzado un reto á la libertad, y ésta lo ha aceptado. ¡Ay de la reaccion, porque la libertad no puede sucumbir!»

«Conocemos ya en toda su extension, escribian *Las Provincias* de Valencia, los proyectos político-financieros del ministerio, y ha llegado la hora de que rendidos á la evidencia de los hechos los más esperanzados en la buena estrella de la union liberal, contemplen la profundidad del abismo á cuya orilla nos ha arrastrado su imprevisor despilfarro.»

«Tenemos, pues, á la union liberal, dice *La Corona de Barcelona*, que tanto se jactaba de su respeto á las prácticas constitucionales, á la union liberal, que tan severos cargos hacia á las administraciones moderadas por el abuso de cobrar los impuestos por autorizacion, incursa en la misma falta.»

«Atrevimiento, por no darle otro nombre, se necesita para llamar á parto tan descomunal, *verdadero voto de confianza*. ¡Voto de confianza! ¿Y á quién? preguntaban *Los Dos Reinos* de Valencia. A un hombre que no entiende de leyes y le sobra audacia para suspender las garantías constitucionales, como dijo en la sala de conferencias.»

«¿Cree el duque de Tetuan, preguntaba á su vez *El Euscaldune* de Bilbao, que en la situacion presente y ante los peligros que puedan amenazarnos las cuestiones interiores y exteriores, es forzoso encaminar la política y la gobernacion por un cáuce distinto del que les abrió con rios de sangre el principio liberal? Pues si tal cree, que se retire y deje en

[illegible] á [illegible].

[illegible] por todas [illegible] más, [illegible] á la [illegible]; si [illegible] y [illegible] al cabo y para siempre [illegible] y [illegible] su [illegible].»

«[illegible] que el [illegible] deplorable en que se [illegible] la Hacienda española, dice *El Eco de Bilbao*, no es más que la consecuencia inevitable de los errores cometidos por ministros ignorantes é imprudentes.»

«¿Qué queda ya? añadia *La Crónica Mercantil* de Valladolid. La bancarrota y la miseria; el descrédito más terrible nos amenaza, y no es posible vivir así por más tiempo.»

«¡Bonito porvenir se ofrece á España! decia *La Perseverancia* de Zaragoza (periódico [illegible]olutista). ¡Y todavía hay quien se asusta [illegible]ue la revolucion llame á la puerta de este

infortunado país! ¡Cómo si las catástrofes que ha de traer sobre la tierra no fueran la más cabal demostracion de la justicia del cielo!»

«Sin duda es pánico, y pánico con todo su terrible cortejo de temores, de sombríos presentimientos, de lúgubres profecías; pero es un pánico natural, exclamaba *El Telégrafo* de Barcelona, porque viene de lo alto, es el gobierno el que dá el ejemplo, es el ministerio el primero que se muestra poseido de un vértigo cuyas consecuencias aterran. ¡Oh! aun hay quien se opone hoy á la union, no de todos los partidos liberales, sino de todos los hombres patriotas, que quieran siquiera la vida de la pobre España.»

Hé ahí periódicos de todas las provincias de España, periódicos de todos los matices, unánimes en condenar un proyecto de dictadura que era la deshonra de la pátria. No se trataba de tal ó cual partido que tuviera interés en derribar al gobierno para sustituirle; eran todos los partidos; no se trataba de tal ó cual periódico escrito al calor urente de la atmósfera de Madrid, eran todos los periódi-

[redacted]

cos; no se trataba de tal ó cual provincia que clamára por un interés aislado, son todas las provincias, era el clamor de todos los españoles, la voz de la pátria que llenaba los aires. Desde los tiempos de la guerra de *la Independencia* no se habia visto en España unanimidad tan asombrosa de sentimientos.

La discusion del proyecto de autorizacion fué larga y procelosa. Notábase en los bancos de la mayoría una gran desanimacion, y en los salones de conferencias una extraordinaria garrulería. Hablábase aquí en este punto mucho, extraordinariamente, de una comision de la mayoría que habia acudido á pedir al general O'Donnell modificaciones en el proyecto de autorizacion. Pero el general O'Donnell se habia negado á toda explicacion, á toda avenencia, á complacer en lo más mínimo á los que demandaban algun medio de salir del grave apuro á que los redujera el gobierno, obligándoles á una abjuracion de sus principios parlamentarios. El general O'Donnell, acostumbrado ya á la dictadura, los diputados como soldados; los

trataba con la dureza y el menosprecio que Sila ó Antonio trataba á los senadores romanos.

Por eso decia que la mayoría se desbandaba. Ya habia en su seno antiguos disidentes, nuevos disidentes, fraccion Serrano, diputados catalanes, grupo de Camprodon, y otros indiferentes, además de los retraidos y abstinentes. Y de este confuso y abigarrado ejército donde tantos clamaban en sentidos diversos, ¿podria salir nunca una dictadura fuerte? Lo que saldria seria un enjendro informe que nos deshonrára, nos oprimiera, y acabára de consumar para siempre nuestra ya inevitable ruina.

Se discutia el voto del Sr. Nocedal, que por una triste irrision, por un juego incomprensible de la suerte, vino á ser más liberal, mucho más liberal que el ministerio O'Donnell. El Sr. Moyano pronunció un ardiente discurso, un discurso de mucho mérito contra el proyecto de autorizacion. Examínense sus argumentos, léanse sus cifras, y de seguro el ánimo del más fuerte se abate en pre-

[redacted]

sencia de tamaña ruina. Ibamos á reconocer unos certificados ingleses que desde el arreglo de la deuda venian siendo el caballo de batalla de todas las situaciones, el terror de todos los ministros; reconocimiento que no se habian atrevido muchos ministros á llevar á las Córtes, y que el general O'Donnell queria resolver dictatorialmente, de una manera tal, que rayaba en el escándalo.

El Sr. Moyano usó argumentos *ad hominem* de una gran fuerza. Ese señor ministro de Estado que pedia una dictadura para abrir con el puño de la espada las puertas de la Bolsa de Lóndres, llamaba á los señores del comité mercachifles, los cuales no merecian, no ya un sacrificio, pero ni siquiera consideracion. Ese señor ministro de Hacienda que iba á emitir tantos y tantos millones de treses, confesaba en el mes de Febrero que toda emision de treses habia de ser por fuerza adversa á nuestro crédito, ruinosa á nuestro país. Con razon le decia el señor Moyano al Sr. Alonso Martinez que es un ciego, sí, un ciego que conducia por derroteros desconocidos, el Erario á

su perdicion, y el país á una gran vergüenza. Ochocientos millones anuales iban á ser necesarios para pagar todos estos despilfarros de la union liberal; ochocientos millones, mares de sudor del pueblo, malgastados, perdidos.

¿Y qué se iba á conseguir con la dictadura? ¿Qué bien material iba á traer al país? ¿Qué remedio urgente iba á aplicar á nuestros males? A medida que un gobierno es más reaccionario, necesita más agentes, y á medida que necesita más agentes, necesita tambien más dinero. Toda la rebaja que de los sueldos puede calcularse, es de veintidos millones. Pero en cambio, esos veintidos millones se los llevarán los tenedores de los cupones ingleses. Nada ahorraremos. La emision del papel exigia ciento cincuenta millones anuales. Y no se sabia, no se acertaba á comprender de dónde saldrian recursos para satisfacer todos estos gastos. La contribucion territorial no podia subir más. Los subsidios eran ya escandalosos. Desgraciado país, arrastrado á la bancarrota por la ceguera, por la impe-

[redacted]

ricia, por la desatentada conducta de la union liberal. Y cuando se necesitaba una mano enérgica, una inteligencia clara, fuerza de voluntad, propósito firme de reducir los gastos, teniamos por todo ministro el Sr. Alonso Martinez, que sólo habia sabido mendigar de puerta en puerta algun préstamo, caer al pié de los fundadores del Banco inglés, reconocer los cupones, como si los cupones fueran algun manantial de riqueza, y desvanecer como humo los últimos restos de nuestra riqueza nacional.

Con razon le increpaba fuertemente el señor Moyano. Con razon le decia que era la imprevision y la ceguera dirigiendo nuestra Hacienda, y estrellándola contra grandes escollos. Con razon decia que cuando se hablaba por pasillos y por salones de conferencias de la caida del ministro, hasta los mismos ministeriales se frotaban las manos en señal de alegría.

El Sr. Alonso Martinez estuvo profundamente silencioso. No respondió ni una palabra á la lluvia de cargos que á manera de

plomo derretido arrojaba sobre su frente el Sr. Moyano. El ministerio se impuso silencio. Como la dictadura es el silencio, como la dictadura es la arbitrariedad, como la dictadura es el despotismo, ¿para qué quieren, para qué, la discusion? Apáguese toda luz, caigamos en el silencio y en la inmovilidad de los muertos.

Quisiéramos saber qué intentaba, qué sostenia, qué defendia en aquella sazon el señor Illas y Vidal. Dijo que quiere y no quiere la dictadura; quiere y no quiere la emision de títulos; quiere y no quiere apoyar al general O'Donnell; estando suspenso entre dos fuerzas iguales y contrarias, y todavía no sabiendo en cual de las familias ministeriales podriamos clasificarle. La union liberal estaba en un período de completa disolucion, estaba perdida. Queria imponer silencio á la tribuna y á la prensa; pero no viviria porque todos callasemos: que la arbitrariedad en el poder es un signo de muerte.

El miedo y la desconfianza dominaban en la esfera del gobierno; la ansiedad y la per-

[redacted]

turbacion moral en el pais: la alarma en todas partes. La conviccion firmísima de que la situacion era insostenible, de que la atmósfera política estaba preñada de peligros para el gobierno, pesaba á todos los espíritus. La poblacion de Madrid se sentia instintivamente agitada: las noticias que llegaban de provincias, manifestaban que esa agitacion era extraordinaria, general en toda España. Se operaba, sin duda, en el seno de nuestra sociedad, uno de esos fenómenos que en los séres [illegible] [illegible] la destruccion en el mismo momento en que esos séres se reproducen. No [illegible], [illegible] los más fuertes, esos peligros de muerte son el gérmen de una nueva vida.

En vano los periódicos ministeriales se esforzaban por calmar la agitacion del pais; en vano nos presentaban al gobierno armado de una fuerza moral irresistible. Esa oficiosa solicitud de nada servia, á nadie imponia convencimiento. Y esa agitacion, esa alarma no

ticia, como decian ciertos periódicos;

ia de determinados círculos políticos;

ni siquiera era obra exclusiva de los partidos que en su generosa desesperacion, tan solo en una enérgica, extraordinaria protesta del país, veian el remedio de los males de la patria. Esa perturbacion moral era resultado de un movimiento expontáneo de la opinion; era el grito de dolor de una sociedad que sufria, era la electricidad que estalla en el seno de la nube; nube formada por la condensacion de cincuenta años de errores, injusticias y crímenes políticos y sociales.

Y ni remota esperanza habia de que la calma renaciera. El gobierno desconfiaba hasta de su sombra; miraba con tanta prevencion al ejército, guardaba con él tan pocas consideraciones, le atropellaba de tal suerte, que nadie se explicaba esto en un gobierno presidido por el general O'Donnell. Las prisiones, los destierros, los traslados militares se sucedian sin interrupcion por estos dias. El premio ofrecido á la delacion, esa suposicion oficialmente enunciada, de que entre la pundonorosa clase militar podia fomentarse la raza vil de los delatores, habia venido á ha-

cer más anormal la situacion del ejército.

«Entretanto, decian las oposiciones, prepárese el país para sufrir mayores males. El proyecto de dictadura será al fin votado, con él decretada nuestra esclavitud política y nuestra completa ruina económica. Entretanto, apréstese el pueblo á un inmediato, cruentísimo sacrificio. La *Gaceta* traia el decreto por el que se llamaban á las armas á 30.000 hombres, correspondientes á la quinta del año. No basta que paguemos al fisco el tributo de nuestra riqueza y de nuestra actividad; es preciso darle tambien nuestra sangre. En las aras de ese monstruoso informe de nuestra miseria política, se nos obliga á sacrificarlo todo en desastrosa hecatombe.»

«¡Oh! despertemos pronto de ese vergonzoso letargo, gritaban, ó muramos de pena, que á tan vil precio es abominable la vida.»

Continuaban en el Congreso los debates sobre las enmiendas presentadas al famoso proyecto de las siete autorizaciones, debates que eran la pesadilla del ministerio y de la mayoría, porque durante estas discusiones la union

liberal se encontraba sujeta al potro de la ignominia, expuesta ante el país con tóda la repugnante fealdad de sus defectos. Tocó el turno al Sr. Cardenal, el cual, lo mismo que todos los oradores de la oposicion en aquellos dias, trituró materialmente al gobierno. Atacó el excepticismo político del Sr. Posada Herrera, ese excepticismo que es la sancion desde las alturas del poder, de todas las inconsecuencias. Acerca del reconocimiento de los cupones, como recordase al Sr. Bermudez de Castro su solemne promesa de otro tiempo de no aceptar nunca tal reconocimiento, el señor ministro de Estado excusó su manifiesta informalidad, diciendo que en aquella época los tenedores de cupones exigian con amenazas el reconocimiento de sus créditos, y que tan sólo por un sentimiento de patriótica independencia se opuso á su demanda. Palabras, vanas palabras con que se trataba inútilmente de encubrir una gran inconsecuencia.

Pues qué, ¿acaso los señores ingleses habian venido á postrarse de hinojos ante nuestro gobierno? ¿No nos amenazaban con no

[redacted]

abrir su Bolsa á nuestro papel, mientras no se arreglase el asunto de los cupones? ¿Y no es esta consideracion, la consideracion á las exigencias de nuestros acreedores extranjeros, la que alegaba el gobierno para llevar á cabo tan apresuradamente el arreglo de nuestra deuda en el exterior? Debia confesar de una vez el Sr. Bermudez de Castro, que sacrificaba sus opiniones particulares, sus formales compromisos ante la opinion, al interés de su partido, al deseo de conservarse en el poder.

Tambien el Sr. Cardenal confundió al general O'Donnell, echándole en cara otra de sus informalidades. Como indicó el Sr. Figuerola oportunamente, el duque de Tetuan, estando en el salon de conferencias en medio de muchos señores diputados, y otros que no lo eran, manifestó, que á encontrarse él en la oposicion, no votaria el proyecto de autorizaciones ni *aun á su padre.* Al oir esto, tembloroso, rebosando en ira, levantóse el general O'Donnell, semejante al toro cuando siente el hierro en sus espaldas. Quejóse y

censuró acerbamente que se trajesen al debate conversaciones privadas, y palió como pudo el mal efecto de su imprudente confesion, sin afirmar que fuesen verdad las palabras que se le atribuian, pero sin atreverse tampoco á negarlas rotundamente. ¡Castigo horrible el de esos hombres, obligados contínuamente á luchar contra el remordimiento de sus debilidades de carácter y de sus faltas políticas!

El Sr. Bermudez de Castro, sin duda para distraer la atencion del Congreso, preguntó á la minoría moderada qué haría en la cuestion de las autorizaciones, si en las actuales circunstancias fuese llamada al poder. El señor Orovio contestó con evasivas á esta pregunta. No nos sorprende, el partido moderado es un partido, al fin, reaccionario. Lo que censuramos en la union liberal, lo creemos natural y lógico en los moderados.

La mayoría se revolvia entre tanto en la impaciencia. Ya lo hemos dicho: estas discusiones la tenian en un potro. El Sr. Posada Herrera levantóse para hacerse eco de esa

[redacted]

impaciencia; dijo que en estos debates sufria la nacion, porque mientras no fuese aprobado el proyecto de autorizaciones, el gobierno tenia que pedir dinero prestado, y que sin la garantía de la autorizacion para crear títulos del 3 por 100, tenia que pagar intereses elevados. ¡Especioso pretexto para salir de su posicion embarazosa! Despues de emitido el papel, aun seria mayor la usura.

Lo cierto es que el general O'Donnell, despues de haber desbaratado una conjuracion que él llamaba tremenda, sintió renacer en sí todos sus instintos reaccionarios, y sujetó el país á los rigores de una disciplina militar; violando los hogares, oprimiendo los periódicos, matando los comités, arruinando todo cuanto podia recordar el nombre siquiera de la libertad. Su política tendia á sustituir á la dictadura del estado de sitio la dictadura permanente de su política personal. Obedecia en esto á no sabemos qué espiritu reaccionario difundido desde hace más de veinte años por el génio del mal en el seno de todos los ministerios.

Se conciben, como dice Royer-Collard, estas dictaduras, cuando tienen por fin salvar una sociedad, engrandecer un pueblo. Pero es la demencia más insensata empuñar la dictadura, usar de sus grandes y extraordinarios recursos para salvar miserias, para sostener errores. Así ès, que una situacion incomprensible, dictadura con Parlamento y Parlamento con dictadura, donde todo estaba trastocado y confundido, esa situacion desaparecia bajo el peso de sus grandes errores.

El presidente del Congreso se apartaba de ella, y la dejaba hundirse en el descrédito. Los disidentes que eran los más liberales de todos los que componian esa Babel, la abandonaban á su soledad. Dentro del mismo ministerio habia quien tiraba á transacciones con la oposicion, y por lo mismo á separarse del gobierno. A esta lucha entre fuerzas iguales y opuestas, dentro de la situacion, habia de seguir necesariamente el marasmo, que es la muerte de toda actividad; la suspension, primero de la inteligencia, despues

[redacted]

de la vida, el marasmo que es la enfermedad de las situaciones raquíticas.

A todo esto acompañaba un malestar económico, semejante al malestar político. El presupuesto subia. Los ingresos bajaban. Los vencimientos de la Caja de Depósitos no se pagaban en provincias. Habia cupones del semestre de Enero no pagados en Junio. La Bolsa estaba en el suelo. Desde la guerra civil no habia bajado el papel tanto como bajara entonces. El trabajo estaba paralizado. El comercio se arruinaba. Las transacciones eran imposibles. Todas las sociedades de crédito estaban desacreditadas, porque emplearon sus capitales en papel del Estado. El Banco de España no cambiaba sus billetes y decia que no los cambiaba por culpa del gobierno. Los pagarés de bienes nacionales sufrian una gran depreciacion. Los billetes hipotecarios fueron y volvieron en un saco de noche á París, sin que los hubieran aceptado ni siquiera para garantía.

A esto se unian males mayores. Muchos
les se veian obligados á abandonar su

pátria. De las provincias de Galicia y de las provincias de Múrcia y Alicante la emigracion era verdaderamente espantosa; la emigracion al Africa y á la América. Otros nos dejaban por las discordias civiles. La prensa moria desconcertada por una persecucion sin ejemplo. Los escritores ó se hallaban en la cárcel ó amenazados de presidios. Se necesitaban los tesoros de Creso para pagar multas. Se necesitaban legiones de editores para sostener los periódicos. La enseñanza se veia amenazada por una conjuracion neo-católica á la cual iba á ceder el gobierno como habia cedido contra las asociaciones y contra la prensa á esa misma conjuracion. «España agoniza, decian los ménos exaltados, sí, agoniza. Se necesita que la salven sus hijos, pero que la salven por la libertad. Y para esto se necesita con la misma imperiosa necesidad que se necesitaba en el año pasado por ahora, la caida de Narvaez, se necesitá hoy la caida de O'Donnell. Si él no cae, caerá la nacion, caerá la pátria.»

Así las sesiones de las Córtes eran cada dia

más tumultuosas. Gritos, apóstrofes, discursos violentos, ruido atronador, todo esto hubo en el Congreso de diputados. El Sr. Bermudez de Castro levantó la voz y los puños; el general O'Donnell se puso rojo como un cangrejo cocido; el Sr. Alonso Martinez estuvo á punto de desmayarse como si hubiera visto al Sr. Salaverría, su sepulturero. El asunto no era para ménos. Hubo un escándalo de esos que no se recuerdan hace mucho tiempo en nuestras Córtes. Se necesita subir al gran dia en que el Sr. Negrete votó «no» en la cuestion del arreglo de la deuda, cuando se levantaron los puños y se blandieron los bastones y hasta se echaron los sombreros al aire. Sucedió, pues, un grande escándalo en unas Córtes conservadoras, elegidas por electores que pagan una buena contribucion; unas Córtes de las cuales se han apartado los partidos revolucionarios, esos partidos de quienes se dice que tienen por complexion la anarquía.

Y no se crea que el diputado que suscitó el grande escándalo, fuese un diputado de-

oposicion, no, fué un diputado de la mayoría. ¿Os acordais de aquel célebre orador, Gonzalez Serrano, que aconsejaba á la mayoría el tacto de codos? ¿Os acordais de aquel orador que por espacio de mucho tiempo fué como el Atlante que sostuvo en sus hombros el peso de la situacion? Pues bien, se levantó en una de aquellas sesiones y dijo con mucho primor, con un acento de conviccion profundísima, en castellano corriente y muy soñante que el asunto de los cupones era muy semejante al célebre robo de los ciento treinta mil cargos de piedra. ¡Y esto á las barbas mismas de D. Leopoldo O'Donnell, el promovedor de aquel célebre expediente.

El volcan de sus iras estalló. Pidieron los ministros casi á un tiempo mismo la palabra, rugió la mayoría indignada, perdióse el sonar de la campanilla en aquel oleaje de ruidos diversos, y las tribunas vertieron sobre el mar de alteradas pasiones la tempestad de sus sublimes imprecaciones.

El Sr. Gonzalez Serrano miraba á todas partes como preguntando en su infantil ino-

[redacted]

cencia, cuál era la causa del tumulto. El señor Alonso Martinez, todo dolorido, todo angustiado, con voz acongojada y lacrimoso acento, dijo que el poder era para él una carga. ¡Para él! Para el país, debió decir, y acertára. Dijo que él tenia valor para acometer de frente la cuestion de los cupones. Valor, inmenso valor, valor á toda prueba se necesitaba para acometer esa cuestion prescindiendo de las luces del Consejo de Estado, de la discusion amplísima en la tribuna, del voto de la Córtes. Valor, sí, valor se necesitaba para atropellar por todo, pisotear todas las leyes del país, pedir una dictadura tan sólo para caer en complacencias serviles con los tenedores de los cupones ingleses. Inmenso valor se necesitaba para esto. Nosotros hubiéramos arreglado la cuestion de los cupones á la luz del dia. Pero recibir una autorizacion de las Córtes, nunca, nunca, nunca. Arreglar los cupones dictatorialmente, cuando su única justificacion estaba en la publicidad, eso lo podia hacer solamente la desesperacion insensata en que habia caido la

union liberal, y que la habia puesto en estado de demencia.

Cuando hubo acabado el Sr. Alonso Martinez, se levantó el Sr. Gonzalez Serrano á decir que él no queria hablar de la identidad de los casos, pero sí de las semejanzas entre los cupones y los cargos de piedra. Como ven nuestros lectores, el Sr. Gonzalez Serrano iba agravando más sus palabras. Entonces fué Troya. El general O'Donnell no pudo contenerse por más tiempo. Soltó los raudales de su biliosa elocuencia. Inspirábanle al general O'Donnell un respeto idéntico estas tres cosas: la gramática, las leyes y la disciplina. En el calor de la improvisacion dijo *comparanza*, barbarismo que provocó la risa del auditorio. El presidente quiso contener á las tribunas, pero el general O'Donnell, que con haber montado tanto solia perder los estribos, perdiólos por completo y dijo que dejáran á las gentes de las tribunas, que las desafiaba en las calles. Esta indigna provocacion produjo un grande, un general disgusto. ¡Qué hombre de Estado ese,

qué hombre de Estado! ¡Cómo se extrañaba de que un pueblo inteligente volviera por su habla despedazada en los lábios del general O'Donnell, que se clavaban como una herradura en la gramática! En Atenas arrojaban verduras las verduleras mismas á los oradores que faltaban ni en un tilde á la prosodia. Pero prescindiendo de esto, el jefe de un gobierno, el guardador de las leyes, el representante de la autoridad en su más alta expresion, porque al fin tiene la responsabilidad, provocó á los asistentes á las tribunas á salir á la calle como un maton vulgar y pendenciero. ¡Qué ignominia! El señor presidente explicó la palabra del Sr. Gonzalez Serrano en sentido satisfactorio para la mayoría y el gobierno, y comenzó á hablar el Sr. Nocedal. Aunque habló largo tiempo, no concluyó su discurso, que fué sumamente hábil, habilísimo. Por vez primera tras de mucho tiempo, dejaba de hablar del Padre Santo, y de la fé revelada, y de la Iglesia católica, y de todas esas instituciones y sublimidades, para las cuales no ha nacido el Sr. Nocedal.

¡Poder de la libertad! Los que se llaman sus enemigos la sirven y la propagan sin saberlo. No de otra suerte aquellos neo-paganos de los últimos siglos del antiguo mundo creian servir á Roma espirante, cuando en realidad servian al triunfo del Cristianismo. El Sr. Nocedal, jesuita de hábito corto, vocero de los obispos, enemigo jurado de todas nuestras libertades, incapaz de reconciliarse con el espíritu de este siglo revolucionario, servia á la libertad combatiendo la dictadura. Siempre lo mismo. Cuando defienden á los católicos oprimidos en Suecia, cuando defienden á los periódicos absolutistas perseguidos, cuando luchan en el Parlamento á favor de la intervencion de los pueblos en la gestion de los negocios públicos, los neo-católicos, sin quererlo, tal vez sin saberlo, defienden la libertad. No es posible en realidad vivir fuéra de nuestras ideas. Son la atmósfera del siglo, y el espíritu que renuncia á ellas, como el pulmon que renuncia al aire, se ahoga.

El Sr. Nocedal combatió con copia de da-

[redacted]

tos la dictadura. Pedia el gobierno una dictadura para arreglar una deuda con los tenedores de cupones al veinticinco por ciento, los tenedores de cupones que no reclamaron á su debido tiempo, y que eran oidos por la preocupacion de que se abrieran las Bolsas extranjeras, cuando ó no se abririan, ó se abririan inútilmente. Pedia el gobierno que se le facultase para pagar mayor cantidad á las amortizables, y los tenedores de esas deudas protestaban; pedia el gobierno que se le facultase para aumentar el ejército, cuando corríamos dos peligros: primero, el de la pérdida de nuestra industria y de nuestra agricultura con tal exceso de brazos desocupados é inútiles, y segundo el de empeños funestos en desastrosas empresas que pueden dar de sí un desastre tan horrible como el de Trafalgar, ó una alianza tan funesta como la alianza del pacto de familia. No, no era posible conceder esto á un gobierno sin retroceder á los tiempos del absolutismo, sin que abdicáran su poder y se suicidaran

ès.

Los ministeriales negaban siempre que el proyecto del general O'Donnell fuera un proyecto de dictadura. Decian que era darle proporciones inmensas á una sencilla autorizacion. Y sin embargo, el Sr. Cánovas del Castillo aceptó resueltamente la palabra dictadura. Y no solamente la aceptó, sino que evocó el terrible recuerdo de Sila. Esta fué quizá la única ocurrencia feliz de su monótono discurso. En verdad, Sila es el representante de la reaccion; Sila es el que señala la completa decadencia de la aristocracia romana; Sila corrompe aquella sociedad; Sila destroza los comicios; Sila premia la delacion y lleva en torno de sí una cohorte de delatores; Sila muere comido de lepra, como si su cadáver fuera el cadáver de la aristocracia romana.

Entre la política de Sila y la política gangrenosa de la union liberal, habia las misteriosas analogías que existen siempre entre todas las reacciones, entre todo lo que se corrompe y se desorganiza. Sila ejerció aquella dictadura que es una de las manchas de

la historia romana, por salvar una aristocracia egoista y agonizante. Ese deseo le llevó desde las saturnales sangrientas de Atenas hasta las farsas báquicas del Capitolio. Así la union liberal, despues de haber sembrado metralla en los campos y en las ciudades, habia sembrado la corrupcion en los partidos, en los comicios, en todas partes. La dictadura de Sila podia levantar aun su maldecida frente en una sociedad sobre la cual han pasado diez y nueve siglos de Cristianismo. La dictadura con sus delaciones, la dictadura con sus horrores nos perseguia, no para sostener aquella aristocracia á la cual habian pertenecido Numa y Escipion, sino para sostener la burocracia de Salaverría, el censo de Posada ó el pretorianismo de Ustáriz. ¿Cuándo, cuándo vendrá la libertad, esa libertad que descompone todas las instituciones gastadas, y que vence las más invencibles resistencias? Despues de esto, nada queremos decir del discurso del Sr. Cánovas; nada de la polémica histórica que empeñó con el Sr. Nocedal. El hecho, el hecho, despues de todo, es lo

accidental en la historia. Lo esencial es la idea; lo esencial es saber que los poderes arbitrarios, los poderes que matan las Córtes y los municipios, los poderes que prescinden del derecho, aunque comiencen con la lozanía de Cárlos V, concluyen en la impotencia y en el oprobio de Cárlos II. En el duelo á muerte entre la reaccion y el progreso, señor Nocedal, conceptista neo-católico, Sr. Cánovas, ministro ecléctico, Dios habia decretado ya la victoria.

Y siguióse el debate. Un discurso del señor Hurtado, otro del Sr. Aurioles y un exordio del Sr. Tejado, llenaron toda una sesion. El Sr. Hurtado dijo que en su sentir lo más importante, lo más extraordinario de cuanto demanda el gobierno, era la autorizacion económica. ¡Oh! No. Lo más importante, lo que más nos ofendia, lo que nos rebajaba más, era que nos hubiese creido tan viles, tan incapaces de gobernarnos por nosotros mismos, que un gobierno inepto, un general pidieran una dictadura; como si hubiéramos llegado á una vejez tal, que necesitáramos en nues-

[redacted]

tra impotencia de triste y vergonzosa tutela.

Y ese hombre, ¿con qué títulos se presentaba á pedir esa dictadura? Debia su gobierno á la Caja de Depósitos 1.914 millones de reales. Los intereses de esta deuda sumaban 114 millones de reales. Siendo entónces nuestra deuda flotante 1.914 millones, y obteniendo 1.200 que se solicitaban, una vez descontados de los 1.914 millones, quedaban 714. Para obtener 1.200 millones, teníamos que emitir al treinta y tres un tercio por ciento, 3.600 millones, cuyo interés anual será de 108 millones de reales. Pero ¿á qué hemos de sacar cuentas? Se calculaban en 151 millones de reales el recargo de los intereses. «En fin, exclamaba un diputado, oprime el corazon pensar el estado á que hemos venido. La Hacienda española está á las puertas de la bancarrota. La Hacienda española ha muerto bajo la mano de O'Donnell, y pide autorizacion O'Donnell para continuar rigiéndola, como si porque ha tenido poder para matar la Hacienda, tuviera poder para resucitarla. Y hay en el Congreso quien se la concederá.

Al ménos el Sr. Aurioles, que parece, como vulgarmente se dice, no haber roto nunca un plato; el Sr. Aurioles, que la echa de íntegro y de bondadoso, pide que se le entregue la monstruosa autorizacion al general O'Donnell, esa autorizacion con la cual acabará por arruinar nuestro Erario y aniquilar nuestra dignidad.»

Mas el Sr. Tejado lo compuso todo, el antiguo redactor del *Pensamiento*. Para combatir la dictadura empezó por combatir la libertad. Para decirnos que no queria un gobierno reaccionario, combatió el liberalismo. Y como si fuéramos tontos, ó hubiéramos caido de la luna, nos aseguró que él no era absolutista. Mas á renglon seguido, poco dueño de su palabra y ménos todavía de su idea, añadió que el absolutismo era la forma de gobierno más conforme con la organizacion de la Iglesia católica. ¡Cuántas blasfemias, cuántas, dicen los neo-católicos! Si el absolutismo es la forma de gobierno más en armonía con la religion católica, ¿cómo nos explicais aquellas primitivas asambleas cris-

[redacted]

tianas, presididas por los más ancianos, y en las cuales el pueblo todo, por sufragio universal, designaba sus magistraturas religiosas? Si el absolutismo es la forma de gobierno más en armonía con la Iglesia católica ¿cómo nos explicais aquellas palabras de Cristo: no llameis señor sino á nuestro Padre que está en los cielos?»

¡Ah! sí, el absolutismo es la forma de gobierno más en armonía con la religion que vosotros, neo-católicos, habeis inventado para explotar al mundo; con la religion de los poderes absolutos, y de la negacion de todos los derechos; con ese jesuitismo híbrido que tiene por norte el probabilismo corruptor, por medio un semillero de tenebrosos clubs, por fin el embrutecimiento de la humanidad y el reinado de una oligarquía monástica consagrada á matar todas las libertades, y á extinguir con su soplo más glacial que el frio de las tumbas, la llama inmortal del espíritu de nuestro siglo. Y estos hombres que matan la razon, la revelacion permanente de Dios; que matan la conciencia, la

voz de Dios en la vida, quieren llamarse cristianos.

Toda la importancia de la sesion subsiguiente estuvo en el discurso del Sr. Figuerola. El Sr. Figuerola no ès un orador fácil, ni mucho ménos, y sin embargo, su palabra es escuchada siempre con atencion, y sus razonamientos con respeto; y es porque el señor Figuerola enseña constantemente, porque no abandona jamás su puesto de catedrático. A estas cualidades hay que agregar su valor y su franqueza. El Sr. Figuerola no es de esos oradores que encubren con una forma bella un pensamiento atrevido, sino que expone sus ideas sin atavío, descarnadas, por más que encierren conceptos no comunes ni usuales.

Conocida es de todos la manera dura y acerba con que fueron tratados el gobierno y la mayoría, con motivo del monstruoso proyecto de dictadura; y sin embargo, el Sr. Figuerola usó en su discurso calificaciones más graves que todas las que anteriormente se habian pronunciado. Si las palabras del se-

ñor Gonzalez Serrano se conservan en la memoria siempre que se trata del arreglo de los cupones, las del Sr. Figuerola resonarán constantemente en el oido de los que se presten á tan vergonzosa abdicacion.

El Sr. Figuerola hizo una reseña exacta de la política de la union liberal; la debilidad, la indecision y las contradicciones, son á juicio del orador progresista, los caractéres distintivos de esta comunion política; y la verdad es, que sus frases quedaron plenamente justificadas. La primera época de la union liberal fué toda de aventuras, sin plan, sin concierto, que revelan la indecision de aquel ministerio. Mientras en expediciones quiméricas consumia la sangre y el oro del país, se entregó en el interior á un sistema de obras improductivas, preparando de este modo la bancarrota que nos amenazaba.

Toda la gloria de Africa se disipó en Santo Domingo, y mayor seria hoy nuestra desgracia sin la decision y entereza del general que mandaba la expedicion á Méjico. Pero donde se han mostrado más al vivo las contradiccio-

nes de la union liberal, es en el período que atravesamos. El vicalvarismo quiso ser popular, y reconoció el reino de Italia; pero espantado despues de su obra, comenzó el sistema de restricciones, que se inició con el estado de sitio, las leyes de imprenta y de asociacion, que ha de terminar con la dictadura.

Todo esto fué demostrado por el señor Figuerola con grandes razonamientos que impresionaron á la Cámara.

El Sr. Figuerola propuso un plan completo de Hacienda. En opinion del diputado progresista, podian y debian hacerse economías que empezaran por el ejército y concluyeran por el clero, y demás está decir que nosotros participamos de la misma creencia.

Las instituciones no se moralizan con medidas violentas, sino con el ejemplo y con la autoridad, y sabido es que el insurrecto de Pamplona y de Vicálvaro carece del prestigio que se necesita para semejantes empresas.

Pero al hacerse economías es necesario que sean de tal naturaleza, que produzcan resultados. Si los neo-católicos pedian la supre-

[redacted]

sion de Universidades, el Sr. Figuerola accedia gustoso á ello con tal que se disminuyeran las diócesis y los obispados; y dado el actual sistema de relaciones entre la Iglesia y el Estado, no podia ménos de ser lógico lo propuesto por el diputado progresista. La democracia, sin embargo, no aceptaria el pensamiento del Sr. Figuerola. Nosotros queremos libertad para la enseñanza y libertad para la Iglesia; déjese que esta conserve el número actual de diócesis ó que lo aumente, con tal que renuncie á los muchos millones que percibe del presupuesto.

El general O'Donnell trató, aunque en vano, de destruir el efecto que habia producido el discurso del Sr. Figuerola. La union liberal recibió uno de esos golpes que causan una herida profunda.

El Sr. Figuerola, con su frase incisiva y su habitual franqueza, probó que la union liberal era el desconcierto en el interior, y la indecision en cuanto se refiere á nuestras relaciones exteriores.

El Sr. Navarro y Rodrigo habló con gran

facilidad y con grande energía defendiendo á la union liberal. Pero la union liberal era de todo punto indefendible. Su causa estaba perdida. No podian hablar de reformas los que eran reaccionarios. No podian hablar de libertad los que habian escrito la última ley de imprenta. No podian hablar de respeto á los fueros del Parlamento los que revestian al jefe de su partido con una dictadura. No podian hablar del reconocimiento de Italia los que defendieran el poder temporal del Papa hasta merecer nota de Lamármora. La union liberal no tenia defensa.

Entrando en la discusion y en la votacion de los artículos de la ley, el Sr. Candau defendió su enmienda, la primera en el órden de presentacion, y el ministerio y la obediente mayoría tuvieron que escuchar una vez más la condenacion terminante, al par que razonada de su desastrosa política. El señor Candau asestó golpes terribles á la situacion; estuvo elocuente é inspirado en más de una ocasion, lógico y contundente siempre. Pero despues de todo, ¿qué efecto podia producir

[redacted]

en el ánimo de la mayoría el discurso del señor Candau? ¿Qué le importaba á esa mayoría que se le demostrase una y mil veces que el proyecto de autorizaciones era la muerte del sistema representativo, que era un proyecto liberticida, que como representantes del país estaban obligados á los pueblos que les votaban, que la abdicacion en el poder ejecutivo de las facultades que los pueblos les confirieran, fué un verdadero crimen de lesa nacion?

En lo que el Sr. Candau debió confundir á los vicalvaristas, si estos señores hubieran sentido alguna vez el rubor de la confusion en asuntos políticos, fué al ocuparse de la inconsecuencia de la union liberal. Revolucionarios en la oposicion, liberticidas en el poder, los recuerdos que en apoyo de su acusacion evocaba el Sr. Candau, eran el grito que la moralidad política de nuestro país lanzaba indignada contra tanto escándalo. El orador progresista, á propósito de la persistencia de la union liberal en conservar el poder, explanó la conocida teoría acerca de la era mision de los partidos en el siste-

ma parlamentario. Para épocas de perturbacion moral, de amagos revolucionarios, es necesario un partido de resistencia;—allí está la montaña blanca, decia el Sr. Candau señalando á la minoría neo-católica y moderada; si esta época ha llegado, ella debe ser poder. ¿Es normal nuestro estado? ¿No son necesarias las reformas trascendentes? El poder es vuestro, conservadores liberales; pídalo en buen hora la fraccion vicalvarista. ¿Se agita la opinion en deseos de grandes reformas, se agita el país en la fiebre revolucionaria, resultado de hondos males que sólo se curan con remedios heróicos? Para eso está el partido progresista. Pero que la union liberal se crea apta para todo, es ridículo y contrario al espíritu verdaderamente constitucional.—Ya se ve, la esplicacion del Sr. Candau es el parlamentarismo tal como se entiende y practica en Inglaterra, Bélgica é Italia; pero en España somos un país de excepcion, y estas y otras teorías son ilusiones peligrosas.

La disidencia habló por boca del Sr. Herrera, y habló en un discurso razonado y elo-

cuente. El Sr. Herrera contestó con gran copia de argumentos á los que tachan de falta de patriotismo el empeño mostrado por las oposiciones de extremar hasta sus últimos límites los derechos reglamentarios, no consintiendo que el ministerio lleve su empresa á término sin una grande batalla. Con razon, con mucha razon decia el Sr. Herrera, que bajo todos aspectos, por mil género de consideraciones, la oposicion no puede conceder su voto de confianza á un ministerio tan arbitrario, y á un ministerio que lleva en pos de sus pasos, como un rastro de maldicion, la desgracia. La union liberal, ó no es nada, ó es un partido liberal muy conservador. Solo con este carácter podia mandar; solo bajo este aspecto podia legitimarse su dominacion en este país necesitado de que la libertad venga á fecundar todas las instituciones. La union liberal era un partido destinado á armonizar los elementos conservadores con los elementos liberales. Pero ¿qué ha hecho? Ha desmentido su idea, ha faltado completamente á lo mismo que constituia el

carácter capital de su idea, se ha desquiciado del centro de gravedad de su destino, ha retrocedido en las leyes de imprenta y de asociaciones hasta confundirse con el neo-catolicismo.

Y un ministerio de esta clase pide un voto de confianza: un ministerio que ha faltado á todos sus compromisos, un ministerio que ha caído en la más vergonzosa de las reacciones, un ministerio así, no puede tener un voto de confianza, no lo puede tener, porque el país lo rechaza. Sobre todo despues de sus últimos actos, despues de su contínua, incesante reaccion, el ministerio del general O'Donnell no puede inspirar confianza al Parlamento, por lo mismo que amenaza su vida. El general O'Donnell, que ha roto la disciplina militar en Vicálvaro; el general O'Donnell, que sublevó al ejército en la oposicion, tiene siempre la idea de establecer sobre la ley, el sable; sobre el Parlamento el predominio militar. Y no creamos cosa alguna más dañosa que el predominio militar, ese predominio militar que degrada á los países donde se

[redacted]

ceba, y que es la calamidad de las calamidades. El ejército debe sostener á los gobiernos, pero no ser él mismo gobierno. ¡Un general mandando siempre en España sólo porque es general; un Narvaez ó un O'Donnell! Es necesario el ejército, muy necesario en las actuales circunstancias de Europa. Pero es necesario que el ejército no quiera mandar. Es necesario que no manden los militares siempre, que no sean siempre los militares los presidentes del Consejo. En Inglaterra, país eminentemente liberal, país eminentemente parlamentario, muchas veces ni siquiera es militar el ministro de la Guerra. Libertémonos, pues, del predominio del ejército sobre la ley, y no votemos, pues, la dictadura militar del general O'Donnell. Ese es el pretorianismo, y el pretorianismo es el mal de sociedades decadentes como la Roma del Imperio.

Así poco más ó ménos habló el Sr. Herrera en nombre de la disidencia.

— Sr. Candau continuó en sus rectificacio-
mbatiendo fuerte, vigorosamente, al

gobierno. En la cuestion de cupones, dijo que habia oido atentamente la controversia empeñada sobre este punto. Los que atacan el reconocimiento de los cupones, se fundan en la justicia; los que lo defienden, se fundan en la conveniencia. En todo tiempo, en todo país, debe ceder la conveniencia á la justicia, la gran ponderacion de las fuerzas sociales. El reconocimiento de los cupones ha sido siempre repugnado por la conciencia del país. El reconocimiento de los cupones será el escándalo de nuestro tiempo, y mucho más, cuando ha habido necesidad de apelar á la dictadura.

El Sr. Candau demostró que las economías proyectadas por el gobierno eran palabras vanas. El clero que cobraba doscientos millones se hallaba exceptuado. El ejército que devoraba la totalidad casi del presupuesto, tambien se exceptuaba. Se parecen clero y ejército al clero y al ejército de la Edad Media, á aquellas clases privilegiadas que se exentaban de pechar. Los empleados de la administracion provincial y municipal, tam-

[redacted]

poco pesaron. Se sabe que todo eso de las economías era pura fraseología, palabrería vana para ocultar el proyecto de dictadura, porque en la posicion de ser el general O'Donnell un obstáculo todas las leyes, un obstáculo en el poder. El Sr. Castelar demostró una vez mas que la economía pedida con tanto empeño por el gobierno, era la muerte vergonzosa del Parlamento.

Levantóse el general O'Donnell á contestarle. Dos manías tenia siempre este general. La primera era adular al ejército. En la sociedad antigua, los adoradores de la fuerza tuvieron que ceder á los adoradores de la idea. Vindex adula á las legiones de las Galias; Galba á las de España; Vitelio á las de Germania; Othon á las de Roma; Vespasiano á las de Oriente; todos á la fuerza, ninguno al derecho. Y sin embargo, allí habia unos hombres que sólo adoraban las ideas, y tales hombres vencieron. Las ideas son siempre los grandes elementos de vida en la historia. Otra de sus manías era desafiar á todo el mundo. El [illegible] Donnell no parece un presidente

del Consejo de ministros, parece un baratero. Aquí nadie ha enseñado al ejército el camino de la sublevacion más que aquellos que conspiraron un año contra el gobierno y dos contra la libertad, fundándose siempre en las puntas de las bayonetas, dando por toda razon la espada.

Despues de estos discursos vino la proposicion del Sr. Cuesta, que era uno de los diputados que más á fondo tratan todas las cuestiones. El Sr. Cuesta indicó bien claramente que la crísis económica venia de muy lejos, venia de aquellos grandes despilfarros de la union liberal en los cinco años de su malhadado poder. Sus gastos han traido ésta horrible consuncion en que nos perdemos, esta tísis material que nos está asesinando. ¿Qué ha pasado desde que el general O'Donnell ha subido al poder para que pida con tanta insistencia la dictadura? Cuando el Sr. Cuesta no podia ya hablar más, cuando le faltaba la voz, la mayoría pidió que se prorogára la sesion, una sesion que debia ser reanudada por la noche. La mayoría fué implacable. Decidió que

[redacted]

el Sr. Cuesta reventara. D. José Posada Herrera, que tiene vista de lince y oido de jabalí, contó los maravedises que le podian costar al país las palabras del Sr. Cuesta. ¿Y contó lo que le han costado los despilfarros de su partido al país? El Sr. Cuesta cayó jadeando sobre su banco, y se suspendió la sesion.

Pero lo que todo el mundó esperaba allí, era el discurso del Presidente de la Cámara, el discurso del Sr. Rios Rosas. ¿Hablaria ó no hablaria? Preguntaba todo el mundo.

Se lo habíamos dicho muchas, muchísimas veces al Sr. Rios Rosas. Despues de su actitud política, despues de sus compromisos, hablar era el primero de sus deberes. Un discurso suyo, un discurso que mostraba hasta qué punto habian faltado el gobierno y la mayoría á sus compromisos, iba á ser de grande, de poderoso, de decisivo efecto en aquellas circunstancias. Solamente él podia decir en qué sentido, con qué idea lo eligieron los diputados, y qué sentido y qué idea

entaban los actos del gobierno, los pro-
presentados, la insensata reaccion á

que la union liberal habia rendido últimamente culto. Solamente él podia mostrar la filiacion de la union liberal, sus ideas fundamentales, los actos á que obligaba el proclamar el criterio de la libertad, las promesas dadas y los juramentos hechos en el dia aquel tremendo en que la union liberal vino al poder prometiendo no asustarse nunca, no retroceder nunca ante las consecuencias del liberalismo.

A esta gran posicion á que su natural superioridad en la Cámara le llevaba, uníanse por fuerza las especiales dotes de orador que adornaban al Sr. Rios Rosas, el cual tenia el poder de desatar las grandes tempestades que encerraba su palabra, y que hacian temblar á los gobiernos reaccionarios ó ineptos. Su actitud, su accion, la elocuente ira que se dibujaba en su mirada, las palabras ora amargas como la reconvencion, ora cortantes como el más afilado argumento, ora sublimes como las antiguas imprecaciones trágicas, daban siempre á sus discursos esa fuerza, ese poder que sólo tienen las grandes obras

[redacted]

del arte. Los discursos del Sr. Rios Rosas solian ser incorrectos, informes, á veces monstruosos, pero eso mismo le daba las formas gigantescas, ciclópeas qüe aterraban á sus enemigos.

Y si no recuérdese la actitud que guardaba la mayoría. Cuando creyó que iba á hablar el Sr. Rios Rosas, sumisa y obediente le dejaba presidir, sin oponerle el menor obstáculo. Todos temian el rayo de su palabra. Desde el punto mismo en que se convenció de que el Sr. Rios Rosas no hablaba, se le subió, como decirse suele á las barbas. Despues de un discurso del Sr. Ballester, en que hablaba de suprimir la contribucion de consumos, cuya supresion en verdad es inevitable, pero sustituyendo cuatro ó cinco contribuciones todavía más gravosas; despues de un discurso del Sr. Ballester, en que volvia á insistir sobre la contribucion de inquilinatos, y la licencia de ventas, el Sr. Salces, que se levantó á hablar, echó en cara á la mesa que se habia faltado al consentir la discusion de tal enmienda á un artículo constitucional.

La mayoría lograba su objeto. Despues de tantos dias de buscarlos, habia encontrado los grandes pretextos de dar un voto de censura á su presidente. Corria un grande sacudimiento eléctrico por las apretadas filas de toda la mayoria. El presidente se defendió admirablemente. La Constitucion dice que no se reproduzcan los proyectos de ley ya desechados. Pero no puede decir que se traten las materias análogas en proyectos análogos á los ya rechazados. El presidente se defendió de una manera admirable. Nunca como en aquel momento se cumplia el antiguo precepto académico que dice que el presidente de una Asamblea debe ser: *plus quam orator*, más que orador. Detenia aquella inmensa hueste, la refrenaba con el poderoso lazo de su autoridad y de su palabra. Los vicalvaristas, sin embargo, rugian como las fieras fascinadas por la vista del domador, atemorizadas por el boton de fuego que trae en sus manos.

De vez en cuando se levantaba de aquel oleaje de rumores siniestros alguna expresion

que [illegible] Era como [illegible] peñasco y se [illegible] con sinies- tros [illegible] El señor [illegible] se habia faltado á [illegible] El Sr. [illegible] que le habian cau- sado [illegible] las palabras [illegible] El Sr. V[illegible] que el artícu- lo [illegible] invocado y no [illegible] pisoteado y [illegible] El Sr. Navarro y Ro- [illegible] del re- glamento [illegible] ciertamente no era en aquel momento oportuno, ni apropiado al caso que se discutia. La mayoría azuzaba á sus diversos oradores. El presidente se de- fendió muy bien.

Pero callando faltaba á todo lo que de él se esperaba. No habíamos caido tanto, que no fuera mejor un discurso que todas las ha- bilidades parlamentarias. Si callaba, si deja- ba que se arrastrase la discusion de la dicta- dura de boca en boca de oradores vulgares, adocenados, sin aquella fuerza que dá una

gran palabra, sin aquel prestigio que dá una grande reputacion, iba á ser responsable de complicidad con el gobierno. Callar cuando el país se empobrece, callar cuando la Hacienda se arruina, callar cuando la honra nacional cae á los pies de unos cuantos mercachifles de Lóndres, callar cuando las Córtes se despojan de sus más altas facultades, callar cuando recibe votos de confianza un ministerio que sólo es digno de la desconfianza del país, callar cuando asoma la dictadura, dejar que domine la soberbia de O'Donnell, el excepticismo de Posada, era una falta de lesa política que el Sr. Rios Rosas iba á purgar con una larga y merecida impotencia.

Por fin, movido de estas razones, habló para cerrar el debate.

El asunto del dia, el objeto de todas las conversaciones, fué al concluirse aquel debate el discurso pronunciado por D. Antonio Rios Rosas. Nosotros lo habíamos dicho muchas veces en bien de la oposicion parlamentaria del Congreso con la imparcialidad que

nos distinguen: el Sr. Rios Rosas tenia el deber de hablar en aquel debate, el deber de reconvenir á la mayoría por haber faltado á la significacion política que trajo de las urnas y que formuló en la designacion del candidato para la presidencia. El Sr. Rios Rosas cumplió con su deber hablando. De manera que cumplió el Sr. Rios Rosas este deber en el discurso que pronunció en contra del ministerio.

Desde luego, un hombre que habia formado con su palabra la union liberal, que le habia dado sus teorías mas fundamentales, que habia obtenido dos ministerios en momentos de peligro para su partido naciente, que habia estado más á su cabeza en los dias de la desgracia que en los dias de la fortuna, que habia obligado á la union liberal á reconocer sus errores en la pasada legislatura, y á abrazar una política más liberal; un hombre así tenia en sí mismo una grande autoridad para reconvenir á los unionistas descarriados, y echarles en cara aquella sabemos si tercera ó cuarta apostasía.

Además, si este hombre era presidente del Congreso, si habia debido á la mayoría tal honra, si se habia conservado fiel á las ideas en cuya virtud lo habian elegido, y luego le azotaba la cara con su palabra, daba á esa palabra una grande autoridad y á la sesion en que tales asuntos se trataran el aspecto de una inmensa batalla. Además el Sr. Rios Rosas representaba la política de doble aspecto conservadora y liberal. Y podia en nombre de estas dos ideas perseguir, acosar, rendir al ministerio y á su mayoría hasta obligarles á confesar que morian la muerte de la demencia, la muerte horrible del suicidio.

Y hecho esto, aún habia una parte importante que decir, un programa de gobierno que dar. Precisaba restaurar la palabra conservador. En Inglaterra, en Bélgica, en Italia, en los paises constitucionales, conservador quiere decir partido que cuida de los derechos, de los intereses adquiridos por la revolucion. Aquí los conservadores, si conociesen su ministerio, defenderian la libertad del pensamiento, la libertad de imprenta, la libertad de

[redacted]

la palabra, la extension del sufragio, las economías en Hacienda, la descentralizacion administrativa para evitar de esta suerte las revoluciones violentas que suelen ser el azote de los pueblos regidos por la reaccion constante que desde 1843 domina en este país sin ventura.

El discurso del Sr. Rios Rosas no correspondió á lo que el público esperaba. Quiso ser comedido, y fué débil; diplomático, y fué oscuro; razonador, y fué casuista; quiso estar á la altura de su dignidad, como presidente, y su dignidad, colgada al cuello como una bola de hierro, le hacia bajar la frente, y balbucear palabras confusas, de escaso interés, de poca trascendencia, muy por bajo de la ocasion, del lugar y del público que habia acudido allí á escuchar un gran discurso á manera de aquel célebre pronunciado con tan gigante audacia, despues de los terribles sucesos del 10 de Abril, que cayera como una lluvia de fuego sobre el ministerio, y lo devorara.

Cuando la marea reaccionaria subia y subia

hasta ahogarnos; cuando una política imprevisora y de aislamiento nos anulaba en los Consejos de Europa; cuando el desenfreno de la teocracia era cada dia mayor como acostumbrada á violar las leyes sin castigo; cuando un general que habia servido á todas las causas abofeteaba á los partidos liberales con sus descarados retos; cuando la imprenta moria y el derecho de reunion no se ejercitaba, y el pensamiento enmudecia sin voz, sin palabra, como si fuéramos un pueblo de imbéciles; cuando la Hacienda estaba en quiebra; cuando la Constitucion se hallaba en suspenso, y el estado de sitio reinaba en las provincias más florecientes de España, y al término de todo eso se pedia una dictadura para barrenar las leyes, para trastornar los servicios públicos, para imponer mayores contribuciones con el reconocimiento de deudas cuya legalidad era dudosa; cuando así andaba todo perdido, desconcertado, en una confusion inmensa, por culpa de un partido que ora se muestra enciclopedista, ora neocatólico, que ya acude á los Comités de salud

pública, ya á los locutorios de conventos, que así maneja la pluma del periodista demagógico, como el cirio del muñidor de cofradía, partido causante de una inmoralidad tan cancerosa que amenazaba devorar la conciencia pública, la cortesía era imposible y se necesitaba dureza, dureza, gran dureza, para aplicar con palabras de fuego el cauterio apropiado á tan horribles llagas.

Pero examinemos el discurso del Sr. Rios Rosas lijeramente. Antes que él habló el señor Bugallal; mas el ruido que reinaba en el salon era tanto, y la impaciencia de escuchar al Sr. Rios Rosas tan grande, que nada se oia de lo que murmuraba. Por fin se levantó el Sr. Rios Rosas. Echó en cara á la union liberal sus dias de contricion tan pronto olvidados en el poder. Desde aquel arrepentimiento del año pasado, hasta su actitud posterior mediaba un abismo moral; pero materialmente el canto de una hoja de papel, la credencial de ministro concedida al Sr. Posada Herrera. Lo que nos reveló el Sr. Rios, con grande extrañeza nuestra, es el respeto que guar-

dan aquí los ministros á los derechos del Parlamento. Habiendo citado el presidente de la Cámara al ministro de la Gobernacion para hablar sobre los proyectos de imprenta y de asociaciones, el ministro de la Gobernacion no acudió á la cita; manera digna de Gortschakoff ó de Bismarck.

El asunto que trató con grande claridad el Sr. Rios Rosas, fué el asunto de los cupones. Si los acreedores se convinieron en 1851 á un trato, si lo aceptaron en todo lo que tenia para ellos de favorable, ¿por qué no en lo adverso? Y si en 1866 no querian convenirse con lo que entonces pactaron, devuelvan el papel de la deuda diferida que se les entregó, devuelvan los intereses devengados, y queden las cosas en el estado en que se encontraban cuando el arreglo de la deuda. ¡Ah! El arreglo de los cupones en 1866 en su esencia era gravosísimo al país, y en su forma deshonroso, muy deshonroso, porque para arreglar una deuda extranjera se pedia que el país abdicase su soberanía, que las Córtes cediesen sus derechos, no al impulso de las

bayonetas de Napoleon, sino al impulso de los tenedores de cupones ingleses.

Lo más trascendental que el Sr. Rios Rosas dijo, fué lo relativo á la union entre España y Portugal. Es necesario, es indispensable que artes, industria, ciencias, literatura, prensa, cuanto somos, cuanto podemos, cuanto valemos, todo lo pongamos á servicio de esta grande idea. Si el Sr. Cánovas, antiguo partidario de la union ibérica, que trabajó por esta idea en 1854; si el Sr. Cánovas citó á Mora, y á Felipe II, y al duque de Alba, esos recuerdos horribles, esos recuerdos sangrientos desaparecerán á la luz de la libertad que limpia esas manchas de la conciencia de los pueblos. ¿Pues qué hemos de ser más vengativos y más rencorosos que los italianos; que esas ciudades italianas, de antiguo entregadas á continuas guerras? ¡Cuántas Aljubarrotas hay entre Pisa y Florencia, entre Milan y Pádua, entre Venecia y Génova! Y sin embargo, todos esos recuerdos sangrientos se han olvidado. Florencia ha devuelto á Pisa sus cadenas; Génova y Venecia han cambiado sus

trofeos. No faltaba más sino que por rémoras de otros tiempos, por crímenes de otros dias, nos halláramos hoy separados nosotros de los portugueses, nuestros hermanos, de los portugueses que viven hoy bajo un mismo cielo con nosotros, y que vivirán mañana con nosotros, bajo una misma bandera.

El Sr. Rios Rosas, por último, dijo que la autorizacion era contradictoria, porque se pedia para hacer economías y se aumentaban los gastos con el armamento de más ejército; se pedian para hacer economías por la tarde, y por la noche en las sesiones se oponia el ministerio con una grande tenacidad á que las economías se realizaran. Se pedia, pues, la dictadura por una ambicion desenfrenada de poder, por una demencia, por un delirio de autoridad que tocaba en los confines del desvarío, del delirio. El régimen constitucional, amenazado en 1844, amenazado en 1851, amenazado en tantas y tantas ocasiones, despues de haber sido con torrentes de sangre regado, se hallaba entonces bajo el filo de nuevas y más terribles amenazas. Sí, por-

[redacted]

[illegible] gobierno [illegible] para [illegible] á un Parlamento [illegible] el poder de barrenar las leyes que hay en vigor, de negar los servicios que hay votados, de disponer á mi antojo de la fortuna pública, y de arreglar la deuda nacional. Este era el endiosamiento de un hombre en el período baltasaresco de la union liberal.

Despues de un discurso del Sr. Rios Rosas, no hay contraste como un discurso del señor Posada Herrera. La correccion, la frialdad, la gracia, el excepticismo, suceden á la incorreccion, á la vehemencia, á la fuerza, á una especie de fé mahometana en los elementos conservadores y liberales. No conocemos, sin embargo, audacia que pueda compararse á la audacia del Sr. Posada Herrera. Cuando tenia entre sus manos las cuerdas de las cuales pendian tres ó cuatro periódicos ahorcados, que estaban materialmente en una horrible agonia, se declaraba á sí mismo partidario del criterio de la libertad. Por el criterio de la libertad estaban sin duda los

editores y los escritores en la cárcel; por el criterio de la libertad los periódicos cargados de multas crecidísimas; por el criterio de la libertad los hogares violados; por el criterio de la libertad varios buques hendiendo los mares para llevar infelices deportados á Filipinas; por el criterio de la libertad toda asociacion prohibida..... ¿A qué hablar? Era ministro el Sr. Posada Herrera. Notamos, sin embargo, que su discurso principalmente se redujo á una defensa personal. Apenas habló cuatro palabras del ministerio, y cuatro palabras que podian llamarse como de pasada. Habia en toda su peroracion desmayo, en toda su persona desaliento. Se veia que pronunciaba aquel discurso por fuerza: tan débil fué su defensa.

Rectificó el Sr. Rios Rosas. Como quiera que el Sr. Posada Herrera formulara un voto de censura moral contra el presidente, éste le dijo á la mayoría si podria asociarse á tal voto, si podria reconocer la justicia de tal voto, y la mayoría calló. Si la mayoría no dá un voto de censura al Sr. Rios Rosas se lo dá

[redacted]

la Sr. Posada Herrera. El proyecto monstruoso tuvo en contra noventa y seis votos. La oposicion [illegible] como la [illegible] concluyó con la votacion de [illegible] el Congreso. Demostró que en circunstancias graves vale mas el criterio de siete [illegible] que el criterio del Parlamento. Un orador le dirigió al Sr. Rios Rosas la siguiente advertencia: «Permitanos el Sr. Rios Rosas que antes de concluir le demos un consejo. No se meta nunca á toreos diplomáticos. Ame, aborrezca como sabe amar y aborrecer. No quiera ser diplomatico. Si siguiera nuestros consejos se reduciria á ser lo que debe ser el Sr. Rios Rosas, un tribuno del pueblo, un agitador, un revolucionario. Quede adorando sus viejos idolos doctrinarios, y pronto se le apagará la idea en la mente, la elocuencia en los lábios, porque la tempestad es su atmósfera y agitar es su destino.»

De esta manera describia un testigo ocular el espectáculo de aquellos dias:

[illegible]no quisiéramos, no podríamos apar-
[illegible]a del horrible cuadro que ofrece el

país amenazado por la calamidad de una dictadura imbécil. Todas las noticias que recibimos, todos los síntomas que notamos, son de una profunda, de una terrible alarma en la opinion pública. Los unos temen el secreto encerrado en esa parodia ridícula del 2 de Diciembre. Los otros lloran su fortuna en ruinas. Todos recelan que los impuestos han de subir á una cifra tal, que casi habrá necesidad de abandonar un país oprimido por toda suerte de trabas, un país paralítico, un país esterilizado por el fisco, un país preso, al fin de sus violentas revoluciones y de sus guerras épicas, en la ergástula de una horrible dictadura. La guardia negra se apercibe á escoltar á O'Donnell y á servirle, aunque quiera vender por esclavos á todos los españoles. Si el Senado pudiera ofrecer algunos inconvenientes, se obviarán, nombrando nuevos senadores hasta que no quepan en aquel estrecho recinto. La prensa está ya aherrojada con la argolla de la nueva ley al cuello. La prensa no puede hablar. ¡Los pueblos! Se fia en que los pueblos no han de comprender

lo que son emisiones de papel, ni pago de cupones; no han de comprender que esto puede costarles mucho más caro que el empréstito de Barzanallana, por ejemplo. Y si por acaso quisieran alguna vez revolverse en el potro de su tormento y expresar su dolor, para eso se tienen ahí trescientos mil hombres. La vergüenza enciende nuestro rostro. No sabemos cuál será la suerte de esta pobre España. ¡Cuán vergonzosa y cuán cara es la esclavitud.»

«La situacion no puede ser más grave. El gobierno se ha empeñado en la más imposible de las empresas. Quiere gobernar con una dictadura, la más viciosa de cuantas recuerda la historia, y el país no ha de consentirlo. La actitud de la prensa, que desde los periódicos confinantes con la sociedad antigua hasta los periódicos que predican el ideal de lo porvenir, rechazan á una el absolutismo que quiere ejercer un general célebre por sus variaciones y por sus ecuencias; la actitud del Parlamento, las dos Cámaras se ha mostrado

igualmente receloso del gobierno, dicen que éste no puede, no debe continuar al frente de una nacion que, ya mayor de edad, para lo cual presenta el bautismo de las dos guerras más heróicas que hay en nuestro siglo, se gobierna á sí misma sin consentir que le usurpen sus derechos ridículos pigmeos.»

«Dos grandes razones hay para no consentir lo que el señor general O'Donnell demanda. Primera, una razon de dignidad; segunda, una razon económica. La razon de dignidad es que no puede el país consentir la suspension de los derechos anejos al Parlamento sin más motivos que el deseo de tratar y negociar con unos cuantos mercaderes ingleses. Casualmente, si en algun punto los derechos del Parlamento son inalienables, si en alguno, es en aquel que tiene por objeto intervenir en la gestion de la fortuna pública. No se le puede imponer, no se le debe imponer á un país sacrificios constantes, gravámenes onerosísimos, sin oirle y sin someterse á su voto. Desde el momento en que el

gobierno recoje en sus manos la facultad de contratar empréstitos ó de satisfacer deudas sin anuencia de las Córtes, el régimen parlamentario sucumbe, y se desvanece como una nube de humo la sangre de tres generaciones. Si esa abdicacion de los derechos del Parlamento, de lo más fundamental que hay en nuestro Código político, se pide para arrojar el gran país de Occidente á la puerta de la Bolsa de Lóndres, como una mujer perdida que pide el precio de su prostitucion, es preciso resistirse á tal suicidio, de aquellos que los pueblos como los individuos aman más de su honra.»

«El Senado español, compuesto de elementos conservadores, acaba de mostrar en una votacion solemne, que nuestra idea es su idea, que nuestros temores son sus temores. Capitalistas, banqueros, aristócratas de la propiedad, convienen con nosotros, pobres y oscuros demócratas, en la necesidad de negar al gobierno la escandalosa dictadura que demanda con tan repetidas instancias. La votacion secreta del Senado español es todo un

buen augurio, porque es creible, muy creible, que cuando la discusion pública se empeñe, cuando las grandes votaciones vengan, se encuentre el gobierno con un extraordinario número de senadores enfrente. Y cuando el Senado español le haya dicho al gobierno que es incapaz de resolver los conflictos económicos, de continuar en la gestion de la política, el gobierno de la union liberal tendrá que retirarse bajo el peso de la universal maldicion de España.»

«Ya sabemos que en su insensata soberbia, ciego de ira y de despecho, el general O'Donnell ya acaricia la funesta idea de apoderarse de una dictadura que no le conceden las Córtes. Sabemos, por lo ménos, que si él no lo piensa, si él no lo cree, sus contertulios más íntimos, sus consejeros áulicos, le instan para que no pida, para que tome la dictadura. Despues de todo, era lo más sencillo, lo más fácil, lo más político. Pero esa mezcla de debilidad y de altanería, esa confusion de lo legal y de lo arbitrario, ese respeto mentido, hipócrita á un poder á quien

se le pide un suicidio, es de lo más anómalo que recuerda la historia, de lo más híbrido, y por consecuencia de lo más infecundo que tiene la política. Cierto es que el general O'Donnell sale completamente perdido de esta adversa campaña. Los elementos revolucionarios se han convencido una vez más de que todas sus concesiones á la opinion son hijas del miedo ó de la sed de mando, concesiones escritas con una mano y borradas por la otra, de la misma suerte que el viento borra lo que se escribe en la arena. Los elementos conservadores saben que el general O'Donnell, no dirige, ni ordena, ni manda, ni gobierna, ni tiene más aptitud que la de derrochar la fortuna pública en un presupuesto de favorifismo y de nepotismo, y luego querer cubrir esa ruina con la humillacion y la deshonra de la pátria.»

«Y sin ideal, sin creencias, sin criterio fijo seguro, adorador de todas las ideas, veleta que gira á todos los vientos, su política era la inmunda política de los goces materiales. Importábale poco que la deuda se aumentara

y el presupuesto, que el país se perdiera, que la desamortizacion se disipara, que todo el movimiento económico moderno se perdiera, con tal de tener un pedazo de pan que repartir entre sus famélicos adeptos. El lazo de union de todas esas gentes sin creencias, sin respeto á los compromisos, sin fé ninguna en las ideas, es el presupuesto. Y desde el momento en que el presupuesto se resiente, la union liberal, que es un inmenso pólipo, cuyo único órgano es el estómago, se resiente tambien. Y quiere que para continuar su reinado, para explotár al país, saltemos los demás por todo, le apoyemos para que cobre los insoportables tributos, le autoricemos para que emita papel, le consintamos que se arrastre á los piés de los mercachifles de Lóndres, y le digamos que debe pagar deudas más deshonrosas, más inícuas, más infundadas que la célebre de 1823.»

«Suicidarse un país para que viva un gobierno; arruinarse el comercio, la industria, para que triunfen cuatro ó cinco señores feudales del presupuesto; entregar nuestra

[redacted]

honra, esa honra por la cual hemos hecho tantos sacrificios, á cuatro mercaderes, á cuatro negociantes, á cuatro usureros de Lóndres. No temimos á Napoleon, le desafiamos á pesar de su inmenso poder y de su inmenso orgullo, ¿y habiamos de temer á los tenedores de cupones ingleses? Y cuando luchamos con Napoleon teníamos abiertas las Córtes, coronado el pueblo con su soberanía, vivas, pujantes todas las libertades, y escribíamos una Constitucion esencialmente democrática, con Cámara única y sufragio universal, destinada á recorrer el mundo entre las bendiciones de los pueblos y el ódio de los déspotas; y ahora, ahora que solo vamos á luchar con los tenedores de los cupones ingleses, con unos miserables negociantes sin más ejército que sus pinches de cocina, ó sus cobradores y dependientes, ahora pedimos que las garantías constitucionales se suspendan, que los derechos del Parlamento se conculquen, que de un salto atrás caigamos en los miserables tiempos del absolutismo. No, no puede ser, no será, mientras haya una

prensa á la que le quede un resto de aliento. No; no será mientras la última sombra del Parlamento español vague sobre las ruinas de la tribuna, sobre la corrupcion de los comicios. No será mientras quede un solo español en esta tierra del valor y de la independencia.»

«Enemigos somos del Senado, enemigos de una institucion aristocrática, imposible en nuestro carácter democrático, inútil en el organismo de nuestras instituciones constitucionales; pero si ahora se inspira en la opinion, si oye el voto de los pueblos, si rechaza una dictadura ignominiosa, al mismo tiempo que demostrará ser el más conservador de todos los poderes, merecerá bien de la historia, bien de la pátria.»

Se leyó en el Senado el dictámen de la minoría de la comision del proyecto de dictadura. Redactado por los hombres más conservadores de la Cámara vitalicia, el dictámen fué la censura más grave que podia hacerse del vicalvarismo y de sus desatentadas pretensiones. El Sr. Bravo Murillo, autor de este do-

cumento, se desentendia de la cuestion política, y fijándose solamente en el estado de la Hacienda, juzgaba, y con razon, que estábamos en vísperas de una bancarrota. Ninguno más autorizado que el Sr. Bravo Murillo para hablar de los cupones y de las amortizables; ninguno con más títulos para tratar de este asunto que el que arregló nuestra deuda, el autor de la ley de 1851; pues bien, léanse sus frases:

«El abono á los poseedores de los célebres *certificados de cupones* de una parte del importe de estos, y la elevacion de la suma que anualmente se destina á la amortizacion de las deudas amortizables serian caprichosas concesiones que ni la justicia permite, ni la conveniencia reclama, ni consiente el decoro.»

Declámese ahora cuanto se quiera contra la oposicion liberal; preséntesenos como anarquistas y enemigos de todo gobierno; nosotros los liberales quedábamos tranquilos al ver que los hombres más conservadores, los más reaccionarios, se permitian acerca de varios extremos de la autorizacion calificati-

vos que jamás hubiéramos estampado nosotros.

No eran ménos importantes las observaciones que la minoría de la comision hacia con motivo de la emision de treses y la autorizacion para aumentar de una manera ilimitada el ejército y la marina; si la emision de títulos consumaria nuestro descrédito, el aumento de la fuerza armada del modo vago que se demandaba, suponia la nulidad de la Constitucion. Las Córtes no tienen otro medio de limitar las facultades del poder ejecutivo que examinar y negar ó conceder los recursos pecuniarios; despojarse de estos derechos, renunciar á estas sagradas atribuciones, es tanto como abdicar y contribuir á la muerte del sistema parlamentario.

Estas deducciones no tendrian fuerza en nuestros lábios, pero la adquirieron inmensa, inconmensurable en boca del Sr. Bravo Murillo, del reformista del año 51. Con este criterio, la union liberal estaba juzgada, si no la conociéramos por sus actos. Rechazados por los liberales y abandonados de los conserva-

dores, los hombres del poder veian verificarse á su alrededor el vacío. Posible era aun que alcanzasen mayoría en el Senado; pero contra esa mayoría, contra ese voto, estaba el voto de la gente sensata del país, que veia sucumbir el crédito, alzarse la inmoralidad y aproximarse la bancarrota y la ruina general.

«Compare, decíale la union, sus antiguos tiempos con la época presente, y aprecie su actual situacion; el consolidado no se cotiza ya al 54, sino al 32; la Caja de Depósitos no facilita capitales, sino que retira por término medio un millon diario; los billetes del Banco no se cambian á la par, sino con una pérdida de 7 por 100; los partidos liberales le hacen la guerra, y los conservadores le prueban con razonamientos irrecusables que les exceden en instintos reaccionarios.»

Conforme se iba acercando el verano de 1866, se iba muriendo la union liberal. A su sistema de aplacar la inminente revolucion democrática con grandes concesiones habia sustituido el sistema de superarla con grande

resistencia. Para el primer sistema, para su práctica sincera si no tenia medios, tenia autoridad; para el segundo sistema no tenia ni autoridad ni medios. Así podia exclamar con razon un escritor muy leido por aquellos supremos dias:

«La union liberal agoniza, la union liberal se muere. Todos los vicios que atribuia al ministerio del general Narvaez, todos los ha contraido. Todos los escándalos de las administraciones moderadas los ha duplicado en su funesta administracion. No se recuerda una falta; una caida, un error del ministerio moderado que no se haya repetido por el ministerio vicalvarista. Los moderados persiguieron la prensa, y los vicalvaristas la han perseguido más. Los moderados violaron el hogar doméstico, y los vicalvaristas lo han violado más veces. Los moderados rompieron las leyes á favor de los obispos en la cuestion de la Encíclica, y los vicalvaristas la han roto tambien en la cuestion de las representaciones. Los moderados se olvidaron de las incompatibilidades, los vicalvaristas tambien.

[redacted]

Los moderados quebrantaron las disposiciones de la ley de empleados; los vicalvaristas tambien, segun nos han dicho sus mismos representantes en la prensa. Los moderados mataron la Hacienda, y los vicalvaristas la han enterrado. Los moderados destruyeron el derecho de asociacion, y los vicalvaristas han elevado esa ruina á fórmula general en sus leyes. Los moderados y los vicalvaristas, por consiguiente, son los mismos, con la misma política, con los mismos errores, con los mismos escándalos.»

«El país los sufre y los paga; pero al sufrirlos se pervierte, al pagarlos se arruina. En el fondo de todas las situaciones, en el seno de todos los ministerios, queda siempre, siempre, como un fondo oscuro, la reaccion, esa reaccion que nos mata. Pasan y pasan los ministerios, se cambian los hombres y la reaccion no pasa, y la política queda siempre la misma, siempre una en su esencia, con todo su horror.»

¿Por qué sucede esto? Sucede porque no consiste el remedio á los males políticos, en

que suba este ó baje el otro; consiste el remedio en la reforma enérgica, radical, de las leyes que tienen como aherrojada y envilecida á esta pobre España. Nuestra política sigue siempre un círculo vicioso; de Narvaez á O'Donnell, de O'Donnell á Miraflores, de Miraflores otra vez á Narvaez, de Narvaez otra vez á O'Donnell. Así la atmósfera no se renueva. Así la vida política está como estancada y corrompida, y exhala fétidos miasmas.

El estado económico del país no podia ser más grave. Desde los tiempos de la guerra civil no se habia dado un Tesoro más exhausto, ni un hambre mayor en el desdichado pueblo. Los errores de tantos y tantos dias habian venido á condensarse en aquellos momentos, y á formar una nube sobre el gobierno. La queja era general. Los tenedores de cupones de la deuda en provincias especialmente no habian cobrado el semestre de Enero. La desproporcion entre los ingresos, crecia á medida que se arruinaba la industria, que se esterilizaba la agricultura. De muchos de nuestros principales centros de poblacion

[redacted]

emigraban los habitantes por no tener trabajo, por no encontrar medios de subsistencia. Y es sin duda que al error político, á la tiranía administrativa, á la centralizacion ha de acompañar precisa, indeclinablemente el error económico, la ruina del crédito, la ruina de la Hacienda. Y es que en todo tiempo la arbitrariedad arriba ha traido el desórden abajo, y el desórden ha engendrado lo que no podia ménos, la ruina de los gobiernos. La monarquía absoluta se perdió por sus despilfarros. Cuando los bárbaros vinieron á enterrar el imperio romano, ya el imperio romano estaba estenuado, muerto de hambre. La arbitrariedad traia estas crisis económicas. ¡Pobre España!

Estábamos cogiendo la cosecha de la larga siembra de nuestros errores, cogiéndola en lamentables desgracias. Al excepticismo, á la indiferencia, al afan de dejarlo todo á la casualidad, al empeño de sostener los antiguos errores en que nos hemos podrido, habia seguido como una consecuencia inevitable, este luvio de males en que nos ahogábamos. La

union liberal que debia haber sido un partido capaz de comprender y realizar la reforma si hubiera estado á la altura del ideal de nuestro siglo, y hubiera querido ser verdaderamente conservadora, habia pasado á convertirse en uno de tantos matices del neocatolicismo que como un mal perpétuo se hallaba apoderado del espíritu de nuestra pátria.

Entristecia verdaderamente nuestro estado. No teníamos religion porque la indiferencia la habia helado en las regiones superiores de la sociedad, y el fanatismo la habia ahogado abajo.

En la cárcel de la intolerancia no hay, no puede haber la grande espansion del alma, la grande efusion del corazon que se llama idea y sentimiento religioso, y que solo puede vivír de la libertad. No hay ciencia porque la ciencia necesita de la controversia y no puede haber controversia donde no hay libertad. ¡Si al ménos hubiera existido la riqueza para encubrir un poco con su brillo la ausencia del alma! Pero la riqueza habia huido de nuestro suelo despedida por los despilfarros

del poder y por el desórden perpétuo de nuestros presupuestos. Si la muerte de las naciones pudiera ser tan fácil como la muerte de los indivíduos creeríamos que iba á morir entonces nuestra pátria.

Los más moderados se preguntaban qué contradiccion habia entre el temperamento del general O'Donnell y la libertad. No parecía sino que la nacion era algun patrimonio suyo. No parecia sino que llevaba alguna marca divina en la frente, para creerse con el derecho de regirnos á todos. No parecia sino que esa sangre bullidora é inquieta de los Tirconells de Irlanda, aquellos jefes de Clanes que comian carne cruda, y tenian por todo cetro un cayado, aquellos reyes de quienes se gloriaba descender el duque de Tetuan, ponian en sus venas espíritu feudal.

Fiel á esta sangre feudal, el general O'Donnell para arreglar unas cuentas apelaba nada ménos que á una dictadura. El dia que no hubiera necesidad de consultar á las Córtes, ¿tendria por eso más dinero? No se discutian los asuntos económicos en el Congreso, y sin

embargo, se necesitaban veinte millones para pagar los vencimientos de la Caja de Depósitos, y habia que rebajarse hasta pedírselos al Banco, ofreciéndole por lo tanto limitar el cambio de los billetes, con lo cual todo el mundo padecia, pará que el gobierno saliese de apuros. El dia en que el gobierno ejerciera su dictadura, ¿encontraria dinero para la emision de sus cuatro mil millones de treses?

El gobierno á su vez anunciaba próximas y terribles catrástrofes. Negábanlas á una, negaban su proximidad, su inminencia los hombres del partido liberal.

La verdad, decian, es que nadie se dá por engañado con los engaños del gobierno. Todo el mundo comprende que siente el gobierno la necesidad de sostenerse por estos reprobados y reprobables medios, de imponerse como necesario en ciertas regiones, de agarrarse al combatido timon del Estado por mucho tiempo, é identificar su causa con la causa del órden público. Porque no se concibe de otra manera que se hable así, que se en-

[redacted]

crezcan esos mares de palabras con que los periódicos ministeriales están diariamente atronando al país. No se concibe de otra manera que se usen todas esas gastadas imágenes retóricas, sobre la cuchilla de la ley, y el rayo de la revolucion, y el oleaje de las pasiones, y la necesidad imperiosísima de salvar una sociedad terriblemente amenazada. Todos esos fuegos de artificio tienen por objeto deslumbrar á alguien, cegar á alguien: que de todo se valen para sostenerse un dia más nuestros malhadados gobiernos, en un poder que materialmente huye bajo sus plantas á impulsos de la reprobacion general del país, cansado de estos sistemas doctrinarios que sólo han servido para esquilmarlo.

La union liberal, por lo que vemos, se halla muy próxima á caer en aquellas aventuras célebres de un ministerio más célebre todavía, aventuras que consistian en fingir conspiraciones por el placer de descubrirlas y de-
narlas, mostrando á los tímidos que solo
manos hábiles y poderosas, como son
e las manos de los gobernantes, eran

capaces de salvar el órden público. Los tiempos han cambiado. Lo que antes se hacia urdiendo una mala intriga, se hace ahora forjando unos cuantos artículos, y se acusa, y se persigue, y se execra á partidos enteros, tal vez para encontrar un nuevo pretexto con que resucitar el estado de sitio y reducir la prensa, esa institucion que tanto les molesta, á un oprobioso silencio.

A pesar de estas seguridades el gobierno seguia asegurando la proximidad de un reto revolucionario lanzado desde los campos ó las calles á su rostro. Y estos replicaban:

El general O'Donnell quiere sin duda que paguen los que él llama revolucionarios sus desgracias, la desgracia de no haber conservado su antiguo prestigio militar, la desgracia de no haber resuelto la crísis económica, la desgracia de no haber sacado á los partidos liberales del retraimiento, la desgracia inmensa de no tener un cuarto y no poder, por consecuencia, abrir aquel gran mercado donde tenian tarifa todas las apostasías políticas, desde la apostasía de los tránsfugas más os-

curos. hasta la del ministro que en 1856 rompió la guerra en las calles, jefe segundo del partido progresista, contra el primer jefe de la union liberal.

¡Triste destino en verdad el destino del general O'Donnell! Castigado se halla de una manera tremenda. Él pasó dos años conspirando contra la autoridad, y otros dos años contra la libertad; él ha derrocado á cañonazos dos situaciones. Y ahora se encuentra con que por todas partes, en todas direcciones, aparece á sus ojos la revolucion, no real, no efectiva, sino como una sombra gigantesca, que sus remordimientos proyectan sobre la sociedad. Hay Providencia.

Los periódicos ministeriales aseveraban que existia una grande agitacion y los periódicos revolucionarios respondian con estas terribles palabras:

«Existe una grande agitacion. No sómos nosotros los que decimos esto; lo dicen periódicos ministeriales tan autorizados como *El Diario Español*, cuyas tétricas y amenazadoras palabras resuenan en todos los oidos,

y difunden la alarma por todos los ámbitos de la península. Tampoco somos nosotros, aunque tachados constantemente de revolucionarios, los que hemos traido la cosa pública á tan supremos y angustiosos extremos. Así como nadie puede averiguar de dónde salen, de dónde emanan los torrentes de electricidad generadores de las tempestades, nadie sabe tampoco de dónde emanan los elementos generales de las revoluciones. Una escuela ha llamado á las revoluciones agentes misteriosos de la Providencia, que vienen á castigar á los pueblos, otras escuelas las han llamado la condensacion de los tiempos; otras las han creido perturbaciones tan necesarias y á veces tan saludables, como esos desequilibrios de la atmósfera, en cuya virtud se desatan los vientos; pero todas á una han convenido en que las revoluciones son siempre algo más que la conjuracion de un partido, algo más que el esfuerzo de un individuo, algo más que las sediciones de unos cuantos militares: la erupcion, digamóslo así, de una sociedad por grandes y terribles dolores he-

[redacted]

rida, por grandes y terribles necesidades apremiada, por grandes ideas agitada y convulsa. Por consecuencia, nada nos parece tan insensato, tan pueril, como el empeño de ciertos hombres en creer que la revolucion se extermina exterminando á los revolucionarios. Perseguidlos si os place, no les consintais ni libertad para su pensamiento, ni seguridad para su hogar, expulsadlos de la pátria á la manera que Felipe III expulsó á los moriscos, y nada habeis hecho para conjurar el profundísimo malestar social que os aterra á vosotros mismos, si no satisfaceis con urgencia las grandes necesidades ó las grandes aspiraciones que, más ó ménos pronto, suelen traer, sin que ninguna fuerza humana sea bastante á evitarlo, el imperio de la revolucion.»

«¿Pues qué, sabeis de algun indivíduo, de algun partido, de algun pueblo que voluntariamente y por placer haga las revoluciones? ¿Pues qué, el instinto social de conservacion no es tan seguro, tan imperioso, como el instinto individual que nos aparta de los peligros un movimiento órganico, fatal é incons-

ciente? Aunque las sociedades son inmortales; aunque no tienen esas zozobras que lo limitado de la vida y lo ténue de la salud despiertan en los indivíduos, su instinto de conservacion es tan grande, tan prodigioso, que solamente aceptan las revoluciones cuando han agotado todos los medios pacíficos, cuando han tentado sin fruto todos los caminos legales. Bien seguros estamos de que jamás hubiera venido el terrible 10 de Agosto en que pereció la monarquía francesa, sin la fuga á Warens, sin la resistencia á firmar las leyes sobre el clero. Nunca hubieran caido definitivamente los Estuardos, cuyos representantes más ilustres habian sido inmolados en dos sucesivos cadalsos, sin que por eso dejaran sus dos últimos régios descendientes de ascender al trono; nunca hubiera caido definitivamente aquella dinastía por tan poderosos enemigos acosada, sin el empedernido jesuitismo de Jácobo II. Inmenso daño, irreparable daño infieren á los poderes que sirven aquellos sus cortesanos, que como *El Diario Español*, constante servidor del ministerio

[redacted]

O'Donnell, en vez de pedirle que modifique sus errores, que cambie su política, único medio de conjurar temibles y pavorosas catástrofes; le piden con insistencia que se ciegue de orgullo y se arme de fuerza, como si hubiera, ni en el orgullo de los poderes, ni en su fuerza, virtud alguna capaz de conjurar los males que ellos mismos han fatalmente engendrado.»

«Puesto que *El Diario Español* sabe á ciencia cierta que la situacion es revolucionaria, examine bien quién es aquí el principal responsable de esta grande, de esta suprema angustia que todos sentimos, que todos deploramos, porque como hemos dicho, ni pueblos ni individuos aceptan de buen grado las revoluciones, y pueblos é individuos las conjuran por todos los medios que tienen á su alcance cuando buenamente pueden conjurarlas. Pero si la agitacion es grande, la culpa principal ¿qué decimos? la culpa única exclusiva es del general O'Donnell y del partido que el general O'Donnell capitanea y representa.»

Dos causas principales engendran el ma-

lestar profundo de esta sociedad, su agitacion revolucionaria: es la una, el retraimiento de los partidos populares; es la otra, el desconcierto de la Hacienda pública: ambas á dos se han originado de la política seguida por la union liberal. Cuando despues de once años de una reaccion ciega se habia llegado á escribir un pacto, al cual concurrieron todos los partidos liberales, los unos con su voto, los otros con su controversias, y sus discusiones, y sus consejos, y sus luces; cuando se habia escrito una legalidad, si no tan justa como nosotros deseáramos, más amplia en verdad que la precedente, el general O'Donnell lo destruyó todo, lo borró todo con el humo de sus cañones. Desde aquel momento la proscricion de los partidos liberales fué inevitable, é inevitable tambien la conducta que habian de seguir en lo venidero. Y como quiera que en los sistemas constitucionales, si quier sólo sean aparentemente observados y cumplidos, no puede un solo hombre constituir una situacion y defenderla, el general O'Donnell necesitó un partido. Y como los partidos, es-

[redacted]

[illegible]

[illegible] de un [illegible] otro lado [illegible] las dos [illegible] sistema constitucio- [illegible] a los azares de la revolucion y de las reacciones. Hizo por su política bastarda que el partido moderado fuera á buscar su sávia en el partido neo-católico, y como el partido progresista viniese por una necesidad incontrastable á inspirarse en el espíritu democrático. Y aquel término medio, bello ideal de los partidos [illegible]ervadores, tan distante de la reaccion

como de la revolucion, que tiene todos los prestigios de la monarquía y toda la vitalidad de las libertades, segun sus adeptos, en el cual lo antiguo se conserva por medio de las instituciones seculares, y lo nuevo penetra por medio de las instituciones revolucionarias, aquel término medio quedó debilitado, porque se acabaron con las maquinaciones del general O'Donnell todas las transacciones, y se comenzaron todas las luchas, convirtiéndose el sistema constitucional en la dictadura más ó ménos amañada, más ó ménos franca de un solo hombre. Así la primera condicion de los sistemas constitucionales, que es la renovacion de los partidos en el poder, no ha podido cumplirse. El partido moderado puro, ora personificándose en Narvaez, ora en O'Donnell, ó en variantes de estos dos nombres, ha venido dominándonos diez años sin ninguna interrupcion, y al cabo de tanto tiempo se ha encontrado que el partido progresista, elemento preciso del sistema constitucional, está definitivamente fuera del Parlamento, fuera de la ley, imposibili-

tado por consiguiente para llevar al sistema constitucional la renovacion indispensable de su espíritu y de sus ideas. ¿Quién tiene, pues, la culpa de la agitacion revolucionaria que hoy se siente? El general O'Donnell.»

«Y por una expiacion que acompaña siempre á todas las grandes faltas, el general O'Donnell es tambien responsable de nuestra situacion económica. Él trajo la paralizacion de la venta de los bienes del clero, con lo cual fué preciso apelar más tarde á empréstitos moralmente escandalosos y económicamente ruinosos, como el empréstito Mirés. Él, más tarde, aprovechó los cuantiosos rendimientos de la desamortizacion que habia rechazado. Mas en vez de consagrarlos á amortizar la deuda ó á promover las obras públicas, los malbarató en fuertes, en cuarteles, en gastos dispendiosos é inútiles, en expediciones como la de Méjico, en guerras como la de Santo Domingo, en el aumento de una administracion costosísima, cuyo único objeto es no regir el país sino ganar las elecciones. De aquí las emisiones de papel que

vinieron á aumentar la deuda; la esterilidad de la Caja de Depósitos que amortizó y mató por consecuencia grandes capitáles; los contratos con el Banco de España, que arrebatándole su numerario han traido esta escandalosa crísis, á cuyo influjo se recrudece y encona cada dia más el hambre de los pueblos. Por consecuencia, ¿quién es el responsable de la agitacion económica que viene á proseguir la agitacion política? El general O'Donnell.»

«Los escolásticos tenian entre sus axiomas, el fundamental de *sublata causa, tollitur efectus*. Que los poderes legítimos arrojen del gobierno al general O'Donnell, y habrá cesado en gran parte la agitacion revolucionaria que hoy se siente. Que los poderes legítimos devuelvan su libertad á la prensa perseguida, su fuerza á la asociacion proscrita, su fuerza al régimen constitucional bastardeado, su influencia al partido liberal esclavizado, su amplitud al sufragio convertido en un cubileteo indigno, y habrá cesado la agitacion revolucionaria. Que los poderes le-

[redacted]

gítimos rebajen el presupuesto, castiguen los gastos, reduzcan el ejército, simplifiquen la administracion, amorticen la deuda, emancipen el crédito en vez de monopolizarlo en Bancos privilegiados, y habrá cesado la agitacion revolucionaria. Que esa reaccion ciega, tenaz, impenitente, siempre dispuesta á conspirar contra todas nuestras libertades, fuerte ó hipócrita, segun necesita oprimirnos ó engañarnos, ceda, huya de este país, que tanto ha explotado, y cesará para siempre la agitacion revolucionaria. Pero las cárceles, los presidios, la supresion de los periódicos, la inmolacion de la vida de los honrados ciudadanos en horribles suplicios, el aumento de nuestro largo catálogo de mártires, el exterminio que *El Diario Español* predica tan sin consejo, sin paliar ninguno de nuestros males, daria tal vez fuerza por un momento al general O'Donnell, pero incontrastable, invencible, permanente á la revolucion. ¿Quereis desarmarla? Pues acudid á la justicia, á la libertad, los únicos para-rayos de las revoluciones.»

En esto sucede un hecho que agita vivamente la opinion pública en España. Un escritor y un editor habian sido conducidos de la Audiencia á la cárcel, y de la cárcel á la Audiencia en el carruaje cerular y con esposas en los pies y en las manos. La prensa puso el grito en el cielo. La Democracia decia:

«Madrid no ha salido todavía de su asombro. La infame y bárbara crueldad cometida con nuestro compañero D. Javier Ramirez, y con nuestro editor D. Joaquin Cobelo de Lias, ha indignado á toda esta sensata y culta poblacion. El Sr. Ramirez lleva todavía, llevará por mucho tiempo las marcas del hierro que la implacable justicia humana suele guardar para los grandes criminales. Pero como el crímen no puede ser creado por la ley positiva, sino que ha de nacer de otra ley más alta promulgada en todas las conciencias por una voz divina, las señales de los hierros que manchan sus brazos, son marcas de luz que abrillantan su alma. Si faltaba alguna nueva hez al cáliz de su amargura, despues de haberle tenido cinco meses en la cárcel, el dia

que por la ley le tocaba respirar un poco de aire libre, lo encierran en el fúnebre coche de los presidiarios, en el enrejado asilo del crimen, especie de jaula de fieras, y así lo llevan maniatado con pesadas esposas en presencia de sus jueces.»

«¡Oh! ¡Puede darse una crueldad mayor! Periodistas de la union liberal, periodistas que protestasteis contra la política del general Narvaez, no tan dura ni tan cruel como la política del general O'Donnell, ¿cómo callais ahora? No basta con una lijera protesta; es necesario apartarse de un gobierno que mancha la prensa con los hierros de los presidios. Si el sentimiento de libertad no anida en vuestros corazones, si la idea de justicia no habita en vuestras conciencias, acordáos al ménos de que la rueda de la fortuna hoy baja á los que ayer alzaba, y acaso no pasarán muchos dias sin que os veais vosotros mismos en la cárcel de los criminales, en el carro celular de los presidiarios, con los hierros de los homicidas. Si no habeis perdido la memoria, hace un año que vosotros, los dispen-

sadores hoy de la fortuna y de los honores públicos, bajo la amenaza de un auto de prision, os encontrábais próximos por consiguiente á las duras condiciones á que habeis reducido al redactor de LA DEMOCRACIA. Y mañana caereis, y la inflexible justicia de la Providencia, os castigará con los mismos ó mayores castigos que los infligidos por vosotros á vuestros enemigos.»

«No conocemos error más trascendental que el error de castigar con penas aflictivas la conciencia, el pensamiento; de perseguir los fenómenos morales con las represiones materiales. El castigo material, lejos de corregir al que se ve castigado por ideas, por pensamientos, le empeña más y más en sus creencias. La sociedad que se aparta del reo vulgar, rodea con una aureola de gloria las sienes del reo político. La ley de hoy le alza un cadalso, la ley de mañana un altar. Unos pocos le llaman criminal, pero todas las generaciones le llaman mártir. Hay en esa cárcel que ahora se abre para recibir los presos políticos, en esos hierros que ahora los apri-

[redacted]

sionan, en esos castigos que ahora los apenan, alguna sombra de la antigua inquisicion reprobada hoy por la voz de todos los siglos.»

«¡Qué gloria para la union liberal! En su tiempo, sólo en su tiempo se ha dado el caso de que un escritor honrado vaya con cadenas, con hierros al presidio. Sólo bajo su imperio se ha dado ejemplo de esta crueldad neroniana. Las heridas que sus esposas han abierto en los brazos del Sr. Ramirez, serán siempre la acusacion de la barbárie del gobierno; el testimonio de su arbitraria tiranía. Y cuando las situaciones llegan á estos punibles extremos, cuando cometen estas brutalidades, se creen fuertes porque son feroces, y en realidad muestran su ceguera y su incurable impotencia.»

«Y no se diga que lo sucedido en la cárcel es sólo un accidente, cuando es un sistema; no se diga que es la venganza de un alcaide, cuando es la justicia de un gobierno. Si se ha extrañado que un escritor público vaya en el traje cerular, más extraño es todavía que

despues de cinco meses gima en otro sitio no ménos horrible, en el fondo de una cárcel. Si se ha extrañado que un escritor público vaya en compañía de cuatro criminales desde el Saladero á la Audiencia, en compañía de cuatro mil está hace cinco meses. Si se ha extrañado que las penas aflictivas vengan hoy á perseguirlo, estas mismas penas multiplicadas por tantos dias de angustias supremas, estas mismas penas sufre junto á honrados editores, sin que el clamor haya sido tan universal como es ahora, en que sólo se ha visto un momento, un minuto de su terrible pasion. Y despues de todo, con la ley en la mano el fiscal de la Audiencia pide que le condenen nueve años á presidio, que le vistan el tosco traje, que le rapen la cabeza, que le ciñan el grillete al pié, que le sepulten donde yacen los criminales más vulgares, sin pensar siquiera en que hay temperamentos sensibles, nerviosos, como el temperamento de las aves, almas nacidas para volar, para cantar, para descomponer en sus alas los matices de la luz, para recoger en sus pulmones el aire de

la libertad; almas de poeta, las cuales sufren solamente en una hora de cautiverio, en un dia de prision, los dolores de muchos siglos, aumentados por la sensibilidad del corazon, por el hervor del cerebro.

«Los que tienen la culpa de todo esto, los responsables del escándalo de la sociedad y de la afliccion de tantas almas buenas, son los que han resucitado en pleno siglo décimo-nono, en el siglo de la fé, en la tolerancia universal esas horribles penas corporales que el magistrado impone con horror, que la sociedad rechaza con energía. Porque el castigo social, para ser eficaz, para ser justo, para no sublevar contra sí los ánimos, necesita estar sancionado por una ley más alta que la ley positiva, por la ley moral; necesita caer de un tribunal inapelable, altísimo, del tribunal divino de la conciencia universal. Preguntadle al pobre alguacil que aprisiona un escritor, al escribano que sigue su proceso, al carcelero que lo custodia, al fiscal que lo acusa, al juez que lo condena, al ciudadano indiferente, cuya conciencia es como la chispa

que enciende la antorcha de la justicia, preguntadle y os dirán que estos procesos, estas vistas, estos castigos, todo lo que se hace tan sin consejo para perseguir, para oprimir el pensamiento, sobre ser ineficaz, porque el pensamiento se escapa de todas las cárceles, y se sobrepone á todos los jueces, y dicta á toda autoridad su autoridad soberana, es verdaderamente injusto, verdaderamente escandaloso, la mancha de nuestras leyes, la perturbacion de todo procedimiento, la negra sombra de nuestros tribunales.»

«Es necesario dar libertad completa á la prensa. Es necesario restablecer el jurado para que entienda de lo único que hay penable en la imprenta, de la injuria y de la calumnia. Es necesario reconocer los derechos del pensamiento, tan eternos como el alma. Es necesario dejar espacio á todas las ideas, voz á todas las escuelas, campo de batalla á todas las controversias, porque de este discorde coro de contradicciones ha querido Dios que resulten las armonías de la vida. Si hoy se resucitan las penas aflictivas para el pensa-

miento político, ¿quién nos asegura que no se resucite mañana la inquisicion para el pensamiento religioso? La persecucion sañuda contra la cátedra mató á Narvaez; la persecucion sañuda contra la prensa matará á O'Donnell. Javier Ramirez llevó ayer unas esposas en las manos, llevará mañana unos grilletes en los piés, pero llevará siempre una aureola en la frente, mientras sus perseguidores, sus verdugos, sin poder romper la pluma del escritor, ni ahogar el pensamiento, llevarán hoy sobre su conciencia el ódio de esta sociedad, y mañana sobre su nombre la maldicion de la historia.»

Mientras tanto la prensa liberal aprovechaba todos los acontecimientos para recordar al pueblo la necesidad inevitable de destronar á la dinastía. Con motivo del 2 de Mayo de 1866, el Sr. Castelar reunió en un artículo político todos los documentos que más podian despertar el ódio del pueblo contra la casa de Borbon. Hé aquí este artículo muy discutido por aquellos dias, muy importante para la historia de los sucesos.

«¡El Dos de Mayo! ¡Cuántos recuerdos trae este solemne dia á nuestra memoria! Aunque quisiéramos acordarnos de nuestras miserias presentes, del Banco Español y el Banco Nacional, de la crísis económica, de la penuria del Tesoro, de las apostasías de la union liberal, no podríamos, distraida la mente con la evocacion de aquellos dias de grande lucha, de grande prueba, pero tambien de grande gloria. El país sabe confusamente lo que sucedió el Dos de Mayo; sabe que el suelo pátrio fué hollado por gente extranjera, y redimido por española sangre. Pero el país no recuerda los sucesos que antecedieron, los sucesos que acompañaron, los sucesos que siguieron á aquella grande catástrofe, que será bendecida por todos los pueblos, que será aclamada por todas las generaciones, que servirá de ejemplo, como una estrella fija en los horizontes del mundo moral, porque antes se extinguirá la naturaleza humana que pueda extinguirse el culto al sacrificio y al martirio.»

Recordemos los hechos, nada más que los

hechos. Para ejemplo del mundo, para su enseñanza, los hechos bastan. La historia debe ser el libro por excelencia del pueblo. La experiencia, es la gran maestra de las naciones, esos hombres superiores que viven de una sola vida, que tienen un solo espíritu, y que deben guardar en su memoria archivados sus hechos para enseñanza, para ejemplo, para que nunca se pierda el tiempo, una de las leyes divinas de la vida. La nacion española habia pasado del absolutismo teocrático de la casa de Austria, al absolutismo cortesano, autocrático, de la casa de Borbon. Al reinado de Felipe V el Animoso, sucedió el reinado de Fernando VI el Misántropo; y al reinado de Fernando VI el Misántropo, el reinado de Carlos III, en que el espíritu de la filosofía penetró en España con los grandes magistrados, y el espíritu teocrático salió con los expulsados jesuitas.

En pos de estos dias, vino el reinado ominoso de Cárlos IV. Un rey paciente, una reina orgullosa y un ambiciosísimo favorito, dispusieron á su arbitrio de nacion tan grande. La

impopularidad de estos tres directores del país fué tal, que el mismo príncipe de Astúrias, Fernando VII, conspiró contra su padre. En su deseo de tener un aliado, escribió á Napoleon cierta carta en que le pedia proteccion para su política, y una mujer de la familia Bonaparte para su lecho.

«Imploro, pues, le decia, con la mayor confianza, la proteccion paternal de V. M., á fin de que no solamente se digne concederme el honor de darme por esposa una princesa de su familia, sino allanar todas las dificultades y disipar todos los obstáculos que puedan oponerse á este único objeto de mis deseos.»

Pero el favorito Godoy lo ganó por la mano, sostenido como estaba por la confianza omnímoda de los reyes, y franqueó la Península á los franceses para que pasasen á Portugal, á cambio de una corona, en las estipulaciones de Fontainebleau prometida. Esto irritó al príncipe, que continuaba en su conjuracion. Descubierta, fué arrestado, y como quiera que todos los indivíduos de la familia real pusieran en manos de Napoleon sus diferencias,

Cárlos IV escribia lo siguiente al emperador contra su propio hijo:

«Hermano mio:

«Mi hijo primogénito el heredero presuntivo de mi trono habia formado el horrible designio de destronarme, y habia llegado al extremo de atentar contra los dias de su madre. Crímen tan atroz debe ser castigado con el rigor de las leyes. *La que le llama á sucederme, debe ser revocada; uno de sus hermanos será más digno de reemplazarle en mi corazon y en el trono.* Ahora procuro indagar sus cómplices para buscar el hilo de tan increible maldad, y no quiero perder un solo instante en instruir á V. M. I. y R., suplicándole me ayude con sus luces y consejos.

Sobre lo que ruego, etc.—Cárlos.—En San Lorenzo á 29 de Octubre de 1807.»

Fernando fué perdonado en un decreto dado el 5 de Noviembre de 1807, cuyo encabezamiento publicamos á continuacion:

«La voz de la naturaleza desarma el brazo de la venganza, y cuando la inadvertencia reclama la piedad, no puede negarse á ello

un padre amoroso. Mi hijo ha declarado ya los autores del plan horrible que le habian hecho concebir unos malvados; todo lo ha manifestado en forma de derecho, y todo consta con la escrupulosidad que exige la ley en tales pruebas; su arrepentimiento y asombro le han dictado las representaciones que me ha dirigido y siguen.»

«Señor:

«Papá mio: he delinquido, he faltado á V. M. como rey y como padre; pero me arrepiento y ofrezco á V. M. la obediencia más humilde. Nada debia hacer sin noticia de V. M., pero fuí sorprendido. He delatado á los culpables, y pido á V. M. me perdone por haberle mentido la otra noche, permitiendo besar sus reales piés á su reconocido hijo—Fernando.»

«Señora:

«Mamá mia: estoy muy arrepentido del grandísimo delito que he cometido contra mis padres y reyes, y así con la mayor humildad le pido á V. M. se digne interceder con papá, para que permita ir á besar sus reales piés á su reconocido hijo—Fernando.»

Entonces se proyectó casar á Fernando con la hija de Luciano Bonaparte, y hasta se pensó en retirar á Godoy del alto puesto que desempeñaba; pero Fernando VII se opuso, por evitar este gran dolor al corazon de sus padres. Mientras tanto los franceses penetraban á millares en España; las plazas fuertes eran tomadas por traicion, como Pamplona; Murat, nombrado general en jefe del ejército invasor. Entonces se sublevó la guarnicion de Aranjuez, y Cárlos IV se vió obligado á separar á Godoy, hecho que comunicaba á Napoleon en la siguiente carta:

«Señor mi hermano: hacia bastante tiempo que el príncipe de la Paz me habia hecho reiteradas instancias para que le admitiese la dimision de los encargos de generalísimo y almirante, y he accedido á sus ruegos; pero como no debo poner en olvido los servicios que me ha hecho, y particularmente los de haber cooperado á mis deseos constantes é invariables de mantener la alianza y la amistad íntima que me une á V. M. I. y R., yo le conservaré mi gracia.»

Pero como continuaran los tumultos, Cárlos IV forzosamente abdicó en su hijo Fernando. Sin embargo, segun su antigua costumbre, escribia tambien á Napoleon Bonaparte declarando nula su abdicacion, arrancada por la fuerza:

«Señor mi hermano: V. M. sabrá sin duda con pena los sucesos de Aranjuez y sus resultas; y no verá con indiferencia á un rey que forzado á renunciar la corona acude á ponerse en los brazos de un grande monarca aliado suyo, subordinándose totalmente á la disposicion del único que puede darle su felicidad, la de toda su familia y la de sus fieles vasallos.»

«Yo no he renunciado en favor de mi hijo sino por la fuerza de las circunstancias, cuando el estruendo de las armas y los clamores de una guardia sublevada me hacian conocer bastante la necesidad de escoger la vida ó la muerte, pues esta última hubiera sido seguida de la de la Reina.»

El nuevo rey Fernando VII continuó, como su padre completamente supeditado á los franceses. El 31 de Marzo de 1808, la espada

que Francisco I entregó en Pavía á los españoles, fué devuelta por el caballerizo mayor marqués de Astorga con grande pompa á Murat. Despues, como Napoleon pidiera que Fernando VII fuese á Bayona, Fernando fué obedeciendo sus órdenes. Desde Vitoria escribió una carta á Napoleon, mostrándose muy sentido de no haber alcanzado ninguna carta suya:

«Ruego, pues, á V. M. I. y R. con eficacia se sirva poner término á la situacion congojosa en que me ha puesto su silencio, y disipar por medio de una respuesta favorable las vivas inquietudes que mis fieles vasallos sufririan con la duracion de la incertidumbre. Ruego á Dios que os tengan en su santa y digna guarda. De V. M. I. y R. su buen hermano.—Vitoria 14 de Abril de 1808.»

Por fin, en Bayona se reunieron los reyes Cárlos IV, María Luisa, Fernando VII, y los infantes D. Francisco y D. Antonio de Borbon. Este último se despidió en la siguiente carta de la junta de regencia:

«Al Sr. Gil.—A la junta para su gobierno

la pongo en su noticia como me he marchado á Bayona de órden del rey, y digo á dicha junta que ella sigue en los mismos términos como si yo estuviese en ella. Diós nos la dé buena. Adios, señores, hasta el valle de Josaphat. Antonio Pascual.»

En las conferencias de Bayona, Fernando VII abdicó el trono á favor de su padre Cárlos IV y Cárlos IV lo abdicó á favor de Napoleon, sin más condiciones que conservar íntegro el territorio, y perpetuar la unidad religiosa del país. El emperador escribió entonces la proclama declarándose dueño de España:

«Españoles: despues de una larga agonía, vuestra nacion iba á perecer. He visto vuestros males y voy á remediarlos. Vuestra grandeza y vuestro poder hacen parte del mio. Vuestros príncipes me han cedido todos sus derechos á la corona de España. Yo no quiero reinar en vuestras provincias; pero quiero adquirir derechos eternos al amor y a reconocimiento de vuestra posteridad.»

Pero ¡ah! que estaba aquí el pueblo, el

gran pueblo español, dispuesto á no entregarse á merced de aquel poder que parecia tan fuerte y tan incontrastable. El pueblo pensó en recabar el pátrio suelo, en ganar de nuevo esta tierra querida donde reposan los huesos de nuestros padres. El Dos de Mayo fué una de las primeras y de las más elocuentes protestas. Fusilada la inerme poblacion de Madrid, no cedió. En cada uno de aquellos mártires, habia una luz nueva que señalaba su camino triunfal á nuestra patria. En los muros de Cádiz se clavaban las bombas francesas; pero de los muros de Cádiz surgia radiante aquel artículo de la Constitucion, que decia la nacion española no es patrimonio de ninguna persona ni familia. Y Zaragoza á su vez renovaba los milagros de Numancia, Gerona conserva todavía en su derruidos muros las cicatrices de aquella gran batalla, que será siempre la honra de la pátria. Bailén, Talavera, estos ilustres nombres renovaron las glorias de San Quintin y de Pavía. Cada casa era una fortaleza, cada campo un inmen-
mpo de batalla, cada español un solda-

do. El mundo entero que habia enmudecido delante de Napoleon, vió asombrado un pueblo que le combatia, un pueblo que contrastaba su poder. Los ejércitos de los reyes absolutos fueron vencidos por Napoleon, mas la primera vez que se encontró con un pueblo, el vencido fué Napoleon. Sin embargo, en los primeros momentos España sucumbia: España sólo tenia fuerza para el padecimiento, para el sacrificio. Parecia que Napoleon habia encadenado la victoria. Fernando VII, entretanto, saludaba á Napoleon en las siguientes cartas:

«Señor: El placer que he tenido viendo en los papeles públicos las victorias con que la Providencia corona nuevamente la augusta frente de V. M. imperial y real, nos estimulan á felicitarle, con el respeto, el amor, la sinceridad y reconocimiento en que vivimos, bajo la proteccion de V. M. imperial y real.

«Mi hermano y mi tio me encargan que ofrezca á V. M. su respetuoso homenaje, y se unen al que tiene el honor de ser, con la más alta y respetuosa consideracion, Señor, de

V. M. imperial y real, el más humilde y más obediente servidor.—Fernando.—Valencey 6 de Agosto de 1809.»

(*Monitor* del 5 de Febrero de 1810.)

«Lo que ahora ocupa mi atencion, es para mí un objeto del mayor interés. Mi mayor deseo es ser hijo adoptivo de S. M. el emperador, nuestro soberano. Yo me creo acreedor de esta adopcion, que verdaderamente haria la felicidad de mi vida, tanto por mi amor y afecto á la sagrada persona de S. M., como por mi sumision y entera obediencia á sus intereses y deseos.»

(*Monitor* del 26 de Abril de 1810.)

Estaba abandonado el pueblo español, pero venció; venció en aquella guerra que espera aún su Homero, aquella guerra que es por sí misma la Iliada de nuestro tiempo. Mientras quede en el corazon de los pueblos el amor á la libertad y á la pátria; mientras presten culto á la religion del sacrificio y del martirio, este pueblo tres largos siglos dormido, que se despierta para luchar con un esfuerzo sin ejemplo; que levanta en Zaragoza y en Gero-

na el ideal saludado eternamente por todas las naciones oprimidas; que al mismo tiempo escribe el código inmortal de 1812, y apaga la Inquisicion, y soterra el feudalismo, y destruye el derecho divino, y levanta el altar de la libertad y el altar de la pátria, y muestra que España no podia ser como pensára Napoleon, la Polonia del Mediodía, sino el escudo de las nacionalidades, el guerrero de la libertad y de la independencia en el mundo.

El pueblo devoraba todos estos recuerdos, y en su consecuencia la dinastía estaba ya destronada y proscripta.

Todos los años, cuando presenciamos la ceremonia en que el pueblo de Madrid recuerda el terrible holocausto de 1808 no podemos ménos de reflexionar tristemente sobre todos estos acontecimientos, llenos, henchidos de ideas que deben ilustrar á todas las generaciones. Sólo, abandonado, vendido por su aristocracia, traspasado como un rebaño por sus reyes, el pueblo español revindicó noble, gloriosamente su independencia. Aquel

[illegible] sobre el [illegible]

[illegible] de las cam- [illegible] antiguos re- [illegible] misteriosos cipre- [illegible] el obe- [illegible] cielo el aroma [illegible] de los mártires, ante [illegible] pensamiento pasan aquellos hombres ilustres, que tenian el patriotismo como una religion, y el martirio como un deber; aquellos guerrilleros sin par que los griegos en la [illegible]ma guerra de la independencia recorda- [illegible]l lado de los Temístocles y de lós Mil-

ciades, y que el mismo Napoleon señalaba como un ejemplo y como una enseñanza á sus soldados, cuando el extranjero llamaba á las puertas de Francia.

Y al poco tiempo, cuando el rey Fernando volvió, cuando parecia llegada la hora de la libertad de la nacion, del premio á sus héroes, de la honra á sus mártires ¡qué triste y terrible desengaño! Se concedian veneras de honor á los inquisidores que no habian dominado durante la guerra. Prohibíanse los periódicos cuya elocuencia y cuyo ardor habia encendido los ánimos. Se dictaban leyes de sospechosos contra los mismos defensores de la independencia. Los jesuitas vuelven á entrar en España. Mientras tanto, Mina, aquel Mina que habia renovado las glorias de Roncesvalles en los desfiladeros de Navarra, tuvo que abandonar el suelo de la patria. Porlier apellidó libertad en la Coruña. Pocos hombres podrán presentar tantos títulos á la consideracion de la patria. Habia sido de aquellos que llegaron á infundir admiracion y terror á sus mismos enemigos. Mil veces venció á los ven-

[illegible]res del [illegible]. Las piedras de las des[illegible] [illegible] del Pirineo estaban regadas con su sangre. Y despues fué sepultado en la Inqui[illegible]sicion [illegible] [illegible] [illegible], ahorcado en la [illegible] Coruña [illegible] el que habia sido uno de los re[illegible]dentores de la patria. Se instituyeron cruces para premiar á los que habian prendido á Porlier, y recayeron en muchos que nunca se habian movido de Valencey. Y un fraile faná[illegible]tico escribia esta blasfemia al frente de un escrito: *Triunfos recíprocos de Dios y de Fernando VII.* Estos frailes celaban á hombres como Milans, que habia derramado su sangre en Cataluña, y como Lacy, que habia defendido á Cádiz. Este último, otro de los héroes de la independencia, otro de los hombres que más sacrificios habian hecho, fué sacrificado en el castillo de Bellver. Él mismo, con rostro sereno, con voz entera, mandó el fuego que habia de cortar su vida. La tierra por él emancipada, bebió estérilmente su preciosa sangre. Valencia que habia luchado tan heróicamente con los franceses, era oprimida por el infame Elío, el cual mandaba pre-

parar las túnicas de los parricidas para los presos, antes de que se viesen sus causas. El vecindario de Cádiz, á quien perdonaron las bombas francesas, se vió perseguido y diezmado por los sicarios del depotismo. Mas ¿para qué insistir? Despues de tantos heróicos sacrificios, despues de tanta sangre vertida, cuando los muros de Zaragoza y de Gerona habian enseñado á todos los pueblos que hay escudos contra la tiranía, cuando blanqueaban aún los huesos de los mártires desde las ásperas sierras del Bruch hasta las plácidas orillas de los mares de Cádiz, cuando el mundo entero creia que España jamás podria verse por extranjera gente profanada, España, que habia enseñado á los pueblos la manera única de vencer á los conquistadores, vinieron en 1823 llamados por el despotismo esos mismos franceses, á hollar las cenizas de los héroes del Dos de Mayo, á manchar los muros de Zaragoza y de Cádiz, á cubrirnos de ignominia y de vergüenza. ¡Oh! ¡patria patria!....»

Estos recuerdos llevaban á todos los ánimos

la perfecta conviccion de que la dinastía habia sido eternamente enemiga de la pátria además de haber sido implacable con la libertad. Al propio tiempo los periódicos no dejaban de refrescar la memoria pública. Por aquellos dias de Mayo decia tambien *La Democracia*, hablando de la Córte:

«Tenemos que dar grandes noticias á nuestros lectores, recogidas todas de *La Correspondencia,* el órgano de los órganos ministeriales. Han de saber que Aranjuez se hallaba muy triste, segun noticias del diario ministerial, el sábado. Sólo se veian algunas pocas personas que andaban de aquí para allá con medio palmo de lengua fuera á causa del calor. Pero el domingo la decoracion se trasforma. Segun la misma *Correspondencia*, Aranjuez se halla hermosísimo; las juguetonas auras humedecidas por el Tajo se perfuman en las acacias y las magnolias, y se llenan de armonías por las cadencias que forman los surtidores de las fuentes y los acordes de las músicas. ¿Cómo ha cambiado tanto el paisaje? No lo comprendemos. Pero el periódico

ministerial de los ministerios pasados, presentes y futuros, nos enseña que el domingo los ministros recibieron grandes y extraordinarias seguridades de larga vida; y cantaron los pajarillos, y se vistieron de flores los árboles, y el viejo Tajo siguió entonando su eterna canturia hácia los brazos del Océano. ¡Bendita sea la tierra donde desemboca y la ciudad libre que se mira en sus ondas, cuando se dilatan sus márgenes, y sus aguas se pierden en los abismos del mar!»

«Pero prosigamos con *La Correspondencia*. Han de saber nuestros lectores que el domingo no sólo estuvo el ministerio en Aranjuez, tambien estuvo el Padre Cirilo, el célebre arzobispo de las variaciones, que un dia llamó gavilla de perdidos á los mismos príncipes á quienes habia llamado antes majestad y altezas serenísimas. Y sigue *La Correspondencia*. Estuvo en Aranjuez á dar la comunion al rey D. Francisco de Asís. Despues que el rey hubo comulgado, sigue diciéndonos *La Correspondencia*, fué en compañía

del arzobispo á tomar chocolate en San Pascual. Tambien dice *La Correspondencia* que ha llegado al sitio D. Miguel Tenorio, uno de los personajes que más asunto diera á *El Diario Español* para su célebre artículo titulado *Misterios*. *La Correspondencia* añade tambien que el sábado se verificó un milagro, segun habia declarado un cura con corona, el milagro de haberse salvado la infanta doña Eulalia por una intervencion manifiesta del cielo. Pero al dia siguiente derriba en tierra el milagro, diciendo que el cura con corona se habia engañado, y que todo ello fué que una mosca habia picado á una mula. Esta mula, que no es tan paciente como el pueblo español á quien le pican tantas moscas y no se queja, hubo de desbocarse antes de que la infanta subiera al coche. De suerte que no sucedieron milagros en Aranjuez, donde tan buen chocolate tiene y tan ricos milagros hace Sor Patrocinio. Todo esto lo hemos copiado de *La Correspondencia*. Ella lo dice todo. Nosotros, ¡ah! nosotros no decimos nada.»

Y en otro lugar decia:

«¿Por qué hemos de hablar del Congreso? ¿Qué nos importa una tribuna donde no se levanta la voz de los oradores que valen, donde no pasan los partidos que son y pueden? Despues de todo, nada significa aquí una discusion en los Cuerpos colegisladores; nada la prensa con los torrentes de elocuencia y de ideas que arroja de su seno; nada los partidos con sus fuerzas y con su historia, y con sus sacrificios. Leed *La Correspondencia*, y vereis que importa más una procesion en San Pascual que un discurso en el Parlamento, ó el mejor artículo de un periódico, ó la mas sábia combinacion de los partidos.»

«Hace pocos dias que nos daba el periódico oficial de todos los ministerios una gran noticia, á la cual ligaba graves combinaciones políticas. El duque de Riánsares acababa de visitar á la superiora de San Pascual. Cualquiera diria que esto significa una mera atencion. Pero al convento de San Pascual no se va por meras atenciones de urbanidad; allí,

entre los acordes del órgano, entre el humo del incienso, entre los cánticos de las vírgenes del Señor, cuyos últimos ecos han idealizado Zorrilla y Chateaubriand; allí, al pié del Crucifijo, se habla de futuros ministerios, y se trata de los cupones ingleses.»

«*La Correspondencia*, el periódico oficial de todos los ministerios, repetimos, ha dicho que la visita del duque de Riánsares á Sor Patrocinio es trascendental, es importantísima. Se supone que despues de una larga conferencia se ha convenido en influir para el nombramiento de un ministerio muy santo, impecable, capáz de hacer milagros, que nos encierre á todos en un convento, que arme nuestro ejército de cirios, que queme todos los libros de filosofía y los sustituya por *La Llave de Oro*, que esté representado por la fé incomparable y el seso gravísimo de un Cándido Nocedal, ese espejo del neo-catolicismo. No lo decimos nosotros, lo dice *La Correspondencia*.»

«Pues hay más, mucho más. Se ha forma-

do una gran coalicion, una de esas coaliciones que acaso puedan decidir de la suerte de la pátria. No es la coalicion de los torys y los whigs en Inglaterra para resistir á Napoleon; ni la coalicion del partido de accion con el partido conservador en Italia para conquistar el Véneto; es algo más, es mucho más que todo eso, es la coalicion del duque de Riánsares, del Sr. D. Miguel Tenorio, de Sor Patrocinio, del Padre Claret, del arzobispo de Toledo para salvar *in extremis* esta nacion que agoniza.»

«Nosotros no queremos; nosotros no podemos decir lo que cada uno de estos personajes representa. Si quereis saber lo que representa el duque de Riánsares, leed los discursos dichos por O'Donnell y por los Conchas el año 54 en el Senado, ó las lecciones dadas por el señor ministro de doble personalidad, el señor ministro de Hacienda y Ultramar en el Ateneo. Si quereis saber lo que representa el Sr. D. Miguel Tenorio, leed todos los periódicos ministeriales de este verano, cuando el Sr. Tenorio iba de camino para

Zarauz. Si quereis saber lo que significa el Padre Cirilo, acordaos de su proclama sobre la gavilla de perdidos. Si quereis saber lo que significa el Padre Claret, ahí están aún vivitos y coleando los artículos de *La Clave* y *Los Misterios*. Y por último, si quereis saber lo que Sor Patrocinio significa, hojead á vuestro antojo cualquier coleccion de *Causas célebres*. Todos esos elementos pueden reunirse en torno de una caldera y dar un brebaje más sabroso que el de las brujas de Macbeth.»

«Atareáos, hombres políticos de España, atareáos. Ya podeis revisar la estadística, analizar las Constituciones escritas, leer la historia, destilar la quinta esencia de la economía, reunir en vuestra mente todas las combinaciones de la alta política; todo esto se desvanecerá delante de cualquier combinacion política depositada en el torno de San Pascual.»

«Despues de esto, no queremos hablar, no queremos escribir. Si nos dejásemos llevar ...os impulsos de nuestra desesperacion.

arrojaríamos la pluma, nos retiraríamos para siempre de nuestra por tantos títulos desgraciada pátria. España, España, la nacion de los héroes y de los artistas: cincuenta años de revolucion no han podido limpiarte todavía de la lepra de tres siglos. La tribuna, la prensa, el pensamiento que á todo alcanza, la palabra que todo lo puede, la inteligencia emancipada, cuanto es inmortal se ahoga. Envidiamos, sí envidiamos desde Madrid la suerte de Varsovia. Preferiríamos, si esto ha de continuar así, ser de Polonia á ser de España. Polonia está muerta, pero no deshonrada.»

La impopularidad del general O'Donnell era tan grande que pudo el conde de San Luis pronunciar contra él un aplaudido discurso.

El señor conde de San Luis tenia indudablemente cualidades de orador. Sin tener facultades de imaginacion y de pensamiento de primer órden, la sonoridad de su voz, la flexibilidad de su estilo, la intencion de sus argumentos y la variedad de sus reflexiones,

daban grande, irresistible encanto á sus discursos. Estuvo implacable. Se veia que desde su banco, teniendo enfrente al gobierno, cuyos ministros, sus enemigos en el dia de la desgracia, fueron sus cómplices y aun sus cortesanos en el dia del poder, el señor conde de San Luis ejercia algo más que la justicia, ejercia la venganza, pero merecida venganza, porque despues de haberse sublevado los vicalvaristas contra el gobierno del conde de San Luis, han seguido sus pasos, han imitado su conducta.

En el punto capital de su discurso el señor conde de San Luis tenia razon, mucha razon, sobrada razon. No se puede mudar tan bruscamente de política como habia mudado el general O'Donnell. Pasar de los halagos al partido progresista, al duelo á muerte; del reconocimiento de Italia á los cirios de San Pascual; del criterio de libertad á esas leyes sobre reuniones y sobre imprenta, es uno de los tránsitos más bruscos que conocemos, y como todos los tránsitos bruscos más expuestos á una muerte segura, ó al ménos á

un seguro descrédito. Los hombres que han tenido una política y al dia siguiente creen que la contraria es más propia de las circunstancias, deben abandonar en el momento mismo el poder, y dejar á sus enemigos la tarea de gobernar. Esto sucede en Bélgica, en Inglaterra, donde quiera que se practica el régimen constitucional y se tienen para algo en cuenta las inspiraciones de la opinion y los derechos del Parlamento.

Pero querer tener autoridad contra las sublevaciones cuando se ha quebrantado la disciplina militar con subversivos ejemplos; querer reprimir la revolucion cuando se le han dado alas en célebres coaliciones; querer seguir una política de represion cuando se ha proclamado que todos nuestros males dimanaban, como de su fuente, de esa política, es una ceguera en el entendimiento, es una perversion en la voluntad que se paga siempre con grandes y terribles castigos.

Al mudar de sistema decia el Conde es necesario mudar de hombres. Recogísteis el

[redacted]

[illegible] Estatuto. [illegible] poder más [illegible] Esto es [illegible] escan- [illegible]

Y para conservar esa [illegible], vene- [illegible] pedia el gene- [illegible] Con razon lo re- [illegible] San Luis lo que nosotros hemos dicho muchas veces. Se concibe una dictadura que conduzca á un fin glorioso, y que provenga de un grande origen, de una grande victoria. Pero pedir la dictadura en nombre de una derrota y para arreglar unos cupones, parécenos el colmo del escándalo y del ridículo. Mario obtuvo la dictadura despues de vencer á los cimbrios. Sila despues [illegible]aber vencido á los griegos; César des- [illegible] de haber vencido á los galos; Cronwell

despues de haber vencido á los Estuardos; solamente O'Donnell la ha pedido despues de una victoria como la victoria del Banco inglés, esa pirámide donde están escritas las glorias de la union liberal.

El conde de San Luis tuvo párrafos elocuentísimos cuando habló de la muerte de Espinosa y los sargentos. ¡No más sangre! ¡No más sangre! Decia. Y este grito deberia salir á una de todos los pechos. Harta sangre se ha derramado; harta sangre ha bebido la tierra desgraciada de España.

El conde de San Luis nos recordó una terrible escena que no se habia borrado de la memoria afligida todavía del pueblo de Madrid. Los sargentos inmolados en la Fuente Castellana á causa de la salida en armas de Prim le dieron asunto para una imprecacion final. A las once de la noche eran encausados, á las seis de la mañana, fusilados. No hubo perdon, no hubo misericordia, no hubo.... pero no dejemos correr la pluma. «He concluido con el duque de Tetuan,» dijo el señor conde al acabar. Un inmenso aplauso

[redacted]

resonó en las tribunas al oir este *quid pro quo*. No, no habia acabado con el duque de Tetuan el conde de San Luis. Habian acabado primero sus propios errores, despues la actitud de los partidos liberales.

Los periódicos templados hicieron un último y supremo esfuerzo para ver si podian arrastrar los partidos liberales á la legalidad y sacarlos del retraimiento. *La Reforma* se puso á la cabeza de este grande movimiento. Pero el partido democrático respondia á estos halagos con verdaderas invocaciones á la revolucion.

La Reforma, decia el órgano más autorizado de la democrácia, ha publicado una série notabilísima de artículos sobre el partido progresista, en la cual con grande copia de argumentos, con mayor elocuencia de frase, le mueve, le incita, le apremia en gradacion creciente y formidable para que abandone su actitud revolucionaria, y espere nuevamente de la legalidad de hoy, de la lucha ordenada y pacífica, el poder que la fuerza de los sucesos, las necesidades de lo presente, lo que

podríamos llamar la lógica real de la sociedad, sus leyes de natural gravitacion, llevan fatalmente á sus manos, sin que lo evite ninguna combinacion de la intriga, ningun esfuerzo de los elementos que parecen más fuertes, y con el partido progresista más irreconciliables.

Desde luego adelantamos al periódico con quien contendemos una idea que debe ser la primera, la única, la exclusiva de este artículo: el partido progresista no puede sin suicidarse, abandonar su enérgica actitud. Y no puede porque su palabra empeñada, sus manifiestos públicos y solemnes, sus compromisos con el país, la desesperacion sublime á que lo han arrastrado sus eternos enemigos, le empeñan fuertemente en mantenerse ajeno á una legalidad que es su dogal y su castigo. No en vano se desaira perseverantemente á un partido legal; no en vano medio siglo de abominables ingratitudes lo proscriben; no en vano se ha empapado con su sangre la tierra de la patria que él ha libertado de la tiranía absolutista y de la tiranía extranjera;

no en vano cuenta sus dias por sus desgracias, y ve en cada una de las páginas de su historia un largo martirologio; no en vano se ha hecho de él como una raza maldita, sujeta siempre al yugo, imposibilitada no sólo de alcanzar el poder sino de ejercer sus más necesarios derechos: sufrir todo esto con resignacion seria la más indigna de las degradaciones, y los partidos como los indivíduos viven de su honra.

Nosotros confesamos que en el estado de los espíritus, en el crecimiento de las ideas, en las nobles aspiraciones de la nueva generacion, el partido progresista debiera ser hoy el partido conservador, el partido de gobierno; y el partido moderado el partido de ayer, el partido histórico, lo cual haria que el ideal del progreso inmediato, heredero de lo presente, brillara sobre la democracia, y los propósitos, las tendencias, las ideas del absolutismo se relegáran á un tiempo tan lejano y tan imposible de resucitar, como el tiempo del régimen feudal y del derecho de pernada. El partido progresista representa los elemen-

tos más conservadores de la sociedad presente, los intereses de la clase media que han nacido de la desamortizacion, clase que gobierna en la Europa continental, donde quiera que el régimen parlamentario ha echado verdaderas raices; así como el partido democrático representa el pueblo, el derecho de todos, la justicia para todos, una gran propaganda en lo presente, una grande accion contra todas las instituciones reaccionarias, una grande victoria para lo porvenir; partido progresivo por esencia y por necesidad, partido reformador y revolucionario.

Pero prescindamos de lo que representa el partido democrático, lo cual no puede ser objeto del presente artículo, y concretémonos al partido progresista. Nosotros podemos formular nuestro pensamiento con estas frases. ¿Qué deberia ser el partido progresista? Un partido conservador. ¿Qué es el partido progresista? Un partido revolucionario. ¿Por que? Hé aquí el punto culminante de la dificultad; borrado ese punto, removido ese obstáculo, todo volveria á la combinacion natu-

[redacted]

ral de las instituciones en las sociedades presentes. Es un partido revolucionario, porque su idea tan brillantemente encendida en la tribuna, no trasciende á las leyes; un partido revolucionario, porque sus soldados, que han amasado con su sangre el régimen liberal, en vez de ser ciudadanos son proscritos; un partido revolucionario, porque cada una de sus reformas en la esfera económica, en la esfera política, en la esfera religiosa, encuentra insuperables obstáculos nacidos de preocupaciones sólo desarraigables por el hierro y el fuego; un partido revolucionario, porque desde 1820 hasta 1854 ha subido siempre al poder por la revolucion, y desde 1823 hasta 1856, ha caido del poder siempre por un golpe de Estado. No le pregunteis al partido progresista por qué es revolucionario; preguntádselo á los infames persas de 1814, á los nietos de San Luis de 1823, á los frailes fanáticos que predicaban el exterminio de sus hijos hasta la cuarta generacion, á las camarillas tenebrosas que lo han proscrito con una perseverancia sin ejemplo,

á esa larga série de traiciones, de infamias escritas indeleblemente por la pálida mano de la reaccion, sobre el presidio de Argüelles, sobre el proceso de Olózaga, sobre el patíbulo de Riego.

El partido progresista ha intentado mil veces, sí, ha querido mil veces ser un partido conservador, un partido de gobierno, porque ninguno más benévolo y hasta más humilde por temperamento. En 1820, cuando Fernando VII pronunció el discurso de apertura de aquellas Córtes, el partido progresista, por boca de uno de sus primeros oradores, declaró que habia sonado la hora de sellar una alianza entre el trono y el pueblo, mantenida por el más grande entre todos los reyes. En 1837, el partido progresista escribió aquella Constitucion, que Martinez de la Rosa llamaba tambien símbolo del partido moderado, y en la cual constaba la monarquía con todos sus atributos, el veto con toda su fuerza, las dos Cámaras con todo su poder, los elementos conservadores con toda su incontrastable resistencia. En 1843 el partido progresista de-

[redacted]

claró la mayor edad de la reina antes del tiempo prefijado por la Constitucion. En 1851, el partido progresista renunció á la Milicia nacional como una prenda de su trasformacion en sentido conservador. Durante el bienio, á pesar de escribir una Constitucion dictada por el espíritu revolucionario triunfante, mantuvo el veto, las dos Cámaras, la unidad religiosa, el censo, todos los privilegios y todas las excepciones que constituyen las bases fundamentales de un régimen conservador. Si alguno tuviera derecho á reconvenirle, seriamos nosotros, el elemento revolucionario, nunca el elemento conservador de las sociedades modernas, fuertemente adherido á todas estas combinaciones, á todos estos equilibrios del régimen parlamentario que ha dado largos dias de paz á Bélgica, á Holanda, á Inglaterra.

¿Y cómo se le han pagado por los elementos conservadores todos estos servicios? Se le han pagado persiguiendolo, cañoneándolo, destruyendo los pactos escritos en sus Constituciones, fundando una dictadura que lo

reducia á vivir fuera de los comicios, y en realidad fuera de la prensa, porque no vive en la prensa el escritor que debe unir al instrumento divino de su pluma, el hierro y las esposas del presidio. De suerte que el partido progresista no ha ido de grado á la enérgica actitud en que hoy se encuentra; ha ido arrastrado por sus enemigos, por los que creyeron contar eternamente con su complícidad y su paciencia.

Es frecuente, frecuentísimo, achacar la perturbacion que traen las revoluciones al impulso de los reformadores, en vez de atribuirlas á la resistencia de los reaccionarios. Ninguna, absolutamente ninguna sociedad apela á una revolucion por placer, por aficion, como ningun hombre apela á la cirujía por divertimiento. Las revoluciones son siempre fuertes, enérgicas operaciones, curas terribles, cauterios á los cuales renuncian fácilmente las sociedades cuando tienen algun medio en sus manos de curarse sin pasar por este amargo trance. Todo pueblo antes de decidirse á un sacrificio tan costoso, duda,

vacila, se apena y repite las palabras de Cristo en el huerto: si es posible, pase de mí este cáliz.» Pero notad que un sólo mal, uno sólo cuando es profundo, cuando es inveterado, produce una revolucion. No conocemos estudio más provechoso que el estudio de estas tempestades morales. La intolerancia religiosa produjo la revolucion de Holanda, que venció el poder de Felipe II. Las camarillas jesuíticas, las conjuraciones constantes de los Estuardos para producir una reaccion política y religiosa, produjeron la revolucion de Inglaterra. El exceso de los tributos la revolucion de los Estados-Unidos. La resistencia á sancionar los decretos contra el clero, la revolucion de 1793. Las leyes oprimiendo la imprenta; la revolucion de Julio; la corrupcion electoral, la de Febrero. ¡Desgraciado país aquel donde puedan reunirse todas estas causas juntas de revolucion!

Pero dejando esto aparte, dejando esto como un paréntesis, volvamos al asunto principal de nuestro artículo, volvamos á considerar la actitud del partido progresista para

resumir lo que hemos dicho. ¡Notable fenómeno en verdad! Durante nuestra época, el partido tory manda excepcionalmente en Inglaterra, y en España, al revés, manda excepcionalmente el partido liberal. Para conseguir este triste resultado, para alcanzar esta contradiccion escandalosa con el espíritu de nuestro tiempo, con las necesidades de nuestra sociedad, la reaccion ha asesinado el municipio, ha traido una centralizacion apoplética, ha destrozado la prensa, ha herido la tribuna y la cátedra, ha convertido los comicios en antesalas de los ministerios, ha escandalizado al mundo con esa corrupcion electoral que infesta, que envenena materialmente el aire vital de nuestra sociedad. Y cuando todo esto se ha consumado, cuando el partido progresista ha perdido todo hábito de gobierno, y ha tomado los hábitos revolucionarios, cuando ya ha lanzado palabras que no pueden recogerse, y ha dicho juramentos que no pueden olvidarse, cuando ha dejado huérfana la tribuna porque su voz no se oia, en este momento le decís que vais á darle el

[redacted]

poder legalmente. Pues bien, aunque le diérais el poder, nada habríais, conservadores, conseguido. El partido progresista entero, y el país con él, exclaman: ES TARDE.»

Y en efecto, era tarde. Toda esta polémica fué cortada por los terribles sucesos de Junio de 1866. Describamos este siniestro dia 22, y parémonos ante sus inmediatas consecuencias.

FIN DEL TOMO QUINTO.



[redacted]

HISTORIA

DEL

MOVIMIENTO REPUBLICANO

EN EUROPA.

[redacted]

HISTORIA

DEL

MOVIMIENTO REPUBLICANO

EN EUROPA

POR

EMILIO CASTELAR.

TOMO SESTO.

ADMINISTRACION:
OFICINAS DE LA CASA EDITORIAL DE MANUEL RODRIGUEZ,
Plazuela del Biombo, número 2.

MADRID.—1874.

ESTABLECIMIENTOS TIPOGRÁFICOS DE MANUEL MINUESA,
Juanelo, 19, y Ronda de Embajadores.

CAPITULO LXXX.

SUCESOS Y CONSECUENCIAS DEL 22 DE JUNIO DE 1866.

Cuando O'Donnell acababa de conseguir su dictadura en las votaciones del Congreso y luchaba para alcanzarla en las votaciones del Senado tambien, sobrevino un gravísimo hecho que determinó ya completamente la conducta política de la dinastía, y acentuó sañuda reaccion tras la cual habia de venir, por necesidad incontrastable, el azote de las revoluciones. Viendo los partidos liberales que la política del gobierno se inclinaba cada vez más á salvar el trono de la Reina y el trono de la Reina se inclinaba á perderse cada vez

[redacted]

en el absolutismo, juraron no darse punto de reposo hasta conseguir que se empeñara y venciera una nueva revolucion. Es imposible que en España las revoluciones se emprendan y se realicen solamente por el pueblo. Fáltanles siempre á las revoluciones populares sigilo para prepararse, habilidad para comprometerse, disciplina para regirse, libertad para organizarse, concentracion de medios y concurso de fuerzas en el dia convenido y en el punto señalado á una explosion de esta clase. Así es que todas las revoluciones, sin excepcion, todas las triunfantes, han comenzado por un movimiento militar. El pueblo y el ejército no se separan en España por los abismos que en otros paises, donde suele haber dentro de la nacion una verdadera nacion militar, independiente, y aparte. Una opinion muy arraigada en el pueblo crece hasta imponerse en las filas del ejército. Así el ejército comenzó aquella gloriosísima insurreccion del Dos de Mayo, en que iniciamos nuestra guerra de la Independencia; el ejército aquel movimiento de Rie-

go, en que herimos al absolutismo de Fernando VII; el ejército aquel levantamiento de 1836 en que restauramos nuestra Constitucion democrática; el ejército aquella revolucion de 1840 en que volvimos por nuestros municipios; el ejército aquella otra de 1854 en que acabamos la obra gigante de la desamortizacion; y el ejército estaba llamado á desarraigar del suelo patrio la antigua monarquía y á traer la nueva democracia.

El movimiento que en 1866 emprendiera el general Prim fué iniciado por la caballería; el movimiento de Junio de 1866 iniciado por la artillería. Dentro de este cuerpo existian rivalidades entre los sargentos y los oficiales, por razones que seria ahora largo é inoportuno relatar. Los sargentos, más en comunicacion estrecha con la tropa tenian tambien sobre la tropa más influencia inmediata que los oficiales; y en muchos de estos sargentos habia no solo el sentimiento de rivalidad, que fuera mezquino, habia tambien el sentimiento liberal, arraigadísimo, sentimiento mantenido como un fuego sacro,

excitado como una pasion viva por la elocuencia de la prensa democrática. Lo cierto es que los dos cuerpos de artillería alojados en los dos cuarteles de Madrid, en el cuartel del Retiro, que ya ha desaparecido, y en el cuartel de San Gil, que todavía existe, se hallaban comprometidos por sus sargentos á intentar una revolucion. El primer encargado de dirigir el movimiento fué el valerosísimo general Moriones, que tenia admirablemente combinado su plan de campaña, y que de haberlo en persona dirigido, lograra indudable éxito. Para el vulgo de las gentes el tener la artillería era tener la victoria. Al talento militar de Moriones, á su incansable celo no se ocultaba que la artillería por sí sola era un arma débil, cuya salida del cuartel podia impedir con éxito cualquier infantería, más rápida en sus movimientos, más certera en sus tiros, ménos cargada de esas pesadísimas máquinas de guerra, que solo sirven cuando están bien montadas, dirigidas y apuntadas. Así habia sido su primer cuidado apostar varios hombres del

pueblo, tiradores excelentes, que apoyáran la salida de la artillería, y encargar á los sargentos que sostuvieran la disciplina vigorosamente en sus respectivos cuerpos, para conseguir por medio de rápida accion segura victoria.

Pero las exigencias del plan general impidieron la estancia en Madrid del entonces coronel Moriones y fué nombrado por la misteriosa junta revolucionaria en su reemplazo el general Pierrard. Revolucionario de fecha reciente, conservador de antiguo; educado en ideas aristocráticas y monárquicas, progresista más tarde, pero de aquellos que no adivinaban la separacion entre la dinastía borbónica y la libertad constitucional; unido con Prim al cabo por mediacion de algunos amigos, aunque Prim no olvidara jamás la diligencia con que siendo segundo cabo de Madrid le habia perseguido y preso: hombre de honra acrisolada y de valor heróico, capaz de morir con abnegacion verdadera en el cumplimiento de su deber, pero incapaz de combinar con verdadero acierto ningun plan ni

[redacted]

militar ni político, por su aventajada prestancia militar y por su nombre respetadísimo, podia servir en aquel trance, pero por sus escasas facultades intelectuales podia todo perderlo y malograrlo. Así, cuando los acontecimientos apuraban y los conflictos sobrevenian uno en pos de otro, y la hora del combate supremo sonaba, Pierrard se entretenia con loable celo, pero con escasa oportunidad, en trazar sobre el papel planes de campaña precedidos de largos y gerundianos comentarios. Tuvieron buen cuidado sus amigos de traerlo desde su cuartel ó su retiro disfrazado de campesino, y de llevarlo de casa en casa disfrazado de cura; mas en estas correrías continuas el plan se malograba tristemente, y ninguna disposicion grave y trascendental venia á preparar la organizacion de fuerzas que, bien dirigidas, podian dar segura victoria, y mal dirigidas, nuevos y terribles desastres. Mas de cualquier manera se convino en dar el golpe en la mañana del 22 de Junio, temerosos los conspiradores de que todo se descubriese y malograse.

O'Donnell no temia nada. Algunos rumores le anunciaban que los artilleros se hallaban comprometidos á iniciar un movimiento revolucionario, y no queria creerlo. Ignoraba las sordas pero profundas corrientes que minaban el cuerpo de artillería. Eran las dos de la mañana, y las autoridades todas de Madrid dormian profundamente y se fiaban á las fuerzas de su guarnicion, persuadidas de la impotencia revolucionaria. El gobernador militar, general Cervino, se habia recogido temprano. El duque de Sexto, gobernador civil, que durante muchas noches alumbraba una de las habitaciones de su palacio, como en señal de velar contínuamente, no velaba aquella noche, á lo ménos su palacio aparecia sumergido en las universales tinieblas. El general O'Donnell, de costumbres severas y sóbrias, como habitualmente, es decir, muy temprano, se habia despedido de sus contertulios, y se habia acostado. La desgracia suele venir como viene la muerte, de improviso. El único que velaba era el nervioso y diligente señor ministro de la Gobernacion, Posada

Herrera. Asistió á una comida diplomática que diera el Nuncio, y despachaba los complicados negocios de su departamento á las altas horas de la noche. Entonces tenia constantemente en sus patios el ministerio de la Gobernacion una fuerte guardia militar denominada la guardia del Principal. Y una de las causas que precipitaron el movimiento, la primera quizá fué el creer sin duda con algun motivo los conspiradores que aquella guardia estaba comprometida en su favor, con lo que disponian de alguna fuerza más, de un punto importantísimo que cortaba las relaciones más fáciles y más rápidas entre el Oriente y el Occidente de Madrid, y sobre todo del telégrafo que en pocos minutos llevaba la señal del levantamiento y de la revolucion á todas las provincias.

La noche era oscura y tempestuosa; negros nubarrones manchaban el cielo; y algunas gruesas gotas caian de vez en cuando sobre la tierra abrasada y sedienta. Hallábanse los oficiales de guardia en el cuarto de banderas del cuartel de San Gil, cuando entran varios

sargentos en ademan amenazador con las armas en la mano, y al grito de «viva la libertad y viva Prim,» les intiman que se rindan y que les cedan el mando. Los oficiales se resisten á esta intimacion inesperada; y uno de ellos saca su rewolver, lo apunta, y dispara sobre el sargento. Este acto fué la terrible señal de una série de inmolaciones de los oficiales por los soldados que, á decir verdad, manchan las páginas de esta nueva batalla empeñada, con los más puros móviles y á favor de la nobilísima causa del progreso. Dentro del cuartel mismo hay porfiada lucha por la oposicion tenaz con que los encargados del parque de Artillería se resisten á entregarlo. Esta lucha, el tiempo empleado en sostenerla, el estruendo de la fusilería, los gritos de los paisanos comprometidos y avisados en los diversos barrios, dan la señal de alarma cuando ya apunta uno de esos largos dias cercanos al solsticio de estío. Y mientras por la oposicion inesperada del Parque no deciden ni resuelven nada los insurrectos, el Gobierno se despierta, se deci-

[redacted]

[illegible]

[illegible] y la [illegible] que distinguian y ensal[illegible] en los momentos graves [illegible].

[illegible] y sabe pelear como buen soldado, pero no sabe dirigir como buen general. En aquellos momentos aconsejaba el [illegible] las tropas sublevadas, [illegible] dirigir[illegible] podido ser [illegible] sobre el Palacio de los reyes, y sobre el [illegible] de la Gobernacion. No se les ocurrió sorprender la guardia de Palacio, cerrar las puertas, subir, apoderarse de la Reina, que era como el símbolo de la legalidad, en cuyo torno se agrupaban los enemigos de la revolucion. No se les ocurria tampoco mandar la fuerza de paisanos con tanta anticipacion apercibida por el señor Moriones á proteger la salida de la artillería alojada en el cuartel tambien cometido del Retiro. No se les ocurrió siquiera disciplinar aquella fuerza indiscipli-

nada, organizar aquellos soldados desorganizados, dirigir aquellas compañías sin direccion y sin jefe, comprometerlas en una batalla que tuviera el motor de algun pensamiento y el fin de algun inmediato resultado. Los artilleros se dispersaron por calles y plazas en diversos grupos; dieron vivas entusiastas que animaron á la poblacion liberal creida de que venian con los cañones todas las fuerzas indispensables para la victoria; arrastraron una pieza á la Puerta del Sol para abrir el Principal á cañonazos, teniendo que abandonarla por el nutrido fuego de fusilería que mataba á los sublevados al pié de su cañon; ayudaron á los paisanos que heróicamente se mantenian á la defensiva en la cuesta de Santo Domingo; combatieron con tenacidad en todas partes; animaron á los demás combatientes con sus refuerzos importantísimos; pero aislados, dispersos, sin la organizacion debida que es el secreto de la victoria; sin la disciplina indispensable á toda fuerza verdadera, faltos de jefes y abandonados á su espontaneidad, lejos de dar carácter militar á

la insurreccion, fueron como unos cuantos hombres del pueblo más unidos á los que desde el amanecer peleaban por sus libertades con tanto arrojo como desgracia.

Pero no precipitemos la historia de los sucesos. En cuanto O'Donnell tuvo noticia de lo que ocurria, dió sus órdenes con toda inteligencia y toda presteza para sofocar la insurreccion. El primero que se encontró en frente del grave caso, fué el Sr. Posada Herrera, ocurriendo con habilidad y con prudencia á mantener por el Gobierno la guardia del Principal. O'Donnell perdió al pronto su sangre fria antigua. Tantas insurrecciones militares urdidas contra el hombre que se imaginaba disponer á su arbitrio de todo nuestro ejército, eran verdaderamente para enardecer al más frio y desconcertar al más sereno. Encendiósele el rostro, inyectáronsele en sangre los ojos, anudóse la voz en la garganta, y salió solo á la calle, como si creyera que para vencer bastaba su presencia. Bien pronto recobró la calma, el dominio sobre sí mismo, y se dió á combatir la formidable in-

[redacted]

surreccion que tenia en frente. Su primer pensamiento se convirtió á la artillería del Retiro, y su primera órden fué mandarla salir, encontrándose con que las mulas estaban aparejadas y enganchados los cañones, sin duda porque iban á salir, sí, pero en favor de los sublevados. Como buen conspirador sábia el general que toda fuerza militar contrariada á tiempo, cede, y dirigida contra sus propios cómplices, pelea y mata. Así es que los artilleros del Retiro combatieron encarnizadamente en toda aquella jornada á los artilleros de San Gil. El segundo pensamiento de O'Donnell fué el cuartel de la Montaña. Elevado por su Gobierno como especie de seguro para Palacio y de amenaza contra Madrid el cuartel, uno de sus fuertes, una de sus esperanzas, estaba tambien vacilante, y próximo á unirse á la insurreccion, burlando así la parte de ejército que lo ocupaba los cálculos mejor hechos, y los mejor concebidos proyectos. Pero O'Donnell ocurre á este evento mandando allá al general Serrano. Con rapidez, con valor, sin curarse para na-

[redacted]

da ni de dificultades ni de peligros, inspirado en su estro militar, valido de su influjo sobre el ejército, Serrano corre al cuartel, sube por una de las cuestas mas pendientes, se presenta vestido de uniforme á los soldados que ya salian en armas, les habla, les convence, les arrastra y logra, no solo rehacerlos, sino dirigirlos contra sus antiguos compañeros, y entrar á sangre y fuego en el cuartel de San Gil, donde á cada corredor, encrucijada, patio, se empeñan cuerpo á cuerpo, con la furia española de cada parte, exacerbada naturalmente en la guerra cruentísimas batallas que siembran todos aquellos espacios de heridos y de muertos.

La batalla se generaliza en todo Madrid, porque la gente civil, aunque insegura del éxito, no estaba por abandonar á la gente militar á quien habia comprometido en aquella empresa. Pocas veces se ha visto á todo el mundo cumplir escrupulosamente con su deber como en tan suprema ocasion. Unos en la Bajada de Santo Domingo, otros en la Pla-

de Anton Martin, otros en la calle de

Fuencarral, otros en las ensangrentadas calles del Desengaño y de la Luna, muchos en varias partes, ó sostuvieron el valor de los combatientes con su presencia en medio del fuego y del peligro, ó empuñaron las armas y entraron resueltamente en la terrible lucha. La batalla duró todo el dia, desde el amanecer hasta mucho despues de haber anochecido, en que aun resonaba el tiroteo por la calle de Jacometrezo, y se rendia una casa fuertemente defendida por el pueblo. Casi todos los generales que habia en Madrid tomaron parte en la pelea á favor del gobierno. Algunos de ellos recibieron heridas. La mortandad fué horrible de una y otra parte. Daba horror ver la calle del Desengaño en la parte que desemboca á la calle de la Luna, el suelo teñido de sangre, las paredes acribilladas de tiros, las aceras interrumpidas por los cadáveres todavía calientes, con la siniestra expresion del ódio en el rostro, iluminado como de un pálido relámpago por el último pensamiento de la vida que se perdia en las primeras frias sombras de la muerte. Al dia siguiente carros

Acabada la insurreccion, y ya muy entrada la noche, se presentó el general O'Donnell en palacio á recojer el premio y el galardon de su victoria. Cuando habia pasado horas tan amargas, cuando habia visto perdida la dinastía en tormenta tan deshecha, cuando por un milagro contaba con la victoria, encontró á la Reina indiferente á sus esfuerzos, desabrida á sus palabras, ingrata á sus servicios, mostrándose á las claras ofendida por no haber recibido visita alguna suya en aquel dia, por haberla dejado indefensa en su morada, expuesta á un ataque de los insurrectos, mientras el general Narvaez corriera á los primeros tiros hácia la cámara régia y jurara morir defendiendo como simple soldado en la escalera de palacio la vida y la inviolabilidad de su Reina. El general O'Donnell, profundamente contrariado, observó á S. M., con las acostumbradas fórmulas de respeto, que si el general Narvaez, cuyos ofrecimientos eran muy loables y cuyos servicios en aquel dia muy atendibles, podia disponer de su persona, él no podia ciertamen-

te, porque bajo el peso de su responsabilidad, teniendo que dirigir las operaciones encaminadas á salvar un trono con tanta rudeza combatido, no habia aparecido en palacio solo por defenderlo y salvarlo con más empeño, como lo habia conseguido, sin que su corazon y su pensamiento se apartaran ni por un minuto del lado de su Reina. Al general no debió ocultársele, no, que estaba perdido en la córte. Su caida acababa de ser decretada en aquel momento, y si no se apresuraba más era porque lo querian guardar como instrumento de castigo, de venganza en los insurrectos derrotados y presos. Y se ensañó, se ensañó terriblemente. Los consejos de guerra no se cansaban de pronunciar sentencias de muerte. Muchísimos infelices, quizá los más inocentes, fueron juzgados de prisa, puestos de prisa en capilla, sacados en aquellas hermosas tardes de Junio, á la hora de más concurrencia, ante la guarnicion de Madrid, reunida como en brillantísima parada, y bárbaramente fusilados sin piedad alguna. Sobre torrentes de odios se amontonaron

torrentes de ódios, sobre mares de sangre se vertieron otros mares de sangre, sobre el error de una revolucion sin éxito se añadió el error de una venganza sin entrañas, cuando dentro de poco todos los combatientes, lo mismo los vencedores que los vencidos, iban á ser blanco de iguales ódios, víctimas de iguales persecuciones; y á encontrarse, náufragos sumergidos en la misma nave, errantes, maldecidos, calumniados en las áridas y solitarias playas del destierro.

Contáronse en este dia tremendos singulares actos de caridad con los vencidos. La salvacion del general Pierrard merece referirse por lo importante y por lo extraña. Desde antes del alba á caballo, presente en todas partes, ganoso de prestar servicio á la revolucion y de sostener la moral de sus gentes, iba de aquí para allí, al acaso, do quier creia oir un tiro ó ver un peligro. De pronto, en la plaza de Santo Domingo, resbala su caballo, se cae, y recibe el general un golpe tan fuerte en la cabeza que se queda sin conocimiento ni sentido, como si hubiera muerto. Las tro-

[redacted]

pas reales se aproximaban ya, disparando tiros, y profiriendo maldiciones entre vivas continuos á la Reina, con esa rabia y esa desesperacion, que se apodera de todos contendientes en nuestras guerras civiles. Unos caritativos vecinos, quizá ajenos á uno y otro bando, comprendieron que rica presa iban á recoger los vencedores, que triste suerte se reservaba á esta presa, y con la rapidez del pensamiento, y con la inspiracion de las grandes virtudes, se lanzaron sobre el cuerpo inerte del general, lo recogieron, y lo llevaron á humilde pero limpia cama en alto y modestísimo cuarto. Oíanse los tiros y las maldiciones en la calle, matábanse entre sí los batalladores sin misericordia mientras aquellas buenas gentes, héroes de la caridad, disputaban una vida á la muerte, una víctima á la batalla, una cabeza al verdugo. Su temor era que la tropa subiese porque de los próximos tejados se hacia sobre la tropa un nutrido fuego; y su cuidado primero fué desnudar al general y esconder todas las insignias de su mando. En segundo parecia que la tierra se

hubiera tragado objetos tan vistosos y tan difíciles de ocultar como el uniforme, el espadin, el sombrero, la faja, las botas de montar, las espuelas de un general español. Mas diéronse tales trazas que no quedó ni rastro y disfrazaron de tan afortunada manera á su protegido que nadie hubiera llegado á conocerle. En España hay que salvar el primer momento, en que la muerte es segura. Despues los mayores enemigos, los más implacables se protegen y se salvan. ¡Cuántas veces he oido á íntimos amigos referir escenas de nuestras civiles discordias en que unos se encontraban de un lado y otros del opuesto! ¿Qué hubieras hecho de mí si tal dia me prendes.—Te hubiera fusilado.—Y á los dos dias.—Hubiera muerto por salvarte. Los momentos en que el general Pierrard iba á caer en manos de sus enemigos eran momentos terribles. Las descargas sonaban siniestramente con la resonancia de las tempestades; el humo oscurecia con espesísimas nubes los aires; la sangre manchaba con rojas manchas las calles; el ódio inspiraba toda suerte de sendos insul-

[redacted]

tos y amenazas á cada bando, sentian unos y otros con exaltacion la herida de un partidario, la muerte de un amigo, el propio peligro; emulábanse entre sí al combate y á la matanza ciegos de cólera, sordos á toda voz que no fuese la siniestra voz de la guerra, implacables como la muerte, sañudos como la venganza, y si en tal situacion del combate, y en tal estado de los ánimos, cogen al general Pierrard, de seguro lo inmolan, sin aguardar tardanza de un proceso, y el fallo de un tribunal ofreciendo este inmediato desagravio á sus compañeros de armas, y dando este nuevo alimento á la voracidad del combate. Ya subian por la escalera deseosos de un desahogo, subian guardias civiles en tropel, los más empeñados en la pelea, los más castigados por los revolucionarios, los más sedientos de venganza en aquella tristísima hora del estallido de todas las cóleras y del incendio de todas las pasiones. Los protectores de Pierrard lograron ocultarlo tras una puerta, tras la misma puerta que abrieran á los requerimentos de la Guardia civil. No podian detenerlo

allí más tiempo y lo bajaron á la calle con grave riesgo. Al salir, en el dintel mismo, encontraron otro peloton de la Guardia civil un poco más tranquilo y ménos excitado que el primero. Conducíalo un sargento que miró de pies á cabeza al general, que debió conocerle segun la expresion de su fisonomía que lo dejó pasar, llamando hácia lo alto de la escalera la atencion de los suyos, medio muerto, del calor ardientísimo del dia y de la propia fatiga.

Un administrador del Duque de Alba fué el nuevo huésped del general, llevado á su casa por los primeros protectores; creyéndolo seguro á causa de ser persona de toda la confianza del Duque, y el Duque Senador de la mayoría que apoyaba con todas sus fuerzas al gobierno. Mas al administrador no se le ocurrió otra cosa, sino coger cuando ya hubo entrado la noche á su protegido, y llevarlo á hurtadillas lo más recatadamente posible, al palacio de Liria, residencia del Duque de Alba. Este con la gentileza española recibió al jefe de los sublevados como Silva á Hernani

[redacted]

en el drama de Victor Hugo, y se propuso naturalmente, sin afectacion ninguna, pasar por todo antes que consentir la entrega del fugitivo á quien la Providencia habia deparado en su casa asilo. Aun no acababa de entrar Pierrard en el palacio cuando recibe el Duque un recado de O'Donnell diciéndole que se presente en la presidencia del Consejo. Corrió el Duque á ver al Presidente; y le encontró muy afectado.—«No le extrañará á V. lo que voy á decirle. V. tiene á Pierrard en su casa.»—«Pues me extraña mucho, replicó el Duque con calma, porque yo no tengo á Pierrard en mi casa.»—No me oculte V. un hecho que me consta como si lo hubiera visto.»—Pues imagínese V. que lo tuviera, yo lo negaria siempre.—En todo caso defenderia á Pierrard constantemente contra V. prefiriendo que para buscarlo, demoliesen piedra á piedra todo mi palacio, á que tocaran á uno de los cabellos de su cabeza.»—«La accion ha sido horrible, y el escarmiento debe ser proporcionado á la accion. Se evitaria mucha sangre de los infelices cogiendo al jefe de los in-

surrectos.»—«Lo sé, pero si esos infelices hubieran venido á mi casa los amparara tambien. Yo le declaro á V. que no tengo al general Pierrard. Pero si lo tuviera, no lo entregaria, no. Me lo prohibe un sentimiento de humanidad, me lo prohiben las tradiciones hospitalarias de mi familia, me lo prohibe el ser amigo de V. y partidario de su política. Yo no quiero que se crea jamás de V. que ha sido capaz de pedirme la entrega de un desgraciado acogido á la sombra de mi escudo, ni mucho ménos que se crea de mí que he sido capaz de entregarlo.»—«Yo no puedo pedir á usted que me entregue al general, jamás pediria yo eso. Lo que sí le pido es que no se enoje conmigo si en cumplimiento de un deber penoso registró como si fuera la casa del último de los ciudadanos el palacio de los Duques de Alba para buscar en él á toda costa al jefe militar de la insurreccion.»—«Yo no puedo enojarme de que V. cumpla sus rigurosos deberes de gobierno, pero V. tampoco debe extrañarse de que en el caso de que tuviera en mi poder al general Pierrard cum-

[redacted]

pliese con todos los deberes de la hospitalidad.»

Habian confinado al general en la Biblioteca, donde distraia sus ócios de recluido en hojear algunos libros, cuando aparece fuera de sí una criada del Duque, en tal extremo conmovida, que á duras penas podia pronunciar alguna que otra entrecortada palabra. En su color pálido, en sus ademanes desordenados, en su respiracion fatigosa que parecia una continuacion de sollozos, conoció el general todo lo grave del caso y todo lo inminente del peligro. La infeliz mujer sólo acertaba á pronunciar estas palabras: la policía, la policía. Era tanto su terror, que Pierrard se curaba más de calmarlo que de precipitar su propia salvacion. Cedia casi la puerta de la Biblioteca al empuje de los agentes de la autoridad acompañados por gran golpe de Guardia civil, cuando la pobre mujer saca al general de allí, lo conduce por una escalera excusada á la bohardilla, lo sube por otra escalera de mano al desvan, lo hace tenderse sobre esteras, las rueda y lo coloca, con las

hercúleas fuerzas que presta siempre á la caridad ó la desesperacion, en uno de los rincones de aquel empolvado y oscurísimo antro. Diez ó doce horas empleó la policía registrando el palacio. Lo recorrieron todo, lo visitaron todo desde las alcantarillas á los tejados. Entraron en el desvan, y hasta pusieron sus manos en la estera. Pero no tropezaron con su cuerpo inmóvil como un objeto inanimado. Apenas habian los esbirros salido, sacan sus protectores al general del escondite, lo reinstalan en su Biblioteca, le aperciben algo que comer, pues en tantas horas no habia tomado ningun alimento, y cuando iba á llevarse el primer pedazo de pan á la boca, aparece nuevamente la policía. Estaban de tal manera tomadas las vueltas de la casa, que ya no hubo tiempo de conducir al general á su desvan, y lo ocultaron en el hueco que dejaba estrecha puerta abierta en humilde escalera de caracol que conducia al pajar. Cualquiera hubiese dicho que los agentes del gobierno estaban resueltos á instalarse en el palacio como en su propia casa.

[redacted]

No se movian. Pasaba una hora tras de otra hora, y no se iban. El general, en su escondite, se moria de hambre y de sed. La debilidad le quitaba ya la luz de los ojos. Comprendiéndolo así la buena mujer que lo custodiaba, entró en el hueco, capaz de contener á dos personas, con una taza de caldo y una botella de vino. Pero apenas habia entrado cuando se oyen los pasos del tropel que se acercaban allí. La sobrecoge súbito terror, se desmaya y deja caer plato, taza y copa con grande estrépito. La policía sube la escalera de caracol, registra los pajares, separa la paja, husmea en ella como el perro en la caza, como el buzo en la mar, y no se le ocurre cerrar la frágil puerta, y reconocer el ocupado hueco, donde yacian un pobre moribundo y su infeliz protectora sin conocimiento, casi casi sin vida. Cuando cansada la policía dejara el palacio, bajó el de Alba á su huésped, lo encerró en un coche y lo mandó á la embajada de los Estados-Unidos, donde pudo llegar sano y salvo. El embajador de los Estados-Unidos se lo llevó á Francia, como un ca-

pellan protestante, adscrito á la legacion. Por todos estos amargos trances tuvo que pasar el general Pierrard para conservar su vida y su libertad en el destierro.

El gobierno tuvo empeño en prender al jefe militar de la insurreccion, pero no tuvo empeño alguno en prender á los jefes civiles. Vino del extranjero expresamente para este dia Cárlos Rubio. ¡Pobre y desgraciado Cárlos! ¡Cuántos recuerdos despierta tu nombre en la memoria, y qué de sentimientos tu memoria en el corazon! Naciste con todas las prendas de alma y cuerpo que parecen destinadas á los séres predilectos de la naturaleza, de la sociedad, de la historia, y un hado funesto emponzoñó tus dias, deshojó tu corona, rompió la lira en tus manos, te apagó la inspiracion poética en la espaciosa frente, y te condujo en pedazos, destrozado, deshecho, como un monton de despojos, al seno de la tumba. Pocas veces la poesía española, tan rica y abundosa, brotara de una mente con la claridad y la belleza con que brotaba de la mente de Cárlos. Niño, ya veia el mundo in-

[redacted]

terior, el pensamiento, y el mundo exterior, la naturaleza, bajo esas enramadas de flores, y entre esas nubes de mariposas que tienden sobre el universo la verdadera poesía. Cantaba con la espontaneidad del ruiseñor, y tenian sus cánticos algo del panteismo de Calderon como henchidos de ideas y rebosantes de vida. La naturaleza le habia hecho hermosísimo, y las viruelas le afearon para siempre el rostro, y le rompieron el cristal de uno de sus ojos. La naturaleza le habia hecho fuerte, y la miseria casi de sus primeros años le dió una raquitis que corrigiera con grandes ejercicios, convirtiéndola en fuerza hercúlea al entrar en la edad madura. La naturaleza le habia hecho poeta, y su corazon lacerado pasó como una esponja henchida de sangre sobre tanta inspiracion, sobre tanta poesía, y borró lo que eran astros eternos como letras fosfóricas. Ninguno de sus amigos de la infancia habrá olvidado aquella conversacion suya, sostenida casi siempre en voz baja y ronca, que centelleaba en ideas rutilantes, en paradojas atrevidas, en nubes de incienso, en

acentos de órgano, en carcajadas sarcásticas, en salidas de tono, en conceptos profundísimos y dichos triviales en plegarias y juramentos como un poema de Byron. ¡Ah, hermano mio; muerto para todos, y vivo eternamente en mi corazon y en mi memoria! De aquellos que nos reuníamos á leer á Zorrilla, á comentar á Quintana, á escribir una palingenesia de ideas en que debian nacer nuevos dioses que guiaran, al través de ignorados caminos de luz y de armonías, á la humanidad regenerada por la ciencia, fortalecida en el derecho, trasfigurada en las tempestades de las revoluciones, cuántos vemos muertos, caidos en el polvo desde estas áridas alturas de la madurez de nuestra existencia, á que hemos llegado clavándonos todas las espinas del camino, azotados por la calumnia, desgarrados por el combate, cubiertos cuerpo y alma de heridas, envidiando verdaderamente á los que ya no son, y casi pidiendo á la naturaleza su reposo y á la historia su olvido. En los últimos dias de su vida, Cárlos habia cambiado de aspecto. El descuido de sí pro-

[redacted]

pio se agravaba, mientras se recrudecia en él, [illegible] siempre, un excesivo amor de sí mismo, y una exaltacion febril ajena completamente á su reconocida templanza. Luego siniestro fatalismo envenenaba toda su conciencia, y recóndita mania de lento suicidio minaba toda su vida. Pero siempre era aquel jóven generoso, leal, heróico, lleno de fuerza que ponia á servicio de la libertad, y lleno de ideas que consagraba como ofrendas á la más pura poesía.

En aquel dia, 22 de Junio, llegó del extranjero, aunque condenado á muerte, se fué á los consejos de los conspiradores, contribuyó al plan de la malograda accion, salió de su casa al amanecer, estuvo en los sitios de mayor peligro, luchó como un guerrero antiguo, y cubierto de sudor y de sangre, se retiró cuando ya no quedaban en las calles ni los últimos combatientes. Reunímonos algunos despues de haber corrido mil peligros y haber pasado por varios asilos en la casa de nuestra ilustre amiga Doña Carolina Coronado al amparo del pabellon de los Estados-

Unidos, cuyas estrellas queremos y veneramos tanto. El Gobierno, á lo ménos los amigos del Gobierno, tuvieron decidido empeño en salvarnos. Cristino Martos, Manuel Becerra, Vicente Rodriguez, Cárlos Rubio, y el que escribe estas líneas, salimos juntos de Madrid, acompañados hasta la frontera por nuestro querido amigo Cárlos Navarro, cuyo corazon es tan grande como su inteligencia, por el esclarecido poeta Adelardo Ayala, por el ingeniosísimo publicista Ortiz de Pinedo, que con un pase de la Junta de gobierno de los ferro-carriles del Norte, presidida por el general Serrano, y otro pase del Ministerio de la Gobernacion, que á la sazon desempeñaba el Sr. Posada Herrera, pudimos llegar sanos y salvos á extranjero suelo. Lo mismo le sucedió poco más ó ménos á Ruiz Zorrilla, Aguirre, Sagasta, y todos los demás comprometidos en aquella empresa. La pasion política, que todo lo explota, sacó mucho partido de aquella generosidad del Gobierno, y lo supuso casi en connivencia con los sublevados.

[redacted]

Lo cierto es que el general O'Donnell se encontró con una inmensa dictadura, pero concedida á la entidad gobierno, y por trasmisible, segun el arbitrio de la Reina, á cualquier otra persona. Los dias del Ministerio O'Donnell estaban, pues, contados. Se le habia elegido como una satisfaccion dada á las aspiraciones de los partidos liberales, y los partidos liberales, se sublevaban. Se le habia elegido como una grande autoridad en el ejército, y el ejército le desacataba. La reaccion subia como marea creciente, avasalladora é imputaba á las concesiones los disturbios. Pero O'Donnell fiaba en la gratitud de la reina Isabel. No comprendia cómo habiéndola salvado del mayor peligro corrido por su trono, de una asechanza tramada por todos los más hábiles y los más populares entre los jefes del partido liberal, de una batalla en que estaban en su contra la artillería, ó la mayor parte de la artillería, y todo el pueblo liberal de Madrid, despues de doce horas de fuego, y de increibles peligros, habiendo visto morir sus propios ayudantes á su lado por

correr de calle en calle, y de barricada en barricada, consiguiendo al cabo señaladísima victoria, la Reina pudiera desconocer todo esto, y entregar á otro la cosecha sembrada por sus manos. Sus amigos más íntimos, sus ministros más queridos, como el marqués de Vega Armijo, le decian que estaba perdido en Palacio, y no queria creerlo. Por fin llegó la hora de probarlo. El Ministerio habia encontrado una fuerte oposicion en el Senado y necesitaba reforzar su mayoría del Senado. La facultad de nombrar senadores se hallaba vinculada en el Monarca. O'Donnell llevaba su lista de senadores á la aprobacion de S. M. diciéndole respetuosamente que aquella era cuestion de Gabinete, cuestion de vida ó muerte para su gobierno. La Reina rehusó secamente aprobar la lista. O'Donnell volvió al Consejo de Ministros, y dijo: «Señores, nos echan como lacayos. Jamás volveré á ser ministro de Doña Isabel II.» En sus facciones desencajadas se veian asomar ya los presagios de la enfermedad que le llevó á la muerte. Pero sobre él yacia tendido un cadáver

más grande, el poder real de Doña Isabel II y su familia.

Hombre de hierro verdaderamente este general O'Donnell. Era como el hierro de fuerte y como el hierro de frio. Solamente se olvidaba de sí mismo en las discusiones parlamentarias. Entonces sus ojos se inyectaban en sangre; enrojecíase su cara; atropellábanse las palabras en los lábios, la voz se le anudaba en la garganta y decia mil cosas inconvenientes. Bajo este aspecto le llevaba inmensas ventajas el general Prim, por su frialdad en las discusiones; por su dominio sobre sí propio; por la cortesía con que contestaba á sus adversarios; por la calma que á todas partes llevaba, conociendo en su larga experiencia que nadie pierde tanto en las tormentas parlamentarias como el jefe de un gobierno. Pero aparte de esto, el general O'Donnell pensaba sus proyectos con madurez, los ponia en obra con cautela, los sustentaba con perseverancia, los proseguia con tenacidad, y gustaba del mando y del gobierno con verdadero deleite. Creíasele un general distin-

guido por los servicios que prestó en la guerra civil, por la dignidad con que dejó el mando de Valencia á la caida de la Reina Gobernadora; y por el arrojo con que llegó á la ciudadela de Pamplona en una de las infinitas sublevaciones españolas. Pero nadie le creia un hombre político importante, ni ménos un jefe de partido que pudiera elevarse á la categoría de verdadero jefe de gobierno. Su mando en Cuba tampoco diera á su nombre ningun prestigio ni á su política ninguna autoridad. Se disputaba mucho sobre la pureza de este mando; pero se convenia por amigos y adversarios en que no fué brillante. Lo cierto es que su nombre se eclipsaba entre tantos generales como guardaban las páginas de nuestra Guia, y se asentaban en los bancos de nuestro Senado. Mas el rumor público empezaba por 1852 á distinguirlo, atribuyéndole implacable enemiga á las maniobras, á las manipulaciones, á los contratos, á los proyectos de Doña María Cristina universalmente odiada entonces en España. La parte que tomó en aquella votacion del Se-

nado, cuyo principal objeto fué infligir un estigma al influjo de Doña María Cristina, y una reprobacion á la política de D. Luis Sartorius, le dió grande y merecida notoriedad. Entónces, aquella conspiracion de largos meses, anunciada con trompetas y timbales; urdida con habilidad y perseverancia; continuada á pesar del poco éxito de sus primeras tentativas; evadiéndose á las pesquisas del Gobierno y amenazándolo visiblemente como en una pieza de magia; aquella conspiracion le alcanzó indudablemente su célebre y no disputado renombre. De orígen irlandés, como indica su apellido; miembro de uno de esos inquietos clanes que la Inglaterra protestante se vió obligada á perseguir hasta concluirlos ó expulsarlos, y que se refugiaban en los pueblos católicos; su temperamento del Norte, por lo singular entre nosotros, le daba con su frialdad y su perseverancia un grande ascendente sobre los entusiastas, y ardientes y artistas caractéres del Mediodía. No tenia partido propio, porque el moderado estaba presidido por Narvaez, y el progresis-

ta por Espartero, y se formó un partido; no tenia por la misma razon ideas propias, y se asimiló todas las ideas. El, con tal de gobernar, gobernaba lo mismo valiéndose de una Constitucion progresista que de una Constitucion moderada; batallando en unas Córtes ordinarias que en unas Córtes constituyentes; sirviendo á la reaccion ó á las revoluciones; con censo alto y censo restringido, con prensa libre y prensa amordazada, con milicia nacional y sin milicia; entre los clubs revolucionarios y entre los cirios neo-católicos, tan dispuesto á entonar el himno de Riego como el miserere del arrepentimiento, á desconocer durante largos años el reino de Italia y á reconocerlo de pronto si le dejaban repartir entre los amigos, venidos de todos los puntos del horizonte, los favores del presupuesto y personificar él la autoridad en España. Sóbrio en sus gustos, severo en sus costumbres, tranquilo en su hogar; sin el amor al fausto de Narvaez, sin el amor al campo de Espartero; consagrado desde el amanecer, que se levantaba, hasta la hora de

acostarse á las maniobras de una política práctica, que como no tenia ni un átomo de pensamiento no necesitaba ni un momento de estudio, aquel hombre aventajaba á todos los hombres públicos para ganarse el poder por las antesalas y los cuarteles, ó para conservarlo, ora por medios pequeños, como las complacencias en las llagas de Sor Patrocinio, ora por medios grandes, como la feliz campaña de Africa y la infeliz reincorporacion de Santo Domingo. Así ha gobernado más tiempo que ninguno de nuestros hombres públicos, y como el mayor de los males entre nosotros es la instabilidad del poder, ha dejado más que ninguno de nuestros hombres públicos grato recuerdo de sí en el gobierno. Y sin embargo, miradas su administracion y su política con imparcialidad y sin apasionamiento, tienen muchos lunares y han dado muy malos frutos. El tentó con su ejemplo á tantos y tantos generales á que dieran, segun las corrientes de los aires, ó golpes de estado ó golpes revolucionarios; él puso precio á las inconsecuencias y premió

á las apostasías; él emprendió en América esa política de aventuras y de reaccion á cuyo término ha habido ó guerras exteriores tan funestas como la de Chile, ó guerras interiores tan desastrosas como la de Cuba; él consumió estérilmente los productos de nuestra desamortizacion dejando al porvenir todas las insuperables dificultades presentes; él fué con la córte y la dinastía tan complaciente, que llegaron á creerlo todo posible y todo permitido á sus caprichos; él descompuso los antiguos partidos, sin sustituirles otro nuevo bastante conservador para poner sobre todo el respeto á las leyes, y bastante liberal para convertir las revoluciones en reformas; él nos dejó al morir la Reina ensoberbecida hasta creerse capaz de fundar un nuevo absolutismo, y los partidos liberales desesperados hasta necesitar lanzarse en los peligros de un nuevo levantamiento. Yo he llegado á creer que con todo su excepticismo tenia afecto verdadero á doña Isabel II, y deseaba profundamente salvarla. Cuando vió que esto era imposible, que la revolucion se adelanta-

[redacted]

ba á más andar, que en su carrera anegaba el trono de doña Isabel II, que ningun medio habia de sacarlo á flote en aquel diluvio, que debia ceder la palabra de la política y la direccion de las cosas á sus enemigos, siendo en último resultado su cómplice, hundió cada vez más el puñal de sus recuerdos en la herida abierta por la ingratitud de los reyes, é inclinando al hado la cabeza, murió con la desesperacion de todo aquel que se cree á sí mismo inútil ya en el mundo. «No ha muerto ahora, decíame uno de sus mejores amigos; murió el dia que se viera despedido de palacio como se despide á un lacayo.»

El último ministerio Narvaez sustituyó al último ministerio O'Donnell. Narvaez se encontraba á sus anchas. Venia á representar la reaccion, á ejercer la dictadura, á perseguir á los liberales, sin temor ni á la censura de la prensa, ni á la censura del Parlamento. España se habia convertido en nueva Asia, en una de esas naciones inmóviles, sin ciencia, sin trabajo, sin libertad, que solo se distinguen por su quietud en la servidumbre y

por su fervor en las supersticiones. Algunos de los ministros de Narvaez, residentes en el extranjero á la hora de formarse el ministerio, prometieron á los emigrados la amnistía; pero el modo mejor que idearan de cumplir sus promesas, fué echarlos de la frontera al interior de Francia y publicar sus sentencias de muerte en la *Gaceta de Madrid*. Los ánimos más viriles vacilaban y dudaban las inteligencias más creyentes. Nuestra generacion se preguntaban, ¿habrá renegado de la libertad? Puede llegar á existir una generacion entera capaz de no querer la vida sin la libertad. De este gran temple era nuestra generacion de la guerra de la Independencia. Y en el seno de España, aunque abatida, quedaba sublime aversion al despotismo. Esta aversion se conocia en todo, en la protesta sorda, pero contínua del pueblo, y en el empeño del gobierno, empeño cada dia más vivo, por ahogar esa protesta. Todas las leyes se hallaban en suspenso. Las Córtes debian legalmente reunirse antes de que finalizara aquel año, y no se habian reunido. La prensa

debia existir por el artículo 2.° de la Constitucion, y no existia. Los presupuestos no se podian cobrar si no se votaban por los Cuerpos Colegisladores, y estaba el gobierno percibiendo la contribucion del año próximo. El ciudadano independiente no tenia seguridad en su hogar. Se violaba el secreto de las cartas. Las islas de la zona tórrida rebosaban de deportados. De vez en cuando quedaba Europa atónita con la condenacion á muerte de algun hombre ilustre ó con el llamamiento de otros ante los consejos de guerra. El garrote vil fué públicamente infligido á Cristino Martos, á Cárlos Rubio y á otros muchos. De vez en cuando, ya que no podian inmolar á hombres que estaban en el extranjero, fusilaban algun infeliz más imprudente que criminal. La dictadura de Rosas habia renacido en España. Por Diciembre de 1866 anunciaba la *Gaceta* que D. Salustiano de Olózaga era emplazado ante los consejos de guerra. El partido moderado parecia implacable: un orador ilustre, una de las glorias de nuestra gloriosa tribuna, uno de los hombres que ilus-

traban á España; cuando venia sobre su vida el comienzo de ancianidad respetable, y quizá el término de cercana muerte, encontraba en su pátria por todo premio un consejo de guerra. Sucedia lo mismo que en 1823, porque todas las reacciones se parecen. Los poetas mayores se veian obligados entonces á callar, á romper las cuerdas de su lira. Los oradores encontraban por premio á los discursos con que habian mantenido el espíritu público, la muerte. Los grandes guerreros de la Independencia, los que habian reconstruido el trono de Fernando, levantándolo del polvo con las puntas de sus espadas, eran fusilados unos, atormentados en los horrores de la Inquisicion otros, perseguidos casi todos. El despotismo comprende que no le es dado hoy reinar en ninguna region sino convirtiéndola en árido desierto. Y el desierto que más el despotismo ama, es el desierto moral, la noche de las inteligencias, la muerte de las almas. Por esto sin duda la reaccion que entonces se enseñaba en nuestra patria, era principalmente una reaccion intelectual.

[redacted]

Despues de haber entregado los institutos á merced de los seminarios, la ciencia á merced de la teología, pugnaba porque el pensamiento callara hasta en sus últimos asilos. Hay en Madrid una Academia, donde los jóvenes que han de abrazar la carrera del Foro, ensayan sus fuerzas y aprenden á luchar con la más noble de las armas, con el arma de la palabra. Por extraña coincidencia el señor Nocedal, representante legítimo de la reaccion en España, era entonces presidente de la Academia. Tratábase una noche bajo su presidencia de la facultad de ajustar la paz ó declarar la guerra. Un jóven decia en uso de su derecho, y en legítimo ejercicio de su libertad que los Papas habian tenido en estos asuntos el mismo númen que los reyes, la propia ambicion, y el mismo fin, el propio engrandecimiento. En cuanto el presidente oyó esta idea, intentó cortar la palabra al académico. Es ridículo el intento de querer ahogar una voz que escuchan todos los siglos, la voz de la historia; pero el Sr. Nocedal tiene como todos los neo-católicos estas ridiculeces. Los

jóvenes protestaron á voz en grito contra semejante atentado, y sostuvo el Sr. Nocedal su arbitrariedad. Entonces le mandaron leer un artículo del reglamento que condenaba expresamente su conducta. No quiso leerlo. Le presentaron un voto de censura, y añadió que aún despues de votado no se iria. Ya no quedaba contra tanta arrogancia más que un recurso, echarlo á viva fuerza de la presidencia. Levantáronse los jóvenes con los puños crispados contra el tirano, y se escapó descompuesto, pálido por una puerta secreta. Al dia siguiente apareció en la *Gaceta* una Real órden suspendiendo las sesiones de la Academia de Jurisprudencia. Es decir, que los señores de España solo concebian la muerte de la inteligencia, la muerte del alma para poder reinar sobre el silencio y en el vacío. Pero el despotismo lleva siempre en sí mismo su castigo. No se quebranta una ley sin que resulte castigado aquel que la quebranta. Esta creencia nos muestra sobre el fatalismo del Universo un supremo espíritu y una justicia suprema. Tras la arbitrariedad

[redacted]

del Gobierno se veia relampaguear, pues, la próxima revolucion.

Los casos graves menudeaban por aquellos dias. Y entre los casos graves el mayor sin duda fué la cuestion suscitada por la convocatoria del Parlamento. Prescribia la Constitucion que todos los años se reunieran una vez las Córtes, y celebraran una legislatura. Este precepto habia sido completamente olvidado por el ministerio Narvaez. La causa del tenaz olvido era muy legítima; no contaba con mayoría en las Córtes. Y un ministerio que no tiene mayoría en las Córtes bien puede prescindir de las Córtes. Así Narvaez dejaba correr el tiempo y dormir el precepto constitucional. Pero las Córtes no participaban ciertamente de igual sentir y no querian ver atropellados sus derechos. Y no habia medio claro y expedito de hacerlos valer. La Constitucion de 1837 que los progresistas escribieron resueltos á fundar una legalidad comun con los conservadores, daba al rey la facultad de convocar las Córtes, pero cuando el rey no usaba de esta facultad en el curso

de un año, daba á las Córtes la facultad de reunirse por sí mismas, en virtud de su derecho. Si los moderados escribian algo contra la Constitucion de 1837, el primer lunar que echaban de ver era esta convocatoria tumultuaria de las Córtes con grave desacato á la corona. Afirmó más y más la Constitucion del 45 la facultad del monarca, y le obligó tan solo á tener todos los años una legislatura. Pero no dijo quién habia de convocar esta legislatura en el caso de que el rey se negase, ni cuánto tiempo habia de durar. En este punto cometian los gobiernos moderados á ciencia y paciencia de la nacion, con perfecto juicio y maduro exámen, los mayores absurdos. Abrian un dia las Córtes, cerrábanlas al siguiente, y creian haber guardado fielmente el espíritu de la Constitucion y haber cumplido al pié de la letra sus preceptos. Para expresar gráficamente la celeridad en el cumplimiento de algun hecho decimos nosotros con nuestra pintoresca manera de decir «en un abrir y cerrar de ojos hice tal ó cual cosa,» y las gentes asegura-

[redacted]

ban que el abrir y cerrar de ojos iba á ser sustituido en las lenguas vulgares con un abrir y cerrar de Córtes. De estas imperfecciones tiene á cada paso la Constitucion moderada del 45. Presidia á la sazon el Congreso D. Antonio de los Rios Rosas; y presidia el Senado D. Francisco Serrano. Ni uno ni otro se atrevian á convocar las Córtes suspensas por un decreto del monarca; pero uno y otro convenian y concordaban en la necesidad de mostrar que las Córtes no eran un fantasma, sino un sér real, un cuerpo organizado, resuelto á exigir el cumplimiento de su derecho cuando lo creia desconocido ó vulnerado. Y arbitraron el medio más sencillo de reclamar su derecho, el más natural é inmediato, aquel que tenia ménos de agresivo contra la corona y más de respetuoso al órden, firmar una exposicion reverentísima por el mayor número de diputados y senadores posible, recordándole á la Reina el deber que tenia de convocar las Córtes y pidiéndole que lo cumpliera, con lo cual creia dejar á salvo su propia responsabilidad y cum-

plir un acto de respeto y de acatamiento al trono.

En cuanto sabe Narvaez la decision de los Presidentes de las Cámaras resuélvese á contrastarla y á impedirla. Pretestando que es ilegal la reunion de los diputados, que son ilegales las demandas á la Reina, ilegal la peticion, irreverentes las palabras, atentatorios al trono aquellos procedimientos que solo se proponen perturbar la nacion y deslustrar la corona, manda el Capitan general de Madrid al seno del Congreso de España; el Capitan general, que entra como en una fortaleza, insulta á los porteros, golpea al oficial mayor, recoge las listas, cierra las puertas, se guarda la llave en el bolsillo, y amenaza por de pronto con una proscripcion universal de los diputados, y más tarde si persisten tenaces en sus maniobras con universal fusilamiento. El Presidente del Senado corre á palacio, ve á la Reina, le habla con calor y entereza, le dice cómo ha vuelto él por la legalidad y cómo las autoridades militares de Madrid han procedido ilegalmente; y mientras la Reina le pro-

[redacted]

mete ocurrir á todo, remediarlo todo, hacer cuanto pueda por devolver á las leyes su imperio, y á los ánimos su paz, palabras que le serenan, al entrar de vuelta en su casa, se encuentra con órden de prision y con esbirros del gobierno, que lo llevan de fortaleza en fortaleza como á un facineroso. El Presidente del Congreso es de todos conocido por su carácter integérrimo, y su valor héroico. La tempestad le gustaba como á las águilas, y el combate como á los guerreros, y las dificultades como á todos los grandes trabajadores del mundo, y en su carácter habia la misma fuerza y el mismo ardor que en su candente palabra. Desafia, pues, con su actitud serena y resuelta al arbitrario gobierno, y atrae sobre sí toda su cólera. La órden de prenderlo es inmediatamente expedida. Pero un Presidente, un simple diputado, no puede ser preso sino por haber sido hallado infraganti en la comision de un delito, ó por mandamiento de juez que tenga prévia vénia de las Córtes. Decidido á defender su derecho hasta el fin, no reconocerá más poder que el poder incontrastable de

la fuerza el Presidente de los Diputados. A la fuerza acudirá el gobierno. Con olvido de todos los principios de justicia, con menosprecio de todas las leyes, á las altas horas de la noche como suelen los bandidos, hiriendo de un golpe la autoridad legal del legítimo Presidente y la autoridad moral del grande orador, el gobierno en la persona de sus esbirros se presenta en casa de su víctima, llama, y como no le abran porque no le reconocen derecho á violar el domiciiio de ningun ciudadano, y mucho ménos de ciudadanos por la Constitucion sagrados é inviolables, derriba la puerta de la escalera, derriba despues la puerta de la sala, entra en la alcoba, arranca el Presidente á su lecho, lo encierra en un coche, lo trasporta á la estacion del Mediodía, lo conduce á Cádiz, lo abisma en fuerte castillo, lo embarca en tarde tormentosa de invierno, con el cielo preñado de tempestades, y las olas henchidas por los huracanes, y lo deporta á las islas de Africa.

Seguidamente casi todos los que firmaran aquellas exposiciones son ó deportados, ó

[redacted]

presos, ó proscriptos, ó trasladados lejos de su domicilio. Habia un furor de destierros muy semejante al que acometió á la Roma de los emperadores. Tiberio fortaleció la ley Julia. Era reo de muerte el que fuese reo de lesa majestad. Era reo de lesa majestad el que insultase al pueblo en la persona augusta de su jefe, de su emperador. Era necesario para declarar á un ciudadano reo de lesa majestad que hubiera acusadores públicos. Los hubo. Tiberio se valió de los jóvenes de las escuelas para acusar á los viejos de los comicios ó del Senado. Polion fué acusador á los veintidos años; Craso á los diez y nueve. Lentido, dueño de una gran fortuna, fue envenenado, porque tuvo la idea de legírsela á Tiberio para que le dejara vivir, y Tiberio le mató para heredarle más pronto. Druso, hijo de Tiberio, fué envenenado, porque se oponia á la privanza de Sejano, y luego Sejano ajusticiado porque con su mal gobierno desacreditaba el nombre de Tiberio. Siempre ha sido de esta suerte la tiranía. Si no tiene á quien morder, se muerde á si misma. El afan de

proscribir era tan grande en Narvaez que cuando ya no pudo proscribir más revolucionarios, empezó á proscribir los diputados, y cuando ya no pudo proscribir más diputados, empezó á proscribir los cortesanos.

Convocó el Gobierno al cabo nuevas Córtes; pero no sabia el medio de reunirlas sin peligro. Habian los moderados criticado acerbamente el Senado de los progresistas. Y el Senado de los progresistas era elegido en ternas para que dentro de la terna escogiese la corona aquel senador que le fuera más agradable. Los moderados formaron un Senado de nombramiento todo él de la corona, lo cual era muy monárquico; pero todo él tambien vitalicio, lo cual era muy revolucionario. Renovándose todas las instituciones por la eleccion, y el Senado solamente por la muerte, corríase peligro, y muy grave, de que el Senado absorbiera todas las instituciones, y emulara en fuerza y en permanencia á la misma monarquía. Así el Senado que estaba destinado en el pensamiento de sus fundadores á formar como una casta privilegiada se-

[redacted]

mejante á los lores ingleses, que sirviera de escudo á los reyes y de dique á los disturbios, ofrecia más que ninguna otra institucion resistencia á los gobiernos y pábulo á las revoluciones. Ya en 1854, el ministerio de Sartorius habia pensado en destruir ó modificar la Cámara alta; en 1857 el ministerio de Nocedal en añadirle algunos elementos; y en 1867 el ministerio de Narvaez pensaba á su vez en alteraciones profundas. Hasta tuvo la tentacion de dar un golpe de Estado y disolverla. Pero no sabia cómo reemplazarla. Varios proyectos cruzaban por su mente, y apenas concebidos, ya estaban desechados. Queria nombrar una alta Cámara compuesta de los grandes de España y de sus hijos mayores. Esta idea no pudo realizarse porque los grandes de España y sus herederos eran enemigos del gobierno. Queria despues que fueran senadores los más fuertes propietarios. Y esta idea tampoco era realizable, porque buscaba en los senadores cortesanos más que jueces, y los grandes propietarios no se sentian muy dispuestos á esclavizarse á su

voluntad. Así el general Narvaez encontraba sobre su frente una córte que todo lo disolvia y á sus piés una revolucion que todo lo minaba. Y esto sucede siempre que sistemáticamente se violan las leyes de la libertad. La supresion de la libertad es el embrutecimiento de los pueblos; pero es tambien la ruina de los gobiernos. No habia prensa libre en España; pero una mano misteriosa derramaba por do quier hojas clandestinas y proclamas revolucionarias. No habia reuniones públicas, aquellas reuniones donde el pueblo madurara su juicio y aprendiera prácticamente las ventajas de la libertad; pero habia conjuraciones eternas, conciliábulos misteriosos, gobiernos anónimos, poderes en la sombra como sucedia en la Roma del Papa y en la Venecia del Austria. No reinaba la agitacion de la vida pública, que conmueve y al mismo tiempo fortifica, pero reinaba el terror en la córte, el malestar en el pueblo, la rabia en los partidos, y la más profunda perturbacion en todas partes. No se veian los partidos políticos con sus huestes organiza-

[illegible] propi- [illegible] Ex- [illegible] [illegible] lágrimas [illegible] [illegible] los [illegible] cuando se [illegible] violean la [illegible] responsable de [illegible] se to- [illegible] para impedir la [illegible] soberana. Si se [illegible] para que la nacion no [illegible] asociaciones, para que la nacion no se reuniera; si las Universidades, para que la nacion no enseñara; si los comicios y los congresos, para que la nacion no legislara; si la inviolabilidad del domicilio

para que la nacion no existiera. Entre la nacion y el gobierno habia empeñada una guerra á muerte.

Por fin se convocaron las Córtes. El ministerio no osó ni reformar por su propio arbitrio la Constitucion autoritaria ni poner atrevida mano en la Cámara alta. Creyó que con la ausencia de todas las libertades pátrias, con la supresion de todos los periódicos oposicionistas, con el retraimiento de todos los partidos liberales, bajo el imperio de un terror sin ejemplo, y en la corriente de una reaccion sin freno, vendrian amigos suyos, más reaccionarios que él mismo, más papistas que el Papa, más realistas que el rey, dispuestos á darle, con apariencias de legalidad, facultades que no habia querido arrogarse por un resto de escrúpulo. Seguidamente vino al seno de los partidos liberales un problema que los partidos liberales habian de antemano resuelto; el problema del retraimiento. La cuestion era sencilla. No habíamos participado de elecciones mucho más libres, cuando los gobiernos cedian de sus privilegios para que nos-

[redacted]

otros entráramos en el derecho; y mal podíamos, perseguidos, errantes, proscriptos, ir á sancionar el poder mismo de nuestros verdugos. Sin embargo, hombres de alguna autoridad entonces, como el Sr. Madoz, parapetados tras los desastres y los desengaños sufridos en una política de accion revolucionaria trabajaban con ahinco en el ánimo de los liberales para arrastrarlos á una política legal. La hora de la legalidad era definitivamente terminada. A la tiranía de arriba no podíamos contestar sino con la revolucion de abajo. Penosísimo aparecia el sacrificio, pero indispensable. Nuestra política debia ir é iba realmente encaminada á algo más trascendental y más profundo que un cambio de gobierno; nuestra política se encaminaba á la emancipacion absoluta de la conciencia nacional. Alejados por tres largos siglos del espíritu moderno, yacíamos en lo vacío de una máquina pneumática. Nuestros grandes comerciantes eran los judíos y los expulsamos en el siglo décimo quinto. Nuestros grandes pensadores eran los filósofos, los teólogos, que

habian sentido la necesidad de una reforma en el espíritu nacional, y los tostamos en el siglo décimo-sexto. Nuestros grandes agricultores eran los moriscos. Á ellos se deben los magníficos canales que riegan las huertas de Valencia, Murcia, Granada, los tres oasis de España. Pues los expulsamos en el siglo décimo-sétimo, expulsamos á nuestros agricultores, sin escrúpulo ni piedad, desposeyéndolos de sus tierras, arrancándolos de su hogar, para llevarlos embanastados en frágiles barcos, más como objetos inmundos que como séres racionales, á las desiertas playas de África, donde se retorcian de dolor y alargaban los brazos á las riberas de la madre España y espiraban á millares de desesperacion, de hambre, de miseria. Sus sombras errantes aún por aquellas abrasadas playas, sus huesos amontonados en las encrucijadas, sus lamentos esparcidos en los aires, sus lágrimas que todavía no se han evaporado, acusarán eternamente nuestra bárbara crueldad y su santísimo martirio. De suerte que sin alimento nuestro comercio, sin trabajo

[redacted]

nuestros campos, sin nuevas ideas nuestra conciencia, sin poblacion nuestro suelo, el absolutismo convirtió á España bajo el asolador imperio de su Monarquía y de su Iglesia, no sólo en desierto moral, sino en desierto material tambien. Era necesario emancipar nuestra conciencia, y para emancipar nuestra conciencia era necesaria la revolucion. Los que predicaban el abandono del retraimiento predicaban el abandono de la revolucion, y los que predicaban el abandono de la revolucion predicaban la eterna servidumbre nacional. La política de la desesperacion fué la señal de un duelo á muerte entre los liberales y la dinastía. Y no quedaba en lo humano ningun remedio. O los partidos liberales acababan con la dinastía, ó la dinastía con los partidos liberales. Cuando teníamos prensa y tribuna; cuando los comités se hallaban organizados en todas partes con fuerza moral poderosa; cuando se habia rebajado el censo para que nuestras huestes entraran en los comicios y se habia permitido el derecho de reunion durante el período electoral, no sali-

mos del retraimiento; y habíamos de salir perseguidos, proscriptos, condenados á muerte, con las manos encadenadas, con los lábios amordazados, para dar fuerza á nuestros tiranos. En realidad nosotros, la mayor parte de nosotros sólo podíamos votar desde la horca; y nuestras horcas estaban á los ojos de la nacion más altas, mucho más altas que el trono. Si Madoz meditaba ese cambio de política, Olózaga, Orense y otros muchos hombres de importancia se negaban resueltamente á consentirlo. En España se habia perdido toda esperanza de mejoramiento por los medios legales. Y aunque hubiéramos querido emplearlos realmente, los medios legales no existian. La Reina Isábel podia nombrar á su arbitrio un ministerio más absolutista que el ministerio Narvaez. Si lo nombró en todo aquel período, fué por varias razones capitalísimas; La primera, porque la Reina gustaba de la incertidumbre y de la indecision hasta en sus mayores arranques reaccionarios; y la segunda, porque el partido absolutista isabelino todavía no estaba organizado para optar

el poder. Habíase empeñado en la prensa absolutista por aquellos dias ruidosa polémica con motivo de la publicacion de un nuevo órgano de éste partido. La polémica en apariencia tenia un sentido superficial; era una rivalidad de escritores, una guerra de suscriciones. Sin embargo, para los conocedores de las corrientes subterráneas de la política española era la polémica una trascendental guerra de ideas. Debia dirigir el nuevo órgano D. Cándido Nocedal, antiguo progresista, fiscal perseguidor de los periódicos moderados y conservadores, diputado por los votos de los liberales, puritano más tarde, ministro moderado y reaccionario despues, y por último absolutista. Mas el periódico del Sr. Nocedal debia representar y representaba realmente el absolutismo isabelino. Y todos los otros periódicos de su mismo color representaban el absolutismo carlista, la fidelidad á las tradiciones del antiguo régimen, el ódio á la dinastía reinante por su carácter semi-revolucionario; la adhesion incondicional á la rama histórica, de derecho divino, que per-

sonifica con justísimos títulos toda la antigua sociedad con su implacable barbarie y sus numerosos privilegios. Por consiguiente, si la dinastía á la sazon reinante no se resbalaba por completo al absolutismo antiguo, era por temor de encontrarse en su fondo con el derecho de la rama proscripta.

Mas nada, absolutamente nada en la esencia le faltaba á la reaccion de aquellos dias para merecer y alcanzar el apoyo de los absolutistas, como que su rasgo distintivo era el ódio inextinguible á la libertad del pensamiento. Habíanse reunido las Córtes con la ausencia de los demócratas, con la ausencia de los progresistas, con la ausencia de la misma Union liberal, excepto la fraccion del Sr. Cánovas, que cada dia se iba apartando más de la ortodoxia de su partido y rehuyendo más los compromisos revolucionarios. Pero las Córtes se reunieron para cuatro fines capitales: 1.°, para acabar de extinguir las últimas pavesas de la libertad del pensamiento; 2.°, para acabar de matar la independencia de la tribuna; 3.°, para acabar de aniquilar nuestra

[redacted]

hacienda: 4.º. para acabar de componer y fundar el partido absolutista isabelino en España. Veamos cómo cumplieron el primero de sus fines. Habia en la Universidad de Madrid un catedrático de profundísimo talento y de rica erudicion científica que cultivaba con éxito la filosofía de Alemania y atraia con interés en torno de su cátedra un gran número de distinguidos discípulos. Este filósofo acababa de traducir y publicar el *Ideal de la Humanidad*, de Krausse, libro esencialmente religioso, y por lo mismo que es esencialmente religioso, desbordando del estrecho límite de nuestra antigua teología. El censor romano le habia puesto en el Indice como libro vitando, y habia decorado el autor y al traductor con el calificativo de escritores dañosos. Uno de esos jóvenes neo-católicos, diputado de oposicion absolutista, con algun talento, y con ceguera mayor que su talento, no pudiendo sin duda ser familiar del Santo Oficio por impedírselo el espíritu de los tiempos, ni llevar sobre la espalda el hacecillo de leña para quemar á los herejes, metióse á

cooperador y auxiliar de la censura romana, preguntando acremente al Gobierno cómo consentia que enseñara en las Universidades oficiales catedrático condenado al fuego eterno por los infalibles oráculos de Roma. No tuvo necesidad de repetir su pregunta, porque á los pocos dias estaba depuesto de su cátedra el catedrático acusado. Pero las persecuciones aun se exacerbaron y se repitieron mucho más. Publicaban los emigrados en París algunos calorosos artículos, dictados por el amor exaltadísimo á la pátria ausente, atacando la política del Gobierno y la conducta de la córte. Algunas veces, los emigrados, ó por un exceso de ódio, ó por un exceso de dolor, sobrepujaban el límite propio de todo derecho y repetian imputaciones á la vida privada de la Reina, que debian vedar las altas conveniencias, cuando tantos motivos de queja daba la política insensata del Gobierno, la perversion sistemática de las instituciones, el espíritu reaccionario de la dinastía. Pero á un error se opuso el correctivo de otro error más grave. El Gobierno se empeñó en que to-

dos los españoles habian de declarar á la reina Isabel públicamente la más sábia de las reinas, la más augusta de las princesas, la más tierna de las hijas, la más fiel de las esposas, la más próvida de las madres, la más casta de las mujeres. Aun con haber tenido estas cualidades, publicarlo era ridículo, y obligar á publicarlo una verdadera demencia en que solo puede caer una tiranía sin miedo ni á la opinion hoy, ni mañana á la historia. No recababa esta declaracion naturalmente de todos los españoles que se reian á mandíbulas batientes de tales bizantinos proyectos; pero la pidió con imperio y la recabó por fuerza de aquellos españoles dependientes de su autoridad, ó mejor dicho, dependientes de su presupuesto.

Entre las clases que dependian del presupuesto, á pesar de su natural independencia, encuéntranse los catedráticos. Pues todos los dependientes del Gobierno se vieron obligados á firmar esas declaraciones y los catedráticos tambien. Muchos entre los más independientes se negaron; y esta negativa sirvió

de motivo para expulsarlos de sus cátedras. Poco á poco la conciencia de la nacion española se iba sumergiendo en su ocaso, y las sombras de una noche eterna se iban sobre ella á más andar precipitando. Para que nada faltase á esta obra de tinieblas, la persecucion al pensamiento libre se habia erigido en sistema; los programas de los cursos públicos se habian redactado con arreglo á un patron neo-católico; y la primera enseñanza, aquella que abre las inteligencias á la luz y los corazones á los albores del sentimiento, se habia entregado al Clero, cada dia más petrificado en sus creencias, dignas de la Edad Media.

Y si esto hizo el Gobierno con la instruccion pública, ¿qué hizo con la tribuna? Falaz esperanza, en verdad, la de aquellos que abandonaron el retraimiento. Creian poder discutir, y los derechos á la discusion, los derechos esenciales á las minorías, eran brutalmente hollados. La iniciativa del diputado quedaba á merced de la presidencia; y la facultad de interpelar á merced del Gobierno.

Sin enemigos reales en el Parlamento dictaban aquellas leyes contra enemigos imaginarios. El Sr. D. Alejandro Llorente, que pronunciara admirable discurso en el Senado, dijo la palabra verdaderamente gráfica de la situacion, á saber, que la política de las naciones modernas es una política de debate y controversia en las ideas, de libertad para las conciencias, de espansion al trabajo, de amplio espacio á todas las aptitudes, y de completa consagracion de todos los derechos; y que una política reaccionaria por sistema impregnada de gótico espíritu religioso, atenta á disolver por las venas del cuerpo social cierto menosprecio á la agitacion de la actividad humana y de sus necesarias libertades, solo podria convenir á pueblos primitivos, á pueblos asiáticos, perdidos como el feto en las entrañas de la madre, perdidos en las entrañas de la naturaleza, y sólo relacionados con las ideas por medio de un vago y venenoso misticismo. El Sr. Cánovas probó que las mismas grandezas de los mejores tiempos de la Monarquía absoluta provenian de las

agitaciones de la libertad; y que en cuanto el absolutismo dió sus frutos, la nacion tocó en sus últimos límites de la decadencia. Al verlos perderse en aquel dédalo de ideas reaccionarias, les dijo: «Id por ahí en buen hora; sólo siento no poder añadir que vayais en paz.» El atentado se consumó y la tribuna quedó tambien volcada en el suelo como la cátedra. Inmenso sudario cubria á la nacion española. Y muchos, al ver tanta reaccion plenamente consumada, y tantos sacrificios por la libertad malogrados perdian hasta la esperanza.

Los trabajos parlamentarios tenian todos igual traza y se inspiraban todos en el espíritu más reaccionario. Para comprender hasta qué punto habíamos llegado, se necesita recordar tan solo que un diputado fué interrumpido y amonestado por el presidente á causa de haber dicho que no era conservador. Hasta en las leyes más sencillas se deslizaban los principios más absurdos. Presentóse un proyecto de ley de vagos, por el cual se declaraban tales, no solamente aquellos que

[redacted]

no tienen hogar ni oficio conocido, sino tambien aquellos cuyos gastos superan en mucho á sus ingresos. No comprendia el comun sentido de qué medios podria valerse el Estado para averiguar hasta los recónditos resortes de la economía doméstica, cosa no conseguida ni en las antiguas ciudades, donde la vida era pública por los más diligentes y más austeros censores. Para cumplir una ley así necesitábanse casas de cristal y arcas más trasparentes que el cristal; ó los procedimientos de la inquisicion, ó las tiranías domésticas, ó los esbirros, ó los espías, ó los acusadores, ó algo semejante al poder absorbente y multiforme de los antiguos imperios. Pero el Estado que llamaba impropiamente vagos á los que tenian un exceso de gastos muy superior á sus ingresos debia llamarse á sí mismo el vago por excelencia, pues los artículos de la ley le alcanzaban de medio á medio. Para ocurrir un tanto al alivio del déficit y para sostener algo subido el precio del papel habia ideado el Sr. Barzanallana, ministro de Hacienda, que el Banco de España

empleara parte de su capital en la compra de treses. Naturalmente los dias en que se destinaran cien millones á la compra de treses, por las leyes económicas de la oferta y la demanda el papel debia tomar subidísimo precio. Pero luego el dia que el Banco echase sus treses á la plaza el papel habia de bajar irremisiblemente, y la ruina del Banco habia de ser inevitable. Largas conferencias tuvo el ministro de Hacienda con los indivíduos del Consejo de administracion. Y despues de estas conferencias, en que no se llegaba á ningun acuerdo, presentó el proyecto á la deliberacion de las Córtes. A pesar de la presion ejercida por el ministerio, y de los medios expeditos que el general Narvaez empleaba cuando queria remover algun obstáculo, gran parte de los indivíduos del Consejo del Banco presentaron su dimision. Y como donde penetra un rayo del sol de la libertad, por pálido que sea, se siente palpitar la vida, la ley encontró terrible oposicion en el Congreso, y esta oposicion un intérprete en el señor Moyano, antiguo ministro, hombre de íntegro

[redacted]

carácter y de severa energía, el cual propuso, como individuo de la Comision encargada de examinar la ley, que fuera pura y simplemente desechada. El Sr. Barzanallana, el más ilustre economista del partido moderado, vió en estos síntomas de descomposicion una amenaza á todos sus proyectos, y dejó el poder, con lo que fué la cartera de Hacienda trasmitida á manos más torpes y á un empirismo más triste.

Poco á poco se iba consumando la completa descomposicion del partido moderado. Rama desgajada de los elementos liberales más cercanos á la antigua monarquía y á la tradicion antigua que los progresistas; discípulos de la escuela doctrinaria francesa; eclécticos en filosofía; hipócritas y un tanto descreidos en religion; cortesanos por temperamento, pero sin tener á la monarquía el culto religioso de otros tiempos, muy enemigos del pueblo y muy dados á entregar el poder y la direccion de las sociedades humanas al dinero; los moderados representaban realmente, aunque con timidez, una parte

considerable de la revolucion moderna. Si bien todas las instituciones revolucionarias estaban en la práctica alteradas; todas en la teoría eran sostenidas. Tenian prensa, aunque muy celada; Parlamento, aunque muy restringido; comicios, aunque muy aristocráticos; y en la esfera de la instruccion pública fomentándola, estableciendo nuevos institutos, habian prestado reales servicios al espíritu moderno. Pero un dia comenzó á sentirse en su seno la lepra del neo-catolicismo.

Bravo Murillo, hombre de mérito real, pero de escasas creencias católicas, cayó en la cuenta de que podia valerse del espíritu religioso para contrastar el militarismo de Narvaez. Sintióse súbitamente acometido de exaltacion católica el escritor más insigne, el pensador más profundo de toda la escuela doctrinaria, D. Juan Donoso Cortés. Él, que habia proclamado el dogma de la razon libre y la autoridad de la inteligencia humana; que habia llamado al catolicismo escuela y no Iglesia, escuela destinada á desaparecer por contrastar

[redacted]

sistemáticamente el espíritu moderno; que había predicado un eclecticismo, en el cual, como que apuntaba la idea del derecho aunque perdida entre las sombras de las antiguas tradiciones; cuando vió tantos tronos en el suelo y tantos pueblos en el trono; la casa augusta de los Orleanes que personificara su doctrina completamente proscripta; el Papa, como en los tiempos del cisma, errante; el rey de Baviera obligado á una abdicacion por su pueblo; Federico Guillermo, el augusto germano, saludando las víctimas de las civiles contiendas; depuestas como castigo y escarnio sobre su tálamo real; Hungría sublevada; Italia en guerra continua; las revoluciones en erupcion incandescente desde la Asamblea de Francfort hasta la Asamblea de París; todo el cielo europeo cargado de tormentas y toda la tierra sacudida de grandes terremotos, sintió la desesperacion que los antiguos romanos al ver la ruina de la civilizacion clásica y los dolores que costaba el nacimiento del mundo moderno; sintió esa desesperacion terrible con toda la vehemencia del ca-

rácter meridional, con todo el celo de los neófitos y de los conversos; desde las escuelas de los filósofos se fué á los cenobios de los penitentes, y allí, en estilo sombrío y exagerado, como las figuras místicas de Rivera, vituperó la razon, negó el progreso, condenó las democracias, predicó la reaccion universal, la vuelta á las instituciones teocráticas, al patriarcado de los pontífices, la servidumbre de las inteligencias; porque de lo contrario, sin norte en que fijarse, y sin porvenir á que dirigirse, el planeta entero se estrellaria en los inmensos espacios, viniendo la noche siniestra del último juicio á quemar, á consumir, como seco heno de las heras, al protervo género humano, maldecida, nuevo Cain, por el Eterno. Y este espíritu neo-católico, encerrado en grandiosas imágenes en sublime lenguaje; muy apropiado al carácter que tres siglos de absolutismo inquisitorial habian dado al génio de nuestro pueblo, nada pudo contra el progreso de las ideas, pero pudo mucho para descomponer y desorganizar el antiguo partido moderado,

[redacted]

[illegible]

[illegible] Sr. González [illegible] debia [illegible]. Así es que [illegible] una grande [illegible], que invo- cando sus [illegible] la nacion. Los mas [illegible] dificultad aquel [illegible]. Y el partido moderado, último apoyo de la dinastía, se iba convirtiendo en verdadero fantasma.

Volvíase entonces todo el movimiento po-

lítico europeo contra la dinastía de los Borbones en España. El Papa le consagró por los comienzos de 1868, profunda distincion. Todos los años bendice una rosa de oro el dia de Reyes que manda á la Reina más distinguida en el Catolicismo por sus preclaras dotes. Aquel año la rosa de oro fué mandada por el Papa á la Reina Isabel, en premio á sus virtudes públicas y privadas. Naturalmente la prensa europea discutió con amplia latitud los méritos de la Reina y los títulos á este premio. Y cuando más se discutian, publicóse extraña carta de uno de los indivíduos de la familia de Borbon, del desgraciado infante D. Enrique. Singular príncipe. Nacido de madre que afectaba exaltadísimo amor á la libertad constitucional; criado en los principios del liberalismo, apuesto y gallardo en su figura, abierto y franco en su trato, marino de profesion, lo cual daba cierta gentileza á su persona y cierta aureola de valor á su nombre; deseoso quizá de reinar como todos los nacidos á la sombra de los tronos que traen hidrópica sed de autoridad y de poder;

[redacted]

[illegible] de la [illegible] segundas [illegible] con la [illegible] la [illegible] con [illegible] principios. [illegible] la fa- [illegible] en la vieja Inglaterra. [illegible] inteligencia, po- [illegible] de ca- [illegible] indeciso [illegible] palabras y [illegible] á escribir que [illegible] por los ma- [illegible] á cometer actos de [illegible] á las influencias de [illegible] mezcla extraña de de- magogo y de príncipe: lo mismo publicaba protestas que contra-protestas; lo mismo se metia en un club que en una iglesia; lo mismo la echaba de conspirador impenitente que de príncipe de la sangre; lo mismo iba de rodillas y de hinojos á pedir perdon á la Reina, llamándole ángel de caridad y de paz, [illegible]e la insultaba pintándola como impura y

proterva mesalina. Por aquellos dias publicó una carta horrible en que la injuriaba con los dicterios más soeces, y la denunciaba al general desprecio con las palabras más duras. Pero esta carta por desautorizado que su autor estuviese, coincidia con el regalo de la rosa de oro, y alimentaba los más escandalosos comentarios. Un descendiente de San Luis, un biznieto de Cárlos III, un príncipe de la más pura sangre borbónica, un hermano del Rey, un primo-hermano de la Reina, un hombre que llevaba cuatro veces el ilustre y régio apellido de la familia que ocupara los más altos y más sólidos tronos de Europa, criado en Palacio, unido por tantos vínculos á la dinastía, maltrataba á los Reyes, como no eran osados á maltratarlos sus más implacables enemigos, y aunque quitaba mucha fuerza á estos juicios, el carácter personal del ofensor, les mantenia siempre una excepcional autoridad su misma ilustre prosapia. En esto, ofensor y ofendidos, acusador y acusados se hundian y se aplastaban bajo las ruinas de un trono que pare-

cian empeñados en destrozar, ciegos y suicidas.

No era extraño, pues, que la revolucion relampaguease por todas partes. En una de las provincias más pacíficas de España estalló entonces terrible sublevacion, en la provincia de Granada. Esta sublevacion tenia por causa ocasional el hambre y por causa permanente la ausencia de la libertad. Dos dias reinara la anarquía en Granada, dos dias en que un pueblo hambriento recorrió las calles disparando piedras á las ventanas de los conservadores, y algunas veces tiros al pecho de los soldados. Esta sublevacion tomó por necesidad, por fuerza, el aspecto de una revolucion social. Tíñense en nuestra Andalucía todas las revoluciones de este aspecto. La causa dimana de muy lejos, y se explica muy pronto. Las causas dimanan de la reconquista. Cuando esta se concluyó en la Edad Media, antes del predominio de la Monarquía sobre las demás instituciones sociales, creó dos clases de propiedades civiles; la comunal y la señorial. A estas dos se unió la propie-

dad eclesiástica, la tierra del Cabildo y del convento. De aquí la facilidad con que la revolucion ha podido desamortizar y movilizar estas dos clases de propiedad. Por la ley de señoríos ha concluido con la propiedad feudal; por la desamortizacion civil con la propiedad comunal; por la desamortizacion religiosa con la propiedad eclesiástica. Donde antes se estendian dominios inmensos, casi yermos, explotados por un castillo, por un municipio, por un monasterio, se extienden ahora innumerables prepietarios que fecundan la tierra con el sudor vivificante del trabajo. No ha sucedido así en Andalucía, y especialmente en el reino de Granada. La reconquista ha sobrevenido en los tiempos en que el Rey ponia su planta asoladora sobre todas las instituciones. Y los Reyes hicieron á los nobles grandes terratenientes; y estos terratenientes poseen propiedades inmensas, á cuya vista se mueren de hambre poblaciones enteras. Por la disminucion y la decadencia de las aristocracias los bienes de varias familias se han juntado y han recaido en una sola per-

[redacted]

sona. Se necesita, pues, evidentemente, ocurrir á la mejora de ese estado social. Pero fuerza es convenir en que estas reformas ni se emprenden ni se realizan por las revoluciones, sino por una série de medidas pacíficas que no corresponden solamente á la legislacion civil y á la legislacion política cual creen algunos con sobrado candor.

Pero si una reforma profunda no se realiza por la explosion de las revoluciones, tampoco una gran necesidad social se cura por el hierro y el fuego. Aterraba leer la comunicacion telegráfica entre el capitan general de Granada y el Presidente del Consejo. Como si no hubiera habido ni leyes, ni instituciones; como si los españoles no fueran ciudadados sujetos á tribunales y poseedores de derechos; como si toda garantía se hubiera concluido para ellos con la caida de la tribuna y de la prensa, Narvaez se constituia desde Madrid en juez supremo, y señalaba arbitrariamente los que le parecian criminales, y la rapidez del procedimiento, y la crueldad del castigo. El capitan general de Granada decia que ig-

noraba quién disparó sobre la tropa. Y el Presidente del Consejo le contestaba que atribuyese tal hecho á los cogidos con palos en las manos. ¡Los palos convertidos en armas de fuego, y los gobiernos en tribunales de justicia! Todas las garantías se desvanecian, todos los derechos escritos en la Constitucion se borraban al soplo de aquella política. No parecia Narvaez un ministro constitucional: parecia uno de aquellos reyes moros, que á su capricho ordenaban un degüello. Frases tan impías recordaban aquella terrible sentencia de Felipe II, cuando envió al general de sus tropas contra Lanuza, el Justicia de Aragon, el símbolo de las libertades históricas, y le dijo: sepa yo á un tiempo la noticia de su prision y de su muerte. Y á estas perturbaciones en Granada siguieron perturbaciones todavía más graves y más profundas, por los síntomas que revelaban claramente en la ciudad de Barcelona.

Pero un hecho capitalísimo determinó la revolucion allá por la primavera de 1868. La Reina Isabel decidió casar á su hija pri-

mogénita, que antes del nacimiento del príncipe Alfonso tuvo rango y honores de princesa de Astúrias. Parecia natural que, dado el carácter político de los matrimonios reales, buscase alguna alianza para su aislada y solitaria familia. Sin embargo, con el peor consejo posible, sacó marido para su hija del seno de una dinastía destronada, de una rama de los Borbones, de unos príncipes reaccionarios refugiados en Roma, de la familia de Nápoles, que agravaba su aislamiento, su soledad en el mundo, y amenazaba más y más con la continuacion de aquella política semi-teocrática y semi-absolutista, á cuyo término solo podia haber una verdadera catástrofe. El príncipe que eligió para su hija era valeroso y honrado; cumplido caballero y cumplidísimo militar; pero de escasas dotes personales: de génio sombrío, de carácter ágrio, y aquejado de una terrible epilepsía. La Reina quiso, como era natural, que se verificase con verdadera pompa el matrimonio de su hija mayor. Fueron, pues, invitados los duques de Montpensier que estaban

á la sazon en Sevilla; y la Reina Cristina que á la sazon estaba en París. Los viajes de la Reina Cristina que tanta importancia política tuvieron en otros tiempos, la habian perdido, ó porque todo el mundo sabia que su hija no la escuchaba, ó porque ella misma convencida de la esterilidad de sus gestiones, se redujo á voluntario retraimiento. No así en verdad el viaje de los duques de Montpensier. La Reina pensó mucho en aquella invitacion, y tuvo tentaciones de suprimirla, porque su hermana, ora por propia ambicion, ora por ambicion de su marido, tomaba cierto color político, defendia en términos acerbos á las oposiciones é invitaba á su mesa los desterrados de Madrid, al paso por Sevilla para Canarias. Mas los ruegos de su hijo, á quien le parecia extraña la ausencia de sus ilustres tios, resolvió la cuestion, y la Reina invitó á su hermana á celebrar y enaltecer con su presencia tan fausto acontecimiento. Los duques á su vez discutieron mucho sobre si concurrir ó no, temerosos de que se diese á su paso por Palacio color de adhesion á la

[redacted]

política reinante en Palacio. Pero al cabo resolvieron ir por dos razones: primera, por manifestar claramente á la Reina cómo pensaban; y segunda, por recibir de sus amigos una manifestacion ruidosamente anunciada. Apenas habian llegado los duques á Madrid cuando ya susurraban noticias de graves disentimientos entre las dos hermanas. En efecto, doña María Luisa Fernanda con tono imperioso, acre gesto y duras palabras señaló á la Reina la necesidad de cambiar pronto, muy pronto de política. La expulsion de las camarillas, el apartamiento de la persona de Marfori, que tenia sobre la Reina excesiva influencia; la caida de Gonzalez Brabo y de todo el partido moderado; la amplísima amnistía á los innumerables proscriptos; la vuelta de los deportados; la renuncia á las conexiones y á las influencias teocráticas; el llamamiento del partido conservador y de los antiguos progresistas al poder; la reforma de las instituciones vigentes en sentido más progresivo fueron los medios, mas que propuestos, exigidos por la Infanta á la Reina,

para conjurar la terrible tormenta que amenazaba al trono. La Reina que durante dos años se habia visto completamente libre de toda oposicion, parecia muy contrariada de que su hermana escogiese aquellos dias tan solemnes para dirigirle indicaciones tan graves. Deseosa, sin embargo, de que el disentimiento entre las dos no fuese una riña entre hermanas, le respondió que la política propuesta se habia seguido en tiempos de O'Donnell, sin que diera ningun resultado, á pesar de haber hecho el sacrificio de reconocer el reino de Italia, y la grave innovacion de rebajar á la mitad el censo, despues de devolverle á la cátedra su independencia y al periodismo su libertad.—«Desengáñate, dijo la Reina á su hermana, en la situacion exaltadísima en que se ha colocado el partido popular solo se satisface con el destronamiento de la dinastía.»—«Cuyos derechos y cuyo poder está comprometiendo la política de tus ministros, añadió la Infanta. Así no extrañarás que si tú y los tuyos llegais á la imposibilidad de sostener esos derechos, y de conservar ese po-

[redacted]

[illegible] de la familia que [illegible] personifiquen [illegible] te for- [illegible] que yo me [illegible] despensa.»

[illegible] de familia [illegible] Isabel con su [illegible] Las gentes que [illegible] vistoso y alegre [illegible] sus ca- [illegible] Desde el [illegible] apercibida la [illegible] en la carrera [illegible] sus salones y recibir a sus [illegible] Los balcones se [illegible] y de hermosí- [illegible] graciosas cabezas, orna- das de cintas, gasas, blondas, parecen pinta- das flores brotando en prados de mil varios matices: las calles se llenan de gentes curio- sas, risueñas, que han tomado aquel pretexto para añadir un dia de fiesta más al largo ca- lendario de nuestros ócios; las tropas, con sus variados uniformes, discurren de aqui

para allí; precedidas de sus respectivas músicas que envian á los aires marciales armonías, á cuyos ecos siente cada español hervir en su seno el génio militar propio de su raza; por un lado nuestra infantería compuesta casi siempre de los mejores regimientos en la capital; por otro lado la caballería, sonando su severa marcha en sus ágrios trompetas; ya ruedan los cañones con estrépito sobre los desiguales adoquines, ya caracolea el caballo de un jefe de Estado Mayor, que lleva y trae órdenes, dando al viento las celestes plumas de su bordado sombrero, ya pasa un general con el pecho cargado de cruces, y seguido de una cohorte de jóvenes ayudantes, que saludan y sonrien á todos los balcones; las salvas de cañon y el repique general de campanas aumentan la algazara y el estrépito; los palafreneros vienen montados en soberbios alazanes y vestidos de áureas casacas y cubiertos de grandes galoneados tricornios que rematan franjas, semejantes á ténue plumaje de seda carmesí; en pos siguen los grandes coches, varios por sus formas y respetables

[illegible]

[illegible] su cuerpo los brillantes arneses; y en los coches los gentiles-hombres, las damas de honor, los infantes de España, segun su respectiva categoría, por último la Reina, bajo los dos mundos y la corona real, con manto bordado, con traje de incomparable riqueza, cuajado el pecho de pedrería y ceñida la cabeza con su diadema de brillantes. Para ir desde Palacio á Atocha, donde el matrimonio se celebraba, y la misa de relaciones se decia fué necesario atravesar todo Madrid, sus calles principales llenas, henchidas de gentes. Carrera de amargura aquella última procesion oficial, carrera de amargura. Pasaba [...]adre silencio, pasaba su hija silencio

profundo, pasaba ella misma silencio profundísimo. Algunos se calaban el sombrero con afectada irreverencia. Y hubo quien se atrevió á gritar señalando el cortejo: esta será la última vez. Y cuando los coches en que iban los duques de Montpensier pasaban, era de ver cómo se descubrian y se inclinaban todas las frentes, cómo se daban frenéticos vivas, cómo se hacian ruidosas manifestaciones que contrastaban tristemente con el amenazador silencio opuesto al paso de los reyes. La vuelta á Palacio se señaló todavía por mayores ovaciones á los príncipes y mayores irreverencias á los reyes. La Reina Isabel vió en sus hermanos unos conspiradores; y sus hermanos vieron en aquella manifestacion el anuncio de que la corona, próxima á ser arrancada por el huracan de las sienes de la Reina, iria á posarse sobre sus sienes. Al entrar en Palacio comprendieron los duques de Montpensier su incompatibilidad absoluta con los reyes de España.

¡Qué elemento de perdicion para la dinastía habian traido los moderados á España con

al matrimonio de la Infanta! Guizot, como buen profesor de historia, trataba de que el modesto Luis Felipe resucitase la política continental del orgulloso Luis XIV. Casar á la Reina con uno de sus príncipes, ó en defecto de la Reina, á la Infanta, era como decir al mundo que el Occidente europeo pertenecia á los Orleanes, y que esta familia no acababa de ser consagrada con el barro sangriento recogido al pié de las barricadas sinó con el óleo santo de la tradicion y de la historia. El partido progresista miró más que los orgullosos moderados por la dinastía de Borbon, oponiéndose á que se trasladara en España un vástago de la dinastía de Orleans. El espíritu del tratado de Utrech, una de las bases del moderno derecho internacional, era que jamás pudiesen recaer las dos coronas de Francia y España en una sola persona. Y el matrimonio de la heredera del trono de España con un príncipe de la casa reinante en Francia contrariaba el espíritu del tratado de Utrech. El interés político de Inglaterra estaba en que no pudieran repetirse los pac-

tos de familia entre las dos coronas de aquende y allende el Pirineo, que le habian costado cruentísimas guerras y la pérdida de sus principales colonias en América. Y el matrimonio de la Infanta con el duque de Montpensier amenazaba con nuevos pactos de familia. Y se oponia Inglaterra. Pero Cristina y Luis Felipe, Guizot y Narvaez habian pactado el matrimonio; y era necesario cumplir el pacto á toda costa. Cuando los oradores progresistas decian que se iba á romper el tratado de Utrech, contestaban los moderados: no hableis de eso, ya lo rompió Alberoni. ¿Sereis vosotros ménos españoles que un italiano; y ménos valientes que un cardenal? Y sin embargo, Pastor Diaz, triste, melancólicamente replicaba con estas elocuentísimas palabras; jamás arrancareis á mi conciencia un voto aprobativo á ese matrimonio; yo no quiero que mi patria sea la Polonia del Mediodía. Pero el mal mayor se lo infirieron recíprocamente las dos dinastías. Se lo infirió en sus relaciones exteriores Luis Felipe, porque desde aquel dia, una potencia tan conserva-

[redacted]

[illegible] Inglaterra, cuya amistad era de [illegible] por su [illegible] interés por [illegible], y por [illegible] una [illegible]. Se le [illegible] mayor á los que [illegible], porque aquel rey [illegible] de [illegible]nales, republicano de [illegible] y de compromisos, representante de las clases medias, rey ungido, no en Reims, sino en el Hotel de Ville; Rey adorado, no en el templo, sino en la Bolsa; Rey que había [illegible] su altar; Rey que tenía por [illegible] la clase media y por [illegible] de su ejército la Guardia nacional; aquel Rey aparecía de súbito, como aspirante á los vastos imperios, á las grandes conquistas, á la presidencia de feudos continentales, á las complicaciones de la diplomacia y de la guerra, cual si el trono de carton dorado en que se asentaba, pudiera soportar un ídolo tan férreo, tan fuerte, tan duradero como la política de aquel á quien llamaran sus contemporáneos para encarecer la singularidad y brillo de su persona el Rey sol, que esclarecia y vivificaba al mundo. Y si todos

estos males habia inferido el matrimonio á la dinastía de Orleans en Francia, los habia inferido mayores aún á la dinastia de Borbon en España. Príncipes secundones, enriquecidos por sus padres para que se consolasen de la falta de un trono; y avaros ambiciosos al mismo tiempo, habian pasado los Orleanes su vida conspirando contra la rama primera de su familia; Gaston de Orleans contra el humilde Luis XIII; Felipe de Orleans, contra el soberbio Luis XIV; el Regente, contra el triste Felipe V; el revolucionario Luis Felipe Igualdad, contra el pobre Luis XVI; y el hijo de Felipe Igualdad, contra el fanático Cárlos X, concluyendo por mandar á su hijo menor á que conspirase contra los Borbones de España; ministerio que cumplió como los antiguos protagonistas de las trajedias griegas cumplian fatalmente su destino, devolviendo los honores, los títulos, la hospitalidad, las riquezas que habia recibido del trono con una cooperacion decidida á las revoluciones que debian destrozarlo y hundirlo.

Las gentes impresionables que abundan en

[redacted]

todos los tiempos y en todos los pueblos veian ya al duque de Montpensier y á su familia en el trono. Yo nunca lo creí. La manifestacion célebre no fué de adhesion á los Duques, fué de protesta contra los Reyes. Madrid estaba disgustadísimo de su dinastía que en otro tiempo amó tanto, y aprovechaba cuantas ocasiones se le ofrecian de mostrarle su disgusto. Con motivo del casamiento de la princesa Isabel, van los duques de Montpensier á Madrid, asisten á la gran ceremonia, se presentan públicamente, precediendo á la Reina. Manera que Madrid tiene de manifestar su disgusto: silencio profundo y amenazador cuando pasan los Reyes, gritos y aclamaciones cuando pasan los duques de Montpensier. En Europa habia muchos periódicos orleanistas que creian posible la realizacion de sus cánones capitales: restauracion del reinado de las clases medias, retroceso al censo electoral, ministros responsables y Reyes inviolables, parlamentarismo oligárquico, y vinculacion de todas estas vejeces en la familia de Orleans. Y natural-

mente presentaban como candidato único al trono de España el duque de Montpensier, uno de los ídolos que adoran los viejos Contiquiers de París, los que se enternecen recordando los bailes de las Tullerías, las revistas de la Guardia nacional, y el rey ciudadano bajo su histórico paraguas. Como en el palacio de Madrid habitaban entonces tantos remordimientos, cohabitaban con los remordimientos las alarmas. Y en cada príncipe veian los Reyes un pretendiente, ignorando que el temible, el único temible era el pretendiente, que reclamaba no una corona, sino su dignidad, su derecho, y que ese pretendiente es eterno, es inmortal, es invencible, porque ese pretendiente es la nacion, es el pueblo.

Pero habia una razon para que el gobierno temiese al duque de Montpensier y era el antiguo compadrazgo entre Gonzalez Brabo y el duque de Montpensier contra el gobierno y contra la dinastía bajo el nombre de O'Donnell. Corria el año de 1863. La revolucion acababa de triunfar en Italia. Los Borbones habian cai-

[redacted]

do en Nápoles y en Parma; sus próximos parientes en Módena y Toscana. La Reina Isabel, aunque teniendo en el poder á la union liberal, forzábala á una política reaccionaria. Gonzalez Brabo se hallaba en la oposicion y volvia á sus antiguas mañas de tribuno pronunciando ardientes discursos liberales, casi democráticos. Inquieto, perturbador, no se contentaba con las palabras, necesitaba la accion, necesitaba la lucha, necesitaba la guerra para ejercitar su febril actividad, y colmar su desmedida ambicion. En tal estado pensó mil veces en el destronamiento de la dinastía reinante, y en su reemplazo por otra dinastía liberal. Se dirige pues al duque de Montpensier, le habla, le persuade, le compromete. Vuelve á Madrid, trama en los regimientos atrevidas conjuraciones, busca caudillos liberales, y si la revolucion no estalló á la verdad no fué culpa de los que la tramaron sino del gobierno que la deshizo. Ministro omnipotente, acordábase Gonzalez Brabo de su camarada de entonces, y le castigaba porque le conocia. ¡Y cómo le acosaba! Sabia cuán ami-

go era el duque de sus comodidades y le mandaba para que se trasladara de Sevilla á Lisboa un barco desmantelado; sabia cuán avaro era de sus sueldos y anunciaba en los periódicos oficiosos que iba á renunciarlos; sabia que no le era dado ir á ninguno de los paises meridionales, únicos que probaban á su esposa que Francia le estaba vedada por las leyes é Italia por altas conveniencias políticas, y trabajaba para que le expulsaran tambien de Portugal; sabia que la política orleanista era contraria á la política prusiana é insinuaba en los consejos del Emperador que Montpensier se habia confabulado con Bismark para aplastar á Francia. Son terribles las régias venganzas.

De todos modos era nuevo y era extraño ver á la hermana de la Reina, á la compañera de los peores dias, á la más distinguida de todas las princesas de la real familia, arrancada á su tranquilo y hermoso hogar de las orillas del Guadalquivir; proscripta como el último de los demagogos, acusada públicamente de conspirar contra el jefe de su familia, contra

[illegible] las sol[illegible]es. Y [illegible] con que la mayoría de las gentes recibe las impresiones del mundo [illegible] de la política, y de los hechos ma-[illegible] [illegible]urarse de sus antecedentes ni de

sus consecuencias, pasaba por cosa averiguada y decidida que el duque de Montpensier y su esposa eran los llamados á ocupar el trono de España. Yo recuerdo ahora vivamente que á principios de Julio de 1868, cuando los mensajes y los mensajeros menudeaban entre Madrid y Lóndres, parándose naturalmente para evacuar alguna diligencia ó para tomar algun descanso en París, uno de los más adictos á la causa de la revolucion y á la persona del duque de Montpensier, vino á visitarme en mi retiro de Passy y á decirme con seguridad la nueva dinastía llamada por el concurso de todas las circunstancias á reemplazar la dinastía expirante. Yo puedo repetir lo que entonces dije, porque lo mandé á los periódicos de América y lo guardo cuidadosamente. «Indudable es que los duques de Montpensier han prestado servicios á la revolucion. Hablar con la nobilísima franqueza con que ellos han hablado; decidirse por los condenados y los proscriptos como ellos se han decidido; llevar el eco de nuestras quejas al seno de la cámara régia y es-

[redacted]

cribir las fórmulas de nuestra protesta en el dintel mismo del trono, esfuerzos y servicios significan que deben ser de nosotros todos profundamente agradecidos. Pero no nos equivoquemos. Yo he visto aquí por necesidad uno de los príncipes de la casa de Borbon, mucho ménos importante y mucho más exaltado que los duques de Montpensier; y al verlo maldecir de la dinastía á que pertenece, trabajar por derribarla, héme visto por impulsos de mi honrada conciencia obligado á decirle que no trabajara tanto por su propia ruina, pues con doña Isabel II caerian á una para no volver á levantarse todos los Borbones con todas sus diversas ramas. Y lo que en su cara he dicho al Infante don Enrique debo repetirlo á un amigo del duque de Montpensier para que lo comunique á los ilustres príncipes. Yo tiendo los ojos por toda Europa, yo no veo ningun candidato, ninguno tan imposible como el duque de Montpensier. No juzguemos de las revoluciones y de su exaltacion por la frialdad y la indiferencia de hoy. El agua que brota en los ma-

nantiales á igual temperatura parece fria en verano y caliente en invierno, á causa de los diversos estados del aire. La calurosa manifestacion hecha á los príncipes en la glacial temperatura de nuestros reaccionarios dias corrientes ha de ser oposicion terrible, implacable mañana en los ardorosísimos y tempestuosos dias de una revolucion. El partido progresista se exaltará como siempre se ha exaltado en circunstancias análogas; tendrá un poderoso y decisivo influjo por algun tiempo, á causa de ser el partido de más tradiciones revolucionarias; y es enemigo acérrimo, irreconciliable de la casa de Orleans, que emplea cuantos medios tuvo á su arbitrio en la época de su gran poder para derribarlo y destruirlo. En un imperio absoluto debeis contar con el monarca principalmente; en una monarquía constitucional bien organizada con el gobierno; pero en una revolucion, y sobre todo en una revolucion española debeis contar principalmente con el pueblo. Inaugura nuestras revoluciones el ejército, y van donde quiere el pueblo. Y en el pueblo

[redacted]

[illegible] amontona- [illegible] la Independencia. [illegible] francés. Y en [illegible] presente, los héroes [illegible] mártires del 2 de [illegible] de la Lealtad. [illegible] a destruir [illegible] ese trono. [illegible] revolucion [illegible] desde los [illegible] concebida. [illegible] los fantas- [illegible] se apartaban [illegible] hermosa Pe- [illegible] esta revolucion [illegible] esta revolucion [illegible] las ideas des- [illegible] mas viva contra [illegible] no puede [illegible] sino al conju- [illegible] los Borbones. [illegible] Antonio de [illegible] Luisa de Borbon y [illegible] acompañados de sus hijos, cuatro

veces del apellido de Borbon, representarán dificilísimo papel en una revolucion, cuyos gritos serán por fuerza: abajo la dinastía, abajo los Borbones. Los mismos servicios prestados á nuestra revolucion de ahora les opondrán obstáculos insuperables para subir al trono en las soluciones venideras. Napoleon decia con buen consejo que la revolucion francesa no tomó el camino de la revolucion británica, no se empeñó en aliar la monarquía con las nuevas instituciones, con la democracia naciente, por ser incapaz de todo esto la vieja dinastía y carecer de otra nueva y que careció de otra nueva por culpa de los duques de Orleans. Y en efecto, no carecia el representante de esta familia el célebre Felipe Igualdad, de algunas dotes. Su adhesion á los principios revolucionarios era incondicional, su amistad con los hombres de las nuevas ideas completa, su talento claro, su habilidad grande, sus servicios muchos; y sin embargo, nulo su poder para levantar en aquella deshecha tempestad un trono á su familia, trono que hubiera podido

servir de puente al paso desde una orilla á otra del río de los tiempos como de dique para contener las invasiones excesivas de la democracia en bien quizás de la misma democracia. Pero la impopularidad del duque de Orleans excedía á todo, porque nadie le perdonaba, ni los mismos revolucionarios, sus maquinaciones contra la propia familia, contra sus próximos parientes los Borbones. Era la noche en que la muerte de Luis XVI se votaba en la Convencion. Hoy no podemos comprender la irritacion que reinaba entonces contra los reyes. El martirio es un crisol que purifica de muchas manchas, y Luis XVI y María Antonietta se presentan á nuestra vista en tal manera circuidos de luz, con sus aureolas de mártires en la frente, que no osamos decirles todos los acerbos juicios formados por la imparcial historia sobre sus personas y sobre sus actos. Pero habia razones fundadísimas para la grande irritacion que reinaba contra la institucion monárquica y contra la vieja dinastía. Si la miseria del pueb[illegible]norancia, los límites arbitrarios se-

ñalados á la actividad de su trabajo, la venta de oficios, la amortizacion del suelo estéril, la esclavitud de la conciencia muda, las correas que era necesario pagar á los nobles, los diezmos á la iglesia, las guerras sin motivo y sin escusa condenaban la institucion monárquica; la estrechez de ánimo del Rey, la soberbia y la ligereza de la Reina, su desconocimiento del estado de los reinos y del progreso de las ideas, su implacable saña contra el pueblo, su resistencia ciega á todas las reformas, su apoyo á un clero que embrutecia á los hombres, su culto á una nobleza reaccionaria que conspiraba contra todas las libertades, el alimento dado desde palacio á la guerra civil que desgarraba las entrañas de Francia, las esperanzas á los emigrados que mendigaban por do quier bayonetas para asestarlas al corazon de su patria, la imprudentísima fuga para ir á ponerse al frente de los ejércitos extranjeros, la intervencion pedida, reclamada, impuesta por ellos mismos, intervencion que inmolaba tantos franceses y amenazaba con destruir la

[redacted]

nacionalidad y desmembrar su sacro suelo: todas estas faltas, todos estos errores, todos estos crímenes explican el vértigo que se habia apoderado de las conciencias más serenas, y el ódio en que habian caido hasta los corazones más generosos contra aquellos desdichados monarcas. Así, cuando en la hora de decretar el supremo castigo, algunos diputados votaban por la vida eran silbados, insultados, conspuidos, en tanto que eran aclamados los diputados favorables á la aplicacion rigorosa é inmediata de la pena de muerte por aquellas muchedumbres, ébrias de exaltadísima cólera. Sin embargo, un diputado de la Convencion, un príncipe de la sangre, un nieto de Luis XIV, uno de los Borbones, deja su asiento, pasa entre los convencionales, sube á la tribuna solemnemente acompañado de sepulcral silencio, seguido de todas las miradas, que quisieran escudriñar cómo iba á votar en tan extremo trance aquel hombre, ligado por tantos lazos de la naturaleza, de la sociedad y de la historia con el régio reo. Y el duque de Orleans, erguida

la frente, serenos los ojos, entera la voz, firme el acento, mirando al pueblo de las tribunas, como si reclamara la tempestuosa nube de vítores homicidas y de rabiosos aplausos, arrojada como alfombra triunfal á los pies de los diputados más implacables, vota secamente por la muerte, y por la muerte inmediata. Un grito de reprobacion, de horror, escápado de todos aquellos pechos, siguió al abominable voto, porque la voz de la naturaleza humana apagaba hasta en aquellas conciencias terroristas el estampido de la pasion política. Estaba visto, un hombre que heria así las más secretas fibras del corazon, no podia reinar jamás en los corazones franceses. Creedlo, y si llego á las Córtes, lo repetiré como ahora lo digo, creedlo; no puede impunemente herir ningun mortal, por elevado que sea, los sentimientos más arraigados en nuestro sér. Y los españoles, sobre todo los liberales de la guerra civil, monumentos vivos de nuestras titánicas luchas con el mónstruo llamado absolutismo, no comprenderán jamás cómo aquellas dos niñas,

hijas de la misma madre, nacidas bajo el mismo techo que aparecian juntas en la cuna y en el trono, que con sus sonrisas de ángeles los fortificaban para la pelea y con sus inocentes manos los bendecian despues del combate; iris de paz en medio de las trombas de lágrimas y sangre, cómo aquellas dos niñas cayeran tan bajo, se degradaran tan profundamente que la una fuese capaz de levantarse, furiosa de ambicion y de envidia, como la esposa de Macbeth, para ahogar ó para destronar á la otra: eso es incomprensible á nuestra inteligencia y repugnante corazon de nuestro pueblo. No pidais, pues, que premie con una corona actos que en su concepto solo merecen un castigo.»

De cualquier manera la revolucion estaba completa y definitivamente consumada. Cuatro grandes intentos se habian malogrado y perdido: 1.° la sublevacion militar de Prim; 2.° la sublevacion semi-popular y semi-militar del 22 de Junio en Madrid; 3.°, los levantamientos populares de Granada, Barcelona y otros pueblos; 4.°, el envío de los generales

y de los jefes emigrados allende la frontera, que si bien suscitó algunos movimientos, reunió algunas gentes, levantando partidas en Cataluña y componiendo en la republicana provincia de Huesca huestes que llegaron á dar una batalla, donde murió el capitan general de Aragon, deshízose al cabo como ardiente y pasajera tempestad de verano. Se necesitaba un concurso mayor de voluntades, una conjuncion más de ideas, una suma de fuerzas para intentar con arrojo y conseguir con éxito verdadera revolucion. Con motivo de las maniobras de los duques de Montpensier, fueron segunda vez deportados los generales más influyentes de la union liberal y perseguidos los hombres civiles más importantes. Esta conducta de la córte trajo, como era natural, un pacto entre todos los partidos liberales, entre los emigrados progresistas que capitaneaba el general Prim, los perseguidos conservadores que capitaneaba el general Serrano, y los errantes jefes de la democracia que ora se ocultaban, ora reaparecian en Madrid. Las bases fundamentales

de este pacto fueron dos: primera, destitucion de la dinastía; segunda, llamamiento de Córtes Constituyentes. Un dia *La Iberia*, órgano de los progresistas, anunció de la manera más solemne y en las frases más exaltadas que la inteligencia entre las diversas fracciones del gran partido liberal podia darse por resuelta, su programa por redactado, y por irrevocables sus resoluciones. Semejante anuncio no hizo más que exacerbar la cólera de la córte y agravar las tribulaciones de los perseguidos. Los gobernantes buscaron á porfía medios de resistencia. Pero la muerte del general Narvaez vino á quitar nervio á los partidos conservadores y fuerza á la dinastía. Los que veian más claro desde las alturas del poder la nube que avanzaba por el horizonte, inquietos, desasosegados, presintiendo dias de adversidad y de duelo, aconsejaban que se cambiara el ministerio Gonzalez Brabo por un ministerio Concha, resuelto á una política de tolerancia, la cual trajera los partidos liberales á la legalidad y evitara el estallido de la revolucion. La Reina habia convenido casi

en estas soluciones, pero con la natural indolencia española dejábalas para el otoño, sin considerar que siempre resultó entre nosotros el verano como estacion propicia, tanto á las tempestades materiales cuanto á las tempestades políticas. Despues de los baños de mar queria modificar la situacion, cuando despues de los baños de mar todo estaria absolutamente perdido. Gonzalez Brabo, deseoso de conservar su disputado poder, sostenia las esperanzas de la Reina en el proyecto fantástico de una alianza estrecha con la familia de Bonaparte, sin aliados en el mundo, sin amigos, corriendo por derroteros más ensangrentados y por aventuras más tristes aún al mismo definitivo ocaso que la familia de Borbon, pues la estrella de las monarquías se eclipsaba en el cielo, porque la religion de las monarquías se apagaba en la conciencia. España, notadlo bien, tiene súbitos despertamientos, magnéticas influencias en las épocas decisivas de la historia. Ella detuvo á principios del siglo décimotercio la invasion africana en Europa y

llevó á fines del siglo décimoquinto el espíritu europeo á la misteriosa América. Ella evitó en Lepanto la invasion del Asia, con que nos amenazaban las poderosas escuadras turcas. Ella con Francia inició en el Norte el derecho de América á la independencia que debia combatir pocos años despues por ineludible fatalidad política. Ella enseñó con su formidable guerra de la independencia á vencer la táctica hasta entonces invencible del génio de la conquista. Si en aquel momento, cuando el dia de las pavorosas soluciones se acercaba, cuando la guerra tronaba, cuando los combatientes se apercibian, cuando Italia vacilaba en la incertidumbre, alzábase España saltando en medio de tantos déspotas como se creian seguros en sus tronos y autorizados para intentarlo todo, el génio de la revolucion republicana, era seguro que muchos cálculos de la diplomacia se desbaratarian, muchos pueblos muertos se alzarian de sus sepulcros, y muchos verdugos con corona caerian de sus eminentes cadalsos llamados tronos, donde guillotinan la justicia y desan-

[redacted]

gran á la humanidad para que se debilite y no tenga las fuerzas necesarias á recobrar sus derechos. Por de pronto una rovolucion española muy radical, muy vigorosa, obligaba á Napoleon á guarnecer su frontera de Occidente. Y con un ejército de observacion necesario al Mediodía, con otro cuerpo de ejército en Roma, no podria intentar de ninguna suerte la guerra con Prusia. Despues nosotros apoyariamos con todas nuestras fuerzas, con el derecho que nos daba nuestro título de potencia meridional y potencia mediterránea, la evacuacion de Roma por el ejército francés. Esta actitud de España, de un pueblo contado entre los pueblos reaccionarios, y por consecuencia, entre los pueblos muertos, cambiaria completamente la gravitacion de la política europea.

Ignoro cuál de las dos la queria; mas indudablemente se trata de una alianza entre los Borbones de España y los Bonapartes. Las dos córtes creian tener los mismos enemigos que combatir: el orleanismo y el republicanismo. Habia entre ambas familias

[redacted]

[illegible] de sangre. In- [illegible] de historia. In- [illegible] mas vencibles por [illegible] la presencia de un [illegible] Borbones que la amistad [illegible] á los [illegible] la amistad de los Borbones. [illegible] de la historia han sido [illegible] y por lo [illegible] Godoy cre- [illegible] Cárlos IV [illegible] dolo [illegible] Napoleon I. Tal vez creia [illegible] de Isabel II [illegible] ya de [illegible] lo cierto es que la Reina fué á San Sebastian y el emperador Napoleon á Biarritz, y que allí convinieron en el dia y hora de una entrevista que debia celebrarse bajo nuestra bandera, en nuestro territorio. Ya estaba todo preparado, convenido el cere- monial, señalado el camino, arreglado el pa-

lacio de San Sebastian, anunciadas las tropas que debian concurrir á la carrera, convenidos dia y hora, encargados los festejos, cuando de pronto anuncia el telégrafo que la escuadra española se ha sublevado en Cádiz, la escuadra que jamás participó de nuestras revoluciones. La alianza proyectada no habia hecho más que atraer sobre el trono con mayor celeridad el rayo de tremendo, irremisible castigo. La sorpresa en palacio fué grande, la pena mayor, la extrañeza extraordinaria: todo lo temian ménos que la marina se sublevase. La entrevista se suspendió sin que el Emperador dejara de comprender el mal que le habia traido y la situacion por extremo ridícula en que le habia puesto, proyectar una alianza y una entrevista con Reina cuyo trono estaba materialmente en el suelo.

Bien urdida fué aquella conspiracion. El cuerpo de la marina real, como se decia entonces, participaba de las ideas más liberales por su larga ilustrada carrera, por sus numerosos viajes, por el trato con gentes de todas

las zonas que abré el espíritu á la visita de todas las ideas, por el espectáculo diario de los pueblos republicanos asentados en las riberas del Nuevo Mundo; por el mar, cuyos horizontes infinitos, cuya luz reverberada por las aguas, cuyas olas ceñidas de espumas, cuyas tormentas y tempestades, cuya vida, en fin, se asemeja mucho á la vida agitada y sublime de la libertad. Difícilmente podia ver un cuerpo así esclava la pátria sin decidirse á redimirla. Contribuyó mucho á que la marina tomara aquella gran resolucion, el influjo poderosísimo, casi incontrastable del duque de Montpensier. Un vapor fletado en los puertos españoles se dirigió á Canarias y pudo recoger al general Serrano con todos sus compañeros de destierro, excepto Dulce, á quien grave dólencia retenia postrado en la isla. Otro buque, fletado en Inglaterra, traia á Prim de Lóndres á Gibraltar, de Gibraltar á la bahía de Cádiz. Malcampo aportó otro gran buque á la insurreccion. Y el viento que arrulló la bandera, donde estaban escritos nuestros derechos, arrancó la corona á las

sienes del último representante de la monarquía tradicional, y tronchó el trono, aquella poderosa encina de quince siglos, á cuya sombra se habia formado la nacionalidad española, pero por cuyas fibras no corria ya la sávia vivificadora de la idea.

La revolucion estaba materialmente comenzada, pero moralmente hecha. Era como un monton de pólvora al cual bastaba aplicar una chispa imperceptible para que saltara en explosion jigantesca. La ciudad de Cádiz abrió sus puertas á los marinos insurrectos, y la revolucion pasó á tierra firme, pisando el suelo sagrado, que bendecirán todas las generaciones, porque así como la gruta de Covadonga fué la cuna de la regeneracion de nuestra pátria, la bahía gaditana es la cuna en 1812 de la regeneracion de esa otra pátria del alma de la libertad. A Cádiz siguió bien pronto Sevilla. El capitan general de esta ciudad, Sr. Izquierdo, aportó al movimiento las fuerzas de la guarnicion, y la junta que allí se instalara le dió un alma porque le dió una ideal, proclamando los derechos natura-

les del hombre y resumiéndolos en el programa democrático. Málaga siguió el impulso, y sus milicianos improvisados, y sus tropas enardecidas por el espíritu revolucionario de aquella poblacion, corrieron al combate. Impacientáronse los alicantinos y sacudieron su opresion antes aun del tiempo convenido, prematuro esfuerzo que les trajo grande, pero honrosa derrota; holocausto sublime, siquier fuese innecesario, ofrecido en los altares de la libertad. Pero en Santander la batalla fué horrible, la jornada sangrienta, las barricadas defendidas con heroismo y atacadas con empuje; cuerpo á cuerpo, de calle en calle, sostenian aquellos ciudadanos la libertad; castigados bárbaramente por sus crueles enemigos, que llenaron con nuevos mártires el calendario de nuestros progresos. Alcoy se sublevó tambien, y tambien presenció sangrientas luchas. Pero el pueblo de Béjar puso más alta que ningun otro la bandera de nuestros derechos, por el arrojo con que supo enarbolarla y el empeño con que supo defenderla, hasta elevar su revolucion á una especie de

guerra en las calles, guerra concluida con memorable victoria.

¿Cómo se defendia la córte que tanto nos provocara? Tarde, muy tarde conoció Gonzalez Brabo la necesidad de cambiar la política y poner al frente del gobierno un general de inteligencia y de empuge. Presentada su dimision sin que precaviera el desastre, ni empleara ningun recurso para evitarlo, dejó al general D. José de la Concha, hombre de ánimo sereno y clara inteligencia, el trabajo verdaderamente imposible de contrastarla y de vencerla. Concha recogió todos los poderes, tomó el camino de Madrid despues de haber jurado su cargo en manos de la Reina, llegó entre el estupor de unos y las amenazas de otros y la agitacion de todos á la córte, comprendió lo grave del peligro y lo difícil del remedio, nombró á su ilustre hermano general de las fuerzas de las dos Castillas, á Pezuela general de las fuerzas de Aragon y Cataluña, y al marqués de Novaliches le encomendó la persecucion de los sublevados en la ya completamente emancipada Andalucía.

[redacted]

Los sublevados á su vez congregaron todo el ejército de Andalucía y todas las milicias que [illegible] las juntas bajo la bandera revolucionaria, y al mando de Serrano, expidieron una parte de la escuadra con Prim á su cabeza á que fuese á levantar Valencia y Cataluña.

No hubo remedio. Muy numeroso, muy disciplinado, quizá muy entusiasta era el ejército que mandaba el marqués de Novaliches. Saña rebosaba seguramente puesto que sacrificó á uno de los emisarios de la revolucion, al valeroso y desgraciado Ballino. El ilustre poeta Ayala que llevaba una caballeresca y elocuente carta de Serrano, en la cual les pintaba el estado de Andalucía, el movimiento amenazador en toda España, la seguridad del triunfo de la revolucion y les invitaba á unir sus armas para salvar la libertad, no logró persuadirlos. Y la batalla se empeñó con furia, se prosiguió con heroismo, se ensangrentó con encarnizamiento y terminó por una expléndida victoria de la revolucion. Y compuertas de la resistencia desgajadas,

el torrente revolucionario se precipitó con ímpetu por todas partes. Y el manifiesto de Cádiz trazaba con severa palabra el cuadro de nuestros males, la clemencia muda, la prensa rota, las conquistas de la libertad malogradas, los pueblos siervos; la enseñanza perdida, las crísis resolviéndose por motivos que no podrán decirse en el santuario del hogar; volviendo por la honra nacional, y asegurando á la nacion soberana de sí misma las revoluciones supremas en Córtes Constituyentes congregadas por sufragio universal, de sus futuros destinos que para siempre se apartaban de la vieja dinastía, y se confundian para siempre con la libertad y con la democracia.

Aun pudo resistir el Conde de Cheste en Cataluña, puesto que tenia de quince á diez y ocho mil hombres; pero conoció que era inútil, y se marchó dejando la poblacion entregada á una junta compuesta de representantes de todo el partido liberal. Aun pudo resistir el general Concha en Madrid, puesto que la guarnicion le era fiel, pero Madrid estaba

[redacted]

todo entero por la democracia y por la libertad. No tenia remedio. La noticia de la victoria de Alcolea se difunde por toda la antigua córte, los grupos salen á la calle, los gritos de abajo la dinastía resuenan en los aires; algunos hombres audaces suben por los balcones al ministerio de la Gobernacion y á la casa de Ayuntamiento, llamando á grandes voces á la reunion de la Junta; otros van al Parque y arman como por encanto al pueblo; los rótulos donde estaban escritos títulos ó grabados blasones de la casa real desaparecen; las coronas caen á redoblados martillazos; fórmulas expresivas del horror que causaban los Borbones, aparecen por toda la poblacion; las tropas, que fraternizan con el pueblo, se arrancan de los uniformes las cifras del nombre de la Reina; loco entusiasmo se apodera de todos los corazones; repican las campanas echadas al vuelo, suenan las músicas recorriendo las calles; los balcones se ornan por el dia de colgaduras, y por la noche de iluminarias; oradores populares convierten las esquinas en tribunas donde resplandecen to-

da suerte de ideas; las nuevas juntas se instalan y á su vez instalan el gobierno; y todo muestra la alegría embriagadora de un pueblo que ha roto su triste sudario y ha vuelto radiente á recobrar la libertad y la vida.

La Reina Isabel, que habia tenido tantos cortesanos, tuvo en verdad, pocos defensores. Sola, aislada, recibiendo noticias cada vez más adversas, no encontraba en su mente medio alguno de salvar el trono de su raza y la herencia de su hijo. En 1854, una proclama lanzada á tiempo, cuando las balas del pueblo llegaban á los patios del palacio; una confesion pública de antiguos errores y algunas palabras sobre propósitos firmes de contricion y arrepentimiento; una súplica al general Espartero, cuyo nombre aplacó el oleaje de las pasiones revolucionarias; una convocacion de Córtes Constituyentes bajo la égida del partido progresita, pudieron salvarla; pero en 1868 todos estos expedientes aparecian como gastados é inútiles, todos los más populares personajes como impotentes para salvar el prestigio de una dinastía en la concien-

[redacted]

[illegible] y ni si-
[illegible] recurso de una
[illegible] público queria
[illegible]. La Reina man-
[illegible] á Napoleon III. para referirle
[illegible] penas y demandarle algun
[illegible] La Emperatriz se interesó mucho por
[illegible] que en dia fuera su señora, y
[illegible] para que el Emperador
[illegible] partido. pero con
[illegible] y sábia inspiracion política,
[illegible] amente aleccionado por la
[illegible] M[illegible], respondió á las obsesiones
de su esposa que por maneras indirectas
[illegible] ya se podia hacer de eficaz, de pronto,
y por medios directos, por una intervencion,
Europa entera se sublevaria contra él, y Francia recordaria los desastres del primer Imperio, provinientes de haberse mezclado en las querellas de los reyes y en las revoluciones de los pueblos de España. La Reina volvió los ojos á los diputados vascos y les rogó que hicieran por su trono vacilante los mismos prodigios que habian hecho contra su

trono naciente. Los vascos, bien inspirados entonces, le recordaron que el trono de Doña Isabel II, no habia sido nunca popular en aquellas montañas, y le dijeron que su deber estaba reducido á seguir y aceptar el gobierno de la península mientras no tocase á sus sagrados y venerandos fueros. Entre tantos generales como habia nombrado, ninguno sacaba la espada para defenderla más que los oficialmente llamados cumplidores sin fé ni entusiasmo de un deber oficial; entre tantos repúblicos como habia engrandecido, ninguno apareció capaz de esfuerzos y de sacrificios; entre tantos cortesanos como la habian rodeado, ninguno alzó la voz en su favor cuando tantas injurias llovian sobre su persona y sobre su nombre: la defeccion fué general, y la Reina se encontró sola frente á frente de sus innumerables víctimas, que incorporadas como por milagro de su servidumbre, le arrojaban al rostro los fragmentos de sus cadenas. A un amigo fiel, á un cortesano de la desgracia que la vió en aquellos momentos, le mostró para contestarle á la pregunta de

[redacted]

como andaban los sucesos, su palacio enteramente abandonado, sus salones desiertos, por los cuales solo se veian pasar los criados adscritos á la casa real, y solo se oian resonar los acompasados pasos de los centinelas.

Habia entregado los últimos restos de su poder en manos del general Concha; y el general Concha apenas podia nombrar un ministerio. El único político á quien consultó y nombró ministro fué al antiguo moderado Don Alejandro de Castro. Y D. Alejandro de Castro aceptó de manos de Concha un ministerio en aquella hora de la extrema agonía bajo la precisa condicion de que la Reina volviera inmediatamente desde San Sebastian á Madrid. Ruego á V. M., telegrafió el general Concha, que se ponga inmediatamente en camino para Madrid.» «Accediendo á tus deseos, respondio la Reina, vamos todos á Madrid.»—Vengan todos, añadió el general Concha, ménos el intendente de Palacio.» El Intendente de Palacio era el Sr. Marfori. Formóse la guardia, cubrieron [illegible] tropas la corta distancia que separaba el

alojamiento de la Reina de la estacion del ferro-carril, bajaron SS. MM. la escalera y subieron al coche seguidos de sus hijos, acompañados de algunas damas y gentiles-hombres, custodiados por el Cuerpo de Alabarderos; y cuando ya estaban en el wagon régio y la máquina se extremecia y silbaba como á los primeros impulsos del movimiento, nuevo telégrama llegado súbitamente revoca el consejo del viaje y obliga á toda la corte á encerrarse de nuevo desesperada en su postrer asilo, en el refugio de San Sebastian. Gruesas lágrimas caian gota á gota de los ojos de la Reina. El telégrama daba la noticia de la batalla de Alcolea.

Al dia siguiente un tren real se hallaba dispuesto en la estacion de San Sebastian; pero mirando hácia Francia. La Reina, vestida asaz vistosamente para lo grave del momento y lo trájico del caso, abandonaba con toda su familia el trono y el suelo español. Ninguno de los honores prestados á los reyes le faltó en aquella hora suprema. La guarnicion, aunque comprometida en el movimien-

[redacted]

to, no dió de ello ninguna señal por no desacatar á la Reina, por no ofender á la madre, por no amargar los últimos instantes de aquel largo reinado; la ciudad, aunque muy liberal, se abstuvo de todo genero de manifestaciones que no fueran las nacidas de solemne y sublime silencio: acompañó el ayuntamiento á la familia real hasta el límite de la poblacion, como si estuviera en el trono; acompañóla hasta los límites de la provincia, toda la diputacion; los soldados presentaron sus armas y las músicas entonaron la marcha real; estuvieron los alabarderos en su puesto, cual si se tratara de un paseo en vez de tratarse de un último y supremo viaje, parecido á la muerte, y que en realidad era la muerte de la monarquía. Las montañas Pirenáicas, bastiones y seguros del elemento conservador y tradicional en nuestra patria, vieron caer á impulsos de huracan abrasador, formado en las playas de Andalucía, conductores seguros de todos los progresos y de todas las ideas, una monarquía que desde los tiempos de Augusto, en que se fundó, conta-

ba veinte siglos, desde los tiempos de Ataulfo, en que se renovó, quince siglos, desde los tiempos de Pelayo en que se restauró, doce siglos, monarquía, no interrumpida ni un minuto en nuestra patria; ídolo monstruoso, inmenso gigante, que para caber en la tierra, habia necesidad de ensancharla; y que contaba al sol entre las joyas de su corona y al mar entre las esmeraldas de sus andalias.

Del otro lado del Pirineo aguardaban á los reyes de España, los emperadores de Francia heridos tambien por aquella catástrofe. El rostro impasible de Napoleon III estaba alterado, sus claros ojos germánicos de una infinita vaguedad, aparecian como henchidos de siniestros pensamientos. La emperatriz Eugenia no podia dominar su emocion y lloraba á sollozos por más que el Emperador la instaba para que se reprimiera. La reina Isabel se mostraba serena, sin duda por no darse bien cuenta de lo que le sucedia; y el rey alegre porque si se acababa su altísimo trono, tambien se acababa su larga esclavitud doméstica. Las niñas jugaban en la santa igno-

[redacted]

rancia de su inocencia. El príncipe Alfonso inmóvil, triste, como si comprendiera toda la trascendencia y toda la importancia de aquellos momentos, representaba bien por una inspiracion superior á su edad, la gran desgracia del principio monárquico, del principio hereditario, vinculado en su persona. El príncipe Imperial le tendió la mano solícito y le abrazó compasivo, sin presentir quizá, que bien pronto iba á caer tambien del trono en el destierro. Despúes de aquella corta entrevista en la estacion de Biarritz, el tren se perdió con rapidez dirigiéndose hácia Pau, es decir, hácia la cuna del fundador de la dinastía de los Borbones, cuyo último vástago reinante, por una coincidencia providencial encontraba en esa cuna el primer sepulcro de su autoridad y de su poder. Un tren lleno de emigrados se cruzó con el tren real y la Reina pudo oir en el seno de extranjero suelo el eco de la revolucion triunfante, los vivas á la libertad mezclados con maldiciones á su nombre. Al entrar los reyes destronados en el palacio del gran Enrique IV, si tenian con-

ciencia y memoria, pudieron oir una reconvencion amarga diciéndoles: No cayérais desde tan alto si guardárais el espíritu del fundador de vuestra familia, el génio de la filosofía, el culto á la libertad y la tolerancia religiosa.

¿Qué era la revolucion de Setiembre? Era en el fondo una revolucion republicana aunque fuera en el nombre solo una revolucion democrática. ¿Qué elementos habian hecho la revolucion? Dos elementos, las fuerzas y las ideas. ¿A qué partido pertenecian las ideas? Al partido republicano. ¿Y las fuerzas? Húbolas populares y militares. Y la mayor parte de las fuerzas populares pertenecian al partido avanzado como al partido conservador pertenecian sin duda la mayor parte de las fuerzas militares. Mas para cerrar este relato y para terminar este estudio conviene apuntar algunas reflexiones sobre el extraño fenómeno de que siendo en sus principios y en sus tendencias la revolucion de Setiembre una revolucion anti-monárquica, y por consecuencia una revolucion republicana no llegará hasta el fin

[redacted]

[illegible] proclamacion de la repúbli-
[illegible].

[illegible] español ha dudado de sí mis-
[illegible] en desaliento y mucho
[illegible] desesperacion. La palabra impo-
[illegible] de su diccionario. Sus
[illegible] son largas, pero no irremedia-
[illegible] se le cree perdido para siempre
[illegible] y deslumbra á la tier-
[illegible] juzgado, al finalizar la
[illegible] destruido, pulverizado bajo
[illegible]. Pues se apercibia nada
[illegible] Europa y á descubrir
[illegible] destronado á fines
[illegible] en los claustros y
[illegible]. Y al poco tiempo volvia
[illegible] con su audacia en el mundo.
Napoleon pensaba que tendiendo la mano,
recogeria el cadaver de la nacion aniquilada.
Y se encontró con que le consumia la mano
el fuego de Bailen, de Zaragoza, de Gerona.
Todo hay que temerlo del pueblo español,
cuando el pueblo español se dá á las reaccio-
[illegible], pero todo hay que esperarlo del pueblo

español cuando el pueblo español se dá á la libertad y á la democracia.

No tenemos las tradiciones republicanas que tienen Italia y Francia. Nuestro pueblo, siempre guerreando, ha necesitado siempre un caudillo. A este caudillo no le bastaba con la espada del caballero para combatir; habia menester el cetro del monarca para imperar. No obstante este antiguo carácter monárquico, hay regiones que se han salvado de la monarquía, y que han sabido conservar su democracia y su república. Todavía existen allá en el Norte provincias de una autonomía y de una independencia que las asemejan á los cantones suizos. Los ciudadanos no dan tributos, ni dan á los reyes sangre. Su hogar es un templo cerrado á las invasiones de la autoridad como el hogar inglés, ó el hogar americano. Cada pueblo es una república regida por ayuntamientos que ha nombrado la universalidad de los vecinos al son de la campana. Cuando las épocas fijadas por los fueros llegan, los representantes de los pueblos reúnense á la sombra de los secu-

[redacted]

lares árboles de la libertad, y votan los impuestos, y redactan ó interpretan las leyes, y nombran nuevas autoridades, y residencian á las antiguas con la calma, con la mesura de un pueblo acostumbrado á dirigirse á sí mismo en medio de las tempestades de la libertad.

Y no sólo tenemos estos ejemplares vivos de democracia, sino que tenemos tambien tradiciones democráticas, tradiciones que debiéramos llamar republicanas. Nuestras Córtes de Castilla muchas veces llegaron á expulsar el estado eclesiástico y el estado aristocrático de sus sesiones. Nuestras Córtes de Aragon subieron á tanto poderío, que nombraron el gobierno de los reyes y obtuvieron dias fijos para sus reuniones. Navarra fué una especie de República más ó ménos aristocrática presidida por un rey más ó ménos respetado. Y los municipios castellanos son en la Edad Media verdaderas repúblicas democráticas. Todos los ciudadanos acuden al concejo; todos nombran los alcaldes, todos alternan en el jurado, todos cultivan los propios

en que se extingue la servidumbre del terruño, todos se arman en las milicias, todos tienen aseguradas las libertades indispensables á la vida, todos fundan la Hermandad que se defiende contra el feudalismo, y que es una verdadera federacion de plebeyos.

Lo que realmente admira en España, es que siempre hubo un pueblo enérgico, bastante fuerte para imponer á los gobiernos sus errores unas veces; otras su altivo espíritu, su inquieto heroismo. Este pueblo tiene, como el pueblo griego, su epopeya, su teatro, inspirados por los sentimientos de su corazon, iluminados por las ideas de su mente, con todos sus defectos, pero tambien con toda su hiperbólica grandeza. Es verdad que su exageracion de sentimientos le llevó á ser el campeon del catolicismo, cuando el catolicismo decaia en el mundo, y á perseguir la reforma, cuando la reforma renovaba la conciencia; y á extirpar la libertad de pensar, cuando sin ella no es posible el desarrollo de la razon; y á combatir á Holanda, á Inglaterra, en el momento mismo en que estas

[redacted]

dos naciones serían sin mayor celo al progreso de la civilizacion moderna.

Mas estos mismos sentimientos llegaron á servir á la libertad con la natural exaltacion de este pueblo. Amará más tarde quizá que las otras naciones las nuevas ideas; pero las amará más tiempo. Lo que puede asegurarse es la completa extincion del sentimiento monárquico en el pueblo español. ¿Cómo, se pregunta el ánimo admirado de estas súbitas trasformaciones, cómo ha variado en un pueblo tan constante? Solemos atribuir la muerte de las instituciones á externos combates y á extraños impulsos, cuando las instituciones mueren por interna descomposicion. A principios del siglo, la fé monárquica se habia disminuido en nuestra conciencia, y el respeto monárquico amenguado en nuestros corazones. Los escándalos de la córte enseñaron al pueblo que los reyes habian perdido la superioridad moral, luz y calor de la superioridad política. Una insurreccion llegó irreverente hasta el palacio de los monarcas, y los obligó á vergonzosas abdicaciones. El mo-

tin de Aranjuez termina en verdad la monarquía absoluta, que empezara en la reaccion lastimosa contra las comunidades. Luego, cuando el pueblo emprende y termina la mayor de sus empresas, la guerra de la independencia, el rey está ausente, convertido en cortesano del conquistador, felicitándole por sus victorias conseguidas contra los propios vasallos, lamiéndole las espuelas tintas en sangre española. Vuelve, vuelve el rey, gracias al valor de un pueblo que llevaba su patriotismo hasta el suicidio, y vuelve para oprimir á los patriotas que le habian redimido, y para llamar en su auxilio á los extranjeros que le habian cautivado. A esto siguieron proscripciones, matanzas, una reaccion universal en la que se martirizó á todo cuanto habia de ilustre en la Península con crueldad y ensañamiento, comparables á la crueldad y ensañamiento de Tiberio y de Neron. El mónstruo coronado nos legara su estirpe, y para mayor desgracia, fiando la cuna de esa estirpe á la libertad que habia perseguido con furia. Siete

[illegible] que [illegible] por [illegible] el [illegible] Pero este pri- [illegible] His- [illegible] ex- [illegible]

[illegible] Cuan- [illegible] sus re- [illegible] de [illegible] 1840; [illegible] 1868, pa- [illegible] y otras [illegible] se exami- [illegible] que las impulsan, en las [illegible] que las inspiran, en los senti- [illegible] que las animan y sostienen, se ve

que son revoluciones dirigidas contra la monarquía y los monarcas.

Cuando un régimen se descompone, la sociedad que vive renovándose, forma un nuevo régimen que encarne y realice sus ideas. A medida, pues, que el sentimiento monárquico se extinguia, brotaba el sentimiento republicano. Llamaradas de esta idea resplandecen con extraordinario brillo en todos los movimientos del siglo. Ya es un periódico publicado en Teruel, ya una hoja escrita en Cádiz. La fuerte y trabajadora Barcelona tiene en 1840 fuerzas formidables á servicio de la República. Sus clamores en favor de la junta central por los años siguientes son clamores instintivos hácia el republicanismo. Algunas veces, tanto en las Córtes del Estatuto como en las Córtes subsiguientes, la palabra República, recibida siempre con rumores, brota de los lábios de un orador exaltado. La ciudad de Figueras funda por estos dias una escuela política, dirigida por hombre de mucho nervio en su carácter y mucho entusiasmo en su fé, el cual une con el repu-



Sentimos, como toda Europa, el sacudimiento de 1848 en Francia. Los pueblos europeos forman una federacion tácita, informe boceto de la federacion expresa que han de formar con el tiempo. Dos alzamientos se intentaron en Madrid, y los dos sucumbieron, el uno en Marzo y el otro en Mayo de 1848. A pesar de estas derrotas materiales, el partido republicano creció moralmente. La tribuna resonó con sus ideas. La prensa, bajo insensatas persecuciones, guardó siempre para esta idea alguna representacion. Los jóvenes que antes de 1848 acariciaban la República, crecieron así en número como en educacion política. Escuelas para el pueblo se consagraron so color de instruccion general, á difundir la educacion republicana. Sociedades secretas se extendieron por todas partes. El cautiverio ó la deportacion fué mil veces el resultado de tantos esfuerzos. Pero en las cárceles, en el destierro, los republicanos se sostenian unos á otros, llenos todos de fé, en la esperanza de dias mejores, consecuencia natural de tan sagrados esfuerzos.

Uno de los caractéres de nuestra raza es su originalidad nativa. No fia sino en sí misma. Le importa poco una reaccion general europea, y no la toma en cuenta cuando ha decidido ser libre. En 1820 Europa estaba sometida á la Santa Alianza, que se creia capaz de dominar hasta América. Los españoles emprendieron contra la Santa Alianza su revolucion, que en tres años de vida sacudió á Grecia y derramó los gérmenes del sistema constitucional en Italia. Pues en 1854 la política napoleónica estaba en su cénit; y nosotros, á pesar de esta política, que influia hasta sobre Inglaterra, produjimos una revolucion liberal, como más tarde en 1868, cuando ningun pueblo se movia, nosotros realizamos nuestra revolucion anti-dinástica, cuyos incidentes y complicaciones derribaron el poder dictatorial de los Césares en París, y el poder político de los Pontífices en Roma.

La revolucion de 1854 dió este resultado: organizar en toda la Península el partido re-

). Llamábase democrático por es-

respeto á las leyes; mas era un

partido esencialmente enemigo de toda monarquía. Así lo dijeron sus jefes, cuando en las Córtes de aquella época votaron, no solamente contra la dinastía de los Borbones, sino tambien contra todo poder hereditario y permanente. La expansion que tomara en este tiempo la nueva idea fué inmensa. Periódicos dictados por la fé más pura, escritos en arrebatadora elocuencia, de combate contra los partidos reaccionarios, de propaganda pertinaz y atinadísima; exaltados y urbanos, sábios y amenos, valientes y respetuosos, populares y literarios, fueron á un tiempo focos de luz y núcleos de organizacion. Las cátedras ganadas en rigorosas oposiciones académicas, por discípulos de las nuevas ideas, contribuian poderosamente á la difusion de la luz. Merced á ellas tomó la historia un sentido progresivo y humano; despojáronse las tradiciones patrias de su carácter monárquico y revistieron á la luz de la nueva ciencia carácter democrático; y la filosofía proclamó la razon humana como el criterio supremo para indagar y aprender la verdad. La tribuna,

[redacted]

aunque á un solo orador entregada, secundó el movimiento de la prensa y de la cátedra. Un partido, fuertemente organizado, surgió revelándose en todas las manifestaciones de la vida pública, adquiriendo dentro y fuera de la ley extraordinaria pujanza. La dinastía de los Borbones conoció que aquella infusion de ideas trasformaba la pública conciencia y que aquella trasformacion de la pública conciencia traia indefectiblemente las explosiones revolucionarias. Persiguióse á la imprenta, y la imprenta mantuvo con prodigioso heróismo su bandera bajo el peso de multas enormes, y entre las angustias de encarcelamientos contínuos. Persiguióse á la tribuna, y los electores convinieron en el retraimiento de la vida legal y notificaron á los poderes públicos la decision de apelar á los recursos extremos de las revoluciones. Persiguióse á la cátedra, y la cátedra continuó vertiendo sus torrentes de idea y educando las jóvenes generaciones para la libertad. De esta accion y de esta reaccion; del empuje de unos y de la resistencia de otros; de la propaganda te-

naz y de las contínuas excomuniones, resultó lo que siempre resulta en los pueblos latinos cuando una idea se condensa y el poder la oprime, resultó una revolucion. Y esta revolucion comenzada en 1856, no triunfó hasta 1868. Tuvo su período de preparacion larguísima, en que los republicanos ejercieron, sin darse punto de reposo, tenaz apostolado. Tuvo su dia de explosion, el 22 de Junio de 1866, en que los republicanos combatieron por todas las calles de Madrid, manteniendo, acompañado de los progresistas, una batalla de veinticuatro horas. Tuvo despues de esta batalla su época de represion, en que los republicanos vencidos, sellaron, ya con sangre de sus venas en los campos, ya con dolores de su alma en el destierro, la inquebrantable fidelidad á la República. Tuvo su dia de victoria, el 29 de Setiembre de 1868, en que la dinastía huyó y vinieron á ser fórmulas de nuestra política tres principios esencialmente republicanos: la soberanía de la nacion, los derechos del indivíduo y el sufragio universal.

Tuvo el movimiento revolucionario, des-

[redacted]

pues de sus épocas anteriores, la época última, la época de la organizacion, la época de las afirmaciones, 1868. ¿Cómo un movimiento de carácter democrático, y por consiguiente de tendencias anti-monárquicas no llegó á la república? Hubo para esto varias causas. Primera: la revolucion que estallara tantas veces no triunfó, sino cuando cooperaron á ella hasta los elementos conservadores, y los elementos conservadores exigieron que se respetase la antigua forma monárquica, sabiendo que con la antigua forma monárquica adquiririan su histórico predominio. Segunda: en el constante apostolado republicano habíanse defendido en público la soberanía nacional, los derechos individuales y el sufragio universal. Pero la forma republicana solo habia sido difundida en secreto. A los pueblos llegó la propaganda pública, pero no llegó la propaganda secreta, exigieron lo que conocian, la esencia de nuestras ideas, y no exigieron lo que ignoraban, la forma de nuestro gobierno. Tercera: en los pueblos latinos, pueblos de inspiracion, es necesario para implantar una

idea, proclamarla en los dias primeros, en los momentos supremos de las revoluciones que son los momentos creadores. La palabra república no fué pronunciada por ninguna junta, y se malogró la república. Cuarta: los republicanos se dividieron. Unos creian que, adquiridos los principios esenciales á toda democracia, era indispensable aceptar la monarquía. Otros creyeron que nada se alcanzaba, si no se alcanzaba tambien la república. Quinta: la revolucion fué en parte militar y los generales, que la guiaron temieron dos cosas: que la república fuera contraria al ejército en lo interior y que en lo exterior alarmara á las monarquías de Europa. Todas estas concausas contribuyeron á que la revolucion de Setiembre sustituyera una monarquía con otra monarquía, que no llegara como sus antecedentes lo exigian á una verdadera república.

Pero el partido republicano cumplió como bueno. Desmembrado, combatido por todos los elementos revolucionarios que habian alcanzado el poder; calumniado en sus intenciones más puras y en sus hombres más ín-

[redacted]

tegros; constreñido, despues de provocado á batallas campales en Málaga y en Cádiz; proscripto de una revolucion á la cual en primer término contribuyera con todas sus fuerzas, sólo en la virtud de su idea, en la fuerza de su palabra logrando que las ciudades, centro de cultura, residencia de las Escuelas, colmenas del trabajo, defensoras y propagadoras de las grandes ideas, se ligaran con lazo indisoluble á la república.

Imposible decir toda la actividad en esta obra empleada. La palabra obró milagros. Multitud de oradores recorrieron calles, plazas, aldeas, caseríos, campos, difundiendo los principios republicanos. Un febril entusiasmo se apoderó del pueblo. Las provincias recordaron sus antiguas glorias, y sintieron que podian renovarlas en las nuevas esferas abiertas á la actividad humana, si llegaban á tener gobiernos ocupados en el espíritu moderno. La idea de que á los lazos creados por la conquista militar, ó por la herencia monárquica, debian añadirse los lazos creados por la libertad, más fuertes y más estrechos, porque

nacen del asentimiento popular, esta idea corrió la celeridad de la luz. Sintióse conmovido Portugal, y los corazones patriotas abrigaron la dulce esperanza de que la península podia ser una, como su cielo y su tierra; la raza ibera una, como su sangre y su historia, hermanándose sobre estas dos bases, sobre la república y sobre la democracia. Lo cierto es que, á pesar de las maniobras del gobierno, á pesar de la influencia oficial, ochenta republicanos llegaron á las Córtes Constituyentes, enviados por las primeras ciudades de España, que todas con excepcion de Madrid, se habian adherido á nuestro credo.

No me toca ciertamente á mí decir cómo cumplimos nuestro mandato. América y Europa conocen nuestros esfuerzos y los han juzgado. Tócame solo desenvolver brevísimamente el programa de nuestras ideas. Es sencillísimo. Francia por su posicion geográfica, por su sangre, por su ingenio es el término medio entre las razas latinas, y las razas germánicas. Las fronteras del Este se confunden con las fronteras alemanas, sus mares del

[redacted]

[illegible] sus cor- [illegible]

[illegible] obligaron sus guerras, y de que se [illegible] sus Césares. [illegible] de las naciones latinas. Así es que en la esfera política, otros, que hemos conseguido escapar en [illegible] a la absorbente política de los Imperios;

nosotros que dentro de la unidad guardamos variedad riquísima; nosotros que somos hasta en la administracion muy liberales, debemos decir que en política reunimos á cualidades germánicas cualidades latinas, y que podemos fundar una república muy descentralizada sin peligro alguno de la unidad nacional.

Cada una de nuestras regiones tiene su historia aparte, y ha hecho aislada su prodigio; todas juntas constituyen una de las naciones más unidas de Europa. Y si no, cuando el extranjero ha venido, cuando ha tratado de herirnos en nuestra independencia, aunque fuera con el genio del primer Bonaparte, porque perdiéramos las batallas campales de Ocaña, de Castiella, no perdíamos la patria como otras naciones en Waterlóo, en Austerlitz, en Jena, en Sedan; y cuando el conquistador entraba en Madrid, no entraba, no, en el corazon de la nacionalidad, y de consiguiente no paralizaba su vida.

Astúrias solo pactaba con la Gran Bretaña; y su pacto era tambien el pacto de toda la nacion. El alcalde de Móstoles, pueblo insigni-

[redacted]

ficante, declaraba el primero la guerra á Napoleon, y su declaracion era la declaracion de toda España. La campana de la aldea tocaba á rebato, y ponia la cólera contra el invasor en el corazon de los campesinos. Los desfiladeros se convertian en las Termópilas de innumerales espartanos. Las ciudades renovaban á Sagunto y Numancia. El cazador atrevido se trocaba en guerrillero, y el guerrillero hábil en general afortunado. Un ejército improvisado le seguia á la victoria ó á la muerte. La imágen de la nacion estaba como siempre impresa en cada uno de sus hijos. Y esta imágen no se borra de las generaciones presentes. Así nadie puede temer jamás que España se reduzca á fragmentos, y que estos fragmentos sean como aereolitos perdidos y dispersos en la inmensidad. España es una por el consentimiento de todos los españoles. Pero España debe estar muy descentralizada por la naturaleza de su carácter, de su geografía y de su historia. Y la forma republicana se la impone precisa, necesariamente hoy si quiere unirse con el pueblo portugués, pe-

queño por su territorio, pero grande por su historia, con el pueblo portugués que retrocederá si vamos á la reaccion, que nos seguirá si persistimos en la democracia, en la República, en la libertad.

La revolucion de Setiembre llegó al cabo por su propia fuerza y por su propia virtud á la República, que estaba virtualmente contenida en sus dogmas. Ya contaremos sucesivamente los hechos capitales que trajeron tamaña trasformacion. Hoy solo nos toca decir que contra la voluntad del mayor número de sus fundadores, de sus autores, la democracia proclamada en Setiembre ha venido á tomar lógicamente un organismo republicano. Y la revolucion de Setiembre influyó con soberana influencia en Europa. Las esperanzas de todos los amigos de la libertad renacieron como en 1848. El partido liberal volvió á ocupar en Inglaterra el gobierno. La agitacion republicana de Francia tomó gigantescas proporciones. El emperador se vió obligado á ceder una parte de su autoridad á las Cámaras. Y todo el

[redacted]

mundo vió que tras el trono histórico de Isabel II. se venian á tierra el trono cesarista de Napoleon III y el poder temporal de los Papas. El viejo continente entró en una crisis, á cuyo término está, no lo dudeis, la república universal, los Estados-Unidos formados por todas las naciones de Europa.

[redacted]

CAPITULO LXXXI.

EL CONCILIO VATICANO Y SU INFLUENCIA POLITICA.

El suceso por excelencia del año 1868 fué con la revolucion española la convocatoria de un Concilio Ecuménico por el Papa. Desde el siglo décimosexto no habia visto el mundo una Asamblea de este género, reunida en nombre de Dios, para tratar de asuntos, siempre graves, porque se refieren á lo más íntimo de nuestro sér, á la conciencia; y á lo más duradero, á la eterna vida. Yo, que deseo la práctica libérrima del derecho de asociacion; yo, que acuso á este siglo de indiferencia por los más graves problemas

[redacted]

siglo décimosexto mostraba aun el vigor de las sectas cristianas, separadas en muchas graves cuestiones, pero todavía reunidas en la creencia comun de la divinidad de Cristo y de la revelacion sobrenatural del Evangelio. Podremos sentirlo ó celebrarlo, pero no podemos desconocerlo: el espíritu humano ha cambiado radicalmente desde el siglo décimosexto. Para la mayoría de los pensadores, de cuyas ideas se tiñen los caudales de la vida, como los rios de los matices del horizonte bajo el cual corren, la conciencia es el único criterio moral, la razon es el único criterio científico, la expresion libre y expontánea la única manera de revelarse que tiene el pensamiento; las contradicciones entre los principios la única depuracion de todas las verdades; la tolerancia universal la única relacion posible entre todas las creencias; el triunfo de todos los derechos que consagran la personalidad humana y la levantan sobre el ara de la tierra como un sér independiente el porvenir inevitable de las sociedades; y la separacion definitiva, completa entre la

Iglesia y el Estado, el único medio de que puedan existir asociaciones religiosas, cuyos dogmas se han resumido en la negacion audaz de todos estos grandes principios, adquiridos por el trabajo titánico de los héroes de la ciencia, implantados en la realidad por las revoluciones; bendecidos ya por todos, á causa del bien que han hecho al género humano, y consagrados por la sangre de los mártires que todavía se inmolan generosamente á su triunfo en aquellas regiones de la tierra cubiertas con las sombras de los antiguos errores.

¡Qué de bienes hubiera podido derramar el Papa sobre la conciencia humana y sobre la tierra sedienta de grandes revelaciones morales con haber vuelto la vista á los tiempos evangélicos, y haber espiritualizado la esencia del cristianismo, y haber sostenido una alianza estrechísima, profunda entre el dogma de la libertad y de la igualdad, necesario á la vida política moderna y á los dogmas esenciales á toda revelacion cristiana. Los principios de su reinado, imperfectísima-

mente consagrados á esta obra, le decian los frutos que hubiera podido recoger en las postrimerías de su existencia. Se necesitaba para esto en verdad un grande sacrificio. No bastaba con aquella platónica adhesion á los principios liberales; no bastaba con aquellas reformas propuestas tímidamente á las instituciones antiguas, todas cercanas, despues de grande corrupcion á lo que podriamos llamar en verdad más frio que la muerte, y más triste todavía, á la petrificacion; no bastaba con resoluciones á medias, con paliativos superficiales; necesitábase para elevar el ideal religioso á los ojos de un mundo materialista, desceñirse la frágil y amenazada corona terrenal, renunciar al connubio infame con los Estados modernos, destruir toda esa legislacion bárbara en que la fé pide su auxilio á la fuerza; volver desde el remedo de los imperios asiáticos á la restauracion de las costumbres evangélicas, á la sencillez en el culto, á la pureza en la vida, á la fraternidad en los sentimientos, al espiritualismo en la doctrina y en la práctica, á la imitacion

[redacted]

verdadera de Jesús, pobre, desnuda de todo interés mundano; sin más abrigo que la Providencia divina, cuidadosa de vestir con pompa al lirio de los valles y de alimentar con exceso al ave de los cielos; predicando siempre á las muchedumbres, volviendo siempre por los esclavos y los desheredados del mundo; únicos medios verdaderamente divinos de resucitar la conciencia y sobre la conciencia la llama de la religion, para producir contra nuestros desvaríos políticos, nuestros extremos de cálculo y de industria, nuestro positivismo egoista, una reaccion saludable y necesaria hácia el cielo inmortal de lo infinito, como la que supieron producir los primeros apóstoles en el cancerado imperio latino y los primeros franciscanos en el mundo férreo y brutal del feudalismo. Pero en aquel mismo año de 1868, en que de la convocatoria del Concilio se trataba, fuí yo á Roma y persuadíme de que Roma no estaba dispuesta, no, á sacudir el pesado y pavoroso sueño de su materialismo. Permitidme antes de engolfarme en las graves y profundas

cuestiones que habia de suscitar el Concilio Vaticano y que debo resumir por trascender á toda política, y especialmente á la política republicana, permitidme que os describa apelando á mis recuerdos, á mis memorias, la Roma pontificia tal como yo la habia visto por entonces en una Semana Santa. Con solo visitarla por aquellos dias de oracion y de penitencia veíase bien claro que no estaba dispuesta, no, á desistir de su empedernido materialismo.

No imagineis que en Roma os aguarda la Semana Santa de Sevilla ó de Cartagena tan expléndidas por sus riquísimas procesiones. En Roma no hay una sola procesion excepto aquellas en que toda la córte pontificia rodea al Papa, llevando en lujosas andas, bajo pálio, por no sé bien si ocho ó cuatro domésticos vestidos de damasco encarnado. En Roma no hay Iglesias Góticas. La influencia del arte antiguo, ha sido tan poderosa, la voz de sus ruinas tan elocuente que la capital del orbe católico no tiene la arquitectura católica por excelencia, aquella de los bosques de co-

[redacted]

el inmenso fuerza a la voluntad i enseñanza en Dios, y vivís eternamente en aquel templo del arte y del sacrificio.

Pero, mis distinguidos, volvamos a la Semana Santa. Es el Domingo de Ramos de 1868. El cielo brilla con una incomparable nitidez. En los maravillosos intercolumnios semi-circulares que preceden a la Basílica de San Pedro, las dos fuentes, al elevar a las alturas sus penachos de espumas, descomponen la luz del sol en los matices del iris. Entrais en la Basílica y os sentís de estos mármoles mayores que los levantaron por los romanos, y sus sepulcros, y sobre todo, su cúpula inmensa os abisman con su grandeza. Ni el oro, ni el mármol, ni el bronce, ni los mosaicos que resplandecen con riqueza y profusion, os cautivan como aquellas luengas líneas, como aquellas inconmensurables proporciones para inspirar el sentimiento de lo infinito en el templo de Dios. Al pie del inmenso dosel de bronce que forma el Altar Mayor arden como una aureola luminosa las cien lámparas, siempre encendidas sobre el sepulcro de San Pedro.

No es posible imaginar cuadro más pintoresco en aquella inmensidad de la Iglesia cuando baja el Papa que la muchedumbre infinita de artesanos vestidos de varios trajes, todos de diversos colores y formas, los cuales reproducen desde la rozagante púrpura asiática hasta la sencilla blanca túnica de los primeros romanos. Las ceremonias del Domingo de Ramos en San Pedro no se distinguen por nada particular de las ceremonias que en el resto de las Iglesias Católicas se celebran.

El Jueves Santo no baja el Papa á la Basílica. Asiste á los oficios en la Capilla Sixtina. A la conclusion de la escalera del Vaticano ideada por el Caballero Bernini con admirable arte, pues en estrecho espacio ha construido una galería que asombra por sus columnas; por sus bóvedas; por sus gradas; formando una decoracion que llamariamos *feérica* si estuviéramos en París; á la conclusion de esta galería se abre un vestíbulo inmenso al cual van á dar las dos capillas pontificias: la Sixtina y la Paulina. La primera ha sido inmortalizada por el fresco de Miguel Angel, consagrado al

Juicio Final. No podeis entrar sin que el escalofrio de lo sublime recorra vuestros nervios, y el terror trájico vuestra alma. Parece que vaga por allí errando el espíritu del Dante y que traza por procedimientos invisibles en los espesos muros las apocalípticas visiones de su infierno. Cristo arroja su maldicion sobre los réprobos que se despeñan desde las alturas á los abismos eternos en una catarata de lívidos desnudos cuerpos violentados por todas las explosiones del dolor físico y por todas las cóleras de la desesperacion moral. Aquellos séres dan sublime horror al precipitarse en los lagos de plomo derretido que los aguardan. No hay donde el corazon despedazado por el dolor se repose. Cristo, María, los elegidos mismos, todos están tristes. Solo, allá en las bóvedas, se ven lamentarse las Sibilas cantadas por Virgilio, que miran ó penetran lo porvenir, anunciando el cumplimiento de las promesas evángelicas; la aparicion de nuevos cielos iluminados, de nuevos mundos cuyos albores resplandecen ya en frente de las antiguas profecías, en aquellas frentes

anchas como los dilatados horizontes de la esperanza. Las Sibilas de Miguel Angel me espantan por su grandeza. Muchos pintores han trazado la imágen de estas mujeres que desde los tiempos más remotos anunciaban la renovacion de la vida á un mundo que habia perdido la esperanza. Las Sibilas del Dominiquino y de Guido Reni son magas con aire de decir la buena ventura, y las Sibilas de Rafael son musas conaire de inspirar clásicos versos á los poetas; pero esas Sibilas de Miguel Angel colocadas en la bóveda de la Capilla Sixtina, entre los titanes que han removido el mundo material y los profetas que han removido el mundo moral; viejas unas como el tiempo, bellas otras como la esperanza; misteriosas todas como las profecías; envueltas en los mantos antiguos agitados al viento que corre por las altas cimas desde donde descubren todos los horizontes; ya viendo estáticas el nuevo florecimiento del Universo, ya trazando precipitadas la imágen del porvenir antes que el viejo mundo se arruine, compañeras de Isaías, de Ecequiel, de todos

[redacted]

[illegible]

[illegible] canto de [illegible] imágenes de la [illegible] como el [illegible] justos que [illegible] con-[illegible]

Despues que han concluido los oficios de la mañana el Jueves Santo, y el Papa ha depositado la hostia en la capilla Paulina, donde se alza el Sagrario admirablemente iluminado, bendice al pueblo. En seguida baja á San Pedro donde lava los piés á doce sacerdotes pobres. Desde allí se dirige á una de las magníficas salas de ese palacio Vaticano, que tiene diez mil habitaciones, y sirve la comida á los doce sacerdotes vestidos todos de blanco. Ninguna de las restantes ceremonias se diferencian en nada de las usuales en nuestras Iglesias. Como San Pedro es tan grande y la débil voz humana se pierde tan fácilmente en sus espacios, no hay sermones. Roma presenta un singular aspecto el Jueves y el Viernes Santo muy extraño y muy contrario á las antiguas costumbres españolas que han trascendido tambien á América. Nosotros cerramos nuestras tiendas, suspendemos el curso de todos nuestros carruajes. Un sublime silencio reina hasta en las más populares ciudades. Nadie se entrega á los trabajos materiales en estos dias consagrados á la celebra-

cion del mayor sacrificio moral. La concurrencia á las Iglesias siempre es grande como si un pueblo entero se diera á la oracion y se encerrara en el recogimiento de las meditaciones religiosas. Pero en Roma todas las tiendas se hallan abiertas, todos los habitantes ocupados en sus faenas, las iglesias solitarias, y los carruajes arman ruido mayor que en los restantes dias del año, á causa de la numerosa afluencia de extranjeros. Por la noche se coronan de laurel, de verbena, de mirto como las diosas antiguas, y se iluminan espléndidamente las salchicherías y las tiendas de jamones en celebridad de la próxima conclusion de la cuaresma.

Toda mi vida recordaré que en esa noche del Jueves Santo, noche tan solemne en nuestra España, donde hasta los reyes salen á pié, íbamos en compañía de una familia romana en carretela descubierta por las calles de la Ciudad Eterna, viendo llenas de gentes las puertas de las salchicherías y solitarias las puertas de los templos. En San Pedro hay mucha concurrencia peró principalmente de

extranjeros, y entre estos, los más aficionados á concurrir son los ingleses, en su mayoría protestantes. Toda mi vida me acordaré de la figura tristísima que hacia una inglesa inmóvil cerca del sepulcro de San Pedro, indiferente, de pié, mientras el Papa alzaba la hostia, y en tan religioso momento flechándole á Su Santidad los anteojos de teatro. Extrañas costumbres, ciertamente, para los que estamos habituados á la antigua severidad española.

El dia que más gente de Roma concurre á San Pedro es el Domingo de Páscua. Se ven los campesinos abandonando sus cabañas para venir á la ciudad á recibir la bendicion papal. A las nueve de la mañana ha descendido ya Su Santidad á la basílica. El Papa mismo celebró este año la misa mayor. Seis arzobispos le asistian. Su voz me pareció clara, vibrante, de una grande entonacion música y de una extraordinaria dulzura. En San Pedro no hay un órgano en armonía con las proporciones de la iglesia; grave falta artística, incomprensible en esta capital de la

religion y de las artes, porque el órgano es la voz interior de las basílicas. Así es que el canto llano, sin acompañamiento de música, admirable en los dias de Semana Santa, no sienta bien á un dia de Páscua. Solo se siente una emocion profunda cuando el Papa alza á Dios, y resuenan misteriosos clarines que parecen tocados por ángeles de las cornisas, y que esparcen con su vibracion unísona místicas ideas en las almas. Concluida la misa, el Papa, rodeado de todos los cardenales, adora las reliquias de San Pedro que se enseñan desde uno de los balcones abiertos en los mismos pilares, apoyos de la rotonda.

Despues de la misma viene la bendicion papal dada desde la ventana central de la fachada de San Pedro. Nada tan maravilloso como este espectáculo. La decoracion de la gran plaza, série admirable de monumentos, artísticamente colocados y los obeliscos; las estátuas; los bosques de columnas; los resplandores de un cielo meridional y de un sol que dora las piedras; la inmensa muchedumbre de todos los países, hablando todas las

lenguas que llena aquellos majestuosos espacios; la gran basílica en el fondo, cuyas moles aligeran los dos rios que en surtidores giran por los aires á los dos lados del obelisco central; todos estos maravillosos asuntos de un cuadro, dan á la Plaza de San Pedro encantos que en vano buscareis en ningun otro lugar de la tierra. El Papa aparece llevado en la silla gestatoria, vestido de blanco; y sobre la cabeza la tiara donde van tres coronas engarzadas. Un silencio profundísimo reina en la antes bulliciosa plaza. Jamás he visto tanta solemnidad y tanto recogimiento en ningun templo romano como en aquel templo al aire libre. El Papa se levanta y estiende sus brazos sobre el mundo desde el monumento más grande que hay en la ciudad llamada capital religiosa del mundo, *Urbi et orbi:* dice. Su voz resuena en todos los ámbitos de la plaza. En seguida las campanas de San Pedro repican al vuelo, las fuentes que se habian cerrado vuelven á su unísono canto, el cañon de Saint-Angelo truena, las músicas lanzan sus himnos, las mu-

[redacted]

chedumbres una grande exclamacion; y se ha concluido la Semana Santa en la Ciudad Eterna.

Estas ceremonias más ó ménos aparatosas no bastan á salvar una religion tan comprometida por la guerra contínua de los hereges y por las contínuas faltas de los creyentes. Hace un siglo que el catolicismo se cerró á las dos corrientes más vivas de la sociedad moderna; á la filosofía y á la democracia. Ganganelli que quiso reconciliarlo con la filosofía, murió envenenado. Pio IX, que quiso reconciliarlo con la democracia, retrocedió al primer obstáculo. Hoy acampa su jefe como un extranjero en medio de la civilizacion, y como un enemigo en medio de Italia. Todo lo que opone á la igualdad democrática de nuestro tiempo es un dogma de excepcion y de privilegio. Todo lo que sabe para conjurar el decálogo de los derechos humanos ¡ah! es repetir este triste decálogo de sus errores: el catolicismo es incompatible con la civilizacion moderna; fórmula sombría que corona el Syllabus. Para convencerse de cuan ame-

nazado se halla no hay más que recorrer Roma. En los dias de Semana Santa se han hecho trescientas visitas domiciliarias. El Papa empieza á desconfiar de sus propios zuavos, cuyo número es un grave inconveniente para el buen órden económico del pequeño estado. Los zuavos empiezan á quejarse del Papa que los mantiene casi á pan y agua. Los romanos aprovechan cualquier coyuntura de manifestar su profundo disgusto, sobre todo, por la abstencion de concurrir á las fiestas pontificias donde solo se encuentran domésticos del Papa, su ejército y los extranjeros. El dia de Pascua ví además los campesinos. En los mismos paseos que dais por Roma, os asaltan á cada paso testimonios de su situacion completamente insostenible. Ya no se quema á nadie por leer libros prohibidos ó por comer carne en viernes. Pero se conserva todavía la apostasía moral de estas nefandas prácticas. En el monte Aventicio, en una de las siete colinas, de donde han descendido más ideas democráticas sobre el mundo, hay un convento en que os mues-

[redacted]

tran como una reliquia el árbol, á cuya sombra oraba en el siglo décimo-tercio el fundador de la Inquisicion. Vénse las plantas que crecen, bajo el manto de los Papas, en la montaña donde brotó el árbol sagrado de la libertad romana y donde tantas veces pasaron las austeras sombras de los tribunos.

En la sala régia que precede á las capillas Paulina y Sixtina hay una apoteosis de los más gloriosos hechos del Pontificado, como por ejemplo la coronacion de Carlo-Magno. ¿Pues sabeis qué hechos se hallan tambien allí, en aquellos muros, consagrados,—sostenidos por los Alcides de la fé, guardados por las alas de los ángeles?—Pues se hallan como una gloria del Pontificado, la degollacion de los hugonotes en la siniestra noche de San Bartolomé y el asesinato del almirante Coligny. Dadme si puede darse un testimonio más vivo del divorcio entre nuestro pensamiento y el pensamiento de Roma que esa apoteósis del bárbaro sacrificio de uno de los hombres más ilustres de Francia, y de la siniestra noche

sin semejante en los anales de Tácito, y en los crímenes de Calígula y Neron; horrible noche en que á las orillas del Sena, al toque de las campanas, á la luz de las antorchas, una córte sacrílega y corrompida compuesta de envenenadoras, de prostitutas y de asesinos, lanzó sus legiones de verdugos sobre un pueblo indefenso, cuyo único crímen era su creencia, su fé, y degolló hasta sus mujeres y sus niños, cometiendo uno de los crímenes más execrados por la conciencia humana. Pues bien, ese crímen se halla divinizado en el palacio de donde salen las fórmulas de la moral para todo el mundo. No puede dominarse así la conciencia humana en nuestro siglo, imposible, imposible, imposible. ¡Pues qué—el catolicismo hubiera dominado á los bárbaros siendo más cruel; á los señores feudales, siendo más tirano; á los reyes absolutos, siendo más arbitrario que todos ellos?—Los dominó porque tenia una idea y una fuerza moral muy superiores.—¿Y pretenderá dominarnos á nosotros con ideas inferiores á las nuestras?—Voy á contaros el

[redacted]

final de mi viaje á Roma. Yo la visitaba para estudiar sus monumentos y para procurar algun consuelo á mi corazon despedazado por el destierro. Y encontré encanto singular, proporcionado á las más sublimes aspiraciones del espíritu en las cenizas sagradas donde duermen tantas generaciones de héroes; en las ruinas gigantescas que semejan el esqueleto de un mundo; en las ideas que se levantan de aquellas piedras; en los melancólicos paseos por la via Apia, entre dos filas de sepulcros, muchos de ellos colosales, que han visto pasar veinte siglos; en la contemplacion del cuadro que desde aquí se presentaba á mis ojos; el cielo tachonado de nubes que esparcian á intervalos sombras y luz; Roma con sus rotondas y sus colinas y sus cipreses en el fondo como una inmensa necrópolis; al frente las montañas de la Sabina recamadas de azul claro por la luz y coronadas de diamantes por la nieve, y en torno mio el inmenso campo romano ligeramente aterciopelado por el reverdecimiento natural de la primavera, cubierto de ruinas

[redacted]

sombrías, de arcos destrozados, de columnas tronchadas por las tempestades sociales, de acueductos caidos, de tumbas diseminadas, entre las cuales pasaban como sombras los tristes pastores, semejando todo una elegia viviente.—¿Qué daño hacia yo al Papa contemplando las ruinas?—Por consideraciones fáciles de comprender hasta habia ocultado mi nombre. Pues bien, el gobierno romano supo al cabo de quince dias que yo estaba en Roma, y me notificó que saliera inmediatamente, pues no podia residir en la Ciudad Eterna un escritor como yo, cuyos libros se hallan en el Indice, un revolucionario como yo, condenado á pena capital por la Reina de España; y el autor de tantas obras enemigas del poder temporal de la Santa Sede. El tren partia en el momento de esta notificacion. Pedí unas horas de plazo y me las negaron amenazándome con un calabozo. Salí pensando esto. El primer dia de Pascua bendice el Papa desde las alturas de San Pedro *urbi et orbi*. Y el tercer dia se asusta de la presencia en Roma de un pobre desterrado por-

[redacted]

que propaga en mal estilo algunas de las ideas del siglo. ¡Oh impotencia de los omnipotentes! ¡Oh poder de las ideas! Cuando salí pude dirigir mi vista á las Catacumbas y al Palacio de los Césares. Y la cúpula de San Pedro se perdió á lo lejos del horizonte.

Las ceremonias de la Semana Santa me persuadieron de que Roma detesta toda renovacion, y de que inmóvil en sus tristes supersticiones, desconoce por completo el espíritu vivaz de nuestro siglo. Así es que yo veia con verdadera pena citada para una obra de reaccion aquella Asamblea extraordinaria, no reunida en tres siglos, y que debiera ofrecer al mundo, como el primer Concilio de Jerusalen, la renovacion de la humana conciencia. Cuando el catolicismo estaba vivo y agitado como un mar en movimiento; cuando llamaba á los pueblos á que en sus aguas se bautizasen y templaran su sed; cuando era una corriente que impulsaba los motores del progreso, no habia escuela filosófica que no fuera su tributaria. Doquier se podia sentir un impulso de la con-

ciencia universal y esa circulacion de las ideas que es para el espíritu como la circulacion de la sangre para el cuerpo, allí estaba la Iglesia respirando el aire vital, absorbiéndolo por todos sus poros; trasformando en jugos saludables lo que acaso fuera en su fuente ponzoñoso veneno. Por esta virtud asimiladora, por esta fuerza nutritiva, la Iglesia recogió el espíritu judío con San Pedro, y su opuesto, el espíritu romano con San Pablo; por esta misma virtud, las escuelas griegas, las escuelas alejandrinas, que habian nacido con el propósito de renovar y salvar el helenismo, fortalecieron y afirmaron el catolicismo; por esta virtud, de los sofistas hizo santos como San Agustin y de los bárbaros hombres como Clodoveo y Recaredo; por esta virtud, el espíritu de Platon vino á posarse como blanca paloma en el tabernáculo del Dios vivo, oyendo las sublimes evocaciones de San Juan; por esta virtud, lo que parecia más contrario al genio de la Iglesia, el aristotelismo, con sus tendencias sensualistas, con su observacion constante,

[redacted]

con su criterio puramente humano fué la perpétua ley y la base fortísima de la ciencia católica; por esta virtud, cuando en dia eternamente bello pero eternamente pagano, los dioses antiguos sacudieron el polvo de las ruinas y se levantaron sonrientes, inmortales, llevando en sus manos la copa llena del licor de la vida, y en sus lábios el beso ardiente del fuego creador que habia hecho hermosa á Atenas y á Roma fuerte; en aquella irrupcion de bacantes que danzaban furiosas y ébrias con la exuberancia de la vida, con el ardor de los sentidos, coronadas de pámpanos y mirto, sobre las piedras de las tumbas hieráticas de la Edad Media, llamando á los penitentes á la alegría de vivir, la Iglesia lejos de apelar á los conjuros y á las excomuniones que disiparan aquella manía, lejos de suscitar vulgares y bárbaros iconoclastas, que rompieran aquellos marmóreos cuerpos, tendió sus manos sobre la frente de Rafael, de Vinci, de Buonarroti, de Sansovino, de Cellini, y los invitó á que llevaran á su seno y erigieran en sus altares, coronado

por los resplandores de las ideas cristianas, todo aquel invasor paganismo. Pero ahora, desde la segunda mitad del siglo décimo-sexto, en estos tres dias de la eterna historia, en las tres últimas centurias, lanza sus anatemas inapelables á todas las explosiones de la conciencia humana, á todos los resplandores de la filosofía, á todos los progresos de la política. Llega Juan Hus con la pretension de popularizar más el simbolismo cristiano y de llamar las democracias á la cooparticipacion de las grandes ceremonias, lo cual acaso hubiera retardado el movimiento herético contra el dogma por lo mismo que traia tanto de flexibilidad á la disciplina, y quema á Juan Hus; llega Lutero pidiendo que la voz natural de la conciencia humana sea oida, como un oráculo religioso, innovacion semejante á la que Sócrates consumó en la antigua cultura y es anatematizado Lutero; llega Savonarola antes, cuando era todavía tiempo de arrepentimiento, de enmienda, en demanda de que las prácticas religiosas se purifiquen, de que las costum-

[redacted]

[illegible] de todas [illegible] todos los [illegible] lengua del [illegible] anatema y la [illegible] del siglo dé[illegible] de doce siglos [illegible] puramente civil, se[illegible] a los pueblos ma[illegible] y la iglesia, lejos de aprovechar aquella coyuntura para romper su connubio con el mundo y elevarse al cielo en alas del más

puro idealismo, se empeña en conservar su carácter político y su autoridad terrena; invaden la escena de la historia las democracias, alentadas por aquel divino espíritu de igualdad que se exhalaba como un aroma de las páginas del Evangelio, y la invaden para continuar la obra de Cristo, para completar con la libertad política la cristiana libertad moral, para esparcir sentimientos de fraternidad entre los pueblos como el redentor entre los hombres, y la Iglesia, la hija del pobre jornalero, la madre de los apóstoles, la enemiga de los Césares, se va con los aristócratas, con los tiranos, con los opresores; error grande, trascendental, como si en las catacumbas se hubiera ido con Domiciano y con Neron en vez de irse con los mártires.

No habia fuerza bastante en el mundo á separarla de este error gravísimo, de esta oposicion á todo el movimiento de los humanos progresos. Acababa de dar una nueva muestra de su resolucion en el semi-concilio, reunido sin ninguna de las formalidades

[redacted]

disciplinarias y canónicas, para añadir un dogma á los antiguos dogmas, un dogma de excepcion y de privilegio, ocasionado á engendrar grosera idolatría más que verdadero culto religioso, el dogma de la Concepcion. Una criatura habia sido elevada sobre todas las criaturas y puesta al nivel casi de la Santísima Trinidad; las leyes universales humanas, que no consienten ninguna interrupcion, se habian derogado en su holocausto; la maternidad pasaba como en el antiguo paganismo á ser virtud y atributo de una diosa que eclipsaba por su hermosura intrínseca y por el culto exaltado que exigia la idea y el poder del Eterno, del que no tuvo padre ni madre, principio ni fin; y todo esto se consumaba sin consultar á la Iglesia Universal con aquellas solemnidades y aquella escrupulosidad con que se la consultó en Nicea cuando fué el Verbo declarado consustancial con el mismo Dios. Así las almas piadosas temblaban por la reunion del Concilio. En el estado de los ánimos, en la madurez de las conciencias; cuando el hombre tiende á ex-

plicar los fenómenos naturales por sus leyes, y las ideas filosóficas por la razon, es necesario descargar la religion de principios, de dogmas, que exijan un gran esfuerzo de fé, como el dogma de la Concepcion, y reducirla á los fundamentales y esencialísimos, sin los que la ley moral seria imposible, como el dogma de la existencia de Dios y el dogma de la inmortalidad del alma. Precisamente la filosofía moderna más acreditada, la que es como la letra inicial de todos los sistemas germánicos; la filosofía crítica se prestaba á esta renovacion religiosa, demostrando primero que no puede llegarse por el puro raciocinio á la idea de Dios y que se necesita del sentimiento, de la fé, de la razon práctica para concebir y para fundar estos principios, esencialísimos á toda religion, á toda moral, á toda vida; el principio de la existencia de Dios y el principio de la inmortalidad del alma. La misma filosofía hegeliana empleaba esfuerzos extraordinarios para conciliar la razon natural con el dogma divino, y para explicar la creacion, el anti-

[redacted]

guo testamento, la necesidad de la venida de Cristo, el misterio de su muerte, la virtud de su redencion, animando las varias revelaciones con el calor de la nueva ciencia á la manera que los alejandrinos animaban el paganismo al calor del espíritu cristiano. Si el pontificado comprendiera todo cuanto se contenia de vivo y de vivificante en las ideas científicas del siglo, engendrara una revolucion moral verdadera en vez de encerrarse tristemente en una reaccion que cada dia va haciendo el catolicismo más propio de los antiguos pueblos asiáticos y más impropio de los modernos pueblos europeos. Pero no habia, no, esperanza. Así es que muchos obispos, creyentes, piadosísimos, influian poderosamente para que el Concilio se suspendiera y el Papa no cargara con un nuevo dogma la ya abrumada conciencia de los verdaderos católicos.

El influjo jesuítico se sobrepuso á los consejos del sentido comun, y á la prevision y á la prudencia. El jesuitismo es el sistema que
q vivamente señala en nuestra historia

europea la decadencia de la idea católica. Como ha surgido en una época en que la fé ha muerto, todo él es artificial, artificioso, mecánico: su filosofía reducida al silogismo en lógica y al probabilismo en metafísica; su historia reducida á negar la grandeza de los tiempos modernos; su arte que ha hecho de las Iglesias salones de mundo á la Maintenont á veces, á la Pompadour casi siempre, de donde todo misticismo, como toda inspiracion están ausentes; su política que se empeña en resucitar con un Pontificado decadente, perdido en la soledad de su fé, la teocracia arriba, y la soledad abajo, la monarquía universal de los Pontífices, esa utopia que ni siquiera en el puro dominio de las conciencias ha podido realizar jamás el catolicismo; su moral y su conducta en la vida todo responde, todo á una idea completamente extinta, que por combinaciones artificiales y por procedimientos mecánicos quiere producir una reaccion y recabar todo cuanto ha perdido en el espíritu y en la conciencia. Y á los jesuitas se les ocurrió que era necesario para impedir ca-

[redacted]

[illegible] en la Iglesia, divisiones en el epis- copado, protestas y cismas, divinizar un sér mas [illegible] ascenderlo al cielo, pro- clamando un [illegible] absurdo, un privilegio [illegible] personal del Papa, la [illegible] que los mas creyentes, los mas [illegible] solo habian atribuido á la Iglesia [illegible], competentemente con- vocada y [illegible] leyes canónicas reunidas para pedir y [illegible] y la asistencia del Espíritu-Santo.

Desde [illegible] en que semejan- [illegible] comenzaron los cismas y las divisiones á perder mas y mas á la Iglesia. [illegible] señala indudable- [illegible] contra la Iglesia del si- glo [illegible] Savonarola señala á [illegible] la revolucion contra la Iglesia del siglo [illegible] Abelardo la revo- lucion del siglo [illegible]; como Lutero la revolucion del siglo décimosexto; como el partido [illegible] la revolucion del siglo dé- cimotercero; como Arrio la revolucion del si- glo cuarto, en esta línea de las herejías, pa-

ralela á la línea de los dogmas, señalan dos hombres, el uno más retórico que filósofo, el Padre Jacinto, y el otro más filósofo que retórico, el doctor Dœllinger, la revolucion del siglo décimonono. La fuerza del catolicismo es tan grande que, á pesar de encontrarse la idea protestante, como en potencia, dentro de la raza germánica; á pesar de unirse esta idea á todas las glorias de sus anales; pues sobre la frente de Lutero han creido los germanos ver brillar el espíritu de Arminio, y en la Roma católica descubrir la misma Roma pagana que atormentó á sus padres por tantos siglos y los arrojó al circo para sus bárbaros divertimientos; todavía conservaba casi íntegra una parte considerable de alemanes sobre todo en la region del Mediodía. Y como si le corriera prisa perder esta fuerza, este vivo testimonio de su imperio sobre las conciencias, suscita la apoteosis personal del Papa, y con la apoteosis personal del Papa engendra el Lutero del Mediodía.

No, no podia consentir un aleman versado en las ciencias canónicas que toda interven-

[redacted]

[illegible] de las Asambleas en el gobierno de la Iglesia [illegible] toda autoridad se ra-dicaba [illegible] en ese jefe único. En-[illegible] se llama el Papa. Sentado hoy [illegible] ma-[illegible] de los espíritus mas [illegible] y [illegible] estaba [illegible] Pueblos [illegible] enseña-[illegible] porque la Iglesia [illegible] porque la Iglesia [illegible] represen-[illegible] [illegible] San Pe-[illegible] [illegible] de Fresno, y [illegible] para fundar Sedes en [illegible] primeros [illegible] ejercese [illegible] de la [illegible] Alejandría [illegible]

en Africa; Antioquía que dominaba en Asia; y Roma que dominaba en Europa. Mas si hubo alguna Sede que sobre todas se elevara fué la Sede augusta de Jerusalen, por su orígen apostólico.

La supremacia de Roma y de su Obispo ha sido el fruto amargo de una larga série de falsificaciones. Llegaron á tal número y á tal atrevimiento que falsificó Roma el cánon cuarto del gran Concilio de Nicea, de aquel Concilio, donde se redactó definitivamente el símbolo de la fé católica. En este cánon interpoló furtivamente las palabras «primacía romana.» Cuando el legado pontificio las leyó en el Concilio calcedoniense, armóse un gran escándalo, levantóse de todos lados incontestable protesta; y Roma, la Roma católica, la que creia ser depósito de la verdad y oráculo de la moral, fué por los mismos Obispos católicos, por aquellos á quienes pretendia dominar convencida de impostura.

Pero á medida que el Cristianismo va siendo arrojado del Oriente, y concentrándose en Occidente, las pretensiones de los Papas cre-

[redacted]

cen y son mas atendidas: y su sistema de falsificaciones adquiere grande crédito, hasta en aquellos que más combaten la excesiva autoridad pontificia, como por ejemplo, Dante, el cual supone auténtica la donacion de Constantino. Roma, para oponerse á los Obispos y al clero secular, envia por el mundo las órdenes monásticas. La de Cluny es una órden poderosísima, que uniforma todas las liturgias particulares, fundándolas en la liturgia romana. Los templarios llegan á erigirse como en ejército permanente del Papa, pues el dia de su expulsion será para Roma un dia tan nefasto como el dia de la expulsion de los jesuitas. Los franciscanos, aunque la heregía tiene tanta parte en su órden, sostienen el misticismo, en el momento en que Europa se vuelve hácia el culto de la humanidad en la Naturaleza por los primeros albores del Renacimiento. Los jesuitas por último, crean y fundan una asociacion misteriosa destinada á poner al servicio del Papa, hasta el crímen, y á penetrar en los salones para posesionarse del arbitrio de los reyes,

dominando por la habilidad y la simulacion del mundo que no podian someter por la autoridad y por la fuerza.

El partido jesuítico, omnipotente desde 1848 en Roma, no queria el Concilio, sino para afirmar la infalibilidad personal del Papa. Y si el Papa es verdaderamente infalible, los Obispos están demás en el mundo, los Concilios demás, la Iglesia demás; basta con el Papa. Y el espíritu del Papa no podia ocultarse á nadie desde las declaraciones del Syllabus. Queria una reaccion ciega, universal, contra la cultura moderna; queria acabar con el derecho de los indivíduos á la libertad de su conciencia y á la propiedad de su pensamiento; queria destruir la nueva familia civil nacida de la revolucion y fundada en la tolerancia; la secularizacion de la Escuela, del Estado, de la Universidad; la independencia de la moral que reune en principios y leyes universales á todos los hombres; la luz de la prensa y de la tribuna, que no sólo esclarece sino que tambien vivifica á los pueblos; las bases de nuestra política, á saber, la sobera-

[redacted]

tástrofes en la Iglesia, divisiones en el episcopado, protestas y cismas, divinizar un sér más en el mundo, ascenderlo al cielo, proclamando un principio absurdo, un privilegio incomprensible, la infalibilidad personal del Papa, la infalibilidad que los más creyentes, los más piadosos tan solo habian atribuido á la Iglesia universal, competentemente convocada, y bajo las leyes canónicas reunidas para pedir y obtener la luz y la asistencia del Espíritu-Santo.

Desde el dia, desde la hora en que semejante absurdo se anunció al mundo, comenzaron los cismas y las divisiones á perder más y más á la Iglesia. Como Gerson señala indudablemente la revolucion contra la Iglesia del siglo décimocuarto; como Savonarola señala á su vez la revolucion contra la Iglesia del siglo décimoquinto; como Abelardo la revolucion del siglo duodécimo; como Lutero la revolucion del siglo décimosexto; como el partido albigense la revolucion del siglo décimotercio; como Arrio la revolucion del siglo cuarto, en esta línea de las herejías, pa-

ralela á la línea de los dogmas, señalan dos hombres, el uno más retórico que filósofo, el Padre Jacinto, y el otro más filósofo que retórico, el doctor Dœllinger, la revolucion del siglo décimonono. La fuerza del catolicismo es tan grande que, á pesar de encontrarse la idea protestante, como en potencia, dentro de la raza germánica; á pesar de unirse esta idea á todas las glorias de sus anales; pues sobre la frente de Lutero han creido los germanos ver brillar el espíritu de Arminio, y en la Roma católica descubrir la misma Roma pagana que atormentó á sus padres por tantos siglos y los arrojó al circo para sus bárbaros divertimientos; todavía conservaba casi íntegra una parte considerable de alemanes sobre todo en la region del Mediodía. Y como si le corriera prisa perder esta fuerza, este vivo testimonio de su imperio sobre las conciencias, suscita la apoteosis personal del Papa, y con la apoteosis personal del Papa engendra el Lutero del Mediodía.

No, no podia consentir un aleman versado en las ciencias canónicas que toda interven-

[redacted]

cion de las Asambleas en el gobierno de la Iglesia fuese nula, y toda autoridad se vinculara absolutamente en ese jefe único, divino, que se llama el Papa. Sentia bajo su mano la corriente liberal de los espíritus más ilustres aun dentro del catolicismo y no estaba por malograrla y perderla. Podian los eclesiásticos independientes luchar, unos porque la Iglesia fuese aristocracia, otros porque la Iglesia fuese democracia; pero todos rechazaban igualmente la infalibilidad unipersonal del Papa. Segun ellos, los Obispos son jueces, que deben siempre entender del dogma y en caso oportuno, juzgar, condenar y deponer al Papa. Cristo no dió exclusivamente la facultad de nombrar Obispos al apóstol San Pedro. Tuviéronla todos los otros apóstoles. Ellos nombraron á Santiago llamado el Justo. San Pablo nombró á Timoteo Obispo de Efeso, y trasmitió á Tito su autoridad para fundar Sedes en Creta, y proveerlas. En los primeros tiempos no hubo una sola ciudad que ejerciese el dominio eminente en la direccion de la Iglesia; hubo tres, Alejandría que dominaba

en Africa; Antioquía que dominaba en Asia; y Roma que dominaba en Europa. Mas si hubo alguna Sede que sobre todas se elevara fué la Sede augusta de Jerusalen, por su orígen apostólico.

La supremacía de Roma y de su Obispo ha sido el fruto amargo de una larga série de falsificaciones. Llegaron á tal número y á tal atrevimiento que falsificó Roma el cánon cuarto del gran Concilio de Nicea, de aquel Concilio, donde se redactó definitivamente el símbolo de la fé católica. En este cánon interpoló furtivamente las palabras «primacía romana.» Cuando el legado pontificio las leyó en el Concilio calcedoniense, armóse un gran escándalo, levantóse de todos lados incontestable protesta; y Roma, la Roma católica, la que creia ser depósito de la verdad y oráculo de la moral, fué por los mismos Obispos católicos, por aquellos á quienes pretendia dominar convencida de impostura.

Pero á medida que el Cristianismo va siendo arrojado del Oriente, y concentrándose en Occidente, las pretensiones de los Papas cre-

[redacted]

cen y son más atendidas; y su sistema de falsificaciones adquiere grande crédito, hasta en aquellos que más combaten la excesiva autoridad pontificia, como por ejemplo, Dante, el cual supone auténtica la donacion de Constantino. Roma, para oponerse á los Obispos y al clero secular, envia por el mundo las órdenes monásticas. La de Cluny es una órden poderosísima, que uniforma todas las liturgias particulares, fundándolas en la liturgia romana. Los templarios llegan á erigirse como en ejército permanente del Papa, pues el dia de su expulsion será para Roma un dia tan nefasto como el dia de la expulsion de los jesuitas. Los franciscanos, aunque la heregía tiene tanta parte en su órden, sostienen el misticismo, en el momento en que Europa se vuelve hácia el culto de la humanidad en la Naturaleza por los primeros albores del Renacimiento. Los jesuitas por último, crean y fundan una asociacion misteriosa destinada á poner al servicio del Papa, hasta el crímen, y á penetrar en los salones para posesionarse del arbitrio de los reyes,

dominando por la habilidad y la simulacion del mundo que no podian someter por la autoridad y por la fuerza.

El partido jesuítico, omnipotente desde 1848 en Roma, no queria el Concilio, sino para afirmar la infalibilidad personal del Papa. Y si el Papa es verdaderamente infalible, los Obispos están demás en el mundo, los Concilios demás, la Iglesia demás; basta con el Papa. Y el espíritu del Papa no podia ocultarse á nadie desde las declaraciones del Syllabus. Queria una reaccion ciega, universal, contra la cultura moderna; queria acabar con el derecho de los indivíduos á la libertad de su conciencia y á la propiedad de su pensamiento; queria destruir la nueva familia civil nacida de la revolucion y fundada en la tolerancia; la secularizacion de la Escuela, del Estado, de la Universidad; la independencia de la moral que reune en principios y leyes universales á todos los hombres; la luz de la prensa y de la tribuna, que no sólo esclarece sino que tambien vivifica á los pueblos; las bases de nuestra política, á saber, la sobera-

[redacted]

nía del indivíduo y la soberanía nacional; el espíritu de nuestra ciencia, su aspiracion incontrastable á oir solamente la voz de la razon, en fin, todos los elementos que son como el oxígeno del aire en que respira nuestro espíritu.

Jamás una sociedad estuvo en pugna tan abierta con una religion. Jamás una religion se opuso tan fuertemente al desarrollo de una sociedad. No parece sino que intentaba ahogarla. Si el paganismo, á pesar de los grandes principios metafísicos y morales, con que supo renovarlo casi completamente la escuela de Alejandría, no pudo satisfacer á la nueva sociedad que traian los germanos, ¿podria satisfacer ese catolicismo estrecho, invasor, el que abrasó á Giordano Bruno, el que arrancó los ojos del alma á Galilco, el que condenó á Descartes, el que excomulgó á la moderna democracia; podria este catolicismo satisfacer á la nueva sociedad fundada en principios incontrovertibles de justicia? Así no era maravilla que durante la preparacion del cilio, Dœllinger no estuviera solo en la

tarea de anunciar los males que iba á desencadenar sobre la Iglesia el empedernido egoismo y la incurable ceguera de la escuela jesuítica, combatida por los prelados de ánimo más varonil y corazon más entero. El prelado de París publicaba una pastoral de despedida á los fieles de la gran metrópoli. El espíritu y hasta el acento de Bossuet vibraban en sus períodos. Su objeto capital era tranquilizar los ánimos inquietos que ya veian una proclamacion súbita, instantánea, unánime de la infalibilidad del Pontífice. El prelado decia que esto no era posible, que la proposicion iba á ser discutida. Y al decir discutida indicaba bien que iba á ser contrariada. El Obispo de Orleans estaba más esplícito, porque, si bien ménos galicano, fué tambien siempre por temperamento mucho más batallador y vigoroso. Así es que perdia en aquel momento, como en los tiempos en que contendiera con el ultra-catolicismo de Donoso Cortés, todo cuanto ganó criticando acerbamente la política de Napoleon y de Víctor Manuel en Italia. Llegaba á decir en

[illegible] la Iglesia no hubiera perdido una de sus porciones mas ilustres. La raza [illegible] en tiempo de Enrique VIII, [illegible] personas del Papa fueran moderadas [illegible] por la divina prudencia de la Iglesia. ¡Oh virtualidad de la discusion! Hace [illegible] años, cuando el Papa se entregaba a [illegible] de su conciencia aislada [illegible] del mundo católico y al ejercicio de su [illegible] infalible, salian de sus [illegible] que nadie contestaba [illegible] iba a reunirse [illegible] desplegarse, siquiera [illegible] al humano principio [illegible] la verdad de los labios de los obispos mas sumisos al trono [illegible] de los Pontífices. La discusion produjo con sus [illegible] relampagos de verdadera luz y calor de verdadera vida.

El espíritu de disension agitaba por estos [illegible] la Iglesia con una agitacion saludable. [illegible]ispos españoles de uno y otro conti-

nente y los Obispos italianos se mostraban muy sumisos, pero los Obispos franceses muy divididos. Una gran parte de ellos se inclinaba al galicanismo, á esa variante del protestantismo. Esta inclinacion tan propia de los Obispos franceses y de sus tradiciones sembró ciega cólera en los Obispos ultramontanos, y sobre todo en el jefe del más exaltado ultramontanismo, en el Obispo de Malinas. Las ideas y aun la persona del Obispo de Orleans fueron horriblemente maltratadas. El Obispo de Orleans quiso contestar cuando ya estaba en Roma, en la Roma sometida al Papa. Pero en Roma no habia imprenta capaz de publicar libros contrarios al pensamiento del Papa, aunque esos libros fueran obra de un Obispo. Y el maltratado tuvo que refugiarse en las imprentas de Nápoles. ¡Oh libertad! ¡Cómo te necesita siempre el pensamiento humano! ¡Donde no estás tú, está el desierto moral! Ese Obispo, que tanto maldijo las revoluciones italianas, debia á las revoluciones italianas la defensa de su honra y de su conciencia. ¡Oh libertad!

Concilio, murió un var
do al sentir del Obispo
varon era el conde
conocido en el mundo p
s en el empeño de r
on la libertad. Ron
'embert profun
s talentos, l
'o modern
ules, él hab
ısima elocuencia
a los combates. El dia
del alma Lamennais se apar
glesia, el conde de Montalembert
ó en su seno, á pesar de que el ilust
escritor, á quien se ha llamado el últin
padre de la Iglesia, llevábase consigo la m
tad de su alma. El año 49 promovió en
Asamblea francesa desde la tribuna, con
elocuencia fulminante, aquella intervencio
que devolvió al Papa su corona terrestre.

Mas el conde habia querido ver la libert
moderna unida al antiguo Catolicismo. Eso
imperdonable. Para Roma no hay más re

[redacted]

Solamente la injusticia, solamente el error pueden desconocerte y huirte.

El Obispo de Orleans probaba en su defensa que la hora de la convocatoria no era oportuna para definir la infalibilidad de los Papas; que tal dogma iba á suscitar cuestiones históricas y cuestiones teológicas peligrosísimas para la fé; que habia dificultad casi insuperable en enumerar las condiciones en que el Papa pudiera ser infalible; que en su persona no pueden separarse el doctor privado del Pontífice; que el dogma habia de tener efecto retroactivo y la virtud de la infalibilidad dilatarse hasta los primeros Papas cuando el género humano sabe la existencia de varios Papas herejes; y que, por estas y otras muchas razones, aconsejaba prudencia, no alarmar al mundo con proposiciones que pudieran fomentar la heregía, traer un cisma y dividir en partidos enemigos el seno de la Iglesia.

La irritacion producida en Roma por tales escritos fué inmensa, de una intensidad infinita. En medio de estas disputas teológicas, á

[redacted]

los comienzos del Concilio, murió un varon ilustre, muy adherido al sentir del Obispo de Orleans. Este ilustre varon era el conde de Montalembert, tan conocido en el mundo por sus hercúleos trabajos en el empeño de reconciliar el Catolicismo con la libertad. Roma debia al conde de Montalembert profunda gratitud. Cuando los grandes talentos, las grandes palabras, que el mundo moderno ha engendrado, le eran hostiles, él habia puesto á su servicio altísima elocuencia y ánimo templado para los combates. El dia en que su amigo del alma Lamennais se apartó de la Iglesia, el conde de Montalembert se quedó en su seno, á pesar de que el ilustre escritor, á quien se ha llamado el último padre de la Iglesia, llevábase consigo la mitad de su alma. El año 49 promovió en la Asamblea francesa desde la tribuna, con su elocuencia fulminante, aquella intervencion, que devolvió al Papa su corona terrestre.

Mas el conde habia querido ver la libertad moderna unida al antiguo Catolicismo. Eso es imperdonable. Para Roma no hay más reli-

[redacted]

gion que aquella religion autoritaria, que degradando la conciencia y entregándola esclava á un Papa, y degradando la voluntad, y sometiéndola sierva á un rey, suprime casi de la tierra al género humano, convirtiéndolo en docilísimo autómata. Los Obispos liberales no pudieron consagrar solemne oficio de difuntos al animoso escritor. El Papa no quiso presenciar tan significativa manifestacion contra su soberbia infalibilidad.

Así, mientras todos los padres se hallaban reunidos en las primeras sesiones del Concilio, el Papa se deslizó como quien se oculta en una apartada Iglesia, y allí, á hurtadillas, asistió á un oficio solemne por el alma del conde de Montalembert, oficio celebrado en medio de la mayor soledad. ¡Triste y pavorosa enseñanza para todos aquellos que todavía sueñan hoy con reconciliar el absolutismo del Pontificado y los inviolables derechos de la conciencia humana!

Desde las primeras sesiones comenzó á mostrarse sorda resistencia á las tentativas jesuíticas: grande, irreparable desengaño

para la córte pontificia. El Papa imaginaba que, reunidos los Obispos, la declaracion del dogma de su infalibilidad inmanente seria obra de una sola sesion. Figurábase que la antigua autonomía de la Iglesia de Oriente estaba muerta y muerta la tradicion galicana, y muerto ese espíritu de independencia germánica, tan opuesto por siglos de siglos al poder romano. En su confianza creia abolido el Episcopado, reunidas todas las Iglesias en la Iglesia de San Pedro, su conciencia personal puesta en reemplazo de la conciencia humana, y su propio sér, elevándose sobre las tristes condiciones de nuestra naturaleza, hasta el esplendoroso trono de la divinidad, como único sér, despues de Dios, omnipotente é infalible. Pero el primer obstáculo á sus pensamientos lo encontró dentro de las Iglesias que creia á su pensamiento más adictas. En su lucha con la ciencia y con el liberalismo contemporáneo los Obispos de todas las naciones habian exagerado la autoridad del Papa. Roma imaginaba que solo existian ya en el mundo Obispos ultramontanos.

[redacted]

Cuántas veces había reunido el episcopado, otras tantas lo había encontrado á su voz sumiso, á su autoridad dócil, formando por su fuerte organismo un solo cuerpo animado de un solo espíritu, que era el espíritu mismo del Papa, como si su alma se hubiera trasfundido por toda la Iglesia. Así á un devoto que le preguntaba cómo no había prescindido en la declaracion del dogma de la infalibilidad, á la manera que en el dogma de la Concepcion, de esos largos expedientes canónicos; de esa embarazosísima Asamblea ocasionada á tantos disgustos y tantas dificultades le dijo Pio IX, que había reunido el Concilio por una cuestion de delicadeza, por no declararse á sí mismo infalible. Una cuestion de delicadeza personal agitaba al mundo; encendia las conciencias; embargaba el ánimo de los gobiernos; traia al público debate los más pavorosos problemas; convocaba á los Obispos; reunia un Concilio Ecuménico, y engendraba un Cisma. La monarquía, grande peligro en el gobierno del Estado, es mayor peligro en el gobierno de la Iglesia. El Papa se detenia ante ligerísimo es-

crúpulo. En la decadencia del mundo antiguo, en la muerte del paganismo, en la agonía de los dioses, los Césares que se alojaban en Roma, y veian su trono tan alto, y el mundo tan bajo, su persona idolatrada, y tan degradado el hombre, se declaraban á sí mismos infalibles, omnipotentes, inmortales, eternos, verdaderas divinidades, dignas de adoracion, y de templos. Y en verdad que no debia dejarlo por falta de idólatras. Un periódico español llegó á decir que debia ser adorado el Papa como el Santísimo Sacramento del Altar.

Cuán distantes á la verdad de aquellos tiempos en que la fé era purísima y nativa; la organizacion eclesiástica espontánea; en que la idea latia fuertemente en todas las conciencias y el verbo elocuentísimo de la buena nueva erraba por todos los lábios encendidos en los carbones del profeta; y la primacía no era el poder político artificiosamente nombrado, no era la autoridad coercitiva, material, exterior de un Papa, sino la prerogativa alcanzada por el propio mérito, concedida á la alta elocuencia, á la sed del martirio, á los libros lu-

[redacted]

minosos, á las grandes obras, como la obtuvieron Atanasio en Nicea, Orígenes en Alejandría, Ambrosio en Milan, Clemente en Roma.

Cualquier lector, con solo hojear la primitiva historia eclesiástica, distingue de la Iglesia romana de hoy la Iglesia apostólica de otros tiempos, cuyos cargos son elegidos por el pueblo; la Iglesia del sufragio universal y de la disciplina republicana; la Iglesia de la fraternidad y del entusiasmo; la Iglesia del culto severo, que refugiada en las catacumbas, y perseguida por los Césares, siembra millares de ideas, como luminosos astros, en la oscura conciencia de un mundo agonizante, y envia legiones de mártires á los circos para que se sellen con su sangre y testifiquen con su muerte los sobrenaturales milagros de la virtud y de la fé.

Aunque Pedro haya tenido la autoridad pontificia, aunque haya elevado su autoridad y su nombre sobre toda la Iglesia, fuerza es reconocer que en su estrecho espíritu judío, en sus ideas reaccionarias, en su apego á la

Sinagoga, se hubiera perdido el Cristianismo, mientras el humano espíritu de Pablo, que no era Papa, que no tenia otra autoridad sino la autoridad moral, abrió de par en par las puertas de la Iglesia á todas las razas, y salvó de esta suerte con la luz de sus ideas universales y el temple de su carácter severo la fé de nuestros padres.

Lo cierto es que en los tiempos divinos de la Iglesia, el obispo de Roma no tenia la autoridad que luego se arrogara, ni el Catolicismo el carácter autoritario y monárquico que hoy señala su irremediable decadencia. El Concilio de Nicea fué presidido por un obispo de Córdoba, por Osio, y no por un obispo de Roma, que ni siquiera asistió á aquella Asamblea, á la cual podríamos llamar con razon la Asamblea Constituyente del Cristianismo. Los obispos se daban entonces entre sí el tratamiento de Santidad, y se llamaban hermanos. Solo denominaban padre al que era mas viejo, y no al que residia en Roma. Gobernaban la Iglesia universal por medio de los Concilios, porque la Iglesia era una República y no

[redacted]

una monarquía. El Occidente admitia como dogmas los cánones de los Concilios de Oriente, del Concilio de Nicea, aunque de trescientos diez y ocho obispos solo hubiera cuatro occidentales. El pueblo nombraba los obispos, y los obispos regian su iglesia particular en Sínodos, la Iglesia universal en Concilios. Y en estos tiempos en que el Cristianismo se divulga, Roma era la ciudad ménos consultada, la ciudad ménos creida, porque Roma aparecia á los ojos de los cristianos primitivos como la Babilonia de Occidente, sobre la cual iba Dios á verter la copa de la celeste ira; porque Roma conservaba con singular constancia culto singularísimo á la religion de sus héroes, al antiguo paganismo.

Mas ¿por qué irnos tan lejos? La primacía del Papa se ha fundado, su autoridad se ha reconocido, ha peleado el gran general de la autoridad pontificia, Gregorio VII; ha reinado el grande y feliz Inocencio III; los obispos han caido á sus plantas, la aparicion de la Reforma. lejos de contrariar esta ascension del Papa á la supremacía, la ha impulsado en

los pueblos católicos; un nuevo mundo, bautizado por la Iglesia, adoctrinado por la Iglesia, ha surgido de las aguas para compensar con creces al Catolicismo de la porcion de territorio perdido en el Viejo Mundo; y el Papa llega á una completa dominacion sobre las almas. Pero ¿tiene en el mismo siglo décimo-sexto la autoridad absoluta que ahora se atribuye? Distinguíase entonces el episcopado español por una exaltacion tan ortodoxa como anti-papista. Arias Montano declaraba que la intervencion del Papa en el nombramiento de los obispos era de derecho humano, pero no de derecho divino, ni de necesidad absoluta. El arzobispo de Granada, Guerrero, que deslumbró al Concilio de Trento con sus luces, profesó el principio de que entre los obispos no hay superiores, de que todos, incluso el Papa, son hermanos. ¡Qué indignacion se apoderó de los obispos, cuando el legado pontificio en el discurso de inauguracion del Concilio, en vez de mentar la luz de Dios, mentó la luz del Papa, *lumen Papæ*, invocándola y pidiéndole que extendiera su áureo éther des-

[redacted]

de las conciencias de los fieles hasta las cimas de los Alpes, como aquella luz de la luz, de que hablaba en su evangelio San Juan y en su símbolo de la fé todos los apóstoles. El Papa tuvo que desautorizar á su legado y reconvenirle por la audacia y por la inconveniencia de sus palabras.

Lo cierto es que en diez y ocho años de lucha en que el Pontificado combatió á muerte con los ilustres obispos españoles, franceses, alemanes, y solo tuvo á su devocion los obispos italianos, á cuya mayoría sustentaba en Trento del peculio pontificio; en diez y ocho años, decíamos, no pudo conseguir que se declarara la autoridad pontificia superior al Concilio, ni siquiera su igual; y en nuestro tiempo se hace del Papa, no ya Concilio, sino toda, absolutamente toda la Iglesia. Era axiomático, lo era en la sucesion de los tiempos que sobre el Papa estaba la Iglesia con todos sus creyentes; que sobre el Papa estaba el Concilio con todos sus obispos. Y ahora el nombre del Papa se eleva como la hostia consagrada en la misa sobre la cabeza del sacer-

dote, el nombre del Papa se eleva hasta perderse en el cielo y confundirse con el nombre mismo de Dios. Esto puede tener la ventaja material de convertir la palabra del Papa en una revelacion permanente; pero tiene la desventaja enorme de cambiar radicalmente la naturaleza de la Iglesia. La Iglesia, con el dogma de la infalibilidad pontificia, pierde toda su solidez y queda sujeta á las contínuas oscilaciones de la voluntad y del pensamiento de un solo hombre. Malo, pésimo es el absolutismo político, pero no tiene comparacion alguna con el absolutismo religioso que reina en las puras y serenas regiones de la conciencia. Allí el absolutismo desarraiga el pensamiento en su gérmen, despoja la personalidad de alma, y el alma de libertad moral, que es como despojarla de la vida. Los gobiernos europeos, fundados en principios opuestos á los principios eclesiásticos, debian suscitar graves dificultades al Vaticano antes y despues de la reunion del Concilio.

Muchos de ellos habian pensado gravemen-

[redacted]

te en demandar el privilegio que tuvieron los antiguos reyes, la asistencia al Concilio por medio de sus delegados. Pero el Papa se negó resueltamente á acceder á esta demanda. Hubiérase podido creer que se negaba en nombre de la libertad de la Iglesia y de la separacion necesaria entre los poderes para conservar cada cual su esfera propia; negábase en virtud de aquel antiguo principio de dominacion exclusiva, de absoluta autoridad, de supremacía sobre los poderes civiles; principio que de prevalecer en la conciencia y en la historia, empujaria al mundo, de retroceso en retroceso, hasta el antiguo Oriente y sus monarquías sacerdotales. Por consecuencia, el Papa se encontraba en la cima del mundo religioso aislado y solo, como el Dios del Koran allá en la cima del Universo; los poderes políticos y civiles de la tierra apartados de su contacto, y sin disputarle ni siquiera la histórica jurisdiccion que guardaron sobre las conciencias; los obispos de la Iglesia universal reunidos, congregados en torno de su persona; puestos unos de rodillas y otros

en contemplacion estática, como los pintores ponen á los ángeles en torno á la figura de Cristo ó de María, sumisos y atónitos; puesto que se acercaba el instante de dejar el Papa en su trono las materiales cadenas ceñidas á nuestra naturaleza por el límite, y de convertirse en sér infalible, impecable, no sabemos tambien si en sér eterno, como los antiguos dioses.

A muchas almas piadosas, disgustadas del positivismo que se habia apoderado de la Iglesia les alentaba el pensar que la discusion libre abriria nuevos horizontes á la idea religiosa. ¡La discusion libre! Pero estaban todas las medidas tomadas para que no pudiese haber ningun género de libertad. La presidencia era una delegacion pontificia; la mesa de pontificio nombramiento. El derecho de iniciativa, el primer derecho de todo miembro de una Asamblea deliberante, quedaba desconocido y negado. Llevaban los jesuitas del Vaticano un cuestionario en el cual se apuntaban todos los problemas, y el método para debatirles, y el tiempo de duracion de los discursos,

[redacted]

y las censuras que iban á pesar sobre estos discursos; y aun despues de pronunciados con estas limitaciones, las reservas que exigian y la precaucion que se debia emplear en darlos á la estampa á esta herética máquina de propagar todas las ideas. Un sacerdote chusco, enamorado de la vena antigua que tenian los padres del Renacimiento, y los grandes eruditos, procurando imitarla, comparaba los obispos del Concilio con figuras de teatro de niños; con polichinelas de carton, movidas por los hilillos jesuíticos. Al obispo incierto se le halagaba, al tibio se le reconvenia, al amigo se le hechizaba con favores contínuos y adulaciones inacabables, al enemigo se le amenazaba con los rayos de la cólera pontificia. El Papa que tiene la manía de los discursos, pronunciábalos á cada coyuntura oportuna é inoportuna; y este discurso era una sátira, aquel una amenaza, el de más aquí un elogio, el de más allá una censura, pero todos igualmente encaminados á recabar su divina infalibilidad. A uno de los armenios, de los obispos orientales, que habia negado el dog-

ma apetecido, le recibió con tales palabras y ademanes, en cólera tan grande montado, con ira tan ruidosa y profunda, que cayó enfermo el buen oriental, pues creyó verse hasta abofeteado por el Papa. Ya presentia el Patriarca de Constantinopla que se trataba de la apoteosis de un hombre, y no de la renovacion de una Iglesia cuando á la carta del Papa en que pedia la union de todos para contrastar el espíritu anti-religioso del siglo; en que trataba de la armonía, como en el Concilio de Florencia, como en aquella época en que se reconciliaban la Iglesia de Oriente y la Iglesia de Occidente; á una carta así contestaba con una negativa rotunda. Hora oportuna aquella para haber llamado á todas las Iglesias ; para haberlas reunido en la ciudad que encierra dentro de sus horizontes los dos hemisferios de la historia; ante las obras del arte que manan la miel de la inspiracion y prestan sávia al talento; sobre el ara de las catacumbras donde espiraron los mártires sublimes de la renovacion del espíritu humano; y allí, en aquel Sinaí del pensamiento religioso, haber dictado á la luz

[redacted]

[illegible] religion del [illegible] sus dog- [illegible] existen- [illegible] del alma. [illegible] que sus- [illegible] por ser [illegible] en [illegible] experien- [illegible] en que [illegible] de Dios [illegible]

[illegible] aun- [illegible] espec- [illegible] es- [illegible] A [illegible] instituciones [illegible] pero se [illegible] en vano. Un dia estaba [illegible] a sus ocupacio- nes [illegible] que se apo-

dera de las grandes reuniones en sus trabajos ordinarios. Si algun observador imparcial, en aquel momento lo estudiara, comprendiera que en ningun modo se trataba de una Asamblea, sino de una Córte. En un costado levántase San Pedro, el antiguo ídolo pagano transformado segun la tradicion vulgar en el príncipe de los apóstoles; la estátua grosera de la Edad Media en realidad, cuyos piés ha mellado á besos la secular supersticion; aquella efigie del fundador de la autoridad pontificia con su tiara terminada por explendentes coronas de oro; con su manto lujosísimo, indicando la pretension al dominio universal; sobre la tierra que fué jardin de los Césares, bajo la bóveda que corona y remata la historia moderna; imágen de un santo á los ojos del creyente, imágen á ojos más escudriñadores del sueño de los pontífices, que elevándose sobre la revolucion, sobre la filosofía, sobre la reforma, sobre la constitucion civil de las sociedades modernas, sobre los Concilios, sobre el Imperio germánico, sobre las cordilleras inaccesibles opuestas á su ideal, todavía

[redacted]

[illegible] y en el [illegible] mundo. [illegible] de [illegible] Papa más [illegible] era aquel [illegible] El [illegible] y hom- [illegible] sembra- [illegible] al [illegible] del [illegible] asambleas [illegible] costumbre ó [illegible] gestas de hombres que [illegible] vivísima de la [illegible] sus [illegible] las señales [illegible] libres como el pensamiento, [illegible] como la inocencia, llenos de amor divino, embargados por su [illegible] religioso; que invocaban al Dios

del alma, que practicaban las virtudes republicanas de la fraternidad universal, y que vivian y morian por sus creencias, bautizando con sus trémulas manos la humanidad regenerada y transfigurada por la virtud de su palabra. En el Concilio Vaticano todo era exterior mecánico, propio de un mundo que ha perdido la fé en el ideal, y que solo se mueve por materiales resortes. Y sin embargo un obispo logra conmoverlo, alentarlo, sacando de aquellos hombres de mármol una centella del fuego vivificador de las ideas. Y este obispo es medio-eslavo, de los dominios austriacos, grande amigo del Papa, sostenedor de su autoridad temporal, enemigo implacable de las reformas con que se ha querido trasformar el clero de su Imperio, y quitar poderío y autoridad á la Iglesia. Todo parecia que lo señalaba á ser el predilecto de los pontificios. Y sin embargo, un dia se levanta trémulo, acongojado, con los ojos llorosos y crispadas las manos; sube á la tribuna del Concilio próxima á derrumbarse bajo el peso de las declaraciones inminentes, tiende los

[illegible] estrechar contra su [illegible] humano, al- [illegible] como si qui- [illegible] del Espíritu-San- [illegible] porque el latin es [illegible] en las cla- [illegible] de sus lá- [illegible] juntaban la idea [illegible] discursos, voz [illegible] grande insti- [illegible] infalible [illegible] persona semi-divi- [illegible] ministerio [illegible] padres oyeron [illegible] despues se fijaron; [illegible] y por último se [illegible] gritos desaforados [illegible] como en la última [illegible] Asambleas, como en el último de los [illegible]. El discurso hirió en el corazon al Pon- [illegible]. Y lo hirió tanto más, cuanto que en aquellos dias uno de sus predilectos obispos, [illegible] entre todos, el que amaba como San Juan, el cardenal prelado de Ba-

bilonia se revolvió en discurso tambien ardiente y aplaudido contra el dogma de la infalibilidad, salida extraña de nadie esperada y que obligó al Papa á repetir las palabras de César en el trance supremo de la muerte: tú tambien hijo mio.

Pero ya veremos en los sucesivos capítulos cómo se consumó la proclamacion del dogma, y por consecuencia la nueva ruina de la Iglesia. Hoy solo nos toca, para ver las relaciones de estos hechos con el movimiento político en general, y con el movimiento republicano en particular, ver de paso las dos grandes figuras eclesiásticas, á las que el Concilio ha lanzado fuera de la Iglesia, y que han traido hondísima agitacion democrática al seno de la humana conciencia.

El uno es sábio, y el otro orador; el uno, versado en las ideas y el otro en los sentimientos; el uno erudito hasta resumir la ciencia eclesiástica con una profundidad propia de los primeros doctores españoles en el siglo décimosexto, y el otro artista al punto de repetir en su palabra los ecos de la elocuen-

[redacted]

ca de Fenelon: ambos á dos lumbreras de la iglesia y ornamentos de su tiempo, aunque tuviera el uno demasiada pesadez y el otro demasiada ligereza en sus obras. Su conversion ha traido nuevos elementos democráticos á la conciencia de este siglo. Protestando contra la autoridad absoluta en el lenguaje de los tribunos, han derramado gérmenes de republicanismo que no desaparecerán. Volviendo el pensamiento á los primitivos tiempos de la Iglesia, al régimen de discutirlo todo en las asambleas, y de nombrar á todos los representantes de alguna autoridad en pública eleccion, han demostrado que el cristianismo es y será siempre, á despecho de los que han querido convertirle en imperial y cesáreo, una religion esencialmente democrática y republicana. Uno de estos hombres se llama el Doctor Dœllinger, y el otro se llama el Padre Jacinto.

Era el Doctor Dœllinger estimadísimo en Roma. Sus obras magistrales sobre Historia eclesiástica merecian esta profunda estimacion. Un poco sobrecargadas de noticias y

datos, como la mayor parte de los escritos alemanes, algunas veces pasan por sus páginas de bronce relámpagos de verdadera elocuencia. Pero el título principal que tenia á la estimacion de la curia romana era su ardiente libro apologético del poder temporal de los Papas. Es verdad que en este libro usaba de algunos extraños argumentos, nuncios fieles de su radicalismo religioso, como el defender la autoridad política del Pontífice á fin de llegar á la separacion de la Iglesia y el Estado; pero no se curaban de esto en Roma, y admitian el libro como oro, sin mirar la aligacion de otros metales que en sí mismo llevaba. Al libro sobre la autoridad política de los Papas unió otro libro de la superioridad religiosa, intelectual y moral de la Iglesia católica sobre todas las Iglesias. Era un tratado dividido en dos partes, como en dos partes se habian dividido sus discursos sobre el poder temporal de los Papas. En la primera trazaba el estado de todas las Iglesias cristianas separadas de Roma, y las creia á todas ó decadentes, ó disueltas, ó ajenas al

[redacted]

puro sentido evangélico, por haberse apartado del puro sentido romano. En la segunda insistia sobre la doble necesidad de mantener el poder espiritual y el poder temporal de los Pontífices, aunque rejuvenecido y afianzado en las reformas políticas. Para Dœllinger las Iglesias protestantes cada dia se apartaban más de la fé y de la esperanza. Unos de sus teólogos decian que el catolicismo es la Iglesia de San Pedro, que el protestantismo la Iglesia de San Pablo, y que ahora se necesitaba una Iglesia por la idea y por el amor sobre estas dos Iglesias, ó sea la Iglesia de San Juan. Otros decian que la Iglesia griega habia sido la Iglesia metafísica cristiana; la Iglesia romana habia sido la Iglesia canónica y jurídica; la Iglesia protestante la Iglesia moral; y que se necesitaba una cuarta Iglesia en la cual todas las otras se resumieran y se reconciliaran. Muchos creian que el género humano está decadente, abatido; sus ideas religiosas en eclipse; sus ideas morales en cáos; y habia que aguardar una nueva Pentecostés, una aparicion nueva del espíritu di-

vino, que despertara al mundo por milagrosa invocacion del sueño de todos los placeres que lo aletarga y lo embrutece. En estas esperanzas apocalípticas; en estas teorías que tanto tienen de leyenda, encontraba el sábio aleman la demostracion de cómo se pierde la conciencia humana cuando abandona el polo inmóvil de la autoridad divina y cómo necesitan todas las Iglesias, si no quieren disolverse, tornar al seno de la Iglesia única, que guarda en depósito la revelacion cristiana. Pero no se le ocultaban á Dœllinger las dificultades de esta reconciliacion. El libro, no en su segunda parte, pero sí en su primera, mereció los elogios de todos los prelados, como la demostracion más elevada y más clara de la grande superioridad de la Iglesia católica sobre todas las Iglesias disidentes.

Hallábase rodeado, pues, Dœllinger de los homenajes universales del mundo católico, cuando Roma convocó el Concilio. Sus dos ideas de la separacion entre la Iglesia y el Estado, de reforma en el poder político de los Papas, anunciaban que en la gran controver-

[illegible] los [illegible] es que la [illegible] del Papa [illegible] Concilio [illegible] Döllinger [illegible] elevado y [illegible] La supre- [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] de su ca- [illegible]

[illegible] pocas pa- [illegible] infalibilidad. Los [illegible] de Constanza se lo ne- [illegible] algunas palabras [illegible] planteado en el si- [illegible] y algunas complacen- [illegible] Cayetano, deducido en el

siglo décimosexto las conclusiones favorables á un poder tan omnímodo y absoluto. El mismo Torquemada decia que un Papa no puede ser hereje, porque en el momento de abrazar la heregía deja de ser Papa. Cayetano, y sólo Cayetano desirvió de esta suerte á Dios por servir al Papa.

La idea no habia nacido con vigor. Al poco tiempo de proclamada en nombre de la Curia Romana, sube al trono de Roma Adriano VI, antiguo catedrático en Lovaina, el cual mantuvo en sus magnas obras teológicas la opinion contraria á la del Cardenal Cayetano, opinion que se hubiera ahogado y perdido como tantas otras extravagancias, á no haber venido, con el advenimiento de La Reforma, una grande reaccion religiosa al mundo moderno; reaccion señalada por el Concilio de Trento.

A pesar de la oposicion del Tostado, grande obispo y fecundísimo escritor español, á pesar de las declaraciones terminantes del teólogo Escobar, y de los informes sobre la Curia Romana de Melchor Cano, Roma y sus

[illegible]

[illegible] España [illegible]

[illegible]

[illegible] de Asia.

[illegible] Concilio [illegible] por [illegible] con los ojos puestos, en la

[redacted]

conciencia y la mano puesta en el corazon, que ninguno de sus acuerdos, ninguno, podia obligar á los creyentes en Cristo y en su divina Iglesia.

En los tiempos de pura y verdadera fé; cuando la conciencia, cansada del Dios-naturaleza contenido en el paganismo, se convertia al Dios-espíritu de los cristianos; en aquellos tiempos, en que la idea estaba más inmaculada y el combate y el martirio más recientes, apenas hay huellas de esa autoridad suprema que luego se atribuyeron los Pontífices en nombre de la ciudad de los Césares, la más fiel entre todas las ciudades á los antiguos Dioses.

En el año 316 un Obispo de Roma fué declarado hereje. En 680 otro convencido de heregía ante un Sínodo. En 431 el Concilio de Calcedonia rechazó las pretensiones del Papa Leon I, encaminadas á recabar una autoridad más alta que la autoridad de los obispos y una superior jurisdiccion sobre sus derechos. En pleno siglo décimotercio, cuando comenzaba la decadencia de la fé y renacia la

[redacted]

autoridad de la razon; como para organizar la vida religiosa fuertemente, y contra los embates de los siglos venideros, se formuló, sostuvo y divulgó el dogma de la autoridad pontificia. La Iglesia se organizaba mecánicamente en la sociedad á la misma hora; al momento mismo en que se desorganizaba espiritualmente en las conciencias. Le faltaba la fé y acudia á la fuerza, se le escapaba el espíritu humano, y constituia la autoridad.

A esta constitucion del Catolicismo habian contribuido en primera línea Gregorio VII en el siglo undécimo; Inocencio III en el mismo siglo décimotercio. Pero los títulos históricos por ellos invocados, eran completamente falsos. Falsas las decretales de Isidoro Mercator; falsa la donacion de Constantino el Grande; estos dos polos de la autoridad temporal y de la autoridad espiritual. Todo se inventó en la coleccion de Isidoro; decretos de los primeros Papas nunca dados, sentencias de los primeros padres nunca escritas, cánones de los primeros sínodos nunca promulgados ni aun propuestos. Despues de

nueve siglos de Cristianismo se tejió todo este código de falsedades, con las cuales doraba Nicolás I su tiara. Los obispos romanos pretendian con tan fabulosas historias acreditar la santidad de Roma, cuando por su Senado, por sus Césares, por sus pretores, por las glorias de sus héroes, de sus artistas, de todos sus anales, Roma ha sido, es y será una ciudad esencialmente clásica y pagana.

La Iglesia ha sido la obra de Cristo y los apóstoles; la monarquía en la Iglesia la obra de las falsificaciones canónicas; el absolutismo en esa monarquía la obra de San Ignacio de Loyola y de los jesuitas. Los padres de la Iglesia griega nada dicen de la autoridad suprema del Papa; nada tampoco los Padres de la Iglesia latina. San Agustin, que escribió tanto, que fué como la Enciclopedia, como el resúmen de toda la teología anterior al siglo quinto, calla profundamente sobre la superior jurisdiccion de la Iglesia romana. El areopagita Dionisio trata en aquellos siglos de la gerarquía y no trata del centro de esa gerarquía, del jefe de todas esas grandes dig-

[redacted]

nidades, no trata del Papa. San Isidoro resume su siglo como San Agustin ha resumido el suyo; lo resume con esa fé ciega en los dogmas, con esa obediencia severa á la disciplina, con ese apasionamiento exaltadísimo que verdaderamente constituyen las bases de nuestro carácter nacional. Los varios representantes de la gerarquía están señalados en sus obras con minuciosidad y con paciencia; Obispos en cuatro grados, Patriarcas, Arzobispos, Metropolitanos, y no menciona el primero y más alto; no menciona al Papa, prueba evidentísima de que no existia. La superioridad del Papa es obra de falsificacion gigantesca, que comienza en la primera mitad del siglo noveno y que se prosigue sin ninguna interrupcion, agravándose por todo extremo en tiempo de los dominicanos. Su infalibilidad es obra de otra série de sofismas que desaguan todos, como los rios en la mar, en los senos del Concilio Vaticano.

Si el Papa es toda la Iglesia; si su autoridad es como la autoridad misma de Cristo; si su palabra la revelacion permanente; si su

persona la imágen de Dios casi única en el mundo; si él resume toda la vida del Cristianismo; si puede plagiar la frase de Luis XIV «El Estado soy yo» ¿dónde está la infalibilidad, donde en esas épocas tremendas de guerras entre los obispos, de cismas entre las Iglesias, de tres ó cuatro Cónclaves, de varios Papas que cada cual se cree y se imagina jefe visible de la cristiandad? Miremos la historia, los tiempos de aquel Papa español que excomulgaba al mundo entero desde su fuerte castillo de Peñíscola. Este ejemplo, entre muchos, basta por sí sólo á demostrar que el dogma de la Infalibilidad es uno de los mayores, de los más graves peligros que puede correr la Iglesia. Veamos.

La fuerza de Pedro de Luna, el carácter tenaz le habrian atraido hasta el respeto de sus enemigos. Gregorio XII, papa romano, ofreció al Papa de Avignon una concordia. Disponíase á abdicar si abdicaba Pedro de Luna tambien. Este convino en tal acto, pero á condicion de que Gregorio XII fuese el primero que abdicase. Cuando se hallaban los

[redacted]

dos Pontífices empeñados en tales tratos, el rey Ladislao se apoderó de Roma con pretexto de restaurar el Imperio Romano, ¡ah! el Imperio Romano, que no habia podido ser restaurado ni por los emperadores bárbaros asombrados de sus ruinas y atraidos por el prestigio de su autoridad, ni por Carlo Magno que creia haberlo resucitado con sus conquistas, ni por los Papas que se imaginaban poseerlo bajo la tiara, ni por los emperadores alemanes que llevaban fastuosamente su nombre.

Gregorio XII se creyó fuerte porque poseia una espada, cuando en realidad necesitaba una idea. Seguro de que su abdicacion seria pasajera, creó nuevos cardenales destinados á devolverle seguidamente la tiara en las nuevas elecciones. Pero el genio de la discordia penetró en el Vaticano y parecia haberse erigido allí, en el centro de la autoridad, en las regiones de la paz moral, un trono sangriento. Los antiguos cardenales de Roma, heridos por la profusion y prodigalidad con que las altas dignidades eclesiásticas eran repar-

tidas, se apartaron de Gregorio XII y convocaron súbitamente un concilio general para salvar á la Iglesia. Pedro de Luna extremó bajo la amenaza del Concilio las violencias de su carácter y blandió con más fuerza los rayos de su autoridad. Así como el nombramiento de nuevos cardenales habia separado al Sacro-Colegio romano de Gregorio XII; las bulas violentísimas, donde la cólera tronaba, separó al Sacro-Colegio aviñonense de Benedicto XIII. El Papa de Róma citó un concilio; el Papa de Avignon citó otro. La Iglesia de Cristo se habia dividido en dos cuerpos. Pero estos dos cuerpos se hallaban decapitados rodando en distintas direcciones sus cabezas.

En situacion tan por extremo angustiosa, la voz de los cardenales reunidos en apariencia de concilio debia resonar con más poder que la voz de los Papas. Un movimiento expontáneo hácia las asambleas, notábase en el seno de la Iglesia. Todos creian que solo una libre reunion de sus miembros podia salvar el pueblo de Cristo. Eran aquellos tiempos

[redacted]

los tiempos de las asambleas feudales, de las maravillosas Córtes castellanas, de los Parlamentos en Aragon y en Francia, de los Estados en Inglaterra, de las Dietas en Alemania. La Iglesia se habia hecho parlamentaria. Siempre, en todos tiempos, cuando un organismo social se siente tocado de espíritu revolucionario; cuando conoce la necesidad de una reforma, invoca seguidamente una asamblea, á la cual se agarran, como las nubes á las montañas, los vapores de las grandes ideas que relampaguean brillantemente en estas tempestades del espíritu. Veintidos cardenales, cuatro patriarcas, ochenta y siete abades, doscientos representantes de otras abadías, veintiseis arzobispos, ochenta obispos y los diputados de las Universidades de París, Tolosa, Angers, Orleans, Montpeller, Bolonia, Florencia, Praga, Colonia y Oxford, se congregaban. La Iglesia se reunia, no como en Nicea, para buscar un nuevo espíritu que fuera su vida, sino para procurarse la fuerza que nace de la organizacion. Pisa fué la ciudad donde se reunió este Concilio, que

los dos Papas, cada uno desde la sede volcada á sus piés, con igual violencia anatematizaban. Gregorio sostenia que sólo en el Papa estaba la autoridad para convocar los Concilios y en ausencia del Pontífice, por hallarse vacante la Iglesia, sólo en el emperador. El Papa de Roma no habia convocado el Concilio; tampoco el Papa de Avignon; tampoco el emperador; por consiguiente era nulo, radicalmente nulo, sin autoridad de nadie, sin derecho para nada, compuesto de rebeldes aquel concilio, que no debia llamarse una asamblea eclesiástica, sino un conciliábulo de conspiradores contra Dios y su Iglesia.

El Concilio de Pisa desoyó los anatemas del Papa de Roma. La verdad es que la unidad, el timbre que la Iglesia Católica ha ostentado siempre con más orgullo se perdia en los tempestuosos oleajes de aquella revolucion, en los laberintos de aquella anarquía, en el caos de aquel desórden, sobre el cual cada minuto se amasaban más espesas sombras. Así es que el Concilio no solamente

[redacted]

desoyó los anatemas de Roma, sino que depuso á los dos Papas, á Gregorio XII y á Benedicto XIII, al Papa de la Ciudad Eterna y al Papa de Avignon, declarándoles rebeldes y contumaces en rebeldia.

Habia entonces un arzobispo, que pasara dias muy amargos, llegando hasta mendigar de puerta en puerta el pan de cada dia, en la isla de Creta. Era Pedro Philargus, que á la sazon se asentaba en la alta silla de Milan. Elegido por el Concilio de Pisa tomó el nombre de Alejandro V, y no pudiendo entrar en Roma, se refugió en Pistoja. Sucedia esto por los años de 1409. Por tan extraña manera comenzaba el siglo décimoquinto. Los reunidos para cerrar el abismo del cisma, lo habian agrandado. Tres Papas tronaban desde tres Sedes sobre el mundo desgarrado, arrojando cada uno de sus manos rayos contra sus enemigos y tinieblas sobre todas las conciencias. Gregorio XII era el Papa de Roma, sostenido por el rey de Nápoles. Alejandro V era el Papa de Pistoja, sostenido por el Concilio de Pisa y Benedicto XIII ó sea

[redacted]

Pedro de Luna, era el de Avignon, el que mantenia su autoridad con el imperio principalmente de su carácter.

Habiendo muerto Alejandro, fué elegido Papa Baltasar de Couza, con el nombre de Juan XXIII. Mas afortunado que su predecesor entró en Roma, gracias á las armas de los florentinos. El inconstante Ladislao de Nápoles empezó por protejerle y concluyó por expulsarle. Bolonia fué el refugio de este heredero del tercer Pontífice. El Imperio debia reclamar ahora más que nunca su tutela sóbre la Iglesia. El emperador Segismundo reclamó la celebracion de un concilio general que reuniese las voluntades dispersas y que representase el espíritu universal en la Iglesia. Juan XXIII escogió la ciudad de Constanza, esa ciudad maravillosamente establecida entre Alemania, Francia é Italia, al pié de los Alpes, á la cuna del gran rio de las irrupciones del Rhin; rodeada de bosques sagrados para el pensamiento humano, mirándose en su celeste lago más claro en verdad que la conciencia, en aquel tiempo de perturba-

[redacted]

ciones, de anarquía moral, de espirituales combates, de espantosa desorganizacion para la Iglesia.

Despues de muchas dudas y de muchas vacilaciones, Juan XXIII se puso en camino. Sombríos presentimientos le sobrecogian á cada paso que daba hácia adelante. Parecíale que en él se habian perdido la antigua dignidad y el antiguo poderío de la Iglesia. El Jefe espiritual del mundo cedia al Emperador, á su eterno enemigo. El monarca moral de la más alta sociedad que han visto los siglos abdicaba su autoridad á los piés de una Asamblea tumultuosa, tal vez compuesta de sus enemigos, llena de doctores más aptos para los estudios de la erudicion que para los desvelos del gobierno; llena tambien de soñadores, que ideando fantásticamente sueños de felicidad humana, podian llevar la Iglesia, tan una en sus dogmas y tan perseverante en su moral, á los horizontes caliginosos de una herejía, que fuera, si no su muerte, porque en la conciencia del Papa la Iglesia es inmortal, su debilidad para mucho tiempo, su de-

bilidad, que seria tambien la debilidad del espíritu humano, el eclipse de la conciencia en el mundo.

A cada momento queria renunciar á la idea del Concilio. No hay autoridad que no pugne por romper todo límite y mucho más una autoridad que penetra en lo infinito, que se pierde en los espacios celestes. Los Reyes y los Papas de aquel tiempo tenian bufones para que les recordasen con sus gracias las miserias de la vida humana en medio de las grandezas de sus poderes divinos. El bufon de Juan XXIII, cuando pasaban Trento, le recordó un refran muy parecido al popular nuestro de «Quien va á Sevilla pierde su silla, y que podria traducirse de esta manera: «Quien va á Trento pierde su asiento.» En uno de aquellos desfiladeros del Tyrol rodaron por los abismos los equipajes del Papa. «¡Diablo! exclamó Juan XXIII, ya estoy abajo; mejor hiciera quedándome en Bolonia.» Cuando descubrió desde lejos Constanza, exclamó sonriendo: «Ya veo la trampa donde cazan á los zorros.»

[redacted]

Sin embargo, el Concilio tenia un brillo inusitado; era una grande, una respetable asamblea. En él se veian los hombres como Gerson, que habian llenado con su palabra y con su idea todo el siglo décimocuarto, y que llegaban con una merecida fama de sabiduría y de elocuencia al dintel de este perturbado siglo décimoquinto. Tres patriarcas, veinte y dos cardenales, veinte arzobispos, noventa y dos obispos, ciento ochenta abades, los diputados de las mas célebres Universidades del mundo, el Emperador de Alemania, el Duque Federico de Austria, el Elector de Sajonia, el Elector Palatino, el Duque de Baviera, que con sus numerosas servidumbres, sus respectivas córtes, sus acompañamientos, sus soldados formaban un ejército de ciento cincuenta mil extranjeros, forzados en gran parte a acampar fuera de la ciudad, circundada de una nube de feriantes, gitanos, titiriteros, juglares, cómicos, decidores de buena ventura, farsantes, bufones y prostitutas. Baste decir que sólo de juglares y cómicos habia, segun la cuenta de un con-

[redacted]

temporáneo, más de trescientos cuarenta y seis.

Tres asuntos principales debia tratar este Concilio: 1.º, la herejía de Juan Hus; 2.º, la reforma del Jefe de la Iglesia; 3.º, la reforma de los miembros de la Iglesia; es decir, el Concilio iba á tocar por la herejía á todo el dogma y por la organizacion eclesiástica á toda la disciplina. Fué dividido el Concilio en cuatro grandes porciones, italiana, alemana, francesa é inglesa. A pesar de esta division en las fuerzas eclesiásticas, el mundo occidental todo entero descansaba aun á la sombra de una sola creencia. Se decidió que en vez de votarse por indivíduos se votaria por naciones, lo cual daba á cada una la misma influencia. Confirióse tambien el derecho de votar á sacerdotes célebres por su saber, grandes consultores de todos los espíritus, grandes lumbreras de todas las conciencias.

La primera cuestion, la más grave y la más urgente era la de tratar dónde estaba y quién tenia la autoridad pontificia. Decidió el Con-

[illegible]

[illegible] del espléndi- [illegible] fiestas que tan carac- terísticas eran de la Edad Media. Invitaba Federico de Austria á los miembros del Concilio á un torneo. Estas fiestas eran por extremo populares; llamaban por extremo la atencion pública. Las músicas que sonaban; las muchedumbres que gritaban; las damas del torneo que lucian sus gracias y sus es-

[redacted]

pléndidos trajes; los caballeros en cuyas armaduras se reflejaba la luz; los heraldos vestidos con sus áureos ropones; los graciosos pajes, los guerreros caballos, las banderolas de mil matices, las armas de diversos temples, los escudos con sus motes; la galantería y el arte, la habilidad en el combate, el ardor de la lucha, el premio para el victorioso, todo esto cautivaba á los pueblos de la Edad Media, y en tales términos que á un torneo asistian los habitantes de comarcas enteras, y mucho más, por consecuencia, si se trataba, como en aquella ocasion, de un torneo, al cual asistian, con los príncipes más ilustres, los obispos de la cristiandad.

Aprovechando la distraccion de la ciudad, completamente absorbida en la fiesta, Juan XXIII huyó. Disfrazóse de postillon, montó arrojadamente en los caballos de un coche de camino, y se escapó á galope yendo á parar á la ciudad, en cuyas cercanías el Rhin se rompe, en maravillosa catarata, á Schaffhoussen.

Cuando el torneo se acabó, entrada ya la

noche, advirtieron la fuga del Papa. La consternacion fué grande en el pueblo, la sorpresa en los eclesiásticos, la ira en los príncipes. El Papa que habia entrado en Constanza como un Dios, huia de Constanza como un bandolero. El Concilio no sabia qué decision tomar, ausente el mismo que lo habia reunido; en pugna con el Papa, el cual ahondaba aún más con su conducta el cisma que el Concilio creia cegar.

Pero entonces el venerable Gerson, a quien se ha atribuido la *Imitacion de Jesucristo*, ese Testamento de la Edad Media, tomó la palabra. El espíritu de los tribunos inspiraba al grande orador, que á su vez difundia por el Concilio el espíritu de las Asambleas deliberantes y dotaba á la conciencia de un poder superior á todos los poderes. Así dijo que la Iglesia toda es superior al Papa, y que la Iglesia toda estaba reunida en el Concilio, y que la Iglesia toda reunida no necesitaba de la presencia de su jefe, porque en la Iglesia está perpétuamente Cristo.

¿Qué hubiera sido del mundo religioso mo—

derno, de la Iglesia católica universal, si en aquel momento no hubiera existido la fé vivísima en este dogma salvador? ¿Qué hubiera sido, si cada Papa dijera que en su persona, y solo en su persona estaba toda la Iglesia? Pues dias semejantes pueden volver á la historia y crísis iguales asaltar al Pontificado. Pio IX en verdad no será eterno como es infalible. Los jesuitas han podido eximirlo del error, pero no podrán eximirlo de la muerte. Caerá, como ricos y pobres, como jóvenes y viejos, en la comun fosa, donde van desapareciendo las generaciones ahogadas por el oleaje del tiempo. Y como las pasiones se encuentran hoy en la exaltacion más grande, y la fé á su vez en la decadencia más triste, puede acaecer que los sucesos ocurran de manera que tengamos dos Papas, uno elegido bajo la influencia de Alemania é Italia, llamado á vencer las grandes dificultades y á calmar los ánimos exaltados, y otro elegido por los ultramontanos. Y estos dos Papas pueden perseguirse, excomulgarse mútuamente, como se persiguieron, como se exco-

[redacted]

mulgaron allá en tiempos de ménos pasiones y de más creencias. Y como hoy los católicos liberales no creen que los jesuitas y sus adherentes sean cristianos, y los jesuitas no creen que los liberales sean católicos, un cisma espantoso puede venir, y vendrá á desgarrar más profundamente las entrañas de la Iglesia. Y como solo América admite á la verdad el principio de separacion radical entre la Iglesia y el Estado, pues los demás pueblos se ingieren con la autoridad de sus gobiernos en las esferas de las creencias, quedará á merced de gobiernos cismáticos como el de Rusia, ó de gobiernos heréticos como el de Inglaterra, ó de gobiernos liberales como casi todos los gobiernos de los pueblos civilizados el resolver un cisma, cuyas raíces penetran hasta las entrañas de la Iglesia, y pueden causarle indefectiblemente la muerte. El gobierno personal es funesto. La impotencia de Enrique IV, la debilidad nerviosa de Cárlos II, la sangre voluptuosísima de Luis XV, el temperamento desordenado de Neron, pueden traer al mundo las desgra-

cias más irreparables. Y los Papas están sujetos á los mismos achaques, á los mismos que el resto de los mortales. Inocencio X confesaba que, ocupada toda su vida en materias canónicas, no conocia ni una jota de las materias dogmáticas; Gregorio XVI creia que, por ser Papa, nada le estaba reservado y secreto en la naturaleza ni en el espíritu, en la sociedad ni en la historia, sabiendo de economía más que los economistas y de caminos de hierro más que los ingenieros, por obra y gracia del Espíritu Santo; Inocencio X dejaba que gobernase la conciencia humana, la Iglesia universal su cupida y ambiciosa cuñada; creia Alejandro VII que era pecado mortal no enriquecer á sus sobrinos y parientes ya que habian tenido la dicha de contar con un Papa de su sangre; y á este tenor pisaban el sólio pontificio hombres de todas las procedencias conocidas y sujetos á todas las humanas locuras. Los habia entre ellos, en gran número, sábios, virtuosos, piadosísimos. Pero así como en el gobierno del mundo se van desechando las monarquías absolutas por no exponerse á

[redacted]

que el sucesor de un rey tan grande como Cárlos III sea un rey tan chico como Cárlos IV, en el gobierno de la Iglesia debe caer la monarquía personal y entrar la plena democracia, entrar el gobierno de los Concilios.

Hé aquí las principales teorías de Dœllinger contra la constitucion de la Iglesia ideada por los jesuitas. Él dió á los que participaban de sus sentimientos el nombre de católicos viejos, como llamaban nuestros padres á los creyentes de fé y de peso. Parecia al pronto por este nombre que iban á dejar la Iglesia donde la encontraron, es decir, en el punto y hora en que antes de la infalibilidad estaba. Mas no; por una de esas reacciones naturales en las humanas crísis, el canónigo de Munich volvió los ojos á la primitiva Iglesia, á los tiempos evangélicos, al dogma puro, á la disciplina sencilla, á la organizacion democrática, á las costumbres republicanas. Habia en el sacerdocio muchos que convenian con sus ideas; pero que le conjuraban á mantenerlas con vigor durante el debate, y á someterse, en caso de ser vencidos, con resignacion á

las soluciones del Vaticano. Dœllinger sostenia que el nuevo dogma era incompatible con toda Iglesia, y juraba no aceptarlo, aunque triunfase en el Concilio. Los grandes teólogos, enemigos del ciego ultramontanismo jesuítico, no podrán jamás comprender el aislamiento y la soledad en que se encuentran. Apelan á la razon, á la historia, y en esa esfera dan de manos á boca con los filósofos, que alabando los esfuerzos empleados por armonizar la teología con la ciencia, dudan de su éxito y perseveran en seguir las inspiraciones de la razon pura, y en predicar la moral independiente. Dirígense á las almas piadosas, á las que creen, y oran, y esperan, y hacen de la religion asunto de toda su vida, para conjurarlas contra el Papa y los jesuitas, para moverlas á sacudir esa mágia, para penetrarlas de los peligros que corren sus más caras creencias, y de los remedios que exige el moderno indiferentismo; y esas almas sensibles, tiernas, místicas, que componen el fondo religioso de la conciencia católica; que envian aun el incienso de sus ora-

[redacted]

ciones al cielo; que son como notas del órgano perdidas entre el chirrido de las máquinas, como ángeles que cruzan por nuestros horizontes sin haber dejado ni una pluma de sus alas en nuestros hierros ni recibido un átomo del carbon que empolva á nuestro siglo, apártanse de todos esos razonamientos como de tentaciones diabólicas, y van á prosternarse, cruzadas las manos y extáticos los ojos, al pié del Vaticano, embelleciéndolo como el santuario de Dios. Demasiado creyente para los racionalistas, demasiado racionalista para los creyentes: tal aparece Dœllinger á los ojos del mundo en esta grave y suprema crísis de nuestra historia.

Su único auxilio ha consistido en la fuerza que han impuesto los gobiernos alemanes á servicio de los católicos viejos. Pero ¿qué puede la fuerza contra la conciencia? Nada pudo Diocleciano contra los nazarenos, á pesar de sus hogueras; nada Juliano á pesar de su genio: el brazo de Felipe II llegaba hasta los Andes, y no podia llegar hasta la conciencia del último batelero holandés que abraza-

ba el protestantismo; las cuestiones de religion jamás se resolverán por la fuerza. Dœllinger es demasiado conocedor de la naturaleza humana y de las cuestiones religiosas para no comprenderlo profundamente, y para no proclamarlo con verdadera sinceridad. Visitábalo últimamente un corresponsal inglés y le abria su corazon. Decíale que la obra de regenerar el Cristianismo es lenta, dificultosísima, y que en esta obra los gobiernos alemanes le habian hecho muchísimo daño con ánimo de prestarle muchos servicios. Y en efecto, esos obispos arrancados de sus palacios, conducidos á la cárcel, presos á los ojos de los fieles, exaltados con la aureola del martirio, sostenidos por un pueblo que los sigue de rodillas á su prision, alentados por las más hermosas y aristocráticas damas de la Alemania católica, que publican protestas comparando á Bismark con Pilatos, con Judas, con Barrabás, con Caifás, con Neron, y luego se presentan armadas de su delicadeza y de su hermosura ante los tribunales, y se resignan á pasar de sus palacios, nidos de amores,

[redacted]

á las cárceles, asiento de miserias; todas estas dramáticas escenas solo sirven para dar al desacreditado ultramontanismo los visos y los espejismos de una verdadera leyenda. Dœllinger espera que á la muerte del Papa estallará la crísis en el seno del Catolicismo. En efecto, entonces ya no existirá este Pio IX, que ha pasado por tantas crísis y tantos graves sucesos; que ha sido destronado, restaurado y vuelto á destronar; que ha luchado á brazo partido con el espíritu de su siglo, despues de haber soplado en las cenizas sobre él amontonadas por la reaccion, á principios de su pontificado; que ha visto reunido un Concilio y sumiso el episcopado, como jamas lo fuera á ningun otro Papa; que ha estado de pié sobre su trono, aguardando como Bonifacio VIII el bofeton de Nogaret, y ha sentido bambolearse el Vaticano al trueno del cañon; que ha luchado por los polacos con el Emperador de Rusia, por los católicos alemanes con el Emperador de Alemania, por los principios ultramontanos con el Emperador Napoleon, hasta cuando el Emperador Napoleon era su

[redacted]

último arrimo y su última esperanza; que ha vivido en el sólio pontificio como no ha vivido ningun otro Papa, sobrepujando la edad misma de San Pedro; que tiene en su frente la aureola prestada por la supersticion y á sus piés sometida y silenciosa toda la Iglesia. Y en la esperanza de esta crísis trabaja Dœllinger para el porvenir. Su obra no es una obra tan alemana cómo la obra de Lutero. En el fraile sajon habia el ódio á Roma y á sus Césares. En el canónigo bávaro hay amor de erudito, si se quiere, amor un poco infecundo, pero amor sincero á la primitiva Iglesia cristiana. De todos modos su idea queda ahí como un rescoldo que producirá en su sazon oportuna voraz incendio. El Concilio Vaticano creyó unir al mundo cristiano proclamando el dogma de la infalibilidad, y lo ha desunido en irreconciliables cismas y entre numerosos cismáticos.

Las reuniones de estos nuevos cismáticos son frecuentes, los trabajos grandes, los esfuerzos muchos; pero escasos los resultados. En una de sus sesiones han querido ver qué

[redacted]

creencias comunes tienen las varias sectas cristianas, y reunirlas y compensarlas en una sola religion. El proyecto, como idea, es humanitario y sublime, digno de loa por inspirarse en puro ideal religioso, y por responder á las necesidades del espíritu moderno. Pero no creais que pueda llegar á soluciones prácticas. La mayoría de los creyentes se inspira en una fé ciega; se forma en una educacion estrecha; tiene la intolerancia extrema del sectario, y da precio subidísimo en el símbolo de sus dogmas á lo que elimina resueltamente ó relega á secundaria importancia el pensador, el filósofo. El culto á María, que no admitirán jamás los severos calvinistas, es para el católico de fé viva el culto de los cultos, el que brilla sobre todas las ceremonias, el que recoge, y templa y dulcifica la luz sobrado viva de la divinidad; el que habla con más elocuencia al sentimiento; el que dá á la religion sus dulces melodías y su entrañable ternura. María, idealizada por los poetas, esculpida en la mente por los pinceles de Fra Angélico, de Rafael, de Murillo, y por los

buriles de Berrugete, de Alonso Cano, de Miguel Angel; María, bendecida en los goces y en las tribulaciones de la vida; al pié de la cuna en Belen, como la imágen de la esperanza, al pié de la cruz en el Gólgota, como la imágen del dolor; virgen y madre á un mismo tiempo; cantada en esas poéticas letanías por los coros inmensos del pueblo que forman como el arco íris donde brillan todos los matices del amor purísimo; invocada en las largas noches de invierno en que la leyenda recuerda su parto milagroso, su revelacion á los pastores, la estrella de la mañana que brilla sobre su frente, los reyes del Asia postrados de hinojos á sus plantas; invocada en la primavera, que reune á todas las jóvenes al pié de sus altares, con ofrendas de flores y cánticos de esperanza; invocada en el otoño, en el ópimo Setiembre, cuando los frutos maduran y se prepara la recoleccion de una gran parte de la cosecha, y se celebran las fiestas más ruidosas, las novenas más concurridas, las procesiones y las romerías más célebres; siempre adorada, siempre, de las mujeres,

[redacted]

porque corresponde á su delicadeza y á su ternura, porque representa su misterio más santo y más querido, la maternidad, y de los hombres porque idealiza la única luz de sus tinieblas, la única esperanza de sus tristezas, el ideal femenino, la santa madre, la esposa idolatrada, las tiernas hijas: María, pues, quedará siempre perenne en el corazon de los pueblos católicos, en el corazon, sobre todo, de los pueblos meridionales, en los latinos, en los helenos, aun despues del naufragio de todos los demás dogmas.

El filósofo predica sus ideas absolutas fuera de todo género de condiciones y de toda limitacion, allá en la esfera de la abstracta conciencia, pero luego viene la realidad con sus sombras y la naturaleza con su rica variedad a oponer á esas ideas, ó una limitacion, ó una trasformacion en la práctica. Es el cristianismo la religion de la unidad, un Dios en el cielo, una Iglesia en la tierra, un símbolo de la fé para todos los creyentes, un Papa á la cabeza de todos los obispos; y luego viene la realidad histórica con su imperio

incontrastable, viene la naturaleza con sus leyes fatales á recojer aquella idea y urdirla á su manera, como la máquina recoge en sus dientes, en sus cilindros la materia que se le arroja; y nace la Iglesia romana con sus dos caractéres de cesarista y de jurídica como el antiguo imperio; y nace la Iglesia griega, en que el patriarca se somete al emperador, y el lado metafísico predomina sobre el lado canónico á la manera que en la antigua Bizancio; y nace la Iglesia alemana con su carácter individualista y su ódio á Roma como las antiguas tribus germánicas; y nace la Iglesia anglicana, término medio entre la tradicion y la raza gerárquica disciplinaria, sacando hasta del seno de las libertades más anárquicas autoridad, gobierno, disciplina como la aristocracia inglesa; y nace la Iglesia calvinista, austera, igualitaria, democrática, republicana como la Suiza, de donde brota, y como los Estados-Unidos, donde desagua; y llevan los españoles su intolerante ortodoxia á América, y ellos, implacables con la herejía de la razon, con la

[redacted]

por el martirio, cada dia más difícil en esta sociedad imbuida de la tolerancia religiosa. Pocos hombres han nacido en el mundo tan predestinados á la mision del apostolado como el colaborador de Dœllinger en la obra de la renovacion religiosa, como el Padre Jacinto. La naturaleza parecia haberse complacido en dotarlo de todas las raras cualidades necesarias á una colosal obra de esta monta. Cualquiera diria que él, nacido en la nacion propagandista por excelencia; hablando la lengua que hoy casi todas las gentes ilustradas entienden; con el don de la palabra que mueve los corazones y que propaga las ideas, iba realmente á ser lo que hace tanto tiempo buscan los reformadores en vano, el Lutero del Mediodía. ¿Y cuál ha sido á la verdad su carrera? ¿Cuál ha sido su suerte? ¿Qué enseña que revela á todos la vida de este hombre? ¿Qué dicen sus hechos, sus dudas, sus tribulaciones, sus desfallecimientos? Detengámonos un breve instante á estudiarlo.

Estaba yo por el verano de 1874 en el co-

razon de los inaccesibles Alpes; entre las aguas de Brienz y las aguas de Thun; al pié de las nieves eternas, que relumbran como diamantes gigantescos; á la sombra de oscuros bosques de pinos, que brotan de todas las peñas y cubren todos los montes no cubiertos por las cimas de cristal; entre verdes praderas, que rodean de menudas flores y de mullidas alfombras los piés de las agrias sierras; oyendo cómo los rios del color de la esmeralda y de los cambiantes del ópalo, van á dormirse, á serenarse, á repetir el cielo que los cubre y los vergeles que los bordan, en esas copas de zafiro llamadas los lagos de Suiza.

¿Cómo en el seno de esta naturaleza hablar de las cóleras, de las luchas, de las venganzas de los hombres? ¿Cómo, al ver la creacion inmortal, engendrando siempre, haciendo de la muerte una metamórfosis de la vida, evocar el recuerdo de la política actual con sus pasiones implacables, con sus guerras inminentes, con su desolador fanatismo? Los hombres han querido manchar la naturaleza

[redacted]

y no lo han logrado. La enturbian alguna vez; pero no la oscurecen jamás. La sangre que allí vertieron, háse por completo borrado de las aguas de Trafalgar y de Navarino. Sobre Morats, sobre Waterlóo, en aquellas colinas de cadáveres, en aquellas cañadas de humanos huesos, en aquellas sepulturales llanuras, la sávia de la vida ha ocultado los despojos del ódio, y ha elevado una vegetacion donde van á alimentarse innumerables séres. Pero en el mundo de la política, en ese mundo superior á la naturaleza, los errores son irreparables, las desgracias eternas. ¿Quién volverá á la libertad las generaciones muertas en la servidumbre? ¿Qué mano será capaz de levantar otro Parthenon sobre las ruinas del antiguo con la espontaneidad y la fidelidad con que la naturaleza abre una flor, ó brota un tallo en el mismo sitio donde otra flor ú otro tallo se han secado? ¿Quién podrá recuperar los extragos de un dia como el dia de Farsalia, ó de una noche como la noche de Filipos, en que mueren la libertad y la república roma-

[redacted]

na? ¿Serán los emperadores que llenan por cinco largos siglos el mundo de podre? ¿Serán los bárbaros que vienen á curar esta podredumbre con el hierro y el fuego, con el incendio y la matanza? Por eso la libertad humana, que levanta un mundo, el mundo del arte, del derecho, de la religion, del Estado, sobre ese otro mundo inferior de la naturaleza, debia, sin perder su fuerza moral, que es la característica de su sér, y sin renunciar á la lucha, que es el aguijon de sus progresos, imitar en su regularidad, en su armonía, en su perfeccion al Cosmos, y dar á sus propias leyes dictadas por el humano arbitrio una espontánea, sí, pero completa y absoluta obediencia.

Mas, ¿qué no mancharán los hombres, cuando manchan la idea religiosa? ¿Conoceis algo que más haya sostenido, inspirado, consolado, fortalecido al género humano que la idea religiosa? Naceis, y os habla de un orígen divino y de una prosapia casi angélica; creceis, y os abre al vuelo de la imaginacion sus horizontes eternos, á los vagos ensueños

de la mente el néctar de sus leyendas; sentís, y consagra con la eternidad el amor, con la santidad de sus ritos, los goces de la familia; pensais, y os habla Dios, de la creacion, del arquetipo eterno de todas las ideas, del principio y fin de todas las cosas, del Océano de luz en que se bañan el espíritu y la naturaleza; padeceis, y os mueve á la conformidad, á la resignacion, á tomar los dolores como necesarias regeneraciones, las lágrimas como necesarios bautismos; envejeceis, y os purifica y os renueva la vida con sus eternas esperanzas; morís, y despues de haberos fortalecido para el último combate y consolado en la última agonía, se asienta sobre la losa del sepulcro, batiendo sus alas de ángel, alargando su inmaculado brazo, resplandeciente de luz, en medio de las tinieblas de la muerte, para señalaros con su mística mirada una vida sin límites en el seno ¡humildes criaturas! de vuestro divino Criador.

¡La religion! Dios la habia puesto en las cimas de la vida, para que fuese un manantial clarísimo de consuelos, y los hombres la

han hecho un manantial cenagoso de ódios. Desde el Vaticano, desde el centro de la idea religiosa, se predica el absolutismo, el eterno orígen de la guerra. Se levanta un dia extraño, fanático, medio perdido de demencia, á apuntar y asestar una bala al hombre que ha engrandecido su patria, y algunos periódicos religiosos evocan las antiguas teorías sobre el tiranicidio. Habla Disraelli en la Cámara de los Comunes, y anuncia inminentes catástrofes á Europa. Cualquiera creeria que el orígen de estas catástrofes iba á estar en las cuestiones territoriales ó en las cuestiones de raza, y declaran los hombres de Estado ingleses que lo más sombrío, lo más negro del horizonte político es la cuestion religiosa. Gladstone se levanta y confirma estos recelos, y repite la expresion de estos acerbos temores y les da por causa principal, por causa única el absorbente cesarismo religioso, con lo que molesta y hiere al jefe ilustre del movimiento aleman.

Hasta la tranquila Suiza aparece profundamente conmovida. Elogiaba yo á un

trabajador ginebrino, dotado de ese maduro juicio que dá la práctica constante de la libertad, el admirable espectáculo de esta democracia, tan soberana de sí misma y tan esclava de las leyes, libre y pacífica con todos sus derechos, y sobre todos sus derechos asentados, como sobre leyes incontrastables, el órden más completo y la moralidad pública más pura. Hacíale notar cómo los partidos enemigos de la Constitucion últimamente promulgada, cual ese partido ultramontano de Lucerna, despues de haber combatido el nuevo Código en la lucha más desesperada, se someten á él con la abnegacion más heróica, y lo practican con la escrupulosidad más sincera. Recordábale las oportunas palabras del presidente de la Confederacion, evocando la memoria de aquellos partidos, que mientras se discutió el Código de 1848, lo combatieron sañudamente, y cuando se ha tratado, á los veinte años, de alterarlo, han tenido que defenderlo, como si fuera su propia obra; todo lo cual inspiraba la esperanza de ver á esos mismos

[redacted]

partidos, hoy tan alarmados, defender dentro de veinte años la Constitucion de 1874, cuando llegue la razon de alterarla con necesarias reformas. De todo esto, de la facilidad con que los cantones y los partidos derrotados en la última contienda electoral, se han sometido á la mayoría, sacaba yo la consoladora consecuencia de que la democracia, la libertad, la República nada podian temer ya en el privilegiado suelo de Suiza.

Pero observó mi interlocutor que hay algunas sombras y espesas en esta bienandanza, como por ejemplo, la cuestion religiosa. Efectivamente, hace ya algun tiempo, me quejaba yo de que los gobiernos suizos, desconociendo la verdadera naturaleza del Estado y la necesaria independencia del derecho, salieran de los estrictos límites señalados á su autoridad para legislar sobre el dogma, que es privativo de las respectivas Iglesias, y sobre la fé, que es privativa de cada conciencia. A lo más que tiene derecho un gobierno, es á regular las relaciones del Estado con la Iglesia; pero definir el dogma,

señalarlo, mandar ó prohibir que se crea en la Infalibilidad, tener por más católicos á los que acepten el Concilio Vaticano, por más protestantes á los que exageran el principio de la gracia divina, todo eso es atender á la libertad del pensamiento, violar la conciencia humana, afribuirse facultades en oposicion abierta con el carácter láico del Estado moderno, y reabrir el largo sangriento período de las guerras religiosas con una derogacion de las ideas democráticas, en que debe animarse toda verdadera República.

Y en efecto; el Padre Jacinto ha publicado una carta, separándose de la llamada Iglesia católica liberal, sin duda porque nada tiene de Iglesia, de liberal, ni de católica. Yo he tenido siempre por el Padre Jacinto la admiracion que por todos los grandes oradores. Recuerdo el dia que le ví predicar por vez primera. Un amigo me proporcionó el asistir á un sermon y á una misa de Cuaresma en la capilla del palacio imperial con asistencia de los emperadores. Un cardenal habia predicado muy mal despues del Evangelio, y la célebre

Nillson habia cantado muy bien, maravillosamente en el alzar á Dios. El sermon del cardenal, lleno de espíritu político más que de espíritu religioso, me habia causado honda y penosísima impresion, pues no hay que buscar las cimas del idealismo en sociedad donde hasta el púlpito se oscurece con nuestras sombras y se agita con nuestras bajas tempestades. Escribia entonces para los folletines de un periódico liberal de América revistas, digamoslo así, fisiológicas de la gran ciudad de París y estudiaba desde las manifestaciones políticas, hasta las manifestaciones religiosas; desde sus costumbres hasta sus ideas. En Cuaresma iba á las Iglesias. Ví en una noche de esta época de penitencia entrar las gentes con precipitacion y con interés, en gran número, á una modesta Iglesia, y entré. Predicaba un fraile, en su traje monástico, cosa de mí jamás presenciada por las Iglesias de nuestra católica España, y debo decir que aquel traje le daba aspecto artístico, y aumentaba esa majestad exterior, á que hemos llamado con los latinos prestancia oratoria.

Su voz de tenor, clara, llena, flexible á las menores emociones, expresiva, ora sibilante, cuando la llenaba acre ironía; ora tierna y lacrimosa, cuando la henchia el dolor, ora sonorísima como el trueno del Sinaí, me encantó, me sedujo, me petrificó allí hasta el punto de que no hubiera podido moverme, gracias al magnetismo de su mágia. Yo no he podido explicarme á satisfaccion el decaimiento en nuestro siglo de la oratoria religiosa, en este siglo que ha engendrado en la oratoria política, cuando apenas se habia extinguido la voz de Chatam, de Mirabeau, y de Vergniaud, una pléyade tan luminosa de grandes oradores. Las ideas teológicas son por sí mismas elocuentes. A Bossuet le es muy fácil tocar hasta las últimas fibras del corazon humano con la sencilla frase: «Madame ha muerto» y le es muy dificil á Pitt conmover á nadie con una cifra del presupuesto. Si la elocuencia religiosa hubiera sido posible en nuestro tiempo, ¿se concibe que no la abrazaran dos oradores tan grandes como Lamartine y Donoso? El primero hubiera sido tierno y dulce

[redacted]

cual San Juan al escribir su Evangelio, y el segundo severo y sublime cual Ezequiel ó Isaías entonando sus endechas. Cuando dos almas así no abrazaron la carrera religiosa, es porque indudablemente el siglo no tiene vocaciones teológicas. El Padre Jacinto parecía destinado á operar una renovacion. Su voz tiene uncion, su estilo sobriedad y sencillez, sus ideas frisan muchas veces con el tipo de lo verdaderamente hermoso, y algunas veces con el tipo de lo sublime. Un espíritu democrático liberal, en consonancia con el Evangelio, corria por aquellos sus candentes períodos, y les daba la delicia que á calurosos dias refrigerantes brisas. Yo lo oí con fija atencion, hasta con verdadero entusiasmo, y le deseé que no se deslizara por la pendiente de la política diaria. Así podia, con verdadera independencia de los intereses del momento, y de las pasiones de partido, recordar á los humildes cómo se precipitan prontamente en la servidumbre los pueblos faltos de un freno moral, y á los poderosos cómo se estrellan contra lo imposible y lo absurdo en el empeño

de borrar estas tres ideas de libertad, de igualdad, de fraternidad, consagradas todos los dias en los altares, cuando se consagra y se conmemora el sublime sacrificio de Cristo en las aras inmortales de su Calvario.

Pero el cielo no oyó mis votos, y el Padre Jacinto no correspondió á mis esperanzas. Comenzó por asistir á las sesiones de la sociedad, de paz perpétua, y concluyó por entrar en plena tormenta política. Mas ya que habia entrado en la política deseaba yo ver el sacerdote católico defendiendo la libertad sin separarse si era posible del dogma. Los que en el combate entre la razon y la fé, hemos optado por la razon, verdaderamente no tenemos derecho á descorazonar á cuantos intenten con desinterés completo reanudar la rota armonía. Por lo mismo que lo hemos intentado, y no lo hemos conseguido yéndose unos con la fé, yendo nosotros con la razon, debemos atribuir la desgracia más que á lo imposible de la empresa en sí á lo escaso de nuestros méritos, y á lo débil de nuestras fuerzas. Pero bien pronto el Padre

Jacinto se salió casi por completo de la ortodoxia católica.

Aun tenia yo esperanzas de que volviera sobre sus pasos y desanduviera el camino andado, saliendo de las vías políticas, para entrar en las puras vías religiosas, y desde ellas, sin más pensamiento que el culto á la verdad, sin más interés que la práctica del bien, mostrara á unos el espíritu social y disciplinario, á otros el espíritu democrático y republicano del Evangelio, á todos la necesidad de elevarlo nuevamente á ideal de esta vida para combatir y contrastar el utilitarismo y el egoismo de este siglo.

Leí una carta suya que profundamente me conmovió de nuevo, y me recordó el fraile humildísimo de la Iglesia de París. Era tierna dedicatoria á uno de sus compañeros de San Sulpicio, muerto en el ministerio del Episcopado. Sobre todo, cuando hablaba del sacrificio de los goces purísimos de la familia, para adoptar la inmensa familia de los desgraciados, su elocuencia arrancaba á los más empedernidos lágrimas de dolor y de ternura.

Decid en buen hora cuanto querais sobre la vida sacerdotal, sobre sus privaciones, y sobre los peligros de estas privaciones; tiene grandeza moral, grandeza real, aquel hombre que en la primavera de la vida, en el hervor de la sangre, renuncia á todo lo que más habla á un tiempo al espíritu y al sentido, para consagrarse á la fundacion de las ajenas familias con el mismo interés que si fueran propias, para luchar con el mal, para persuadir á los descreidos, para enderezar á los descarriados, para sostener á los enfermos, para consolar á los moribundos, para recoger y guardar en sus altares las cenizas de los muertos cuando todos los abandonan, y en sus oraciones el recuerdo de los muertos cuando todos los olvidan; para dejar á los demás todos los goces y beberse á tragos toda la hiel de la vida. Pero á los pocos meses de haber escrito la apología de este sacrificio, el Padre Jacinto se casó, y se casó con la extraña pretension de ser tan católico y tan clérigo como antes de su casamiento. Y luego convino con el gobierno federal de Suiza y con el Consejo de

Estado de Ginebra en presidir una Iglesia que se llama la católica y prescindía del Papa, que se llamaba liberal, y se ponía con sobra de servidumbre y falta de independencia á servicio del Estado. Y ahora se aparta de esta Iglesia tambien. Y juzga de muy varias maneras su conducta. Unos dicen que ha querido protestar contra la exoneracion por el Estado de los curas ortodoxos, y contra el juramento semi-político exigido á estos y atentatorio á la libertad de conciencia. Sus antiguos enemigos le juzgan duramente. Al vuelo he cogido dos ideas. Primera: que el Padre Jacinto es demasido impresionable y voluntarioso. Segunda: que el Padre Jacinto despues de tantos rompimientos con Roma guarda en concepto de sus nuevos correligionarios sobrada fidelidad á Roma. Esto ha venido hoy abrir las heridas y á renovar las zozobras religiosas.

Pero al fin todo paró en la purísima esfera del debate. Yo conozco una tierra, la tierra de España, donde hay muchos sacerdotes que en vez de cumplir el mandamiento fundamen-

tal impuesto por Cristo á su divino ministerio, de ir entre las gentes como ovejas entre lobos, van como lobos entre ovejas; y las manos que debian empuñar la cruz, empuñan el trabuco; y los cuerpos que debian ceñir la alba túnica del sacerdocio ciñen el uniforme del faccioso; y los lábios que debian proferir bendiciones en el templo del Señor, profieren maldiciones en el campo de la guerra; y el pensamiento que debia resucitar á los muertos, como Cristo resucitó á Lázaro, mata á los vivos como Neron ó como Domiciano, siendo horror de la conciencia humana y ludibrio y mengua de nuestro glorioso nombre.

Pero volvamos al Padre Jacinto. A no dudarlo, el buen carmelita comprende que su union con el Estado, aunque haya sido un Estado tan republicano como Ginebra, daña hondísimamente á su ministerio y á su obra. Los sectarios son más intolerantes siempre y ménos ilustrados que sus maestros. El Padre Jacinto ha querido enseñarles que las obras religiosas deben brotar de la espontaneidad social, y no de la coaccion autoritaria,

[illegible]

[illegible] la Iglesia católica [illegible] es católica, ni es [illegible] ni es Iglesia. Pero todos los hombres [illegible] siempre en

cara al Padre Jacinto haber aceptado en su propaganda el apoyo del Estado, al cual sólo debió pedirle garantías para la libertad. O la obra de la renovacion religiosa se verifica por la pura predicacion, ó no se verifica de ninguna manera. Bien es verdad que para ciertas obras se necesita, no solamente de la voluntad y del pensamiento de los evangelistas, se necesita encontrar disposicion y aptitud conveniente en los que vais á ser evangelizados. Cuando vino Cristo, los corazones se entregaban á la esperanza; las promesas mesiánicas se divulgaban desde Jerusalen hasta Alejandría; las gentes tomaban por redentor y por profeta al primero que iba al desierto y se ponia de rodillas y en penitencia; las ideas de Isaías relampagueaban en los versos de Virgilio; los profetas volvian á levantarse en sombras augustas por las colinas de Sion y las sibylas por las grutas de Cumas; lloraban las ondas del Mediterráneo, allá por el cabo Miseno, la muerte de los dioses que las habian hermoseado; y se abrian las puertas de los templos á un viento misterioso como los

[redacted]

[illegible]

[illegible] sean defectos [illegible], el uno [illegible] y el reforma- [illegible] principios de [illegible], han sembrado en el [illegible] gérmenes de democracia y de [illegible].

CAPITULO LXXXII.

DE LA CRECIENTE AGITACION REPUBLICANA EN FRANCIA.

Crecia, y crecia de una manera verdaderamente extraordinaria la agitacion democrática entre nuestros vecinos, los franceses. Tres causas principales concurrian á impulsar este movimiento: la convocatoria del Concilio que encrespaba las conciencias; el temor de una próxima guerra con Prusia que enardecia los ánimos, el triunfo de la revolucion española que daba esperanzas á los reformadores, á los revolucionarios, á los que estaban por los profundos cambios, mientras desesperaba á los que estaban por la quie-

[redacted]

[illegible] [illegible]

[illegible]

crecen y se agrandan desmedidamente en el seno de las tempestades. Un trono suprimido, una dinastía destronada, un elemento de resistencia ménos en el mundo, un elemento más de revolucion; ¡qué fuerza para los reaccionarios y qué debilidad para los conservadores! Todos aquellos pueblos mal avenidos con sus dinastías, ó donde una parte considerable de los ciudadanos aborrece á sus dinastías, estudian los medios de destronarlas prontamente, los plagian de los pueblos vecinos, traducen su revolucion, imitan sus conjuraciones, se alientan y se esperanzan. A los reyes les sucede todo lo contrario. ¿Qué monarquía se salvará, cuando caen así monarquías tradicionales, profundamente arraigadas en los pasados siglos? ¿Qué pueblo no se levantará cuando acababa de levantarse por la libertad de conciencia y contra la monarquía antigua el pueblo ménos tolerante y más monárquico de toda Europa?

El golpe tremendo debia resonar con mayor resonancia en el corazon de nuestros vecinos los franceses. Para una gran parte de

[redacted]

[illegible]

[illegible] España [illegible]

[illegible] de la

[illegible] de España

[illegible]

[illegible] Todo esto decía

cómo las esperanzas revolucionarias adelantaban, al mismo tiempo que la política de Napoleon decia cuánto la resistencia estaba retrocediendo. Los periódicos más audaces se publicaban impunemente, y si perseguidos eran, producia el castigo un estallido de entusiasmo por el castigado. Los clubs resonaban á una con siniestras palabras de amenaza. Oíase entonces más que el rodar de los cañones, y el pisar de los caballos, y el crugir de las armas, y el vociferar de las legiones, con que Napoleon aterraba á Francia, el sonido de la campana revolucionaria que tocaba á rebato. La autoridad se le caia inevitablemente á pedazos de las manos. Sus propósitos de invocar la libertad, de volver á la democracia, de unir en torno suyo los elementos más avanzados dentro del imperialismo; el abandono de la dictadura, el llamamiento de las Cámaras á una coparticipacion eficaz en el gobierno, la vuelta forzosa á las tradiciones parlamentarias, todos los cambios proyectados y anunciados, demostraban que moria el Imperio, que, ima-

[redacted]

[illegible] y se [illegible] de [illegible] ma- [illegible] de aquel [illegible] de Noviem- [illegible] Ce- [illegible] de los [illegible] de pere- [illegible] se [illegible] yacen

los restos de sus parientes, la manifestacion del recuerdo y del dolor tiene algo de teatral, pero el recuerdo mucho de vivo y el dolor mismo mucho de profundo. Las generaciones que viven, toman por raices los huesos de las generaciones que han muerto, y que las unen estrechamente con los pasados tiempos. La vida, que nos parece tan bella es oscurísima é impura, puesto que sobre los vivos recaen siempre los más adversos juicios; y la muerte, que tan asquerosa nos parece, es pura siempre, y siempre purificadora, puesto que toda venganza y toda injusticia se estrellan contra la losa de un sepulcro. El partido republicano tiene sus muertos ilustres. Por contradictorios que los juicios públicos sobre ellos hubieran sido durante el combate de la vida, acallábanse todos el dia de la suprema victoria de la muerte. Estos nombres, estos recuerdos á todos interesaban igualmente, aun á sus mismos enemigos. Por eso era sábio y prudente concentrar en torno de un muerto loores y laureles, sujetos á contradictorio juicio, si se hubieran concentrado sobre las sienes de

[redacted]

[illegible]. El partido republicano habia querido honrar aquel mismo dia los restos de un orador insigne, de un patricio ilustre, de un ciudadano admirable, de un grande mártir, de Daniel Manin, á quien todos queríamos y llorábamos, el restaurador de la República veneciana, prudente en la preparacion de su obra, cauto en los peligros, resuelto en los combates, mesurado en el triunfo, estóico en la desgracia, sombra augusta de un pueblo bárbaramente inmolado, y que parecia llevar en su alma el alma de Venecia y presentarla triste y luctuosa pero sublime, con todos sus antiguos esplendores, á los ojos atónitos de Europa. El Imperio se asustó de esta manifestacion, y los huesos del gran patriota fueron sacados de los cementerios de Francia como á hurtadillas para ser conducidos por los caminos de Italia como en triunfo, desde las cimas de los Alpes hasta las orillas del Adriático. Imposibilitada la manifestacion republicana en torno de los restos de Manin, el mártir de la república véneta, se decidió otra manifestacion republicana en torno de las cenizas

de un hombre más oscuro, ménos conocido del mundo, recordado á última hora por algunos amigos fieles, en torno de Baudin.

¿Quién era Baudin? El dos de Diciembre habia Napoleon Bonaparte consumado uno de los crímenes más odiosos y más inútiles que recuerda la historia. El ejército se sustituye con su fuerza bruta á la santa majestad de las leyes. Los representantes, sorprendidos en el sueño, son arrastrados á la cárcel. Elévase á principio moral infame perjurio. Y en nombre de la victoria del hecho sobre el derecho se recaba el Gobierno, y se funda el Imperio. Alguno de aquellos representantes logra escapar á la persecucion universal y reunir en torno suyo fuerzas populares para contrastar, si no con éxito, con dignidad, á la faccion triunfante. Baudin estaba entre los que combatian con más ardor y concitaban al pueblo en pró de la Asamblea con más entusiasmo. El pueblo se mostraba indiferente y frio, en parte, por culpa de la Asamblea, porque la Asamblea habia restringido el sufragio universal; pero principalmente por la

[illegible] y el
[illegible] grupo de
[illegible] mañana del
[illegible] imprecaciones [illegible] á defen-
[illegible] importan á
[illegible]
[illegible]
[illegible] detener
[illegible] bos-
[illegible] muerto
[illegible] Imperio
[illegible] tristísima
[illegible] libertad, mu-
[illegible] república. Y
que no se [illegible] los diputados
[illegible] del pueblo, porque
[illegible] serviles cortesa-
nos de los césares. Una reacción grandísima
se había verificado en el ánimo popular á fa-

vor de los héroes y de los mártires de la República, y un homenaje público se preparaba sobre la tumba de aquel que podia personificarla con más títulos, porque ninguno excede á la gloriosa aureola del martirio.

El gobierno sabia que se preparaba la manifestacion y trató de evitarla. A consecuencia de estos intentos corrieron rumores de que se iban á cerrar los cementerios y á impedir las tradicionales visitas. Paris lanzó un grito de indignacion al ver que no le dejaban ni siquiera la libertad de llorar y de orar sobre los huesos de sus muertos. Comprendiendo Napoleon cuánto más fácil es herir las leyes que herir las costumbres, desistió de sus propósitos, y abriéronse los cementerios á las prácticas piadosas de unos, á las manifestaciones políticas de otros, al culto de todos. En el mismo cementerio donde reposaban las cenizas del mártir Baudin, reposaban tambien las cenizas del héroe Cavaignac. Sus numerosos admiradores y adeptos le habian levantado una tumba, sobre la cual tendieron su estátua yacente, fundida en bronce. Ca-

[redacted]

[illegible] Era el [illegible] [illegible]

[illegible] Luis Felipe [illegible] [illegible] fondo [illegible] crímenes de 1793. [illegible] diciendo: «[illegible] convencional.» «Tambien [illegible]» respondió [illegible], pero in- [illegible] Luis Felipe. «No quiero

nada, decia luego Cavaignac, con un hombre que á los monárquicos les recuerda que su padre ha sido príncipe de la sangre, y á los republicanos miembro de la Convencion.» Cavaignac murió antes del gozoso advenimiento de la República, y antes tambien de las funestas divisiones del partido republicano. Su nombre, al revés del nombre de su hermano, era querido de todos. Así el periódico más exaltado de la democracia francesa, *El Reveil*, pudo decir el dia 29 de Octubre de 1868: «Imposible impedir á un pueblo que se honre á sí mismo, honrando la memoria de aquellos que se han legado grandes ejemplos; de aquellos, que han consumido su vida en los combates por la libertad, como Godofredo Cavaignac, y de aquellos, que como Baudin, han muerto mártires en defensa de las leyes.» La historia de la muerte heróica y el nombre del mártir ignorado acababan de revelarse á los ojos de todos en libro, por sus dimensiones pequeño, por su doctrina y sus noticias grande, en libro de Teuot, el cual recordaba los hechos del dos de Di-

ciembre á la generacion que sufria, indócil ya al yugo, sus torpes consecuencias.

Bajo estas prescripciones llegó el 2 de Noviembre de 1868. Los cementerios habian estado concurridísimos desde la tarde del dia anterior, como es costumbre, pero sin que esta concurrencia excediera de la ordinaria en todos los años, ni tomara ningun grave aspecto. Algunos ciudadanos llegaron entre una y una y media de la tarde al cementerio de Montmartre. Despues de tanto debatir la manifestacion los periódicos, y de temerla tanto los gobernantes, no eran muchos los reunidos, aunque todos asaltados de igual entusiasmo. La tumba de Cavaignac se encuentra entre las primeras, y bien pronto se cubrió de ofrendas y coronas. Mas no era posible encontrar la de Baudin, perdida en aquel dédalo de sepulcros. Los manifestantes recorrian el vasto espacio en todas direcciones sin dar con aquel buscado sitio del reposo de un mártir. Parecia que piedras puestas sobre tales huesos debian gritar como la esfinge antigua; que tierra alimentada de aquellas cenizas debia

florecer en bosques de siempre-vivas; que el nombre de un mártir debia brillar en la losa como una estrella en el cielo. Pero nada se exenta á la vulgar uniformidad de la muerte. Los guardianes mismos del cementerio ignoraban aquella tumba ilustre. Neron, despues de haber aterrado al mundo, y muerto entre maldiciones, tenia un alma amiga, á quien acaso hubiera hecho algun bien, que depositaba todas las noches flores sobre su sepulcro. Lo que tuvo un tirano por el agradecimiento de los suyos, no lo ha tenido un mártir por la indiferencia de los de nuestros tiempos. No parecia la tumba del diputado Baudin, y los más instruidos en la historia del cementerio señalaban á los manifestantes la tumba del almirante Baudin. Por fin, uno de los más entusiastas y de los más empeñados en el hallazgo, dió con la humilde piedra y la sencilla inscripcion que señalaban los huesos de aquel grande hombre. Un grupo se reunió allí seguidamente, un grupo que no llegaba ni con mucho á cien personas. Mr. Quentin, periodista antiguo, republicano convencidí-

[redacted]

simo, emigrado largo tiempo, errante por tierra de América, hombre de ideas arraigadas y de profundos servicios, pronuncia algunas palabras muy sentidas, en acento entrecortado y voz temblada de la emoción, acabando su breve arenga con los gritos de «Viva la libertad y viva la República,» repetidos por todos los circunstantes. Apenas se habian perdido en los aires aquellas palabras, tristes como cumplía á la austeridad de la muerte, sube sobre el primer monton que encuentra y que le sirve de pedestal y de tribuna, uno de esos energúmenos, tan frecuentes en nuestras grandes ciudades, que exagerando todas las ideas y vertiéndolas en violentísimo lenguaje, si no sirven á sabiendas la causa los gobiernos reaccionarios, desirven torpemente nuestra causa; y con voz ronca, ademanes exagerados, actitud melodramática, dice que los allí reunidos van á conmemorar el sacrificio de un mártir asesinado por un poder todavía en el trono; que ninguno debe, pues, separarse en aquel dia sin proponerse tomar venganza; que, invocando al cielo,

promete y jura obtenerla pronta y cruentísima; que si se quiere saber su nombre político se llama pueblo y juventud; y si su nombre particular, arroja al aire su tarjeta para que dé en las narices de la policía. Y despues de decir todas estas locuras sin ningun sentido, saca y amartilla una pistola sin ningun objeto. Tras él, con mejor intencion ciertamente y con más cordura, aunque con escaso estro, Mr. Gaillard declama unos versos, que piden á la concurrencia la trivialidad de llorar bien al que supo morir bien. Pero el sitio es tan augusto, el recuerdo tan sagrado, la accion tan heróica, el nombre del mártir tan santo, que á pesar de todas estas ridiculeces, conmovido y agitado el público, no se aparta de aquel lugar sino al grito repetidísimo de «Viva la República.» Entonces, en el momento de separarse, uno de los asistentes promete volver el dia 3 de Diciembre, y exige igual promesa á sus oyentes, entre los cuales hay quien grita: «Sírvanos de ejemplo y de incentivo este nombre en los dias del próximo combate.»

[redacted]

didades que consigo traen todas las suscriciones; por el recelo de que, no siendo nutrida é importante, diese pretexto á una victoria aparente del Imperio en la opinion; por el temor á procesos y persecuciones. Pero la extrema izquierda de la prensa republicana arrastró consigo á los ménos impacientes ó más cautos. Dos periódicos, uno diario, otro semanal y una *Revista*, aceptaron el pensamiento y abrieron sus columnas á las ofrendas de los republicanos. El Imperio se encontró con la apoteosis pública y solemne de aquellos que habian muerto combatiéndole en las barricadas. No podia tolerarlo, pero recelaba perseguirlo. Un aviso confidencial advirtió á los periódicos juramentados y comprometidos los disgustos á que se exponian si no cesaban prontamente en aquella obra. Los periódicos desoyeron tales advertencias, y desafiaron al poder. Dos meses habian trascurrido en esta incertidumbre, dos meses que revelaban cuánto habian perdido en celeridad los rayos del Imperio que pocos años antes caian súbitamente, de improviso,

[redacted]

hasta desde un cielo sereno y limpio, no ya sobre los que se atrevian á manifestar su enemiga, sobre aquellos que la reservaban cuidadosamente en el sagrado de la conciencia. Viendo el gobierno que no bastaban ni amenazas ni consejos, salió de su reserva y formó una causa en la cual comprometia así á los periodistas que habian abierto las suscriciones, como á los particulares que habian suscitado la manifestacion del cementerio. Semejante hecho le fué completamente adverso: que hasta la energía debilita á los gobiernos debilitados. La impresion fué grande, el entusiasmo mayor; los periódicos más importantes y más leidos, que hasta entonces se habian preservado de tomar parte en la suscricion, le abrieron sus columnas; los nombres más populares y más ilustres de la democracia se adhirieron á una en cartas elocuentísimas que inspiraban elevados sentimientos y elevadas ideas á las jóvenes generaciones; y parecia que Baudin, herido por las balas sacrílegas, con su elocuente palabra en los labios y su relámpago de cólera en los

ojos, engrandecido por la muerte, trasfigurado en la inmortalidad, la aureola de mártir en las sienes y el rayo de Dios en las manos, volvia del lugar divino de la justicia absoluta á castigar con implacables castigos al perjuro tirano. El más elocuente y más armonioso de los oradores modernos, el que por tantos años habia derramado magia en la tribuna y electricidad en sus oyentes, el gran legitimista Berryer, no perdonado en aquellos dias terribles de la muerte de Baudin, á pesar de haber sido defensor del pretendiente Bonaparte en una de sus rebeliones, publicó expresiva carta, dirigiendo su ofrenda á la popular obra y recordando que él habia propuesto la acusacion ante el Tribunal Supremo de Luis Bonaparte por su atentado á las leyes. Uno de esos condotieros de la pluma que en estas épocas funestísimas surgen, con el escándalo por todo objetivo y la calumnia por toda musa, recordó delante de aquella respetabilísima figura la costumbre de ciertos pueblos bárbaros que mataban á los ancianos inútiles.

[redacted]

Este proceso, quizá en otro tiempo nueva tribulacion y nueva desgracia para el partido republicano, en aquellos dias de eclipse del Imperio, fué para el Imperio vergonzosa derrota. Así lo comprendieron los tres entusiastas republicanos que dirigian los tres periódicos incriminados, y se juntaron solícitos en casa de Cremieux, ilustre abogado israelita, ministro de justicia en la segunda República, para convertir aquella causa criminal en altísimo debate político. El Director de la *Revista*, Challemel-Lacour, es uno de los hombres más instruidos de Francia, gran conocedor de la ciencia alemana, perito en las artes del estilo, cáustico en sus dichos, cauteloso en su proceder, atento á las ideas de las generaciones presentes, ático orador, y estaba muy ligado con el jóven desconocido entonces, con Leon Gambetta, y con el inseparable compañero de este, Clemente Laurier, cuyos dos nombres propuso para el ministerio de la defensa, presentándolos por elocuentes como capaces de dar con su elocuencia extraordinario brillo á la causa, y por

valerosos como capaces de dar con su valor asalto formidable al Imperio. Se opuso fuertemente á que se designaran estos jóvenes, á la sazon desconocidos, Mr. Delescluze, que estaba por dar la defensa á los oradores de más reputacion en el partido republicano. Semejante parecer pugnaba con todos sus antecedentes, porque jamás apareció hombre más implacablemente enemigo de todas las grandes ilustraciones de nuestra gloriosa escuela. Severo en su carácter, estóico en su vida, intransigente en sus opiniones, perseverante en el combate, de mucho corazon y de largos servicios, el aislamiento más triste le rodeaba, y este aislamiento provenia del juicio desfavorable, severísimo, casi siempre injurioso, que pronunciaba á todas horas sobre nuestros primeros hombres. Le preguntábais por cualquiera de ellos, y respondia por un gesto de menosprecio, añadiendo alguna durísima palabra. ¿Julio Favre? Un reaccionario. ¿Julio Simon? Un jesuita. ¿Víctor Hugo? Un poeta loco y un viejo avaro. ¿Luis Blanc? Un comunista. ¿Edgard Quinet? Un

chocho, que ha deslustrado todos sus timbres con el maldito libro sobre la revolucion francesa. ¿Piccard? Un intrigante. ¿Rochefort? Un botarate. ¿Raspaill? El envenenador de las inteligencias; todos los que toman su alcanfor se vuelven tontos. Cierto dia, despues de haberle oido todas estas lindezas, le replicaba uno de sus interlocutores: «Pues si desacreditais de esa suerte á los republicanos, creedlo, como el triunfo de la República es inevitable, vendrán á gobernàrla indudablemente los monárquicos.» Esta profecía se ha cumplido. Así es que todos extrañaron, allá en la reunion de casa de Cremieux, que Delescluze se decidiera por sus eternos enemigos, los hombres de mayor reputacion en la democracia. Y Challamel-Lacour, presintiendo el triunfo que iban á reportar así el jóven orador Gambetta como el viejo partido republicano francés en esta grandiosa contienda oratoria, instó tanto que alcanzó hasta del rígido Delescluze la designacion de su candidato, con lo cual verdaderamente preparaba un dia de gloria y de regocijo á la Francia,

anhelosa de sentir en su seno las palpitaciones de nuevas esperanzas.

Habia lugar á muchas defensas, porque el Imperio, herido en el corazon, se revolvia airado, y mezclaba la causa de los periodistas que habian abierto la suscricion en honor de Baudin y la causa de los manifestantes que habian ido al cementerio, como si fuera una sola causa, bajo la denominacion de maniobras en el interior á fin de turbar el público reposo y destruir las instituciones imperiales. Y sin embargo, entre el acto de los manifestantes y el acto de los periodistas, no existia relacion alguna; ni unos ni otros se conocian entre sí, y todos se encontraban juntos en el banquillo de los acusados. Seis abogados, pues, debian hablar en aquel proceso, de los jóvenes, Gambetta y Laurier, de los conocidos y ya viejos, Cremieux, que tornaba á la vida pública despues de largo silencio, y Arago, que representara papel de importancia en la revolucion de 1848, y acababa de defender, aunque en mediano discurso, al jóven regicida polaco, autor del

[redacted]

[illegible] Rusia. Los demás
[illegible] al foro que á
[illegible] mucha: la con-
[illegible] los de-
[illegible] aquella ad-
[illegible] reos, provo-
[illegible] condenados ó
[illegible] á su comun
[illegible] estallando:
[illegible]
[illegible] doctrinario
[illegible] en su
[illegible] de lu-
[illegible] extrañas
[illegible] de hos-
[illegible] con-
[illegible]
[illegible]
[illegible] hablar.
[illegible] Su
[illegible] la
[illegible] hechos.
[illegible] Los discur-
sos [illegible] proferidos.

la manifestacion falta de las debidas autorizaciones, las palabras de combate en las calles, las amenazas á los poderes públicos, la apología de una forma de gobierno condenada en el código fundamental á la sazon vigente, debieron bastarle á probar que el nombre de Baudin era sólo una bandera destinada á ocultar las tentativas revolucionarias y los perturbadores proyectos. Pero en la exaltacion de su celo por el Imperio, y en la ceguera de su ódio contra los republicanos, elevóse á loar el golpe de estado del 2 de Diciembre, loa imposible en el templo de las leyes, ante los altares de la justicia. Los rumores del público, los gestos de la reunion de abogados que componia la defensa, las vivaces protestas de los reos que en su banquillo parecian jueces, la tibieza del Presidente en reprimir aquellas manifestaciones; todo cuanto pasaba decia bien claro que el Imperio, condenado por la conciencia, estaba próximo, muy próximo á desaparecer del espacio, y á irse entre las instituciones inapelablemente rechazadas por los modernos progresos. Cuando

[illegible] crisis. [illegible] de [illegible] elocuente, [illegible] en las [illegible] á [illegible] por [illegible].

[illegible] y los [illegible] Mr. Cremieux [illegible] la defensa que [illegible] anti-napoleóni-

cas, fué un discurso de acusacion. Rápidamente pasó su concisa palabra sobre los dos cargos dirigidos á su cliente Mr. Quentin; sobre el cargo de un discurso, cuyo texto nadie conocia, y sobre el cargo de manejos para turbar el órden, cuya significacion y criminalidad nadie absolutamente concretaba. Lo que le urgia al defensor era entrar en la acusacion al Imperio. Y se desquitó de su larguísimo silencio. El dos de Diciembre no ha podido obtener absolucion de la conciencia ni de la historia, como tampoco la ha obtenido el diez y ocho de Brumario. En vano larga série de brillantes victorias antecede y otra série de brillantes victorias sigue al gran Napoleon. El vencedor de Arcole y de Marengo; el soldado, que habia ido en pos de una trasformacion milagrosa hasta la montaña del Tabor, no pudo justificar su atentado á la República, ni con el prestigio del génio, ni con Jena, ni con Austerlitz, ni con la Moscowa, ni con toda aquella série de épicas batallas, en que dispersó á los reyes, enemigos de Francia y de su inmortal democracia. Él di-

[redacted]

solvió las Cámaras, y las Cámaras lo depusieson á él. Mas Diciembre, sin la excusa de la necesidad, sin el prestigio del génio, precedido por toda victoria de las calaveradas de Estrasburgo y de Boulogne, seguido de la expedicion á Méjico y de la campaña terminada en Sadowa; hipócrita en sus comienzos, torpe en sus fines, habiendo vulnerado todas las leyes, y destruido todas las instituciones, despues de prender á los diputados inviolables y disolver una Cámara indisoluble, Diciembre no podia ser defendido ni absuelto ante los tribunales de justicia. Francia para el orador era como Neptuno, daba tres pasos y recorria el mundo. Luego se asustaba de su propio esfuerzo, y solia desandar el camino andado. Pero en tres dias repara todas sus pérdidas, y sube gloriosamente á las más altas cimas de la historia.

El dia 14 de Noviembre fué el gran dia de esta causa. Comenzó la audiencia á la hora señalada con mayor número de gentes. La parte jurídica de la cuestion quedó materialmente agotada por el abogado Arago, que de-

fendia al sobrio y elegante escritor, Mr. Peyrat. En cuanto á la parte política el abogado recordó el juramento textual de Napoleon Bonaparte y la fidelidad con que habia observado este juramento. Baudin aparece como el defensor de las leyes, y los insurrectos son aquellos que le mataron. Si en quince años no obtuvo funerales, imputádselo á los que no consintieron que los tuviera ninguno de los mártires de la República, ninguna de las víctimas del Imperio. Ni siquiera sabíamos donde estaban sus huesos. Pero ya que ha sido posible elevar una estátua al intrigante Morny, manipulador de la conjuracion del dos de Diciembre, dejad que nosotros elevemos otra tumba al mártir Baudin, sacrificado al culto del honor y la defensa de las leyes. Así verá el mundo que la conciencia moral no se ha perdido en Francia bajo el peso de la tiranía.

Por fin llegó la hora solemne de la aparicion de Gambetta. Los que habíamos tenido la altísima honra de escucharle en sus conversaciones particulares le anunciamos esta

[redacted]

[illegible]

[illegible] muy pronunciadas, [illegible] grande la nariz, [illegible] labios [illegible] rojos [illegible] en su única

retina, pues tambien es tuerto este Annibal de la palabra como el grande Anníbal de la guerra; dotado de un aliento de fragua y de una voz de trueno que á voluntad tomaba de vez en cuando exquisita delicadeza y extraño encanto; más apasionado que razonador, más notable por lo vigoroso que por lo literario de la frase; pronto siempre á la pelea y en la pelea infatigable, este hombre, italiano de raza, meridional de nacimiento, francés de educacion, parisien por sus hábitos, liberal por su carácter, republicano de profundas convicciones, rodeado de toda la juventud que se habia criado en el odio á Napoleon, y que habia crecido tratando de desahogar este odio, Gambetta personificaba entonces á los ojos ménos previsores la futura revolucion, diseminada en los aires por las ideas de las nuevas generaciones y por las torpezas y los crímenes del Imperio. Desde el primer acento de su discurso lo comprendió así el auditorio que le escuchaba por vez primera. No se paró Gambetta á considerar ni la inocencia de las manifestaciones del cementerio, ni la legali-

[redacted]

Pero delante de un tribunal que encarna la conciencia, que se inspira en la justicia, que personifica la ley, no puede, no, el perjuro, el ladron, el asesino encontrar ni absolucion ni misericordia. El dos de Diciembre estaban entre los vencidos todos los hombres de bien y con los vencedores todos los desechos, todos los rebajos de las sociedades humanas. Es claro que la sociedad no ha sido salvada porque haya sido asaltada la nacion. Y no se diga que la nacion ha aprobado el crímen de Diciembre. Aunque lo hubiera aprobado seria un crímen; pero, valiéndose del telégrafo se engañó á París con las provincias, y á las provincias con París. Se las decia que París estaba sometido, contento, cuando París era asesinado, ametrallado. No hableis de plebiscito: que ni la voluntad de un pueblo puede convertir la fuerza en derecho. Hace diez y siete años que toda discusion sobre aquellos sucesos se suprime y se ahoga. Y este proceso se abrirá todos los dias, hoy, mañana, hasta que la conciencia humana haya recibido su satisfaccion suprema. Vosotros, los due-

[redacted]

y otras muchas que resultaban del proceso, del momento, de la complicidad de los magistrados con los reos; del odio universal extendido contra el César, de la agitacion pública, dieron al discurso de Gambetta en el instante mismo de pronunciarlo un triunfo ruidoso, y despues de haberlo pronunciado, una reputacion permanente. La escena fué conmovedora. El poder de la palabra alcanzó que se olvidara la presencia del Tribunal. Los acusados se echaron todos en brazos de su elocuente defensa; el público, perdido el temor de que lo expulsaran, atronó el recinto con sus aplausos y con sus aclamaciones; el entusiasmo se comunicó á los alrededores, á las afueras, llegando hasta las calles y plazas vecinas los vivas al nuevo orador, desconocido el dia antes y elevado en aquel rapidísimo minuto á la categoría de jefe de partido; y los magistrados mismos, vencidos por la energía de la arenga, y magnetizados por los efluvios del entusiasmo, no solo dieron rienda suelta á la manifestacion, sino que se asociaron al triunfo. El orador, unas horas antes

desconocido, se elevó en aquel momento supremo á la direccion de la política republicana en Francia.

Pues á pesar de este triunfo, todavía lograron que se les oyera con atencion y se les aclamara con fervor los oradores siguientes: tanta era el ánsia de escuchar protestas contra los crímenes del Imperio. El abogado Clemente Laurier, menudo de rostro, vulgar de figura, con escásos atractivos en la voz, con menores todavía en el gesto; de mucho ingenio, y de mayor travesura que ingenio, mal seguro en sus ideas, y segurísimo de servir siempre sus propias ambiciones; con todas estas desventajas físicas y morales, alcanzó largos aplausos en su discurso, lleno de profundas ideas. Tuvo, sobre todo, una comparacion felicísima que rayó en lo sublime. Shakespeare ha expresado como nadie el terror trágico cuando lady Macbeth, cometido su crímen, sale á la escena, soñando con su víctima. «Parece imposible, exclama, que el cuerpo de aquel viejo tuviera tanta sangre. Todos los aromas de la Arabia no podrán

contrastar el hedor de esta sangre inocente; todas las aguas del mar no podrán lavar su mancha.» Y en efecto, lo mismo sucederá con la sangre generosa y heróica vertida el dia Dos de Diciembre. Luego la categoría de su defendido se prestaba á la elocuencia del defensor. Defendia á Challamel-Lacour, publicista insigne, que regentando por derecho própio una Cátedra, salió á la calle con las armas en la mano á defender contra el crímen de los pretorianos imperiales la legalidad, el órden, la República; y vencido por el número y por la fuerza, pasó, como tantos otros, una larga parte de su vida en el dolor y en el destierro. Despues de Laurier vino Leblond, sóbrio de palabra, severo de formas, profundo en la argumentacion, alto y delgado y pálido de figura, sombrío como un remordimiento, y dijo que si el homenaje prestado á la ley, al honor, á la virtud era una maniobra contra el gobierno, demostraba el gobierno su incompatibilidad completa con la ley, con la virtud, y con el honor. Hasta el ménos reputado de todos los oradores y el

[redacted]

[illegible]

[illegible] Emperador [illegible]

[illegible] sus [illegible] en el [illegible] pueblo, [illegible] los [illegible] reos!

Y [illegible] esto á las diferencias en la naturaleza del hecho. S. Orsini habia atentado á la vida del César. Los manifestantes del Dos de Noviembre habian atentado á su honra. Las bombas de Orsini podian matar al Emperador; y los discursos de Montmartre

podian matar al Imperio. Perfectamente lo comprendia el fiscal, cuando á cada palabra directa ó indirecta contra el dos de Diciembre, se levantaba, tendia los brazos, devoraba con la mirada al defensor, le interrumpia, le cortaba el hilo de la argumentacion, se volvia al presidente reclamando auxilio, luchaba con los rumores del público cual náufrago con las olas, y sin poder lograr nada ni de la autoridad ni de la opinion, caia sudoroso, exánime sobre su banco, vencido por la impetuosidad del torrente. Nosotros no comprendemos las corrientes subterráneas que arrastran á su perdicion las instituciones. Como no vemos germinar la semilla hasta que ha logrado con su tallo taladrar la tierra, no vemos las ideas en la realidad hasta que las ideas se han verdaderamente convertido en hechos. Pero el Emperador no cayó en Sedan como creemos vulgarmente, cuando las balas de la artillería prusiana vinieron á quitarle la corona de la cabeza; el Emperador cayó, cuando se apagó sobre las sienes yertas el resplandor del antiguo prestigio, cuando

[redacted]

[illegible] Favre,
por las historias de Lanfrey, por los folletos
de Laboulaye, en el odio implacable al Impe-
rio. Imposible negar que esta educacion ha
derribado al Emperador y ha traido la Repú-

blica. Si los planetas, si los órganismos son aire condensado, las sociedades, las instituciones son ideas condensadas. Cuidad, pues, mucho de la luz, del calor, de la electricidad, del oxígeno, del carbónico que hay en las ideas; porque las ideas son la vida del espíritu, y el espíritu es el alma de la sociedad.

[redacted]

CAPITULO LXXXIII.

LA AGITACION CRECIENTE.

Viendo el Gobierno de Napoleon aquel desafío de la opinion pública se empeñó con mayor furia en combatirla y contrastarla. Los periódicos, que se habian asociado tarde á la manifestacion de Baudin, fueron seguidamente perseguidos. Una grande y nueva amargura le estaba reservada al Imperio en aquel proceso: un discurso del viejo orador de lo pasado, de la legitimidad, de la monarquía, que con su peso en la opinion corroborara el discurso del jóven orador de lo porvenir, de la democracia, de la República. Pero el dis-

curso de Berrier no pudo ser pronunciado porque vino la muerte á cortar el hilo de aquella larga y gloriosa vida. Apuesto de figura, bello de rostro, noble en sus ademanes, singular en la flexibilidad de la voz, pronto al entusiasmo, elocuentísimo en los arrebatos de la pasion, rápido en el ataque, generoso en la defensa, talento brillante más que profundo, estético más que científico, rodeado del prestigio que da la elocuencia; con la fortuna de no haber jamás pasado por el poder que gasta á tantos hombres; con el respeto que infunde siempre un nobilísimo carácter; habia sido el amante platónico de las monarquías muertas, el cortesano desinteresado de las dinastías destruidas, el apologista de las sociedades ya enterradas, lo cual daba á su palabra todos los colores y todos los matices del ocaso que tiene tanta y tan deslumbradora poesía. A la hora de su muerte, en el momento mismo de partirse para otro mundo mejor, escribió solemne y tierna carta, despidiéndose para siempre de su monarca, y asegurándole que no podia haber hecho

[redacted]

más por el triunfo de su causa y por la restauracion de su trono. Parecia que con él se iban los tiempos caballerescos de la antigua monarquía, los salones literarios, la conversacion culta, la fidelidad incontrastable, la aristocracia de la inteligencia elevada al igual de la aristocracia de la cuna, todo cuanto habia de prestigioso y de bueno en la sociedad de nuestros abuelos. Sin excepcion, los partidos rindieron homenaje al talento y á la vida de aquel hombre. Solo el amargo y mal humorado Veuillot se atrevió á insultar su memoria, como habia insultado la memoria de Chateaubriand, y el nombre de todos aquellos que no quisieron ser comparsas de su periódico batallador, y sectarios de su exagerado ultramontanismo. Pero si la falta de Berrier quitó solemnidad al proceso, no le quitó las acerbas censuras, y las amargas invectivas al Imperio uniformemente repetidas por todos los oradores.

Así es que Napoleon veia acercarse con terror el dia 3 de Diciembre de 1869. Tienen los imperialistas un escritor que se parece en

lo furioso de las invectivas á Veuillot sin parecerse en lo ingeniosísimo y en lo elocuente. Una sola diferencia ventajosa le separa del escritor ultramontano; el sostener con la espada los insultos vertidos por la pluma. Este escritor, Paul de Casagnac, tocó á rebato con su acostumbrada furia, y dijo que si los republicanos iban al cementerio á honrar á sus muertos, los bonapartistas irian al Elíseo á honrar á sus vivos. El 3 de Diciembre recordaba la muerte de Baudin. Desde algunos dias antes las tropas de Versalles y de Vincennes habian sido acuarteladas y municionadas; la artillería de Arras recogida y puesta en pié de guerra; la guarnicion de París revistada y provista de cartuchos; los molinos de Montmartre registrados y henchidos de provisiones de campañá y boca cual si amenazara á la capital cruenta batalla y largo sitio: á su vez, mucho antes la policía secreta habia sido aumentada, instruida, industriada en la busca de todas las conjuraciones, lanzada á la pista de todos los secretos; al amanecer del 3 larga fila de gentes armadas,

[redacted]

de guardias, de soldados, ocupaban los boulevares exteriores; formidable caballería las avenidas del cementerio; fuertes patrullas el interior; grupos de guindillas la lápida misma de Baudin; y París se encontraba como en estado de guerra, sin que alrededor de la tumba del mártir aparecieran las peregrinaciones de los republicanos, ni alrededor del palacio de sus verdugos la procesion de los bonapartistas; y el Gobierno, herido en su gravedad por su torpeza, burlado y puesto en ridículo, se desahogó prendiendo á los que fueron á ver el espectáculo con sus ojos, sin duda por no atreverse á dar crédito á lo que llegaba á sus oidos. Esta nueva hazaña señalaba una nueva decadencia; Francia entera se reia á mandíbulas batientes; y sabido es cuántas amenazas encierra contra todos los poderes una carcajada de Francia.

El Imperio tenia que elegir entre una de estas dos políticas, cuya opcion fatalmente le imponian las circunstancias; tenia ó que apelar á la libertad con más amplitud ó que recoger las reformas dadas y desandar los pa-

sos andados. Lo imposible era la inaccion y el *statu quo*. Las dudas, que pasaban por el espíritu del Emperador, se traslucian visiblemente en las noticias que andaban por el público. Dos meses antes de acabarse el año 1868 tratábase de recoger las libertades á medias concedidas; y al comenzar el año 1869 tratábase de ampliar estas mismas libertades. El César, de carácter indeciso, de inteligencia vaga, de talento soñador, sin más idea que el afianzar su dinastía, no se arriesgaba en Enero de aquel año ni al retroceso ni á las innovaciones. Pero todo indicaba la carencia de fuerza moral y fuerza material en su Imperio; y esta carencia le impedia volver á recoger las riendas que habia en gran parte abandonado. Por eso era natural y estaba en la lógica de los sucesos el seguir rodando hasta el abismo por la cuesta de aquella rapidísima pendiente. Los poderes, que han violado sistemáticamente la libertad, no pueden volver á reconciliarse con la libertad. En el momento de invocarla, no deben aguardar que se les presente un númen cooperador de

[redacted]

sus [illegible] sino una inflexible venganza merecida por sus crímenes. La libertad com[illegible] estaba la libertad perseguida, per[illegible] es inmor[illegible] siempre por sacrificar a sus sa[illegible]. Pero el [illegible] era mortal. [illegible] solamente [illegible] se inclinaba ma[illegible]. En su intimidad ha[illegible] Su [illegible]

[illegible] es [illegible] para [illegible] es[illegible]sas, [illegible] de [illegible] de

los procesos donde el insultante defensor era llevado en palmas y zaherido impunemente y condenado á la postre el Imperio; de las reuniones, donde se negaba desde la existencia de Dios hasta el interés y la renta; de los comicios, que agitados, no por la agitacion electoral sino por la ardiente fiebre revolucionaria, formulaban ardentísimas protestas; de los mismos Cuerpos colegisladores, cuyas discusiones todas iban derechamente encaminadas á destruir el prestigio del César y á vulnerar su antigua majestad. La Emperatriz veia claramente, con la inspiracion y el presentimiento de madre, que en el oleaje de las libertades políticas se iba á pedazos el trono de su hijo. Para eso, para tornar á recoger la libertad, era necesario ir á la guerra.

Dos creaciones del Emperador recibieron allá por 1869 profundísima herida: la una, creacion enteramente política, la responsabilidad imperial, y la otra, creacion puramente económica y artística, la reedificacion de París. Esta teoría de la responsabilidad imperial, en apariencia, era fundada y exacta;

[redacted]

Puesto que el Emperador lo puede todo, responda absolutamente de todo. Puesto que sus ministros son sus secretarios, no tengan responsabilidad ninguna los que no tienen ninguna iniciativa. Perfectamente. La teoría de la responsabilidad en el poder supremo es una teoría esencialmente republicana, que señala límites precisos á la autoridad y dá válidas garantías á todas las libertades. Pero la responsabilidad es una infame y necia mentira cuando no puede ser efectiva; y declarándola en las leyes sin exigirla en la práctica viene á oscurecer con absurdo sofisma las inteligencias y á perturbar con grande inmoralidad las públicas costumbres. En toda República, donde la responsabilidad del Presidente está declarada, guardan las leyes medios de exigirla y de alcanzarla. Se sabe taxativamente en qué casos concretos hay responsabilidad; se sabe quién acusa, quién juzga, quién condena ó absuelve. El admirable ejemplo dado por la América sajona con el Presidente Johnson, acusado y en el poder, procesado y respetadísimo, es una prueba de

este aserto, y una demostracion de cómo salvan los conflictos más graves aquellos pueblos que obedecen religiosamente las leyes. Pero en el Imperio francés, ¿quién acusaba? ¿Los fiscales? Todos eran del nombramiento del César. ¿Los magistrados? Todos habian visto el crímen del 2 de Diciembre, y continuado administrando en justicia en nombre del criminal. ¿Los diputados? Pero los diputados, por las candidaturas oficiales, venian al cabo á ser de nombramiento del gobierno como el último de los empleados. No hablemos del Senado, compuesto de apóstatas de todos los partidos, de inválidos de todas las causas, que, á cambio de privilegios vanos y de sueldos positivos, cometian un perjurio, y acompañaban en todas sus aventuras, como los eunucos del Sultan dóciles y sumisos, al que hartaba sus vientres. La responsabilidad imperial era una descarada mentira. Mas en el desarrollo de los sucesos, en la práctica de las instituciones, en la aplicacion de una libertad relativa así á la imprenta como á la tribuna, en los varios incidentes de la vida

[redacted]

parlamentaria se habia visto muy claro que esa responsabilidad, á pesar de lo ilusoria y de lo vana en la práctica, se volvia moralmente contra el Emperador, y lo denostaba, y lo desconsideraba á los ojos de todo el mundo, y lo perdia, sin servir de otra cosa que de escudo y de salvaguardia á sus ministros. Para salir del conflicto no habia más remedio que salir del dogma de la responsabilidad imperial. Los amigos más íntimos del César veian que su salud flaqueaba, que su inteligencia decaia, que los cuidados ó los goces del poder lo devoraban, que su antigua actividad para todo y su presencia en todo faltaban; y que junto á él crecia un astro nuevo, un orador combatiente, un estadista tenacísimo, Mr. Rohuer, á quien se le llamaba ya Vice-Emperador, y que habia logrado eclipsar y ocultar, tras su brillante figura, la pálida figura de su amo. Y ante este doloroso espectáculo decian que la responsabilidad de Napoleon solo daba por fruto la inviolabilidad de Rohuer. Los enemigos no daban mucha importancia al cambio de una doctrina im-

practicable y á la modificacion de un artículo constitucional completamente inútil; pero, entre estos enemigos, los parlamentarios, los constitucionales tenian la responsabilidad ministerial por el primero de sus dogmas, la reclamaban como la base de todo gobierno libre, y gozábanse ya en ver á los ministros cerca de sus tiros y al próximo alcance de sus maniobras en el Parlamento, y al Emperador reducido á rey constitucional, á mueble inútil, á maniquí parlamentario, á figura decorativa, á monarca de Ivetots, acostándose y levantándose regularmente, á vago con diadema, á cerdo cebon, á todo cuanto los imperialistas habian dicho de los jefes irresponsables é inviolables en las monarquías parlamentarias. Mr. de Maupas, antiguo jefe de policía, gran cooperador del golpe de estado, amigo íntimo del Emperador, expresó en el Senado las angustias que á los antiguos imperialistas inspiraba el dogma de la responsabilidad imperial, sobre todo despues del desencadenamiento de la pluma en la prensa y de la palabra en los clubs, desencadena-

[redacted]

miento que hacia más libre, y por consecuencia superior á la altísima tribuna del Parlamento, la última mesa de taberna. Mr. Rehuer conoció que el golpe era certero, y se levantó á tronar contra el régimen parlamentario, contra sus reyes inviolables siempre violados, sus ministros responsables que de nada responden, sus mayorías parlamentarias sin mayoría en el pueblo, los asaltos de la oposicion al poder, la voluntad ministerial sustituida á la voluntad soberana, la corrupcion de los electores por los diputados, la corrupcion de los diputados por los gobiernos; como si el régimen cesarista no hubiera tenido á la sazon todas las dificultades y todas las desventajas y todos los vicios del régimen parlamentario sin su libertad, y por consiguiente sin su vida. Pero en estas crisis, en estos debates, lo que resultaba más seguro y más cierto era la completa decadencia del régimen cesarista terminado por sus propios amigos en las bases más esenciales á su organismo, y más loadas por sus doctores y maestros en la responsabilidad imperial, que

equivalia en el fondo á la imperial omnipotencia.

Otra de las obras más encarecidas antes, y entonces más criticadas, era la renovacion y embellecimiento de París. La vieja ciudad, aquella que Víctor Hugo recogiera filialmente, y depositara en el magnífico Museo de Nuestra Señora, acababa de caer á los golpes de la piqueta del César. Debia ser aquel París, de estrechos callejones, de sucio piso, de altas y oscuras casas, de infinitas encrucijadas en laberinto interminable, de poco aire y poquísima luz, un colosal calabozo. Sin embargo, los artistas, los poetas, destinados á llevar en pos de sí las inteligencias, y á mover los corazones, echaban de ménos los sitios consagrados por la santidad de los recuerdos, el patio de sus juegos infantiles, el templo de sus primeras oraciones, la ventana que recogió la mirada y el suspiro de los primeros amores, las calles, testigos de dramáticas escenas históricas, y en cuyas paredes se habian dibujado las sombras de los grandes hombres que sirvieron á Francia con gloria é ilustraron

[redacted]

los males de la humanidad. Estas quejas habian pasado desde los libros de los poetas al sentido comun de los ciudadanos. Un autor dramático de decadencia, sin esplendor de estilo, sin profundidad de ideas, sin ternura ni elevacion de sentimientos, notable solo por el arte, ó mejor dicho, por la industria de anudar y enmarañar el argumento, y hábilmente desatarlo, oficial mecánico del teatro, pintó en su *Casa Nueva*, drama muy malo, el lujo desordenado que el nuevo Paris exigia, y la ruina horrible á que arrastraba este lujo, ruina económica, ruina moral sobre todo. Lo que daba á estas quejas mayor resonancia era que el nuevo Paris, sustituto del antiguo, presentaba arquitectura tan detestable, gusto tan depravado, uniformidad tan horrible, caserones tan altos y tan grandes, líneas rectas hasta perderse de vista, árboles enanos y raquíticos, montones de piedra decorada con adornos tan artificiales y tan pesados, que la nueva ciudad aireada, limpia, blanca, gigantesca, era un aireado, limpio, blanco, gigantesco cuartel. Las quejas se ha-

bian elevado desde los folletines á la tribuna. Julio Favre, en uno de esos discursos que tenian estilo severo y pensamientos estóicos, llegaba hasta la indignacion juvenalesca, y presentaba gráficamente aquellas leguas de palacios monstruosos y deformes, como pagodas asiáticas, digna expresion de un Imperio pretorianesco y brutal, arrojando de París su nervio, su esplendor, su salud, su animacion, su vida, los hábiles jornaleros que no podian soportar ni el precio de los alimentos ni la subida de los alquileres, y que se veian obligados á vivir en barracas de esteras y de palos, presentando los aduares del africano ó del salvaje, como un horrible contraste, junto al lujo de la espléndida capital del mundo. Decíase que el aventurero con corona, engendrado en Holanda, parido en París, llevado á Saboya, de Saboya á Italia, de Italia á Suiza; oficial de artilleros en el canton de Argovia, jefe de descomunales conspiradores en las calles de Estrasburgo, vago de Lóndres y de Nueva-York, perteneciente y extraño á todas las naciones, no tenia amor patrio, no

[redacted]

experimentaba la magia de los recuerdos, no creia en la virtud santificante del hogar, no se impresionaba ante los sitios venerandos de la capital de Francia, y con una irreverencia solo comparable á su audacia, habia hecho del París de las artes y de los ingenios el hotel, la mancebía y el garito de todos los calaveras y de todos los jugadores del globo. Eugenio Pelletan escribió su *Nueva Babilonia* en estilo digno de los profetas, con maldiciones verdaderamente apocalípticas. Edmundo Texier, pasando por el Arco de la Estrella, conjuraba al jóven griego del escultor Rude á que fuera con su espada desnuda en la mano y su marsellesa furiosa en los labios á castigar á los sátrapas de París como sus antecesores en Marathon y en Salamina habian castigado á los déspotas de Asia.

Mas no era Napoleon ni único autor ni único responsable de las trasformaciones de París, alabadas por unos como la obra capitalísima de aquel reinado, criticadas por otros como la corrupcion mayor y el mayor

afeamiento de la ciudad que por su importancia y por su grandeza se eleva en el mundo á la categoría de verdadera nacion. Tenia un ilustre colaborador, que se llamaba Mr. Hausseman, y que en el Hotel de Ville tronaba y mandaba como Júpiter en su Olimpo. Él derribaba los monumentos y derruia las calles como un Dios; echaba líneas sobre el inmenso circuito de la ciudad y los suburbios como principiante de geometría sobre la pizarra; arruinaba á este, enriquecia al otro; y era capaz de quemar á París entero, como el loco romano de otros tiempos, para embellecerlo y renovarlo. Mientras se trataba de las construcciones todo iba bien. El Augusto moderno podía decir que recibió una ciudad de ladrillo y dejaba una ciudad de mármol. Pero en cuanto sonó la hora del pago y aparecieron las monstruosas cuentas, hubo en París murmuraciones generales, y en provincias general descontento. Un escritor tambien desconocido entonces, amigo de Gambetta y asistente continuo á unos almuerzos político-literarios que este daba en su modesto cuarto piso de

[redacted]

la calle de Bonaparte, donde se discutían los más graves [illegible] y se permitían [illegible] a la [illegible] Jules Ferry [illegible] la [illegible] los [illegible], y ex[illegible] [illegible] de Haussmann. Los franceses se pagan [illegible] gracia [illegible] [illegible] de Haussmann [illegible] [illegible] de [illegible] el [illegible] escandaloso de los gastos, la increíble de los despilfarros. Mr. Haussmann estaba perdido; pero con Mr. Haussman se perdía y se desacreditaba

una de las mayores y más ilustres obras del segundo Imperio, uno de los más alabados y más brillantes títulos del tercer Napoleon.

Ya en el Senado se habian repetido las quejas, y el director de las grandes construcciones Mr. Hausseman se habia alabado á sí mismo con una serenidad imperturbable, asegurando que hasta en materia de cuentas, la claridad del fin escusa y justifica lo turbio de los procedimientos, y lo embrollado de los números. Desde su banco de Senador habia reconvenido ágriamente á los diputados del país, porque pedian la razon de obras que no les importaban, pues los departamentos no pasaban nada por la renovacion de su capital; y á los ministros del tribunal de cuentas porque censuraban enormes ilegalidades cuando no es posible emprender ni realizar grandes cosas ateniéndose á las prácticas administrativas; y al Tribunal supremo de Justicia, porque en su culto al principio vulgar de las indemnizaciones, habia sacrificado el interés público al interés de los particulares y el embellecimiento de París al gastado principio

[redacted]

de la propiedad individual; volviéndose á todas partes para desafiar las injusticias con el plano de la nueva é inmensa ciudad, uno de los más espléndidos albergues que puede ofrecer á los hombres nuestro viejo planeta. Se oia en su palabra el eco de la palabra imperial, se adivinaba en su orgullo el orgullo del César. Así es que la oposicion decidió entrar en aquella inexpugnable fortaleza y desalojarlo de allí tambien. El dia 22 de Febrero de 1869, comenzó el asalto Garnier-Pages, midió la inmensidad de la sima donde habia caido el crédito de la ciudad de París y las fatales consecuencias que tocaria esta generacion y las venideras generaciones; Mr. Picard demostró los engaños, las habilidades, las escapatorias á que habian apelado los renovadores de la capital, para romper la malla de las leyes y burlar la tremenda responsabilidad reclamada por el Tribunal de Cuentas; Mr. Thiers dijo que los recursos de la ciudad se habian agotado, que la deuda habia crecido, que los excedentes no existian, que la ruina se aproximaba á más andar, y que las edificaciones

últimas eran de completa inutilidad; Mr. Pouyer Quartier puso de relieve todo lo gravoso de las operaciones financieras del prefecto de la ciudad, revelando que por intermediarios de pésimo orígen y de dudoso carácter tomaba dinero al cinco, cuando las ciudades de Francia, con ménos recursos y garantías, lo tomaban al cuatro; Mr. Gueroult agravó las revelaciones, enseñando elocuentemente que en tales términos habia sido víctima París de la usura, y gananciosa su prestamista, que el crédito territorial no se habia atrevido á presentar en sus memorias oficiales, sus accionistas el importe de sus fabulosas ganancias; inmensa série de elocuentísimos discursos, todos nutridos de incontestables datos; reveladores todos de ignoradas noticias, encaminados todos á quitar su última hoja de laurel á las sienes profundamente heridas del Imperio, cuyas grandiosas obras, con sus operaciones oscuras, con sus empréstitos usurarios, con su violacion de las leyes administrativas, con su menosprecio á la exactitud de las cuentas; elevando los consumos

[redacted]

en cuatrocientos millones de reales, distrayendo cuatro mil millones de la caja municipal, y diez y seis mil de los ahorros particulares por el cebo de sus fabulosas ganancias próximas á convertirse en fabulosas quiebras, haciendo todo esto, y á última hora llegando á confesar la triste urgencia de pedir al crédito cerca de dos mil millones, aparecian ya á los ojos de todo el mundo, no como una grande gloria, sino como una grandísima y colosal estafa. El gobierno se aterró. El ministro de Estado, Mr. Rohuer, tomó toda suerte de precauciones para salir con alguna fortuna de aquel tristísimo paso: dejó que el ministro de la Gobernacion se comprometiera defendiendo á ciegas toda la magna obra, y todos los magnos escándalos; pero él, vista la tristísima impresion causada en la Cámara por este inútil esfuerzo, tomó otros rumbos; confesó que se habian contraido empréstitos ilegales y hasta cierto punto fraudulentos; que se habian violado sacratísimos depósitos distrayéndolos de las fianzas para emplearlos en los gastos; que se habia franqueado el infran-

queable límite concedido á la deuda flotante, que se fraguaban presupuestos y se hacian desembolsos sin esperar las decisiones de los Cuerpos colegisladores, ni respetar la jurisdiccion de los tribunales y del Consejo de Estado; que un establecimiento de crédito, puesto bajo la vigilancia del gobierno, habia contribuido á la prodigalidad de los despilfarros con la largueza de los préstamos; pero que todo esto debia terminar y terminaria con una intervencion más directa de la Cámara en el municipio, y profundas modificaciones en su contabilidad. El gobierno habia salvado á su prefecto de una escandalosa censura, á su obra de un público anatema, á sus más celosos empleados de un proceso, á su política y á su administracion de una derrota; pero cayendo á los piés de las oposiciones, y entregándose á su juicio sobre la obra capital de su génio y sobre el timbre mayor de su gloria. No le quedaba, pues, ningun recurso para vivir más que apelar á uno de estos dos extremos: á la libertad ó á la guerra.

[redacted]

Primero ensayó la libertad. El momento era oportunísimo; los tiempos estaban maduros para esta extraña trasformacion. La Asamblea habia durado desde 1863 hasta 1869; seis años. Un dia aspiró á entrar en ella el representante de la tradicion parlamentaria y de las libertades restringidas, siempre imperfectas, pero en todo caso superiores á la arbitrariedad y á la dictadura del Imperio; aspiró á entrar en ella el ilustre anciano monsieur Thiers. Aunque Napoleon le habia citado con expresivo encomio, copiando textualmente palabras suyas en uno de sus discursos de apertura de las Cámaras, en que le denominaba «nuestro gran historiador» al columbrar la posibilidad de su presencia en la Cámara, el terrible alcance de sus discursos llenos del sentido y del ingenio francés, hizo de su derrota en los comicios, de su ausencia del Parlamento, una cuestion de vida ó muerte para el Imperio. Planteado así el problema, aunque el partido republicano recibió de Thiers muchos agravios; aunque los más exaltados, faltos de criterio político y sobrados

de pasion, ó proponian ideas á las ideas imperiales, prevalecieron los consejos de la prudencia sobre los arrebatos del sentimiento, la razon sobre la memoria; y Thiers fué elegido con el activo concurso de la democracia francesa. Temblaba y temblaba con razon el Imperio. Los déspotas que aspiran á imbuir miedo á todo el mundo, á derramar miedo por todas partes, en el fondo de su alma son por tal extremo cobardes, que se asustan de sus menores enemigos, y hasta se asustan de sí mismos. ¿Cómo no asustaria al César la presencia en la Cámara de un orador tan formidable? Thiers aguardó á una coyuntura plausible, y en cuanto la encontró, con aquella facilidad maravillosa, con aquella sencillez griega, en su lenguaje fluido, con su intencion profundísima, logró llevar el disentimiento al seno mismo de la mayoría que formaba casi la unanimidad de la Cámara, pidiendo las libertades que son nuestros derechos como el aire para nuestros pulmones; las libertades primeras, las libertades necesarias. Cuentan que en nuestra is-

[redacted]

la de Cuba donde el calor tropical engendra tantos vichos, hay por los campos una especie de animalejos, de insectillos denominados niguas, los cuales, metiéndose sigilosamente entre la piel y la carne por las uñas de los piés, los roen, los devoran, produciendo una incomodidad tan terrible y á veces una fiebre tan extrema é intensa que puede hasta dar la muerte. Pues las palabras de Thiers se habian deslizado por las plantas del Imperio á la manera que las niguas se deslizan por los piés de los pobres negros. Mr. Rohuer pronunció una de sus sonoras vulgares catilinarias contra el parlamentarismo; y Napoleon en persona desde las alturas de su trono, agrandadas sus palabras por el inmenso tornavoz del sólio, creyó necesaria una respuesta, y en solemnísima ceremonia, al dar su birrete á uno de los cardenales á la sazon nombrados por Roma, se lamentó de la ceguera y de la impenitencia de esos hombres, que «apenas escapados del reciente naufragio, vuelven á invocar los vientos y las olas, y á traer la antigua tempestad.»

Mas allá para sus adentros se burlaba Thiers de estas aprensiones, sabiendo como sabia que el gérmen de una nueva política estaba ya depositado en el seno de la Cámara en la conciencia de la nacion, y que este gérmen, á pesar de las maniobras ministeriales y de la rabia imperial, daria indefectiblemente sus frutos.

En efecto, la opinion liberal renacia y reclamaba la libertad. El hombre más sagaz entre los imperialistas, el hermano bastardo de Napoleon, el verdadero autor del golpe de Estado; Morny, epicúreo para quien el poder era un goce más, deseoso de prolongar este goce, y presintiendo cuanto podia turbarlo un renacimiento de la libertad, que no cupiese dentro del Imperio, trató con profética anticipacion de formar el partido imperialista y liberal, capaz de responder á los cambios del espíritu público, y de aliar en prudente consorcio la agitacion de los derechos políticos y el vigor y la fuerza de la autoridad y del gobierno. Para la obra de fundar un partido tenia grandes cualidades: inteligencia flexible,

[redacted]

mirada escudriñadora, conversacion amena, práctica de la sociedad, conocimiento de los hombres, seducciones y halagos casi femeniles, proteismo político que le daba como un viso de todas las ideas y como una secreta inclinacion á todos los partidos; falta de escrúpulos de conciencia y sobra de medios de corrupcion, buenos para propinar morales envenenamientos. Este hombre puso los ojos en el más jóven y en el más débil de los diputados de la izquierda, en Emilio Ollivier. Bien pronto conoció el flaco de tal diputado, la brecha por donde podia penetrar hasta su alma, la vanidad. Hijo de un austero y probado republicano antiguo; prefecto de Marsella á los veintitres años; con visos de demagogo más que con visos de conservador; acusado en la terrible guerra civil empeñada en Junio de 1848 por los socialistas de inclinarse á la revolucion; ardiente de convicciones y más ardiente todavía de palabras en su primera juventud; Ollivier formaba parte en la Cámara de los cinco primeros diputados que se opusieron al Imperio y proclamaron la Re-

pública, siendo elegido como republicano para la Cámara, naciente en 1863, por la republicana ciudad de París. Mas notábase en sus palabras, y en su actitud que le disgustaba una larga oposicion; que temia quedarse con el nombre de retórico oposicionista; que aspiraba ardientemente á emplear sus facultades de gobernante; que se resentia y se quejaba de la intransigencia en el carácter y del imperio en la voluntad de sus jefes y de sus colegas. Morny se insinuó por grados en su ánimo, presintiendo las inclinaciônes naturales de su deseo: le alabó extremadamente los discursos; le hizo ver el sentido práctico que en ellos habia; le abrió la perspectiva de fundar la libertad, de rejuvenecer el Imperio, de adquirir eterna gloria, de ponerse al frente de toda la juventud, con solo renunciar á la utopía de la imposible República, á la compañía del insolente Picard, y á la jefatura del imperioso Julio Favre. Mientras así obraba en el Cuerpo Legislativo no descuidaba las Tullerías. Allí decia que era necesario ocurrir á todos los peligros, precaver todas las dificul-

[redacted]

tades, mirar la corriente de la opinion y de las ideas, saliéndole al paso á la nueva fase del espíritu público entrevista por los más adocenados astrónomos de la política, y fundando el partido imperial de la libertad para que pudiese perpetuar en la familia de los Césares el difícil gobierno de la movible Francia. Y á este fin aconsejaba seducir, halagar al ménos gastado de todos los representantes republicanos, al más jóven, al único que habia accesible á los halagos, y débil por su vanidad, á Emilio Ollivier que, haciendo solemne abjuracion de la República, heriria de muerte á los republicanos, y llevaria á las venas un poco ateridas del Imperio la sangre y el calor de la juventud. Fluido hasta llegar á la elocuencia; galano hasta llegar á la poesía; instruidísimo en materia política y en materia jurídica, aunque oliendo un tanto á pedantismo; no tan correcto, pero no tan soberbio como Julio Favre; no tan ingenioso, pero no tan mordaz como Ernesto Picard, segun la feliz expresion de uno de sus biógrafos; con cierta reserva en la palabra, cierta

mesura en la frase, cierta consideracion á sus adversarios, que le daban autoridad incontestable sobre la Cámara ¡ah! parece imposible que luego tuviera tanta facilidad en adquirir peligrosos compromisos y tanta ligereza en cambiar de conducta política. La malignidad añade que despues de haber sido el segundo en la oposicion de los cinco durante varias legislaturas, no quiso en la Asamblea de 1863 descender de su rango, cuando los oposicionistas habian crecido con la presencia de hombres como Thiers y Berryer, y abrazó la política que le señalaba Morny hasta ser jefe de la fraccion liberal dentro del bonapartismo. Á ello le incitaba tambien su ilustre amigo Emilio Girardin, que echándosela de hombre práctico, suele en todo tiempo proponer y apoyar las cosas más impracticables. La mayoría de la Asamblea le hizo redactor de las leyes sobre ligas y convenciones y huelgas de los trabajadores; el gobierno componedor de las diferencias entre la sociedad del canal de Suez y el virey de Egipto; la Emperatriz le convidó á sus comidas íntimas

[redacted]

y á sus saraos de familia; muerto Morny de anemia, como de anemia se moria el Imperio, le tomó bajo su proteccion Walesky, tambien de la familia imperial, y con todos estos halagos, y con todos estos apoyos, se propuso llevar maniatada la robusta é indócil libertad hasta el lecho donde ya comenzaba la agonía del exhausto César. Las ideas de Emilio Ollivier, que las Tullerías tomaban como un filtro de rejuvenecimiento, eran como veneno corrosivo en las entrañas de la política napoleónica. Sin poder impedir ninguna de las faltas de aquella política, la habia arrastrado vertiginosamente á dejar alguna libertad al juicio severo y á la pública condenacion de estas faltas. No habia impedido ni la desastrosa expedicion á Méjico, ni la funestas complacencias con Rusia en la cuestion de Oriente, ni la reivindicacion impolítica y el abandono cobarde del Luxemburgo, ni la complicidad con Bismark y la enemiga á Bismark, ni la teoría de las grandes aglomeraciones mantenida hoy para desecharla al dia siguiente, ni el crímen de Mentana que lo divorció para

siempre de sus aliados los italianos, ni la sombra espesa lanzada sobre las cuentas del Prefecto de París, y mientras las faltas y los errores se amontonaban de esa suerte, crecia la facilidad de criticarlos y de zaherirlos, la cual acababa lenta pero seguramente con el Imperio. Luego, aquella mayoría de cortesanos, aquella comparsa del César, más propia para asistir á las cenas de Locusta que á los discursos de Caton, se dividió fatalmente y una parte de ella fué á recoger y expresar las violentas y nobles aspiraciones á la libertad, enemiga irreconciliable del Imperio. Y todos estos organismos sociales mueren siempre más que por la fuerza de sus enemigos por la propia interior descomposicion. Las ideas olivieristas eran como un virus más aumentado á los podridos humores del Cesarismo. Así es que, al terminarse en 1869 la Cámara de 1863, habia organizado en ella un partido que se iba á presentar ante los nuevos comicios reclamando mayor amplitud para la prensa, mayor independencia para las reuniones, renuncia completa á las candidaturas oficia-

les, intervencion inmediata del Cuerpo Legislativo en la discusion y votacion de los tributos y en el exámen de los presupuestos; más iniciativa parlamentaria y por lo mismo ménos iniciativa imperial; responsabilidad de los ministros mezclada con la responsabilidad del Emperador; instruccion primaria universal; servicio militar obligatorio; reformas en la contribucion de consumos; extension de las facultades de los consejos generales y de la autonomía de los ayuntamientos; al fin y al cabo, una revolucion.

El Imperio no podia soportar todas estas ideas sin quebrarse como se quiebra una lámpara al calor excesivo de la luz que contiene. El Emperador lo comprendia así, y mientras con una mano aflojaba las riendas, con la otra amenazaba á todo aquel que quisiese perturbar el órden público. Con motivo del centenario del gran Emperador, decretó una pension de mil reales anuales á cada uno de los militares aun existentes del primer Imperio y de la República; y con esta medida se libró de fiestas fácilmente degenerables en

ruidosas y contrarias manifestaciones. Despues pronunció en Chartres un discurso gravísimo. Recordó que, siendo presidente de la República, allí habia llamado, aunque en vano, los partidos á la conciliacion. Llamábalos de nuevo, y añadia que «los llamaba en nombre de la autoridad alcanzada por diez y siete años de fortuna indudable y de próspero gobierno;» torpe mezcla de halago y amenaza, de confianza y descorazonamiento. La oposicion se burlaba de él, y le decia que la conciliacion estrecha con el cesarismo, era imposible, y la amenaza de un nuevo golpe de Estado completamente vana, pues no se repiten ni estos fenómenos en la misma época, ni estas aventuras en el mismo reinado. Mucho más le favorecia la inhabilidad política de los rojos, que sustentaban la abstencion, la renuncia al combate, á la virtud de la palabra, á la propaganda de la idea, á la protesta pública, al influjo en las decisiones del gobierno y en la publicacion de las leyes; el misticismo político, el silencio, el sueño, la inercia, el suicidio. Pero Francia no escucha-

en estos consejos de una desesperación in-fructuosa, y en las iglesias convertidas de la prensa, en los primeros diarios de los clubs; en [illegible] primeras proclamas de los diputados; en [illegible] de las reuniones [illegible] en el debate público de los [illegible] en las [illegible] de la historia, en [illegible] de candidatos. Así, como [illegible] la democracia re- [illegible]

[redacted]

CAPITULO LXXXIV.

LAS ELECCIONES DE 1869 Y SU TRASCENDENCIA POLITICA.

Una gran decadencia en el Emperador y un gran despertamiento en la opinion; esto y no otra cosa iban á revelar en su conjunto, y desde el primer dia revelaban en cada uno de sus detalles las ruidosas elecciones de 1869, que habian de producir la última Asamblea del Imperio. Desde aquellos momentos felicísimos, precursores de 1789, en que merced á la prodigiosa educacion, obra del espíritu inquieto y progresivo del siglo décimo-octavo se reunieron en los votos y aspiraciones, en las ideas y fórmulas de los ayuntamientos,

[redacted]

de los consejos, de los Estados; todas las doctrinas de la revolucion francesa, con extraordinaria lucidez compendiadas, y con viril energía pedidas y reclamadas, jamás se habia visto en la historia de Francia una lucidez de ideas y un aliento de voluntad tan insistentes en reivindicar el principio más esencial á la vida, y más olvidado en los comienzos del ciego cesarismo, el principio de libertad. Los ánimos estaban de tal manera exaltados por su ideal é implacables contra el César que se creyó posible bajo el nombre, un tanto gastado ya en España, de union liberal, reunir á la sombra de una sola bandera á todos los enemigos del Imperio, que marcharian compactos á la conquista del derecho en el campo pacífico de unas elecciones generales, último esfuerzo necesario para expresar por los medios legales y de órden la voluntad de la nacion. La Restauracion decian los partidarios de esta idea, con ser monarquía católica, y borbónica fué mucho más liberal que el Imperio; la monarquía de Julio mucho más liberal; y no hay que hablar

de la República, muerta á mano airada por la incompatibilidad de su esencia en la soberbia de la dictadura, pues los partidarios de estas tres soluciones pueden reunirse con el propósito de derrocar al trono y de pedir las libertades fundamentales, prévio indispensable procedimiento á la clara expresion de la voluntad nacional. La idea era á primera vista seductora; pero en realidad impracticable. Los dos opuestos extremos de la política, los dos partidos que creen representar los dos polos de la sociedad, el uno, la doctrina de lo pasado, el otro, la doctrina de lo porvenir, tocados ambos de esa falta de sentido práctico, que parecen haber recibido de la naturaleza para impedir que la sociedad se caiga, como un ébrio, á la derecha ó á la izquierda bruscamente; estos dos partidos, soñadores y vagos, rechazaron toda alianza porque el uno la queria para restaurar en el centro de Europa el régimen teocrático, y el otro para implantar los principios socialistas, ambos para una utopia igualmente imposible. De consiguiente, cada partido iba á las urnas,

separado y con su bandera, pero todos juntos y unidos en el ódio comun al gobierno del Imperio y á la persona del César.

Así no es maravilla que sordas preocupaciones y profundas inquietudes oscurecieran la inteligencia y embargaran la voluntad del dueño de Francia, en esta hora angustiosa y suprema. Las elecciones se verificaban tristemente en circunstancias dificilísimas. La aureola de gloria del Imperio, que siempre fué á los ojos perspicaces una aureola de nieblas, la aureola de gloria se habia disipado hasta á los ojos más vulgares. Herido en Méjico, herido en Sadowah: el Imperio americano de que se habia declarado protector en el suelo, y el Imperio europeo de que se habia declarado enemigo en el zenith; no tenia ya manera de engañar al orgullo nacional francés, ni de compensar con una brillante supremacia en el mundo la triste ausencia de la libertad y del derecho. Luego su ministro de Estado habia dicho melancólicamente que la generacion fundadora del Imperio, pudria tierra en su mayor parte, y habia dicho la

verdad. Los gobiernos y los partidos no fijan su atencion jamás en el hecho capitalísimo de la historia, en el que ejerce más soberana influencia sobre la política, en el flujo y reflujo de las generaciones. Solemos quejarnos de haber nacido mortales, quisiéramos fijar la rueda de nuestra vida que camina con una rapidez tan vertiginosa hácia el sepulcro, y no consideramos que uno de los presentes más bellos de Dios al hombre, es la muerte. Perpetuad las generaciones sobre el planeta y vereis cómo se perpetúan la supersticion y el error. Los ánimos apocados pueden mirar la muerte en su desnudez como la diosa que destruye; los ánimos levantados la mirarán en su fecundidad como la diosa que renueva. Ya la generacion que se asustó de la libertad, que renegó de la República, que se echó en brazos del Imperio por huir de la utopia, habia sucedido una generacion ménos inquieta, poco revolucionaria, enemiga de la fuerza, pero profundamente republicana y democrática. A los ojos de la generacion que fundó el Imperio las utopias aparecian como los

[redacted]

cometas á los ojos de la antigüedad, como cuerpos sangrientos que llevaban ciudades de tumbas y nubes de males, como espadas esterminadoras puestas en las manos de ángeles invisibles, para que las esgrimieran contra la humanidad y sus obras. A los ojos de la nueva generacion, las utopias aparecian como los cometas á los ojos de la ciencia. No son cuerpos, cuya marcha se pueda fijar con la exactitud con que se fija la marcha de los otros cuerpos celestes; pero no son tampoco cuerpos perturbadores y anárquicos en el sistema planetario, su choque con nuestra tierra no produciria más efecto que el choque de una mosca con un tren; y en su materia difusa en sus gases resplandecientes, en su misteriosa cabellera desprendida de la guedeja del sol, acaso llevan el gérmen y la esperanza lejanísima de una mera creacion. Déjeseles, pues, discurrir por los espacios. En tal manera el sentido de la nueva generacion, estaba así formado que Napoleon sacó de las inmensas cloacas de París, todas las suciedades demagógicas amontonadas por

[redacted]

veinte años de Imperio, y no pudo aterrarla. La nueva generacion detestaba la demagogia, pero era por lo que la demagogia tenia de contraria á la libertad y á la República. La nueva generacion aborrecia al Imperio que los Catilinas de arriba erigieron contra los Catilinas de abajo; pero sin dejar por eso de ser tan demagogo como la más desenfrenada demagogia, y su principal promovedor, y su cómplice. No habia, pues, medio de ganar un alma indomable, un alma indisolublemente unida á la libertad, el alma de una generacion que venia resuelta á destruir el Imperio y á fundar la República. Con estos dos graves inconvenientes, con estos dos insuperables obstáculos tenia que luchar el Emperador, con su propia disminucion y con el crecimiento de las opiniones republicanas. Así se presentaba en los comicios, incierto en sus ideas, inseguro en su política, aterrado de su decadencia con el partido imperial, separado en reaccionarios y en reformadores, mientras los partidos contrarios se unian en el odio al Imperio cesarista,

[redacted]

y en la proclamacion de las libertades necesarias.

Los déspotas se parecen á los conspiradores en una cosa, en que creen con pequeños medios conseguir grandes fines. El conspirador afila su puñal, y cree que matando un tirano, ha matado del mismo golpe la tiranía; el déspota apareja sus medios de corrupcion, y cree que corrompiendo á un tribuno, ha corrompido tambien la libertad. Ni el uno puede perturbar á su antojo la estabilidad social, que no se mueve al capricho de nuestra voluntad como no se hincha la vela del barco al soplo de nuestros lábios; ni el otro puede detener el progreso, que no se tuerce á la fuerza como no se detiene el torrente al dique de nuestros brazos. La estabilidad social se mantiene á despecho de los perturbadores; y el progreso social se verifica á despecho de los déspotas. Pero nadie le quita de la cabeza á un déspota, sobre todo si ese déspota ha sido antes conspirador, que los millares de funcionarios sometidos á su voluntad, los cientos de millones amontonados en sus ar-

cas, los cortesanos anhelantes por recoger las migajas de sus banquetes y las sonrisas de sus lábios, los esbirros que celan hasta el sueño de los ciudadanos, los centinelas que guardan sus casas, la multitud de inertes que adoran la fortuna y la otra multitud de utilitarios que solo anhelan el reposo, todos estos elementos juntos bastan para falsear la voluntad de una generacion y para impedir el triunfo de una idea. Luis Napoleon todavía se propuso más que esto en la contienda de las elecciones; Luis Napoleon se propuso falsear por completo la opinion pública, la voz de la conciencia nacional, convertir el trueno del cielo en un clarinete de su orquesta de antecámara. Así pensó en una inmensa falsificacion de la prensa. Sus arcas particulares y las arcas del Estado se abrieron á este fin; las hojillas de anuncios devotas al Imperio y ecos de las prefecturas se convirtieron á una en periodicazos políticos; los redactores de París, más hábiles en manejar el arma emponzoñada de la calumnia, más al cabo en conocer los medios de corrupcion y de amedren-

[redacted]

[redacted]

bertad y favorecer al César. Nada se perdonó. El periódico oficial, lo mismo en su edicion grande que en su pequeña edicion, los monitores municipales que parecian ajenos á los problemas políticos y á las contiendas de eleccion, la prensa de cuentos, de escándalos, de causas célebres, que se publica en París, trocáronse prontamente en hojas de propaganda imperialista. Un periódico literario, sin depósito, que hubiera querido salir de su esfera y entrar en la esfera política, al momento lo suprimian; pero un periódico literario, sin depósito, podia muy bien burlarse del candidato de oposicion, ponerlo en ridículo, cantar las glorias científicas de los candidatos ministeriales, aunque ninguno de ellos hubiera inventado la pólvora; y componer una novela en que pintara todos los círculos del infierno enroscándose como una inmensa serpiente al cuerpo de la República y todos los luminosos círculos del Paraiso flotando como una inmensa diadema sobre las augustas sienes del Imperio. Se le dió dinero á Mr. Millaud para que en los doscientos cincuenta

[redacted]

mil ejemplares de su periodiquejo literario [illegible] a propaganda imperialista, se [illegible] [illegible] [illegible] periódicos de París, y la Presse, se [illegible] semanal [illegible] [illegible] Crónicas mensuales [illegible]

[illegible] depar-

tario de la única fórmula que podia sustituirse al Imperio y capaz de la única política que podia realmente quebrantarlo, se esterilizaba y se perdia en estúpidas divisiones, así de ideas como de personas, divisiones que á un mismo tiempo le quitaban el sentido de la realidad y el empuje de la fuerza. Las divisiones de ideas eran lamentables, pero eran mucho más lamentables todavía las divisiones de personas. En las divisiones por las ideas entra la fé, la conciencia, el espíritu, la razon, algo que anima y fortifica; en las divisiones por las personas sólo entra la pasion, la cólera, la venganza, las rencorosas ambiciones, todo cuanto corrompe y destruye. En el partido republicano francés habia un tipo, el republicano revolucionario, honrado en su vida, entero en su carácter, de antiguos servicios y de indómitas esperanzas, que sufrió las condenaciones á muerte, los destierros perdurables, todas las desgracias con frente serena y corazon resuelto; pero que contrastaba todas estas calidades con la estrechez de miras, con la intransigencia de

ideas; siempre el odio en el pecho y la murmuracion en el lábio; jacobino impenitente, terrorista decidido, por único ídolo Robespierre, por única gloria la Convencion, por únicos elementos de progreso las revoluciones, por único ideal la República autoritaria; juzgando, por tanto, con ira y creyéndolos traidores á todos aquellos que no participaban de sus dogmas, á todos aquellos que no caian en su intransigencia, á todos aquellos que odiaban el terror y la guillotina, á todos aquellos que pedian una política republicana, sí, pero acomodada al carácter de nuestros tiempos y á la naturaleza y á la idea de las nuevas generaciones. Luego la República se perdió, y á la pérdida de la República siguieron las implacables persecuciones del Imperio y la larga servidumbre del pueblo. Y todos se echaban unos á otros encima la responsabilidad de esta desgracia. Y los más responsables, los más culpados, que eran á la verdad los más intransigentes; aquellos que excitaban al pueblo contra el gobierno republicano; que sembraban de utopias tem-

pestuosas el camino de la democracia; que hacian manifestaciones aterradoras; que iban á la Asamblea para disolverla y armaban el pueblo para lanzarle sobre las barricadas; que preferian la increible candidatura de Raspaille en la presidencia á la sensata candidatura de Cavaignac, soldado sí, pero soldado leal á la República; que empeñaban las horribles jornadas de Junio y las ridículas jornadas del Conservatorio; que descorazonaban al pueblo y le pedian su sangre para una utopia imposible, concluyendo por traer una reaccion espantosa; aquellos eran los más empeñados en fomentar las divisiones, y en atribuir la muerte de la República á la incapacidad de sus primeros hombres, cuando realmente hay que atribuirla al desasosiego, á la inquietud, á la fiebre, á la ira de estos torpes é intransigentes sectarios. Y luego el amor á la novedad, y el carácter impresionable del pueblo francés hacia que se elevaran á la categoría de los primeros los últimos venidos, y que esto trajera el despecho de los antiguos y la impaciencia y la exacer-



cosmológicas, que no se subordinan fácilmente á las combinaciones políticas. En donde las lluvias sean frecuentes, el problema de mejorar la condicion del pobre será más fácil que en los territorios secos, pedregosos, áridos. Un canal de riego que atravesara Andalucía haria más por los pobres andaluces que todas las séries falansterianas y todas las fórmulas cabetistas. Nadie se opone á la mejora social de las clases desheredadas. Pero á lo que se oponen juntamente el sentido comun y el sentido político es á que, so pretexto de mejorar las condiciones de las clases pobres, se ataque la propiedad, raíz de las libertades individuales; se divulguen ideas comunistas que son en el fondo ideas reaccionarias; se acredite, en el concepto de los pueblos civilizados, el sistema nihilista de los sectarios rusos que, imbuido de asqueroso materialismo, es una reaccion vergonzosa á todas las vejeces de la sociedad absolutista, desde las comunidades de la India hasta los conventos de nuestra España. Y sin embargo, cuando la primera reunion del partido

[redacted]

directas; el armamento del pueblo. ¡Lástima grande que este programa fuera expuesto en los colegios electorales, frente á frente del nombre respetabilísimo de Mr. Carnot, que representaba una antigua gloria republicana, y que en sí mismo significaba una série de servicios inolvidables á la democracia y á la República! El programa de Rochefort contenia todas las promesas de Gambetta, y además un vago sentimentalismo comunista, muy propio para aumentar su popularidad, muy impropio para darle el respeto que le faltaba entre las personas sensatas. Raspail decia chocheces que le quitaban hasta el derecho al respeto y provocaban á risa. Él habia traido la República el año 48. Es decir, que Raspail solo, él solamente habia sido la intransigencia de Guizot, la ceguera del rey, la agitacion de los banquetes políticos, la resistencia á la reforma electoral, la coalicion de los liberales, la elocuencia de Lamartine, el empuje y la virilidad de Ledru-Rollin, la irrupcion en la Cámara de Causidiere, la flojedad de la guarnicion, el entusiasmo de las

[redacted]

muchedumbres, la oportunidad de la proclamacion de la República en el Hotel de Ville, todas las concausas, previstas é imprevistas, que habian hecho triunfar casi de improviso, sin que nadie lo presintiera y lo esperara, la forma propia de nuestras ideas liberales y democráticas en las calles de París abrasadas por el fuego y por la inspiracion de las revoluciones. Francamente, todas estas divisiones de miras y de personas, en el momento en que más necesaria era la unidad de ideas y de conducta, desacreditaba al partido republicano y regocijaba al Imperio. Solo que la fuerza de descomposicion de este era tan grande, y su reemplazo por la República tan inevitable, que, á despecho de todo, la idea crecia y marchaba contínuamente aplastando en su triunfal carrera los errores, las inconsecuencias, las debilidades de sus mismos partidarios.

Pero el interés supremo de aquella contienda se concentraba en las dos personalidades de Bancel y de Ollivier. Estos dos hombres eran verdaderamente una antítesis en

doctrinas, en historia, y estaban destinados á luchar en el mismo distrito. Bancel, siendo muy jóven, habia llegado por voluntad de los electores del Mediodía de Francia á las primeras Asambleas de la República. Allí se habia sentado en la extrema izquierda y dirigido en discursos elocuentísimos sus rayos sobre la cabeza de los que perseguian á los republicanos avanzados, reos sin embargo de muchos y muy graves atentados á la República. Habia en sus discursos correccion de formas, propiedad de lenguaje, aliento de inspiracion, energía de sensibilidad, y solamente les faltaba para ser perfectos más médula y más cantidad de ideas. Pero el nérvio, el sentimiento, la fé disculpaban y encubrian muchos de sus defectos. Cuando la traicion del Dos de Diciembre llegó, fué al combate; y cuando el combate acabó, al destierro. Allí departia con los más ilustres demócratas de sus mútuos dolores, de sus mútuas esperanzas; y se entregaba al estudio de los problemas históricos, y á la adoracion del ideal político. Pasados algunos años, aflojaba la tira-

[redacted]

[illegible]

[illegible] y [illegible] el [illegible] los [illegible] importantes y [illegible] [illegible] que enviara el [illegible] a [illegible] Olivier a [illegible] para que [illegible] la heroica bandera de la República, olvidada por [illegible] y sostenida por su

aleve mano con la maldecida bandera del Imperio. Los electores más influyentes de esta tercera circunscripcion de París publicaron elocuentísimo manifiesto, en el cual aseguraban que la democracia, no contenta con revindicar la soberanía de la nacion como inmediato término de sus aspiraciones, deseaba reivindicarla por principios claros y no por transacciones vergonzosas, las cuales habian llevado á su antiguo representante á olvidarse de sí mismo y á olvidar su mandato hasta el extremo de defender á los mismos á quienes tenia expreso encargo de combatir. Emilio Ollivier, intentando prevenir estas acusaciones y contestar con la debida anticipacion á estos cargos, declaraba en poético manifiesto dirigido á los electores del departamento del Var que no habia jamás cambiado y que habia seguido la conducta de todos cuantos se llamaban republicanos prestando juramento de fidelidad al Imperio con ánimo resuelto á sostenerlo y decidido á cumplirlo. Mas era esta una bien pobre y bien miserable salida. ¿En virtud de qué ley divina ó humana podia



republicana á una doctrina cesarista sosteniendo haber sido consecuente consigo mismo y fiel á sus compromisos. Y todavía es más incomprensible, más inexplicable, que habiendo cometido esta grande inconsecuencia, pretenda ser apoyadó por aquellos mismos contra los cuales principalmente la ha cometido. Pues en esto se empeñó Emilio Ollivier, apoyado, sostenido con furor indecible por su íntimo amigo, Emilio Girardin. Se necesitaba alcanzar que los antiguos republicanos votaran al nuevo imperialista. Mucha era la elocuencia de Ollivier, mucha la habilidad periodística de Girardin; pero francamente, tamaña empresa excedia al poder y alcance de las humanas fuerzas. En su apuro se le ocurrió al orador una salida caballeresca, propia de los tiempos antiguos ó de los tiempos medios, emplazar á su enemigo á singularísimo combate, remedado de los Horacios y los Curiacios, de Pedro de Aragon y Cárlos de Anjou, de los caballeros de la tabla redonda, de Amadis de Gaula ó de Don Quijote de la Mancha, á fin de que en justa ora-

[redacted]

toria, en torneo de palabras, se vieran, se encontraran, disputasen á botes de lanza, con armas afiladas; y viesen, despues de haberse partido la luz, haber invocado al cielo y á su dama, haber combatido con arreglo á las leyes más extrictas de la caballería, por quién quedaba el campo de batalla, por quién el juicio de Dios. Francamente, esto era ridículo. ¿Qué iban á sacar los dos oradores de semejante disputa pública? En una carta pueril, por lo vana y por lo hinchada, Ollivier notificó á Bancel que habiéndole dicho los electores indigno de la confianza de la democracia, y habiéndole sustituido su nombre como más digno, estaba obligado á sostener delante de él, en combate oratorio, cara á cara, sus propios merecimientos y á negar los merecimientos de su contrario. Bancel, con mucha naturalidad, y mucho acierto le respondió que nada tenia que ver en el asunto; que se las compusiera como pudiese el candidato zaherido y condenado con sus descontentos electores. Así lo hizo con mejor acuerdo. El teatro de Chatelet fué el escogido para pro-

nunciar su discurso; y los electores amigos citados por medio de papeleta. Todo estaba, pues, preparado para una escena de efecto, y para un éxito ruidoso. Pero los hados dispusieron otra cosa. La representacion no correspondió ni al plan del autor, ni al ensayo. El público, que estaba citado, no pudo entrar en la sala, sustituido por un público extraño, no convocado, no provisto de papeletas, que sin embargo, con ménos derecho, aunque con más audacia, representando mejor la opinion del distrito que los oyentes preparados por el orador, forzaron las verjas, abrieron las puertas, se instalaron en los asientos, componiendo una asamblea enemiga en vez de la asamblea amiga que se habia préviamente amañado. Emilio Ollivier vaciló, dudó por mucho tiempo sobre si debia ó no asistir á una sala de esta insólita manera invadida. Por fin temió al efecto que haria en la opinion el convocar y no reunir los electores, y se presentó á las diez de la noche delante de un público hostil de suyo, y exacerbado por la impaciencia. Su figura gallarda, á pesar de

[redacted]

esforzaba el orador para dominar aquel tumulto; en vano sacaba de sus pulmones los sonidos más fuertes y tendia los brazos con los ademanes más expresivos; en vano se ponia de pié y reclamaba con humildad ó imponia con imperio el silencio; en vano clamaba en su auxilio al comisario de policía; los gritos unánimes, las protestas ardorosas, las invocaciones expresivas á la República, los epítetos mal sonantes á su cara escupidos, toda aquella tempestad de injurias le obligó á tomar la puerta y á dejar la reunion tristemente convertida en verdadero caos. El comisario pudo disolverla, y despejar el teatro á las once y media; pero en los alrededores se aumenta la muchedumbre que dá vivas á la República, que se dirige á conmemorar la revolucion á la plaza de la Bastilla, que de allí va á la calle de Santa Margarita á saludar el sitio donde murió Baudin, víctima de su entusiasmo por la libertad; muchedumbre entusiasta, que se aumenta en su marcha como un rio, y que solo se desvanece cuando fuerzas de policía numerosas pasan de las ame-

nazas á los golpes, de las palabras á las armas; y dejan á muchos heridos y medio muertos en aquella horrible noche, en que por última vez se demostró definitivamente la incompatibilidad absoluta entre la ciudad de París y la dinastía de Napoleon.

El partido republicano habia cometido muchas faltas: su carencia de programa fijo, sus divisiones interiores, la indisciplina de sus partidarios que le llevaban á excederse, no ya en reuniones donde la indignacion era natural, como en la de Emilio Ollivier, sino en las reuniones de sus propios candidatos y amigos. El gobierno fomentaba el desórden para desacreditar la libertad, y hasta tenia formada una especie de partida, cuyos individuos, vestidos de blusas blancas, iban por todas partes, gritando muerte al Imperio y vida á la anarquía. Con su natural maquiavelismo presentaba á los ojos del pueblo como una consecuencia indeclinable de la República el desórden universal, y como una enseñanza provechosa los disparates, los errores, los excesos de la palabra y de la plu-

ma, tanto en los clubs como en la prensa. Y sin embargo, lo mismo en los últimos dias de Mayo, que en los primeros dias de Junio de 1869, hubiérale bastado solamente querer para reprimir los incomprensibles tumultos de París en que tomaban parte á ciencia y paciencia de la polícia, las blusas blancas, especie de aparecidos sembrando el terror y ocultándose en seguida, para que los ciudadanos pacíficos, los transeuntes ordinarios, á lo sumo, los curiosos imprudentes fueran atropellados, perseguidos, golpeados, algunos de ellos muertos en pleno dia por los encargados de conservar el órden, cómplices, ó por complacencia, ó por doblez, ó por torpeza de la agitacion y del desórden. Los periódicos republicanos denunciaron esta funesta conducta á la conciencia pública profundamente herida. Los demócratas de órden declararon que iban á tomar por propia mano la defensa de una sociedad abandonada. La guardia nacional conminó indirectamente al gobierno diciéndole que si no bastaba el ejército y la polícia sus servicios estaban prontos

al restablecimiento de la pública tranquilidad. En los barrios más trabajadores se formaron sociedades de seguridad y se repartieron palos y armas contra los amotinados. Desde el veinticinco de Mayo al once de Junio, no hubo un dia sin zozobras en los ánimos, sin golpes y carreras en las calles. El once de Junio salieron Emperador y Emperatriz por las principales arterias de París derramando en todos los ánimos el frio de la indiferencia. El doce la guarnicion tomó un aspecto imponente, y desaparecieron los perturbadores, y cesaron las perturbaciones, como desaparecen despues de una representacion los actores y las decoraciones en los teatros. De todos modos, París habia votado con grande entusiasmo contra su tirano. Los candidatos de oposicion vencieron en todos los distritos. Ochenta mil votos condenatorios más que en las últimas elecciones tuvo el Imperio. No podia vivir, no, en tal lucha abierta con la ciudad que era como la cabeza y como el corazon de la Francia. En esta guerra entre una institucion perecedera y un pueblo inmortal, queda siempre la



victoria al pueblo. Francia iba á entrar en nuevo período despues de las últimas elecciones; y todo el mundo presentia y anunciaba que en este nuevo período, en esta nueva crísis, iba á terminar para siempre la vida y el poder del último de los Césares; maldecido y rechazado por la pública conciencia.

[redacted]

CAPITULO LXXXV.

LAS REVELACIONES DE LA LIBERTAD.

El error más grave cometido por Napoleon III, fué pensar que entre la libertad y su Imperio cabia género alguno de alianza y de reconciliacion. Cuando un César ha herido el derecho, no puede pedir ni fuerza ni aliento á su víctima. La libertad no es para él aquella casta musa de resplandores celestes, que da, como el sol á sus planetas, luz y calor; sino la Medea furiosa, cuya justicia, por implacable, tanto se parece á la venganza. Así es que, imposibilitado de calentar su Imperio en la gloria, buscó el arrimo de la libertad,

que sólo debia en cumplimiento de leyes inflexibles, darle impiamente la muerte. Los innumerables periódicos que habian salido á luz desde la abolicion de las prévias autorizaciones; los libros, escritos por ardientes publicistas en el destierro, que atravesaban la frontera y se esparcian entre las familias; los discursos de los clubs, que respiraban odio y venganza, habian arrojado á manos llenas siniestros reflejos sobre la tétrica figura de aquel César tocado de una completa decadencia.

Contábanse cosas increibles, pero fundadas en datos auténticos. Extraíanse los documentos secretos de los archivos del Haya, y se publicaban las protestas que el rey Luis, al abdicar la corona de Holanda, escribió contra los desórdenes de su mujer, la reina Hortensia, y contra los hijos adulterinos que habia puesto bajo el patrocinio de su nombre, entre los cuales se contaba el Emperador de los franceses. Los mismos legitimistas, que debian haber guardado cierto respeto al representante último de la régia majestad en

[redacted]

su patria, contaban que el cardenal Fesch decia estas palabras: «Cuando se trata del orígen de sus hijos, Hortensia se embrolla siempre en sus cálculos.» Andaba de mano en mano la copia de una carta dirigida por el esposo legítimo de Hortensia al Papa Gregorio XVI, con motivo de la rebelion del futuro César y de su hermano mayor, misteriosamente muerto en aquel terrible trance. La copio á la letra: «Santísimo Padre: decia, mi alma está opresa de dolor y mi corazon estremecido de indignacion, al saber la criminal tentativa de mi hijo contra el gobierno de vuestra Santidad. Mi vida, ya tan dolorosa, debia ser probada por el más cruel de todos los dolores, por la noticia de que uno de los mios haya podido olvidar hasta ese extremo los beneficios con que vuestra Santidad ha distinguido á mi desgraciada familia. El infeliz hijo mio ha muerto: que Dios se haya de él apiadado. En cuanto al segundo, Luis Napoleon, que usurpa mi nombre, en cuanto á ese, nada tengo que ver con él, porque en nada me toca ni me pertenece. Consiste la mayor de

mis desgracias en tener por esposa á una verdadera Mesalina...» Añadíase á esto que el príncipe Napoleon, el eterno conspirador del Palacio Real, comunicaba á todo el mundo una carta de su difunto padre, en la cual se le decia claramente al César: «tú has usurpado nuestro nombre y nuestra herencia, porque nada tienes de Napoleon.» Y se decia por algunos chuscos, que el Emperador respondió: —¡Nada!—Pues tengo la familia.—¿Le parece á V. poco?»

Los versos épicos, dantescos de Víctor Hugo, aprendidos de memoria por toda aquella generacion, tenian mucho de sublime, y rodeaban de deslumbrantes resplandores á la víctima misma á quien herian. Pero en este último período, la historia augusta, la historia que refiere las largas decadencias, penetraba en los más hondos senos del Imperio, y describia la persona del Emperador, demostrando que habia corrido por el mundo y pasado de período en período de aquella su época tristísima como una moneda falsa. Aludiendo á las esperanzas que habian fundado

[redacted]

los parlamentarios en su ineptitud durante el período de las pretensiones á la presidencia para gobernar en su nombre, y al gran concepto que luego tuvo por algun tiempo en el trono á los ojos de aquellos que miden la altura de la estátua por la altura del pedestal, decia de él su augusto primo Jerónimo Napoleon estos dos dichos que han llegado á ser célebres: «Dos veces ha engañado á Francia, Luis Napoleon, una haciéndose pasar por tonto, y otra por hombre de talento.» «No me extraña que el pueblo francés haya tomado este ganso por un águila; pero me extraña que no haya visto Europa desde el primer dia lo pesado y lo corto de su vuelo.»

Francia entera habia rectificado su juicio respecto á Luis Napoleon. La luz encendida en el destierro se reflejaba de una manera siniestra sobre su frente, como la antorcha de vengativa Enmenide. Ya todo el mundo convenia en que aquel hombre estaba completamente privado de conciencia. El sentido moral le faltaba en el alma como á los ciegos les falta la vista. Su inteligencia, sin ser es-

casa, era perpleja, porque se consumia en la duda, como su voluntad en la incertidumbre. Tres cosas tenia que le daban extraordinario prestigio: la impasible uniformidad de su pálido rostro, el pertinaz mutismo de su lengua, la vaga soñolencia de sus ojos: entre tantas sombras creian descubrir el génio cuando sólo se encerraba el vacío. Educado para las conspiraciones por su astuta madre; conspirador perpétuo él mismo; en los accidentes de la política, en sus emboscadas tenia un verdadero maquiavelismo. Pero en las altas cimas le engañaba todo el mundo. Le engañó Palmerston haciéndole creer que tenia un grande interés en conservar la prepotencia marítima de Inglaterra y su influjo en el mundo; le engañó Cavour, arrastrándole de la confederacion por él propuesta á la unidad entera de Italia que le debia traer tantas dificultades; le engañó Prim en Méjico; le engañó Bismark en Sadowah; le engañó Emilio Ollivier comprometiéndole en la política de la libertad que debia ser la causa primera de su total perdicion y de su ruina. Y este hombre que se dejaba

[redacted]

[illegible]

[illegible]

leon III. Y á los posesores de estos papeles guardábales una fidelidad inalterable, aunque sus crímenes fuesen grandes, y sus deservicios como sus crímenes. l baron Hubner, que por aquel tiempo escribia ya un libro sobre la historia de Napoleon III, libro destinado á tener despues un grande renombre, aseguraba que en las Tullerías todo el mundo se explicaba el poder de ciertas increibles privanzas por esta frase muy extendida y muy gráfica: «ese tunante tiene papeles.» Era pues el dueño de Francia como aquellos Césares de la decadencia romana, el reflejo de la decrepitud en la inmoralidad y en el vicio. Su endiosamiento habia llegado á tal extremo, que se creia infalible é impecable como los mónstruos que más han deshonrado á la humanidad se creian, en cuanto con sus inmundas plantas tocaban el trono, como inmortales, como dioses. Así no admitia ni el consejo desinteresado, ni la contradiccion saludable, ni las observaciones más sensatas, rodeado de cómplices, de aduladores, de cortesanos, que lo embriagaban y lo enervaban con el

[illegible] de su [illegible]. Y entre estos cortesa-
nos habian muerto los mas perversos qui-
za, pero los mas inteligentes, quedando los
estúpidos, los [illegible] corrompidos y viles.
[illegible] deferencias por todos esos aven-
tureros, que [illegible] de la patria, por huir de
[illegible] responsabilidad, y que suelen cambiar
de nombre como de doctrina, y creer que
basta para [illegible] moralmente traspa-
sar una frontera. Estas gentes le aconsejaban
que [illegible] oriental, y le pedian
que [illegible] todos los dias so-
bre sus [illegible] profundamente en-
[illegible] y sobre sus vacias frentes siempre
[illegible] en el polvo. Creia el mundo que era
el hombre del Dos de Diciembre un valiente
[illegible] la fortuna, cuando en rea-
lidad estuvo aquella noche mil veces á punto
de comprometerlo todo con sus desfalleci-
mientos y su cobardia. Creian que era deci-
dido y resuelto porque le veian partir dere-
chamente á su objeto cuando no se resolvia á
nada sino despues de lentas meditaciones y
de terrible incertidumbre. Cedia algunas ve-

ces á los impulsos de su helado corazon, á la voz de su apagada conciencia; pero casi siempre al temor de perder su trono, de comprometerlo, como su única política era conservarlo, para conservar el poder, y con el poder la mayor facilidad en los placeres y en los goces. Su disimulo constante habia llegado á infundirle hasta desconfianza de sí mismo. Su vanidad era pueril, y se contentaba con que el mundo le creyese un protagonista en la escena de la política, cuando era un comparsa; con que lo creyese el director de los acontecimientos cuando se echaba en su tortuoso curso para ser por los acontecimientos impelido á una especie de inevitable destino, porque este aventurero coronado creia, como todos los aventureros vulgares, en la fatalidad. Su único medio de gobierno estaba en la corrupcion, su palanca única en el oro. Así la nube de sus cortesanos pasaba de sus salones á la Bolsa, y de la Bolsa á las estafas enormísimas, como esos animales inmundos que sólo se alimentan de la corrupcion. No puedo resistir á la tentacion de copiar algu-

[redacted]

mental de las grandes crísis, la palabra «revolucion.»

Por todas partes llovian anécdotas sobre el carácter, sobre la vida, sobre la persona del César. Durante algun tiempo fué fácil perseguir y aprisionar á los murmuradores, porque si eran muchos los mal contentos, eran pocos los animosos. Despues, perdido el miedo, para perseguir y aprisionar á los murmuradores, se necesitaba ciertamente perseguir y aprisionar á toda Francia. Contaban que preguntándole una dama inglesa á Lord Cowley por el carácter de Napoleon III, le respondió el diplomático: «habla poco, pero miente mucho.» Los agentes consulares del Imperio eran de una avaricia y de una sordidez incomparables. Decíase que en un banquete diplomático de Constantinopla habia sido referida la siguiente anécdota: Mehemet-Alí, exasperado por las exigencias de los cónsules franceses, refirió á uno de ellos el siguiente idilio, tan en armonía con las costumbres literarias de los árabes, expresivos en sus ideas y dotados de pintoresco lengua-

[redacted]

[illegible]

[illegible]

se le atribuia de haber pensado y dicho, contestando al programa de un legitimista, deseoso de ver á su rey circuido de todos los hombres honrados de la nacion, «que los traiga del extranjero.» Esta ligereza en las palabras concordaba con igual ligereza en los hechos. Contábase que, ajustada la paz con Rusia, sembrados en aquel Congreso diplomático los gérmenes de la unidad de Italia, próxima una nueva era en la política imperial, y una edad nueva en la historia moderna, el gran César solo se ocupaba de la clase de pluma con que se habia de firmar el protocolo, y su propio introductor de embajadores certificaba que para este fin altísimo habia él mismo ido al jardin de plantas y arrancado una pluma, ó al ála, ó al rabo no recuerdo bien, del águila que habia allí, prisionera, enjaulada como la Francia. Y con este motivo los periodistas más ingeniosos desautorizaban hasta los símbolos del Imperio diciendo que el águila, esa ave rapaz, de ojo avizor, y afiladas garras, ladrona de los aires, podia ser el símbolo de un César aventurero, más no el símbolo de la

[redacted]

nacion francesa, que habia preferido siempre y conservado el ave valiente y útil, profeta de la luz, vigilante y nerviosa, que anuncia al labrador la hora del trabajo, que mantiene el órden y la autoridad entre las aves domésticas de las haciendas y que se llama el gallo.

Hasta las glorias de las guerras de Italia, de la guerra más popular en Francia, se le negaban á una en esta época de su decadencia y de su desprestigio. Recordábase que habiendo entrado en la península como un dios de la antigüedad, tuvo que salir á hurtadillas como un ladron sorprendido en sus criminales faenas. Decíase que para evitarle un gran disgusto, al firmar la paz de Villafranca y renunciar al programa de llevar la guerra hasta el Adriático, tuvo que sacarlo de noche, á hurtadillas, en su propia carretela Víctor Manuel, y ponerlo en camino, protegiéndolo así contra las justas iras del pueblo italiano. Cavour decia que en los asuntos de Italia habia preferido Napoleon el conspirar al resolver y decidir, como si en su natura-

[redacted]

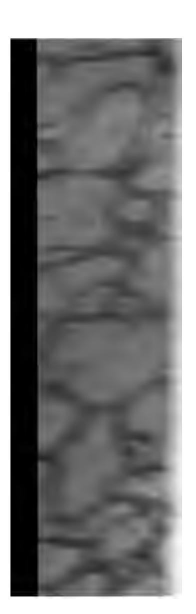
leza quedase siempre, cual un rasgo indeleble, cual una parte de su constitucion física y de su carácter íntimo, ese ministerio y ese oficio de conspirador á todo trance.

Y como conspirador perpétuo, solo de conspiradores se hallaba rodeado. Bacciochi, que era el privado de la casa, habia ejercido en Florencia oficios tan viles, que como llamase á uno de sus antiguos amigos y paisanos, y le enseñara en la Tullerías sus imperiales salones, el camarada de la desgracia y la deshonra no pudo contenerse y exclamó en su gutural toscano: «Che Carnavale.» Mas ¿para qué hablar de los cortesanos, cuando la magistratura francesa, en su expresion más alta, en sus representantes más legítimos, en los magistrados del Tribunal Supremo, se reunió el Dos de Diciembre, y publicó este fallo: «Considerando que Luis Napoleon Bonaparte es reo de alta traicion, decretamos su acusacion y su deposicion» y el dia tres, consumado el crímen, triunfante la traicion, administraban justicia en nombre de ese mismo Napoleon Bonaparte? El mal ejemplo lo ha

[redacted]

[illegible] todo. [illegible] todo gangrenado. A las causas más escandalosas acudían las señoras más encopetadas, y se complacían con verdadera voluptuosidad en escuchar los detalles más vergonzosos. Y como sucedía en la Roma imperial, y en la Bizancio epicúrea, y en la degradada España de los godos, y en la Italia de los Borgias, y en todas las naciones corrompidas, el vicio se trocaba en crimen. Y cierta vez que se debatían estas escabrosas controversias dijo el Presidente del Tribunal en la Audiencia misma de París: «Atendiendo que las señoras van a empeñarse sobre todo en lo más repugnante inmoralidad, invito a las personas honradas a dejar el salón.» Aunque estaba lleno el local del bello sexo, nadie se movió. Y el presidente dirigiéndose a los alguaciles dijo: «ahora que las mujeres honradas se han ido, echad a todas las demás.» Los estupros se multiplicaban como las langostas en esta sociedad desquiciada. Eran estupros los conserges, los mozos de café, las nodrizas, las doncellas, los cocineros. Así el que decía hasta en su casa

alguna gracia contra el Emperador, á las altas horas de la noche, en el seno de la soledad y de la confianza, estaba seguro de amanecer camino de Cayena ó de Lambesa. En un baile dado al príncipe de Gales contábanse hasta cien expías de alto coturno. La Emperatriz misma se veia vigilada y perseguida por estas siniestras sombras que proyectaba sobre toda Francia el mónstruo infernal de la tiranía. Y los esbirros creaban adrede los demagogos á sueldo. Muchas veces los atentados á la vida del Emperador fueron ciertos y peligrosos. Pero otras veces eran fingidos en la calle y tramados en la prefectura. Hasta en los grandes procesos políticos aparecian los provocadores pagados. Existian apóstoles incendiarios, bebedores de sangre humana, ateos de profesion, propagandistas de la guerra á la propiedad y del culto al amor libre, oradores de club y de taberna, que calumniaban á todos los buenos republicanos, presentándose como los ortodoxos de la doctrina, como los amigos del pueblo, como los redentores de la sociedad, y luego eran locos fin-



contestado con una absoluta negativa á la reunion del fantástico congreso europeo ideado por Napoleon III, en apariencia para revisar el derecho internacional y fundar la paz perpétua, en realidad para darse aires de presidente y jefe de todos los soberanos de Europa. A meras vanidades, á rencores de amor propio, como un *dilletanti*, como un artista, como un Neron falso y contrahecho, sacrificó el César Bonaparte los intereses de su política internacional, y la coyuntura más favorable que podia encontrarse para recabar el antiguo histórico predominio de Francia en Europa. Bien es verdad que Bismark ejercia entonces sobre Bonaparte la misma fascinadora influencia que ejerciera antes Cavour. El ministro aleman sabia que el orgullo era el flaco del Emperador y lo atiborraba de alabanzas. En las Tullerías, en el gabinete donde el Emperador trabajaba, frente á frente de su sillon, al cercano alcance de sus ojos, veíase una humilde tarjeta fotográfica de Bismark, tras la cual habia una dedicatoria épica llena de elogios, que se dirian caidos de la pluma de un

[redacted]

les... Vuestra dinastía está amenazada y próxima á sentir las terribles consecuencias de esa falta.» Pero ¿qué habia de hacer con aquellos diplomáticos que tenia el Imperio?—Su manía era el favoritismo, su tema buscar los destinos para los hombres y no los hombres para los destinos. Pagaba á veces un favor personal con una embajada importante, y los embajadores iban á buscar el lustre y el lucro más que el trabajo y la influencia verdadera. Lavallette era un hombre agradable, pero á quien solo se le veia en los saraos, y que todo lo libraba á sus gracias personales y á su favor con las damas. De Gramont habia dicho Bismark estas palabras crueles: «¡Ah! es el hombre más bruto de toda Europa.» Benedetti importunaba á Bismark todos los dias con demandas de indemnizaciones por la batalla de Sadowah. Bismark le esquivaba como Dios le daba á entender, y remitia á las Kalendas griegas, á conferencias más ó ménos próximas, esos espinosos asuntos. Pero todo llega en este mundo, el plazo para cumplir las promesas como el plazo para pagar las

[redacted]

[illegible] Y consiguió en fin, expreso por las [illegible]cias, le dice que se siente á su mesa y que él mismo le dicte las condiciones de un tratado contrario á Francia y favorable á Prusia, prenda de amistad entre las dos potencias. El representante personal de Napoleon III se ve [illegible] al primer ministro del Rey Guillermo, y escribe bajo su dictado una especie de pacto en el cual se pide la cesion de Luxemburgo y el sacrificio de la independencia de Bélgica en provecho de Francia. Luego que hubo acabado, dijo el ministro al embajador: «Ahora me guardo con vuestro permiso este papel, para mostrárselo al Rey mi señor y decidirle á aceptarlo y cumplirlo.» El [illegible] [illegible] dejó el papel escrito de su puño y letra en manos del enemigo de su patria, y semejante papel sirvió en dia solemne para indisponer á los Bonapartes con toda Europa y muy especialmente con Inglaterra.

Estos hechos y otros muchos corrian á todas horas por Francia é indisponian á la opinion general contra el Imperio que estaba

[redacted]

tristemente agonizando. No tenia este más remedio para levantarse en el concepto público que elegir una de las dos políticas, ó la política de la libertad ó la política de la guerra. Tuvo tal ambicion que, siendo incompatibles, empleó las dos, y para castigarlo puso la Providencia tras la política de la libertad la revolucion, tras la política de la guerra la derrota. Por todas partes iba al destronamiento. Ya lo veremos en el curso de esta historia.

[redacted]

[illegible]

[illegible]

[illegible] de Bonaparte. [illegible] de la guerra para [illegible] Hasta entre los [illegible]

te y singularísimo por la naturaleza de su inteligencia y de su carácter; el duque de Persigny. En su ambicion pretendia ser el teorizante, el filósofo, el Aristóteles, el Montesquieu del Imperio. Pero sus antecedentes no respondian á sus ambiciones. Conspirador perpétuo en la desgracia; compañero del calavera de Estrasburgo; uno de los que en Boulogne llevaban el águila domesticada y se proponian ganar los corazones para el Emperador, arrojando, como en vulgar bautizo, áureas monedas á las muchedumbres; ministro del Imperio triunfante, pero ministro contemplativo y sin accion; senador gárrulo que se espaciaba en teorías inverosímiles sobre las combinaciones de la autoridad imperial con los derechos modernos; el Sr. Persigny, segun el nombre que le habia dado el Imperio; el Sr. Fialin, segun el nombre que le habian dado sus padres, cayó en el error de aconsejar á Bonaparte la alianza de su dinastía de tiranos con las tempestades de la libertad. Su manía, cuando la Cámara estaba cerrada, era escribir cartas á roso y belloso,

[illegible] [illegible] grandes amplificaciones [illegible] [illegible] [illegible] desastrosas. [illegible] [illegible] [illegible] de despotismo y democracia [illegible] [illegible] [illegible] y [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] espectáculo [illegible] y extra- [illegible] [illegible] de provincias [illegible] a los más [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] de [illegible] [illegible] [illegible] que siempre [illegible]

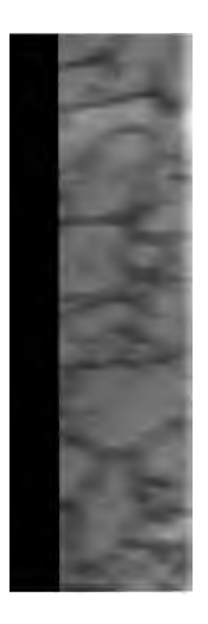
sejaba al Emperador en otra carta «la perseverancia en las vias liberales, llamando en torno suyo una generacion jóven, fuerte, inteligente, y sobre todo convencida.» Pero, —¿dónde iba á encontrar esa generacion?—El convencimiento general era que el Imperio debia caer y dejar libre y abierto y franco paso á la República.

Emilio Ollivier y el duque de Persigny se reunian en una comun pasion, en el odio á Mr. Rohuer, á quien aquel habia llamado el Vice-Emperador, con ánimo resuelto de asesinarlo moralmente en la Cámara, perdiéndolo así en la privanza del Cesar y en las camarillas de las Tullerías. Era Mr. Rohuer un orador diserto, de voz clara y palabra fácil, que habia recogido la autoridad de Napoleon, como el satélite recoge la luz, y la habia en tales términos concentrado sobre sí propio, que brillaba como un sol. Bien es verdad que su elocuencia galana y fluida ganaba por el pedestal, por la tribuna donde la emitia y por el coro de aquellos innumerables diputados, que la sustentaban con sus aplausos y casi la

[redacted]

[illegible] Uno de estos [illegible] gracio- [illegible] la Fargueill, [illegible] en el teatro na- [illegible] por algunas fal- [illegible] imperceptibles á [illegible] el primer ministro no

debia haber entrado en el gobierno, ni mucho ménos en la Cámara francesa por su maldito acento. Hijo de un procurador, yerno de un notario, abogado de provincia, representante en la Asamblea Constituyente y en la Asamblea legislativa, con ánimo de obtener cierto renombre que explotar en el foro; uno de esos que elevan la abogacía á oficio y sostienen con igual serenidad el pró y el contra; brillando más que en ninguna otra parte de sus tareas en los asuntos criminales; encontró Rohuer al cabo el cumplimiento de su interior vocacion, alcanzando la defensa estipendiada, diaria, contínua, incesante del mayor crímen y del mayor criminal, que registra la historia contemporánea, del Imperio y de Napoleon. Ministro de la Justicia en la noche de las grandes injusticias, en la noche del 2 de Diciembre; escapado del ministerio por no sancionar la confiscacion de los bienes de la familia de Orleans y luego adscrito á cumplir esta confiscacion desde el Consejo de Estado; economista de hondas convicciones, y como la mayor parte de los economistas, indiferen-



la fortuna y el favor, peinado con alguna vulgar coquetería, y cuidadoso de rizos lacios á los sesenta años, que debieron ser lucientes y hasta bellos en la juventud; pardos los ojos y vivos, grande la nariz, grande la boca, anchas las espaldas, velludas y descomunales las manos, vulgar la fisonomía, en aquel cuerpo de aguador se encerraba un alma de intrigante y una palabra en que la ausencia de ideas se sustituia con la correccion severa del lenguaje y la rotunda sonoridad del período. Pero Rohuer, que fuera el ministro de las circunstancias difíciles, de las épocas embarazosas, de los saltos mortales, habia perdido toda fecundidad de pensamiento al mediar 1869, y se encontraba con que su habilidad vulgar no servia á la urgencia en que estaba el Imperio de emprender algo, si no grande, si no extraordinario, interesante, que pudiera alimentar la inquieta atencion de Francia, ansiosa de emociones y cansada ya de su larguísimo reposo. Y un hombre agotado no servia al Emperador, que ideara la campaña de Crimea, la guerra de Italia, la

[redacted]

[illegible]

político por su vehemente afecto á la reaccion y por su implacable ódio á los reformistas; grande esgrimidor del cuchillo de madera con que los eunucos de la política imperial ahogaban la voz de los oradores de oposicion, acababa de ser nombrado gran oficial de la Legion de Honor y vice-presidente del Cuerpo Legislativo, como para indicar el valimiento de su persona y el crédito de sus ideas en las altas regiones del Imperio. Mr. Schneider, que estaba por las reformas, se retiró de la presidencia del Cuerpo Legislativo, en cuanto vió esta demostracion de la política imperial, y sólo quiso ocuparla despues que el Emperador le invitó con algunas frases vulgares, con algunos lugares comunes sobre la estrecha alianza que tenia empeño en reanudar y sostener entre la libertad de los franceses y su omnímoda omnipotente autoridad.

El Cuerpo Legislativo se abrió en el mes de Junio exclusivamente para el exámen y discusion de las actas. Pero la mayoría estaba decidida á sostener á todos sus amigos, y la discusion sobre este grave punto apareció

[redacted]

[illegible]

dos los distritos y amenazando con la deportacion á los electores; los prefectos con los labios llenos de promesas y las manos de subvenciones; los Macallisters del escrutinio que sacaban con sonrisa de juglar y manipulaciones de prestidigitador desde el fondo de una urna, cubilete de trampas, caja de sorpresas, y receptáculo de juegos de manos, ¡ah! nombres distintos á los que habian depositado los electores, soberanos maniatados, con el *Inri* en la frente, con la corona del sufragio universal en las leyes, pero sin medios de practicar su soberanía y de ejercer sus derechos.

Julio Ferry habia demostrado que la mayor parte de las elecciones, clasificadas como incontestables, podian y debian ser contestadas. Bancel demostró que se calumniaba á los diputados de oposicion hasta el punto de atribuirle á él un brindis á favor de los ejércitos de Rusia cuando estaban en guerra con los ejércitos de Francia. Julio Simon tuvo que protestar contra palabras que se habian inventado como dichas por él contra los traba-

jadores de Reims. Y un diputado de la derecha aseguró que la oposicion habia llevado de nuevo el 2 de Diciembre ante los electores, y los electores lo habian sostenido y adoptado como obra de la voluntad nacional. Entonces Pelletan gritó: «el 2 de Diciembre es un crímen, y ninguna conciencia honrada puede, no ya absolverlo, pero ni siquiera excusarlo.»

Por fin, á mediados de Julio, se acabaron las discusiones de actas, y se constituyó definitivamente la Cámara. Los diputados reformistas se agitaron mucho en este período, y consiguieron divertir la atencion de todo objeto que no fuera la reforma liberal del Imperio. Una comision habia sido nombrada para emprender la campaña en favor de la reconciliacion entre la libertad y el Emperador; y una interpelacion anunciada para pedir lo imposible, es decir, que sin acabarse el régimén cesarista se iniciara una política de reforma parlamentaria y de responsabilidad ministerial. En efecto, era de ver y de admirar el espectáculo de un primer ministro im-

portantísimo como Mr. Rohuer, que dirigia todos los departamentos, que impulsaba toda la política, que tenia hasta una cifra misteriosa para entenderse con los embajadores; que llevaba sobre sus hombros el peso del imperio y en su palabra el verbo del poder, empeñado en discusiones, de las cuales se hallaba como ausente, puesto que la responsabilidad verdadera y legal era del Emperador, de quien aparecia puramente como un secretario y como un defensor á sueldo; hombre de estado á los ojos de sus admiradores y hombre de expedientes á los ojos de la crítica; perdido en el dédalo de dificultades, tanto más temibles cuanto que eran puramente morales, como quien combate con su conciencia y sus remordimientos. Así es que acabar con el poder de ese primer ministro era todo el empeño de la oposicion imperialista. El dia 19 de Julio, despues de largos consejos en las Tullerías, de muchas intrigas en el Parlamento, de reuniones contínuas entre los reformistas, de cabildeos en el palacio Real, donde el príncipe Napoleon dirigia las oposiciones, su-

[redacted]

[illegible]

[illegible]

darle en aquel trance la política de libertad. Querer conservar la idea madre del Imperio, lo que el gran Napoleon reivindicaba siempre como el alma de sus instituciones, la política personal, la iniciativa suprema, la responsabilidad exclusiva, la direccion única, y rodear todo esto de aquellas instituciones parlamentarias que reducen el jefe del Estado á figura decorativa, de puro adorno, como un nombre, como un lema, francamente era utopia preñada, como todos los errores, de graves é irreparables males. Napoleon el Grande no hubiera hecho jamás esto. Lleno de fé en su génio, creyéndose el sol, en cuyo torno gravitaban todos los elementos de la política, hubiera preferido enterrarse en su sepulcro de pórfido á disminuirse y aminorarse á los ojos de su pueblo. El salvador de la sociedad, el César cuasi-divino, el que tenia bajo su corona el pensamiento de su siglo y en su voluntad la voluntad de Francia; génio llamado por la Providencia á levantar una sociedad en ruinas, descendia al nivel de esos reyes constitucionales, á quienes su tio lla-

[redacted]

mara cebones, que cazan, bailan, se divierten, reciben sus cortesanos, comen á dos carrillos, duermen descansados, andan de sitio real en sitio real por el invierno, y de pueblo de baños en pueblo de baños por el verano, dejando á una Asamblea y á un ministerio la responsabilidad del gobierno.

El Emperador habia perdido el don de las sorpresas, que tuviera algun tiempo, y como carecia de la iniciativa y de la gloria de los Césares omnipotentes, se refugiaba en la cómoda irresponsabilidad de los reyes constitucionales. Pero esta irresponsabilidad sujeta en la práctica á grandes quiebras, no es políticamente efectiva, sino allí donde es moralmente cierta. Un periódico inglés dice con visos de fundamento, cuando el príncipe de Gales visita á los señores legitimistas de Francia, y come á su mesa, y duerme bajo su techo, y caza en sus bosques, y baila en sus saraos, que tales visitas no tienen significacion política alguna, representando el hijo de la Reina ménos en los Consejos de los gobiernos británicos que el último de los e

tores de Cardiff, ó de Liverpool. Pero no se obtiene esta inviolabilidad sino á costa de abstenerse absolutamente, como un Dios sin voluntad y sin providencia en las crísis y en las cuestiones políticas. Un Emperador que da tremendo golpe de Estado, que deporta á los legítimos representantes del pueblo, que fusila á los defensores de las leyes, que se arroga dictadura gigantesca, que declara la guerra y concierta la paz por inspiraciones exclusivas de su conciencia ó por arbitrariedades de su capricho, que desdeña hasta el concurso de los Parlamentos, no puede, no, de súbito convertirse en rey constitucional, porque no puede ni borrar su historia, ni desprenderse de su naturaleza, ni renunciar á una actividad que él toma por la agitacion de la vida y que es real y verdaderamente en las monarquías constitucionales, fundadas sobre la inactividad del monarca, síntoma de muerte. Así es, que de todas las utopias descabelladas, que en la mente de Luis Napoleon brotaron, ninguna tan descabellada como esta, absolutamente ninguna. Grave era sostener

[redacted]

una guarnicion en Roma impidiendo la unidad de Italia y contar con la alianza y la amistad de esta potencia; grave agitar todos los dias á Prusia con la demanda de grandes compensaciones materiales en las orillas del Rhin y querer que Prusia no se ofendiera de estas impolíticas exigencias y no se preparara á una ruidosa venganza: grave arrancar al Austria el cuadrilátero, y Venecia, y el Milanesado; humillar á Rusia en Crimea y luego pedirles su concurso: grave desatender con criminal descuido el cumplimiento de los tratados en Oriente, y urdir absurdas tramas contra la independencia de Bélgica en Occidente empeñándose al mismo tiempo en la conservacion de la amistad de Inglaterra: grave proponerse la regeneracion de la raza latina en América y escogitar para tan grande empresa un imperio de carácter bizantino, un emperador de familia austriaca, una intriga de cortesanos corrompidos y de obispos fanáticos, un general de pronunciamientos, una reconquista europea, una manipulacion vergonzosa de bolsistas inmorales y de banque-

ros en quiebra; pero lo más grave, lo más incomprensible de cuanto pasó por aquella cabeza soñadora, fué combatir veinte años la monarquía constitucional, ridiculizar á su representante más legítimo el rey Luis Felipe, herir los Parlamentos como sentina de abogados sin pleitos y jaula de oradores sin seso, arrogarse las facultades legislativas, ejercer la omnipotencia política; y luego á la vejez, en la desgracia, cuando la cosecha de los errores antes sembrados viene, cuando el frio del desengaño cae sobre los corazones más fanáticos, cuando una generacion inquieta se avanza á pedir cuenta de una autoridad absoluta; en esta irremediable decadencia, robar su neutralidad comodísima, su inviolabilidad sagrada, sus goces materiales á la misma forma de gobierno que se ha constantemente rechazado; empeño vano, como si el tigre de los desiertos quisiera convertirse al fin de sus dias en gallo de los corrales.

La reforma parlamentaria privaba entonces, por el verano de 1869, en los conciliábulos del Imperio, y el Emperador tenia impacien-

[redacted]

cia verdadera por realizar esta reforma. Parecióle largo y peligroso el plebiscito para implantarla; y escogió el Senado-consulto. A este fin reunióse la Cámara alta en Agosto de 1869, y comenzó sus tareas. Presidióla Mr. Rohuer, que de ministro combatiente pasaba á indolentísimo y perezoso director de un ganado de cortesanos. Cuentan que cierto reyecillo africano quiso plantear el régimen constitucional en su tríbu, y no pudo, porque si á cada paso encontraba quien se levantara en armas por los campos, no encontraba nunca quien le hiciera la oposicion en las Córtes. Así era tambien el Senado francés. Destinado en aquella cínica bufonada, que se llamaba la Constitucion del Imperio, á refrenar la autoridad del Emperador, á impulsarlo si se detenia y á detenerlo si se descarriaba, jamás refrenó, ni detuvo, ni impulsó, ni hizo más que servir de aparatosa comparsa á un César ébrio de orgullo en aquel rebajamiento universal de todos los caractéres, en aquella profunda corrupcion de todas las instituciones. En el Cuerpo Legislativo aun penet

algun rayo de luz; aun se oia la voz mágica de la ciudad de París; aun se paseaba invisible en los aires, como un aereolito misterioso, la idea de la República. Pero en el Senado no habia más que gente gozosa de dormirse sobre sus grandes emolumentos, y de arrastrarse á las plantas de quien les habia procurado aquellos dorados ocios, aquellas epicúreas sinecuras. Por esta causa el debate senatorial se arrastró lánguido, sin que lo tomase en cuenta la consideracion del público, y llegó á aprobar los proyectos del Emperador con la fria y segura regularidad de una máquina. Y cuenta que se necesitaba verdadera magnanimidad para tragar aquellas contradicciones. Tomaba el Cuerpo Legislativo la iniciativa de las leyes; pero quedaba al Senado la facultad de oponer á las leyes un veto. Se declaraba la responsabilidad ministerial, pero se añadia que los ministros dependian sólo del Emperador, con lo cual se tornaba esta responsabilidad ilusoria. Los Generales se mostraron profundamente alarmados. El Conde Palikao, célebre por sus victorias y

[redacted]

sus depredaciones en China, lanzó sordo grito de angustia, al ver al Imperio trasformarse para perderse. El general de la Rue propuso que se suprimieran todas las asociaciones de trabajadores en Europa, si no se queria que sólo se escuchara en política la voz de los cañones.

Pero el discurso por excelencia de este debate fué el discurso largo tiempo esperado de Napoleon Gerónimo, del príncipe á quien se atribuian misteriosas relaciones con todos los revolucionários de Europa, é ideas propias, íntimas, profundas, arraigadísimas, rayanas con los confines de la más desenfrenada demagogia. ¡Extraña familia en verdad esta familia de los Bonapartes! De orígen plebeyo, de oscuro nacimiento, padece todas las pasiones que á manera de venenosas culebras se abrigan en las cunas de los príncipes, y se enroscan al tálamo y al trono de los reyes: la ambicion desapoderada, la sed hidrópica de goces, el desprecio de los semejantes, la enemiga á los próximos parientes, la indocilidad al yugo de las leyes, el sen-

timiento de una superioridad que les tolera el burlarse de todos los códigos y hasta de todas las ideas morales obligatorias solo en su concepto para las gentes oscuras y humildes; la voluptuosidad inextinguible, esa voluptuosidad que se esparce y se difunde como un castigo en las venas de los poderosos y se respira y se absorbe en la atmósfera de los palacios.

La familia de los Bonapartes proviene, como todo el mundo sabe, de Córcega, de esa tierra á la cual anunciara el profeta Rousseau tan maravillosos destinos; tierra volcánica, circuida de mar tempestuoso, azotada por huracanes contínuos, cortada por montañas inaccesibles, dividida en valles incomunicables; con torrentes en vez de arroyos, con escasa tierra de labor en sus campos desolados, con espejismos africanos en sus horizontes de fuego, muda víctima de las revoluciones y de las catástrofes del planeta, aislado solitario asilo de una raza inclemente, audacísima, batalladora, con grande ánimo y escasa conciencia, que presta culto á la muerte, y que

mente sobre todo la pasion del combate y las [illegible] satisfacciones de la venganza. La [illegible] de esa familia es Madama Letizia, [illegible] de la Córcega, hermosísima mujer, de figura corpulenta, de [illegible] bermejas, de cabellos negros y sedosos, de ojos [illegible], de mirada altanera: valiente como Judith, [illegible] como Cleopatra: una especie de [illegible] por la sangre, una especie de [illegible] y [illegible] de Michelet ha comparado [illegible] que [illegible] de los [illegible] tigres [illegible] de las aves [illegible].

[illegible] una mujer [illegible] en ella grandes [illegible] grandes criminales. La [illegible] en nuestros labios [illegible] de la [illegible] para infun[illegible] de la misericordia y [illegible] siniestro del odio

y de la venganza. Si en vuestro hogar hallais, en vez de la madre casta y pura, que os sonrie con la sonrisa de la bienaventuranza y os señala con su mirada mística el puerto de los cielos, una furia coronada de serpientes, que os muerde el corazon, y que os ennegrece la conciencia, tened por seguro que pasareis la vida entre combates, que sumireis la conciencia en tinieblas, y que llegareis á la muerte por irreparables catástrofes. La familia de los Bonapartes era pues una familia de séres extraños, en cuyos corazones parecia apagado el sentimiento del deber y en cuyas mentes apagada tambien la voz de la conciencia. No hablemos del jefe, uno de los mayores criminales de la historia. Luciano, que la echaba de demócrata y estóico, era en política un Maquiavelo burdo, y en la vida un perfecto comediante. El rey José pudiera ser considerado un buen hombre si no le hubieran llevado á crímenes como su entronizamiento en España las aventuras de su imperial hermano que le arrastraban desordenadamente en sus espantosos torbellinos. Luis habia perdido

[redacted]

[illegible] dinero [illegible]

[illegible] Bonaparte es

[illegible] en Roma, en-

carcelado en los Estados-Unidos, porque anda á la contínua de aventuras militares y amorosas, siempre entre calaveras perdidos y calaveradas miserables, hasta que perpetra aquel último crímen, aquella última infamia, en su retiro de Anteuil, tan funesta á la agonía del Imperio. La princesa Carlota Bonaparte, no dejaba respirar á su primo, pidiéndole siempre, ya con grandes instancias, ya con rencorosas amenazas, oro y más oro. Solamente en el año 1868 habia tenido que repartir entre aquella viciosa familia cerca de cinco millones de reales en dádivas extraordinarias sobre las gruesas pensiones corrientes con que la alimentaba y sostenia.

Entre todos ellos se distingue por su talento y por sus faltas el orador de la alta Cámara. El príncipe Napoleon es un tipo original; tiene de su tio el gran Emperador, la fisonomía y la cabeza; pero ¡cosa rara! no la fisonomía y la cabeza verdaderas, la falta de párpados y de cejas, que tanto afeaba al héroe; la rareza de cabellos recogidos y peinados con mucho arte y muchísima pomada; los

[redacted]

ojos grises como un lente ahumado; los pómulos abultados; la color enfermiza por la amenaza de la enfermedad vinculada en su familia, por el cancer en el estómago; no esa fisonomía real, sino la fisonomía legendaria, iluminada, apolina, que le dieron David en sus cuadros de ceremonia, de córte, y Cánova en sus bustos y en sus estátuas de apoteosis; fisonomía que, pasando á todos los pintores, y á todas las estampas, ha engañado al mundo, el cual ve y verá siempre el rostro de Napoleon á través de esta mentira artística, primera causa de la falsificacion universal.

Es Gerónimo Napoleon verdaderamente Bonaparte, porque su madre, la reina Westphalia, fué una mujer casta, virtuosa, fidelísima á su depravado marido. Y siendo verdadero Bonaparte, reune al temperamento linfático aleman de su madre, la viveza, la fantasía, el brillo, la elocuencia de un temperamento italiano. En la falta de escrúpulos y en la sobra de rencores, se ve claramente que además de italiano es corso; en la aficion á los

placeres, que es hijo de su padre Gerónimo, el Vitelio de Westphalia; y en las vocaciones literarias, en el culto á las ciencias, en la amistad con los hombres ilustres, que conserva algo, y aun mucho, de la raza germánica á la cual perteneciera su madre. En política le aquejan varias contradicciones; visto de un lado, aparece como tribuno de la plebe, como apóstol de la revolucion, como propagador de las nuevas ideas, como enemigo incansable de la monarquía, de la iglesia; y visto de otro, como príncipe absoluto, dictatorial, amigo de la soberanía ilimitada, capaz de ejercer la autoridad con todas sus fuerzas, y de practicar el cesarismo en toda su deforme desnudez. El secreto de su política estaba en sostener la autoridad despótica arriba, el sufragio universal abajo, para oprimir entre estas dos grandes moles á los representantes de la antigua monarquía, la aristocracia y el clero, como tambien á los representantes de la moderna monarquía, las clases medias, preparando una democracia, que educada así, bajo esa dictadura en tan tristes condiciones, debia

[redacted]

las verdaderas doctrinas bonapartistas; y su silencio sobre los resultados de la guerra de Italia, sobre la libertad del comercio, sobre las amnistías á los republicanos, sobre todo cuanto de progresivo hiciera el Imperio, dábale gravísima inquietud. Para aliar la teoría bonapartista del gobierno provisional con la teoría parlamentaria de la responsabilidad de los ministros, habia encontrado un medio ingeniosísimo: hacer al Emperador responsable ante el plebiscito y responsables á los ministros ante las Cámaras. Quiso que la alta, el Senado, renunciara á su ilusorio poder constituyente á cambio de un verdadero poder legislativo, compartiéndolo con el Emperador y el Congreso; y para coronar el edificio imperial propuso que la prensa y la tribuna fueran todavía más libres; que se destruyeran los distritos y se fundaran las circunscripciones, dando garantías al sufragio universal; que se dejase á los ayuntamientos la facultad de elegir los alcaldes; que se aumentaran las prerogativas de los consejos generales y se diera publicidad á sus

debates; que se abandonara ya ese terror al inofensivo espectro rojo, terror nacido del hábito de andar entre tinieblas, y explotado para tener en servidumbre, y bajo tutela á los infelices pueblos.

El discurso produjo una mezcla de extrañeza y horror como si la revolucion estuviera llamando á la puerta de aquel panteon de momias reaccionarias. Por muy mala idea que tuvieran los senadores del primo hermano de su augusto amo, apenas daban crédito á sus propios oidos, apenas podian comprender tanta audacia. Los ministros se agrupaban en su banco cual un ganado sorprendido por la tempestad. El Emperador recibia á cada cuarto de hora notas taquigráficas por el telégrafo y deploraba tal extravío de uno de los suyos. «Jamás, dijo indignado el ministro de la Gobernacion, jamás asociaré mi nombre á tal política,» y los senadores aplaudian como si de encima se les hubiera quitado un gran peso dándoles en cambio una gran esperanza. El senador. Segun llamó al discurso en plena Cámara escandaloso y aflictivo,

Mr. Devienne le arrojó un dardo verdaderamente parlamentario, le denominó programa de la rama segunda, con lo cual recordó el proceder de los Orleanes con los Borbones, y atrajo las sospechas del César para quien todos hablaban, hácia aquel su peligroso pariente.

Pero el golpe estaba dado, la evolucion hecha, trasformadas las instituciones imperiales, abierto un nuevo horizonte al Imperio, horizonte parecido al cielo de esas noches de verano en que no hay una sola nube y en que centellean por todas partes, en todas direcciones, los mudos relampagueos de la tempestad. El organismo imperial habia perdido su sustancia propia, sus propias formas; habia dejado de ser lo que antes era, y su trasformacion no se verificaba sino á costa de la ruina y de la muerte. El Imperio habia venido, segun sus doctores, á destruir el Parlamento, los debates interminables, las fracciones batalladoras, los discursos de aparato, las guerras por el poder, todos los vicios del doctrinarismo. Y luego resultaba que el Imperio

en sus postrimerías, como el viejo sicambro, adoraba todo lo que habia quemado. Mas el fiero sicambro adoraba realmente una idea progresiva, una idea humanitaria, una idea, por la cual sentian ardiente fé las generaciones de su tiempo, el Cristianismo, en tanto que Napoleon restauraba algo que estaba muerto en la conciencia de su tiempo, la monarquía constitucional, abandonada de nuestra generacion, ardiente amiga y devota de otro ideal, de la República.

[redacted]

CAPITULO LXXXVII.

[illegible]

[illegible]

[illegible] una comedia de magia! En [illegible] general suelen los personajes [illegible] su alma al dia- [illegible] que les [illegible] magia. El rejuvenecimiento se [illegible] y como por milagro. [illegible] se caen: las manos [illegible] las espaldas encorva- [illegible] se tornan lus- [illegible] mirada, y sonrosa- [illegible] de entusiasmo suceden [illegible] al continuo balbuceo, á

la verde palidez de la ancianidad, oscuro albor, si es permitido hablar así, oscuro albor de la muerte. El inocente niño, extático ante aquel cambio, cree que el viejo se ha vuelto jóven y que hay allí arte diabólica ó intervencion divina. Pero el público experimentado sabe que el personaje es el mismo, con la misma edad, y que se le han caido las barbas postizas, y los hábitos de estameña, el cayado y la calva, pero ha quedado integérrima é idéntica siempre á sí misma su sustancia.

Pues algo análogo sucedia en estos momentos supremos con el Imperio. Habia perdido los accesorios de su organizacion, y habia conservado su carácter fundamental, su personalidad y su alma. En sus trasformaciones se proponia, por caminos nuevos, lo que el actor se propone en la comedia de magia; engañar completamente al público. Los inexpertos podian á la verdad darse por engañados, pero el público en general veia que no estaban, no, cambiados en él ni idea, ni carácter, ni edad, ni alma. Por más disfraces que tomara, por más rejuvenecimiento que

supusiera, á pesar de los cosméticos proporcionados por la sofistería doctrinaria, quedaba en su decadencia mortal, en su decrepitud vecina de la muerte.

Así, á medida que se redoblaban las concesiones del Imperio, se redoblaba tambien la oposicion de la democracia, que por todo podia pasar, ménos por deber sus derechos al infame verdugo del derecho. La agitacion creció por el otoño de 1869 con motivo de las elecciones complementarias para el Cuerpo Legislativo, de las cuales debian celebrarse algunas en París, á causa de haber sido nombrados sus representantes en otros distritos por los cuales optaron, teniendo, como tenian, seguro un triunfo para el partido republicano en la capital de Francia. Los emigrados, ausentes largos años de su pátria, perdian la idea de la realidad, y suscitaban cuestiones inútiles, que apasionaban los ánimos, y los dividian en bandos enemigos, distrayéndolos de su verdadero ejercicio, de la implacable y contínua guerra al cesarismo.

o Ollivier podia estar satisfecho. En las

elecciones de la primavera, á fin de justificar sus injustificables apostasías, se parapetaba tras el falsísimo pretexto del juramento. En las elecciones del otoño los emigrados suscitaron á su vez con triste inoportunidad este problema enojoso. Félix Pyat, publicista republicano de brillantes formas y atrevidas ideas, dominaba el estilo literario, hasta en sus obras políticas un tanto extrañas y melodramáticas, encendiendo los corazones con sus frases caldeadas en sentimientos de fuego, en fé de apóstol; pero era dominado completamente por el peso abrumador de la realidad política. El arte de realizar las ideas, de encerrarlas en la práctica, de transformar con ellas los hechos, es uno de los artes más difíciles en que puede ejercitarse el humano talento y la humana actividad. Se necesita medir las propias fuerzas y las fuerzas enemigas con la exactitud con que el termómetro mide los grados del calor y el barómetro el peso de la atmósfera; ver las dificultades que oponen los hábitos arraigados y las tradiciones seculares con el ojo certero con que

[redacted]

conducta, así á las satisfacciones profundísimas de la propia conciencia como á los fallos inapelables de la historia.

Félix Pyat, en cuya ancha frente, en cuyos profundos ojos, en cuyo fruncido entrecejo se vé el resplandor de un alma tempestuosa, ha sentido el culto por la idea como el amor más ardiente y más puro de su vida; ha soñado desde niño con la renovacion social y ha padecido dolores horribles por la suerte de todos los desheredados y de todos los opresos como un apóstol y como un mártir; ha luchado en esas batallas en que se derrama la sangre del alma, en que lentamente se consume la luz de la vida; ha henchido con sus ideas y con sus frases las aulas de las Universidades, las prensas de los periódicos, la cima de la tribuna parlamentaria, las calles de París, la inmensa soledad del destierro, los espacios del teatro moderno, los cielos infinitos del arte, la conciencia y el espacio; ha tenido la virtud de llamar á la vida del alma y al sentimiento del derecho á generaciones dormidas en el cieno de sus

goces; ha manejado una pluma flexible y brillante como hoja de toledano acero; ha llevado sobre su frente la lengua de fuego de la revolucion; pero cual si habitara otros planetas, y viniera de otro mundo extraño al nuestro, cuando se ha tratado de la realizacion de las ideas y de la madurez de los principios, desconociendo por completo la realidad y la vida, ha sacrificado á una frase brillante un progreso real, y á un idealismo vago una conquista segura, y al vuelo imposible por espacios inmensos pero vacíos el trabajo lento pero fecundo sobre nuestra pobre y limitada tierra. Es un poeta, es un publicista, es un orador, es un dramaturgo, sobre cuyos méritos no disputo; pero no es un estadista; porque toma la fiebre por la vida y quiere dirigir la tarda humanidad con las vanas fantasmagorías de brillantes, pero mentidos ensueños. Y un hombre así, metido á obra tan prosáica y positiva, como dirigir elecciones, contar electores, organizar compañías políticas, combatir poderes fuertes, trabajaba con la mejor intencion del mundo,

y sin que le enseñara nada la realidad, ni nada le advirtiera la conciencia, más por la causa de sus enemigos que por su propia causa.

El Imperio autoritario lo ganaba todo, y todo lo perdia la oposicion republicana con el dichoso asunto de los juramentos. ¿Qué resultado práctico se alcanzaba en esta cuestion inoportuna y ociosa? ¿Qué fuerza se daba con ella á la idea republicana? ¿Era posible acudir á la revolucion? ¿Era saludable suprimir la tribuna, apagar ese volcan de ideas, á cuya luz se esclarecian las conciencias y á cuya lava se calentaban los corazones? Merced á estos asuntos inoportunamente suscitados, los republicanos de la Cámara, que eran entonces la levadura única de la oposicion al Imperio, y que debian ser al dia siguiente la única base de un gobierno democrático, aparecian á los ojos de los más exaltados como gentes sin conciencia, como ciudadanos sin dignidad, como cómplices de su eterno enemigo el César, como comparsas de los cortesanos, solamente porque á un déspota, cuya voluntad

no conocia ningun límite, se le ocurrió exigir juramento de fidelidad á su perjura persona, juramento que en la conciencia pública pasaba como una fórmula sin idea, como uno de esos vanos y usuales cumplidos, tan faltos de todo sentido moral y real como de toda trascendencia política. La renuncia al juramento equivalia á la abstencion proudhoniana, consejo político, norma de este innovador, el cual penetraba profundamente en las conexiones y armonías de las ideas con los hechos, pero desconocia la realidad de la historia y de la vida. La negacion al juramento sólo podia dar márgen á una escena dramática: á que los diputados se reunieran solemnemente y rasgaran sus togas de legisladores, dejando al Imperio sin fiscales que lo acusaran todos los dias ante la conciencia humana, y á la opinion sin guias que la dirigieran al través de los escollos y de las dificultades presentes. El elocuentísimo publicista, secundado por el gran poeta Víctor Hugo, iba á conseguir con sus consejos bebidos en las puras abstracciones de la mente que se detuviera el progreso de

las ideas republicanas y que se afianzara la absoluta autoridad del Cesarismo.

Y lo justo de nuestras observaciones se encuentra en los resultados inmediatos de esta agitacion inoportuna, inconcebible. La extrema izquierda se dividió con escándalo, complaciendo con sus divisiones á los partidarios del César. Los electores republicanos se desorganizaron para agruparse en bandos enemigos, y dirigir contra sí mismos la actividad que antes empleáran contra el Imperio. Los candidatos imperialistas tuvieron por vez primera probabilidad de representar, si no moral, legalmente á París, á la ciudad irreconciliable, en las cimas de la tribuna francesa. Lo absurdo corria parejas con lo grotesco en esta desdichadísima empresa. Los mismos electores que en la primavera votaron á los candidatos republicanos les anunciaban que tuvieran por no presentado este voto y que dejaran sus sillas vacantes, su representacion huérfana. Unos proponian que Ledru-Rollin, imposibilitado de presentarse en Francia, fuera el candidato votado en todos los distritos.

[redacted]

ideas propagan [illegible] desconocidas. Los utopistas más intransigentes y los demagogos más [illegible] sus [illegible], dividiendo las fuerzas del pueblo y [illegible] el terror en las [illegible] clases medias. M. Cavaignac, que había escrito el *Libro del Pueblo Real*, una [illegible] en que presentaba [illegible] de este vasto [illegible] innumerables [illegible] cafés, [illegible] y los teatros, de- [illegible] porque [illegible] para su [illegible] y para su [illegible] para su [illegible] y para sus [illegible] en [illegible] de la posibilidad del [illegible] ya [illegible] por [illegible] de todos los [illegible] M. [illegible], se presentaba [illegible] que la [illegible] [illegible] de [illegible], y [illegible] que [illegible] el gobierno [illegible] y se [illegible] con todas las [illegible] por sus [illegible] por su [illegible]

res, y tenerlas á su cuenta, con lo cual se arruinarian gobierno, fabricantes y trabajadores, convirtiéndose, en compensacion de esta desventaja, las sociedades humanas en inhabitables cuarteles. Y en esta Babilonia de pretensiones encontradas, de deseos desenfrenados, de historias entre los partidarios de una misma aspiracion, quien realmente ganaba era el Imperio y quien perdia realmente el partido republicano, cuyas últimas victorias en las mayores ciudades de Francia se desautorizaban tristemente á los ojos del pueblo y perdian toda su fuerza moral en este horrible caos. Y despues de tantas palabras dichas con fervor, de tantos discursos declamatorios, de tantos artículos incendiarios, de tantas discusiones inútiles, habia resultado en realidad el descrédito de muchos demócratas, la exaltacion febril de los pueblos, el desencadenamiento de las más insensatas esperanzas, y la candidatura de Rochefort, admirable como folletista, incompatible con la vida y los deberes penosos del Parlamento, especie de escritor ligero que, lleno del hidrógeno li-

[redacted]

personajes de los libros populares, subía y subía con grande rapidez, como uno de esos globillos que entretienen a los niños, grandes vistosísimos, pero frágiles y quebradizos.

El partido democrático navegaba en el éter de las utopias celestes, de los sistemas irrealizables. El socialismo se había apoderado de todas las reuniones públicas, y sus ideas eran el verdadero narcótico que hacía dormir y soñar durante la primavera de 1848. Fueron las reuniones verdaderos clubs revolucionarios, donde todo el mundo se creía con derecho a lanzar su palabra al capital y al ahorro en medio de largos [illegible] periodos, que por su [illegible], eran como el ruidoso [illegible] de agua [illegible]. En el otoño entraba más [illegible] en los ánimos, la razón en los discursos, pero la utopía quedaba siempre viva, siempre inmanente, como una aspiración vaga é [illegible]. El inteligente redactor del *Journal des Débats*, que asistía a estas reuniones con tanto celo y las historiaba con tanta [illegible], Mr. Molinari, oía ya cómo se recibían las declamaciones con bostezos y si-

mo se contestaba á los períodos demagógicos y vacíos con la frase imperiosa: á los hechos, á los hechos, reclamando algo más que vanos temas de elocuencia, reclamando verdadera doctrina. Muchas veces los debates degeneraban en apasionados, y las pasiones que sobre ellos resonaban, solian á su vez engendrar verdaderos y ruidosos tumultos. Pero estos tumultos debian imputarse á la legislacion vigente entonces. Los oradores, despues de aquel largo período de veinte años, despues de aquella durísima opresion, se miraban unos á otros con estupor, y querian contarse los sueños de sus sepulcros, como los muertos resucitados que el genio ha puesto en las paredes del cementerio de Pisa ó de la capilla Sixtina. Y era natural que en las tinieblas palpables, en el frio del sepulcro, enterrados vivos, abrigaran las pasiones de venganza más exaltadas, y concibieran los proyectos de renovacion más utópicos. Todos los apocalipsis, todas las visiones de mundos destruidos y de soles apagados, de planetas que se esparcen á los cuatro vientos como

[redacted]

pavesas y de cielos que se arrollan al incendio universal, como los pergaminos al fuego; todos esos poemas delirantes, cuyas maldiciones no se contentan sino con destruir las raices de la vida presente, y cuyas esperanzas llegan hasta encender nuevos soles y trocar en fantásticos coros de ángeles y de sères sobrenaturales á las tristes razas de la positiva humanidad, todo eso ha sido escrito con la argolla al pié y la cadena en la mano por desterrados y por esclavos, en las grandes y espesas noches del humano espíritu, alumbradas sólo por los ojos siniestros, fosfóricos, de esas aves de rapiña que se llaman los Baltasares y los Sardanápalos.

Además de la razon general de la política cesarista habia la razon particularísima de que, al abrir un respiro á la libertad de la palabra humana y al derecho de reunion pública, trazó el Imperio unas leyes, que adulteraban y corrompian todas estas innovaciones. Daba á respirar aire, es verdad, pero aire raro y apestado. El comisario de policía

estaba allí para coger las alusiones al vuelo, para impedir que se tratase de religion y de política. Discutid un asunto cualquiera de ciencias sociales y económicas, y no toqueis á la religion que es todo el cielo, y no toqueis á la política que es toda la tierra; y ved luego cómo habeis de componeros para andar sobre estas árduas cuestiones como sobre el filo de un cuchillo. Luego el comisario es iliterato; no conoce la ciencia, no entiende por ende los límites de ella, ni la relacion de unas esferas con otras esferas del entendimiento humano, y mientras deja libres las alusiones más irreverentes y las ideas más demagógicas, reprime los discursos inocentísimos, los desahogos del corazon, las expresiones literarias de más corriente uso y de ménos ofensivo sentido. En una de las reuniones se hablaba del carácter de las escuelas socialistas. Era difícil tolerar tal tema é impedir su roce con la religion y la política. Los oradores se despachaban á su gusto en presencia del comisario mudo y extático, y se divertian en pasar por los oidos del representante de la

[redacted]

autoridad temerarias afirmaciones religiosas y políticas envueltas en el talco de falsas apariencias científicas. De pronto, uno anuncia que va á hablar de la obra de Proudhon *La observancia del Domingo*, en que este célebre publicista aboga por el reposo en tan sagrado dia. Y el comisario, al oir ese nombre, imagina que se va á decir algo contra los mandamientos de la Iglesia, y no solo interrumpe al orador con violencia, sino que levanta la sesion pública en medio del más espantoso tumulto. Para comisarios de policía con semejantes leyes se necesitaban hombres versados en historia, en economía política, en ciencias teológicas y filosóficas, una especie de Picos de la Mirandola, capaces de leer con su penetracion hasta el fondo de las humanas intenciones, y de abrazar en su vasta mente todas las diversas ramas del saber humano. Hé ahí la eterna ilusion de los déspotas; contener la actividad del hombre en los límites arbitrarios de sus leyes artificiales, corregir con el rasgo de una pluma y con el impulso de un capricho las fatalidades inevitables del

Universo y la naturaleza eterna de la sociedad. La libertad es como el océano, parece á primera vista infinita, pero tiene sus límites naturales dentro de la condicionalidad y de la contingencia de nuestro sér. No la limiteis, pues, artificialmente, porque se tragara en sus profundos abismos vuestro frágil límite. Dejadla abandonada á sí misma, en su derecho eterno, y vereis cómo de su seno se exhala el aire que renueva vuestra atmósfera, y la humedad saludable que mantiene vuestros campos. Pero azotadla y sacareis lo que aquel déspota asiático, entre cuyos caprichos se encontraba el de azotar á la mar y entre cuyas ambiciones la de someter á sus caprichos el Universo como habia sometido los hombres. ¿Qué adelantaria la mecánica si se propusiese levantar grandes moles contrariando las leyes de la naturaleza? Pues nada adelanta la política en contrariar las leyes de la sociedad. Lejos de ir contra ellas se necesita ir con ellas. Así se alcanza que el espíritu y la naturaleza, que la inteligencia y el sentimiento os ayuden á la obra difícil de dirigir los

pueblos sin reacciones y sin revoluciones al cumplimiento de sus destinos históricos, y de su mision divina sobre la tierra.

Mas fuese por culpa del gobierno, por culpa de la educacion, ó por culpa de los ciudadanos mismos, lo cierto es que el partido democrático consumia sus mejores dias y sus más vivas fuerzas en la difusion de esa utopia socialista, que no daña á la sociedad, constituida sobre bases inconmovibles, pero que daña en mucho á las públicas libertades, amenazadas por la enfermedad que más fácilmente se contrae en las épocas de larga tiranía, por el terror social. Las asociaciones cooperativas, único medio encontrado hasta ahora de dar prácticamente al trabajo del obrero la importancia y los rendimientos del capital, eran anatematizadas como nuevas castas tanto más temibles cuanto tenian en las clases medias un pié, y otro pié en la democracia. No se avenian á nada estos reformadores milagrosos de la sociedad en un dia; verdaderos profetas, y taumaturgos de la mágia social; con visiones calenturientas y

propósitos sobrenaturales como los antiguos místicos; decididos á cambiar la tierra en el eden de los árabes, por obra y gracia de sus sortilegios comunistas y de sus conjuros demagógicos. La division más espantosa reinaba en su seno; los unos querian la propiedad individual y los ótros la colectiva; estos la herencia, aunque agravada por el fisco, y aquellos la abolicion de la facultad de testar; los de más aquí el crédito libre, pero gratuito, contradiccion inexplicable, los de más allá el crédito por el Estado, retroceso evidente á los imperios asiáticos; el colectivismo y el mutualismo se daban la mano para embrollar las inteligencias con sus aparatosos sofismas y detener el progreso con sus aspiraciones fantástiscas; el génesis social, escrito por millares de años, debia cambiarse en un dia, por fórmulas contrarias á las eternas leyes de la gravitacion natural de la política y de la economía, resultando de todos estos errores que mientras los republicanos buscaban por las cimas ethéreas de un idealismo vago las sombras doradas de la utopia, mariposas que iban

[redacted]

á desvanecerse en las tristes asperezas de la realidad, espejismos que iban á disiparse al dia siguiente de la victoria, el Imperio se apoderaba de la realidad, y ponia su sello, la marca de la servidumbre en esos infelices, completamente incapaces de comprender que nada hay tan sencillo y fecundo, como reivindicar y conservar la libertad.

En estas condiciones de la política, en esta fiebre de los ánimos, la eleccion, próxima á empeñarse, debia ser verdaderamente perturbada y perturbadora. Las predicaciones socialistas daban fuerzas inmensas á la fraccion más avanzada de nuestro partido que en la Cámara y en el gobierno, en la fortuna y en la desgracia, intentaba verdaderos imposibles, y se perdia y nos perdia por su sobra de exaltadas pasiones y su falta de sentido político. La candidatura de Rochefort encerraba el tipo perfecto de todas las elecciones de aquel tiempo, agitado por las exigencias inconvenientes de los electores, por las promesas impremeditadas de los candidatos, por las ridiculeces que cometian unos y otros en

sus reuniones públicas y en sus programas políticos. Por de pronto Rochefort estaba expatriado, á causa de sañudas persecuciones que en él se cebaron fuertemente con motivo de sus folletos rebosantes de gracia, partos felices de su agudo ingenio. Y los electores se quejaban de esta ausencia. El gobierno con verdadero acierto le alzó el destierro, le permitió el regreso, y le entregó un salvo-conducto para que llegara incólume á la presencia de sus electores y les repartiera en comunion estrecha sus ideas. Era aquel un acto verdaderamente político, digno de estadistas profundos y maquiavélicos, porque Rochefort ganaba mucho influjo con la gracia de su pluma chispeante, con el prestigio de su destierro inmerecido; y perdia muchísimo, al colgar el instrumento único de su poder, al salir de los arreboles de la distancia, y presentarse en las justas de la palabra, para las cuales no le disponian ciertamente ni sus estudios ni su naturaleza.

Por fin aparece en una reunion. Era de ver el espectáculo de aquellas reuniones en si-

tios mal alumbrados y peor dispuestos, apenas capaces de la inmensa multitud que los henchia, caldeados por las nubes formadas de tantos alientos y por la tormenta de tantas pasiones; verdaderos centros de exaltacion en los cuales apenas podian abrirse paso las inspiraciones del buen sentido ni hallar eco el lenguaje de la prudencia. En cuanto Rochefort aparece, los pechos todos se abren á las exclamaciones más ardientes; los brazos se agitan á una con los ademanes más entusiastas; los ojos brillan como si quisieran devorar al hombre afortunado que personifica las ideas y los ensueños de toda una generacion; y un clamor universal se alza de todas partes, clamor inmenso, como si quisiera herir las estrellas. El orador no corresponde sin embargo á este fanatismo. Poco ducho en las artes de la palabra; poco avezado á los combates de la tribuna; arredrado por el espectáculo de aquella muchedumbre, por el fragor del mismo entusiasmo que despertaba en los suyos, apenas dijo algunas frases baladíes que tenian el mérito de la brevedad, pues de haber sido largas,

caen seguramente como sábana inmensa de nieve sobre aquel encendido volcan de delirante fanatismo. Lo más extraño del caso, y lo que prueba cómo las muchedumbres tienen sus caprichos y sus favoritos al igual de los reyes, lo más incomprensible era ver que aquellos rojos, tan enemigos de la prestacion del juramento al Imperio, aplaudian y ensalzaban á su escritor predilecto, porque lo habia prestado. Cuando dejó la reunion, cuando se despidió dramáticamente de aquellos adoradores fervorosos, los gritos se redoblaron y el ruido llegó á parecer una tormenta.

Al dia siguiente las reuniones son en mucho número, como que era Domingo. El representante de la democracia más avanzada ha prometido ir á todos estos ardientes cenáculos. Mil quinientas personas se han aglomerado en una sala donde á duras penas caben quinientas; el calor es tan intenso, la incomodidad tan grande, la falta de aire tan horrible en aquel antro del boulevard Clichy, que muchos piden la gracia de salir porque se ahogan y ninguno puede romper el sólido es-

[redacted]

peso muro de apretados cuerpos. Y lo peor del caso es que mientras los espectadores se asfixian, el orador no parece. En verdad debe disculparse su ausencia. No es cosa tan hacedera correr de uno á otro extremo el inmenso París; penetrar en salas estallando con la aglomeracion de tantas gentes; recibir los tributos y homenajes del público entusiasmo; responder á las preguntas de los electores impacientes ó curiosos; pronunciar discursos que sean verdaderos programas; salir del oleaje de la muchedumbre y escapar á las crispadas manos de tantos sectarios fanatizados, enloquecidos por las pasiones más exaltadas y ardientes, por las pasiones políticas. Pero no pueden templar estas reflexiones al desdichado que ha salido con larga anticipacion de su casa, y ha estado horas y más horas de pié ante una puerta; que se encuentra fatigado de alma y cuerpo, incómodo y casi enfermo; todo bañado en sudor, todo molido de empellones, más fuertes que golpes; sordo, á causa del estruendo; mareado por el carbónico de los extraños alientos que han ahuye

tado el oxígeno de aquella irrespirable atmósfera; próximo á perder el sentido y á expirar por asfixia. Así no es maravilla que la impaciencia tomara aires de tumulto. Los directores de la reunion se esfuerzan inútilmente en buscar al protagonista, temblando por su responsabilidad; y los comisarios de policía se refuerzan con agentes de órden público, presintiendo un escándalo. En fin, muy cerca ya de las diez de la noche, Rochefort aparece. Universal exclamacion le saluda; y le es casi imposible dar un paso por los entusiastas que le detienen, que le tocan, para convencerse de su presencia, que le agarran las manos para trasmitirle sus sentimientos. El orador, visiblemente abrumado, toma la palabra y promete ser muy breve. Como sabe bien que podrá decir pocas ideas, dice muchas baladronadas. «Si la Cámara no quiere oirme, exclama, si me obliga á cumplir mi mandato en las calles, aguardo de vosotros que me sigais á todas partes.» Nadie se compromete tan fácilmente al heroismo como estas muchedumbres sin nombre, y sin responsabilidad.

Por consecuencia, todos juran ir á la pelea y á la muerte así que lo mande su representante.

¡Las calles! Nada tiene que hacer un diputado en las calles. Su mandato es legal; su oficio de discusion, de ideas; su arma la palabra y el voto, su barricada la tribuna. Estos hábitos revolucionarios nos han perdido siempre y han malogrado nuestras más preciadas conquistas y nuestros dias más propicios. Enseñándole al pueblo la perspectiva de una revolucion, la cima de una barricada, se le acostumbra á esperarlo todo de la fuerza, y á no librar nada, absolutamente nada al derecho. Y no hay necesidad de aguijonearlos para que vayan á la pelea á estos pueblos latinos, más prontos á buscar en un minuto la muerte por la libertad que á consagrar á la libertad toda la vida. Tienen el heroismo de un momento que improvisa soluciones brillantes, pero frágiles, verdaderos séres efímeros, y no tienen aquella perseverancia de los sajones, aquella tenacidad de los suizos, que trabajan medio siglo por conquistar una

idea, por implantar una reforma; que mil veces vencidos vuelven á luchar en los comicios y en los Parlamentos cual si nada hubiera pasado; que no están jamás seguros de su victoria cuando ven triunfar las ideas, sino cuando las ven aceptadas por la conciencia pública, queridas por la voluntad general, puestas bajo el amparo de todos los poderes públicos y por el concurso de todos los medios legítimos en el altar sacrosanto de las leyes. Luego ¿á qué vais á prometer revoluciones á los pueblos en un dia señalado, á una hora fija? ¿Teneis en vuestras manos las fuerzas sociales? ¿Imaginais que se puede mover el mundo con la palanca de la voluntad individual, y que se pueden calcular los eclipses de la pública autoridad como se calculan los eclipses del sol y de la luna? Los tribunos, los escritores no tienen, como tenia el Júpiter antiguo, siempre el rayo hirviendo y centelleando á su lado, no tienen la revolucion á su arbitrio. Ideas escapadas de muchas conciencias; efluvios esparcidos por muchas indomables aspiraciones; el trabajo lento de los

[redacted]

tiempos; las combinaciones providenciales de los sucesos; algo que se escapa á la voluntad de los indivíduos, y que entra en la categoría de los grandes elementos sociales, decide un cambio radical, una revolucion, casi siempre alcanzada antes por la fuerza de las ideas y las cosas que por las conjuraciones y los combates de los partidos políticos. El estallido de la revolucion es un momento en el tiempo. Pero la condensacion de las revoluciones exige largos años, á veces largos siglos. Sobre todo se necesita una generacion pronta al sacrificio y dispuesta por las generaciones anteriores. El hombre que se compromete á hacer una revolucion en dia dado por su esfuerzo solitario, por su propio ímpetu, por su fanatismo, su ambicion ó su despecho, es como los Césares semi-dioses de los antiguos, un loco, un verdadero insensato, que cree personificar él solo toda la sociedad.

Así es que aquellos políticos, ó ménos fanfarrones, ó más previsores que no prometian la revolucion para un momento dado, para un dia fijo, caian de la estima del partido re-

publicano en impopularidad verdaderamente triste, verdaderamente aflictiva, porque indicaba con qué asombrosa rapidez cambian las opiniones de los pueblos, y los ánimos se pervierten. Una de aquellas noches del mes de Noviembre fué Gambetta, ídolo del pueblo en el mes de Abril, á estas tempestuosas reuniones; y como pareciera natural á cuantos le rodeaban que subiera á la presidencia, subió. Nunca lo hubiera hecho. La reunion protestó con estrépito, y el orador se vió obligado á decir con franqueza que no queria imponerse al pueblo, y que esperaba la confirmacion de su cargo. Le confirmaron; pero la eleccion de los indivíduos restantes de la mesa, produjo verdadero tumulto. Uno de los que más gritaban, de los más desaforados, de los más intransigentes, uno de esos que no pudiendo llamar sobre sí la atencion por su mérito, la llaman por sus extravagancias, y que á grito herido se decia enemigo de la propiedad individual, y partidario de la política anárquica; demagogo de temperamento, comunista de tradi-

cion, fué nombrado de la mesa, pero no tomó asiento, porque no queria mancharse con el contacto de un Gambetta, con el contacto de un traidor. A un republicano que sostenia el principio de que los diputados se nombran para el Parlamento y no para las calles, para las discusiones y no para los combates, le interrumpieron á injurias y le ahogaron el discurso en la garganta con los gritos y las vociferaciones de «viva Rochefort,» el expendedor y repartidor de revoluciones en dia fijo, hora precisa, y á domicilio. En cambio fué acogido con espasmos de frenético delirio un orador que levantándose, con las manos crispadas, los ojos centelleantes, la melena esparcida, ronca la voz, trémulo el acento de ira, preguntó Gambetta, qué respondia al epíteto de traidor.—«El desprecio,»—debió decir el insigne repúblico. Pero en una de esas frases tan admirables por su concision como por su energía, dijo:

«No quiero contestar, porque no quiero ser presidente y acusado. No rebajaré la majestad del sufragio universal, hasta de-

fenderme contra el órgano de una minoría usurpadora.»

¡Traidor! Hé aquí otra de las manías de los partidos revolucionarios en Europa: desacreditar á sus jefes, maldecir de ellos, ofenderlos, desautorizarlos; desoir sus consejos leales, burlarse de sus lecciones aprendidas en larga experiencia; ponerlos á los ojos de sus enemigos como vendidos al poder, como traidores á la causa del pueblo que es su propia causa; y luego, cuando merced á todas estas faltas, que son verdaderos crímenes, llega la hora de las desventuras y de las derrotas, fácilmente evitables con solo oir la voz del patriotismo acrisolado y de la autoridad ganada en largos años, echar sobre ellos, los desoidos, los acusados, los puestos en la picota del ridículo, los abandonados de todos, el abrumador peso y la tremenda responsabilidad de las desgracias que han previsto, de las consecuencias que han anunciado, de los males qne han querido á toda costa evitar á los suyos, y de que son las primeras víctimas, sin haber sido en ellos ni cómplices ni reos.

Y si trataban de esa suerte á Mr. Gambetta, imagínese el lector cómo tratarian á Mr. Carnot, que tuvo el valor heróico de presentarse frente á frente del ídolo de los rojos. Nada le amnistiaba de esta inmensa falta; ni sus muchos años, ni sus largos servicios; ni haber pertenecido al republicanismo francés con una constancia sin ejemplo, ni haber votado siempre en las Asambleas á favor de los derechos del pueblo, con una tenacidad incomparable; ni siquiera su glorioso nombre, el nombre de aquel que ilustró la Convencion, que salvó la República, que improvisó el ejército de la libertad, que cambió las condiciones de la táctica, que decretó la victoria, que diseminó á los cuatro vientos los soldados de los Faraones de la antigua Europa, como si hubiera renacido en nuestro tiempo la legendaria edad de los milagros. Tantos méritos eran baladíes para aquellos que á toda costa querian la victoria de Rochefort y á toda costa la derrota de su contrario. En vano perdia crédito el célebre folletista; en vano atrasaba el prestigio de su nombre; en vano decaian cada vez

más sus discursos, todo en vano; la pasion política tiene la incurable ceguera del amor. Y era el caso que Rochefort, queriendo presentarse como tribuno y como diputado, abrazando profesiones para las cuales no tenia ni aptitud bastante, ni vocacion siquiera, ni méritos propios, ni largos estudios, se desacreditaba hasta en aquello en que resplandecia con verdadero explendor; hasta en su profesion de publicista ligero y gracioso, dotado de la sal del ingenio y de la más grata y más fina ironía, ¡Él! que tantas veces hiciera reir al público á costa de los demás; no debia querer, no, que el público se riera á su costa. Y se reia, porque en sus discursos le pasaba una desventura, un desaguisado por minuto. Distinguíanse estos raquíticos partos no sólo por la flojedad de las ideas, por la incorreccion de las formas, sino tambien por su incoherencia y por su extravagancia, y de los denuestos á los juramentados pasaba á la defensa del juramento; de las citas á la calle, y de las evocaciones revolucionarias, á la confesion de que los tumultos sólo podian favorecer al

gobierno; de las críticas más rudas de la familia imperial á la atenuacion de estas críticas, diciendo que no habia atacado en la Emperatriz, ni á la mujer ni á la madre, sino á la regente que presidia los consejos de ministros contra las prescripciones de la ley sálica. Muchas veces sus aduladores le ponian ¡ay! en gravísimos aprietos. «¿Qué conducta vais á seguir, ciudadano?» le preguntaban: «La que me tracen los electores, respondia, porque pienso estar en comunicacion perpétua con ellos.» «¿Y cómo vais á comunicaros con vuestros electores á la contínua?» «¿Cómo? Muy fácilmente: voy á construir á mis expensas una sala, donde quepan todos, y á oir sus discursos, y á ver sus votos, y á abrazar la conducta que ellos me señalen.» Francamente, esto de comprar un terreno inmenso en el carísimo París; construir una sala nada ménos que para doscientos mil espectadores; congregar allí todas las semanas al público electoral; comunicar su conducta pasada y su conducta por venir; pedirlos consejo sobre todos y sobre todo; oir sus voces dis-

cordantes, sus opiniones extrañas, sus juicios muchas veces descabellados, sus proposiciones demagógicas, sus votos; todo esto era como teoría política absurdo, como compromiso económico ruinoso, como práctica legal completamente imposible. Así el claro sentido comun francés se reia á todo reir de semejantes extravagancias.

Pero las ridiculeces no disminuian ni en número ni en medida. Otro elector preguntaba al candidato qué medios prácticos tenia de destruir el Imperio.—Negarle los tributos, contestaba muy sério.—Bien. ¿Y el ciudadano Rochefort piensa cobrar sus dietas de diputado?—Ciertamente. Pues no faltaba más. —Y si le negamos los tributos al Imperio ¿de dónde va á cobrar el Sr. diputado sus dietas?—Aunque Rochefort era atrevido, no tuvo que responder á esta observacion á boca de jarro. Otro elector le decia—«¿Qué creeis de eso de prestar juramento al César?—Que es una infamia.—¿Y cómo lo habeis prestado? —Por parecerme á Proudhon, que se casó á pesar de combatir el matrimonio.» Seme-

jante aserto traspasaba los límites de lo creible. Con solo saludar los libros de Proudhon, basta para saber que el insigne escritor defendia el matrimonio, su perfecta y eterna indisolubilidad, el amor de los cónyujes hasta más allá de la muerte; el sacrificio de todos los instintos sensuales de la naturaleza á la castidad del cuerpo y del alma; al afecto jurado á la fé prometida, á la educacion y á la virtud de los hijos, que deben ver á sus padres abrazados eternamente, confundidos en el mismo amor, confundidos en el mismo lecho, confundidos en el mismo sepulcro. Los silbidos á tan crasa ignorancia salian de todas las redacciones de periódicos. El renovador de la tribuna francesa quedaba reducido á las proporciones de un gacetillero, sin ninguna ciencia y con mucho valor para hablar de aquello que no entiende. Así no fué extraño que un orador se levantara en plena reunion y dijera que el candidato favorecido del pueblo se llamaba socialista y no sabia lo que era socialismo; declamaba contra el pago de tributos y se proponia percibir su soldada del importe de

esos mismos tributos; sonaba la trompeta revolucionaria y á los dos minutos añadia que los perturbadores y revolucionarios estaban al postre de tácito y estrecho acuerdo con los cortesanos y con los imperialistas. Los ánimos se encendieron á semejante crítica; los gritos más discordes llenaron los aires; á los gritos y protestas sucedieron los insultos; á los insultos las amenazas, á las amenazas los golpes; y el pobre opositor, á pesar de haber ejercido un derecho perfecto, tuvo que escaparse de la furia de aquellos partidarios de todas las libertades, los cuales, ciegos de ira, le persiguieron por la sala, por los pasillos, le asaltaron furiosos en la calle, y le hubieran quizá herido ó muerto si no interviene la policía y no lo saca de sus garras.

Los despropósitos más grandes corren, vuelan por todo París, dando fuerza al Imperio, al par que daban tristísima idea de la democracia llamada á reemplazarle. Mr. Vermorel, que agota la tinta de las imprentas contra los republicanos ilustres de 1848, y contra Gambetta mismo, dice que «el periódico

[redacted]

[illegible]

del pueblo. Mr. Chatelain comienza así su programa: «Los viejos del partido republicano han muerto, y nosotros no les debemos otra cosa más que las Jornadas de Junio y la deportacion»..... ¡Los viejos! Ellos con su moderacion y con su prudencia, con el trabajo de muchos años, y con el crédito adquirido en las contiendas parlamentarias; valiéndose de la luz y del rayo de su palabra, despertando la conciencia del derecho en las almas dormidas de los ciudadanos, trajeron la república y la asentaron sobre bases inconmovibles; pero vosotros que habíais vivido en paz durante la monarquía, y que no hubísteis hora de reposo en la República; vosotros que malográsteis con vuestras impaciencias la obra de la paciencia; vosotros que pedísteis lo imposible y que calumniásteis á los previsores y á los prudentes; vosotros que reclamábais el derecho al trabajo en manifestaciones ruidosas; que íbais ébrios de cólera, desde las tempestuosas sesiones de los clubs á invádir la Asamblea y á dispersar los representantes del pueblo; vosotros que

erigísteis las barricadas y disparásteis vuestras armas al pecho de los republicanos; vosotros sois los únicos responsables de todas nuestras desgracias, vosotros los asesinos de la libertad y de la República, que no se pierden tanto por las asechanzas de sus contrarios como por las exageraciones de sus mentidos apóstoles y de sus falsos amigos.

Una cuestion inoportuna, que podia embarazar la marcha de las elecciones, dividir las falanges de la democracia, y traer en París mismo, ventajas y hasta victorias al Imperio, se planteó grave y formalmente en numerosa reunion pública, cuando hasta allí sólo se discutiera en algunos periódicos avanzados, la cuestion temeraria de los juramentados y los injuramentados. Esta reunion celebrada el 1.° de Noviembre de 1869 en la calle de la Fidelité, decidió la presentacion de las candidaturas injuramentadas de Ledru-Rollin, Barbes y Félix Pyat; la designacion de un comité que apoyara estas candidaturas y consiguiera el desistimiento de los candidatos demócratas. El principal defensor, el hé-

roe de las candidaturas injuramentadas, era un candidato juramentado, era Mr. Rochefort. Aquí puede recordarse el refran castellano de harto de carne, predicar el ayuno; ó la frase con que los curas poco ejemplares salvan su conciencia y sus escrúpulos: haz lo que yo digo, y no hagas lo que yo hago. Rochefort no comprendia cuánto le dañaba su conducta. Decir que la prestacion del juramento era una grande inmoralidad, y prestarlo, equivalia á decir que él perpetraba inmoralidades á sabiendas; ó que él se creia, como los dioses antiguos, superior á todas las leyes, pudiendo violarlas sin mancharse y sin perderse, por virtud de un milagro de su poder, ó por los méritos de su infalibilidad. Votar por los injuramentados era tanto como votar en blanco; y para votar en blanco no se necesitaba de trabajar con febril actividad, puesto que siempre era idéntico el resultado: la nada. La cuestion de los injuramentados, bajo otro aspecto, en otras condiciones y términos, equivalia á la cuestion del retraimiento. Y la experiencia demostraba que de ha-

berse retraído los elect
los diputados de la Cám
cio de la tribuna parlan
la conciencia nacional
nal Imperio, muerte y
El retraerse de las ele
cohibe y se las falsea
Parlamento, porque s
limita; de la prensa, p
persigue; del libro, po
de abstencion en abst
convertirnos en verdad
tarios de una Tebaida
las místicas contempla
incapaces del trabajo y
de toda este movimien
todos estaba en el err
por los profetas de la
creído cándidamente p
ror de imaginar posibl
mutable en tiempo dad
desconocimiento de las
tica arrastra á errores
trascendentales á la vid

miento de las leyes naturales en física y en química. Por ese desconocimiento casi universal nos hallamos en período de plena alquimia, de plena mágia, cuando debiéramos hallarnos en el período de la política matemática. Pedirles á los indivíduos una revolucion es como pedirles una tempestad. Vivimos en tres grandes esferas: en la esfera moral; en la esfera natural; en la esfera social. En lo moral somos completamente libres, y por consecuencia, completamente responsables. En lo natural ya no somos tan libres, ya estamos sujetos á las leyes de la gravitacion, á las leyes de la respiracion, á las leyes físicas, químicas, cosmológicas, que no podemos romper sin peligro de enfermedad ó de muerte. Y en lo social nos sucede lo mismo. Entre la esfera social y la esfera individual hay la diferencia que entre los círculos concéntricos. La sociedad es el círculo exterior. Su rádio por consiguiente es mucho mayor que el rádio de la accion individual. Podemos contribuir con nuestros esfuerzos individuales á una obra social; pero no podemos completarla, con-

cluirla, perfeccionarla sino con el manifiesto concurso de toda la sociedad. Y la obra social por excelencia es la revolucion. Ninguna necesita como ella del aire que derrama el espíritu humano; de la luz que difunde la conciencia pública; de la electricidad y del magnetismo que tienen las ideas; del verbo redentor encerrado en la palabra, en la elocuencia; de las corrientes de los tiempos; de la suma colosal de fuerzas que llegan á tener tanta grandeza y tanta importancia como las mismas fuerzas cosmológicas; de esa vida, impalpable, etérea, que está en todas partes, y no se vé en ninguna, y que sin anunciarse casi, cuando ménos se espera, estalla, agita y desgarra el suelo, forma luminoso tonante cráter, y arroja á borbotones el fuego tremendo y purificador en que se derrite y se funde la vieja sociedad y la nueva se forja y se acrisola. Si la vida social está compendiada en la persona de un solo hombre, como en los imperios asiáticos, las conspiraciones de serrallo pueden derribar un déspota y sustituirle otro que funde y personifique una nueva vida

social. Pero en nuestros tiempos modernos, en nuestros pueblos democráticos, en nuestras instituciones, antes que todo necesitais ganar la opinion pública para que os preste el concurso social que piden las grandes trasformaciones; y no se gana la opinion pública sino por la virtud de las ideas; y no se encierran las ideas sino en los esplendores de la palabra; y no resuena y brilla la palabra sino en las cimas de la tribuna parlamentaria, altar misteriosísimo en que la conciencia nacional se enciende y vivifica. El retraimiento, que estaba en el fondo de la cuestion de los juramentados y los injuramentados, equivalia pura y simplemente al suicidio.

Y si estos inconvenientes generales encontraba la cuestion de los injuramentados en teoría, en la práctica tropezaba con dificultades insuperables. Por una disposicion de las leyes no se mencionaban ni se contaban las papeletas llenas con los nombres de los injuramentados. No habia, pues, medio de saber los votos que obtenian estas candidaturas fantásticas, estas sombras de aparecidos po-

[redacted]

líticos. Pero el humano ingenio encuentra en todo y para todo recursos. Dos expedientes se propusieron: abrir una lista aparte donde fueran á inscribirse los electores que estaban por los candidatos injuramentados, lo cual, si el gobierno lo permitia, era factible en cualquier tiempo, con cualquier motivo, sin que diese grandes resultados políticos: ó apropiar á los candidatos injuramentados las papeletas en blanco, lo cual fácilmente se desnaturalizaba por la manifestacion de algunos electores que dijeran:—«Nosotros hemos votado en blanco y no hemos votado ciertamente por los candidatos injuramentados.»—El resultado práctico, positivo, tangible, es el resultado de todas las maniobras intransigentes, de todas las calaveradas políticas, de todos los medios extravagantes y extremos: que París estaria representado contra su voluntad y su conciencia en el Cuerpo Legislativo por los cómplices del golpe de Estado y por los cortesanos del César. La política extrema y roja sólo milita en favor del Imperio y en daño de la República.

Pero los rojos contestaban á estas reflexiones alzándose de hombros y diciendo que ellos cumplian extrictamente con su deber y no se curaban ni de las consecuencias ni de los resultados. En política es malo todo hecho inútil; es pésimo todo hecho dañoso. Un dia pierde un siglo. Una falta leve en sí es un crímen grande por su alcance y su trascendencia. Cuando más se apuraba á los intransigentes á fin de que declarasen el resultado práctico de su empresa descabelladísima decian que el poder ejecutivo oiria al sufragio universal, que el delegado del pueblo bajaria la cabeza ante el veredicto del pueblo, disolviendo inmediatamente la Cámara. Pero tales explicaciones ó eran pretextos fútiles ó eran esperanzas insensatas. De ningun modo podia el resultado de tres ó cuatro distritos invalidar el resultado de todos los distritos y disolver la Cámara. Y por fin los grandes Catones, enérgicos y puros, de alma estóica y vida sin mancha, que empuñaban su espada y se abrian las entrañas por no contaminarse con los cortesanos del César en el prostituido Se-

nado del Imperio, lo esperaban todo de la inteligencia y de la magnanimidad del César. Pues los Favres, los Gambettas, es decir, los dóciles y serviles, todo lo esperaban de su palabra ardiente, de sus votos concienzudos, de sus propios derechos; apareciendo al cabo más prácticos y ménos cortesanos que los inflexibles. Y sucedia esto porque, ni en política, ni en ninguna otra esfera de la vida, se puede violentar la naturaleza, sin caer en lo criminal ó en lo absurdo.

Los partidarios de esta maniobra política eligieron para que la representase la persona de Ledru-Rollin. Pocos hombres habia en Francia tan justamente queridos del pueblo por su vida pura, su conciencia íntegra, la energía de sus convicciones, la fuerza de su palabra digna de los tiempos de la Convencion. Enemigo de las exageraciones socialistas, fundador del sufragio universal, miembro del gobierno que fundó la República, era uno de esos tipos colocados por su mérito sobre las contiendas del partido como las altas y serenas cimas sobre las bajas y ruidosas tem-

pestades. Los tiempos de la renovacion política se acercaban. La generacion, que habia fundado el Imperio, ó se desengañaba de su obra, ó se moria maldiciéndola, mientras la nueva generacion se adelantaba con la fé en la idea democrática y con la esperanza de reivindicar la República. En esta crísis suprema se necesitaba un hombre extraordinario que representara la libertad, la tradicion republicana, la idea democrática, cuando vinieran los tiempos críticos y supremos de la renovacion social. ¿Por qué, Mr. Ledru-Rollin, dotado de tantas facultades superiores y con títulos tan extraordinarios, vino á mezclarse en esta funestísima cuestion de los juramentados y de los injuramentados, cuestion en mal hora suscitada y en hora peor, mucho peor sostenida? Los partidarios de la lucha legal rogábanle que prestase juramento y se asentara en la Asamblea. Los partidarios de la abstencion rogábanle á su vez que se decidiera por los abstencionistas. Ledru-Rollin abrazó este partido y suscribió la abstencion declarándose en pró de los que pugnaban por

[redacted]

presentar y sostener los candidatos injuramentados, gravísimo error, cuyas tristes consecuencias cayeron con estrépito sobre el mismo que lo cometia.

Su manifiesto resonó con muchos y repetidos ecos. Escrito en estilo declamatorio, falto del nervio de sus discursos, sobrado de tópicos revolucionarios, veíase que este grande hombre no aprendiera nada en su destierro, y que, despues de veinte años, volvia con sus antiguas ilusiones sobre la fuerza de la revolucion y sin grande fé en los medios parlamentarios que á sus propios ojos trasformaban Inglaterra, para la cual esperaba Ledru-Rollin, desconociendo el carácter británico y la virtud de las públicas libertades, una revolucion tan tremenda como el 93 en Francia, obra sangrienta de largos siglos de horrible tiranía. La actitud política del célebre tribuno era tanto más triste cuanto que por ella se convertia en jefe de los socialistas siendo enemigo del socialismo; y en partidario de la abstencion despues de haber aconsejado á los suyos desde el destierro que lucharan con

verdadero empeño en todas las elecciones. El desencanto fué general; las críticas de sus enemigos acerbas; el dolor de sus amigos intenso; y solamente se alegraron aquellos que quieren hacer de actos electorales pacíficos, verdaderos escándalos revolucionarios.

En seguida tocó las consecuencias de tantos errores. Sus partidarios creyeron que el éxito de la maniobra abstencionista estaba en la presencia de Ledru en París, y le enviaron una comision para decidirle á presentarse. Los corifeos de la comision eran Rochefort, que agravaba cada vez más su falsa política; y Flourens, célebre jóven, que por vez primera aparece en esta historia, exigiendo de nosotros, llamados á verle en circunstancias más dramáticas y á asistir á su trágica muerte, un breve momento de profunda y concentrada atencion. Flourens era un muchacho heróico, perdidamente enamorado de la libertad. Ninguna pasion humana sentia su pecho más que esta pasion exaltada, furiosa, exclusiva, con todas las inquietudes, con todos los celos y todos los tormentos del amor. Su idea

se absorbia en la democracia, su voluntad se iba tras la democracia como suspensa; todas sus ambiciones se reducian á vivir trabajando y á morir combatiendo por su definitiva victoria. Temperamento nervioso, carácter exaltado, alma valerosísima, en Grecia hubiera sido uno de los que pelcaron sobre las Termópilas con Leonidas; en Roma uno de los que murieron con Cayo Graco en el bosque de las Junas; en la edad evangélica, uno de los creyentes que desgarraban sobre la arena del circo los dientes y las garras de los tigres; en la Edad Media, uno de los monjes herejes que despertaban desde el púlpito la conciencia humana y que entraban en la inmortalidad por las llamas de las hogueras; siempre algo que se acercara al sacrificio y que tuviera los prestigiosos resplandores del martirio. El nombre que llevaba, nombre ilustre en la ciencia, le podia procurar una cátedra donde recoger las profundas satisfacciones de la vida; el cultivo constante del humano saber; las rentas necesarias á la verdadera independencia; la consideracion del mundo con el entu-

siasmo de sus discípulos; y dejó todos estos encantos, demasiado tranquilos para su vocacion por el dolor, trocándolos por la zozobra del conspirador, los peligros del combatiente, los trabajos hercúleos del propagandista, el ódio que acompaña siempre á la vida y que á veces causa la muerte del reformador y del revolucionario. Con patria segura se fué al destierro, porque la patria no era al mismo tiempo la libertad; con hogar tranquilo y abundante en compañía de sus padres se fué á vivir en el trabajo, casi en la miseria, porque ese hogar no estaba guardado por el derecho sino por la recelosa tiranía. Ya en Bruselas, su alma de poeta, su corazon de héroe, aquejados por la sed del combate y del martirio, le impulsaron á ir á Constantinopla y á sostener allí al borde de aquellos mares y bajo el explendor de aquellos cielos, frente á frente del despotismo mahometano, la sacratísima causa de pensamiento y de la conciencia libres. En esto, la insurreccion de Creta estalla con terrible estallido y se agrava con extraordinaria gravedad. Creta pugna por incorporarse á Grecia;

por refundir su espíritu con el espíritu de su antigua sagrada pátria; por adherirse á los helenos, á ese coro de génios, en cuyas frentes no han podido borrar veinte siglos de desgracias los reflejos de la inspiracion; y el turco que ha puesto á la isla hermosísima la argolla de sus leyes como á una favorita del serrallo, la oprime, la denigra, la martiriza, la desgarra. Flourens tiene amor vehemente á la libertad de todos los pueblos, amor vehementísimo á la libertad de los pueblos helénicos, gloriosos padres de la democracia, del arte, y de la ciencia, de esta trinidad humana, cuyos tres términos se identifican entre sí, formando la obra maestra de la razon, que es el alma del derecho; y corre á las playas donde abrió sus alas el génio de las primeras inspiraciones; á los desfiladeros donde derramaron su sangre las venas de los primeros héroes; á la tierra de los milagros para morir por aquellos, en cuya lengua habló Demóstenes contra todos los tiranos, y á cuyas plantas murió Byron, el poeta de la duda, mártir de su fé en la resurreccion de la eterna musa de la historia y

en la confraternidad de todas las grandes razas del mundo. Aquellos combates de Creta empeñados á nuestros ojos parecen ya legendarios por su heroismo. El combatiente que de la muerte se libraba, caia en la esclavitud; el que no iba á reunirse con sus padres, libre de las cadenas de la materia, en los cielos del martirio, se reunia con los esclavos en los mercados del Asia. Ciento noventa y siete hombres, y trescientas cuarenta y tres mujeres prefirieron morir todos haciendo saltar el convento de Arcadion en donde se habian refugiado á entregarse á los turcos. Un año entero anduvo Flourens de campo en campo de batalla, combatiendo con el ímpetu de un héroe del Mediodía y con la tenacidad de un soldado del Norte, perseguido, acosado por los turcos; al frio en las largas y destempladas noches de invierno, al calor de la zona tórrida en los ardientes dias del estío; hambriento en la desolacion universal, desnudo en la universal miseria; pareciendo más un habitante ya del sepulcro, que un jóven y aguerrido combatiente de los campos griegos.

La isla de Creta le nombró diputado al parlamento helénico. Flourens vistió el traje nacional de la raza por que combatia, y se fué á Atenas á reclamar en la lengua de Mirabeau la libertad para los últimos descendientes de Demóstenes. Algunos discípulos franceses de la escuela de Atenas, á la sazon en el Pireo, contábanme la impresion extraña que les causó ver en el traje de los montañeses candiotas, vestido con propiedad y con aire naturalísimo, al parisien de finas manos, de claros ojos, de tez blanca, de lábios encendidos y sombreados por un bigote rubio; parisien, que solo pertenecia á las razas meridionales por la máscara bronceada con que habia curtido su cutis el sol de Grecia, y por las pasiones tempestuosas con que habia azotado á su alma el fanatismo por la libertad. El reino de Grecia no podia aceptar los diputados de Creta sin exponerse á una guerra con Turquía, y á un conflicto con toda Europa. Flourens fué embarcado en el puerto del Pireo y desembarcado en el puerto de Marsella. No pudiendo combatir por la libertad de

la isla de Candía se consagró á trabajar por la libertad de la tierra de Francia. Su primer acto fué apoyar la candidatura de Rochefort con todas sus fuerzas. El segundo acto sostener las candidaturas injuramentadas con todo su entusiasmo. El tercer acto ir á Lóndres á mover y decidir á Ledru-Rollin para que saliera de su retraimiento y fuese á París. En todos estos empeños de la política ponia el fuego y el entusiasmo que en los empeños y en los azares de la guerra.

No he querido disminuir ni siquiera en el más leve ápice la figura de un hombre que ha sabido pelear y morir por sus ideas. Estamos en tiempos de egoismo tan refinado que nos duele criticar á quien ha sentido la más profunda abnegacion y ha llegado al más puro y más desinteresado sacrificio. Flourens ha muerto peleando y el martirio será siempre la mayor purificacion de la vida. Pero digámoslo en verdad. Flourens, que supo morir la muerte de los héroes, no acertó á vivir la vida de los ciudadanos. Era un conjurado, un agitador, un tribuno, un revolu-

cionario, no era un repúblico. Media por el calor íntimo de su alma creyente el calor de una sociedad descreida. Su exaltacion hacia extremecer pero no hacia adelantar á los pueblos. Su agitacion extrema daba á París la epilepsia de la revolucion y no la constancia en el trabajo. Galvanizaba las muchedumbres con sus descargas eléctricas y no las animaba con esa luz serena, cuyo calor tranquilo se reparte igualmente como la sangre por todo el cuerpo social. Aquellas circunstancias del despertamiento de la pública conciencia despues de sus largos eclipses eran circunstancias más propias de la habilidad de un consumado estadista que de los arranques de un furioso tribuno. Por consiguiente las utopias de su imaginacion exaltada, los discursos de sus enardecidos lábios, la fiebre de su política, el afan de combate conducian más bien que á la victoria á la ruina de la democracia.

Y uno de los mayores ensueños de esta cabeza volcánica, era conducir á Ledru-Rollin á París. El gran orador se encontraba en con-

diciones bien extraordinarias; las diversas amnistías jamás le alcanzaron. Adrede, como acostumbraban los esbirros corzos de Bonaparte, le confundieron en una tentativa de regicidio, y por influencias opresoras y extrañas, le condenaron los tribunales franceses. Presentarse injuramentado, altivo, desafiando al poder, era tanto como presentarse á provocar la prision. Y ya preso, ó no era defendido por el pueblo en armas, lo que equivalia á inmenso desastre moral, ó era defendido, lo que equivalia, dada la fuerza de la guarnicion de París y la debilidad de las muchedumbres, á inmenso desastre material. Y despues de una batalla sangrienta, y de una derrota segura, el César, nuevo salvador de la sociedad, se fortalecia; y las esperanzas de una renovacion despertadas por el débil rayo de la libertad, se apagaban tristemente en las alteradas pasiones de la demagogia. Ledru-Rollin se negó, pues, resueltamente á presentarse en París. Con esta negativa rotunda ¡él! que se habia enagenado ya el voto de los republicanos prudentes al prestarse á la manio-

bra de la injuramentacion, se enagenó tambien el voto de los republicanos rojos. Las exigencias de los comisionados rayaron á la verdad en tenaces y la energía de Ledru-Rollin rayó en los límites del heroismo: tanto le conjuraban y le asaltaban con súplicas y con promesas. El Imperio, decia Ledru-Rollin, perdido por la libertad, procura fortalecerse por la fuerza. La prensa imperialista pide todos los dias una inmolacion de diez mil republicanos. Los cuarteles rebosan y estallan de soldados prontos á lanzarse sobre su presa. El César desea una jornada sangrienta. Si ante la perspectiva del Imperio vencedor me lancé á la calle en 1849 para evitar su venida, y acaso la aceleré, no quiero ahora en su agonía prolongar una existencia que desfallece y se extingue. Apóstol del sufragio universal durante la monarquía de Julio; su fundador en la República de Febrero; pretendo redimirle del juramento para matar el régimen de Diciembre, que solo podia rejuvenecerse y justificarse en mares de sangre. Y presentarme en París es tanto como traer

este conflicto á toda la democracia francesa, y caer en una ruina cierta, cometiendo irreparable falta, y aceptando la responsabilidad de dañoso retroceso.

Desesperados de persuadir á Ledru-Rollin dirigiéronse á Luis Blanc. El gran historiador conservó siempre hasta en el destierro celosa rivalidad con el gran tribuno. Durante el gobierno provisional de la segunda República, el uno se agitaba en el Hotel de Ville, el otro en el palacio de Luxemburgo y desde ambos centros se hacian á muerte mútuamente encarnizada guerra. Ledru-Rollin creia que el socialismo de Luis Blanc pervirtió á los trabajadores, y trajo las dos heridas mortales de la democracia, la invasion de la Asamblea en Mayo y la guerra social en el horrible mes de Junio. Luis Blanc á su vez creia que el republicanismo puramente político de su competidor, sin ninguna medida ni sustancia social, apartó al pueblo de la República y trajo la ruina de la democracia. Ambos á dos, habian sin embargo modificado sus ideas en la expatriacion. Ledru-Rollin usaba una fraseologia

[redacted]

socialista en pugna con sus antiguas convicciones; y Luis Blanc creia más en la virtud de las públicas libertades y ménos en la autoridad del Estado, merced al vivo ejemplo de Inglaterra. Pero si habian modificado en el destierro sus ideas, no habian modificado sus pasiones. Y su rivalidad, más ó menos latente, continuaba siempre viva. Así es, que Monsieur Luis Blanc sintió el ver á los comisionados dirigirse á él como suplente y sustituto de su antiguo rival. Con la ingénua franqueza que le caracteriza, les mostró sus resentimientos y se negó á sus súplicas. Además, con gran sentido político, y con deslumbradora lucidez de palabra, les dijo que si los candidatos injuramentados eran elegidos debian ir, dirigirse á la Cámara, penetrar en el salon de sesiones, exponerse á que los cogieran del brazo, los echaran de la Cámara, los redujeran á prision, los obligaran á ofrecer de nuevo su vida y su libertad por la República; rasgo héroico, sublime, que no podia prevalecer, triunfar, lucir, si no habia en el partido democrático fuera de la Cámara y en sus representantes dentro

la más perfecta unanimidad. Pero sin esta unanimidad, la manifestacion, de suyo peligrosa, criticada acerbamente por unos, abandonada por otros, falta de aquel impulso que nace del conjunto de fuerzas, acabaria por inmensa catástrofe dando al Imperio fuerza incontrastable.

Barbes, el caballero sin miedo y sin mancha de la democracia, el mártir de la República; un griego por lo artista, un romano por lo fuerte, una mujer por lo tierno, un viejo por lo sufrido, un niño por lo inocente; escritor de estilo sublime, filósofo en accion, teólogo, religiosísimo; con costumbres de revolucionario y expansiones de místico; el pensamiento lleno de ensueños luminosos y el corazon de fé vivísima; perteneciente á la raza de los redentores, que solo han tenido por vivienda la cruz, por bebida la hiel, por sol y por lumbre el fuego del sacrificio; condenado á muerte en sus mocedades; ocho años en una fortaleza, tres meses de libertad en continua contienda, seis años luego en prision casi cerular, quince en el destierro, se movia

á los latidos de su corazon que materialmente no le paraba en el pecho; y con los grandes ojos de criollo casi extintos miraba á la Francia, con la voz de trueno casi apagada la invocaba, con su rostro lívido por el relámpago de la muerte buscaba desde la expatriacion el aire lejano de las costas y de las montañas pátrias, para que lo oreasen con el beso de las eternas despedidas; y al abrirse en la hora de la agonía la vista de su alma hácia los horizontes de la eternidad y entrever á Dios en la cima de los mundos, gritaba que sus hermanos en el apostolado y en el martirio no cayeran en los lazos de la tiranía, no mancharan con batallas inútiles victorias próximas, no vertieran la sangre de los soldados franceses, en la certeza, en la evidencia de que á más andar se acercaba el dia de la verdadera realizacion de la libertad y de la igualdad sobre nuestro oscuro y desgraciado planeta.

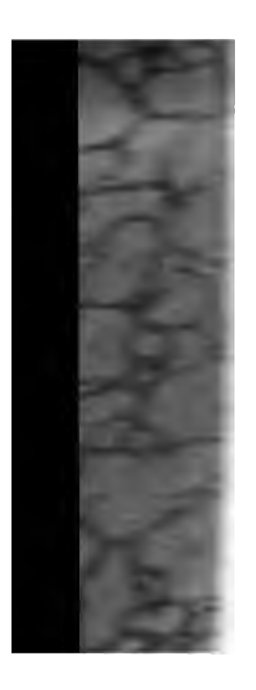
Mientras así procedian los antiguos jefes del partido, Mr. Rochefort, candidato juramentado, apoyaba con todas sus fuerzas las

candidaturas de los injuramentados. Su despecho por la negativa de Ledru-Rollin se traslucia en palabras temerarias contra el gran tribuno que corrieron por todos los periódicos y que nunca pudo explicar satisfactoriamente. La verdad es que habia notable diferencia entre el terror que inspiraba al Imperio el ligero folletista y el terror que le inspiraba el viejo republicano. Rochefort llevaba un salvo-conducto y Ledru tenia la seguridad de encontrar un carcelero. Significaba el uno los favores un poco veleidosos y cambiantes de las muchedumbres; significaba el otro la fé constante en las ideas, la perseverancia llevada hasta la tenacidad, la resignacion sublime en el destierro. Si habia tenido Ledru la desgracia de aceptar las candidaturas injuramentadas y no aceptar las consecuencias, supo retirarse oportunamente, señalando el abismo á donde nos conducian los impacientes. Su amigo Mr. Delescluze, que á pesar del eterno mal humor que asaltaba su mente, y del eterno pesimismo que aquejaba á su corazon, jamás dejó de prestar el homenaje

[redacted]

de su admiracion y el afecto de su amistad al gran tribuno, volvióse contra Rochefort, y le arrojó al rostro estas crudas palabras:—«Al combatir el gobierno personal, combatimos tambien á aquellos que, sin saberlo y sin quererlo, le devolvian la perdida fuerza que recobraría indudablemente si el partido democrático se confundiera con esa abigarrada multitud de agitadores estruendosos aglomerados de todas partes, y que hasta ahora solo se han distinguido por su incapacidad política y por su falta de buen sentido.»—En efecto, las interrupciones de Rochefort continuaban.—«Ciudadano, ¿es verdad que escribisteis en vuestra infancia unos versos al matrimonio del duque de Montpensier con la infanta de España?»—«Es verdad.»—(*Grandes rumores.* —«Luego habeis cultivado la musa de los palacios, la cortesana de las dinastías.»—«Pero si era un tema que habíamos de tratar por fuerza en nuestra clase de retórica, respondia agobiado y sudoroso el pobre candidato.»—«Mas al escribirlo en verso, y no en prosa como los demás, demostrásteis que

sentíais un grande entusiasmo.»—«La escribí en verso por ganar un dia y un momento más de vacacion.»—«Pero, ciudadano, si las vacaciones fueron decretadas en celebridad de aquel suceso para todos los establecimientos de enseñanza y todos los estudiantes.»—Otro exclamaba:—«¿Es verdad que habeis colaborado, en compañía de Siraudin, para los vaudevilles?»—«¿Quién se atreve, respondia, á creer que mis obras dramáticas se deben á un confitero?»—«Si no digo eso, digo que habeis colaborado en los vaudevilles de Siraudin.»—«Es verdad; pero cuando colaboraba conmigo no era, no, confitero; no tenia ese oficio.»—«Ciudadano socialista, exclamaba otro; todas las profesiones son verdaderamente honradas.»—Despues de esta pregunta le dirige otro la siguiente:—«¿Asistísteis al entierro de la reina Amelia, de la viuda de Luis Felipe?»—«Asistí; pero fué porque encontré por casualidad el duelo en las calles de Lóndres y lo seguí confundiéndome con la muchedumbre de los curiosos.»—«¿Servísteis de padrino á un hijo de Fran-



prensible que un hombre dotado de las calidades de los grandes oradores no fuera al mismo tiempo grande escritor. Comprendo fácilmente que los grandes escritores carezcan de la voz sonora, de la palabra fácil, de la rapidez en las respuestas, de la correccion en el estilo hablado, del arte en improvisar que tienen los grandes oradores. Y Rochefort, que brillaba en los escritos por la gracia, no podia brillar en los discursos. Los que hacian del literato un estadista y elevaban su ingenio á las alturas de los grandes talentos, deservian á la democracia con estas extravagancias; y aminoraban un nombre, antes considerado y aplaudido, en el concepto público, regocijando á sus mortales enemigos, prontos á mostrar las sombras hasta en los soles, y por consecuencia, satisfechos de ver cómo se deshacia y se disipaba en sus propios errores, en sus propias culpas aquel aerolito, capaz de centellear un momento en las calladas noches, pero no de arder y de iluminar allá en los abismos donde ruedan los astros de primera magnitud.



menudo, nervioso, inquieto; la faz redonda, la nariz chata, las pupilas diminutas, la color pálida y hasta verdosa, el cabello crespo y ensortijado, raras las cejas; pero la frente con mucho espacio, y los lábios abiertos á una seductora y graciosísima sonrisa. Y si nada tiene que ver su figura con el Oriente, ménos aun tiene que ver su conversacion. Os imaginais los grandes talentos judíos, segun la tradicion; solemnes como los salmos, austeros como los cenobitas, sublimes como los profetas, sentenciosos como los proverbios de Salomon, breves y concisos como los versículos de la Biblia; sin ninguna gracia y sin ninguna flexibilidad, pero con majestuosísima grandeza, semejante á la excelsa é incomunicable de aquel Dios único, sin padre y sin hijos, encerrado en el tabernáculo de los cielos; y os encontrais en Cremieux un parisien completo, de imaginacion pronta, de ingenio fácil, de ironía finísima, de gracejo contínuo, de elocuencia inagotable, de conversacion, cuyo encanto os penetra de sana alegría, y os mantiene en constante buen humor; os encontrais

no el santon de Israel, no, el perfecto orador de Francia. Cremieux no fué á la política; á la manera de otros muchos, con sistema acabado en la cabeza y con la resolucion de aplicar este sistema todo entero á la sociedad. Cremieux ha seguido la corriente de este siglo al cual pertenece su vida, pues nació cuatro años antes de que nuestro siglo comenzara, y es tan grande el vigor de su naturaleza y la salud de su cuerpo, que puede esperar con fundamento ver su vida extinguirse á la par que se extinga su siglo. Judío de raza, liberal de abolengo, víctima en su familia de la reaccion termidoriana que costó á su padre la libertad y la fortuna; enemigo de los Borbones, partidario de aquel error político que confundia la tradicion de la democracia con el imperio de los Bonapartes; revolucionario en Julio, cuando á la monarquía antigua se sustituyó la monarquía doctrinaria; defensor de uno de los ministros de Cárlos X caido, y en esta defensa abrazada por abogado y no por político, tan débil que llegó á desmayarse; de la izquierda de la Cámara bajo Luis Felipe;

de los banqueteadores y oposicionistas extremos en Febrero; calurosísimo defensor á última hora de la regencia para la Duquesa de Orleans, cuando los ánimos estaban decididos á más radicales cambios, y los aires cargados de más ruidosas tormentas; contrario al general Cavaignac y devoto de Luis Napoleon y de su presidencia; el primero en reconocer este su error y enmendarlo con una política enérgica; de los últimos en retirarse del combate para caer en la cárcel despues del tremendo golpe de estado que costó su libertad y su grandeza á Francia; del gobierno provisional de las dos Repúblicas á que le elevaron los clamores del pueblo, así en el Congreso de los diputados, como en la casa de ayuntamiento; Cremieux pertenece hoy por completo á la noble causa de la democracia y de la República.

En estos escritos en que tratamos de dar á conocer los jefes de la democracia europea vienen como de molde algunas anécdotas relativas á este orador, uno de los que más han brillado en las lides del Parlamento, y más han influido en los destinos de Francia. Mr. Cre-

mieux tiene prodigiosa memoria. De niño, recitaba en su colegio todos los versos que exigian las ceremonias; y de jóven asombraba al gran actor Talma, repitiéndole actos enteros de una tragedia que acababa de representar y que habia oido por vez primera. Cuando Napoleon volvió de la isla de Elba, Cremieux sostuvo una lucha á gritos con el célebre mariscal Bertrand, porque no le permitia entrar en el gabinete imperial, y ofrecer al semi-dios, al César en persona, los votos y los homenajes de su imperialista colegio. Caido Napoleon á los tres meses, su casa fué asaltada en el terror de la Restauracion por los borbónicos, que no habiendo encontrado dinero, forzaron á su padre á firmar varios pagarés, poniéndole el cuchillo á la garganta. El jóven Cremieux presentó queja ante los tribunales contra aquellos bandidos, y como el Fiscal de la Audiencia le dijera, «os van á matar» respondió «os toca entonces el vengar mi muerte y el castigar á mis asesinos.» A los diez y ocho meses aceptó, como abogado, la defensa del mismo bandido, que intentara

perder y deshonrar á su padre, y asesinarle á él. Su mérito por excelencia consistia en la defensa de los procesados políticos. Varios jueces realistas se propusieron condenar á un veterano, que habia gritado: «Viva Napoleon,» y fué tan grande el sentimiento puesto por Cremieux en la defensa y la viveza con que describió las hazañas y las glorias del primer Imperio, que los implacables magistrados absolvieron vertiendo amargas lágrimas. En otra ocasion debió á su talento de declamador una verdadera victoria. Varios jóvenes habian entonado la Marsellesa al pié de las ventanas de un prefecto borbónico; y los esbirros les condujeron á la cárcel, y los fiscales al banquillo.—«¡La Marsellesa! exclamó Cremieux en la defensa! ¡La Marsellesa! ¿De cuándo acá es un crímen recitar estos versos?» Y recitó las estrofas. Y despues de haberlas recitado con toda la entonacion de su elocuencia y todo el fuego de su pecho añadió estas palabras elocuentísimas: «¡Criminal! Llamadlo sublime. Arrullemos á nuestros hijos en su cuna con los cantos de la Marsellesa.» Y los jóvenes fueron absueltos.

[redacted]

Muerto su padre, encontró que solamente le dejaba en herencia un gran pasivo, multitud de deudas, y Cremieux las pagó todas hasta el último céntimo. Cuando desde su provincia de Nimes pasó á la Audiencia de París, tuvo arte bastante para ganar un pleito en su viaje durante el corto tiempo que se detuvo en Lyon, lo cual le valió grande renombre en el foro, y en la capital un triunfo entre sus compañeros. Despues de la revolucion de 1830, tomó á su cargo el bufete de Odilon-Barrot. Ya en París, defendió con elocuencia inagotable á todos los que iban á pedirle su poderoso auxilio; á los periodistas perseguidos, á los revolucionarios encarcelados; la memoria de Ney, anatematizada por los Borbones, los pleitos del abate Gregoire, que pedia atrasos al erario, los pleitos de aquel abate, autor de la célebre sentencia republicana: «la historia de los reyes será eternamente el martirologio de los pueblos.» Los judíos le debian triunfos ruidosísimos; y hasta los cristianos le encomendaban los pleitos de iglesias, y en tales términos, que ganado

uno, inscribieron su nombre israelita al pié de áureo copon, y colocaron su retrato entre la efigie de San José y la efigie de Jesucristo. Fué maestro de la Raquel, de la gran trágica que ha compartido con la Ristori el privilegio de hacer llorar á nuestro risueño siglo. Una vez que recitaba ciertos versos, sin darles la debida expresion, gritábale el maestro: «poned, poned ahí lágrimas, muchas lágrimas.» —¿Dónde quereis que vaya á buscarlas? dijo la actriz, se me han agotado... ¡Mi madre me hizo pelar tantas cebollas! —Despues de un viaje triunfal de ida y vuelta á Constantinopla, entró victoriosamente en la Cámara, y allí defendió, contra su poderoso cliente y correligionario Mr. Rostchild, la construccion de las vias férreas por el Estado y no por compañías privilegiadas. Desde entonces, fué fiscal de la familia de los Orleanes y abogado de la familia de los Bonapartes. El Emperador Napoleon le consultó su testamento. El fugaz rey de España José, le dejó, al morir, objetos que he visto yo mismo en su casa de la calle de la Pompe, en Passy: la taza

en que tomaba café el gran Emperador, la tabaquera que tenia en Santa Helena, la sopera microscópica regalada por su abuela Madama Letizia al rey de Roma. En las jornadas de Febrero su papel es importantísimo. Perteneciente á la oposicion más avanzada, jamás pensó en derrocar la dinastía. Pero nadie sabe en política, nadie qué resultado final coronará sus esfuerzos, ni qué género de victoria sus batallas. La oposicion dinástica comenzó por suscitar unos banquetes y concluyó por traer una revolucion. En medio de esta tempestad corre al palacio, y encuentra la familia real desolada, los cortesanos en fuga, el rey paseándose con su uniforme de teniente general muy ceñido, y su gran cordon de la Legion de Honor muy reluciente. La batalla estaba empeñada hácia el palacio Real, y cuando más decision se necesita, y más unidad de pensamiento y de conducta, en plena pelea, Luis Felipe habia sustituido el ministerio de Guizot con un ministerio de Thiers. Cremieux obliga al rey á cambiar el ministerio de Thiers por el ministe-

rio de Odilon-Barrot. En estas zozobras entra Emilio Girardin, y dice al rey que todo está perdido; que él no puede humanamente salvarse; y que para salvar la dinastía, es necesaria, indispensable la abdicacion. Luis Felipe abdica. Cremieux recibe la noticia en la escalera de las Tullerías, y la participa al pueblo. Pero el pueblo no se da por satisfecho. Cremieux vuelve al palacio, y dice que el único refugio es la fuga. Montpensier le pide que los acompañe á la plaza, y el orador judío cierra la portezuela del coche de alquiler que se lleva aquella pobre monarquía de circunstancias. En vez del cañon de los Inválidos, señala aquella caida y aquella muerte el portazo de un fiacre. Los dinásticos piensan á una en salvar los últimos restos de la dinastía: la regencia de la Duquesa de Orleans. Esta animosísima princesa corre á la Cámara y dirige á todas partes sus ojos con verdadera angustia en demanda de auxilio. Lamartine, que tanto hablára á su favor en otro tiempo, se calla profundamente. Cremieux llega á los bancos de la izquierda, donde se encuentra la

Duquesa de Orleans con su hermano el Duque de Nemours á un lado, y su hijo el Conde de París al otro, y le dice que ni siquiera la regencia puede salvar á la dinastía. La Duquesa de Orleans quiere hablar, y Cremieux le redacta conmovedor discurso. Mas apenas se apercibe á pronunciarlos, entra el oleaje popular, y en sus senos se extingue este último crepúsculo de la monarquía de Julio. Cremieux fué nombrado ministro de Justicia en la República: y desde aquel punto, perteneció siempre con grande entusiasmo al partido republicano, que le cuenta entre sus mayores ilustraciones. Glais-Bizoine es poco ménos viejo, pues tiene setenta y cuatro años; y mucho más consecuente, pues pertenece desde que se reconoce al partido más avanzado en la democracia. Cuando se entra en el Cuerpo Legislativo y se vé un viejo descuidadamente vestido, de aspecto vulgar, de barba gris, de ojuelos agudos, de cabeza huesosa, os dan tentaciones de tomarlo por un representante ó de los maestros de escuela hambrientos, ó de los más fieles discípulos

de San Crispin, de los zapateros remendones. Pues aquel hombre, de aspécto tan vulgar, es un breton millonario, diputado de la extrema izquierda bajo Luis Felipe; firmante con Odilon-Barrot de la acusacion parlamentaria contra Guizot; montañés en la Constituyente del cuarenta y ocho; previsor enemigo de la candidatura de un Bonaparte á la presidencia; representante del pueblo desde 1863 en el Cuerpo Legislativo del Imperio; gran propagandista, y poco orador en sí; muy ducho en cortar el hilo é interrumpir á los demás oradores, sobre todo, á los oradores ministeriales; uno de los hombres que han consagrado mayor constancia á la defensa de todas las libertades y al combate contra todas las tiranías.

Francisco Arago, el tercero de los elegidos, llevaba largos años de retraimiento. Un dia, en 1867, el fanático jóven polaco que asestó su arma contra el Emperador de Rusia le exige defensa ante el Jurado, y Arago reaparece en la escena. Despues, cuando vé el despertamiento de la conciencia nacional, y el ardor de la juventud republicana, y la aproxi-

macion de nuevos peligros, y la necesidad de grandes combates, pide un puesto de honor á los electores de París entre sus representantes y recuerda la fé en la democracia y la perseverancia en defenderla. Efectivamente; de jóven, perteneció Arago á la juventud dorada de París, yendo de sarao en sarao é hilvanando composiciones dramáticas; pero al madurar su edad, se persuadió de que profundas vocaciones le llamaban á más altos destinos, y se consagró á la profesion del foro, donde tuvo su corazon siempre abierto á la compasion y su palabra siempre dispuesta á la defensa de los atribulados republicanos, que, en aquellos dias del heroismo de nuestro partido, contaban sus años por las revoluciones emprendidas, y las revoluciones emprendidas por las derrotas y por las desgracias. Así, cuando vino la revolucion de Febrero, cuando la República se proclamó en París, fué uno de aquellos comisarios célebres que envió Ledru-Rollin á las provincias, encargándoles de mantener la autoridad vacilante del gobierno y de avivar el espíritu republi-

cano en las muchedumbres. Su prefectura fué Lyon, ciudad republicana, es verdad, pero inquieta, nerviosa, impaciente, llena como todos los centros fabriles de aquellas utopias sensuales que habian esparcido las escuelas socialistas y que habia atizado la política utilitaria de Luis Felipe; ciudad de millares de trabajadores dispuestos á pedir ventajas completamente irrealizables y á sublevarse si no se oian sus peticiones, aun á riesgo de caer nuevamente en la esclavitud y de matar á mano airada la República. Espinoso ministerio el de un representante de la autoridad en ciudades trabajadoras, henchidas de jornaleros, durante esos dias críticos de revoluciones violentas, en que todos los lazos sociales se aflojan, todos los sentimientos políticos se exaltan; y los más audaces, que son siempre los más agitadores, se encuentran prontos á todos los combates, creidos de que en una sociedad tan profundamente conturbada y en partidos enemigos dividida; sin base y sin rumbo cierto, todo se puede improvisar en las epilépticas elucubraciones de los clubs y

[redacted]

todo se puede conseguir en las sangrientas batallas de las calles. Arago atravesó con fortuna aquella época dificultosísima en que las manifestaciones de Paris resonaban en las calles de Lyon, y en que la inexperiencia política de los republicanos, ébrios de ideas fantásticas, y aleccionados por tradiciones tristísimas de una revolucion en delirio, creia que la República era una tempestad, una tormenta, donde hirvieran todas las pasiones, cuando la República debia ser un seguro y un puerto donde echaran su áncora los dos principios esenciales á las sociedades modernas, la autoridad y la libertad, necesarias en todas partes y en todos tiempos, más que necesarias, indispensables á una verdadera democracia. Cediendo unas veces, aconsejando otras; con transacciones que no comprometieran ni el honor personal ni la fuerza de la autoridad; con advertencias leales y amonestaciones agrias; Arago mantuvo el órden público en Lyon, bien que manteniendo los talleres y los salarios oficiales con grande imprevision fundados allá en Paris,

con mayor todavía suprimidos; talleres de cuyas agitaciones enfermó la República, y cuya supresion trajo consigo las jornadas de Junio, que fueron la ruina y la muerte.

Desde la prefectura de Lyon tan hábilmente desempeñada, pasó á las Asambleas constituyente y legislativa donde mantuvo con ardor los principios de la democracia, y peleó con empeño contra la reaccion y la dictadura. Mas no hay que desconocerlo; el principal mérito de Arago estaba en el nombre y en el prestigio de su ilustre padre. Este sábio ha muerto ayer y pertenece ya á las edades legendarias. El dia en que el arte moderno comprenda toda la inspiracion encerrada en los combates por la verdad, en los trabajos por la ciencia, en los martirios por la luz, habrá algun Homero que escriba la Odisea de sus viajes á través de la España en guerra; del África salvaje, entre las tribus en armas y las fieras hambrientas; del mar azotado por las tempestades y celado por los cruceros ingleses; sus batallas con los bandidos y las hordas; sus largos cautiverios, sus terribles

tormentos por calcular con exactitud los grados del arco meridiano terrestre; y la polarizacion de la luz, que ha revelado á nuestra débil vista la atmósfera del apartado sol; y la imantacion del hierro y del acero por la electricidad que ha mostrado las relaciones misteriosas entre los fluidos; y el magnetismo por rotacion que ha dado á la medicina tantos recursos y á enfermedades horribles tanto alivio, encontrarán sin duda en algun Camoens, que sienta necesidad de cantar los descubrimientos en los espacios luminosos, las Luisiadas, no del mar pequeño y estrecho ante lo infinito, las Luisiadas del cielo. Y este hombre que habia penetrado en los profundos secretos del Cosmos, penetró á su vez en los profundos secretos de la política; y alcanzó á entrever que así como la atraccion sostiene los astros en los espacios, el derecho sostiene las almas en la sociedad. Y fué republicano, sí, republicano nacido en la primera revolucion; republicano ante las glorias del primer Bonaparte que deslumbraran á tantas gentes; republicano ante las infamias

de la restauracion que á tantos descorazonaran; republicano bajo la infame política de Luis Felipe que á tantos corrompiera; republicano capaz de oponerse á los caprichos del pueblo en armas y de condenar la bandera roja, símbolo de la guerra; republicano que bebiera la luz de la verdad en los cielos, y pugnaba por derramarla sobre la tierra, sobre la sociedad, á través de la conciencia pública, incapaz de recibirla y de concentrarla, si no era tan pura y trasparente como el aire. Y un hombre, gloria de su siglo, orgullo de su raza, vió el gobierno á que pertenecia, la República que adoraba, la democracia, por cuyo advenimiento pugnara, en dolores gravísimos que engendraron las jornadas de Junio, cuyas tristezas cayeron como negra noche sobre su despedazado corazon. Desde entonces, desde aquel dia siniestro, en que vió su gobierno asaltado por el pueblo, y su nombre mezclado en los combates sangrientos, se le cayeron las alas del corazon y de la inteligencia, se le acabó la salud de bronce, y fué á morir en el dolor despues de

[redacted]

cuatro años de insomnios y de angustias, que arrojaron sombras espesísimas sobre los últimos resplandores de aquel nombre inmortal y sobre los últimos dias de aquella vida sin mancha. Napoleon Bonaparte, despues del golpe de Estado, le eximió de todo juramento, y á pesar de las protestas que el ilustre republicano lanzara sobre aquella grande infamia, le dejó morir tranquilo en el observatorio de París, al pié de su telescopio, que habia robado, como Promoteo, tánta luz y tanto fuego á los cielos. Su hijo se sumió en el retraimiento que abandonó en su defensa del patriota polaco, la cual le valió su entrada en el Cuerpo Legislativo, donde fué á reforzar la valiente y elocuentísima minoría que pugnaba por derrocar al Imperio y por alzar sobre sus ruinas el pabellon de la República.

Harto lo necesitaba la minoría republicana. Una agitacion, impremeditadamente suscitada le trajo graves dificultades con el gobierno y triste impopularidad en el cuerpo electoral. La constitucion napoleónica imponia al gobierno la obligacion de reunir cada

seis meses el Cuerpo Legislativo. De una legislatura á otra legislatura no podia trascurrir medio año. El Emperador, que divisaba las graves complicaciones de su cambio de política, y los procelosos debates de la Cámara últimamente elegida, remitió la convocatoria y la reunion del Cuerpo Legislativo al 29 de Noviembre, fecha en que se traspasaba con exceso el plazo constitucional. Habia entre los diputados de la izquierda uno llamado el conde Keratry, antiguo amigo del Emperador, huesped algunas veces de Saint-Cloud, expedicionario á Méjico, indeciso entre la política reformadora de Emilio Ollivier y la política á la sazon orleanista de M. Thiers, inclinado á la izquierda en busca de popularidad; y que teniendo afan de meter ruido y de llamar la atencion pública sobre su persona y sobre sus actos, acababa de publicar un manifiesto calorosísimo en el cual juraba presentarse en la Cámara y discutir y votar como diputado, pesára á quien pesára, el veintiseis de Octubre, dia preciso de la terminacion del plazo constitucional. No calculé

bien el manifestante las dificultades y los peligros de aquella empresa. Si el gobierno le dejaba entrar en la Cámara, instalarse en su banco, gritar en la soledad, y discutir con las sombras, quedaba en ridículo. Y si el gobierno se empeñaba en cerrarle por fuerza la Cámara, y esto le traia un conflicto en las calles de resultas de la pública exaltacion, manchábase inútilmente de sangre. El proyecto del conde Keratry reducido á una manifestacion personal y apoyado solo por su palabra y por su voto, no tenia en sí ninguna importancia ni en sus resultados ninguna trascendencia á la política. Pero hombres mucho más importantes, diputados mucho más influyentes, suscribieron á este proyecto y lo realzaron con su autoridad y su prestigio. Gambetta estaba á la sazon en Suiza y desde allí se adhirió á la idea de su colega en estas ardientes palabras: «Emperador, ministros, »senadores carecen de derechos y de faculta- »des para burlarse indefinidamente del su- »fragio universal. Y en todo caso tenemos el »ministerio de desenmascarar las miserables

»intrigas de una dictadura que agoniza en la »impotencia.» Bancel escribe á su vez desde una de sus quintas que el veintiseis de Octubre iria á París á cumplir en todo su severo rigor los deberes de representante del pueblo. Ferry á su vez publica entusiasta proclama citando á sus colegas en la plaza de la Concordia, para el dia señalado á la manifestacion y á la protesta. Los electores de Garnier-Pagés le conjuran á cumplir en aquel momento supremo resoluciones de viril energía. Víctor Hugo derrama sobre este oleaje de la pública agitacion la sonora tempestad de su palabra. Los impacientes, los temerarios; los que gustan de las revoluciones, como el artista del arte, por la revolucion misma; los que quisieran una sociedad aquejada de contínuos ataques epilépticos, se congregan, se dan la señal para los combates futuros, y creen próxima una victoria, como ellos la desean en sus estravagantes ensueños, una victoria cruentísima. El periódico de los rojos toca á rebato diciendo que la agitacion superaba á la sentida por el pueblo de París en

las vísperas de sus gloriosas victorias, en los dias de Julio de 1830 y de Febrero de 1848. El viejo Raspail, que jamás aprendia cosa alguna en la historia larguísima de los retrocesos políticos y de las derrotas y cautiverios personales, juraba asistir, y conjuraba al pueblo de París á quedarse en sus casas, antigua fórmula y antigua táctica de llamarlo á escabrosas manifestaciones en las calles.

La prensa moderada del partido republicano prestó con su sensatez y su prudencia un nuevo servicio al órden público amenazado y á la libertad gravemente comprometida. Sus redactores vieron que aquella manifestacion traia la necesidad de entrar por fuerza en el Cuerpo Legislativo; y esta entrada por fuerza la consecuencia de un arresto violento; y este arresto violento la complicacion de un combate en las calles; y este combate en las calles la seguridad de una derrota; y esta derrota el restablecimiento de la salud y del vigor en el Imperio. Aconsejados solo de su conciencia, atentos á los latidos de su corazon patriótico, arrojáronse

con ímpetu en la corriente, y decidieron contrastarla y someterla á los consejos de la más vulgar y más rudimentaria prudencia, condenando á una con vigorosísimo acento, con profunda conviccion, aquel inútil acto de demencia. Algunos emigrados, cuya voz era oida como la voz de los oráculos del dolor y del destierro, hablaron tambien para condenar tan poco madurada resolucion. El conde Keratry, advertido por amigos más cautos que él, y tocado por la verdad de sus reflexiones en el corazon, desistió de su empeño, y aseguró que no acudiria el 26 de Octubre á la plaza de la Concordia, por temor de que un acto de oposicion legal se convirtiera en comienzo de revoluciones violentas.

Patriótico era el desistimiento; pero hubiera sido más patriótica la prevision. Los diputados republicanos salian quebrantadísimos de aquel intento frustrado. La extrema izquierda del partido les echaba en cara con algunos visos de fundamento la precipitacion pueril en abrazar y en abandonar viriles resoluciones. Aquellos candidatos avanzados,

que en las últimas contiendas electorales fueran vencidos por candidatos más sensatos, presentaban á sus rivales como apóstatas y traidores; palabras corrientes en las cavilaciones demagógicas que como los melodramas románticos necesitan de la traicion á toda costa. En todas las locuras humanas hay siempre su monomanía predominante. Sobre todo, los vencidos en las rivalidades electorales no se resignan jamás á reconocer el mérito y la superioridad de su vencedor. Muchas veces, leyendo las páginas caldeadas y sangrientas de la tempestuosa Revolucion francesa, que, no contenta con haber consumido en diez años toda la gran cosecha de génios, de políticos, de héroes, producida por las ideas humanitarias del siglo décimo-octavo en su maldita y hambrienta guillotina, ha trastornado el seso de las generaciones sucesivas, haciéndolas tomar el crímen por grandeza, y acostumbrándolas á los delirios revolucionarios; no he podido ni comprender ni explicar cómo los clubs tenian poder incontrastable, señalaban á la muerte

los oradores más ilustres, disponian de los gobiernos más fuertes, segaban los partidos más poderosos, primero los girondinos, luego los dantonianos, por último los jacobinos, quitando todas sus cimas á la democracia y todas sus personificaciones á la República, para que pudiese asentarse tristemente sobre aquellas desoladas llanuras, sobre aquellos amontonados cadáveres, el Imperio con sus cortesanos; hasta que he comprendido que todas aquellas cóleras estaban animadas y henchidas por los resentimientos electorales, por la rabia de los vencidos, que crearon una Asamblea revolucionaria fuera de la Asamblea legal, oprimiendo, devorando á todos los representantes de las leyes, á todos los depositarios de la voluntad popular en los odios de su baja envidia y en las furias de sus implacables venganzas. Pues bien; rencores de este género llevaron á los diputados de la izquierda á reuniones análogas, donde les arrancaban algo superior á la vida, la estimacion y la honra. El demagogo Vallés que disputara á Julio Simon el triunfo de una de las

circunscripciones, citó á este y á sus compañeros á que se presentaran á una reunion pública con el imperio del juez que llama al reo para concluirlos allí, para decapitar su reputacion y su nombre con la crueldad del verdugo. Los citados fueron, no diré bastante débiles, diré al contrario, bastante valerosos, para acudir á la cita. El auditorio los recibió con despego y hasta con amenazadores murmullos. El candidato vencido leyó una especie de requisitoria acusadora al candidato vencedor entre los extremecimientos mal reprimidos de aquella asamblea delirante. Concluida la siniestra lectura, apercibíanse á largo interrogatorio á semejanza de un Consejo de los Diez en Venecia, cuando Eugenio Pelletan se levanta, y protesta con enérgica entereza y firme acento contra las maniobras y manipulaciones de aquella Inquisicion demagógica. Las injurias más soeces ahogaron la elocuente voz, oida siempre con respeto. Julio Simon quiso explicar las razones de su conducta; pero el público perturbado solo escuchaba los propios resentimien-

tos. Bancel mismo, que perteneciera siempre á la vanguardia del partido; que lucia en su espaciosa frente la aureola de larguísimo destierro, las señales de glorioso martirio; y cuya palabra, llena de seduccion y de armonía, hubiera penetrado los corazones más duros y hubiera rendido los enemigos más implacables, Bancel es maldecido, calumniado á vociferaciones indescriptibles por aquella turba ébria de odio y de venganza. El tumulto fué tan grande, las amenazas tan terribles, que los diputados del pueblo se abrieron paso con dificultad entre las oleadas de aquellos furiosos y ganaron la calle, merced al valor de algunos ciudadanos enteros y á la proteccion de la misma policía del Imperio.

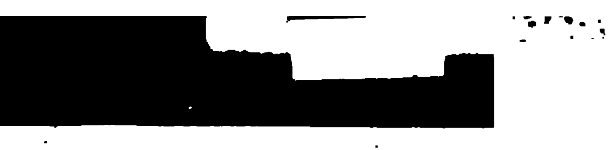
La extrema izquierda se vió obligada á lo que por tanto tiempo rechazara, á la publicacion de un manifiesto. Este documento, escrito en severo estilo, explicaba la conducta pasada y la conducta por venir de la oposicion republicana. La reserva usada en los primeros dias de la legislatura se explicaba allí por las necesidades y las exigencias de la

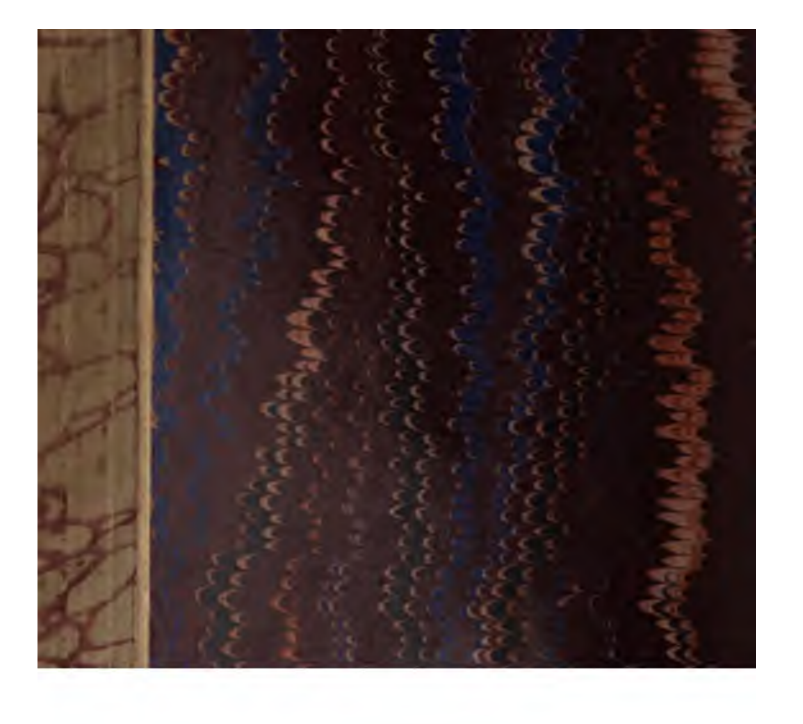
táctica parlamentaria. La izquierda prometia solemnemente trabajar por la destruccion total del poder cesarista, pero con los instrumentos del trabajo pacífico. La prórroga del Cuerpo Legislativo, que estuvo á punto de engendrar un conflicto sangriento, seria materia de interpelacion; y de proposiciones de ley la reforma de los reglamentos parlamentarios, los progresos del sufragio universal, la emancipacion de los municipios, el armamento del pueblo, la libertad de la imprenta, el derecho de las asociaciones pacíficas, el programa de las democracias modernas. Y al final de este manifiesto dirigian severas advertencias á los perturbadores que trastornaban el pacífico ejercicio de la libertad y á los insensatos que clamaban por el próximo advenimiento de una revolucion. Bajo estos auspicios se abrieron las Cámaras y se comenzaron las discusiones en el momento mismo en que el poder personal recibia sangrienta herida y se acercaba á inevitable muerte.

FIN DEL TOMO SESTO.

[redacted]









DATE DUE			